

Thomas Harding

La casa del lago

Berlín. Una casa. Cinco familias.
Cien años de historia



Galaxia Gutenberg



THOMAS HARDING

La casa del lago

Berlín. Una casa. Cinco familias.
Cien años de historia

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The House by the Lake*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2017

© Thomas Harding, 2015
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2017
Canciones: «Berlin is still Berlin», música: Will Meisel, Letra: Bruno Balz
y «Groß Glienicke, du meine alte Liebe», música: Hermann Krome,
letra: Hans Pflanzler © Edition Meisel GmbH, 1949 y 1951
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-469-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Elsie

Índice

Lista de ilustraciones
Árboles genealógicos
Mapas
Nota del Autor
Prólogo

PRIMERA PARTE Glienicke

1. Wollank, 1890
2. Wollank, 1913
3. Alexander, 1927
4. Alexander, 1928
5. Wollank, 1929
6. Alexander, 1930
7. Schultz, 1934
8. Alexander, 1934

SEGUNDA PARTE La casa del lago

Interludio, agosto de 2013

9. Meisel, 1937
10. Meisel, 1937
11. Meisel, 1942
12. Hartmann, 1944
13. Hartmann, 1945

14. Hartmann, 1945
15. Meisel, 1946
16. Meisel, 1948
17. Meisel, 1949

TERCERA PARTE
En casa

Interludio, diciembre de 2013

18. Fuhrmann, 1952
19. Fuhrmann y Kühne, 1958
20. Fuhrmann y Kühne, 1959
21. Fuhrmann y Kühne, 1961
22. Fuhrmann y Kühne, 1962

CUARTA PARTE
Villa Wolfgang

Interludio, enero de 2014

23. Kühne, 1965
24. Kühne, 1970
25. Kühne, 1975
26. Kühne, 1986
27. Kühne, 1989
28. Kühne, 1990
29. Kühne, 1993
30. Kühne, 1999

QUINTA PARTE
Parcela número 101/7 y 101/8

Interludio, febrero de 2014

31. Ayuntamiento de Potsdam, 2003
32. Ayuntamiento de Potsdam, 2004
33. Ayuntamiento de Potsdam, 2014

Epílogo

Posdata

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

Lista de ilustraciones

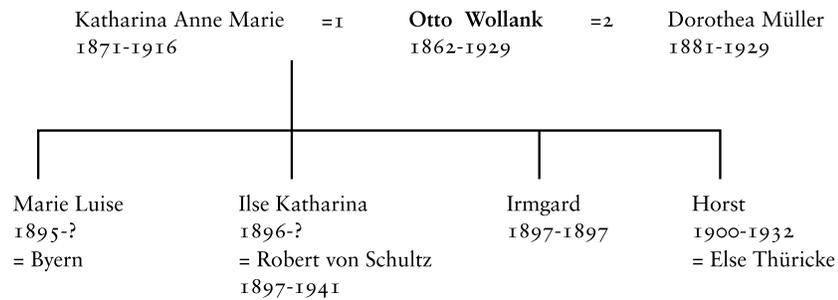
- La casa del lago, julio de 2013 (Thomas Harding)
- Otto Wollank (archivo de la familia Wollank)
- Dorothea von Wollank (Ullstein/Topfoto)
- El lago de Groß Glienicke, fotografía de Lotte Jacobi, 1928 (Archivo de la familia Alexander)
- La casa del lago, fotografía de Lotte Jacobi, 1928 (Archivo de la familia Alexander)
- Henny Alexander en el porche de la casa del lago (Archivo de la familia Alexander)
- Alfred Alexander en el jardín en Glienicke (Archivo de la familia Alexander)
- Alfred (delante, centro), Elsie y Bella (detrás, izquierda) y unos amigos a la orilla del lago, 1928 (Archivo de la familia Alexander)
- Cortejo fúnebre de Otto y Dorothea von Wollank, 1929 (*Ortschronik Groß Glienicke*)
- Robert von Schultz (Landesarchiv Berlín)
- Llamamiento de Joseph Goebbels al boicot contra los judíos, Berlín, 1 de abril de 1933 (USHMM/National Archives, College Park)
- Fritz Munk con Alfred y Henny Alexander, Groß Glienicke (Archivo de la familia Munk)
- Cartel de «Prohibida la entrada a los judíos», Wannsee, 1935 (SZ Photo/Scherl/Bridgeman Images)
- Will Meisel (Edition Meisel GmbH)
- Eliza Illiard en *Paganini* (Stiftung Deutsche Kinemathek Museum für Film und Fernsehen)
- Will Meisel en la casa del lago (Edition Meisel GmbH)
- Hanns Hartmann (WDR/Liselotte Strelow)
- Aeródromo de Gatow con el lago de Groß Glienicke al fondo (arriba, a la izquierda) (National Archive, Londres)
- Wolfgang Kühne (Bernd Kühne)
- La casa del lago, años sesenta (Bernd Kühne)
- Alambrada de la frontera de Berlín, lago de Groß Glienicke, 1961 (*Ortschronik Groß*

Glienicke)

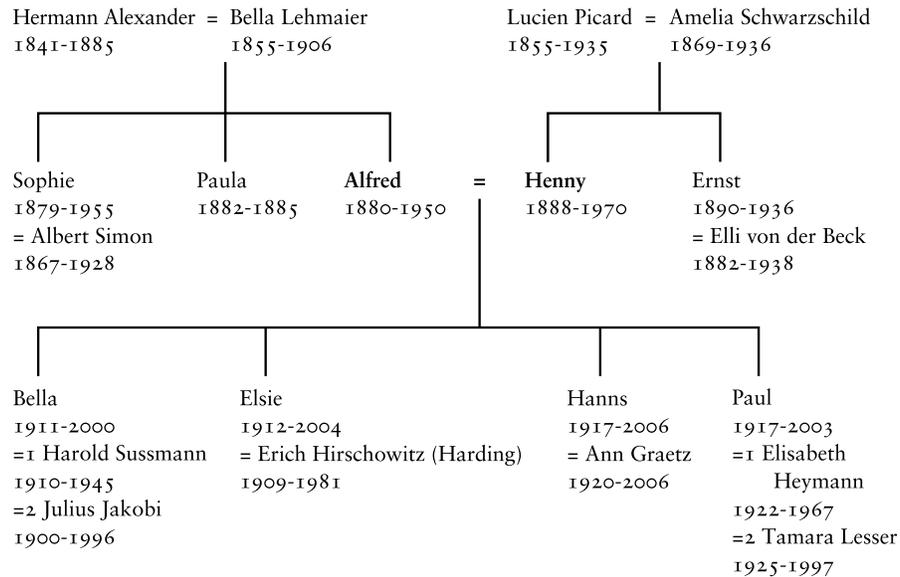
- Esquema del Muro de Berlín (Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik)
- Vista del Muro de Berlín desde el lago de Groß Glienicke (Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik)
- Encuentro de los Pioneros de Thälmann con los soldados, Groß Glienicke (*Ortschronik Groß Glienicke*)
- El Muro de Berlín, con el lago de Groß Glienicke y sus islotes (AKG)
- Establecimiento de la cadena Intershop, Berlín Oriental, 1979 (AKG)
- Azulejos de Delft en la sala de la casa del lago (Thomas Harding)
- Escenario del asesinato de Ulrich Steinhauer, con el cuerpo de la víctima (izquierda) (Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik)
- Se abre el paso fronterizo de Groß Glienicke, 1989 (Andreas Kalesse)
- El hijo de Bernd Kühne en el camino fronterizo, 1989 (Bernd Kühne)
- Vista de la casa desde la orilla del lago, años noventa (Archivo de la familia Alexander)
- Inge Kühne, Elsie Harding y Wolfgang Kühne en la casa del lago, 1993 (Archivo de la familia Alexander)
- La casa del lago, años noventa (Archivo de la familia Alexander)
- Marcel, Matthias y Roland (Marcel Adam)
- La habitación de los niños (Thomas Harding)
- Un árbol crece a través del patio enladrillado (Thomas Harding)
- Jornada de Limpieza, abril de 2014 (Sam Cackler Harding)
- Ceremonia de *Denkmal*, agosto de 2014 (Sam Cackler Harding)
- El lago de Groß Glienicke (Thomas Harding)

Árboles genealógicos

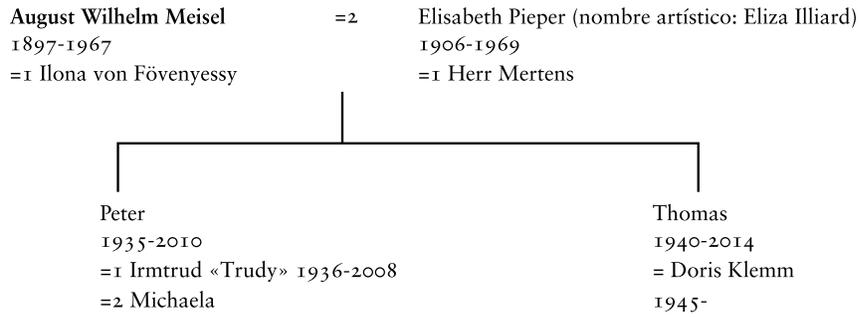
WOLLANK



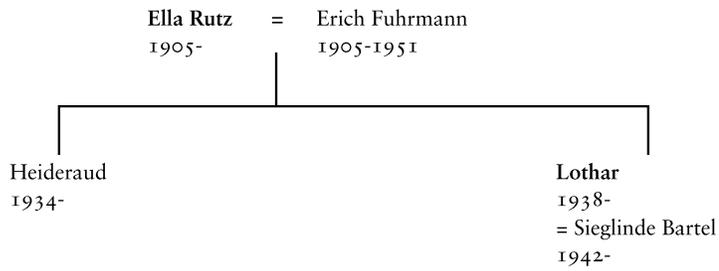
ALEXANDER



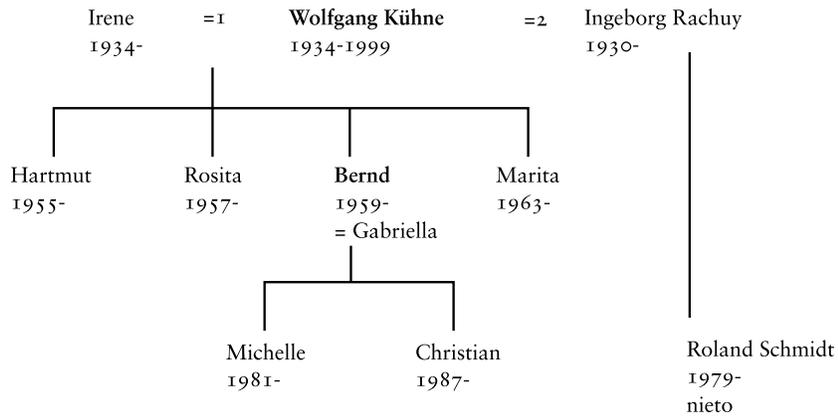
MEISEL

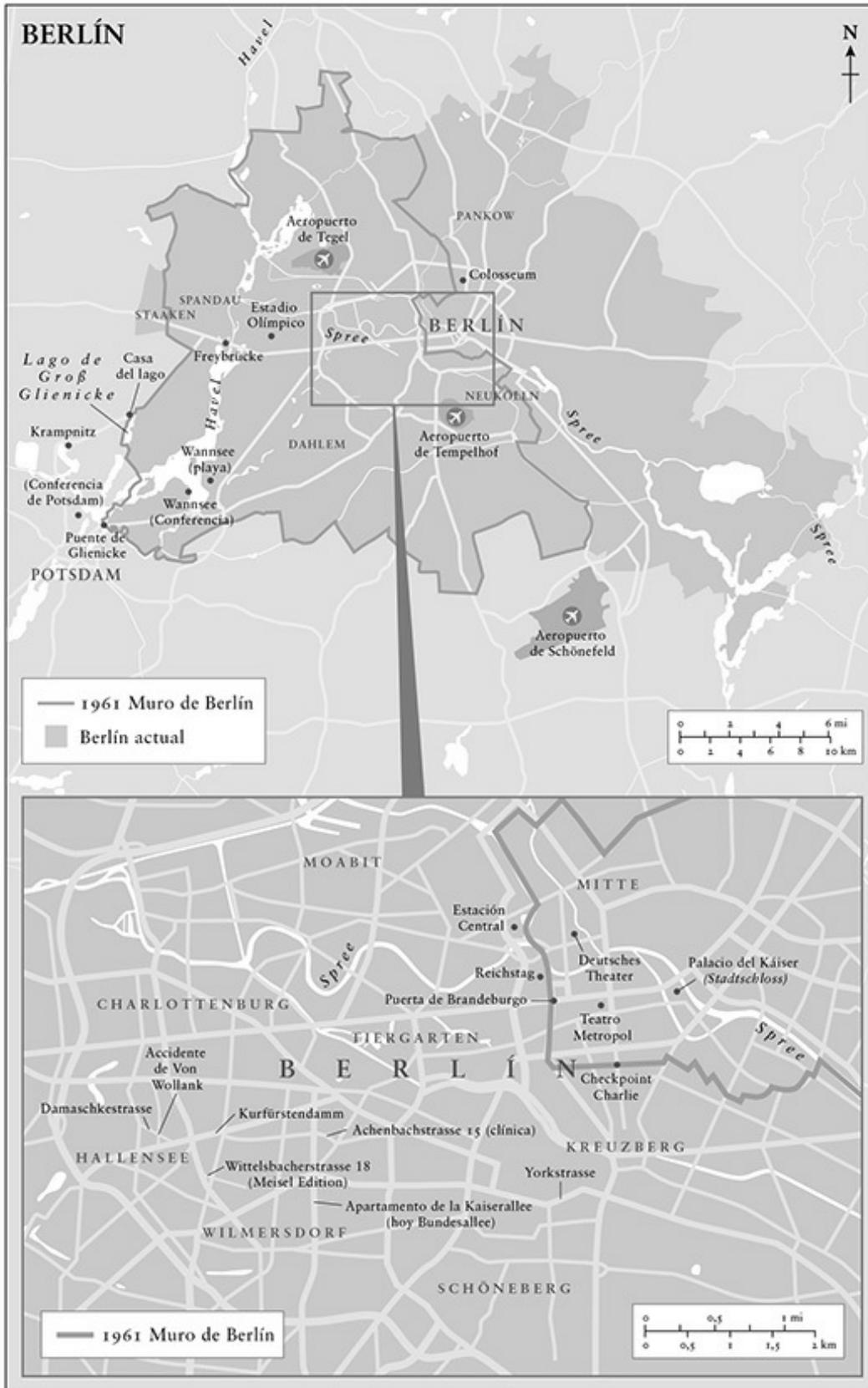


FUHRMANN

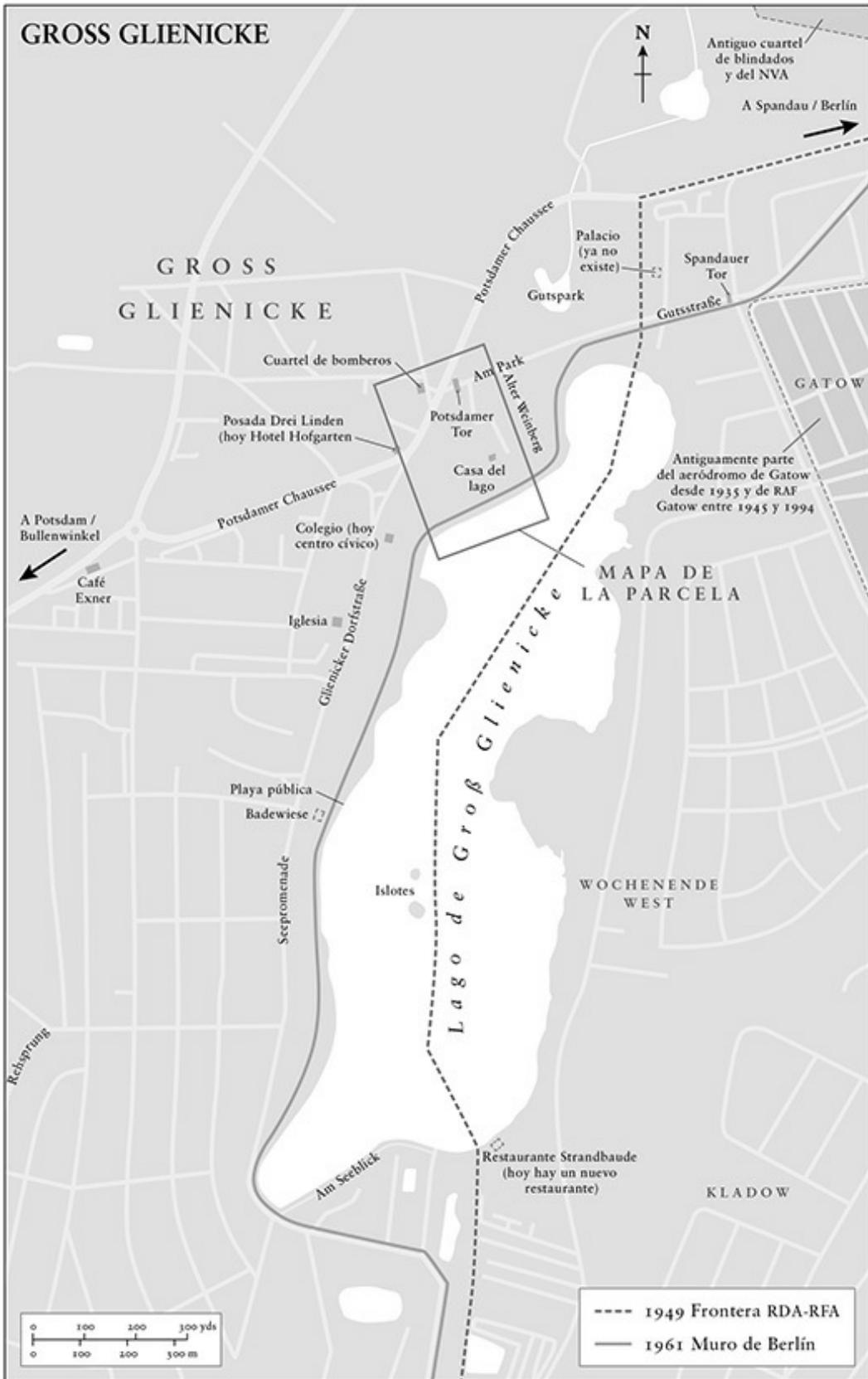


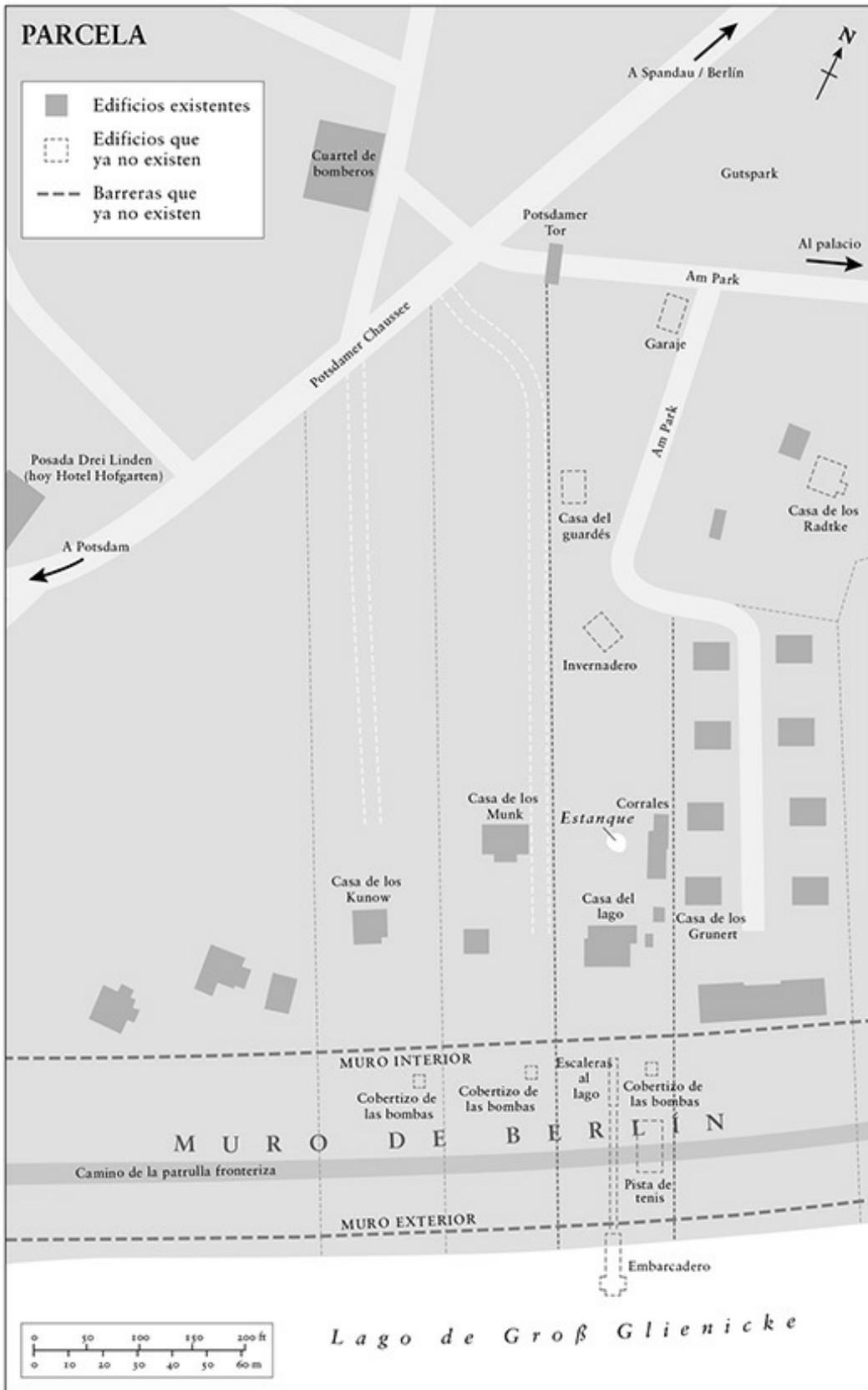
KÜHNE











... también por las arenas de Brandeburgo los manantiales de la vida han fluido y siguen fluyendo por doquier, y cada palmo de tierra tiene su historia, y además nos la cuenta –tan sólo tenemos que estar dispuestos a escuchar esas voces, a menudo quedas.

THEODOR FONTANE,
18 de enero de 1864

Nota del Autor

Para contar la historia de la casa del lago, me he basado principalmente en el relato de los *Zeitzeugen*, los testigos de la época –personas que conocieron la casa y su historia– así como de los *Augenzeugen*, los testigos oculares – quienes vivieron personalmente los acontecimientos que se describen. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para corroborar y confirmar cada uno de esos testimonios.

Prólogo

En julio de 2013 viajé a Berlín desde Londres para visitar la casa de campo que había construido mi bisabuelo.

Tras alquilar un coche en el aeropuerto de Schönefeld, al sur de la ciudad, me encaminé por la carretera de circunvalación y tomé una salida junto a la que había una antena de televisión que recordaba un poco a la Torre Eiffel. Seguí adelante, pasando junto a las señales que indicaban el antiguo Estadio Olímpico y el barrio periférico de Spandau, y al llegar a una gasolinera destartalada giré a la izquierda por una carretera que daba al campo. Mi itinerario me llevó a través de un denso bosque de abedules. De vez en cuando se abrían claros por los que se veía un paisaje llano de tierras de labranza. Yo sabía que a mi izquierda, en alguna parte, paralelo a la carretera, discurría el río Havel, pero los árboles lo ocultaban. Habían pasado veinte años desde que visité aquel lugar por última vez, y nada me resultaba familiar.

Al cabo de quince minutos giré a la derecha en un semáforo y vi un cartel que me daba la bienvenida [al pueblo de Groß¹ Glienicke](#). Unos metros más allá, otro cartel señalaba lo que antiguamente había sido un paso fronterizo entre Berlín Occidental y la República Democrática Alemana. Reduje la velocidad al mínimo. Medio kilómetro más adelante, divisé el hito que había estado buscando, la Potsdamer Tor (Puerta de Potsdam), un arco de piedra de color crema que se alzaba frente a un pequeño parque de bomberos. Pasé por debajo del arco y aparqué.

A partir de ahí no sabía bien hacia dónde ir. No tenía un mapa de la zona, y por allí no se veía ni un alma a quien poder preguntar. Cerré el coche y

anduve unos pasos por un estrecho camino cubierto de maleza y arbustos, hasta que vi una señal de color verde que decía «Am Park». ¿Era allí? Y el camino... ¿no era de tierra? Yo recordaba vagamente un huerto y una perrera, un jardín cuidadosamente ordenado y unos arriates bien cuidados. Cincuenta metros más allá, el camino se terminaba abruptamente frente a una gran puerta de metal donde había un cartel de «Privado». Aunque tenía miedo de entrar en una propiedad ajena sin permiso, me agaché para pasar por debajo de una alambrada de espino y me abrí paso a través de un campo cubierto de hierbajos que me llegaban a la altura del hombro, en dirección a donde yo me imaginaba que estaba el lago.

A mi izquierda había una hilera de casas modernas de ladrillo. A mi derecha se extendía un seto descuidado. Y entonces la encontré: allí estaba la casa de mi familia. Era más pequeña de lo que yo recordaba, no mayor que un pabellón de deportes o que un garaje para dos coches, estaba oculta entre la maleza, las parras y los árboles. Las ventanas estaban tapadas con tableros de contrachapado. El tejado negro, casi plano, estaba rajado y cubierto de ramas caídas. Las chimeneas de ladrillo se encontraban en muy mal estado, a punto de desmoronarse.



La casa del lago, julio de 2013

Di la vuelta a la casa muy despacio, tocando la pintura descascarillada y las puertas tapadas con tablones, hasta que encontré una ventana rota. Entré trepando por ella, empecé a recorrer la casa alumbrándome con mi iPhone, y me encontré con montones de ropa sucia y cojines rotos, con unas paredes cubiertas de pintadas y plagadas de moho, electrodomésticos destrozados y fragmentos de mobiliario, tablas del suelo podridas, y botellas de cerveza vacías. Una de las habitaciones tenía pinta de haber sido un antro de drogadictos, porque estaba repleta de mecheros rotos y de cucharillas manchadas de hollín. El lugar tenía un aire de tristeza, la melancolía de un edificio abandonado.

Al cabo de unos minutos volví a salir trepando por las ventanas y me dirigí a la casa de al lado, con la esperanza de encontrar a alguien con quien hablar. Tuve suerte, porque había una señora trabajando en el jardín. Me presenté de forma vacilante en un alemán macarrónico, y ella me contestó en inglés. Le expliqué que era miembro de una familia que antiguamente vivió

en aquella casa. Le pregunté si sabía qué había ocurrido con la vivienda, y quién era su actual propietario. «Lleva abandonada más de diez años», me dijo, y a continuación señaló hacia la orilla del lago. «Construyeron el Muro de Berlín por ahí, entre la casa y el lago», me dijo. «La casa ha sido testigo de muchas cosas, pero ahora es una monstruosidad.» Al parecer yo era el objeto de su enfado, lo que me desconcertó. Yo me limité a asentir con la cabeza, y me volví para contemplar la casa.

Toda mi vida había oído hablar de la casa del lago, es decir de «Glienicke». Había sido una obsesión para mi abuela, Elsie, que hablaba de ella con entusiasmo, para evocar una época en que la vida era fácil, divertida y sencilla. Aquella casa había sido, decía, la casa de su alma.

Mi familia, los Alexander, había prosperado en los años de la abundancia de Berlín en la década de 1920. Era una familia de judíos acomodados y cosmopolitas, y sus valores eran los valores de Alemania: trabajaban mucho y se divertían, asistían a la última exposición, a la obra teatro más reciente, iban a los conciertos, y daban largos paseos por la campiña de los alrededores de la ciudad. En cuanto pudieron permitírselo, se construyeron una casita de madera a orillas del lago, un símbolo de su éxito. Pasaban todos los veranos en Glienicke, disfrutando de una vida rústica y sencilla, cuidando de su jardín, bañándose en el lago, y celebrando fiestas en la terraza. En mi fuero interno, yo guardaba una imagen de la casa, construida a través de las fotografías de color sepia que me enseñaron desde que era pequeño: un lago resplandeciente, una habitación de paneles de madera, con una chimenea y una mecedora, una pradera muy bien cuidada, una pista de tenis.

Pero con el ascenso de los nazis, los Alexander se vieron obligados a huir, y se trasladaron a Londres, donde se esforzaron por rehacer su vida. Ellos se salvaron, mientras que muchos otros no lo consiguieron, pero se marcharon casi sin nada. En mi familia, ésa era la historia de Glienicke: una casa antaño muy querida, que posteriormente les robaron, situada en un país que habían pasado a aborrecer.

Desde que tengo memoria, en mi familia se evitaba todo lo que fuera

alemán. No comprábamos coches, ni lavadoras, ni neveras de Alemania. Íbamos de vacaciones por toda Europa –a Francia, Suiza, España, Italia– pero nunca a Alemania. En el colegio yo aprendí español y francés, incluso latín, cualquier cosa menos alemán. La generación más anciana –mi abuela y mi abuelo, mis tíos abuelos y mis tías abuelas– nunca hablaban de su vida en Berlín, de los años anteriores a la guerra. Era un capítulo cerrado. Habían cortado toda conexión emocional con su vida en la década de 1920. Eran reacios a explorar el pasado y preferían centrarse en su nuevo país, se hicieron más británicos que los británicos, enviaron a sus hijos a los mejores colegios, y les animaron a ser médicos, abogados o contables.

A medida que fui haciéndome mayor, me di cuenta de que nuestra relación con Alemania no era tan blanca o negra como me habían hecho creer. Mi abuelo se negó a decir ni una sola palabra más en alemán desde el día que llegó a Inglaterra, pero mi abuela siguió usándolo, ya que acompañaba habitualmente como guía a los grupos de turistas alemanes que viajaban en autobús por todo el país, y elogiaba deliberadamente a Shakespeare, la Carta Magna, y lo que ella denominaba el «juego limpio británico». A través de sus recuerdos, sus comentarios, y ocasionalmente de sus bromas, yo podía atisbar algún rastro de una vida perdida para siempre.

Yo había visto la casa por última vez en 1993, cuatro años después de la caída del Muro de Berlín. Tenía veinticinco años, y había ido a Alemania en un viaje de fin de semana con Elsie y mis primos. Mi abuela estaba dispuesta, por fin, a enseñarnos la ciudad de su infancia. Para nosotros, los de la generación más joven, se trataba de una divertida excursión familiar, de un paseo por los vericuetos de la memoria con nuestra abuela. Tan sólo me di cuenta de lo que significaba de verdad aquel viaje para ella –de lo que había sido su otra vida– cuando ya estábamos a bordo del avión. A mitad del vuelo, mi abuela se levantó y vino a sentarse en mi reposabrazos. «Cariño», me dijo con su marcado acento alemán, «quiero que veas esto», y me entregó un sobre marrón. Dentro había dos pasaportes de color verde oliva de la época nazi que pertenecían a su marido y a su suegro, y un trozo de tela amarilla que llevaba estampada una J negra. Yo sabía que los nazis habían obligado a los judíos a llevar aquellos distintivos. El mensaje estaba claro: ésta es mi

historia, y ésta es tu historia. No lo olvides.

Y yo no lo olvidé. A mi regreso a Londres, empecé a hacer preguntas, a buscar información sobre el pasado de nuestra familia, y a preguntarme por qué todos la habían ocultado tan cuidadosamente. Fue un interés que nunca se agotó. Y ése era el motivo de que, veinte años después, yo hubiera reservado un billete para Berlín y de que me encontrara de nuevo en la casa, para averiguar lo que había ocurrido con «la casa del alma» de mi abuela.

Al día siguiente fui desde Groß Glienicke hasta el Registro de la Propiedad de Potsdam, a veinte minutos en coche desde el pueblo en dirección sur. Allí, en el semisótano de los juzgados, encontré un mostrador de información atendido por una mujer mayor que estaba ocupada trabajando con su ordenador. Saqué mi libro de expresiones y pedí con voz entrecortada una copia del expediente registral oficial de la casa. La mujer me informó de que necesitaba permiso del propietario del inmueble para ver los documentos. Cuando le expliqué que mi bisabuelo había fallecido en 1950, ella se limitó a encogerse de hombros. Intenté suplicarle, y después de mostrarle mi pasaporte y mis tarjetas de crédito, y de esbozarle un árbol genealógico aproximado de mi familia, la mujer finalmente transigió y desapareció en una habitación que había al fondo. Finalmente reapareció con un fajo de papeles. Mientras golpeteaba con el dedo en la primera página, la señora me explicó que la casa y el terreno en que estaba situada ya eran propiedad del Ayuntamiento de Potsdam. Le pregunté qué significaba eso —qué iba a ser de la casa. Ella se volvió hacia su ordenador, tecleó el número del solar y la parcela, y a continuación giró el monitor para que yo lo viera. «*Es wird abgerissen*», dijo. La van a demoler. Tras una ausencia de veinte años, daba la impresión de que había regresado justo a tiempo para ver cómo echaban la casa abajo.

Al salir del despacho de la señora, eché un vistazo a la lista de departamentos del Estado que colgaba de una pared del vestíbulo. Uno de ellos me llamó la atención: *Einsichtnahme in historische Bauakten und Baupläne*. Yo sabía el suficiente alemán como para entender que *Bau*

significaba edificio e *historische* tenía algo que ver con la historia. Me dirigí a la planta superior, enfilé un largo pasillo lleno de puertas blancas todas iguales, elegí una y llamé. Dentro encontré a dos conservadores arquitectónicos, una mujer alta y delgada de unos cuarenta años, y un hombre bajo y con barba, de la misma edad. Les pregunté si hablaban inglés, y les conté lo poco que sabía de la casa y de la intención de demolerla por parte del Ayuntamiento. A pesar de lo repentino de mi aparición, y de lo embrollado de mi explicación, ambos se mostraron cordiales y dispuestos a ayudarme. El hombre sacó de un estante un libro de normas y lo hojeó hasta encontrar la sección que estaba buscando. El «Artículo de los castillos», me dijo, mostrándome el libro. Si yo no quería que demolieran la casa, tenía que demostrar que era cultural e históricamente relevante.

Antes de marcharme de Berlín volví a la casa. ¿De verdad era posible salvarla?, me preguntaba. Iba a ser una tarea colosal, por no hablar del coste económico. Advertí nuevos detalles: postigos rotos por el suelo, canalones oxidados, árboles que habían crecido a través del enladrillado de la terraza. Yo vivía a miles de kilómetros de distancia, y hablaba muy poco alemán. Ya tenía suficientes cosas que hacer en mi vida. No tenía tiempo para embarcarme en otro proyecto y, en cualquier caso, daba la impresión de que había llegado demasiado tarde.

Pero, lo que era más importante, ¿había que salvarla? Tenía la casa delante de mis ojos, y no parecía nada del otro mundo, un fragmento de un recuerdo medio olvidado. Realmente no era nada, poco más que un cascarón. Sin embargo, la casa tenía algo, algo intangible, algo cautivador. Y, por encima de todo, había sido objeto de la atención de mi abuela desde que yo tenía memoria. Había significado muchísimo para ella, y nos había dejado claro que también debería significar mucho para nosotros, sus nietos. Lo más fácil habría sido darse media vuelta y marcharse.

Ésta es la historia de una casa de madera construida a orillas de un lago a las afueras de Berlín. La historia de nueve habitaciones, un pequeño garaje, una pradera alargada y un huerto. Es la crónica de cómo surgió, cómo fue

transformada por sus moradores, y cómo, a su vez, la casa les transformó a ellos.

Es la historia de un edificio que fue querido y perdido por cinco familias. La historia de los momentos cotidianos que hacen que una casa sea un hogar –de las tareas domésticas matinales, de los almuerzos de la familia alrededor de la mesa de la cocina, de las siestas durante las tardes de verano y de los chismorreos tomando café y tarta. Es una historia de triunfos y de tragedias domésticas –de bodas y nacimientos, de citas y traiciones secretas, de enfermedades, intimidaciones y asesinatos.

También es una crónica de Alemania a lo largo de un siglo turbulento. La historia de un edificio que aguantó los catastróficos acontecimientos que conmocionaron al mundo. Porque la casa, a su manera, de una forma callada y olvidada, estuvo en la línea del frente de la historia –y la vida de sus habitantes se hizo pedazos y se rehizo una y otra vez por el simple motivo de que vivían allí.

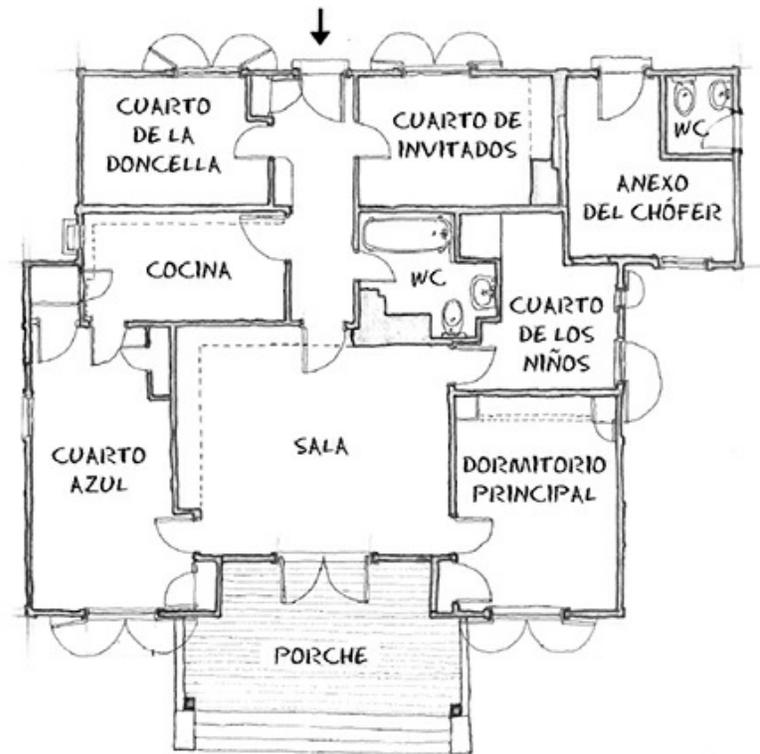
Y sobre todo, es un relato de supervivencia, que ha sido reconstruido a partir de material de archivo y de planos de construcción, de documentos recientemente desclasificados, de cartas, diarios, fotografías y conversaciones con historiadores, arquitectos, botánicos, jefes de policía y políticos, lugareños, vecinos y, lo más importante, con sus ocupantes.

Ésta es la historia de la casa del lago.

¹ La letra ß (Eszett), que sólo existe en minúsculas, equivale a una s doble. Su uso no es obligatorio, por lo que una misma palabra puede escribirse de dos formas distintas, por ejemplo Groß y Gross (*N. del T.*).

PRIMERA PARTE

GLIENICKE



Wollank

1890

Montado a lomos de su caballo, Otto Wollank avanzaba lentamente por una estrecha avenida bordeada de vides con la uva madura, hacia un lago que resplandecía bajo la primera luz de la mañana. El camino era arenoso y traicionero, y Otto tenía que cuidar de que su yegua no resbalara sobre alguna de las muchas piedras, ni rozara con las ramas nudosas y retorcidas que le marcaban el camino. Pero no había ninguna prisa, ya que Otto estaba de un humor contemplativo, sopesando si debía adquirir la finca por la que estaba dando aquel paseo a caballo.

Otto, de veintisiete años, de estatura mediana y mentón redondeado, con un físico poco impresionante, no habría llamado la atención de no ser por el enorme bigote que lucía por debajo de su sombrero de fieltro blanco, alegremente ladeado.

Desde un risco que había en un extremo del viñedo, Otto contempló el terreno a su alrededor. En el centro de la finca estaba el hermoso lago de Groß Glienicke. El lago, de dos kilómetros y medio de largo y quinientos metros de ancho, era lo suficientemente grande como para navegar a vela con una chalupa, pero era más pequeño que la mayoría de las vías navegables que salpicaban la campiña del *Land* de Brandeburgo. Allí había buena pesca, le habían dicho: se podían pescar carpas y anguilas, o –con algo de habilidad– algún lucio, de hasta un metro y medio de largo, de los que nadaban por las partes más profundas del lago.

Al este y al oeste del lago un denso bosque abrazaba la ribera: una mezcla de alisos negros, unos árboles imponentes, de tronco estrecho y oscuro, cuyas copas verdes y triangulares no dejaban ver el cielo, y de sauces, cuyas ramas

se extendían por encima de la orilla del lago. Debajo, brotando del terreno arenoso, se extendía una fragante alfombra de podagrarias, lilos e irises. En los bajíos del lago se balanceaban las hierbas altas, que alternaban con un mosaico de nenúfares de los que brotaban flores rosas, blancas y amarillas.



Otto Wollank

Al norte del lago había una ciénaga, y más allá un antiguo bosque de robles y pinos albares. Aquellos bosques contenían una rica variedad de fauna —ciervos, jabalíes y zorros— todas ellas especies que suponían una atractiva presa para los cazadores. Detrás del bosque, hacia el oeste, se extendía el Döberitzer Heide, un brezal abierto que había sido utilizado por el Ejército prusiano como campo de instrucción durante más de cien años.

Los márgenes del lago estaban sin urbanizar, y no se veía ni una sola casa, ni un solo embarcadero o muelle a lo largo de su costa. No es de extrañar que la zona fuera un refugio para las aves: grullas blancas gigantes, que hacían allí un alto en el camino en su viaje desde Siberia y Escandinavia hasta España; avetoros, cuyos sonoros graznidos surgían de entre los densos cañaverales; cisnes que nadaban en parejas sobre las aguas, y pájaros carpinteros, que taladraban los árboles de los alrededores.

La finca, anunciada como una de las parcelas más grandes de Brandeburgo, contenía algunas de sus tierras más hermosas y productivas. Y aunque era de una naturaleza decididamente rural, estaba a sólo una mañana a caballo de dos importantes ciudades, Berlín y Potsdam. La finca en sí tenía muchos nombres. Algunos la conocían como la «finca de los Ribbeck», por la renombrada familia Ribbeck, que había sido su propietaria entre 1572 y 1788. Pero hacía más de un siglo que los Ribbeck no vivían en la finca, y dado que desde entonces había cambiado de manos muchas veces, la mayoría de los lugareños ya la llamaban la «finca nobiliaria de Groß Glienicke», o más sencillamente, la «finca». Durante los últimos sesenta años el terreno había sido propiedad de los Landefeldt, una familia local que llevaba la agricultura en la sangre. Pero tras muchos años de mala gestión y de beneficios decrecientes, los propietarios se vieron obligados a vender.

Se habían puesto en venta 4.000 *Morgen* de terreno, y un *Morgen* equivalía al área que un hombre y un buey podían arar a lo largo de una mañana, algo más de un cuarto de hectárea. En total, la finca tenía dos kilómetros y medio de largo por cuatro kilómetros de ancho. Además, en el lote se incluía una serie de edificios agrícolas, más el ganado vacuno, los cerdos, las cabras, los gansos y los caballos que poblaban los campos y los corrales, la maquinaria de la granja, y la cosecha de aquel año.

Otto dio media vuelta con su caballo y se encaminó de regreso al pueblo de Groß Glienicke, en el extremo septentrional de la costa occidental. Era uno de los asentamientos más antiguos de la región, ya que sus orígenes se remontaban a 1267, y un lugar aislado, habitado por familias que vivían allí desde hacía muchas generaciones, que se conocían entre ellas, y que tenían miedo de los extraños. Con la excepción de una pareja católica, los

aproximadamente trescientos vecinos de Glienicke eran todos protestantes. Las pequeñas casas de piedra habían sido construidas a lo largo de la Dorfstraße, la «calle de la aldea», una carretera que discurría paralela a la ribera occidental del lago, a cien metros de la orilla. Había una tienda de comestibles y una panadería, una pequeña escuela con fachada de piedra, y un molino de viento. En el centro del pueblo estaba la Drei Linden Gasthof, una posada de dos plantas que durante siglos había sido el bar local, y ante cuya fachada se alzaban tres tilos. En Alemania, al igual que en otros países europeos, el tilo era un árbol sagrado, cuya presencia protegía de la mala suerte.

En la punta septentrional del lago, a doscientos metros de la orilla, estaba el *Schloss*, el palacio, o casa solariega. El palacio, de tres plantas, era de ladrillo blanco, con un tejado de poca pendiente y una torre, y disponía de más de veinte dormitorios y dieciséis chimeneas. Los salones y los comedores tenían suelos de anchos tablones de roble, los peldaños de la escalera eran de mármol pulido, y las paredes estaban revestidas de escayola de la máxima calidad. Los techos de su vestíbulo principal estaban adornados con coloridos frescos: en uno de ellos se veía a un hombre ligero de ropa que disparaba una flecha a una bandada de grullas en vuelo; otro mostraba una mujer con el pecho descubierto mirando tímidamente a un lado, mientras unos ángeles la rociaban de pétalos y le ofrecían una serenata con un arpa dorada.

Mientras seguía recorriendo la finca, Otto veía a los trabajadores atareados en sus faenas. Unas mujeres con chales blancos, con zuecos con largos vestidos grises, estaban sacando del horno unos grandes moldes cuadrados de hojalata, y cociendo incontables hogazas de pan para el pueblo. Vio una hilera de jornaleros arrodillados sobre una amplia parcela embarrada, junto a unas artesas de madera de fondo redondeado, colocando patatas pequeñas en los largos surcos. Unos hombres ataviados con gorras verdes, camisa y chaleco, caminaban detrás de los caballos, azuzándoles con sus largos látigos, arando uno de los muchos campos. Mientras tanto, otros ataban con cuerda gigantescas gavillas de trigo, y a sus espaldas se divisaba el molino de viento batiendo el aire con sus cuatro palas. Los rostros de todos

aquellos hombres se veían viejos, curtidos, adustos.

A Otto le atraía aquella tierra. Era un lugar amable, lleno de potencial, y sin embargo poco poblado, apacible, y empapado de tradición.

Groß Glienicke se encontraba a quince kilómetros del término municipal de Berlín. Aunque la vida había cambiado poco en aquel pequeño pueblo de Brandeburgo, no podía decirse lo mismo de Berlín, ya que, en 1890, ya se había consolidado como la ciudad más importante de Alemania.

[Diecinueve años atrás](#), Berlín había sido declarada la capital de un nuevo Imperio Alemán. Hasta aquella época, Alemania había sido un país fragmentado, sin una efectiva estructura económica, militar o política centralizada. A partir de 1871, Alemania y sus veinticinco reinos, principados, gran ducados y ciudades autónomas se habían unificado como un único imperio, presidido por el káiser Guillermo I.

En 1871 también se eligió a Berlín como sede del Reichstag, el Parlamento del Imperio. Los miembros de aquel Reichstag eran elegidos directamente por los varones mayores de veinticinco años, y su líder era el canciller, nombrado por el káiser. Al ser la sede del Gobierno, la ciudad atraía poderosos intereses apoyados por legiones de profesionales, cada uno de ellos con sus propias camarillas, familias y personal doméstico. Y además estaban las Fuerzas Armadas, con su influyente clase de oficiales, cuya presencia se dejaba sentir por doquier en Berlín. Casi todos los días se veía una formación de soldados desfilando o marchando por las calles de la ciudad. Los militares llevaban el uniforme cuando estaban de servicio y también cuando estaban de permiso, y ese atuendo se había convertido en una afirmación de moda y al mismo tiempo de posición social. Como los cuarteles estaban ubicados en Berlín y en la vecina ciudad de Potsdam, en la capital o en sus alrededores vivían decenas de miles de soldados.

Al mismo tiempo, Berlín se había consolidado como uno de los centros europeos de la excelencia intelectual y cultural. [Su Universidad Federico Guillermo podía presumir de un impresionante elenco](#) de antiguos estudiantes y catedráticos, entre ellos Arthur Schopenhauer, Georg W. F. Hegel, Karl

Marx y Friedrich Engels. Análogamente el Museo del Káiser Federico de Berlín era uno de los mejores de Europa, donde podían admirarse extraordinarias antigüedades bizantinas y egipcias, y también pinturas de los grandes maestros: Rafael y Giotto, Rembrandt y Holbein.

En 1888, al káiser Guillermo le sucedió su hijo, Federico III, que falleció de un cáncer de laringe tras reinar tan sólo noventa y nueve días. Por consiguiente, su hijo Guillermo asumió el trono, con sólo veintinueve años. A partir de entonces, Guillermo II había gobernado el Imperio desde un gigantesco palacio barroco de piedra blanca a orillas del Spree, el río de Berlín. En el palacio, que constituía el núcleo de la influencia y la autoridad del rey, prestaban servicio miles de cortesanos y burócratas, contables e ingenieros, artistas y banqueros.

A raíz de aquellos trascendentales cambios, la ciudad imperial se transformó en el plazo de unos pocos años, y pasó de ser una aletargada ciudad provincial a convertirse en una de las principales metrópolis de Europa. Una avalancha de recién llegados, atraídos por las oportunidades que brindaba una economía en rápida expansión, se mudó a la ciudad. La población de Berlín se duplicó, pasando de tener 800.000 habitantes en 1871 a más de 1,6 millones en 1890.

Como parte de esa expansión se urbanizaron grandes áreas a las afueras de la ciudad. La inmensa mayoría de aquellos nuevos edificios eran bloques de apartamentos, a menudo contruidos apresuradamente y a bajo coste, y al cabo de poco tiempo, dos tercios de los residentes de la ciudad vivían en régimen de alquiler. Muchos de los promotores inmobiliarios procedían de las clases medias, y pronto amasaron enormes fortunas. Uno de aquellos promotores era Otto Wollank.

*

Nacido el 18 de septiembre de 1862 en Pankow, un suburbio del norte de Berlín, Otto era el mayor de cinco hermanos. Muy pronto sobrevino la tragedia, ya que su padre, Adolf Friedrich Wollank, de treinta y cuatro años, falleció cuando Otto tan sólo tenía cinco años. Por suerte para su familia,

Adolf dejó una cuantiosa herencia, ya que había adquirido cientos de hectáreas de terreno en Pankow a mediados del siglo XIX, antes de la colosal explosión demográfica de Berlín, cuando los precios todavía eran muy bajos.

Tras terminar los estudios de bachillerato en 1881, Otto se matriculó en la escuela agrícola en Berlín, y adquirió experiencia laboral en distintas granjas del norte de Alemania. Además, durante aquel periodo viajó por Francia, Italia, el norte de África, Grecia y Turquía. A la edad de veinte años, Otto empezó su servicio militar, y se alistó con el 2.º Regimiento de la Guardia de Dragones, donde perfeccionó su habilidad en el manejo del caballo y practicó las técnicas militares básicas. A continuación se incorporó a los Húsares de la Calavera de Danzig, una unidad famosa por contar con algunos de los mejores jinetes de Alemania, y por haber aportado asesores militares al káiser Guillermo.

Tras dejar la caballería, Otto asumió el negocio inmobiliario de su padre, y lo expandió rápidamente a lo largo de los años siguientes. Era relativamente fácil ganar dinero. Lo único que Otto tenía que hacer era encontrar compradores dispuestos, un asunto sencillo, teniendo en cuenta la escasez de nuevas viviendas que sufría la ciudad. Al cabo de poco tiempo, Otto estaba consiguiendo unos beneficios gigantescos. La cuestión era: ¿cómo invertirlos?

Otto era un hombre ambicioso. Quería ascender y llegar más alto que el estatus de comerciante de su padre. Durante su servicio como oficial en el Ejército, y mientras vendía terrenos e inmuebles en Berlín, Otto había comprendido que la aristocracia era quien controlaba los hilos del poder. Daba igual el patrimonio que uno acumulara, resultaba casi imposible gozar del favor político a menos que uno fuera miembro de la nobleza. Para solucionar aquel problema, Otto tenía que adquirir una finca rústica, con la esperanza de que eso le convirtiera en un hombre idóneo para casarse con una mujer de alguna familia noble. Y ésa era la razón de que Otto Wollank hubiera acabado inspeccionando la finca de Groß Glienicke.

El 18 de febrero de 1890, aparentemente satisfecho con lo que vio, Otto Wollank hizo una oferta de compra de la finca, que fue aceptada. Y así fue como cuatro días después, el 22 de febrero, el propietario, Johann Landefeldt,

y el comprador, Otto Wollank, se citaron en los juzgados de Spandau, a diez kilómetros al norte de Groß Glienicke. Allí, a las once y cuarto de la mañana, estamparon sus firmas en el contrato de compraventa: a cambio de 900.000 marcos, Otto Wollank pasaba a ser el *Rittergutbesitzer*, el latifundista de Groß Glienicke.

A lo largo de los años siguientes, Otto trabajó incansablemente, y se lanzó de lleno a modernizar la finca. Ansioso por aplicar los métodos científicos que había aprendido en la universidad, reorganizó la finca señorial. Aumentó el rendimiento de las cosechas mediante el uso de fertilizantes y pesticidas. Construyó un nuevo molino a vapor para moler el trigo más eficazmente. Introdujo la pasteurización en la producción de leche, con lo que amplió su vida útil, y después fue creando una cadena de tiendas en Berlín para vender la leche. A continuación construyó una fábrica de ladrillos, con lo que diversificaba los ingresos de la finca más allá de los típicos de una granja tradicional, y suministraba ladrillos para las casas de su finca, así como al pueblo vecino.

Plantó un viñedo a lo largo de la arenosa costa septentrional del lago. Se plantaron vides jóvenes en largas hileras, sujetas por espalderas, que se extendían desde la entrada de la finca, en la Potsdamer Tor, hasta un risco desde donde se dominaba el lago. Una vez consolidado el viñedo, los jornaleros vendimiaban la uva, que posteriormente se pisaba y se convertía en mosto, y después fermentaba en grandes cubas de metal que Otto había instalado en uno de sus graneros.

Otto se preocupaba por el bienestar de sus trabajadores, y por ello convirtió un antiguo edificio de la granja en una guardería. A medida que los hijos de los jornaleros fueron creciendo, a la guardería se le añadió un jardín de infancia, y después un colegio. Al principio, los terratenientes locales no sabían qué pensar de aquel intruso venido de Berlín, que había conseguido entrar a golpe de talonario en su refinado círculo, pero Otto se ganó la simpatía de los vecinos del pueblo. En una historia familiar inédita, un miembro del clan Wollank posteriormente recordaba que Otto era un buen

terrateniente, que cuidaba de sus trabajadores. Es más, se le consideraba una persona «*gütig und mitfühlend*», es decir «bondadosa y compasiva».

El 15 de junio de 1894, cuatro años después de llegar al pueblo, y a la edad de treinta y un años, Otto se casó con Katharina Anne Marie, una muchacha de la zona, de veintitrés años, perteneciente a una familia de reconocido prestigio de Brandeburgo. Un año después tenían a su primera hija, Marie Luise y, once meses después, a su segunda hija, Ilse Katharina. Casi exactamente un año después nació una tercera niña, Irmgard, pero falleció al cabo de sólo dos días. Finalmente tuvieron un hijo varón, que nació en el vigésimo tercer día del primer mes del nuevo siglo. Fue bautizado en el palacio, con el nombre de Horst Otto Adolf. Otto daba gracias a Dios por tener por fin un heredero varón.

El palacio era un lugar maravilloso para criarse. Marie, Ilse y Horst se educaron en casa, y disponían de mucho tiempo libre para jugar en los campos y los bosques. Su padre les construyó una casa de juguete, una estructura con muchos adornos tallados en la que un adulto podía estar de pie, y lo bastante espaciosa para que los niños invitaran a merendar a sus amigos.

En cuanto tuvieron la edad suficiente, a los tres les permitieron bañarse y navegar por el lago, explorar sus islas, sus playas y sus calas más recónditas. Aunque a menudo Horst no podía participar en las actividades recreativas más difíciles debido a su persistente mala salud, le enseñaron a montar a caballo y a disparar con una pistola de aire comprimido, y más tarde con un rifle de caza. Mientras tanto, las niñas se conformaban con lecciones de canto en la salita delantera.

Todos los meses de octubre, los vecinos del pueblo y la familia Wollank se reunían con motivo de la *Erntedankfest*, la fiesta de Acción de Gracias, para celebrar la cosecha y la buena suerte del pueblo. Los vecinos, congregados en el patio del palacio, esperaban la llegada del terrateniente. Los hombres iban vestidos con sus mejores trajes de los domingos; los más acomodados llevaban sombrero de fieltro y corbata, otros lucían gorras con visera. Las mujeres llevaban trajes de etiqueta, e iban acompañadas por los niños, ataviados con pantalones de cuero, y las niñas, con vestidos. También asistían los miembros del parque de bomberos, con sus resplandecientes

correajes y hebillas, el pastor del pueblo, y el guardia nocturno, que vivía en una casa contigua al Drei Linden, y que garantizaba la seguridad en el pueblo, a falta de una dotación de policía.

Al cabo de un rato, la familia del patrón se reunía con la multitud en las escaleras de entrada del palacio, donde eran saludados por los vecinos. Inmediatamente después avanzaba un grupo de niños y niñas portando la *Erntekrone*, la corona de la cosecha, confeccionada con grandes guirnaldas de trigo y flores, en lo alto de un largo poste, y de la que pendían cintas multicolores. El terrateniente daba las gracias a todos por su asistencia, y después encabezaba junto con su familia una marcha que iba del palacio, a lo largo del camino de tierra que rodeaba la punta septentrional del lago, pasando junto a los edificios de la granja y el nuevo viñedo. Al final del camino, todos pasaban por debajo de la Potsdamer Tor, el arco de piedra que señalaba la entrada al palacio y a su parque señorial, en la que estaba grabado el escudo familiar de los Wollank: la cabeza de un lobo negro y una corona pintada de rojo y blanco, los colores de Groß Glienicke. Una vez en la Potsdamer Chaussee, la procesión giraba a la izquierda al llegar al parque de bomberos, y se dirigía a la iglesia de piedra, del siglo XIV.

Mientras que los demás accedían a la iglesia a través de las grandes puertas de madera de la fachada septentrional de la nave, los Wollank entraban por la puerta personal del terrateniente, en la fachada oriental del edificio. Dentro, la iglesia estaba reluciente a raíz de la reciente rehabilitación que había costado Otto Wollank: una corona de alabastro con ribetes de oro pendía por encima del púlpito, decorado con vivos colores –suntuosos verdes, azules y rojos; detrás del altar se veía un gigantesco cuadro al óleo de Cristo, en el que figuraban las palabras *Ecce Homo*; una pintura al óleo de la Última Cena donde se veía a uno de los antiguos propietarios de la finca, Hans Georg Ribbeck, como uno de los discípulos, y en el centro del techo, el sol aparecía a través de un claro entre las nubes pintadas, sobre el que estaba escrita la palabra «Dios» en hebreo, יהוה.

En lo que respecta a Otto Wollank, su situación parecía estable y segura. La finca estaba progresando satisfactoriamente. La cosecha había sido buena. Sus aldeanos estaban bien alimentados, su esposa y sus tres hijos gozaban de

buena salud y eran felices. A Otto, que entonaba las canciones tradicionales de la fiesta de la cosecha desde el palco reservado al señor de la heredad, situado a la izquierda del altar y por encima y por delante del resto de los bancos de la iglesia, con el escudo familiar grabado en uno de sus costados, la vida nunca le había ido mejor.

Wollank 1913

En 1913, la finca ya se había convertido en un lugar de renombre, en una granja modélica que por fin estaba dando beneficios.

Los terratenientes de la zona, impresionados por los incansables esfuerzos de Otto, por las hectáreas de tierra productiva, por el buen aspecto de sus rebaños de ganado vacuno, y por la belleza de la finca en sí, ahora sentían a regañadientes cierto respeto por Otto. Empezaron a invitarle a él y a su familia a sus cenas y a otros eventos sociales. Los aristócratas de la zona cortejaban a sus hijas adolescentes. Su hijo se estaba educando en el instituto de Potsdam, y su destino era incorporarse al cuerpo de oficiales y, tal vez más adelante, al de funcionarios del Estado.

Al cabo de poco tiempo, las noticias de la transformación de Groß Glienicke, y de los logros de su dueño, se habían filtrado hasta Berlín. Se decía que la finca de Otto Wollank se había convertido en una «*Mustergut*», en una granja modelo. El 16 de abril de 1913, Otto Wollank escribió una petición directa al káiser Guillermo II solicitando que le concedieran un título nobiliario. Se trataba de algo típico de la época, en la que los jóvenes terratenientes con un futuro prometedor ascendían hasta la corte real. En su solicitud, Otto aportaba un resumen de su biografía, y después, bajo el encabezamiento «Ideas Políticas», explicaba que había sido «educado en una familia rigurosamente conservadora» y que era leal al káiser «hasta lo más profundo de sus convicciones». A continuación decía que «a pesar de las incitaciones a sus trabajadores por parte de los agitadores de Spandau», Otto estaba convencido de que «había prestado servicio con éxito a la causa [del káiser] en las tierras de mis alrededores».

La petición de un título nobiliario primero fue tramitada por la oficina del presidente del *Land* de Brandeburgo, con sede en Potsdam. En su informe, confirmaban que Otto había dicho la verdad en su solicitud. También enumeraban su patrimonio, que incluía la finca de Groß Glienicke, de mil hectáreas (1,5 millones de marcos), tres casas en Berlín (418.638 marcos), diversas participaciones en inmuebles del suburbio berlinés de Pankow (645.667 marcos), y otros activos de capital (2.127.250 marcos).

Cuatro meses después, el 19 de agosto, el káiser Guillermo daba la orden a sus funcionarios de ennoblecer a Otto Wollank, con la única condición de que pagara 4.800 marcos por el título. Doce días después, el 1 de septiembre, Otto recibió la confirmación de su ennoblecimiento a través de la emisión de un diploma por parte de la Oficina de Heráldica. El anuncio formal se realizó en la publicación oficial del Estado, el *Staatsanzeiger*, así como en el *Gothaer*, una revista especializada en la nobleza alemana. Aunque no se realizó ninguna ceremonia ante el káiser en persona, Otto celebró el acontecimiento con sus amigos y su familia en casa, en el palacio.

A partir de aquel momento iba a conocerse como Otto *von* Wollank, lo que no sólo le aportaba respetabilidad y estatus sino que también conllevaba responsabilidades. Porque, en su calidad de miembro de la nobleza local, se esperaba de él que mostrara sus dotes de liderazgo ante la ciudadanía de Groß Glienicke. No tuvo que esperar mucho.

El 30 de junio de 1914, por la mañana, Otto von Wollank estaba sentado en el comedor de su casa, leyendo el periódico de gran formato y de color crema que le había llevado el repartidor a primera hora. A diferencia del *Berliner Tageblatt* y del *Vossische Zeitung*, de corte más liberal, el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* era un periódico conservador, un defensor a ultranza del káiser.

Otto estaba estupefacto. Según los titulares de la primera plana, el archiduque austriaco Francisco Fernando y su esposa habían sido asesinados a tiros la víspera por un nacionalista serbio en Sarajevo, la capital de Bosnia. Todo el mundo consideraba a Austria-Hungría uno de los aliados más

importantes del káiser; muchos pensaban que un ataque a la familia real austrohúngara equivalía a un ataque contra Alemania. El *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* informaba de que «el archiduque Francisco Fernando mantenía relaciones de mutuo afecto con nuestro emperador», y que la duquesa era «bien conocida en la corte de Berlín, [...] de modo que nuestra casa imperial se ha visto afectada por el doloroso fallecimiento del archiduque y su esposa». El artículo concluía diciendo que el asesinato había «dejado huérfanos a los tres hijos de la pareja, que son objeto de nuestra compasión más afectuosa», e informaba de que el káiser Guillermo iba a asistir a los funerales en Viena.

A lo largo de los días siguientes, Otto fue leyendo las noticias con creciente inquietud: los periodistas exigían la detención de los asesinos, los gobiernos amenazaban con un ultimátum, se estaban movilizando las tropas. El 28 de julio, Austria-Hungría declaraba la guerra a Serbia; el 1 de agosto, Alemania declaraba la guerra a Rusia. Ya el 5 de agosto los periódicos de Otto traían unos titulares que no presagiaban nada bueno: «Gran Bretaña declara la guerra a Alemania» y «¡Ahora contra los rusos, los franceses y los ingleses!». Había empezado la Primera Guerra Mundial.

Según las informaciones de los periódicos, era bastante seguro que muy pronto Alemania consiguiera la victoria. Con su aplastante contingente de soldados, su incomparable instrucción militar, y con sus modernas técnicas, resultaba difícil, decían los editoriales de los periódicos, imaginar un conflicto prolongado. A un decidido patriota y defensor del káiser como Otto, aquellos argumentos debían de resultarle convincentes. Aunque incluso Otto, el experto oficial de caballería, debía de tener sus reservas sobre aquella certeza, teniendo en cuenta lo impredecible de las guerras, el número de países implicados y su por ahora desconocido poderío militar.

A mediados de agosto, el Ejército alemán se había ampliado desde 800.000 soldados hasta más de tres millones y medio. Ese aumento estaba formado en su mayoría por los reservistas, pero también incluía a 185.000 voluntarios. En aquel momento, en Groß Glienicke vivían poco más de 120 hombres en edad de trabajar. De ellos se alistaron ochenta, con lo que la población masculina se redujo en dos terceras partes. Muy pronto la finca

empezó a sufrir escasez de mano de obra. Las mujeres se vieron obligadas a realizar las tareas de sus maridos, sus hermanos, sus padres y sus hijos, y recogieron la mayor parte de la cosecha aquel verano. La disminución de la población masculina del pueblo quedó más patente todavía en la celebración de Acción de Gracias que tuvo lugar en octubre, dos meses después del comienzo de la guerra, ya que en la iglesia quedaron vacías numerosas filas de bancos.

Wollank, que a la sazón tenía cincuenta y dos años, era demasiado mayor para combatir. Sin embargo, deseoso de servir a su país, se presentó voluntario para el Tercer Depósito Central de Caballos en Potsdam, y asumió el rango de capitán. Posteriormente le trasladaron al Alto Mando en Berlín, donde fue responsable del reparto de comida y provisiones a los hospitales.

Teniendo en cuenta la formación militar de Otto, y su lealtad al káiser, se daba por supuesto que Horst, su hijo de catorce años, se alistaría en cuanto pudiera. Horst ya había visto cómo se licenciaban dos cursos superiores al suyo y cómo eran reclutados directamente por el Ejército. Unos cuantos compañeros de clase, incluso algunos de catorce y quince años, se habían presentado voluntarios. Pero, a pesar de todo ello, Horst siguió adelante con sus estudios.

A través de los periódicos y de sus contactos en Berlín, Otto se mantenía al tanto sobre la evolución de la guerra. A partir de diciembre de 1914, se había consolidado un importante frente en Francia, donde el V Ejército de Alemania, formado por cientos de miles de soldados, se enfrentaba a las fuerzas francesas. A fin de romper el impasse, el Ejército alemán inició una importante ofensiva en las proximidades de la ciudad de Verdún en febrero de 1916. Tras un primer avance, la batalla degeneró en un sangriento punto muerto, que dio lugar a más de 300.000 bajas mortales en el bando del káiser. Para Otto ya estaba claro que la guerra no iba a terminar pronto.

Otto von Wollank, un hombre conservador por naturaleza, no envió a sus hijas a estudiar al colegio, ni permitió que participaran en la gestión de la finca. Por el contrario, las jóvenes permanecían sentadas en su casa con su madre, practicando la costura, leyendo, y recibiendo a las amistades. Mientras que estaba previsto que Horst, si la salud se lo permitía, asistiera a la escuela

agrícola y después realizara sus prácticas de aprendiz en la granja, el único proyecto para las muchachas era encontrarles un marido adecuado.

Aunque los compromisos sociales eran menos frecuentes, seguían teniendo lugar ocasionalmente las meriendas o los almuerzos los domingos, a los que asistían los ancianos vecinos y sus hijas más jóvenes. El problema, en lo referente a concertar una boda para Marie Luise e Ilse, era que la mayoría de los jóvenes idóneos se habían marchado, y en aquel momento estaban recibiendo instrucción en las academias militares, o bien ya estaban prestando servicio en el frente. Aquellos planes quedaron totalmente desbaratados cuando, el 11 de noviembre de 1916, la esposa de Otto falleció repentinamente. Tan sólo tenía cuarenta y cinco años. No hay constancia de la causa de la muerte. Tras un breve funeral que se celebró en la iglesia, y al que asistió gran parte de los habitantes del pueblo, Katharina fue enterrada en el parque adyacente al palacio.

Otto se pasó el resto de la guerra intentado dirigir la granja lo mejor que pudo. Entonces, el 29 de enero de 1918, se casó con Dorothea Müller, una mujer de una familia noble de Berlín, diecinueve años menor que él. Los hijos de Otto asistieron a la boda, incluido Horst, que, aunque ya había terminado el bachillerato, había evitado el reclutamiento debido a su mala salud.

Con la llegada al palacio de su nueva esposa, que iba a ayudarle a dirigir al personal de servicio y a cuidar de sus tres hijos, el estado de ánimo de Otto mejoró. Según los aldeanos que la recordaban, Dorothea era una mujer cordial, con una personalidad afectuosa, que en seguida se ganó el cariño de la gente. Su llegada trajo consigo la esperanza de que las cosas estaban a punto de ir a mejor.

Finalmente, el 11 de noviembre, al pueblo llegó la noticia de que la guerra había terminado. Una delegación alemana formada por dos oficiales del Ejército y dos políticos se había reunido con sus homólogos británicos y franceses, y había firmado un armisticio. El alivio de Otto muy pronto se convirtió en angustia cuando se enteró de que, tras una serie de sublevaciones

de trabajadores y soldados por todo el país, el káiser se había visto obligado a abdicar y había huido a los Países Bajos con su familia. Tras la desaparición de su protector, Otto estaba muy preocupado por lo que todo ello podía significar, no sólo para la finca, sino para su posición dentro de la comunidad.

En noviembre y diciembre de 1918, los políticos del Partido Socialdemócrata (SPD) colaboraron con los miembros de las Fuerzas Armadas para llenar el vacío político. Pero el Gobierno provisional fue incapaz de mantener el orden durante mucho tiempo. El empuje a favor de una democracia parlamentaria se veía contrarrestado por los grupos de izquierda inspirados por la Revolución Soviética del año anterior. Las protestas culminaron con la denominada sublevación de Espartaco, que comenzó el 4 de enero de 1919, en la que los manifestantes levantaron barricadas por las calles de Berlín y ocuparon varias redacciones de periódicos, incluida la del órgano del SPD. A fin de apoyar la acción, el Partido Comunista Alemán convocó una huelga general. Más de medio millón de manifestantes acudieron a Berlín. Una de las principales exigencias de los radicales era la redistribución de tierras, y en particular de las fincas que eran propiedad de los latifundistas ennoblecidos recientemente, como la de Otto. A lo largo de los días siguientes, los sublevados tuvieron brutales enfrentamientos con grupos de antiguos veteranos por las calles de la ciudad, en los que hubo cientos de muertos. Sin embargo, los que se alzaron con la victoria fueron los veteranos, que reconquistaron el centro de la ciudad con la ayuda de las fuerzas del Gobierno. Se estableció un equilibrio inestable.



Dorothea von Wollank

Los temores de Otto disminuyeron en cierta medida cuando, a raíz de las elecciones que se celebraron el 19 de enero de 1919, se convocó una asamblea nacional en la pequeña ciudad de Weimar, a trescientos kilómetros al suroeste de Berlín, con la intención de estabilizar el país. Aquella asamblea promulgó una nueva constitución, que incluía cambios significativos en las estructuras de poder de Alemania. Ahora las mujeres podían votar, igual que todos los varones mayores de veinte años (antes la edad mínima era veinticinco años). Y también por primera vez el país iba a tener un presidente, que desempeñaría las funciones de nuevo jefe del Estado. Lo más crucial era que el presidente podía nombrar o destituir al canciller –que iba a estar al frente del Gobierno– y, en virtud del Artículo 48, tendría la potestad de suspender las libertades civiles, incluido el habeas corpus. Otro gran cambio era la creación del Tribunal Supremo, y la sustitución de la bandera imperial, blanca y roja por una bandera tricolor, negra, roja y amarilla. Por último, la constitución establecía una serie de «derechos básicos» para sus

ciudadanos; por ejemplo, el Artículo 115 declaraba que «el domicilio de un ciudadano alemán es un refugio y es inviolable».

Con una constitución, una bandera y un parlamento nuevos, los políticos anunciaron una nueva era: una república alemana. Posteriormente ese periodo sería conocido como la «República de Weimar». El *Kaiserreich* (imperio), que había comenzado con la unificación de Alemania en 1871, con su sistema de patrocinio real, quedaba oficialmente disuelto. Y con él, la nobleza. A Otto le comunicaron que a partir de aquel momento no podía usar el título de *Ritter* (caballero). No obstante, sí se le permitía utilizar el «von» delante de su apellido, y pudo conservar sus tierras.

Los esfuerzos de los políticos por mantener el orden se vieron socavados por el acuerdo que firmaron con las potencias aliadas el 28 de junio de 1919, conocido como el Tratado de Versalles. Los grupos de derechas y nacionalistas se escandalizaron ante los términos del tratado, que consideraban una traición al país y una humillación. A partir de ese momento, Alemania iba a tener que pagar sustanciales reparaciones de guerra, y debía renunciar a grandes extensiones de su territorio, como por ejemplo ceder a Francia la región de Alsacia y Lorena, y a Polonia una parte de la Alta Silesia. Y lo que tal vez resultaba más ofensivo, por lo menos para los soldados y los oficiales que habían combatido en la guerra, era que Alemania estaba obligada a reducir su Ejército a 100.000 hombres, a disolver su Estado Mayor, y tan sólo se le permitía tener dos academias militares, una para el Ejército de Tierra y otra para la Armada.

Los combates callejeros se adueñaron de Berlín. También estallaron amotinamientos en Hamburgo y en Fráncfort. En Múnich se declaró una república al estilo soviético, que fue brutalmente aplastada por grupos paramilitares de derecha. Hubo miles de muertos en aquella oleada de violencia. Y entonces, por la tarde del 12 de marzo de 1920, una brigada del Ejército entró en el centro de Berlín en un intento de asumir el poder. Aquel golpe de Estado se conoce como el *putsch* de Kapp, por uno de sus líderes, Wolfgang Kapp. La Asamblea Nacional reaccionó huyendo a Dresde, y más tarde a Stuttgart. Para demostrar que seguían teniendo el apoyo del pueblo, los políticos convocaron una huelga general, y se vieron recompensados el 14

y el 15 de marzo, cuando más de doce millones de personas se negaron a acudir a su trabajo. El impacto económico fue instantáneo, se paralizaron los transportes, y las compañías de suministros, como el gas, el agua y la electricidad fueron incapaces de prestar servicio. Unos días después se vio que el golpe había fracasado, y el Gobierno regresó a Berlín. A pesar de aquel éxito, los acontecimientos pusieron de manifiesto que el país estaba profundamente dividido entre las facciones de izquierdas y de derechas.

Aunque los políticos habían recuperado el control, muy pronto tuvieron que afrontar otro gravísimo problema: el país se estaba quedando sin dinero. La guerra había agotado las reservas de la nación, y la precaria situación económica y la inestabilidad política exacerbaban el problema. Esa situación se agravó cuando Alemania empezó a pagar las colosales reparaciones económicas a los Aliados, que privaban al país de unas divisas extranjeras muy necesarias. La inestabilidad política y económica no ayudó a mejorar la finca de Groß Glienicke, que todavía estaba recuperándose de las penurias que había sufrido durante la guerra. [Más de veinte hombres habían muerto durante el conflicto](#), y muchos otros habían quedado gravemente heridos, por lo que la población masculina en edad de trabajar se había reducido en más del 30 %.

Entonces, en 1923, tras reiterados intentos de liberalizar la economía, el país fue presa de una inflación galopante. A finales de 1921, un marco de oro valía diez marcos de papel moneda; un año después valía 10.000 marcos de papel, y en 1923, el tipo de cambio ya ascendía a cien millones. Aquella hiperinflación tuvo un impacto directo en la finca de Groß Glienicke. El precio de los productos agrícolas se desplomó, al tiempo que los del fertilizante y el forraje, y los salarios ascendían a niveles astronómicos. A Otto le resultaba imposible pagar a sus trabajadores, teniendo en cuenta las fluctuaciones exponenciales de la moneda. A falta de una retribución, los trabajadores se desmoralizaron, y muchos se negaban a ir a trabajar. La finca estaba al borde de la ruina.

La única y modesta alegría de Otto era su familia. En el plazo de cuatro años, a partir de 1920, contrajeron matrimonio sus tres hijos. Su hija mayor, Marie Luise, se casó con un terrateniente de Baviera, y un año más tarde

Horst se casó con una muchacha de veintidós años de Oranienburg, una pequeña localidad al norte de Berlín. Sin embargo, de los tres cónyuges, el que más satisfacción le produjo a Otto fue el marido de Ilse Katharina, Robert von Schultz.

*

Robert von Schultz, [nacido en 1897](#) en el seno de una familia de aristócratas terratenientes de la isla de Rügen, situada frente a la costa báltica de Alemania, era un hombre embebido de tradiciones conservadoras. Con diecinueve años se había presentado voluntario para combatir en la Primera Guerra Mundial, donde sufrió tres heridas graves y fue condecorado con la Cruz de Hierro de Primera Clase en Alemania y la Cruz del Mérito de Tercera Clase en Austria por su valentía. Al acabar la guerra, al igual que muchos de sus antiguos camaradas, había participado en las luchas callejeras entre los comunistas y los grupos de veteranos de derechas, unos disturbios que se habían adueñado de Berlín. Después, buscando una forma de ganarse la vida, emprendió estudios de agricultura. Era un hombre de baja estatura, rechoncho, con la frente alta y papada, y exudaba confianza en sí mismo y bravuconería.

Otto estaba encantado con su nuevo yerno. Ambos eran fervientes partidarios de la monarquía, habían prestado servicio en las Fuerzas Armadas, y los dos sentían pasión por la agricultura. Tras el matrimonio con su hija, Otto invitó a Robert a trabajar con él y con Horst. Algún día uno de aquellos dos jóvenes sería el elegido para hacerse cargo de la finca. Por el momento, Otto dejó bien claro que todavía no había tomado una decisión sobre si sería su hijo o su yerno.

Al poco tiempo, la finca se llenó de cochecitos de bebé y de niñeras. A Otto no había nada que le gustara más que sentarse en su terraza, viendo a sus nietecitos dar sus primeros pasos en la pradera de la parte delantera, o persiguiendo a los gansos y los patos que se congregaban junto a la orilla del lago. Y poco a poco, a medida que se iban mitigando las penurias de la guerra, los antiguos ritmos regresaron a la finca y al pueblo. Las

celebraciones de Acción de Gracias tenían más asistentes, igual que las de Semana Santa y la misa de Nochebuena. Una de las mujeres de la lechería de la finca, una tal *Frau* Mond, abrió una tienda en el pueblo, enfrente del Drei Linden, donde vendía leche, queso y mantequilla. Y más tarde un carnicero de Kladow, un pueblo situado en la ribera oriental del lago, abrió una sucursal en Groß Glienicke, donde vendía cortes de vacuno, chuletas de cerdo y salchichas de alta calidad. Parecía que se avecinaban tiempos mejores para el pueblo.

A pesar de la mejora de la economía en general, las finanzas de la finca de Groß Glienicke nunca se recuperaron del todo, ya que arrastraban el lastre de las pérdidas del año anterior. En 1926, con más de sesenta años, y debilitado por una serie de enfermedades, Otto se dio cuenta de que tenía que reducir el déficit de sus cuentas. Con el apoyo de sus hijos y los cónyuges de éstos –que eran conscientes de la desesperada situación financiera– Otto ideó un plan. Había decidido reducir sus costes con un recorte de algunos gastos de la casa, y le había pedido al administrador de la finca que incrementara el rendimiento de la cosecha de aquel año.

Pero Otto sabía que aquellas medidas, por sí solas, iban a resultar insuficientes. Ya se habían probado anteriormente, y generaban unas ganancias modestas. Para garantizar unos resultados más drásticos, Otto decidió que iba a arrendar una parte de los terrenos de la finca. A través de sus amigos de Berlín, se había dado cuenta de que había una demanda creciente de segundas residencias en el campo. ¿Por qué no atraer a algunos de aquellos ricos berlineses a Groß Glienicke? Al fin y al cabo, era un lugar muy bonito, y a poca distancia en coche del centro de la ciudad.

Alexander 1927

Una mañana de primavera, en marzo de 1927, el doctor Alfred Alexander y su familia subieron a su Mercedes descapotable modelo S, de color azul oscuro, aparcado a la puerta de su apartamento en la zona oeste de Berlín, y se dirigieron a Groß Glienicke.

Alfred y su esposa Henny, él con un abrigado gabán y ella con un abrigo de visón, y ambos con sombrero y guantes, iban sentados en los asientos delanteros, mientras que sus cuatro hijos –Bella, Elsie, Hanns y Paul– iban apretujados en el asiento de atrás. A Alfred le gustaba conducir, de modo que le habían dado el día libre al chófer. Su itinerario les llevaba por las atestadas calles de la ciudad, siguiendo por la Heerstraße –la principal avenida de salida de la ciudad hacia el oeste– atravesando el angosto Freybrücke, el puente de hierro sobre el río Havel, y después giraron a la izquierda, por la Potsdamer Chaussee que, tras un largo trayecto en línea recta a través del bosque, les llevó hasta Groß Glienicke. El viaje duró tan sólo cuarenta minutos.

A Alfred el pueblo le pareció pequeño, un lugar de otra época, con sus casas modestas, sus graneros de piedra y su iglesia medieval, muy diferente de los grandes bloques de apartamentos, de las ajetreadas calles y de las sofisticadas tiendas de la zona oeste de Berlín. Desde el centro del pueblo, Alfred giró a la izquierda frente al parque de bomberos, pasó por la Potsdamer Tor, y aparcó unos metros más allá, en una carretera de tierra. Allí les recibió uno de los administradores de la finca.

La parcela que les enseñó el administrador era de forma rectangular, de treinta metros de ancho, que se extendía doscientos metros desde el muro

exterior de la Potsdamer Tor, cuesta abajo, hasta la orilla del lago de Groß Glienicke. Era una franja de terreno larga y estrecha, lo bastante grande para garantizar la privacidad, pero lo bastante pequeña para resultar manejable. En total, había tres sectores: una zona llana y elevada que había formado parte del antiguo viñedo, llena de vides retorcidas que crecían en espalderas, de una extensión aproximada de 150 metros y terminaba en un risco sobre el lago; un terraplén que caía casi de forma vertical, cubierto de piedras y de árboles silvestres, y por último, una zona llana y arenosa en la parte de abajo, de veinticinco metros de largo, donde crecían alisos negros y sauces. Lo mejor de todo era el lago, al pie de la parcela.



El lago de Groß Glienicke

Tras detenerse un rato para disfrutar de la vista desde lo alto del risco que dominaba el lago, los Alexander bajaron a trancas y barrancas hasta la orilla. El lago era pequeño, pero sin duda sería un lugar estupendo para bañarse en

verano. A la izquierda podían divisar el palacio, apenas visible a través de los árboles. A la derecha, en el centro del lago, había dos islotes cubiertos de árboles. Si conseguían una barca, podrían ir remando hasta ellos, e incluso tal vez acampar allí.

Alfred John Alexander había tenido un buen comienzo. Nació el 7 de marzo de 1880 en Bamberg, una pintoresca localidad de Baviera, situada a orillas del río Regnitz, en Alemania central. Su familia era de clase media, formada por médicos y abogados. Eran gente honesta y trabajadora, bien considerada en la comunidad, y asistían frecuentemente a la sinagoga de la ciudad.

A pesar de todo, la infancia de Alfred le marcó con una melancolía de la que nunca pudo librarse del todo. Cuando tenía cinco años, su hermana Paula falleció de neumonía. Unos meses después, poco antes de las Navidades de 1885, se enteró de que su padre, Hermann, de cuarenta y cuatro años, había muerto de leucemia. Al día siguiente llevaron a Alfred a ver a su madre, Bella. Su pelo, de color castaño, se había vuelto blanco, aunque sólo tenía treinta años.

Alfred era un niño cordial pero serio, sin sentido del humor. Se aplicaba mucho en el colegio, y a menudo conseguía unas notas tan buenas que le colocaban como primero de la clase. Además era sensible, propenso a llorar ante la mínima provocación, ya fuera porque otro niño le había hecho daño o por una pieza musical particularmente hermosa. Por encima de todo, necesitaba desesperadamente la aprobación de su madre, y lo que más feliz le hacía era que ella manifestara sentirse orgullosa por su niño.

A la edad de quince años Alfred le anunció a su madre que quería ser médico y encontrar una cura para la leucemia, la enfermedad de su padre. Por muy encomiables que fueran las intenciones de Alfred, su madre se sintió decepcionada. Su intención era que estudiara para ser abogado, como su padre.

Cuando Alfred insistió, Bella le pidió a su padre y a sus hermanos que le disuadieran, pero fueron incapaces de lograr que el muchacho cambiara de idea. A regañadientes, Bella por fin le dio su bendición a Alfred cuando éste

cumplió diecisiete años, pero, como él recordaba posteriormente, con una condición: «¡Prométeme que serás un buen médico!», le dijo su madre. Por buen médico ella entendía alguien que llegara a lo más alto de su profesión, que trabajara en medicina general y no en investigación, y que ayudara a todos los pacientes, independientemente de su estatus económico.

Y así fue como, tras terminar el bachillerato, Alfred empezó los estudios de Medicina en la Universidad Federico Guillermo de Berlín, y después en la Universidad Luis-Maximiliano de Múnich. Alfred, un hombre de mediana estatura, con los hombros anchos, labios carnosos, pelo negro y rizado, y un fino bigote, era más bien apuesto, aunque su intensa mirada y su actitud seria resultaban un factor disuasorio para la mayoría de las mujeres.

Se aplicó en sus estudios y aprobó el primer examen de *Physicum* con unas notas excelentes, y completó su *Staatsexamen* final al cabo de tres años. Bella estaba encantada con su «*Wunderkind*», su hijo prodigio, y el 19 de junio de 1903, a las 10.45 de la mañana llegó un telegrama para Alfred a la oficina de telégrafos de Múnich:

FELICIDADES POR ESTA ALEGRE SORPRESA, SALUDOS CON TODO MI
CARIÑO – MAMÁ.

Después de conseguir el título, Alfred aceptó un empleo en Odelzhausen, una pequeña localidad situada a cincuenta kilómetros al noroeste de Múnich, donde inició sus investigaciones científicas con la esperanza de que tal vez le llevaran a descubrir la cura para la leucemia. Nada más recibir el primer cheque con su nómina, le entregó sus ingresos a su madre. Dos años después, en 1905, al joven doctor Alfred Alexander le ofrecieron el prestigioso cargo de primer ayudante del director del Hospital Universitario de Freiberg. Con una condición: para poder aceptar el cargo, a Alfred le dijeron que debía convertirse al cristianismo. Su única alternativa era aceptar un puesto de menor categoría, con un salario mucho más bajo, en Berlín. Aceptó el empleo de Berlín.

Al año siguiente, Bella enfermó, aquejada de graves ataques al corazón y de asma. Tenía cincuenta y un años, y cuando Alfred se enteró de la noticia,

le pidió a su superior un permiso por motivos familiares y corrió a reunirse con su madre. Le asustó su estado: respiraba entrecortadamente, sentía fuertes dolores en el pecho, y estaba sumamente débil. Tras ver a su madre, Alfred fue a buscar a sus médicos, el doctor Guntzberg, al que no conocía bien, y al doctor Julius Kahn, al que conocía desde hacía algún tiempo, y en el que confiaba. Al preguntar por la prognosis de su madre, le dijeron que no había esperanza. Unos días después, su madre le suplicó que le ayudara. Más tarde, en sus memorias privadas, Alfred escribía:

Le pregunté a los consejeros médicos de mi madre si había alguna posibilidad de prolongar su vida, que para mí era la cosa más preciosa de este mundo; pero ellos se limitaron a encogerse de hombros. Entonces supe lo que tenía que hacer. El amor y la gratitud que sentía por aquella mujer y madre maravillosa me llevó a pedirle a mi amigo Julius Kahn que le administrara morfina, cosa que yo sabía, sobre la base de las opiniones médicas de la época, que no sólo aliviaría su dolor, sino que también acabaría con su vida.

El doctor Guntzberg se mostró escandalizado por aquella sugerencia «nociva», pero Julius Kahn le puso la inyección, que calmó sus dolores muy deprisa, y al cabo de un rato Bella se durmió sin sentir ningún tipo de dolor. Me miró de una forma que nunca olvidaré y me dijo: «Gracias, querido hijo». Aquéllas fueron sus últimas palabras, y aunque su muerte fue un duro golpe para mí, nunca me he arrepentido de haber tomado aquella decisión, y hoy estoy aún más agradecido a mi querido amigo Julius Kahn. No había la mínima posibilidad de salvarla, pero por lo menos pude decirme a mí mismo que mi madre falleció sin dolor mediante un acto de eutanasia. Con su fallecimiento abandonaba este mundo una mujer verdaderamente maravillosa.

[Tras la muerte de su madre](#), Alfred tomó la decisión de renunciar a sus investigaciones científicas y convertirse en un «buen médico», tal y como quería su madre. Regresó a Berlín y empezó a montar una consulta de medicina general. Tres años después, en 1909, Alfred conoció a Henny Picard durante una visita a Fráncfort. Henny era una mujer de abundante pecho, con el rostro redondo y brazos fuertes, que, aunque nunca fue delgada ni vestía a la moda, resultaba una figura atractiva con su agudo sentido del humor y su mirada llena de chispa. Mientras que Alfred provenía de una

familia de clase media de abogados y médicos, Henny descendía de dos de las familias judías más exitosas de Europa: su padre, Lucien Picard, era un banquero muy respetado, director del Commerz Bank y cónsul de Suiza en Fráncfort; su madre, Amelia, era una Schwarzschild, una de las familias judías más poderosas de Fráncfort, a la que sólo superaban los Rothschild.

Alfred y Henny se enamoraron de inmediato y, a pesar de que a ella le preocupaban los momentos de mal genio de Alfred, se casaron a los pocos meses de conocerse, y a continuación Henny se mudó al pequeño apartamento de soltero de Alfred, en la ajetreada calle comercial de Kurfürstendamm. Un año después se quedó embarazada, y el matrimonio se mudó a un gran apartamento situado a la vuelta de la esquina, que ocupaba toda la primera planta del 219/220 de la Kaiserallee, hoy llamada Bundesallee, una de las calles más elegantes de la zona oeste de Berlín. El apartamento tenía veintidós habitaciones, incluidos cinco dormitorios, tres salones, un cuarto de baño, dos habitaciones para las doncellas y una gran cocina. La sala de la parte delantera ocupaba el ancho de todo el apartamento, y era lo bastante grande como para alojar una cena de cuarenta comensales, y tenía dos balcones que daban a la Kaiserallee.

Poco después, el 18 de marzo de 1911, tuvieron a su primera hija, a la que pusieron de nombre Bella, por la madre de Alfred, a la que tanto quería. Aproximadamente veinte meses más tarde, el 3 de diciembre de 1912, nació una segunda hija, a la que llamaron Elsie. Mientras Alfred trabajaba incansablemente atendiendo a sus pacientes y montando su consulta, Henny dedicaba su tiempo a las niñas, consolidando un hogar para la familia, cada vez mayor. Muy pronto se vio al mando de un abundante personal de servicio, que incluía a una doncella, una cocinera, una limpiadora, un chófer, e incluso un hombre que iba una vez a la semana a dar cuerda a los relojes.

A pesar de haberse criado en una familia adinerada, a Henny no se le subió a la cabeza, y siempre fue una mujer modesta, dueña de sí misma, que ejercía una influencia tranquilizadora sobre su marido, más temperamental. Como decía Alfred en sus memorias:

No me cabe ninguna duda de que mi madre te habría dado su aprobación y que nos

habría dado su bendición si hubiera llegado a conocerte. Eres muy parecida a ella en muchos aspectos, por tus ojos encantadores, por tu sonrisa y por tu forma de ser —esa comprensión bondadosa, esa disposición a ayudar no sólo a tus familiares sino a todo el que recurre a ti en busca de ayuda. Tienes una gran comprensión por todo, mucha paciencia, y he de confesar, que, aunque te quiero de todo corazón, no siempre te he puesto las cosas fáciles, a la vista de mi conducta excitable y a menudo impaciente.

Cinco años después de su boda, y tras el estallido de la guerra en 1914, Alfred fue reclutado en el cuerpo médico del Ejército alemán, que le destinó a Alsacia, donde dirigió un hospital de campaña para las víctimas de los ataques con gas. Siempre que podía, tomaba un tren de vuelta a Berlín para ver a Henny y a las niñas. Durante una de aquellas breves visitas en tiempo de guerra Henny volvió a quedarse embarazada y, el 6 de mayo de 1917, dio a luz a dos gemelos, Hanns y Paul, con una diferencia de quince minutos entre el primero y el segundo. Cuando Elsie y Bella vieron a los recién nacidos por primera vez, pensaron que eran unos muñecos colorados, acudieron corriendo junto a su madre y le arrebataron a los dos bebés como si fueran de juguete. Elsie eligió a Paul, y Bella escogió a Hanns, y esa sensación de reparto de responsabilidades respecto a los dos niños subsistió durante el resto de sus vidas.

Como reconocimiento a sus esfuerzos durante la Primera Guerra Mundial, el Ejército le concedió a Alfred la Cruz de Hierro de Primera Clase, y fue uno de los pocos judíos que recibió tal honor. Tras el final de la guerra, en noviembre de 1918, Alfred regresó a Berlín y empezó a reconstruir su negocio. Al cabo de unos años, había consolidado una próspera consulta médica, y se había convertido en uno de los médicos más destacados de Berlín. En 1922 construyó una clínica en el 15 de la Achenbachstraße, un edificio de cuatro plantas en la zona oeste de Berlín. Muy pronto, todas las camas del sanatorio, equipado con la tecnología más reciente, que incluía aparatos de rayos X y un laboratorio, y dotado de una terraza en la azotea, donde los clientes podían recuperarse al aire libre, estaban ocupadas. Alfred también tenía una consulta privada en el apartamento familiar de la Kaiserallee, y entre sus pacientes estaban Albert Einstein, Marlene Dietrich y

Max Reinhardt, el director del Deutsches Theater de Berlín.

En 1927, una vez superados los años más turbulentos de aquella década, con su hiperinflación y sus incertidumbres económicas, Alfred estaba agotado. Las heridas de su infancia todavía se dejaban sentir, y él anhelaba disponer de un lugar para descansar.

Un día, en la primavera de 1927, Dorothea von Wollank fue a ver al doctor Alexander a su consulta de Berlín. Una vez concluido el reconocimiento médico, Dorothea mencionó que su marido quería alquilar parcelas de terreno a lo largo de la orilla del lago de Groß Glienicke, y le preguntó si él sabía de alguien a quien pudiera interesarle.

Aquella noche, después de cenar, Alfred anunció que le gustaría construir una casa junto al lago al oeste de la ciudad. Sería un lugar para ir los fines de semana, le dijo a su esposa y a sus hijos, tal vez incluso para pasar el verano. Alfred no era el único que quería tener una *Wochenende-Haus*: muchos de sus amigos y colaboradores ya tenían una casa en el campo. El pintor Max Liebermann tenía una enorme villa de piedra cerca del Wannsee, y el arquitecto Erich Mendelsohn tenía una magnífica casa a orillas de un lago a pocos kilómetros al norte de Berlín. Lo que resultaba peculiar de la decisión de Alfred era que él quería construir una pequeña casita de madera, y no una enorme villa ni un chalet.

Elsie y sus hermanos estaban familiarizados con los lagos de los alrededores de Berlín. Durante el verano, cuando la temperatura podía alcanzar los 35° C, sus padres se los llevaban al Wannsee Strandbad, el mayor balneario al aire libre de Europa. Allí, una franja de costa arenosa había sido transformada en una playa familiar de más de un kilómetro de largo y ochenta metros de ancho –una playa que acogía a más de 900.000 berlineses cada año, donde los caballeros trajeados y las señoras con vestido largo tomaban el té al amparo de los cobertizos de paja, los niños construían castillos de arena con sus padres, las mujeres con falda corta se bañaban, escandalosamente, en compañía de hombres con el pecho descubierto en las aguas poco profundas.

Sin embargo, Alfred buscaba la soledad, lejos de las pintorescas multitudes del Wannsee, como una tregua frente a su vida frenética y ruidosa de Berlín. A Elsie, que para entonces tenía catorce años, le preocupaba que aquello significara largos fines de semana teniendo que aguantar a sus padres –o peor, a sus estirados amigos– en un diminuto chalet en medio del bosque, lejos de las emociones de la ciudad.

El 30 de marzo de 1927, pocos días después de la primera visita de la familia a Groß Glienicke, Alfred volvió al pueblo y llegó a un acuerdo con Otto von Wollank: los Alexander le alquilaban la parcela durante quince años. Se les permitía construir una casa, utilizar el lago y, se daba por bien entendido, los Alexander tendrían la primera opción de compra en caso de que algún día Wollank quisiera vender la parcela.

Aquel día, junto al lago, Alfred Alexander también conoció al profesor Fritz Munk, que había alquilado la parcela contigua. Al igual que los Alexander, la familia Munk había escogido aquel terreno por sus vistas al lago, pero también por el magnífico roble que había al borde del risco. Fritz, que tenía más o menos la misma edad que Alfred, también era un médico de renombre. Era director del Hospital Martín Lutero de Berlín, y entre sus pacientes estaban el propio Otto von Wollank así como el político Franz von Papen y el príncipe Guillermo, hijo del depuesto káiser. Fritz Munk, un hombre de mediana estatura, con un rostro redondo y pálido, un poblado bigote y gafas de fina montura metálica, era un hombre muy formal, acostumbrado a llevar traje en todo momento, incluso en el campo. Ambos médicos habían oído hablar el uno del otro, pero aún no se conocían.

En aquel momento, juntos en Groß Glienicke, los hombres se pusieron a hablar. En seguida se dieron cuenta de que tenían una visión común. Ambos querían construir una casa para pasar los fines de semana, algo totalmente distinto de la opulencia de techos altos de sus hogares berlineses –una estructura sencilla de una planta, construida con materiales naturales al borde de la escarpa, que aprovechara al máximo las vistas sobre el lago.

Los dos médicos quedaron en asistir a la exposición *Wochenende* que

tenía lugar en aquel momento en el recinto ferial de Berlín. Como parte del evento, se había erigido una serie de casitas de madera en pulcras hileras. Aquellas casas de campo, diseñadas por algunos de los arquitectos más prestigiosos de Alemania, y fabricadas con materiales de primera calidad, tenían un precio pensado para que resultaran asequibles a la creciente clase media-alta de Berlín. Deambulando por entre los modelos, Alfred y Fritz iban comentando los distintos planos: ¿qué modelo era el más adecuado para ellos? ¿Cuántos dormitorios necesitaban? ¿Cómo iban a calentar sus viviendas? ¿Qué modificaciones pensaban hacer respecto al modelo básico?

Tras escoger los diseños que más les gustaron, contrataron a Otto Lenz, un constructor con base en Berlín que se había ganado cierto prestigio por la construcción de hermosos chalets de madera. El 28 de mayo de 1927 la administración del distrito, con sede en Nauen, a treinta y ocho kilómetros al oeste de Berlín, le otorgó el permiso de construcción a Fritz Munk. A los Alexander se lo concedieron un día después.

A principios del verano de 1927, un grupo de trabajadores llegó a la finca de Groß Glienicke. Era temprano, poco después del amanecer, y los obreros querían adelantar al máximo el trabajo antes de que la temperatura subiera por encima de los 30° C, cosa que ocurría a menudo en esa época del año. Como era costumbre entre los miembros del gremio de carpinteros de Brandeburgo, los hombres llevaban pantalones de pana negra, gruesa y resistente para soportar el trabajo duro; camisas blancas de fibra de cáñamo, abiertas en el cuello; chalecos negros de lana con botones blancos; zapatos de cuero negro, y sombreros de fieltro negro de ala ancha para proteger de los rayos del sol el rostro y el cuello.

Muy pronto se reunió con ellos Otto Lenz, el constructor. Aunque Lenz era el supervisor general, [el día a día de la construcción era responsabilidad del maestro carpintero](#). Mientras los hombres descargaban las herramientas del carro tirado por un caballo, Lenz y el maestro carpintero recorrieron a pie la parcela, comentando las peculiaridades del terreno y los requisitos específicos de los Alexander. Cuando Lenz tuvo bien claro que su empleado

comprendía lo que era necesario, le entregó los planos, le deseó buena suerte a la cuadrilla y regresó a su oficina, en el 40 de la Yorkstraße, en Berlín.

La primera tarea de los constructores fue despejar el terreno, sobre todo de las viejas cepas de vides que se extendían en hileras a lo largo de toda la columna vertebral de la parcela. Era un trabajo agotador. Las raíces de las cepas llegaban a una profundidad de más de un metro, y al cabo de tantos años se habían vuelto muy gruesas y estaban enmarañadas. Con sus picos, sus palas, y unas largas barras de hierro, los hombres se esforzaron por arrancar las fibrosas raíces del terreno arenoso, y después trabajaron el terreno hasta que quedó liso y libre de rocas grandes. Hizo falta una semana para despejarlo. Tan sólo quedaron en pie los árboles más añejos de la zona baja de la finca, junto al lago; un roble, dos pinos y un sauce.

Como ocurre con todas las casas de ese tipo, la construcción siguió una pauta predecible. Primero los trabajadores perfilaron el perímetro de la casa. Por medio de un gran carrete de cuerda que iban atando a unas estacas de madera, marcaron un rectángulo de nueve metros de ancho y once metros de largo. A continuación excavaron una zanja a golpe de pico y pala. Vertieron en la zanja una mezcla de mortero, compuesta de arena que sacaron de la orilla, piedra caliza, que los obreros habían llevado en sacos desde Berlín, y agua, que acarrearón en cubos desde el lago. Mientras una cuadrilla iba vertiendo el mortero y construyendo los cimientos, otra excavaba el sótano. Después los hombres cavaron un gran hoyo lejos de la esquina nordeste de la casa, a una profundidad de al menos tres metros, y de un metro de ancho, donde iría la fosa séptica de la casa.

Cuando se secó el hormigón de la casa, del sótano y de la fosa, los hombres empezaron a colocar la primera hilera de ladrillos, de un color rojo-rosado. Esos ladrillos se habían fabricado en la finca, y estaban esperando a ser utilizados a un lado de la parcela, en pilas cuidadosamente amontonadas. Tras unos días de trabajo lento y metódico, los cimientos estaban listos, y a continuación se colocaron las vigas y los pilares de pino. Después los obreros añadieron los cuchillos de armadura, unas grandes cuñas de madera de forma triangular, para sujetar el tejado. Seguidamente montaron la estructura de las paredes interiores, clavando los vanos de las puertas y las ventanas, y

levantaron las viguetas donde iban a apoyarse los techos. También montaron las estructuras de los armarios y los estantes empotrados, y de los huecos para las mesas y las camas abatibles, todos ellos elementos específicamente encargados por la familia Alexander.

Dos semanas después del comienzo de la construcción, la estructura de la casa estaba terminada, y el interior empezaba a cobrar forma. Se habían apretujado nueve habitaciones en la pequeña planta de la casa, entre las que había cinco dormitorios, una sala, un cuarto de baño, una cocina, junto con un anexo para el chófer de la familia, formado por una habitación y un aseo.

Cuando se colocó el tejado sobre las vigas, llegó el momento de celebrar el *Richtfest*, o ceremonia de coronación. Aunque la casa distaba mucho de estar terminada –a través de la sólida estructura de madera todavía podía verse la otra orilla del lago– era tradicional que los constructores se congregaran delante de la casa junto con los miembros de la familia para conmemorar esa fase de la construcción. Colocaron unas mesas que cubrieron con botellas de aguardiente de manzana, cerveza, y platos de fiambre, pan, queso y pasteles.

En un momento dado del ritual, uno de los obreros subió por una escalera hasta lo más alto del tejado, y colocó una *Richtkrone*, una gran guirnalda hecha de ramas de árboles de hoja perenne y flores, de la que colgaban cintas de vivos colores. Como era costumbre, el maestro constructor levantó su vaso hacia el cielo, deseándole buena suerte a la casa y a sus propietarios. Después se bebió el aguardiente que quedaba en el vaso, lo tiró al suelo, y el grupo aplaudió cuando se hizo añicos.

Dado que los Alexander nunca tuvieron la intención de vivir todo el año en la casa, Otto Lenz no había incluido aislamiento en las paredes, ni en el techo, ni en el sótano, y no se había hablado de ningún sistema de calefacción propiamente dicho. De hecho, la palabra «*Sommerhaus*», casa de verano, encabezaba el croquis que se presentó al departamento de urbanismo local. A pesar de todo, la familia necesitaba un mínimo sistema para calentar el agua para la bañera, y toda la casa durante las pocas semanas de frío en primavera y otoño.

[Siguiendo el diseño de Otto Lenz](#), los obreros levantaron dos chimeneas

de ladrillo, una para la cocina y otra para la sala. A continuación construyeron una red de conducciones forradas con ladrillos refractarios que iban desde una estufa de metal cerrada en el sótano, pasando por debajo de la casa, que llevaba aire caliente hasta la sala y los dormitorios. Cuando los fontaneros y los electricistas concluyeron su trabajo, los carpinteros empezaron a terminar el interior de la casa, empleando casi exclusivamente madera, conforme a las instrucciones del arquitecto, que recomendaba utilizar materiales naturales y sencillos. Por consiguiente, los trabajadores colocaron los suelos utilizando tablones cortos de pino, en dirección este-oeste, con la única excepción del suelo del cuarto de baño, que era de cemento. Las paredes se hicieron con listones machihembrados de madera de pino, y detrás de las tablas los obreros colocaron hojas de periódico, que indicaban la fecha de construcción y proporcionaban algo de aislamiento. La mayor parte de los techos también eran de listones machihembrados de pino, a excepción de la gran sala central de la casa y del dormitorio principal, cuyas paredes y techos estaban forrados con paneles de madera más cara.

Por fuera, la casita se recubrió de tablones horizontales de madera teñida de un tono oscuro, solapados para que no entrara el agua. Se colocaron grandes ventanas de una hoja en los huecos que se habían dejado en las paredes, dotadas de gruesas manivelas y pestillos de metal. Se añadieron dos pesadas puertas de entrada pintadas de un color oscuro en la fachada norte de la casa; una, en el centro, daba a la vivienda principal, y la otra, en el lado izquierdo, al anexo del chófer, y cada una de ellas tenía una ventanilla con forma de rombo que se había abierto a la altura de los ojos. Las ventanas tenían postigos de madera pintados de color azul cobalto, decoradas con un gran rombo blanco, a juego con el motivo de las puertas de acceso.

Después vino el tejado. Se añadieron canalones y bajantes de metal, y sus extremos, de bordes dentados, apartaban el agua de la casa, para evitar que la humedad se filtrara a los cimientos. Se construyó un porche en la parte de atrás de la casa, protegido por un sencillo tejado de madera soportado por dos columnas blancas. Desde allí la familia podía sentarse al borde del risco, con vistas sobre el lago.

Al pie de la ladera, los obreros construyeron un cobertizo para las

bombas, hecho de cemento, para que los Alexander pudieran regar el jardín. Aquel cobertizo también servía como almacén –para las sillas del jardín, los accesorios de la barca, las bicicletas– y con una terraza en el tejado, donde la familia podía sentarse al aire libre para tomar una copa por la tarde.

En el exterior todavía quedaba por hacer una considerable cantidad de trabajo: el trazado del jardín, la construcción de una pista de tenis en el terreno llano contiguo al lago, los bancales de la pendiente por debajo de la casa, así como un camino de piedra de dos metros de ancho que bajaba desde la zona de aparcamiento de la parte alta de la finca hasta la casa. Además, los Alexander habían encargado la construcción de distintos edificios: una casa de madera donde iba a vivir el guardés, un gran invernadero y un garaje. No obstante, a pesar de la larga lista de cosas que quedaban por hacer, y poco más de dos meses después del comienzo de las obras, la casa ya estaba lista para ser habitada.

Antes de entrar en la casa por primera vez, la familia Alexander se congregó ante la entrada. En una mano, Alfred sostenía un martillo y unos clavos que había traído de Berlín. En la otra tenía una mezuzá, un cilindro de metal que contenía un diminuto rollo donde estaban escritas las siguientes palabras en hebreo antiguo: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es». Tras decir una breve plegaria, Alfred clavó la mezuzá a la derecha de la entrada.

A continuación Alfred abrió la puerta de madera pintada de negro e invitó a sus hijos a explorar la casa. Bella, Elsie, Hanns y Paul, entusiasmados, corrieron hacia dentro. Nada más entrar había un pasillo, con dos puertas a cada lado. A la derecha encontraron el cuarto de la doncella y la cocina. A la izquierda, la habitación de invitados y el cuarto de baño. Abriendo y cerrando las puertas con estruendo, y correteando de un lado a otro, los niños descubrieron la habitación que había al fondo del pasillo, la sala, la estancia más grande de la casa y el corazón del edificio. Sus paredes estaban recubiertas de paneles de madera pulida, orlados con franjas pintadas de color verde menta. El techo era de color salmón, y estaba subdividido en cuadrados pequeños por otras tiras de madera. El efecto de conjunto era simple y

elegante. En el rincón de la derecha, los carpinteros habían construido un banco en forma de L alrededor de una gran mesa de madera de color rojo y acabado brillante, lo bastante grande para que la familia se sentara a comer. En el rincón de la izquierda había una chimenea enmarcada por un arco de ladrillos y protegida por un hogar, también de ladrillo.

Los niños advirtieron que desde la sala se podía acceder a otras tres habitaciones. Una de las puertas daba al «Cuarto Azul» donde iban a dormir las niñas. Aunque a Elsie no le hacía muy feliz la idea de compartirlo con su hermana, el dormitorio le encantó. El techo estaba pintado de azul celeste, y sus dos armarios empotrados –uno para cada niña– eran de color azul cobalto, mientras que el interior, de paneles de madera, estaba sin pintar. Había dos camas abatibles, cubiertas con colchas de color crema, equidistantes entre las ventanas y la puerta. Lo mejor era la vista del lago que había desde la ventana de dos hojas.

A través de una puerta contigua a la chimenea, los niños encontraron su cuarto. Era el dormitorio más pequeño de la casa, pues tenía el tamaño suficiente para una silla, una mesa y unas literas. Además, era la habitación más oscura, ya que sólo tenía dos pequeñas ventanas rectangulares. Claramente, el matrimonio Alexander no preveía que los niños pasaran mucho tiempo en su interior.

La última puerta de la sala daba al dormitorio principal, que era donde iban a dormir los progenitores. Contenía una gran cama de madera de castaño, que había sido instalada de forma permanente, empotrada en una pared al fondo de la habitación. Había armarios empotrados por encima de la cama, y a un lado. Dos grandes ventanas iguales que las del Cuarto Azul se abrían delante de la cama, y ofrecían una gloriosa vista del lago.

En la pared del fondo de la sala se había instalado una puerta cristalera, que daba al porche trasero. Desde allí, unos anchos peldaños conducían abruptamente hasta la pradera, todavía sin sembrar, y al lago, rizado por las olas, a cincuenta metros de la vivienda.

La casa contenía otras dos habitaciones, pero los niños sólo podían llegar a ellas corriendo al exterior y accediendo por otra puerta, situada a la izquierda de la entrada principal. Aquel «anexo del chófer» ocupaba una

esquina de la planta cuadrada de la casa, y tenía un tamaño suficiente para alojar una cama, una silla y una mesa donde el ocupante podía dejar su ropa. Al lado había un aseo, al que se accedía saliendo al jardín y entrando por otra puerta, esta vez en la fachada oriental de la casa.



Vista de la parte trasera de la casa del lago, fotografía de Lotte Jacobi, 1928

Desde el exterior, la vivienda tenía un aspecto compacto, pero al entrar, daba una inesperada sensación de espacio. De alguna manera, Otto Lenz había construido una vivienda que transmitía modestia y que se integraba en su entorno natural, pero que era lo bastante grande como para alojar a todo el clan Alexander, a su personal de servicio y a sus invitados. El efecto era mágico.

Una vez terminada la casa de los Alexander, la cuadrilla de Otto Lenz emprendió la construcción de la casa de la familia Munk, en la parcela contigua. Era de un diseño parecido, de una planta, de madera, con una terraza con vistas sobre el lago, un cobertizo para las bombas y un jardín. Incluso tenía el mismo motivo con forma de rombo en las puertas y las ventanas.

Las casas de los Alexander y los Munk fueron las primeras residencias de fin de semana que se construyeron en Groß Glienicke. Más tarde vino la casa de Martin Wall, un juez que tenía su despacho en la Kurfürstendamm, muy cerca del apartamento de los Alexander en Berlín. Ewald Kunow, un farmacéutico procedente de los suburbios de Berlín, construyó un pequeño chalet de madera al otro lado de la parcela de los Munk. Después llegó Erwin Koch, el abogado del propio Otto von Wollank. A lo largo de los meses siguientes se construyeron más casas en las parcelas que los Wollank fueron alquilando a otros conocidos suyos.

Al cabo de poco tiempo, Otto y Dorothea empezaron a hacer publicidad de los terrenos en revistas y periódicos. Firmaron contratos de arrendamiento con personas desconocidas, todas ellas vecinas de la gran ciudad que buscaban un lugar donde refugiarse de sus atareadas vidas urbanas. Después, animado por su éxito con el antiguo viñedo, Otto dio orden a sus agentes de que vendieran toda una sección de la finca a un promotor inmobiliario, esta vez a lo largo de la orilla oriental del lago. La parcela, que pasó a conocerse como *Wochenend West* –desde el punto de vista de un berlinés estaba situada al oeste– fue rápidamente subdividida, y los solares se anunciaron mediante octavillas que se repartieron por la capital del país.

Al observar el éxito de los Wollank con la venta de tierras, unos cuantos granjeros de la zona también pusieron en venta sus fincas. Al cabo de poco tiempo empezaron a surgir nuevas viviendas a lo largo de la orilla sur del lago Groß Glienicke. Pero ahora no sólo se construían viviendas para el fin de semana, sino residencias a tiempo completo, de dos plantas, construidas en ladrillo, recubiertas de estuco, y con calefacción central incluida, para que fueran habitables todo el año. Ese tipo de viviendas se parecía más a las villas y las mansiones que a las casitas de fin de semana.

Para los habitantes de Groß Glienicke, aquellos recién llegados –médicos y abogados, estrellas del cine y directores de banco, actores y compositores– eran *Ortsfremde*, forasteros. Parecían extranjeros, por sus grandes coches y sus trajes caros, por lo deprisa que hablaban y por su acento de Berlín. Los lugareños no estaban acostumbrados a ver a las mujeres y a los hombres bañándose juntos en la playa pública del pueblo, vestidos con unos mínimos

pantalones cortos y trajes de baño.

Groß Glienicke pasó a estar subdividido en tres sectores: la finca de Groß Glienicke, donde vivían los Wollank con sus trabajadores; el pueblo en sí, con sus tiendas familiares, sus pequeñas casas de piedra, su colegio y su iglesia, y ahora, la comunidad de los arrendatarios, que crecía a toda velocidad, con sus casas suntuosas, sus chóferes, y sus fiestas los fines de semana.

Con el tiempo, los lugareños acabaron acostumbrándose a sus nuevos vecinos, y muchas personas del pueblo encontraron trabajo como obreros de la construcción y jornaleros, y más tarde como jardineros, limpiadoras, niñeras y guardeses. Poco a poco, los mundos de la ciudad y el campo empezaron a integrarse.

Alexander 1928

A sus quince años, Elsie Alexander ya había desarrollado una fuerte personalidad. Era una chica con ingenio y con confianza en sus convicciones, y nunca tenía miedo de manifestar su opinión. Pero también era encantadora, y su sonrisa mitigaba su lengua afilada. Con sus ojos de color azul lavanda, su rostro ovalado y su largo cabello castaño recogido en dos trenzas que le llegaban por debajo de la cintura, Elsie era para muchos una muchacha atractiva. Sin embargo, ella se consideraba una chica poco agraciada, incluso fea.

Aunque en apariencia eran amigas, Elsie y su hermana mayor, Bella, no podían ser más distintas. Elsie era directa y enérgica, mientras que Bella era diplomática y cauta. Elsie era ambiciosa, y soñaba con ser médico como su padre, mientras que Bella hablaba de casarse con algún empresario bueno y rico, y ser ama de casa como su madre. Desde muy pronto hubo competencia entre las niñas –por la atención de su padre y su madre, por los mejores regalos, por el novio más guapo. Posteriormente Elsie recordaba que Bella era la más guapa de las dos, y por consiguiente llegaba tarde a las fiestas, para que todo el mundo se fijara en ella, mientras que Elsie se iba directamente a un rincón para evitar llamar la atención.

La vida en la casa de campo era sencilla, y consistía en dormir, comer y pasar el día a la orilla del lago. La familia raramente salía de la parcela, y cuando lo hacía, normalmente era para ir a comprar comida. Mientras que las hermanas leían revistas, escribían cartas, o charlaban con alguna amiga a la que habían invitado, sus hermanos, de once años, pasaban todo el tiempo que podían fuera de casa: armando jaleo en el porche, subiéndose a los árboles y

perfeccionando sus habilidades futbolísticas en la pradera de la entrada.

Si los Alexander hubieran sido judíos practicantes, se habrían quedado en la ciudad para asistir a los servicios religiosos del viernes por la tarde y el sábado por la mañana en su sinagoga local, ubicada en la Fasanenstraße. Por el contrario, ellos se calificaban de «judíos de tres días al año», pues únicamente asistían a la sinagoga los dos días del Rosh Hashaná y el día del Yom Kipur. Así pues, normalmente los Alexander se marchaban en su coche a la casa los viernes por la tarde y se quedaban allí hasta el lunes por la mañana.

A principios del verano, si hacía mucho calor y la contaminación de la ciudad resultaba insoportable, la familia vivía en la casa ininterrumpidamente. Los días laborables, los cuatro jóvenes Alexander se despertaban a las seis para bañarse en el lago. Con cuidado de no molestar a sus padres, pasaban de puntillas por la sala, salían al porche, bajaban por los toscos peldaños de madera, cruzaban la pradera empapada de rocío y llegaban hasta el extremo del embarcadero, donde se despojaban de las batas y se lanzaban al agua. Después, mientras se secaban, observaban a los cisnes deslizándose por entre los juncos, o a una bandada de gansos volando en formación en V por encima de sus cabezas. A los niños les encantaba ese momento del día.

Después se vestían, y el chófer los llevaba al colegio en la zona oeste de Berlín, un breve trayecto de cuarenta minutos. Tenía instrucciones de aparcar a cierta distancia de la puerta del colegio, porque los niños no querían de ninguna manera que sus compañeros les tomaran el pelo por ser de familia rica.

Durante los fines de semana, o las vacaciones de verano, los niños dormían hasta las ocho. Cuando se despertaban, por la luz de la mañana o por el canto de alguno de los gallos de su padre, se hacían ellos mismos el desayuno, ya que su cocinera y las doncellas se quedaban en el apartamento de Berlín, y a su madre le gustaba dormir hasta muy tarde. La sencilla comida de campo se guardaba en la despensa de la cocina: pan negro y pesado del pueblo, queso tierno de la granja local, y compota de cerezas hecha con las cerezas del jardín.

Cuando no iban al colegio, los niños tenían que cuidar de sí mismos. Uno de sus pasatiempos favoritos era el juego de las cerezas, en el que los cuatro iban corriendo al jardín de árboles frutales que había en el terreno llano entre la Potsdamer Tor y la casa, y competían para ver quién era capaz de meterse más cerezas en la boca. Normalmente ganaba Bella. En una ocasión logró meterse treinta y cuatro cerezas en la boca, tantas, que le estuvieron doliendo las mejillas durante varios días.

Los gemelos se iban a explorar los bosques, o a darse una vuelta en bicicleta cuando sus hermanas se cansaban de ellos. Vagaban libremente a lo largo de la orilla, o por el bosque que había detrás del palacio. Era el lugar perfecto para dos niños conflictivos, ya que allí había pocos vecinos a los que pudieran molestar, y escasas posibilidades de que alguien se quejara.

Cuando sus hermanos se iban, las chicas a menudo jugaban al tenis. Vestidas de blanco –blusas blancas, pantalones largos blancos, calcetines y zapatillas blancos– las niñas se pasaban horas en la pista. Ninguna de las dos golpeaba la bola con mucha fuerza. Los saques eran suaves, y sus golpes se quedaban cortos. En parte se debía a su falta de práctica, pero también a que tenían por norma que la que tirara una bola al lago tenía que ir a por ella. No obstante, los partidos eran ferozmente competitivos, y las niñas tenían un nivel de juego parecido.

Alfred, mientras tanto, se ocupaba del huerto. Había excavado, rastrillado y labrado una larga franja de terreno blando –allí la tierra consistía en su mayor parte de arcilla y arena– en la que plantó una hilera tras otra de semillas: lechugas, tomates, pepinos y habas. Al lado de esos arriates había cultivado una larga franja de espárragos. Allí, entre sus espárragos y sus judías verdes, sus cubos y sus azadas, y vestido con unos pantalones de cuero y una camisa amplia, Alfred se pasaba la mañana excavando la tierra y regando sus verduras. Alfred no se conformaba con un simple huerto, sino que también se construyó un enorme invernadero, al que llamaba su «*orangerie*», una referencia a la ornamentada construcción que dominaba los jardines del palacio real de Sanssouci, en Potsdam, unos pocos kilómetros al sur. Aquel invernadero, que contaba con cimientos de hormigón, un hogar, una chimenea, ventanas retráctiles, y que tenía doce metros de largo, era más

ancho que la propia *Wochenende-Haus*.

Normalmente Henny se despertaba tarde, a tiempo para preparar el almuerzo, y llamaba a su familia tocando una campana que colgaba del tejado del porche. Si hacía buen tiempo comían fuera, en una larga mesa con un mantel blanco que había en la terraza, con vistas al lago. Lejos del decoro de Berlín, los niños iban sin camisa y descalzos. Generalmente aquellos almuerzos eran sencillos, a base de fiambres y quesos, ensaladas del huerto, huevos duros y arenques en vinagre.



Alfred Alexander



Henny Alexander

Después de comer, a Henny le gustaba darse una vuelta por los pueblos de la zona en busca de artículos con los que decorar el chalet. Henny se sentía incómoda con los ambientes recargados y formales que tenía que padecer en la ciudad, y por eso quería que el interior fuera acogedor y sin pretensiones. Para la sala compró una mecedora y dos sillones sencillos con el respaldo alto. Colgó de la pared un estante en el que había ocho platos de peltre. Puso un reloj de latón en la pared del rincón más próximo a la chimenea, que estaba regulado por dos pesos cilíndricos que colgaban de su base. La mayor parte del suelo estaba cubierta por una alfombra con un dibujo de una serie de cuadrados de tamaño decreciente. Sobre un atril había un libro de invitados

abierto, listo para los visitantes. El interior de madera de la casa se dejó sin pintar.

En un lugar destacado estaban los antiguos azulejos de Delft que Alfred había ido adquiriendo durante un viaje por Holanda y Bélgica, y que Henny había instalado encima de la chimenea de la sala. En total había treinta azulejos de color azul y blanco, colocados en cinco hileras de seis, donde se veían antiguas escenas románticas de los Países Bajos –un niño montado en un caballito de balancín, un hombre regando sus plantas, un molino de viento sobre una colina con vistas a un lago, un carpintero fabricando un tonel, una mujer con un gran sombrero caminando por su jardín– que se hacían eco del idilio pastoral al que aspiraban los Alexander.

Con Henny ocupada con sus tareas domésticas, y Alfred dormido en una silla debajo de un limero, lo más habitual era que los niños pasaran la tarde en el lago. Tras cambiarse y ponerse los bañadores en una carpa de franjas rojas y blancas que habían colocado junto a la orilla, corrían por el embarcadero, gritando y aullando, y se lanzaban a las frescas aguas del lago.

Después de las actividades del día, Elsie volvía al Cuarto Azul para cambiarse y ponerse la ropa de noche. Le encantaba aquella habitación, que su hermana y ella habían decorado con sumo cuidado. En una pared habían colgado un gran espejo, donde podían comprobar el estado de su cabello y de su maquillaje. Junto a cada una de las camas había una mesilla de noche de color rosa y una silla, a menudo cubierta de ropa. Además de las dos camas abatibles, había un banco tapizado, donde leían, y una mesa retráctil donde escribían sus cartas.

Sentada sobre su cama, Elsie trabajaba en el álbum de fotos familiar. Estaba hecho de cartón duro, con tapas forradas de arpillera, y contenía fotos de las olas salpicando contra el embarcadero, del coche de la familia aparcado en el camino lleno de surcos, de su madre comiendo junto a la mesa, de las gallinas y los gansos sobre la pradera, de los juncos en medio del agua. En la primera página de aquel álbum Elsie escribió unas líneas:

En la casita, la vida es alegre
El tiempo pasa agradablemente,

Con deporte, con juegos y con muchas risas.
Uno se puede bañar en las refrescantes aguas del lago,
Tan perfectas tras el calor del día.
Y cuando suena la campana de la cena
Uno se siente como nuevo, joven y hermoso.
Disfrutando de la vida en Glienicke.

Además, la casa proporcionaba a los hijos del matrimonio Alexander un atractivo escenario para sus fiestas de cumpleaños. Bella fue la primera que lo aprovechó, e invitó a un selecto grupo de amigos para celebrar su decimoséptimo cumpleaños en marzo. Dos meses después, Hanns y Paul celebraron su propia fiesta, a la que asistió una multitud de niños de Berlín. La suya fue una fiesta más alborotada, y los niños echaron carreras, se bañaron en el lago y jugaron a indios y vaqueros. Como su cumpleaños caía en diciembre, Elsie era la única de los cuatro hermanos que no podía celebrar una fiesta en la casa del lago. Aunque invitaba a sus amigas al apartamento familiar, un marco más sofisticado, a Elsie también le habría gustado celebrar su cumpleaños en Groß Glienicke.

Al final de aquella década, Alfred fue elegido presidente del Colegio de Médicos de Berlín, un gran honor para el médico judío procedente de Bamberg. Su prestigio fue en aumento, y también el número y la fama de sus pacientes. Elsie y sus hermanos veían a una deslumbrante fila de personas entrando y saliendo de la consulta de su padre, situada junto al salón principal del apartamento de la familia en Berlín. Entre los que acudían a su consulta estaba el físico James Franck, galardonado con el premio Nobel, y los actores Paul Wegener, Max Pallenberg y Sybille Binder. A veces los niños veían a la cantante Sabine Kalter, o al poeta Walter Hasenclever.

Aquellas celebridades también visitaban el apartamento con motivo de algún evento social. Por ejemplo, una noche fueron a cenar Albert Einstein y su esposa. A través de la puerta del comedor, Elsie y sus hermanos pudieron observar que el profesor llevaba puestas sus pantuflas de andar por casa.

Aparentemente, las habladurías que decían que era un profesor despistado estaban en lo cierto. Después de cenar, los hombres tomaron café en el salón, donde Alfred esperaba poder preguntarle a Einstein cosas sobre la teoría de la relatividad. Más tarde, cuando Alfred se reunió con su esposa, le contó que ambos se habían enfrascado a hablar sobre las últimas novelas policiacas, una pasión que compartían, y que se le había olvidado hablarle del otro asunto.

Alfred también invitaba a muchos de sus pacientes y amigos a Groß Glienicke, a pasar el día a orillas del lago, y después a cenar en la terraza. Algunos, como Einstein, tenían su propia casa de campo en la zona. Otros, con apellidos como Leon y Ritscher, Mendelboom y Bergmann, Strauss y Levi, iban en coche desde Berlín.

Una de las visitantes era la fotógrafa Lotte Jacobi, que se había hecho famosa por hacer fotos a actores y científicos famosos. Al igual que Alfred, Jacobi también trabajaba a veces en el Deutsches Theater –él como médico, ella como fotógrafa– y probablemente allí fue donde se conocieron. El 12 de junio de 1928, Jacobi hizo una serie de fotos. En una de ellas se ve a Lucien Picard, el padre de Henny, con el *Vossische Zeitung* en las manos, en cuyos titulares de la mañana puede leerse que se había formado un nuevo Gobierno. Jacobi hizo otra foto del lago, un sereno paisaje donde no se ve ni una sola casa a lo largo de la orilla del lago, tan sólo la iglesia del pueblo, cuyo campanario asoma a través de las copas de los árboles. Y hay otras tres fotografías de la casa: dentro de la sala, un primer plano de la casa desde la parte de atrás, y otra desde la orilla del lago, donde se ve la escalera del jardín que conducía a la terraza. En sus imágenes, Jacobi plasma un lugar encantador, muy vivido, relajante, un sitio donde a uno le gustaría pasar un fin de semana.

*

Al mismo tiempo que prosperaban los Alexander, también lo hacía Berlín. A mediados de la década de 1920, gracias a la paz y la seguridad que proporcionaron el control de los precios, del cambio de divisas y los créditos extranjeros, la economía alemana se había estabilizado, y empezaba a vivir

un boom. En ningún lugar resultaba más evidente que en la capital. Mientras que al final de la guerra Berlín contaba con 1,6 millones de habitantes, en 1928 vivían en ella más de cuatro millones. La expansión se debía en parte a una importante anexión que tuvo lugar en 1920, año en que la ciudad absorbió núcleos periféricos como Spandau, Charlottenburg y Neukölln. De hecho, el crecimiento urbano había sido tan rápido que el límite del término municipal de Berlín discurría a tan sólo un kilómetro al este del lago de Groß Glienicke.

La expansión de Berlín reflejaba la nueva riqueza económica de la ciudad. Siemens había electrificado las líneas ferroviarias, y en noviembre de 1928 se fundó la Compañía de Transportes de Berlín, que la convertía en la mayor empresa de transporte urbano del mundo. Se construyeron nuevos canales, carreteras y fábricas, colegios y parques. A partir de aquella transformación económica floreció un renacimiento cultural. Fue el periodo de las bailarinas y de los clubs de jazz, plasmado con tanta vistosidad en la novela *Adiós a Berlín* de Christopher Isherwood. Durante aquellos años surgió una nueva ola de directores de cine, como Fritz Lang, autor de películas como *Metropolis*, una advertencia de los peligros de la automatización y de las ciudades modernas. También fue el comienzo del movimiento de la Bauhaus, que abogaba por un diseño sencillo, elegante y funcional frente a lo ornamentado y lo opulento. Se invirtieron millones de marcos en centros culturales, como la Deutsche Oper. Los teatros de la capital adquirieron renombre en todo el mundo por su experimentación, y fueron el escenario tanto del expresionismo como de un arte dramático más basado en la realidad, como las obras de Bertolt Brecht. Los berlineses tenían su propio dialecto, que se distinguía por sus tonos apocopados y abreviados, a menudo con una fuerte dosis de ironía. Algunos llegaban a decir que había un «aire de Berlín». Aquéllos fueron los «años dorados» de la República de Weimar. Muy pronto las calles de la capital bullían de peatones y de vehículos. La plaza mayor de la ciudad, la Potsdamer Platz, pasó a ser la intersección de tráfico más congestionada de Europa.

Al tiempo que la economía seguía mejorando, también lo hacía la consulta de Alfred. El número de pacientes iba en aumento, igual que su

disposición a pagar con puntualidad. Sin embargo, aunque agradecía su buena suerte, y disfrutaba por poder asistir al teatro y a la ópera, a Alfred la congestión y el ruido de la ciudad le resultaban muy molestos. Al cabo de un tiempo, los Alexander empezaron a pasar veranos enteros en Groß Glienicke, lejos del frenesí y del calor asfixiante de Berlín. Cuando los últimos días de otoño daban paso al invierno, y el invierno a los primeros días de primavera, la familia contaba los días que faltaban para hacer las maletas y trasladarse al oeste.

Para los Alexander, su *Sommerhaus* se había convertido en un refugio, en un remanso de paz.



Alfred (delante, centro), Elsie y Bella (detrás, izquierda) y unos amigos a la orilla del lago, 1928

Wollank 1929

Tras la operación de parcelación de terrenos que llevó a cabo Otto von Wollank, las finanzas de la finca de Groß Glienicke por fin se habían estabilizado. No podía decirse lo mismo de la salud del propietario. En los primeros meses de 1929, Otto sufrió un derrame cerebral. Al verse incapaz de gestionar la finca, le pidió a su yerno, Robert, que supervisara las operaciones cotidianas.

Aquel otoño Dorothea, la esposa de Otto, también cayó enferma. Se fijó una cita con un médico y, el 23 de septiembre de 1929, su chófer, Alfred Pohl, les llevó a la ciudad, y dejó a Dorothea a la puerta de una clínica situada en el barrio de Halensee. Según las posteriores crónicas de los periódicos, Otto acudió a recoger a su esposa y a una enfermera llamada Augusta Riesel, poco después de las tres de la tarde, y a continuación se encaminaron hacia el centro de la ciudad por la congestionada Kurfürstendamm.

Seguidamente el coche giró a la izquierda hacia la Nestorstraße, una calle más tranquila, que les conducía a Charlottenburg y hacia casa. A una manzana de distancia de la Kurfürstendamm, y circulando con sumo cuidado, el coche cruzó la Küstrinerstraße (hoy llamada Damaschkestraße), con la que formaba un ángulo agudo. En medio de la intersección el coche de los Wollank fue embestido por otro vehículo que venía a gran velocidad desde el este. El golpe fue tan fuerte que el coche dio dos vueltas de campana antes de estrellarse contra un camión que estaba aparcado junto a la acera.

Cuando el coche de los Wollank se detuvo, sus cuatro ocupantes quedaron atrapados bajo los restos. La enfermera murió en el acto, pero el chófer consiguió salir indemne como pudo, mientras los bomberos sacaban a

Otto y a Dorothea del coche siniestrado, vivos pero gravísimamente heridos. A Dorothea la llevaron a la clínica del doctor Alexander, que estaba cerca de allí, en la Achenbachstraße, pero falleció a las ocho de la tarde. Durante un tiempo los médicos pensaron que iban a poder salvar a Otto, que había sufrido fracturas de cráneo, pero sus heridas eran demasiado graves como para poder operarle, y él también falleció en la madrugada del 24 de septiembre. Otto tenía sesenta y siete años, y Dorotea tan sólo cuarenta y ocho.

Según *Herr Miltmann*, el agente de policía encargado de la investigación, no había pruebas de que ninguno de los dos coches intentara frenar antes del impacto. El conductor del segundo coche era Otto Grojel, agente comercial de una empresa de carbón vegetal. Cuando Grojel vio el otro vehículo, calculó mal la distancia entre los coches y no frenó. No le arrestaron porque la policía no pensaba que fuera a huir. Los dos coches fueron trasladados a la comisaría de policía para un examen posterior. **De alguna manera ambos conductores** habían sobrevivido, y más tarde fueron acusados de conducción temeraria, condenados y encarcelados.

Como en el accidente estaba involucrado un miembro de la nobleza, tuvo una gran publicidad. El *Vossische Zeitung* publicó un artículo con el titular «ACCIDENTE DE TRÁFICO EN CHARLOTTENBURG», y otro a la mañana siguiente, «EL TERRATENIENTE WOLLANK MUERE EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO». El periódico daba su opinión, y en un editorial señalaba que hacía tiempo que se sabía que la intersección de la Küstrinerstraße y la Droysenstraße era peligrosa, e instaba al Gobierno a resolver el problema, para que no volviera a producirse un accidente similar. El artículo concluía diciendo que Otto von Wollank vivía en Groß Glienicke, donde había plantado un viñedo a lo largo de la ribera septentrional del lago, y que sus tierras eran «una de las fincas más bonitas de los alrededores de Berlín».

Unos días después del accidente, el 26 de septiembre de 1929, los féretros de Otto y Dorothea von Wollank fueron conducidos en sendos coches fúnebres negros tirados por caballos a través de las calles de Groß Glienicke. Una gran multitud asistió al paso del cortejo fúnebre, al son de una banda de música. Entre los presentes estaban el doctor Alfred Alexander y el profesor

Fritz Munk. Los hombres llevaban sombrero de copa y frac, las mujeres vestido largo negro y velo. Los restos mortales del hacendado y de su esposa fueron conducidos por la Potsdamer Chaussee, pasando por la Potsdamer Tor, hasta un cementerio situado en el bosque contiguo al palacio. Posteriormente se erigió un monumento para conmemorar la pérdida del matrimonio Wollank, que llevaba grabadas las siguientes palabras: «No sabemos en qué lugar están nuestros seres queridos –sólo sabemos el lugar donde no están».



Cortejo fúnebre de los Wollank, con la Potsdamer Tor al fondo

El 1 de octubre, cinco días después del funeral, los tres hijos de Otto se reunieron en el número 16 de la Alexanderstraße de Berlín, en las oficinas del letrado Koch, el abogado de la familia, para conocer el testamento de su padre. También estaban presentes Robert von Schultz, marido de Ilse Katharina, y Else, esposa de Horst; Marie Luise, que se había divorciado hacía tres años, acudió sola. Cada uno de los hijos llevó consigo a su

abogado. La lectura del testamento resultó un asunto tenso; había mucho en juego, ya que Otto era propietario de numerosos inmuebles en Berlín, además de las tierras de Groß Glienicke.

Los hijos se sentaron frente a Koch, que entregó a cada uno de ellos una copia de los certificados de defunción de sus progenitores. Después de leerlos, a cada uno de los hijos se le entregó una copia sellada del testamento de su padre, fechado el 30 de junio de 1925. Se trataba de un documento largo y complicado, que afectaba a numerosos beneficiarios. Un punto crucial era que si Otto von Wollank fallecía antes que su esposa, cosa que se consideraba probable teniendo en cuenta que ella era diecinueve años más joven, la inmensa mayoría de su patrimonio iba a parar a sus manos. Sin embargo, como explicó el señor Koch, conforme a las horas del fallecimiento registradas en los certificados de defunción, ése no era el caso. Otto había fallecido unas horas después que su esposa. Por consiguiente, siguiendo la sinuosa lógica del testamento, la herencia se dividía en tres partes: 2/12 para el hijo o hija que viviera y se encargara de la finca, y 5/12 para cada uno de los otros dos descendientes.

Curiosamente, el testamento no sugería qué hijo o hija tenía que heredar los 2/12 de la herencia y la finca. Probablemente Otto quería que eso lo decidieran sus descendientes. Tras una deliberación, los hermanos acordaron que Horst y Marie Luise heredarían las participaciones mayores, mientras que Ilse Katharina viviría en el palacio. Es probable que a Marie Luise no le interesara la finca, teniendo en cuenta que no estaba casada y que no tenía experiencia en la gestión de la granja. No está tan claro por qué Horst decidió no hacerse cargo de la finca. Tal vez, preocupado por su mala salud, pensaba que no iba a ser capaz de asumir la gestión de la finca. Fuese cual fuese la razón, **los tres hijos parecían satisfechos** con el resultado del testamento.

Ahora Ilse era la propietaria de la finca de Groß Glienicke. En la práctica, eso significaba que las operaciones cotidianas, incluida la explotación de la granja, de los bosques y del brezal situado al oeste del lago, así como de las parcelas a la orilla del lago que se habían alquilado a los arrendatarios de Berlín, pasaban a estar bajo el control de su esposo, Robert von Schultz. Y Robert von Schultz tenía un carácter muy distinto del amable, apreciado,

aunque ligeramente desorganizado empresario Otto von Wollank.

Mientras que Otto estaba embebido de los valores del *Kaiserreich* – comprometidos con las Fuerzas Armadas, con la familia real y con la tradición– Robert era un producto de las batallas callejeras de la década de 1920, creía en el derrocamiento violento del Gobierno, en la supremacía del pueblo alemán y en la importancia de la raza. Por encima de todo, el nuevo casero de la familia Alexander alimentaba un odio virulento contra un colectivo al que culpaba de todo lo que iba mal en su país: los judíos.

En el momento en que pasó a ser el propietario de la finca de Groß Glienicke, Robert von Schultz era un líder regional de la Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten [Cascos de Acero, Liga de Soldados del Frente], una de las muchas organizaciones derechistas que existían a la sazón en Alemania. La Liga de los Cascos de Acero había sido fundada en 1918 por Franz Seldte, un oficial alemán que había perdido un brazo combatiendo en la Primera Guerra Mundial y que exigía que a su país se le permitiera reconstruir su poderío militar. Seldte, un hombre profundamente conservador, y partidario de la monarquía, quería que el káiser Guillermo II regresara de su exilio en los Países Bajos y recuperara su trono. En 1930, la Liga de los Cascos de Acero ya contaba con más de 500.000 miembros, y era el mayor grupo paramilitar de Alemania.



Robert von Schultz

Robert von Schultz se había afiliado a los Cascos de Acero en 1926. Al tratarse de un miembro de una familia prominente de la zona, al cabo de poco tiempo Robert fue ascendido al puesto de líder regional, encargado del reclutamiento y la instrucción de los jóvenes de la zona de Groß Glienicke y del área circundante. Como ocurría con todos los Cascos de Acero, el uniforme de Robert incluía una gorra de lana gris con una visera negra, engalanada con una insignia donde se leía «*Der Stahlhelm*»; una chaqueta gris que llevaba cruzada una correa de cuero con una hebilla donde iba grabado un casco de acero en miniatura; pantalones de lana grises y botas negras.

En el núcleo de la ideología de Robert estaba el orgullo por la patria y por su pueblo. Pero lo más crucial era que quería mantener su país libre de judíos y de comunistas que en su opinión habían obligado a abdicar al káiser en noviembre de 1918, y que habían provocado la hiperinflación y el alto índice

de desempleo de la República de Weimar. Una de las personas a las que Robert despreciaba en particular era Ernst Thälmann, el líder del Partido Comunista, de treinta y nueve años, que, en 1925, se había presentado candidato a las elecciones a la presidencia de Alemania y que posteriormente, y gracias a Dios a juicio de Robert, perdió frente a Paul von Hindenburg, antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército. En sus reuniones y en sus publicaciones, los Cascos de Acero asociaban con frecuencia el activismo de izquierdas con el hecho de ser judío, y a menudo utilizaban las palabras como sinónimos alternativos. Por ejemplo, [un artículo publicado en el boletín *Der Stahlhelm*](#) en 1925 declaraba que «[nosotros proclamamos nuestras aspiraciones con una sinceridad honesta](#) y brutal, y esas aspiraciones son sumamente peligrosas para la chusma judeomarxista. No pedimos más que lo que ellos ya poseen, es decir el poder del Estado».

Desde su nombramiento como líder regional de los Cascos de Acero, era bastante habitual ver a Robert von Schultz paseándose por Groß Glienicke en la parte trasera de un camión agrícola, de pie junto con otros voluntarios vestidos con sus uniformes paramilitares. Emprendían la marcha desde el palacio, por la carretera de tierra de la orilla norte del lago, pasando por delante de la parcela de los Alexander, por la Potsdamer Tor y enfilando la Potsdamer Chaussee, gritando eslóganes y agitando sus armas en el aire. Circulaban rumores sobre secuestros, interrogatorios a medianoche, e incluso torturas. La mayoría de los habitantes del pueblo no querían saber nada de la banda de Robert. La violencia les asustaba. Sin embargo, hubo algunos jóvenes lugareños que se sintieron atraídos por los uniformes y la ideología, por no hablar de las borracheras y las peleas, y por consiguiente el tamaño de la brigada de los Cascos de Acero de Groß Glienicke no paraba de aumentar.

En sus momentos libres, Robert von Schultz y sus camaradas Cascos de Acero entraban en tropel en los bares de la zona, en particular en el Drei Linden, la imponente posada de dos plantas y fachada de piedra que se alzaba a doscientos metros al sur de la Potsdamer Tor y de la entrada a la parcela de los Alexander. Durante siglos, el Drei Linden había sido el bar del pueblo, ofrecía habitaciones a los viajeros y un gran patio en la parte delantera para sus coches de caballos. Allí, en aquel bar forrado de paneles de madera, era

donde los hombres de Robert aporreaban el piano tocando una melodía mientras los demás medio vociferaban y medio cantaban las viejas canciones de las luchas callejeras. Más tarde, levantando sus descomunales jarras de cerveza, gritaban: «¡Echemos a patadas a los ignorantes!» y «¡Afilad el cuchillo!», en alusión a los políticos que ocupaban el poder, así como diversos eslóganes antisemitas, como «Alemania para los alemanes» y «Los extranjeros y los judíos tan sólo tienen derechos como invitados».

A menudo, Robert era el centro de aquellas conductas reprobables. A veces aquel tipo de reuniones se trasladaban desde el Drei Linden al palacio. Los jornaleros que vivían cerca de la finca decían que oían «*Prunk- und Zechgelage, rauschende Feste*», suntuosas francachelas de bebedores, ruidosos banquetes, en casa de Robert. También informaban de que habían oído disparos de armas de fuego y excesos a altas horas de la madrugada que rompían la calma del tranquilo entorno campestre.

El virulento nacionalismo y antisemitismo profesado por Robert von Schultz y sus camaradas era una rareza en la Alemania de 1929. Aunque a principios del siglo XIX se produjeron pogromos contra los judíos, ese tipo de ataques prácticamente había desaparecido en la época que nos ocupa. El símbolo de la mejora en el estatus de la población judía era una legislación que garantizaba sus derechos y sus privilegios. En 1812, Prusia había promulgado una ley de emancipación, y en 1842 Hannover hizo otro tanto. Después, en 1871, se consagró la plena emancipación de la población judía con la introducción de la primera constitución alemana de la historia. No obstante, el antisemitismo seguía existiendo en Alemania. Los judíos no podían ser oficiales del Ejército alemán, y les resultaba difícil llegar a ser catedráticos de universidad, o ejercer otros cargos del Estado, sin convertirse previamente al cristianismo. Fue un hecho notorio que en 1916 las Fuerzas Armadas alemanas realizaron un recuento de los judíos que había en sus filas (el *Judenählung*, o censo de los judíos), tras las reiteradas acusaciones de que los judíos no estaban haciendo lo que debían y que los soldados judíos estaban escaqueándose de prestar servicio en el frente. A pesar de todo, esos

ejemplos de antisemitismo eran la excepción y no la regla. Al fin y al cabo, más de 100.000 soldados judíos habían servido en el Ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial, y más de 30.000 –incluido Alfred Alexander– habían sido condecorados por su valor. Y por esa razón, durante las dos primeras décadas del siglo XX, la mayoría de las familias judías que vivían en Alemania, como los Alexander, se consideraban de nacionalidad alemana, y de religión judía; sus vidas cotidianas no se veían afectadas por la etnia ni por los prejuicios.

Sin embargo, muy pronto todo aquello iba a cambiar. El 24 de octubre de 1929, tres semanas después de la lectura del testamento de Otto en el despacho del abogado, la Bolsa de Nueva York se desplomó nada menos que un 11 % en un solo día. Tras años de una especulación excesiva, el mercado había recibido una retahíla de malas noticias –unos decepcionantes resultados de las grandes empresas, un agravamiento de la recesión agraria, disminución del gasto de los consumidores– que habían desbaratado la confianza de los mercados. Cuatro días después, el 28 de octubre, la Bolsa de Nueva York perdió otro 13 %, y otro 12 % al día siguiente. Aquello marcó el comienzo de un hundimiento de la Bolsa neoyorquina que duró tres años, y que tuvo como consecuencia una pérdida del 89 % en el valor del mercado en su conjunto en julio de 1932.

El crac de Wall Street, como pasó a llamarse aquella desbandada de los mercados, tuvo unas profundas consecuencias para la economía alemana, así como para su política. Cuando los bancos estadounidenses, que tan sólo unos años atrás habían prestado dinero de buena gana a la República de Weimar, solicitaron la devolución de los créditos, los deudores alemanes fueron incapaces de pagar. Casi de la noche a la mañana, Alemania había perdido una de sus principales fuentes de inversión. El comercio internacional de Alemania cayó hasta el 50 % del nivel del año anterior, los precios de las cosechas disminuyeron un 60 %, y la tasa de desempleo aumentó hasta el 14 % de la población en edad de trabajar, lo que ascendía a 3,2 millones de personas, aproximadamente.

En medio de aquella crisis, mucha gente buscó una solución en los grupos políticos de extrema derecha, que para entonces se hacían oír, y que le

echaban la culpa del colapso económico de Alemania a la traición de Versalles, a los especuladores de los tiempos de guerra, a los comunistas y, sobre todo, a los judíos. Uno de aquellos grupos era el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (NSDAP), es decir el Partido Nazi. Originalmente se fundó como el Partido Obrero Alemán (DAP) en enero de 1919, con base en Múnich, y era una más de las docenas de organizaciones *volkisch*, del pueblo –y aparentemente grupos de extrema derecha– que para entonces operaban en la Alemania de la posguerra. Aquellos grupos recabaron un apoyo considerable al promover las ideas de la supremacía nacional y de la pureza étnica, y por extensión, por ser antieslavos y antisemitas. En septiembre de 1919, cuando Adolf Hitler participó en su primera asamblea del DAP, tan sólo asistieron otras cuarenta personas. En julio de 1921, Hitler ya había asumido el liderazgo del partido, y al cabo de dos años el número de afiliados había aumentado hasta más de 20.000 personas. Desde entonces, el Partido Nazi se había extendido por todo el país, y ya era una fuerza política de cierta relevancia.

Y así fue como, en las elecciones de septiembre de 1930, el Partido Nazi sorprendió a todo el mundo al recibir más de seis millones de votos, el 18 % de los votos emitidos, lo que convertía al partido de Hitler en la segunda fuerza política del Reichstag. Por primera vez, el antisemitismo se había convertido en una ideología con la que era posible ganar unas elecciones. Las ideas extremas, y hasta entonces minoritarias, de Robert von Schultz, de repente se volvieron mayoritarias.

Unas semanas después de las elecciones de 1930, y no mucho tiempo después de asumir el control de la finca de Groß Glienicke, Robert recibió la visita de un importante miembro de la Sturmabteilung (SA), o Camisas Pardas –el sector paramilitar del Partido Nazi– para ver si podían utilizar su finca de Groß Glienicke para las tareas de instrucción. Aunque no era miembro del partido, Robert accedió, y muy pronto se pudo ver a los matones de camisa parda realizando prácticas de tiro con fusil, instrucción militar y combates cuerpo a cuerpo en los terrenos de la finca, a pocos cientos de metros de la casa de fin de semana de los Alexander.

Alexander 1930

Corría el otoño de 1930, y Elsie llegaba a su primer día de clase en la Universidad Federico Guillermo de Berlín. Había conseguido unas calificaciones que le permitían estudiar donde quisiera, pero había decidido quedarse en Berlín, en parte porque eso le permitía vivir con sus padres, y en parte porque allí era donde su padre había estudiado Medicina.

Al abrir la puerta de dos hojas, Elsie se encontró en un aula enorme. Delante de ella, largas filas de pupitres de madera descendían hacia una gran cátedra de madera, un atril y una pizarra. Lo único que podía ver era la nuca de cientos de compañeros de estudios, jóvenes alemanes que, como ella, estaban estudiando Medicina. Para ella, la clase de las siete de la mañana ya era una dura prueba, teniendo en cuenta su afición a dormir. Y lo peor de todo era que todos los asientos estaban ocupados, y Elsie no tuvo más remedio que asistir a la clase de pie, al fondo del aula, junto con el resto de los que llegaban a última hora, y afanándose por oír cómo el profesor, que hablaba entre dientes, explicaba los conceptos básicos de la anatomía humana.

A lo largo de los días siguientes, Elsie fue despertándose cada vez más pronto, con la esperanza de conseguir un asiento. Al final, descubrió que la única forma de asegurarse un asiento en las primeras filas era levantándose a las seis. Pero cuando logró oír la clase, se dio cuenta de que no le interesaba demasiado. Gran parte de la asignatura consistía en aprender cosas de memoria –los nombres en latín de las partes del cuerpo, los distintos elementos del sistema circulatorio, las estructuras celulares y subcelulares– y eso le resultaba tedioso. Como se había criado rodeada de artistas y actores,

de directores de teatro y de fotógrafos, Elsie descubrió que tenía más ganas de estudiar la filosofía de Kant y las novelas de Goethe, que cómo curar la sífilis o cuándo extirpar un nervio óptico.

Elsie, que siempre había sido una persona curiosa, e inspirada por el trabajo de los muchos corresponsales judíos que había conocido a través de su padre, o cuyos artículos había leído en los periódicos, decidió estudiar periodismo. [Muchos de los dueños de los principales periódicos del país](#), o de sus directores, eran judíos, y aunque la inmensa mayoría de los periodistas que trabajaban en ellos eran hombres, había algunas excepciones destacadas. Eran las heroínas de Elsie: periodistas como Bella Fromm, por ejemplo, que trabajaba como corresponsal diplomática para los periódicos del grupo Ullstein, y Elisabeth Castonier, una escritora satírica que escribía para una revista semanal llamada *Die Ente* [El bulo].

Hacia el final del año académico, Elsie fue a ver a su supervisor para ver si podía cambiar de carrera. Cuando le dijeron que sí podía –era bastante habitual que los estudiantes cambiaran de una carrera a otra, o de una universidad a otra– Elsie comunicó a sus padres que ya no quería ser médico, y que por el contrario quería irse a vivir a Heidelberg para estudiar periodismo. Heidelberg era la universidad más antigua de Alemania, situada al suroeste del país, a una hora en coche de la frontera francesa, y a diez horas en tren desde Berlín.

La primera semana de octubre de 1931, Elsie y su familia se congregaron en la Anhalter Bahnhof, una de las principales estaciones de tren de Berlín, conocida como la «puerta del sur». Mientras que sus padres claramente la iban a echar de menos, probablemente no podía decirse lo mismo de su hermana. A lo largo de los últimos meses, a Bella lo único que le preocupaba era su nuevo novio, Harold, un apuesto joven inglés, que estaba en Berlín para estudiar la banca alemana. Con su máquina de escribir Olympia Erika negra en una mano, y una maleta en la otra, Elsie subió al tren y se despidió con la mano de su familia.

Elsie había escogido su universidad no sólo por su carrera de periodismo, sino también por su fama de progresista, ya que sus líderes eran catedráticos como el filósofo Karl Jaspers y el economista Alfred Weber. Heidelberg era

una ciudad famosa por la belleza de su paisaje, recostada entre el río Neckar y las montañas Königstuhl, así como por su pintoresco centro, que incluía un castillo romántico, un antiguo puente de piedra roja y una plaza del mercado medieval. No era Berlín, pero Elsie estaba dispuesta a probar algo distinto.

A sus diecinueve años, y viviendo lejos de su casa por primera vez, Elsie empezó a escribir un diario. Era una sencilla libreta, encuadernada en piel negra, con finas líneas azules en sus páginas. Muchas de las preocupaciones de Elsie eran las típicas de una muchacha de su edad. Se preguntaba si tenía amigos, y por qué se sentía tan sola a pesar del amor de sus padres. Decía que su padre era una «persona de bien, lleno de amor, amabilidad, y con sentido del deber», y le sorprendía que hubiera «tan pocas personas de esa calidad». Afirmaba que su padre la quería más a ella que a sus hermanos, pero señalaba que su melancolía ponía cierta distancia entre ellos. «Además, está muy orgulloso de mí, ¿por qué? ¿Porque soy inteligente? Eso no puedo evitarlo, en realidad es sólo que el deber me llama a hacer algo.»

En su diario, Elsie documentaba su creciente inquietud.

Así pues, ¿por qué estoy aquí? Yo no lo pedí en absoluto, y ahora tengo que atenerme a ello, tengo que «vivir». Y la vida me produce un gran pavor. Hay tanta gente que realmente no vive como le gustaría. Comen y duermen, y para vivir tienen que ganar dinero, trabajar sin parar. Ese trabajo se convierte en el contenido de su vida, se convierte en una cosa circular, comer para trabajar, trabajar para comer. Yo a eso lo llamo existir. ¿Y la vida? Papá vive, igual que Goethe, Mozart, Rilke, Beethoven. ¿Acaso fueron felices? ¿Qué significa realmente ser feliz? ¿Soy feliz yo? ¿Alguna vez lo he sido?

Poco a poco, Elsie fue acostumbrándose a vivir fuera de casa, y se adaptó a su nueva vida en Heidelberg. En julio de 1932, nueve meses después de la llegada de Elsie a la universidad, se celebraron elecciones generales en Alemania. Era la primera vez que Elsie podía votar, y estaba entusiasmada ante la perspectiva. Horrorizada por el Partido Nazi, y desconcertada, como tantos miembros de su clase, por la retórica radical del Partido Comunista y su líder, Ernst Thälmann, Elsie votó a los socialdemócratas. Los resultados electorales la decepcionaron. Por primera vez, el Partido Nazi conseguía el

mayor número de escaños, con el 37 % de los votos. Sin embargo, a lo largo de los días siguientes, ni Adolf Hitler ni el resto de partidos fueron capaces de conseguir apoyos suficientes como para formar Gobierno.

Con un resultado tan poco claro, Paul von Hindenburg –que llevaba en el cargo de presidente desde 1925– declaró que era preciso celebrar unas nuevas elecciones, a finales de aquel mismo año, el 6 de noviembre de 1932. Mientras Elsie estaba ocupada con sus estudios, a su alrededor se desarrollaba una feroz campaña política. Entre el 11 de octubre y el día de las elecciones, Adolf Hitler pronunció más de cincuenta discursos, a veces hasta tres al día. Por ejemplo, el 1 de noviembre, habló ante 40.000 personas en Karlsruhe, a menos de una hora en coche de Heidelberg. Muchos estudiantes de la clase de Elsie asistieron al evento.

El 6 de noviembre, Elsie volvió a votar, junto con otros 36 millones de ciudadanos alemanes. A pesar de que el porcentaje de votos que obtuvo el Partido Nazi bajó hasta el 33 %, fue de nuevo el partido más votado, y una vez más fue incapaz de conseguir apoyos suficientes de los demás partidos para formar Gobierno. A lo largo de aquellas Navidades y comienzos del nuevo año, el presidente Hindenburg hizo todo lo posible por formar una coalición.

Mientras tanto, las anotaciones de Elsie en su diario seguían centradas en su familia, sobre todo en la noticia de que Bella se había comprometido con Harold.

5 de enero de 1933

1933: ¿Qué traerá consigo? No lo sé. Pero sí sé lo que me quitará: a mi hermana. Bella se ha comprometido y va a casarse este verano. Se marcha a Londres. Eso significa no sólo el final de su infancia, sino también de la mía. Aunque nunca lo he reconocido ante nadie, estoy tan íntimamente unida a ella que no soy capaz de imaginarme un hogar sin Bella.

Pero Bella se merece ser feliz. Tuvimos una infancia espléndida. Y debería llevarse consigo esos recuerdos y pensar en ellos cuando lleguen los malos momentos. Y si es terriblemente feliz, tendrá que considerar que el fundamento de su buena suerte fue el sol de Glienicke, la infancia en su hogar. ¿Y qué haré yo? Le tengo miedo a este año.

Elsie se mantenía en contacto con su familia por teléfono y por correo, y seguía muy de cerca los acontecimientos políticos a través de los periódicos. Durante las primeras semanas de 1933, el presidente Hindenburg prosiguió con sus esfuerzos para formar un Gobierno que no incluyera a Hitler. Pero pronto quedó claro que sus intentos eran en vano, ya que era imposible formar una coalición estable sin incluir al Partido Nazi.

Durante los días siguientes, Franz von Papen y Hitler se enfrascaron en una serie de duras negociaciones para resolver quién tenía que encabezar el próximo Gobierno. Y fue entonces cuando el fundador de los Cascos de Acero, Franz Seldte, accedió no sólo a apoyar al Partido Nazi, sino a que sus milicias se integraran en la Sturmabteilung (SA). Con el apoyo de los cientos de miles de miembros de la Liga Stahlhelm al Partido Nazi, Von Papen instó a Hindenburg a que nombrara canciller a Hitler. Como parte del acuerdo, Seldte se incorporaría al Gobierno como ministro de Trabajo. Tras considerarlo de nuevo, Hindenburg llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio y, el 30 de enero de 1933, y a regañadientes, nombró canciller a Adolf Hitler.

Durante los días posteriores a su nombramiento, y descontento por encabezar un Gobierno en minoría, Hitler convocó de nuevo elecciones generales, esta vez para el 5 de marzo. Los grupos paramilitares nazis lanzaron una serie de ataques violentos contra los demás partidos. Los periódicos que se mostraban críticos con el Gobierno eran asaltados y clausurados. Los camisas pardas disolvían los mítines del Partido Socialdemócrata y del Partido Católico de Centro, apaleando a sus oradores y al público. El líder del Partido Comunista, Ernst Thälmann, fue detenido y encarcelado, acusado de fomentar el derrocamiento violento del Gobierno.

Consternada y enfurecida por el creciente poder del Partido Nazi, y con la esperanza de ganarse un público para sus ideas, Elsie envió algunos artículos y columnas de opinión a los periódicos de Berlín a principios de febrero de 1933. Aquellas piezas eran tan sólo críticas indirectas al régimen, ya que a Elsie le preocupaba llamar demasiado la atención sobre sí misma. Para su sorpresa, se publicaron algunos artículos, incluido uno sobre el Wintershilfwerk, una organización benéfica del Partido Nazi que instaba a la

gente a comer menos carne, y que donara el dinero ahorrado a los pobres durante el invierno. En su artículo, Elsie calificaba la campaña de hipócrita, señalando que la gente más adinerada podía donar dinero y al mismo tiempo seguir comiendo alimentos de primera calidad.

Sin embargo, la incipiente carrera profesional de Elsie muy pronto llegó a un final abrupto. El 27 de febrero de 1933 se desató un incendio en el Reichstag. Llamaron a la policía, que encontró a un joven comunista holandés llamado Marinus van der Lubbe en la escena del crimen. Van der Lubbe confesó que había provocado el incendio y fue detenido. Unas horas después, Adolf Hitler se puso en contacto con el presidente Hindenburg, instándole a suspender las libertades civiles a fin de proteger a Alemania del Partido Comunista. Aunque en aquel momento se puso enérgicamente en duda la verdadera identidad de los autores del incendio, y sigue siendo objeto de polémica desde entonces, al día siguiente, 28 de febrero, el presidente firmó el Decreto del Incendio del Reichstag, por el que se suspendían las libertades civiles, incluido el habeas corpus, el derecho de libre asociación, el secreto postal y la libertad de prensa. La futura profesión de Elsie había sido objeto de fuertes restricciones incluso antes de que se licenciara. A partir de aquel momento Alemania fue gobernada como una dictadura.

Las elecciones del 5 de marzo se celebraron tan sólo seis días después del incendio del Reichstag. Durante los días previos, detuvieron y encarcelaron a más de 4.000 comunistas, con lo que se reprimió considerablemente el voto en contra de los nazis. El propio día de las elecciones, más de 50.000 «delegados», que pertenecían a las SA, montaron guardia a la puerta de los colegios electorales, intimidando a los que se disponían a votar. Tras el recuento de los votos, el porcentaje que obtuvo el Partido Nazi había aumentado desde el 33 hasta el 44 %, con el voto de más de diecisiete millones de alemanes. Tras obtener rápidamente el apoyo del Partido Nacionalista Popular Alemán (DNVP), que obtuvo el 8 % de los votos, Adolf Hitler ya gozaba de una mayoría absoluta.

Con la esperanza de unir al país y de demostrar un vínculo entre los nazis y sus antecesores imperiales, Hitler convocó un mitin masivo en Potsdam para el 21 de marzo. Era consciente de que, aunque el káiser se había visto

obligado a renunciar al poder quince años atrás, gran parte de la población tenía una enorme consideración por la familia real y por las tradiciones que representaba. De hecho, muchos añoraban la estabilidad y el poderío militar que personificaba el emperador. En Potsdam estaba la residencia de verano de la familia real, y muchos la consideraban el centro espiritual del Imperio Alemán.

El denominado «Día de Potsdam» fue cubierto con gran detalle tanto por la prensa alemana como por los corresponsales extranjeros. Cuando Hitler llegó aquella mañana en su coche descapotable, la ciudad estaba decorada con miles de pancartas, tanto con la bandera del Partido Nazi, que llevaba estampada la cruz gamada, como la bandera tricolor negra, blanca y roja de la Alemania imperial. Decenas de miles de ciudadanos bordeaban las calles, de veinte en fondo, para ver pasar lentamente en su coche al nuevo canciller, seguido por gigantescas columnas de miembros de las SA y de la Liga Stahlhelm, desfilando en perfecto unísono.

Unas horas después, Hitler visitó a Guillermo, el antiguo príncipe heredero –hijo del káiser depuesto– en Cecilienhof, la residencia del príncipe en Potsdam. Dado que su padre seguía exiliado en los Países Bajos, Guillermo era el miembro más importante de la familia real que quedaba en Alemania. Ya era miembro de los Cascos de Acero y simpatizante del Partido Nazi, y durante aquella reunión Guillermo manifestó su apoyo público a Hitler y a su partido, con lo que se fusionaban la causa monárquica y la del Partido Nazi.

Por último, en un momento cuidadosamente orquestado, Hitler y Hindenburg se encontraron en la calle, rodeados por una multitud que les vitoreaba. El canciller, que iba vestido con un traje oscuro y conservador, y el presidente, con su uniforme militar de gala, que incluía el *Pickelhaube*, el casco con pincho del Ejército alemán, y una guerrera cuajada de medallas, se dieron la mano; Hitler tenía las manos desnudas, pero Hindenburg llevaba guantes. Mientras se estrechaban las manos, Hitler hizo una leve reverencia, aparentemente rindiendo pleitesía al presidente de Alemania. Fue un día enormemente simbólico, un esfuerzo del canciller por revestirse del pasado prusiano y militar de Alemania.

Dos días después, el Parlamento se reunió en el teatro de la ópera Kroll de Berlín, al que se había trasladado la Cámara tras el incendio del Reichstag, y aprobó la «Ley Habilitante», que a todos los efectos otorgaba al canciller la potestad de aprobar las leyes sin consultar al Parlamento. Hitler había asumido el control absoluto del proceso político.

El 1 de abril, menos de dos semanas después del Día de Potsdam, Elsie estaba de vuelta en Berlín para pasar las vacaciones de Semana Santa. Dado que la festividad judía del Pésaj iba a comenzar unos días después, Elsie esperaba poder disfrutar de un periodo de paz y alegría en el apartamento de la familia en la Kaiserallee.

Por la radio, los Alexander oyeron a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda, haciendo un llamamiento a un boicot nacional contra las empresas de los judíos. Como no sabían a qué atenerse, se habían quedado en el apartamento. A primera hora de la mañana, la familia advirtió cierto revuelo a las puertas de su edificio. Vieron cómo se congregaba un pequeño grupo de gente en la acera, junto a la placa de bronce que anunciaba que allí era donde el doctor Alexander tenía su consulta. Había resultado fácil encontrarle. La guía de teléfonos general enumeraba los detalles, igual que la guía de teléfonos de los judíos, que no sólo daba el domicilio de Alfred, sino que anunciaba en las primeras páginas que era director del Colegio de Médicos de Berlín.

Una hora después la multitud había aumentado. La gente señalaba el apartamento de los Alexander, y exclamaba que allí trabajaban y vivían unos judíos. La familia escudriñaba angustiada por una ventana por la que podían ver a la multitud. Muchos llevaban los uniformes con camisa parda de las SA, otros llevaban brazaletes decorados con la cruz gamada. En caso de que decidieran permanecer allí, iba a ser imposible que los pacientes de Alfred fueran a verle aquel día.



Joseph Goebbels hace un llamamiento a boicotear las empresas de los judíos, Berlín, 1 de abril de 1933

La multitud, que gritaba «Sucios judíos» y «No compréis a los judíos», fue avanzando, y amenazaba con irrumpir en el edificio. Entonces Otto Meyer, un amigo de la familia y un antiguo colega del Ejército de Alfred, se plantó ante la multitud, y pidió tranquila pero enérgicamente que se dispersaran, que estaban atacando a un hombre condecorado con una Cruz de Hierro de Primera Clase. La turbamulta, no sin refunfuñar un rato, optó por un blanco más fácil.

Los Alexander habían tenido suerte. Al final de aquel día, las empresas de los judíos y sus propietarios habían sido víctimas de ataques a lo largo y ancho de Alemania. Miles de tiendas fueron embadurnadas con la estrella de David en pintura amarilla, y con pintadas que afirmaban que «Los judíos son nuestra desgracia». Aquella noche, en su diario, Goebbels escribía: «Hay un entusiasmo indescriptible en el aire. Ahora la prensa trabaja con total

unanimidad. El boicot es una gran victoria moral para Alemania. Le hemos demostrado al resto del mundo que podemos movilizar a toda la nación sin provocar inestabilidad. El Führer ha vuelto a dar exactamente la nota adecuada». Al día siguiente, los periódicos de Berlín celebraban el patriotismo de los que habían participado en el boicot y atacaban a las organizaciones judías internacionales que eran una amenaza para la nación. No se publicó ni un solo artículo, ni una sola opinión que criticara lo que había sido un pogromo avalado por el Gobierno.

Conmocionada por el repentino giro de los acontecimientos, Elsie apuntaba en su diario:

5 de abril de 1933

Hace tres meses, el camino individual de la vida era mi pensamiento principal. ¿Y ahora? Ya la cosa no tiene que ver conmigo, ni con mi familia, sino con todo el mundo. Los grandes cambios políticos que comenzaron el 30 de enero han influido en el mundo entero. Medio millón de personas, 556.000 judíos de Alemania, han sido el motivo de grandes debates en el Reichstag –en todo el mundo. La preocupación por la suerte que pueden correr esas personas de repente ha obrado un milagro. Todos los judíos del mundo entero han tomado conciencia de su condición de judíos –y se enorgullecen de ello. Los judíos de todo el mundo son realmente la única potencia *internacional*. Lo único que les falta es una gran jefatura que reconozca y capitalice los aspectos más afortunados que se derivan de ello. Estoy convencida de que ningún país, incluida Alemania, puede apañárselas sin la ayuda de esa Internacional. Por ejemplo, ¿quién está en condiciones de conseguir grandes préstamos financieros en el extranjero? El judío internacionalmente respetado, en su calidad de director de un gran banco, con extensos contactos en el extranjero. Mientras los directores de las mayores instituciones bancarias de todo el mundo sean judíos, Alemania no podrá prescindir del judío.

Pero todas esas consideraciones no cambian el hecho de que miles de empleados, médicos y abogados judíos se han visto empobrecidos en el plazo de unas pocas horas. ¿De qué vivirán esas personas? Unas personas que durante la guerra combatieron y derramaron su sangre por la patria alemana, que perdieron todo su dinero con la inflación de Alemania, y que por fin, trabajando duro, han encontrado el trabajo de su vida –ahora se encuentran al borde del abismo. 1933. La libertad, la igualdad, la

fraternidad, los derechos humanos, el amor al prójimo. Palabras vacías, tan verdaderas en cualquier libro de lectura escolar, pero más difíciles de creer en la vida real. Yo siempre he estado orgullosa de ser judía. Hoy me avergonzaría de ser una cristiana alemana.

Entonces, el 7 de abril de 1933, el Partido Nazi promulgó la Ley para la Restauración de la Función Pública Profesional. A partir de aquel momento, los profesionales judíos tenían prohibido trabajar para el Estado. Eso incluía a los burócratas y a los administrativos, pero también a los maestros, los jueces y los catedráticos. Se hacía una excepción, al menos por el momento, con los veteranos de la Primera Guerra Mundial. No obstante, se trataba de la primera ley importante que restringía los derechos de la población judía, y afectó a decenas de miles de personas.

Dos semanas después, el 25 de abril, el Gobierno alemán aprobó una ley que limitaba el número de estudiantes judíos que podían asistir a los colegios y las universidades. Las autoridades afirmaban que aquella legislación iba a resolver la masificación de las instituciones educativas del país. A partir de aquella fecha, el número de estudiantes judíos se limitaba al 1,5 % de la población universitaria.

No obstante, y a diferencia de muchos amigos suyos, a Elsie le permitieron seguir estudiando en Heidelberg. Porque, a pesar de ser judía, el historial de guerra de su padre volvió a resultar crucial, y hacía posible que Elsie recibiera un trato especial. No obstante, la ley también le afectó. El 17 de mayo, varios miembros del claustro de profesores y numerosos estudiantes retiraron de la biblioteca los libros de autores comunistas, judíos, y de otros escritores considerados inaceptables por el Partido Nazi, los amontonaron en el centro de la Universitätsplatz, y les prendieron fuego. Se cambió el lema de la universidad: de «El Espíritu Vivo» pasó a ser «El Espíritu Alemán». Y después, para asegurarse de que todo el mundo supiera lo que era Elsie, los lomos de todos sus libros se marcaron con franjas amarillas.

En aquella época fue cuando Elsie escribió la última anotación en su diario.

Los judíos nos esforzamos al máximo para que nos consideren alemanes. En 1914 la gente nos consideraba alemanes, y también durante la inflación. Pero ¿ahora? Un pueblo que ha demostrado el 1 de abril de 1933 [el boicot a las tiendas de los judíos] en qué nivel de la civilización se halla no necesita rechazarme. Yo no *quiero* pertenecer a ese pueblo. Pero ¿entonces qué? ¿Apátrida? ¿Fuera de la ley? ¿Y qué pasará con mis futuros hijos? ¿A quién pertenecerán? Y yo sigo amando a este país, amando el mundo, pero odio a la gente. No, la desprecio, y a todos aquellos que consienten esta mancha en la civilización. Quieren que me avergüence de ser judía. No, yo estoy orgullosa de ser judía, pero me avergüenzo de ser alemana. En estos momentos, los países extranjeros nos contemplan con pena: *A German Jew?* [¿Una judía alemana?] Pero ¿y después? Después volveré a ser la alemana, una ciudadana del pueblo entre el que se celebró el 1 de abril de 1933. ¡El destino! Pero ¿puede una traer hijos al mundo, puede una asumir una responsabilidad de semejantes proporciones?

Unas semanas después, el 4 de junio de 1933, toda la familia se congregó en la sinagoga Friedenstempel de Berlín para la boda de Bella y Harold. Asistieron cuatrocientas personas.

En la planta baja, los hombres estaban sentados en filas de bancos de madera; llevaban sombrero de copa y frac. En la primera planta, en la parte de la galería, también sentadas en bancos, las mujeres iban vestidas con traje de etiqueta y sombrero. Delante del Arca, el compartimento ornamentado que contenía las Torás, la novia y el novio estaban de pie bajo una *chupá*, un palio de tela de colores crema y azul apoyado en cuatro postes de madera decorados con guirnaldas de flores. La novia iba vestida con un impresionante vestido de color marfil, y llevaba el rostro cubierto con un velo; el novio llevaba frac, como el resto de los hombres. Junto a ellos estaban los cuatro progenitores –la familia de Harold había venido desde Londres– junto con el rabino Joachim Prinz, que ofició la ceremonia. Tras el intercambio de votos, Harold pisó una copa que había sido envuelta en un trozo de tela. Al mismo tiempo que se oía el ruido de la copa al romperse, la congregación exclamó *mazel tov*.

Posteriormente, los invitados asistieron a una recepción que se celebró en el hotel Adlon, un enorme edificio de piedra amarilla de cinco plantas, en la avenida Unter den Linden, conocido por su lujoso interior y por su excelente

servicio. Mientras se servía el café, y después de que el novio pronunciara un discurso –bastante largo, conforme a la tradición inglesa, pero que sorprendió un tanto a los alemanes allí reunidos– Elsie se puso en pie para felicitar a los recién casados, y a continuación leyó un poema que había escrito en su honor, y que plasmaba la textura agri dulce del momento.

Cuatro palabras me gustaría decirlos a los dos
Tan sólo cuatro palabras: os deseo mucha suerte,
Para esta celebración de hoy,
Para todos los días que están por venir,
¡Os deseo mucha suerte, os deseo mucha suerte!

Sólo tres palabras debéis recordar,
Sólo tres palabras: amaos para siempre
A pesar de todas las fuerzas externas,
¡Amaos para siempre, amaos para siempre!

Por último os digo dos palabras de todo corazón
Auf Wiedersehen.
¡Debemos aguardar con ilusión los días
En que podamos volver a vernos felizmente!

Al final de la velada, los asistentes a la boda se congregaron ante las puertas doradas de la entrada principal del hotel para despedir a Bella y a Harold que se marchaban de viaje de luna de miel a Venecia. Por el momento, podía mantenerse la apariencia de una vida normal, pero durante cuánto tiempo era algo que nadie sabía.

*

Tras las vacaciones de verano en Glienicke, en las que se bañó en el lago, sesteó y tomó el sol en la pradera, Elsie regresó a Heidelberg para el comienzo del primer trimestre de su tercer año. Sin embargo, nada más instalarse, sus estudios se vieron interrumpidos, el 4 de octubre, por la noticia

de la última ley que se había anunciado en Berlín: a partir de aquel momento, los judíos no podían trabajar como periodistas ni como directores de periódicos. Los culpables de incumplir aquella ley podían ser condenados a penas de hasta un año de cárcel. A Elsie le resultaba muy difícil motivarse para estudiar una carrera de la que había quedado excluida. Más tarde, al final del año académico, en julio de 1934, a pesar de conseguir unas notas excelentes, Elsie fue informada de que no iba a ser bienvenida en la universidad en caso de que quisiera regresar. Amargamente decepcionada, Elsie hizo las maletas con todas sus pertenencias, regresó a Berlín y se reunió con su familia en Glienicke.

Ahora una de las tareas menos agradables de Elsie era ir a buscar leche a la lechería de la finca. Al ser plenamente consciente de que el dueño del palacio, Robert von Schultz, era miembro del Partido Nazi (se había afiliado el 28 de abril de 1933), igual que muchos de sus empleados, Elsie intentaba evitar cualquier contacto. Pero la lechería era el lugar más cercano para comprar leche, y así, con el corazón encogido y con una lechera de metal vacía en la mano, iba a la lechería y volvía todas las tardes. Un día, a la caída del crepúsculo, Elsie pasó por delante del palacio y vio numerosos vehículos militares aparcados en el patio. Al ver a unos hombres vestidos con los uniformes de las SA, apartó la mirada y aceleró el paso hacia la lechería. Después de llenar la lechera, Elsie tomó otro camino alternativo para volver a su casa, a lo largo de la orilla.

Aunque los Alexander ya llevaban más de siete años yendo a Groß Glienicke, la gente del pueblo seguía tratándoles como forasteros. A veces Henny entraba en contacto con la gente del lugar, al hacer un pedido a *Frau Mond*, la dueña de la lechería, o al encargar piezas grandes de carne al carnicero, o bien, en caso de que celebraran algún evento con muchos invitados, una tarta especial en la pastelería. Aparte de eso, la gente del pueblo no interactuaba con los Alexander. Teniendo en cuenta el clima antisemita que iba de mal en peor, todos pensaban que lo mejor era mantener un perfil aún más bajo.

Para entonces, la población de Groß Glienicke había aumentado a poco más de setecientas personas. La mayoría vivía en el pueblo, gestionando sus

propios negocios, o bien trabajando en Potsdam; el 28 % de la población trabajaba en la finca, y el 20 % restante eran «arrendatarios», profesionales de Berlín que iban a pasar los fines de semana a la orilla del lago. En una [nota sobre la historia del pueblo, Erwin Koch, el abogado de la familia Wollank](#), escribió que «en el pueblo hay muchas opiniones distintas sobre los arrendatarios».

Más o menos en aquella época, Robert von Schultz le ofreció al profesor Munk la oportunidad de comprar los terrenos donde tenía su casa de fin de semana. Al igual que los Alexander, el profesor Munk había arrendado su parcela en 1927, pero a los Alexander no les invitaron a comprar sus terrenos. Casi con seguridad eso se debía a las inclinaciones políticas de Von Schultz, que era un antisemita declarado. De lo contrario, habría tenido mucho gusto en venderle la parcela al doctor Alexander, teniendo en cuenta la acuciante necesidad de liquidez de la finca.

Mientras tanto, Elsie le dijo a sus padres que, aunque no pudiera estudiar, quería trabajar como periodista. Tras falsificar una serie de credenciales de prensa en su máquina de escribir, se fue en busca de historias. Al principio deambuló por el pueblo, haciendo fotos del lago, de las casas y de las tiendas. Después, más envalentonada, y a pesar de las súplicas de su madre, Elsie, que a la sazón tenía veintiún años, se aventuró por el centro de Berlín. En una ocasión se subió a un árbol y fotografió a las SA de Hitler desfilando por la avenida Unter den Linden. Cuando se enteró, Henny se puso furiosa y le dijo a su hija que no corriera semejantes riesgos. Pero las advertencias de su madre tenían poco efecto en Elsie, y al cabo de poco tiempo volvió a recorrer las calles haciendo fotos.

Con una situación política cada vez más peligrosa, las conversaciones durante la cena se hicieron más tensas. A la vuelta de su luna de miel, Bella dijo que estaba dispuesta a marcharse de Alemania, y Elsie también. Su padre discrepaba, ya que estaba convencido de que el pueblo alemán recuperaría la cordura. Alfred dijo que se quedaban, pero que debían mantener un perfil bajo.



Fritz Munk con Alfred y Henny Alexander, Groß Glienicke

El profesor Munk era de la misma opinión que las hermanas. Una cálida tarde de verano del mes de julio, Munk se acercó a la valla del jardín y llamó a Alfred Alexander. El doctor dejó lo que estaba haciendo, y al oír el tono apremiante de la voz de Munk, fue a buscar a Henny para que se reuniera con ellos. **Tras intercambiar cumplidos, el profesor Munk habló con franqueza** sobre la situación política. Dijo que en calidad de director del Hospital Martín Lutero de Berlín, estaba en estrecho contacto con muchos altos funcionarios del Gobierno. Ellos le habían dicho que a los judíos alemanes la vida se les iba a hacer cada vez más precaria. Un médico de renombre como el doctor Alexander tenía que estar en el punto de mira de los nazis.

«Doctor Alexander, se avecinan tiempos difíciles», dijo Fritz Munk. «Le recomiendo que abandone Alemania de inmediato.»

«¿Y por qué tendría que marcharme?», respondió Alfred Alexander. «Fui soldado y oficial en la guerra, y me concedieron la Cruz de Hierro. No me pasará nada.»

«No esté tan seguro de ello», le contestó el catedrático. «Yo ya no puedo ayudarle mucho.»

Alfred no quedó del todo convencido, pero agradecía la preocupación de su vecino. Le dio las gracias al profesor Munk y le dijo que los problemas pronto amainarían. Tras intercambiar algunas palabras más, los vecinos se despidieron y volvieron con sus familias a uno y otro lado de la valla.

Schultz

1934

A última hora de la tarde del 30 de junio de 1934, un convoy de vehículos avanzó por el largo camino de grava que conducía a la finca de Groß Glienicke. De ellos se apeó un contingente de hombres con camisas negras que abrieron a empujones la gran puerta principal y entraron en tropel al interior del palacio. Eran miembros de las Schutzstaffel (SS), la fuerza de seguridad de élite de Hitler.

Unos minutos después, aquellos hombres salían del edificio de piedra blanca. Dos de ellos sujetaban a un hombre de baja estatura, fornido, con el rostro rubicundo y cara de pocos amigos, que llevaba las manos esposadas a la espalda. Era Robert von Schultz. Después de introducirle a empujones en un camión, se lo llevaron al cuartel de las SS de Potsdam, a diez kilómetros de allí.

El arresto de Robert era uno de los miles que se estaban produciendo aquella semana por toda Alemania, como parte de una campaña clandestina a nivel nacional que había organizado Hitler a fin de eliminar la oposición a su nuevo régimen. La Noche de los Cuchillos Largos, como pasó a la historia, tenía como objetivo principal aplastar a las SA, una organización independiente que Hitler veía como una amenaza potencial, teniendo en cuenta su historial de violencia callejera y las ambiciones de su líder, Ernst Röhm. Aproximadamente ochenta y cinco líderes de las SA fueron ejecutados en aquella purga, incluido el propio Ernst Röhm, al que mataron de tres tiros en su celda. Muchos otros miembros de las SA fueron encarcelados e interrogados, incluido Robert, al que interpellaron sin contemplaciones, y al que acusaron de traición al Estado, y, lo que tal vez era aún peor, al Führer.

Mientras su esposo estaba detenido, un funcionario abordó a Ilse von Schultz. Aquel hombre iba en representación de Hermann Göring, ministro de Aviación de Alemania, y llevaba consigo una petición para que Ilse vendiera un gran sector de las tierras de su familia situado al este del lago Groß Glienicke.

Para Ilse aquello suponía un golpe de suerte. A raíz de la detención de su marido, las finanzas de la finca habían ido de mal en peor. Desde principios de los años treinta, el principal cultivo de Robert había sido el trigo. Enviaba una parte de la cosecha al molino del pueblo, donde se molía y se convertía en harina; el resto se ponía a fermentar en enormes cubas, y posteriormente se destilaba para producir *Korn*, un licor de cereales. Sin embargo, la fortuna de la familia había sufrido un drástico declive a principios de aquel año, cuando Hitler impuso restricciones a los precios del alcohol de producción privada. Eso no significaba que la finca careciera de valor. Según los registros de Hacienda de la época, la finca tenía 49 caballos, 132 vacas, 140 cerdos, 147 conejos, 230 patos y gansos, 1.714 gallinas, 29 pavos y 16 colmenas. Sin embargo, los Schultz no podían sobrevivir únicamente vendiendo huevos de pato y de gallina, conejos y miel.

Ilse era consciente de que la oferta del ministro de Aviación podía salvar de la ruina a la finca. Para el Ministerio, la compraventa era una parte crucial de su programa secreto de rearme. Desde que firmó el Tratado de Versalles en 1919, Alemania tenía prohibido disponer de una fuerza aérea. Pero Göring estaba decidido a crear la *Luftwaffe* en su país, y había elegido Groß Glienicke y sus alrededores como un emplazamiento crucial. Estaba cerca de Berlín, era un terreno llano y libre de edificios altos en sus proximidades, y por consiguiente idóneo para el aterrizaje y despegue de aeronaves.

Finalmente, tras un cautiverio de más de tres meses, Robert von Schultz fue a juicio. Si quería verse libre de la acusación, tenía que demostrar que eran un «buen nazi». El primer testigo fue el dueño del Drei Linden, Herr Krause, que dijo: «Creo que Schultz intenta convencer a la gente para que piense mal del Führer». A continuación un tal Alfred Eichel, miembro de la brigada de Cascos de Acero de Robert, dijo que el 1 de mayo de 1933, en Potsdam, había oído a su jefe comentar que «el Führer no va a durar mucho».

Un tercer testigo acusó a Robert von Schultz y a sus hombres de celebrar «fiestas salvajes» en el palacio, y de disparar sus armas en los bares de la zona. Otro le acusó de tener una relación demasiado íntima con Karl Ernst –el líder de las SA en Berlín, que, al igual que Robert, había sido detenido el 30 de junio y posteriormente ejecutado por un pelotón de fusilamiento– y de beneficiarse económicamente de aquella relación. Después le llegó el turno a otro testigo, Franz Müller, miembro de las SA, que dijo que en una ocasión Robert y su banda le habían apaleado hasta dejarle inconsciente. Por último *Herr Steek*, un comunista de la zona muy conocido, declaró que una noche Robert se presentó en su casa, le dio un puñetazo en la cara y, junto con otros dos líderes de las SA, le azotó con un látigo hasta que perdió el conocimiento.

Robert negó las acusaciones. En una declaración realizada el 29 de septiembre de 1934, decía que nunca «se había burlado» del Führer, argumentando que «no forma parte de mi personalidad ensuciar el nido del que provengo». Reconocía que él y sus hombres visitaban con asiduidad los bares de la zona, pero afirmaba que nunca había presenciado personalmente disparos de armas de fuego, aunque confesó que le habían contado que su mayordomo había disparado un tiro, una falta por la que posteriormente fue castigado «conforme a las normas de los Cascos de Acero». Admitía que se había reunido a menudo con el antiguo líder del grupo, Karl Ernst, pero nunca se había beneficiado de aquella relación.

Robert admitía que Fritz Müller había recibido una paliza, pero añadía que ni siquiera estaba en la habitación cuando tuvo lugar el apaleamiento. En cuanto al comunista *Herr Steek*, Robert recordaba que el prisionero había sido «muy maleducado» durante su interrogatorio y hubo que «refrenarle». «Admito sin vacilación», declaraba, «que en algunos casos, al encargarme de los chicos malos, les he castigado, pero no estoy de acuerdo con que esos castigos fueran desproporcionados respecto a la situación.»

Para demostrar que era un fiel seguidor, Robert mostró al tribunal los impresos que demostraban que se había afiliado al Partido Nazi el 28 de abril de 1933, y para probar que era un adepto a la causa del nacionalsocialismo, presentó el testimonio de amigos y colaboradores suyos. ¿Qué más pruebas hacían falta, se preguntaba, de su lealtad a Adolf Hitler?

El juicio concluyó con el testimonio de Robert von Schultz. Poco después fue absuelto, aunque se le expulsaba de las SA, y el 27 de octubre le pusieron en libertad. Al regresar a Groß Glienicke, se enteró de que su esposa había aceptado la oferta del Ministerio de Aviación. Había vendido a las Fuerzas Armadas casi una cuarta parte de la finca.

A comienzos de 1935 comenzaron las obras del nuevo aeródromo, a tan sólo unos pocos cientos de metros del extremo nordeste del lago de Groß Glienicke. La infraestructura, llamada Berlín-Gatow, estaba destinada a convertirse en uno de los cuatro únicos centros de instrucción de la fuerza aérea de Göring, en rápida expansión, pero, al ser el más cercano a la capital del país, iba a convertirse en la academia más importante de las cuatro. Estaba prevista la construcción de un centro de instrucción para los técnicos y de una academia de pilotos. Los planos de los edificios corrieron a cargo de Ernst Sagebiel, el mismo arquitecto que había diseñado el Ministerio de Aviación en Berlín, y posteriormente el aeropuerto de Tempelhof, en la frontera sur del término municipal de la ciudad. Más de 4.000 trabajadores, muchos de ellos procedentes de Groß Glienicke y de los pueblos de la zona, se pusieron manos a la obra: primero construyeron el aeródromo y posteriormente los edificios de los centros de formación.

El 2 de noviembre de 1935, Adolf Hitler asistió a la inauguración oficial de Berlín-Gatow. A partir de aquel momento, Hitler optó a menudo por aquel aeródromo para sus viajes personales, incluidos los vuelos a su retiro de montaña en Berchtesgaden, ya que le ofrecía un nivel de privacidad del que no podía gozar en los otros aeródromos de Berlín. Unos meses después, el 21 de abril de 1936, Göring participó en las ceremonias del Día de la Luftwaffe en Gatow, y aprovechó la ocasión para invitar a visitar el aeródromo a numerosos oficiales de los ejércitos de todos los rincones del mundo, exhibiendo con orgullo lo que a todos los efectos suponía una infracción flagrante del Tratado de Versalles.

Mientras tanto, Robert regresaba a su palacio, destrozado, paranoico y abrumado por sus crecientes deudas. Al ser consciente de que vender parcelas

de sus tierras no iba a solucionar sus problemas económicos, y temiendo que le detuvieran de nuevo, Robert e Ilse metieron a sus cuatro hijos en un coche y se marcharon de Groß Glienicke. Fue el final de una era, ya que ningún miembro de la familia Wollank volvería a vivir en el palacio. A partir de entonces, la gestión de la finca corrió a cargo de un administrador.

Tras abandonar la finca, la familia Schultz viajó hasta la costa del mar Báltico, a trescientos kilómetros de distancia hacia el norte, cruzó el Puente de Stralsund y llegó a la isla de Rügen. Allí Robert se instaló con su familia en la antigua casa señorial de su padre, lejos de las turbulencias políticas y económicas que se habían adueñado del resto de Alemania.

Alexander 1934

Decididos a disfrutar del verano, los Alexander organizaron una fiesta de cumpleaños para Lucien Picard, el abuelo de Elsie. [Para inmortalizar el día en nítidas imágenes](#) de cine en blanco y negro de 16 mm, Alfred deambulaba filmando la ocasión con su cámara.

Por la mañana se colocaron unas largas mesas y unas sillas plegables en la pradera que había detrás de la casa. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y puestas con la mejor cubertería de plata de la familia, traída de su hogar en la ciudad. Poco después llegaron los músicos: cinco hombres con frac, camisas almidonadas y zapatos de charol, que traían violines, oboes y un pequeño tambor. Se colocaron en la terraza que había encima del cobertizo de las bombas de agua.

Lucien llevaba un traje de raya diplomática de buena hechura, una camisa blanca con el cuello vuelto hacia arriba, una corbata a rayas y chaleco, un atuendo parecido al que había llevado todos los días durante cuarenta años trabajando en la banca. Elsie y Bella se habían vestido de forma muy distinta. Bella, en su empeño por seguir la última moda, llevaba el pelo muy corto, con raya a un lado, y se había puesto una camisa blanca de manga corta remetida en los pantalones. Por el contrario, Elsie seguía llevando sus dos largas trenzas, y se había vestido con una conservadora falda blanca y zapatos blancos sin adornos.

Muy pronto llegaron los invitados, y, mientras los músicos tocaban melodías de los cabarets más de moda de Berlín, se sirvió un aperitivo en el porche. Después vino el almuerzo; se sentaron alternándose hombres y mujeres, y separando a las parejas para que tuvieran que hablar con alguien

que no conocieran.

Antes de servir el café, Alfred pronunció un discurso para celebrar la larga vida de su suegro, y a continuación levantó su copa para brindar. «Por Lucien Picard», exclamó. Los demás invitados se pusieron en pie y repitieron las palabras de Alfred, dejando al anciano como único comensal sentado. Después, como era tradición en la familia, Elsie, sus hermanos y su hermana se reunieron en un extremo de la mesa y cantaron una canción, utilizando una melodía popular, pero cambiando la letra para tomarle el pelo a su abuelo. Bella tenía la mejor voz, pero Elsie había escrito la letra. Los asistentes comentaron el encanto y el talento de las chicas y los chicos Alexander.

A lo largo del día, Alfred deambuló por la fiesta, rodando con su cámara, captando el ambiente: un gran grupo de judíos mayores y jóvenes, con estudios, médicos, abogados, artistas, cantantes y actores, madres y padres, hijos e hijas, felices, sonrientes, riéndose relajados y sin preocuparse, al menos por el momento, del futuro.

Unas semanas más tarde, Elsie invitó a Glienicke a un grupo de amigos de la universidad. Entre ellos iba Rolf Gerber, un apuesto y corpulento joven procedente de Sudáfrica, que estaba pasando un año en Berlín para estudiar alemán. Elsie y Rolf se gustaron de inmediato, y estuvieron largo rato jugando al tenis y paseando por la orilla del lago. Su amistad floreció cuando ambos regresaron a Berlín, donde a menudo asistían juntos a los bailes y las fiestas, con Bella de carabina.

Para entonces, la empresa de servicios médicos de Alfred estaba amenazada. A raíz de la propaganda nazi que inundaba los periódicos, la radio y las calles, muchos de los pacientes no judíos de Alfred habían dejado de recurrir a sus servicios. El 17 de mayo de 1934, en un intento de apretarles las tuercas, el Gobierno prohibió por ley el reembolso a los médicos judíos a través de los fondos de la sanidad pública, con lo que los ingresos de Alfred se vieron drásticamente reducidos. Más tarde, el alcalde de Múnich prohibió que los médicos judíos trataran a pacientes no judíos, y parecía tan sólo cuestión de tiempo que Berlín hiciera lo mismo.

Durante los desayunos, los almuerzos y las cenas, los Alexander comentaban la situación, que iba de mal en peor. Henny opinaba que había llegado el momento de abandonar el país. Muchos amigos suyos ya se habían ido, o estaban planeando hacerlo. De los más de 500.000 judíos que vivían en Alemania cuando los nazis llegaron al poder, ya se habían marchado más de 37.000.

Mientras que los hijos estaban de acuerdo con su madre, Alfred seguía empeñándose en creer que la situación política iba a mejorar, y se aferraba a la convicción de que su país natal –y por añadidura, el país por el que había luchado– acabaría entrando en razón y desalojaría del poder a los nazis. Y, aunque decidieran irse, ¿cómo iban a afrontar su marcha? ¿Qué harían con la consulta? ¿Adónde irían? A la vista de la postura de Alfred, lo único que podían hacer los miembros de su familia era mantenerse al tanto de los acontecimientos.

A medida que iba ensombreciéndose la atmósfera política de Alemania, y a medida que su relación amorosa iba consolidándose, Elsie y Rolf empezaron a hablar de dónde querían vivir. Elsie sugería Londres, dado que Bella y Harold ya estaban en Inglaterra y teniendo en cuenta que Rolf tenía automáticamente derecho a vivir allí en su calidad de ciudadano sudafricano. Sin embargo, Rolf decía que quería regresar a Ciudad del Cabo, para poder estar cerca de su familia. Cualquiera de las dos soluciones exigía que se casaran, para que Elsie pudiera conseguir su visado de entrada, pero Rolf dejó claro que todavía no estaba preparado para semejante compromiso.

Contrariada por la negativa de Rolf, Elsie intentó hacer que cambiara de opinión, pero no lo logró. Poco después Rolf regresó a Sudáfrica. «No estaba enfadada», recordaba posteriormente Elsie. «Estaba enamorada. ¿Qué le vamos a hacer?» Tenía el corazón destrozado.

*

Elsie pasó el resto de aquel lánguido verano en la casa del lago. A menudo dormía hasta muy tarde, y después, cuando se sentía con fuerzas para ello, daba paseos por la orilla del lago y por los bosques. [Por las tardes estaba](#)

pendiente de su abuelo, que sufría problemas digestivos y necesitaba atención médica frecuente. Por la noche cenaba con sus padres y los invitados de éstos, y después jugaban a las cartas, a la podrida o al bridge, a menudo con dinero.

Entonces, hacia el final del verano, el aburrimiento de Elsie se vio interrumpido por la llegada de Bella desde Londres. Bella, que estaba embarazada de cinco meses, y a pesar de la inestabilidad de la situación política, había regresado a Glienicke. En calidad de esposa de Harold Sussmann, tenía pasaporte británico, y por consiguiente podía entrar y salir de Alemania sin problemas. Elsie se dio cuenta de que empezaba a sentir envidia tanto del bebé como del matrimonio de su hermana. Y a aliviar ese sentimiento no contribuía el hecho de que Bella se sentara todas las tardes en la terraza, haciendo temblar la mesa mientras escribía a máquina, y leyendo en voz alta las cartas que le enviaba a su marido. En aquellas cartas Bella se quejaba de que se sentía «embarazada de diez meses», y se dirigía a Harold con términos de adoración –«querido maridito», «mi nene querido», «mi niño mimado»– regodeándose con la llegada del bebé al que ya llamaba «Sigi», y hablando sin parar de lo extraordinaria que era Inglaterra y lo maravillosamente bien que se lo pasaban los dos allí.

Una mañana la familia se enteró por la radio que Paul von Hindenburg había fallecido. Para los Alexander era una noticia preocupante, porque consideraban que Hindenburg era uno de los pocos hombres capaces de refrenar a Hitler. Sin embargo, a Bella parecía resultarle indiferente la muerte del presidente de Alemania, al que le dedicó una brevísima alusión en su siguiente carta a Harold. Estaba convencida de que «todo irá bien», y se pasó la mañana en la ciudad, llevando a arreglar un vestido y comprándose un par de zapatos azules.

*

En diciembre de 1934, desde Londres llegó la noticia de que Bella había dado a luz a un niño, al que iban a llamar Peter. La primavera siguiente, entusiasmado por el hecho de ser abuelo, Alfred se sentó a una mesa de la

casa del lago y le escribió una carta a Harold y a Peter. La escribió en inglés, un idioma en el que no se sentía muy seguro.

Querido nieto:

Me ha agradado mucho, querido Harold, recibir tu carta y enterarme de que tú y el encantador Peter estáis bien. Estoy ansioso por conocerle, y te prometo que le trataré muy bien. Como sorpresa para la bienvenida os escribiré en inglés, dado que Peter no sería capaz de entender otro idioma.

Imagino que te gustará recibir una carta mía en inglés, tenía pensado comprar un diccionario de inglés, pero Elsie se olvidó de enviármelo, y por consiguiente me he visto obligado a escribir estas líneas sin ayuda, y debes disculparme por este estilo un tanto «alemán».

Aquí todo está igual de bien y de bonito como en años anteriores, y no sólo vais a admirar mi idioma sino también los excelentes alrededores.

Con mi amor más sincero para ti y el primer nieto, y con saludos cordiales para toda la familia.

Se despide de vosotros,

EL ABUELO

Dado que Bella ya estaba instalada en Inglaterra, y en parte por aburrimiento, Elsie se presentó voluntaria para trabajar a tiempo completo para la Asociación Cultural de los Judíos Alemanes. Desde abril de 1933, cuando el Partido Nazi había promulgado la Ley para la Restauración de la Función Pública Profesional, los cantantes, las bailarinas, los escritores y los músicos judíos tenían prohibido actuar en los principales centros culturales de la ciudad. Como respuesta se había fundado la Asociación, para permitir que los artistas judíos actuaran para un público judío. Aunque sin cobrar, Elsie echaba una mano en las oficinas, mecanografiando cartas y ayudando en las tareas administrativas. A cambio, podía asistir gratis a los conciertos, al teatro y a la ópera.

En un concierto nocturno, Elsie conoció a un joven judío llamado Erich Hirschowitz, comerciante de cueros. Tenía una bonita sonrisa, cabello tupido peinado hacia atrás con brillantina y la frente alta. Más tarde Elsie descubrió que una de sus compañeras de trabajo había hecho de celestina, y lo había

organizado todo para que se sentaran juntos. Hablando con Erich, Elsie se enteró de que tocaba el violín y que él también disfrutaba de la música y la cultura. Erich la invitó a salir y muy pronto empezaron a ir juntos a los conciertos. Elsie no estaba tan locamente enamorada como lo había estado de Rolf, pero Erich era gracioso y tenía cara de buena persona.

A su debido tiempo, Elsie invitó a Erich a Groß Glienicke, para que viera la casa y conociera a su familia. Un día, a la orilla del lago, Erich explicó que pasaba mucho tiempo viajando desde Berlín a Londres, donde estaba montando una empresa de cuero para su padre. Invitó a Elsie a acompañarle a Inglaterra. Por supuesto, Bella ya vivía allí, y Elsie pensó que el permiso de entrada en el Reino Unido de Erich y sus contactos allí podían resultarle útiles en caso de que ella tuviera que huir de Alemania. Poco después, el 1 de abril, Elsie y Erich anunciaron su compromiso de boda.

Al enterarse de la noticia, Rolf escribió desde Sudáfrica, rogándole a Elsie que recapacitara. Pero Elsie ya había tomado una decisión, y el 28 de julio de 1935, ella y Erich se casaron en Berlín. La grandiosa boda que habían planeado se canceló debido a las restricciones que impuso el Gobierno a las reuniones de personas judías, y por el contrario se celebró una pequeña recepción para una docena de familiares en el apartamento de la Kaiserallee.

Después del almuerzo, a la hora del café, existía la costumbre de leer en voz alta los telegramas con los buenos deseos para los novios. Dado que a su boda había podido asistir muy poca gente, Elsie y Erich habían recibido más de doscientos telegramas. Se leyeron unos cuantos, incluido uno procedente de Ciudad del Cabo:

MIS MÁS CARIÑOSAS FELICITACIONES Y MIS MEJORES DESEOS = ROLF GERBER

Al día siguiente, a bordo de un Austin 7 negro, Elsie y Erich partieron de Berlín para su luna de miel. Se dirigieron al suroeste, hacia Suiza, por las carreteras principales, pasando por Leipzig y Núremberg. Después optaron por una ruta más pintoresca, salieron de la carretera principal y se dirigieron a la Selva Negra. Al llegar a un pequeño pueblo de Baviera se toparon con un

letrero de madera que habían colocado a la entrada. El letrero decía «*Juden verboten*»: prohibido judíos. Impresionados por aquel crudo antisemitismo, Elsie y Erich encontraron un camino para sortear el pueblo, pero se toparon con letreros parecidos en las poblaciones de los alrededores. Consternados, prosiguieron su viaje a Suiza, donde disfrutaron de unos días de tranquilidad en Basilea, y a continuación viajaron a Italia.

Regresaron a Berlín a finales de agosto, y se mudaron a un apartamento que sus familias habían reformado para ellos. Estaba en el 103 de la Kurfürstendamm y a pocos minutos a pie del apartamento de los padres de Elsie en la Kaiserallee. Acordaron que, al menos por el momento, iban a quedarse en Alemania.

El 15 de septiembre, en el mitin anual del Partido Nazi en Núremberg, se anunciaron nuevas medidas discriminatorias. La Ley de Ciudadanía del Reich afectaba a las personas que supuestamente no eran de sangre alemana – denominados «no arios», una definición que incluía a los judíos. A partir de aquel momento, aquellos «no arios» pasaban a ser considerados *Staatsangehörige*, súbditos del Estado, mientras que las personas de sangre alemana, los «arios», eran *Reichsbürger*, ciudadanos alemanes. Otra medida, la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y el Honor Alemán, declaraba que las personas judías no podían casarse con personas no judías, ni tampoco tener relaciones extraconyugales. Una persona que resultó inmediatamente afectada fue un buen amigo de Elsie, que trabajaba como ayudante de su padre. Aquel hombre estaba enamorado de una chica de una familia aristocrática no judía, y ahora ambos se enfrentaban a un peligro real en caso de que siguieran adelante con su relación. Con la intención de ayudarles, Elsie invitó a la pareja a hacer uso discretamente de su nuevo apartamento. Al hacerlo, Elsie asumió un gran riesgo; las penas por infringir aquellas leyes iban desde los trabajos forzados hasta la cárcel.



Cartel de «Prohibida la entrada a los judíos», playa de Wannsee, 1935

Durante las semanas siguientes, el ascenso del antisemitismo fue aproximándose cada vez más a Elsie y a su familia. Sus hermanos se vieron obligados a dejar su colegio por ser judíos, y a ambos les llamaban «sucio judío» por las calles de Berlín. Además, a la entrada del Wannsee Strandbad, el enorme balneario próximo a Groß Glienicke, al que la familia seguía yendo de vez en cuando, habían colocado un letrero que decía «*Juden ist der Zutritt untersagt*»: prohibida la entrada a los judíos.

Ocho años atrás, en 1927, los Alexander fueron la primera familia judía que se instaló en Groß Glienicke. Al cabo de poco tiempo se les unieron otras, de modo que en 1935 había veinticinco familias judías censadas como residentes a tiempo completo y parcial en los alrededores del lago, y suponían casi una cuarta parte de la población total del pueblo. Eran berlineses con

profesiones de todo tipo: médicos, contables, abogados, dentistas, directores de empresas, actores y cantantes. Incluso había un jugador de hockey sobre hielo judío. Sin embargo, a raíz del anuncio de las Leyes de Núremberg, la mayoría de aquellas familias dejó de acudir al pueblo, ya que estaban más centradas en planear su huida de Alemania que en pasar los fines de semana a orillas del lago. Aun así, Alfred se aferraba a la convicción de que sus compatriotas acabarían entrando en razón, de que al final comprenderían la insensatez de Hitler y sus compinches.

A principios de 1936, Alfred viajó a Londres para ver a Bella y a su hijo recién nacido. Mientras estaba fuera, Henny recibió una llamada telefónica de Otto Meyer, el antiguo colega del Ejército alemán que había protegido la casa de los Alexander durante el boicot a los judíos de 1933. Le dijo que tenía noticias urgentes sobre Alfred. «Van a ir por él, y tiene usted que asegurarse de que se esconda de inmediato.» Al parecer la Gestapo había confeccionado una lista de los judíos más prominentes que tenían intención de detener, y el nombre de Alfred estaba en la parte alta de aquella lista. Tras darle las gracias a Meyer por preocuparse, Henny avisó inmediatamente a Alfred para que se quedara en Londres. A continuación comentó la situación con Elsie, Hanns y Paul, y rápidamente acordaron que tenían que salir del país lo antes posible.

En aquel momento, el Gobierno nazi animaba a emigrar a las familias judías. Obtener los documentos de salida era relativamente fácil. Mucho más difícil era conseguir un visado de entrada del país al que el refugiado pretendía viajar. Los primeros en marcharse fueron Lucien y su esposa, Amelia. Como ella había nacido en Basilea, era bastante normal que se trasladaran a Suiza. Después vino Paul. A través de los contactos de Lucien en la banca, pudo conseguirle un empleo y un visado de entrada en Suiza.

Unas semanas después, en la primavera de 1936, Hanns tomó un autobús hasta el consulado británico en Berlín. Llegó muy pronto, y se puso a la cola con los otros cientos de personas, todas ellas con la esperanza de conseguir un visado de entrada a Gran Bretaña. Por suerte, la familia de Harold había encontrado un empleo para Hanns en un banco de Londres, de modo que, a diferencia de muchos de los demás solicitantes de visado de aquel día, Hanns salió del consulado con su documentación en regla. A finales de mayo, tras

despedirse de Henny y de Elsie, Hanns se subió a un tren en Berlín y se dirigió a Suiza, y de ahí tomó un vuelo a Inglaterra. Unos días después, el 2 de junio, llegó al aeropuerto de Croydon, en Londres, donde le recibió su hermana Bella.

Mientras tanto, Erich ya estaba en Inglaterra. Dado que llevaba varios años dirigiendo la empresa de cueros de su padre en Londres, sus papeles estaban en regla, y podía entrar y salir del país cuando quisiera. Y debido al cargo que ocupaba su esposo, Elsie consiguió fácilmente un visado de entrada en la embajada británica. Sin embargo, [para poder salir de Alemania, Henny tenía que pagar el *Reichsfluchtsteuer*](#). Oficialmente era un «impuesto de huida» que tenían que pagar las personas con un patrimonio de más de 200.000 marcos y que quisieran abandonar el país, pero en la práctica era una forma sencilla de desplumar a los judíos y arrebatarles todo lo que tenían. La única manera que tenía Henny de pagar aquel impuesto era vendiendo la clínica de Alfred en la Achenbachstraße. Pero la venta de la clínica no iba a ser tan fácil como Henny esperaba. Conforme a las leyes nazis, no podía vendérsela a un judío, y tampoco era probable que pudiera vendérsela a un seguidor del partido, ya que probablemente no le agradaría la idea de hacerse cargo de una clínica con personal y clientela judíos.

Al principio del verano Henny logró encontrar un comprador, pero después el trato se vino abajo en el último momento, cuando éste retiró la oferta. Elsie y Henny empezaron a sentir pánico. Sabían que la situación política iba a empeorar en septiembre, tras el final de los Juegos Olímpicos, cuando los medios de comunicación de todo el mundo se hubieran marchado de Berlín. Acordaron que, si para entonces no habían encontrado un comprador, Elsie debía marcharse. Ella no quería abandonar a su madre, pero no tenían otra opción. Para Henny, la situación parecía desesperada.

*

Para Hitler, organizar los Juegos Olímpicos suponía la oportunidad no sólo de exhibir la superioridad atlética de su país ante el resto del mundo, sino también de convencer a los demás países de que las noticias que informaban

de que Alemania trataba con dureza a sus ciudadanos judíos y a los disidentes políticos eran infundadas. Durante los días previos a la ceremonia de inauguración, y mientras los medios de comunicación estuvieron en la ciudad, el régimen se abstuvo de aplicar sus medidas más duras contra los judíos. Se retiró la mayoría de los letreros contra los judíos de las tiendas y las farolas, y los periódicos moderaron el tono de su retórica antisemita. Incluso se quitó el cartel de «prohibido judíos» del Wannsee Strandbad, a instancias del Ministerio de Asuntos Exteriores. Muchos estaban seguros de que aquel relajamiento de las políticas antisemitas se acabaría al terminar los Juegos. Algunos, incluidas Henny y Elsie, estaban convencidos de que en septiembre les confiscarían sus pasaportes.

Como parte de los preparativos para los Juegos, se construyó una villa olímpica [en Döberitzer Heide, unos terrenos](#) que antiguamente fueron propiedad del Ejército prusiano, a unos diez kilómetros al noroeste de Groß Glienicke. Había 140 casas para los participantes, entre los que figuraba el corredor Jesse Owens. La prensa internacional, entusiasmada por la idea de que un afroamericano pudiera amenazar la arrogancia de la nación anfitriona, estaba al tanto de cada almuerzo, de cada ducha y de cada sesión de entrenamiento de Owens.

Los Juegos Olímpicos se acercaron todavía más a Groß Glienicke. Un gran entusiasmo rodeó la prueba de ciclismo en ruta, ya que fue la primera que incluía una salida masiva. El itinerario de cien kilómetros iba a llevar a los ciclistas desde el circuito de automovilismo de Avus, en Berlín, a través de los suburbios del oeste de la ciudad, por la Potsdamer Chaussee, hasta el pueblo, pasando por la Potsdamer Tor y por delante de la parcela de los Alexander, para después describir un arco de 180° a través de la campiña de Brandeburgo y dirigirse de vuelta a Berlín. Unas semanas antes de la carrera, el Ayuntamiento del pueblo recibió la orden de ensanchar la carretera principal como preparativo para la carrera, y las autoridades talaron diligentemente los tres tilos que se alzaban desde hacía más de un siglo a las puertas de la Posada Drei Linden.

A principios de julio, con la esperanza de concluir muy pronto sus planes para el viaje, Elsie y su madre buscaron refugio en la casa del lago. Todo

estaba tranquilo, triste, pues ya se había marchado todo el mundo. No había nadie con quien jugar al tenis. Nadie con quien darse un baño. Los pepinos, los tomates y las patatas del huerto estaban desparramados, cubiertos de maleza y sin que nadie los cosechara. Madre e hija comían en la mesa abatible de la cocina. Almorzar en la gran mesa roja de la sala, o fuera, en el porche, habría resultado deprimente.

Mientras tanto, Henny redobló sus esfuerzos para encontrar un comprador, pero cuando apareció una nueva posibilidad de compraventa que al final quedó en nada, su situación se fue haciendo cada vez más complicada. Finalmente, a principios de agosto, Henny recibió una oferta. Era de una pareja «mixta» –el marido era judío, la esposa no– y por consiguiente tenían la capacidad legal de adquirir el inmueble, aunque con una importante rebaja en el precio. Henny accedió, y con aquel dinero pagó el impuesto de huida. A continuación recibió el sello de salida de las autoridades de inmigración de Alemania y, tras hacer cola todo un día ante el consulado británico, consiguió un visado de entrada a Inglaterra. Por fin estaban listas para marcharse.

Elsie y su madre fueron juntas a cerrar el chalet. En primer lugar, hicieron un inventario de todo lo que quedaba en la casa, los muebles y la loza, los cuadros y los aparatos de la cocina. Después sacaron el bote del lago y retiraron la red de la pista de tenis y los guardaron, junto con los muebles del jardín, en el cobertizo de las bombas. Tras cubrir los muebles con sábanas, y cerrar bien las ventanas y las puertas, Henny y Elsie regresaron a Berlín, donde entregaron las llaves de la casa y el inventario al abogado de la familia, el señor Goldstrom. «Cuida de la casa del lago», le dijeron.

A finales de agosto de 1936, Elsie, con los dedos cuajados de anillos de oro y con muchas otras joyas cosidas en su abrigo de visón, se subió a un tren con destino a [Ámsterdam](#). En una mano [llevaba su máquina de escribir Erika negra](#), y un edredón en la otra. Allí, en la barrera de comprobación de billetes, en la estación principal de [Ámsterdam](#), fue recibida por Erich. Cuando vio lo que llevaba, le preguntó. «¿Siempre viajas con tu edredón?». A lo que Elsie respondió: «¡No estoy viajando, he llegado y no pienso volver!». Aquello sorprendió a Erich, que todavía ansiaba volver a Alemania y a su empresa, y

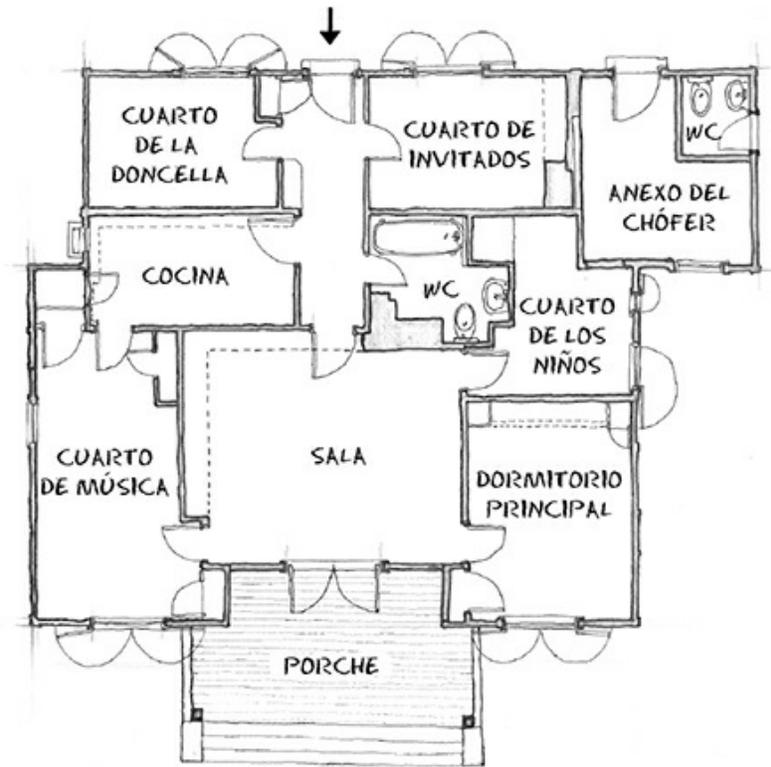
parecía relativamente indiferente a los posibles peligros que podría afrontar. **Pero su esposa había tomado la decisión**, y él no iba a volver. Con gran tristeza, Erich le dijo a Elsie que ni siquiera se había despedido de sus amigos. Unos días después, Elsie y Erich tomaron un ferry desde el puerto de Hoek van Holland con destino a Folkestone, y desde allí viajaron en tren hasta Londres.

Al cabo de un tiempo llegó Henny. Había seguido su propio itinerario, en tren y en ferry, a través de Alemania, Francia y los Países Bajos, hasta Londres, donde su familia fue a recibirla. Bella, que llevaba unos años en el país, vivía con Harold y Peter en un pequeño apartamento del barrio de West Kensington. Henny y Alfred encontraron un alojamiento provisional en el centro de Londres, mientras que Elsie se trasladó a un apartamento que había encontrado Erich al sur de la ciudad. Sólo quedaban los chicos, Hanns y Paul, que encontraron habitaciones en una pensión del centro.

El clan de los Alexander se había reagrupado en Inglaterra. **Ahora eran refugiados.**

SEGUNDA PARTE

LA CASA DEL LAGO



Agosto de 2013

Ya es de noche cuando mi esposa y yo llegamos a Groß Glienicke. Llevamos viajando en coche más de quince horas, ya que partimos de Inglaterra a primera hora de la mañana. Tenemos muchas ganas de llegar a nuestro destino. Nuestro coche va cargado de maletas, equipos de cámara y ordenadores portátiles –suministros suficientes para que nos duren las cinco semanas que vamos a estar aquí.

Nos lleva menos de dos minutos recorrer el pueblo de un extremo a otro, por calles mal iluminadas, mientras buscamos en la penumbra nuestro hotel, el Hofgarten. Damos media vuelta y recorremos de nuevo la calle principal, pasamos por delante de un local de kebab, de un café, de un pequeño supermercado y de un puñado de casas.

Por fin encontramos el Hofgarten. Al igual que el resto de Groß Glienicke, el hotel está completamente a oscuras, sin indicios de vida. Veo un número de teléfono pegado con cinta adhesiva en la puerta, llamo, pero no contesta nadie. Desesperado por encontrar una cama y darme una ducha caliente, intento hablar con Sonja, una vecina del pueblo que ha accedido a echarme una mano con mi investigación. Afortunadamente responde al teléfono y se ofrece para llamar al dueño. Unos minutos después llegan ambos, cada uno en su coche. Después de entregarle nuestros pasaportes al dueño, le pregunto por nuestra habitación, si tiene Wi-Fi, a qué hora se desayuna... Cuando queda claro que el hostelero no habla ni una palabra de inglés, pruebo con las pocas frases en alemán que sé, y cuando tampoco dan

resultado, interviene Sonja para echarnos una mano.

Después de registrarnos, Sonja recoge su bolso, se da media vuelta para marcharse, y me recuerda que ha fijado mi primera entrevista para las ocho de la mañana siguiente. Le doy las gracias por su ayuda y le doy las buenas noches. Me siento un tanto abochornado, por no decir un poco humillado.

Al día siguiente me quedo dormido a pesar del despertador. Me visto de cualquier manera, agarro mi libreta de notas y salgo corriendo a la calle. Giro a la izquierda, hacia la calle principal, la Potsdamer Chaussee, y veo a Sonja y a un hombre mayor esperándome a cien metros, al borde de la carretera. Llego con media hora de retraso. Me acerco corriendo y, ya sin aliento, farfullo una disculpa, que Sonja traduce, antes de presentarnos. «Le presento a Burkhard Radtke», dice. «Es el historiador oficioso del pueblo.»

Burkhard, con expresión de indiferencia, estrecha la mano que le tiendo, se da media vuelta y echa a andar. Me doy cuenta de que tengo que seguirle, y voy detrás de él. Durante las dos horas siguientes mi guía me ofrece una detallada visita del pueblo. Señala los principales puntos históricos de interés, así como los principales hitos geográficos, mientras Sonja me va traduciendo lo que dice. Intento tomar notas, pero Burkhard está soltándome tanta información que me resulta difícil seguir su ritmo. Sin embargo, me fascina todo lo que me cuenta.

A lo largo de los días siguientes Sonja y Burkhard me presentan a unos cuantos vecinos, que a su vez me van diciendo con quién tengo que hablar. Y en cada ocasión ese vecino hace una llamada, responde por mí, le explica mi misión a la otra persona, yo quedo con ella y le doy las gracias. Es un proceso laborioso. La mayoría de la gente accede a hablar conmigo, pero no todo el mundo –algunos están demasiado ocupados, otros son demasiado tímidos. Las entrevistas tienen lugar en el restaurante griego, en el local de kebab, en el café Exner o en el patio del hotel, al que todos los vecinos llaman el Drei Linden –durante décadas ha sido el bar del pueblo.

La gente me invita a su casa y me sirve incontables tazas de Kaffee y Kuchen (café y tarta). Les enseño viejas fotografías de la casa del lago y pido a mis anfitriones que me cuenten sus recuerdos, cualquier cosa que puedan saber sobre el pueblo, sobre la casa, o las familias que vivieron allí.

Curiosamente, me hacen la misma pregunta casi en cada entrevista, a veces de forma reiterada: ¿he presentado una reclamación por la casa? No estoy seguro de a qué se refieren. Les explico que el terreno es propiedad del gobierno local, que se va a volver a urbanizar. Pero me lo vuelven a preguntar: ¿mi familia nunca ha intentado que le devuelvan la casa, o como mínimo le han dado una indemnización por su expropiación?

Al cabo de algo más de una semana decido visitar el Archivo Estatal de Berlín, ubicado en una antigua fábrica de munición en los suburbios del norte de la ciudad. Tras cumplimentar una solicitud y explicar el propósito de mi investigación, pido cualesquiera expedientes que tengan que ver con Alfred o Henny Alexander. Al cabo de tan sólo unos minutos estoy sentado ante un escritorio y tengo ante mis ojos una destartada carpeta naranja cuya etiqueta dice: «Alexander: 222/JRSO/51».

Según esos documentos, Henny Alexander presentó una petición contra el Gobierno de la República Federal de Alemania en 1952, reclamando una compensación por la pérdida de su casa de Groß Glienicke. Se celebró una vista, ocho años más tarde, el 12 de diciembre de 1960, en el Tribunal 149, en la Karlsbader Straße de Berlín Occidental. Mi bisabuela estuvo representada por un abogado de Berlín. Tres semanas después, el 3 de enero de 1961, el tribunal hizo públicas sus conclusiones: el Estado debía pagar al matrimonio Alexander la suma total de 90,34 marcos como compensación por la propiedad que habían perdido, unos doscientos euros en dinero actual.

Le envió un correo electrónico a mi padre para contarle la noticia. Me contesta diciendo que le parece que hubo otra reclamación que presentó en nombre de la familia la Jewish Claims Conference (JCC), una organización que busca justicia para las víctimas judías de la persecución nazi. Tiene unos papeles por algún sitio, afirma.

Adjunto a su correo electrónico me manda un árbol genealógico de la familia Alexander. Curiosamente, le faltan las fechas de fallecimiento de cinco de los familiares de mi abuelo Erich: Alfred Werthan y su esposa Else, junto con Emil Lesser, su esposa Rosa y el hijo de ambos, Franz. Le pregunto a mi padre, pero no tiene ni idea de por qué no figura esa información: sus

padres, Elsie y Erich, nunca hablaban de ellos, me contesta.

Envío correos electrónicos a otros miembros de mi familia, pero aparentemente nadie sabe lo que ocurrió con los familiares de Erich, y no logro encontrar ni rastro de ellos en Berlín. Debieron de huir, suponemos, a Sudamérica o a Israel, o tal vez murieron antes de la guerra, y sus certificados se perdieron. Pero pasan los días, y no consigo encontrar nada. Como último recurso visito la página web de Yad Vashem, que alberga una base de datos online de víctimas del Holocausto. De los más de seis millones de judíos que murieron en el Holocausto, se han incluido los nombres de más de 4,3 millones de personas. Tecleo los nombres de Alfred y Else Werthan y, para mi gran sorpresa, aparece un informe.

Según la página web, el 27 de febrero de 1943, un grupo de agentes de las SS pertenecientes al Leibstandarte (la unidad de élite de la guardia personal de Hitler) asaltó distintas fábricas de Berlín y, armados con látigos y porras, detuvieron a miles de trabajadores judíos. Entre los arrestados estaban Alfred y Else, los tíos de Erich, ambos aquejados de sordera profunda. A continuación Alfred y Else fueron embarcados en un camión y trasladados hasta uno de los campos de reunión de la ciudad. Dos semanas después, el 12 de marzo, les despertaron muy temprano y les obligaron a caminar tres kilómetros por las calles de Berlín –por Jagowstraße, Perleberger Straße y Qitzowstraße– hasta la estación de Putlitzstraße. A continuación les subieron a bordo de los trenes de carga 31 y 36 (lo que significa que eran el trigésimo primero y el trigésimo sexto que partían desde Berlín rumbo a los guetos y a los lugares de exterminio de Europa oriental). Cuando los trenes llegaron a Auschwitz, Alfred y Else se apearon de los trenes y a continuación fueron asesinados en una de las cámaras de gas del campo.

Tecleo los tres nombres siguientes en la base de datos. En julio de 1942, Emil y Rosa, tíos de Erich fueron deportados al campo de Terezín (en alemán Theresienstadt), donde también murieron. Su hijo, Franz Lesser, primo hermano de Erich, fue deportado el 5 de septiembre de 1942 a Riga, en Letonia. Nada más llegar le llevaron a un bosque cercano y le fusilaron.

Cuando éramos niños, nos decían que nuestra familia más cercana había

«tenido suerte», que habíamos logrado huir de Alemania a tiempo. Y aun así, dos tías, dos tíos y el primo hermano de mi abuelo murieron en el Holocausto.

Mis abuelos lo sabían, pero decidieron no hablar de ello. No puedo creer que tan sólo me entero de aquellos crímenes setenta años después de que se cometieran. En el fondo, no tuvimos tanta suerte.

Meisel

1937

Durante ocho meses la casa estuvo deshabitada. Llegaron y pasaron el otoño, el invierno y la primavera. Nadie encendía la chimenea. Las tormentas retumbaban a través del lago, y la débil estructura del chalet soportaba sus embates.

Las plantas de espárrago del huerto, abandonadas, crecieron altas y deformes. Los juncos se enroscaban en los pilares del embarcadero de la orilla del lago. Las hojas de color naranja, rojo y marrón se amontonaban en los rincones del porche, retorcidas y onduladas tras el calor del verano. La hierba que crecía delante de la casa era un prado salvaje, y llevaba un año entero sin que nadie la segara. En cuanto al interior de la casa, permanecía seco y a salvo de los elementos, guardado por unos postigos y unas puertas firmemente ancladas contra el viento, y por un tejado que aguantaba bien las lluvias del invierno.

En septiembre de 1936, la Magistratura del Trabajo de Berlín había decretado que los alemanes que estuvieran casados con judíos u otras personas no arias podían ser despedidos de sus empleos. El mes siguiente se promulgó un decreto que prohibía a los profesores judíos dar clase a los niños arios. En noviembre, los nazis pusieron en la lista negra aproximadamente 2.000 obras escritas por autores judíos. Unas semanas después, el Gobierno expropiaba los últimos grandes almacenes judíos de Alemania y se los vendía a un propietario no judío, y en enero de 1937, todas las agencias de empleo propiedad de los judíos fueron cerradas por decreto.

Como ocurre tan a menudo en tiempos de crisis, la desgracia de una persona supone una oportunidad para otra. Cuando Hitler llegó al poder en

1933 había aproximadamente 100.000 empresas propiedad de personas judías registradas en Alemania; en el plazo de cinco años, más de dos terceras partes de esas empresas habían pasado a manos de no judíos. El Partido Nazi denominaba ese proceso «arianización», y no afectaba únicamente a las empresas cuyos dueños eran judíos, sino también a sus cuentas bancarias, a su propiedad intelectual, a sus tierras y a sus inmuebles. Las transacciones solían ser escandalosamente injustas, ya que las propiedades se vendían muy por debajo del precio de mercado, dado que el vendedor judío se sentía presionado a abandonar el país. La arianización fue una política sancionada oficialmente por el Partido Nazi, que consideraba la transmisión de los activos como una cuestión de honor, como una reparación por el estado de caos económico que los judíos supuestamente habían ocasionado al pueblo alemán.

Y así fue como, el 10 de febrero de 1937, Wilhelm Meisel, compositor y editor de música, se presentó en la oficina de un abogado en el 24 de la Kurfürstendamm con la esperanza de hacer un buen trato. Meisel, un hombre **de poco más de 1,70 m de estatura y de complexión mediana**, no era una figura imponente. Con su rostro redondo y regordete, su cabello rubio, sus chispeantes ojos azules y su talante jovial, Meisel hacía que la gente en general se sintiera a gusto. Fue recibido por el letrado Goldstrom, en representación de sus clientes, Alfred y Henny Alexander, con poder para firmar un contrato de alquiler en su nombre.

Tras comentar los términos del acuerdo, Meisel y Goldstrom se sentaron ante una mesa y firmaron el contrato de alquiler, que especificaba que Will Meisel y su esposa se comprometían a pagar a los Alexander 2.000 marcos al año, de los cuales la mitad se los quedarían los Alexander como beneficio, y la otra mitad se abonaría a Robert e Ilse von Schultz, los propietarios de la parcela. Todos los fondos debían pasar por el despacho del señor Goldstrom. **El subarriendo era por tres años**, pero posteriormente podía prorrogarse, si ambas partes estaban de acuerdo, hasta el 30 de marzo de 1942, la fecha en que vencía el contrato de alquiler original de los Alexander con la familia Wollank.

*

[August Wilhelm Meisel](#) nació el 17 de septiembre de 1897 en Neukölln, un suburbio del sureste de Berlín. Unos años antes, sus padres, Emil y Olga Meisel, se habían marchado de Marienwerder, un distrito agrícola situado a noventa kilómetros al nordeste de Berlín, con la intención de aprovechar las oportunidades que ofrecía la capital de Alemania.

A su llegada, sus padres se quedaron muy sorprendidos al descubrir que en Neukölln no había nadie que diera clases de bailes de salón. Emil y Olga, ambos excelentes bailarines, vieron su oportunidad, y fundaron la Academia de Baile Meisel. Desde una edad muy temprana Will se predisponía a actuar, ya que apareció en su primer espectáculo con tan sólo cinco años. Rodeado de tutús y de zapatillas de ballet, de tiaras y de vestidos cuajados de deslumbrantes piedras de estrás, de tirantes y brazaletes, Will se crió entre las cabriolas y los dramas personales de las divas y las bailarinas. Empezó con el ballet clásico, pronto dominó el tango, el vals, el foxtrot y el claqué, y se pasaba la mayor parte del día en los estudios forrados de espejos de la academia de baile de sus padres. Siendo adolescente, participaba habitualmente en los concursos de baile de su padre. También aprendió a tocar distintos instrumentos. Cuando Will se sentaba al piano, su padre se quedaba de pie junto a él, y si tocaba una tecla equivocada le daba una bofetada en la cara. Posteriormente Will recordaba que «aquello me motivaba» y que su padre le decía: «La música te dará de comer en la vida».

A raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial, Will Meisel se alistó y fue enviado a Ypres, en Bélgica, donde sufrió envenenamiento por gas. Mientras convalecía en un hospital en Alemania, a menudo tocaba el piano para los demás soldados heridos. A base de prueba y error, Will se dio cuenta de que las canciones con las melodías más pegadizas y las letras más ligeras conseguían una mayor respuesta, y se esforzó por aprender el máximo número posible de ellas. Al final de la guerra, empezó a trabajar en el principal local de baile de Berlín, el Königlichen Hofoper, en la avenida Unter den Linden, y con poco más de veinte años ya componía sus primeras

canciones y las tocaba por toda Alemania. No contento con ser simplemente compositor y bailarín, Will quería llegar a ser director de un cabaret.

Desde que habían llegado de París a principios de siglo, el número de cabarets de Berlín se había desbocado, con más de cincuenta locales concentrados en el centro de la ciudad. A lo largo de una velada se representaban bailes *burlesque*, sketches cómicos, y números musicales ante unos espectadores sentados a una mesa, donde les servían comida y copas. A diferencia de sus primos franceses, los clubs de Berlín también se hicieron famosos por sus espectáculos satíricos. Durante el reinado de Guillermo II, se había prohibido cualquier tipo de crítica contra el Gobierno y la familia real en los teatros. Tras el ascenso de la República de Weimar se derogó esa prohibición, y las sátiras contra los políticos y el humor negro florecían en los cabarets, para regocijo de sus espectadores.

Al cabo de unos años, Will no sólo era director de un club, sino que también era el propietario de una serie de locales, como el Palais, el Amorsäle (Salones del Amor), el Eulenspiegel (El pillo) y el Paprika (al que posteriormente se le dio un nombre más distinguido, Jäger Casino). A principios de 1926, Will Meisel se casó con Ilona von Fövenyessy, una hermosa cantante húngara a la que conocía desde la adolescencia. Inspirado por su belleza, Will compuso una melodía de tango para ella titulada «Ilona». La música era pegadiza y llegó a ser bastante popular. Sin embargo, a pesar de que la canción fue un éxito, a Will le decepcionaba ganar tan poco dinero. Se dio cuenta de que si quería prosperar económicamente, lo mejor era controlar todo el proceso de grabación y edición.

Poco después, uno de los amigos compositores de Will, Herman Schulenberg, le dio un consejo. «¿Por qué no creas tu propia editorial de música?»

«No entiendo ni una palabra de ese negocio», le respondió Will.

«¿Y qué?», le contestó Schulenberg. «Los demás editores tampoco entienden nada.»

Convencido, Will fundó la empresa Edition Meisel & Co. en la trastienda de uno de sus clubs, el 15 de mayo de 1926, a la edad de veintinueve años. Muy pronto su amigo Schulenberg se asoció con él. A Will le habría gustado

publicar música clásica, en la tradición de los grandes artistas alemanes – Brahms, Strauss, Mendelssohn, Wagner y Beethoven– pero ese mercado ya estaba saturado. Por el contrario, Meisel se centró en la música de entretenimiento ligero de las operetas y las películas. Aunque la crítica menospreciaba ese tipo de canciones, al público alemán le encantaban.

Al cabo de unos meses, Will había fichado a muchos de los letristas y compositores más importantes del momento, casi todos ellos judíos: por ejemplo, los intérpretes de cabaret Willy Rosen y Harry Waldau, así como Richard Rillo, que compuso la música de *El ángel azul*, la primera película sonora importante del cine alemán. Otra estrella en ascenso que se incorporó a su nómina fue Kurt Schwabach, que compuso «Das lila Lied», de la que se dice que fue uno de los primeros himnos gay del mundo. Entre sus versos figuran los siguientes: «¡Y a pesar de todo la mayoría están orgullosos de estar hechos de otra madera! / Lo que pasa es que somos distintos de los demás que son amados siguiendo el paso estricto de la moral». Había muchos creadores cuya música fue popular en su día, pero cuyo rastro se ha desvanecido, como Marcel Lion y Harry Hilm, Hans Lengsfelder y Friedrich Schwarz, mientras que otros consiguieron renombre más tarde, como fue el caso de Hans May en la industria del cine (compuso la música de *Brighton Rock* en 1947), o de Jean Aberbach en la industria musical (en la década de 1950 grabó las canciones de Elvis Presley, y era titular del 50 % de los derechos).



Will Meisel

En aquella época el mercado de música grabada era sumamente competitivo en Berlín. Recientemente se habían fundado numerosas empresas, que aspiraban a aprovechar el creciente mercado de la música de cabaret, así como las oportunidades que empezaban a surgir con la radio. La primera emisora de radio alemana que emitía regularmente para el público hizo su debut en Berlín el 23 de octubre de 1923, y a finales del año siguiente ya funcionaban nueve emisoras regionales por todo el país. En el marco de un acuerdo entre las empresas discográficas y las emisoras, los derechos de autor de las canciones que se emitían por la radio se canalizaban a través de las editoras de música.

La filosofía de Will, como él mismo le decía a quien quisiera escucharle, era que no se podía dejar el éxito en manos del azar. Empeñado en

comercializar sus partituras, Will viajaba por todo el país, interpretando las últimas canciones ante los productores de radio, los directores de cabaret y los músicos. Siempre que podía, animaba a los críticos a escribir artículos sobre él, sobre sus espectáculos o alguno de sus artistas. A diferencia de otros editores, Meisel no cobraba a las orquestas que compraban sus partituras, y a fin de consolidar una relación con el director de la banda –ya que Will era consciente de que él era quien tomaba las decisiones –a menudo les enviaba cestas con alimentos lujosos, unas cestas que él denominaba los «paquetes sorpresa de Meisel». Asistía a menudo a los eventos sociales, y se aseguraba de aparecer en el máximo número posible de fotografías. Incluso repartió mil megáfonos a las coristas que actuaban en los clubs de todo Berlín, y cada uno de ellos llevaba estampado su eslogan: *Meisel Schlager –Nie Versager*: los éxitos de Meisel nunca fallan.

Fue más o menos por aquella época cuando el matrimonio de Meisel se deshizo. Ilona había regresado a su Hungría natal, y después, por temor al ascenso del Partido Nazi, se negó a volver. El 12 de noviembre de 1932, cuando la pareja se separó, la historia fue ampliamente comentada en los medios, y por ejemplo el *Berliner Presse* publicó el siguiente titular: «WILL MEISEL SE DIVORCIA REPENTINAMENTE». Sin embargo, la separación no afectó a la rápida expansión del boyante imperio musical de Will.

A medida que crecía la empresa de Will, también lo hacían su fama y su prestigio, y muy pronto le invitaron a componer bandas sonoras de películas. Muchas de ellas fueron grandes éxitos, como por ejemplo la banda sonora de su primera película, *Liebe im Ring*, que convirtió a Max Schmeling, el campeón de boxeo, en una estrella del cine, y *Wenn die Soldaten*, con Otto Wallburg, un actor judío que además era un héroe de la Primera Guerra Mundial.

En marzo de 1933, Joseph Goebbels, que había declarado su intención de eliminar de la cultura alemana a todos los judíos, fue nombrado ministro de Ilustración Pública y Propaganda. Con Goebbels al mando de la concesión de licencias a las empresas editoras, las grabaciones de estudio, los programas

de radio y los teatros, Will se dio cuenta de que podía tener problemas, **teniendo en cuenta que más del 80 % de sus compositores eran judíos**. Al cabo de poco tiempo, las canciones de Edition Meisel fueron prohibidas en la radio, y los teatros se negaban a interpretar sus operetas. Posteriormente, su director creativo, un judío, fue expulsado de la Cámara de Cultura del Reich, lo que le impedía encontrar trabajo. A lo largo de los meses siguientes, la mayoría de sus creadores con talento o estaban organizando su huida del país o ya se habían marchado. «Me vi obligado a respirar hondo», **decía posteriormente Will sobre la pérdida de sus artistas judíos**. Will tenía la sensación de que necesitaba encontrar la forma de demostrar su apoyo al Partido Nazi, y que tenía que hacerlo rápido.

Seis semanas después, el 1 de mayo de 1933, Will asistió a un mitin con motivo del Día del Trabajo en el aeropuerto berlinés de Tempelhof. A su alrededor había más de un millón de personas, todas esperando oír hablar a Hitler. Al cabo de muchas horas, apareció Goebbels para presentar al Führer, al que llamó el «portaestandarte» del pueblo alemán. Hitler apareció en el escenario entre un aplauso atronador, rodeado de su escolta personal.

El Primero de Mayo [...] ha de transmitir al pueblo alemán la conciencia de que la aplicación y el trabajo por sí solos no obran la vida, si no se desposan con la fuerza y la voluntad de un pueblo. Aplicación y fuerza, trabajo y voluntad, van juntas. Así pues, tan sólo cuando detrás de los valores del trabajo se levante el puño fuerte de la nación para proteger y amparar, puede brotar de la aplicación y el trabajo la verdadera bendición.

Para Will, el mensaje de Hitler estaba claro: si quieres triunfar en los negocios, afiliate al partido. **Al final de la jornada**, Will había tomado una decisión. Consignó su nombre, fecha de nacimiento y domicilio a un funcionario y pagó su cuota de ingreso. Poco después le dieron su número de afiliado al Partido Nazi: 2.849.490.

Al cabo de unas semanas, Will comprobó con placer que sus canciones

volvían a emitirse por la radio. Pero siempre que sospechaba que él o sus compositores habían sido proscritos de las listas de emisión, le escribía al director de la emisora instándole a emitir su música.

Para entonces Will estaba muy atareado con la industria del cine. En el verano de 1934, ya le habían encargado componer la música de ocho películas. Una de aquellas producciones le llevó a los Estudios de Cine Johannistal, al sureste de Berlín. Después de una mañana de trabajo, Will y un amigo actor, Hans Söhnker, se pasaron por el comedor para almorzar. [Allí vio a una joven de cabello negro](#) comiendo con sus amigos. A juzgar por su belleza y su carisma, debía de ser una actriz. «Mira eso», le dijo Will a Hans. «Tu esposa está de vacaciones, ¡y ahí hay algo para ti!». La actriz se enfadó tanto por el comentario de Will que se negó a dirigirle la palabra.

Poco tiempo después volvieron a encontrarse en el plató de *Was bin ich ohne Dich*, y entonces Will se enteró del nombre de la actriz: Eliza Illiard. Actuaba en una película para la que Will estaba componiendo la banda sonora. En aquella ocasión Will causó mejor impresión, y le envió a Eliza un ramo de rosas con una nota donde elogiaba su forma de interpretar las canciones que él había compuesto.

[El 3 de julio se encontraron por casualidad](#) en el estreno de la última película de Eliza, *Paganini*. En su adaptación de la opereta compuesta por Franz Lehár en 1925, Eliza interpretaba a la duquesa Anna Elisa de Lucca, que se encapricha de un famoso compositor. En el momento culminante de la película, ataviada con un centelleante vestido largo y una pluma negra en el pelo, Eliza le canta una apasionada canción de amor al personaje que da título a la película. Al ver el primerísimo plano, que ponía de manifiesto los adorables detalles del rostro de aquella mujer de veintiocho años, Will se enamoró.

Dos meses después del estreno, el editor de música y la estrella del cine volvieron a encontrarse. Ya más relajados, y lejos de los platós de cine, hicieron el amor. Unas semanas después Eliza le comunicó a Will que estaba embarazada y, a fin de evitar un escándalo, acordaron contraer matrimonio. Eliza ya había tenido problemas en el trabajo a consecuencia de sus asuntos personales. Un año antes había descubierto que el Partido Nazi había escrito

al gremio de actores preguntando por el que entonces era su marido, [un tal Herr Mertens](#). Querían saber por qué una prometedor estrella del cine como Eliza Illiard se había casado con un judío. El mensaje estaba bien claro: Eliza no podía triunfar si seguía con su marido. Poco después se divorció de Mertens. Eliza calculaba que si se casaba con Will Meisel, el partido la dejaría en paz.



Eliza Illiard en *Paganini*

[El 12 de marzo de 1935](#), con la novia embarazada de seis meses, Will y Eliza se casaron en el Ayuntamiento de Wilmersdorf, en la zona oeste de Berlín, cerca de donde vivían ambos. Tres meses después, el 22 de junio de 1935, nació su primer hijo, Peter Hans Meisel. Will Meisel tenía a la sazón treinta y seis años, y Eliza veintinueve.

La mañana del 15 de octubre de 1936, un hombre alto de treinta y cinco años había entrado en el despacho de Will Meisel. **Aún más memorable que su fino bigote** y su pelo ralo y corto, con raya a un lado era una cicatriz de diez centímetros que cruzaba su frente en diagonal.

Hanns Hartmann había trabajado como director creativo para numerosos teatros, y ahora buscaba un empleo. A raíz de las presiones del Partido Nazi, había sido despedido de su empleo en Chemnitz, una ciudad situada a 250 kilómetros al sur de Berlín. Will Meisel se dio cuenta de que un director creativo con fama de buen gestor financiero podría ser un enorme activo para su empresa, y contrató a Hanns en el acto. Lo único que esperaba era que los responsables del partido de Berlín no se enteraran de los antiguos problemas de su nuevo empleado.

A lo largo de los dos años siguientes, y en parte debido a su colaboración con Hartmann, la producción de Will aumentó sin cesar. Entre 1935 y 1937 compuso y publicó cincuenta y ocho canciones y catorce bandas sonoras de películas. También Eliza había estado muy ocupada: además de sus numerosos compromisos como cantante de music-hall, había protagonizado dos películas en un año: *Liebeserwachen* y *Skandal um die Fledermaus*. En 1937 el matrimonio Meisel ya se sentía al límite de sus fuerzas.

Llevaban ya tiempo hablando de que necesitaban un lugar donde relajarse, una casa en el campo, pero no demasiado lejos de la ciudad, donde pudieran invitar a sus amigos los fines de semana, o a sus compañeros de trabajo a un largo almuerzo de verano. Sus conversaciones fueron más en serio tras el nacimiento de Peter. En su apartamento de la ciudad, en la zona oeste de Berlín, no había jardín para que su hijo pequeño pudiera retozar. Además, Eliza había hecho un paréntesis en su carrera para poder pasar más tiempo con su hijo. Al no tener compromisos en los platós ni para ensayar, Eliza anhelaba tener un refugio lejos de la ciudad, un proyecto en el que pudiera canalizar sus energías.

Muy pronto los Meisel recibieron la visita de un agente inmobiliario judío, Herbert Würzburg, que afirmaba haber encontrado el lugar perfecto para ellos: una casa de madera, pequeña pero elegante, a orillas de un lago, en el cercano pueblo de Groß Glienicke, que se ofrecía a buen precio. Los

inquilinos, les contó Würzburg, eran judíos, y habían huido a Londres. Los Meisel no tenían por qué preocuparse, nadie iba a reclamar la casa durante mucho tiempo.

Meisel 1937

A principios de la primavera los Meisel llegaron por primera vez a la casa del lago. Atrás quedaban los meses de nieve y hielo, pero el jardín daba pocas muestras de que el invierno se hubiera terminado. Las agujas de los abetos de hoja perenne y las escasas hojas de las flores de abril eran los únicos indicios de vida. Sin embargo, no cabía duda de que hacía más calor que tan sólo unas semanas antes, y había una sensación de anticipación en el aire.

El alquiler incluía la casa totalmente amueblada. Resultaba emocionante abrir la puerta, decidir quién se quedaba con qué habitación, abrir los aparadores y ver lo que contenían. Eliza daba vueltas por la casa comprobando [el inventario mecanografiado de tres páginas](#) que detallaba su contenido. La lista decía que la sala tenía veinticuatro copas de vino, ocho vasos de cerveza, y más de cien platos –llanos, de fruta, hondos, medianos y para ensalada– muchos de los cuales llevaban grabada la inicial «A». En la cocina había cosas como treinta y cuatro tazas, diecisiete lavafrutas, catorce hueveras, once vasos y doce platos de vidrio –y artículos más esotéricos, como una máquina de pan, cinco cucharas de limonada y cuatro jarros para la leche. También constaban las cosas del jardín, como una incubadora, probablemente para criar pollitos, dos puestos de fruta y un balancín con forma de caballo. Eliza estaba encantada de que la casa dispusiera de tantas cosas, y le impresionó su calidad.

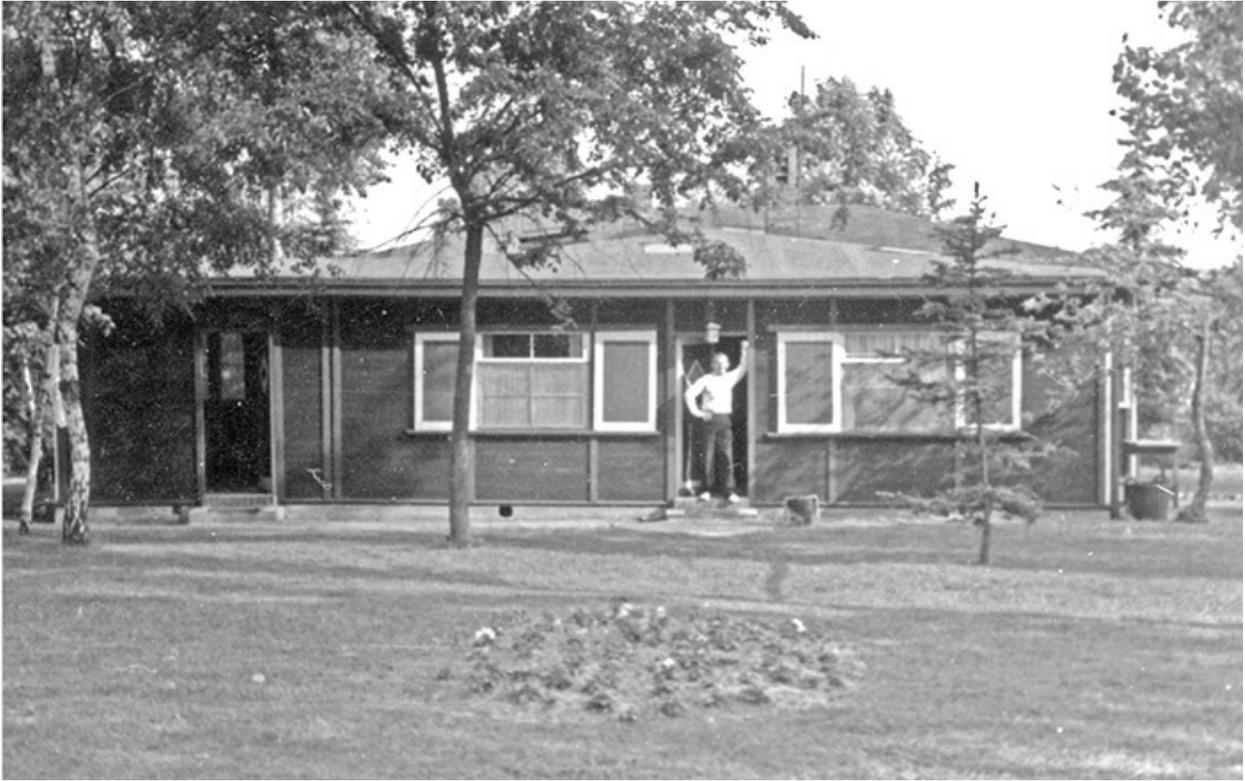
A los Meisel no les llevó mucho tiempo poner la casa a su gusto. Will y Eliza se quedaron con el dormitorio principal, lo llenaron de muebles nuevos pero dejaron las dos mesillas de noche y el gran espejo que colgaba de la pared. Pusieron el cuarto de los niños en el dormitorio pequeño donde

estaban las literas, en el que podía dormir Peter, que pronto iba a tener un hermanito, o eso esperaban. La cocinera se instaló en el cuarto de la doncella, junto a la cocina, mientras que el conductor lo hizo en el anexo del chófer. En caso de que alguien se quedara a dormir, podía hacerlo en la habitación de invitados, que estaba junto a la entrada principal.

Eso dejaba libre el Cuarto Azul, que Will convirtió en un estudio de música. Quitó las camas abatibles y puso estantes y creó una biblioteca de libros sobre operetas y películas. Metieron en una bolsa las pocas cosas que Elsie había dejado en los aparadores y las tiraron a la basura. En su lugar, Will guardó sus partituras, cuidadosamente apiladas. En una pared colgó el cartel de una película para la que había compuesto la banda sonora. Junto a otra pared colocó un piano vertical y un taburete de piel. También había un sofá, donde Will pretendía leer algún que otro libro, y tal vez, con algo de suerte, echarse una siesta después de comer.

Como les gustaba la informalidad natural y sin adornos de la casa, los Meisel dejaron la decoración prácticamente como estaba. Los dos sillones de madera con el respaldo alto, que Henny había encontrado en un pueblo de la zona, seguían en posición de firmes en la sala, junto a una alfombra oval a rayas. Desde la repisa de la chimenea, los azulejos de Delft de color azul y blanco contemplaban la feliz vida familiar de los Meisel.

Pero sí hicieron algún que otro cambio. Por fuera pintaron los postigos de color naranja oscuro, y taparon el motivo en forma de rombo de la fachada delantera. Para agrandar la pradera, mandaron excavar, nivelar y sembrar de hierba el camino peatonal de piedra que iba desde el garaje hasta la entrada principal de la casa. En su lugar, trazaron un nuevo camino, hecho de grava negra, a lo largo de la valla que lindaba con la parcela de Munk, lo que facilitaba que un vehículo pequeño pudiera acercarse más a la casa para descargar. Además, eliminaron los arbustos y la vegetación silvestre que había crecido alrededor de la casa en ausencia de los Alexander, y podaron las ramas inferiores de los árboles restantes, lo que dio lugar a un jardín de aspecto muy cuidado. Por último, retiraron la mezuzá que Alfred Alexander había colocado junto a la puerta principal.



Will Meisel en la casa del lago

La familia muy pronto se acostumbró a la vida en la casa de vacaciones. Al igual que los Alexander, desayunaban y cenaban alrededor de la gran mesa roja de la sala. Merendaban en el porche, junto a la mesa blanca de la parte trasera de la casa, mirando al lago, y se tomaban un cóctel antes de cenar sentados en los amplios sillones de mimbre de la terraza que había sobre el cobertizo de las bombas. A finales de la primavera, cuando el aire era más cálido y amainaba el viento, los Meisel colocaban a Peter en su cochecito a la sombra de un árbol y se repantingaban en sus hamacas, disfrutando de un libro o una revista. Les encantaba poder despojarse de su atuendo formal de ciudad: habitualmente Will se ponía una camisa sin cuello y unos pantalones cortos, unos calcetines arrugados y unos mocasines. A veces iba por ahí sin camisa. Cuando hacía calor, a Eliza también le gustaba ponerse pantalones cortos y una camisa de manga corta, con el pelo recogido hacia arriba en un moño desaliñado. A tanta distancia de los estudios de cine, le daba igual su aspecto.

Cuando hacía suficiente calor, llevaban a Peter a remojarse en el lago, sujetándole firmemente mientras pataleaba y hacía aspavientos con los brazos en el agua fresca y limpia, chillando de placer. O bien dejaban a Peter con la niñera y se iban a nadar al medio del lago, desde donde podían ver a otros domingueros, también chapoteando en el agua, o relajándose junto a la orilla.

Por la tarde se congregaban en el porche, Will y Eliza sentados en sus sillones de mimbre, y Peter en una silla alta, contemplando el lago, todavía brillante bajo el sol del final del verano.

Para una familia joven, había pocos lugares más perfectos.

Tras un primer verano idílico en la casa del lago, Will regresó a Berlín para reanudar su desquiciante programa de trabajo. Estaba empeñado en desarrollar su editorial, y para ello escribía cartas a las emisoras de radio, animándolas a poner más música de sus artistas. Imprimió un nuevo catálogo, que envió a los teatros y a los directores de orquesta. Sin olvidar su propia carrera, siguió componiendo música para la industria del cine, y también escribió varias canciones originales para la radio.

Además, no perdía de vista las necesidades políticas del momento, y asistía a las reuniones de las asociaciones nacionales del cine y de la música, así como a algún que otro mitin del partido. Para demostrar su apoyo a la causa nazi, se presentaba voluntario a los eventos benéficos, como el Pressefest de Pomerania, a beneficio del Winterhilfswerk, que repartía ropa y carbón entre los pobres durante el invierno.

A finales de aquel año, y de nuevo extenuado por el trabajo, Will se reunió con Eliza y Peter en la casa del lago. Hacía muchísimo frío, y las paredes sin aislamiento ofrecían muy poca protección frente al rigor del invierno, pero resultaba romántico. En el lago se había formado una gruesa capa de hielo tras un mes de temperaturas gélidas, de modo que, después de envolver a Peter en muchas capas de ropa, gorros y una manta, podían pasear con seguridad por la superficie, espolvoreada de relucientes cristales de hielo, embelesados por la apacible belleza del lugar. De vuelta en casa, al calor de la chimenea, y tomando bebidas calientes, Will y Eliza convinieron en que

debían intentar comprar la finca. Así su condición de inquilinos sería más estable, más oficial y, teniendo en cuenta la precaria situación de los Alexander, seguramente podían adquirir la casa a un buen precio. Era una buena inversión.

Así pues, en enero de 1938, Will Meisel se puso en contacto con el abogado, *Herr Goldstrom*, y le preguntó si los Alexander estarían dispuestos a venderles el inmueble. Desde el punto de vista jurídico, se trataba de una propuesta compleja, ya que, aunque los Alexander habían construido la casa y las dependencias –la casa del guardés, el invernadero, el cobertizo de las bombas y el garaje– y eran sus legítimos propietarios, el terreno que había debajo seguía siendo propiedad de Robert e Ilse von Schultz.

Convencidos de que los Alexander estarían desesperados por desembarazarse de la vivienda, los Meisel ofrecieron un precio por debajo de mercado: 6.000 marcos, poco menos de la mitad de su valor real. La compra incluía la titularidad del arriendo de la tierra, así como los edificios y cualquier opción de compra que los Alexander tuvieran sobre la parcela.

A través de su abogado, los Alexander rechazaron la oferta de Meisel, pues no estaban dispuestos a renunciar a su casa de vacaciones por una suma tan mísera. La oferta rechazada fue anotada en un informe redactado por la agencia tributaria de Berlín: en lo referente al «terreno alquilado por el judío expatriado Alfred John Alexander, Gross-Glienicke, parcela n.º 3 del viñedo [...] las negociaciones no han llegado a buen fin».

Al tiempo que la casita empezaba a cambiar con sus nuevos inquilinos, también iba cambiando el pueblo. Las fotografías de aquella época muestran a una generación de niños que iban haciéndose progresivamente más militaristas. Donde antes veíamos niños con pantalones cortos y la camisa remangada, sonriendo, y con pelo largo, por debajo de las orejas, en una actitud relajada e informal, ahora vemos muchachos vestidos con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas, el pelo corto, de pie, rígidos y erguidos. Lo mismo podía decirse de las chicas, que se habían cortado el pelo o lo llevaban recogido en un apretado moño, con unos vestidos más conservadores, por

debajo de las rodillas, y la sonrisa borrada de sus rostros.

En noviembre de 1938, aunque muchas de las casas de los arrendatarios de Groß Glienicke seguían siendo propiedad de familias judías, muy pocas vivían allí. La mayoría había encontrado la forma de huir de Alemania, suplicando y sobornando para que les dejaran marcharse a Inglaterra, a Estados Unidos y a Palestina. Los que permanecían en Alemania o eran personas excepcionalmente valientes o se habían escondido. Uno de los que decidieron quedarse fue Rudi Ball, el campeón de hockey sobre hielo y capitán de la selección alemana. Se había hecho demasiado famoso como para que le persiguieran, ya que fue el único judío alemán que compitió en los Juegos Olímpicos de invierno de 1936, que se celebraron en el sur de Alemania. Había sido apartado de la selección nacional, causando una gran controversia, pero fue readmitido después de que sus compañeros de equipo amenazaran con hacer huelga. Rudi se quedó en su pequeña casa, en el 57 de la Uferpromenade de Groß Glienicke.

Las casas ahora vacías del pueblo eran un blanco fácil para los matones locales. El 9 de noviembre de 1938, por la noche, un grupo de hombres se congregó delante del Badewiese, el restaurante a la orilla del lago, en la Seepromenade [paseo del lago] que se había construido a lo largo de la playa pública de Groß Glienicke el año anterior. La mayoría de aquellos hombres había sido miembro de la brigada de Cascos de Acero de Robert von Schultz. Algunos llevaban brazaletes con la cruz gamada; otros llevaban el uniforme de las SA y las SS. [Cruzaron al otro lado de la carretera, echaron abajo la cancela del número 9 y prendieron fuego a la casa. Era la vivienda de fin de semana del doctor Alfred Wolff-Eisner, un renombrado médico e investigador.](#)

[Las autoridades y los vecinos de Groß Glienicke](#) fueron plenamente conscientes del ataque contra la vivienda de la familia judía. No podía estar en una posición más visible, ya que se encontraba enfrente de la playa pública del pueblo. Sin embargo nadie, ni siquiera los bomberos, intentó apagar el fuego. A la mañana siguiente el fuego había arrasado la casa. Afortunadamente, nadie resultó herido en el ataque, ya que la familia Wolff-Eisner se encontraba en su domicilio de Berlín.

La destrucción de la casa de los Wolff-Eisner formaba parte de un pogromo a escala nacional contra los judíos, en el que fueron atacadas más de 250 sinagogas y 7.000 tiendas y empresas a lo largo de Alemania, en lo que pasó a conocerse como la Noche de los Cristales Rotos. A la mañana siguiente se llevó a cabo una redada de 2.000 varones judíos, que fueron conducidos a pie hasta Sachsenhausen, un campo de concentración situado al norte de la ciudad. Durante las semanas siguientes, decenas de miles de judíos huyeron del país, abandonando sus empresas y sus bienes. A partir de aquel momento, era muy raro ver a una familia judía en Groß Glienicke.

A pesar de la pérdida de numerosos trabajadores fundamentales, Edition Meisel siguió creciendo. Will tenía, por primera vez en mucho tiempo, dinero para invertir, y empezó a indagar sobre las empresas que habían sido expropiadas por el Estado a sus propietarios judíos.

El 23 de noviembre de 1938, dos semanas después de la Noche de los Cristales Rotos, Will le escribió una carta a Hans Hinkel, el presidente de la Cámara de Cultura del Reich, manifestándole su interés en adquirir empresas que hubieran sido arianizadas.

En relación con mi conversación con el abogado, *Herr Walch*, por la presente le informo de que a raíz de la arianización de las editoriales judías, estoy interesado en hacerme cargo de dichas compañías. Soy editor desde hace doce años y formo parte del consejo asesor del departamento de edición de música de la Cámara de Música del Reich. Por añadidura, mis empleados tienen la cualificación profesional necesaria para garantizar que yo cumpliré todas las tareas que me sean encomendadas en calidad de editor de música y teatral, y mi empresa abarca desde la música y la literatura teatral seria hasta el entretenimiento. Por consiguiente, estoy interesado en todas las editoriales que se están considerando actualmente, pero sobre todo en Edition Peters, de Leipzig, y en Universal Edition, de Viena. Allí donde sea pertinente, estoy dispuesto a participar económicamente, dentro de los límites de mis recursos. Si usted ve la posibilidad de contar conmigo o con mi editorial, por favor notifíqueme en tiempo y forma.

Mientras esperaba una respuesta de Hinkel, Will le escribió a *Herr Goldstrom*, reiterándole una vez más su deseo de adquirir la casa del lago. Y de nuevo, Goldstrom le dijo que los Alexander no estaban dispuestos a vender el inmueble por el precio ofrecido. Frustrado, Will le dijo a su esposa que habían rechazado la oferta una vez más.

Durante la primavera de 1939, el humor de la familia mejoró cuando Eliza anunció que estaba embarazada. A medida que el tiempo iba mejorando, los Meisel pasaban casi todos los fines de semana en la casa, más centrados en la diversión de la familia que en cuestiones de propiedad. Para cuando empezó a hacer bastante calor como para bañarse en el lago, bajo el traje de baño de Eliza ya podía apreciarse la barriguita.

Aquel verano, el estatus de propiedad de la casa cambió drásticamente. El 24 de julio de 1939, los nombres de Alfred, Henny, Hanns y Paul Alexander aparecieron publicados en el *Reichsgesetzblatt* (boletín oficial del Reich) dentro de las *Ausbürgerungslisten* (listas de des-nacionalización), las listas de las personas (en su mayoría judías) que habían sido desposeídas de su nacionalidad alemana. Poco después alguien le comunicó la noticia a la familia Alexander en Londres. A partir de aquel momento eran oficialmente apátridas.

Menos pública, y desconocida para los Alexander, fue [una carta que la Gestapo había enviado el 22 de marzo a la agencia tributaria de Berlín](#). La carta contenía una lista pormenorizada de los activos de los Alexander que se iban a incautar, incluyendo

La parcela de terreno alquilada en el viñedo de Groß Glienicke, parcela 13 [*sic*], con:

- I. Una casa de fin de semana, dimensiones aprox. 12 m × 10 m, con un porche abierto, siete habitaciones, sala y dormitorios con muebles
- II. Casita del guardés, 3,5 m × 5 m, 2 habitaciones y cocina
- III. Invernadero, 5 × 10 m
- IV. Cobertizo, 4 × 10 m
- V. Garaje, 3 × 9 m

[Silenciosamente, casi sin que nadie se diera cuenta, la Gestapo se había](#)

quedado con la propiedad. Los Alexander habían perdido su casa del lago.

Unos meses después de que el Gobierno se incautara de los bienes de los Alexander, Ilse y Robert von Schultz recibieron sus propias y angustiosas noticias de la agencia tributaria de Berlín.

Hacía varios años que se esforzaban por gestionar los asuntos económicos de la finca de Groß Glienicke. Pese a que habían vendido amplios sectores del terreno al aeródromo de Gatow, y a los promotores que estaban construyendo viviendas de fin de semana en la orilla oriental del lago, no habían conseguido cuadrar las cuentas. Tras numerosos intentos de recaudar la suma que debían, las autoridades tributarias le escribieron una carta a Robert e Ilse comunicándoles que eran morosos y que su finca de Groß Glienicke había sido embargada por el Estado como pago por los impuestos pendientes.

A lo largo de los meses siguientes, la finca fue troceada entre distintos departamentos del Gobierno. Por ejemplo, el terreno que estaba al norte del palacio fue decomisado por el Ejército alemán, que decidió utilizarlo como sede del 67.º Regimiento de Carros de Combate de la nación. Poco después, una cuadrilla de obreros empezó a construir una serie de barracones de dos plantas y de piedra gris. Junto a los barracones se construyó una docena de *Panzerhallen*, hangares para los tanques, y se levantó una alta valla perimetral alrededor de las instalaciones. Con un aeródromo al este, el campo de instrucción de Döberitzer Heide al oeste, y ahora el regimiento de carros de combate al norte, Groß Glienicke estaba prácticamente rodeado de campamentos militares.

*

El 1 de septiembre de 1939, los tanques ligeros del 67.º Regimiento de Carros de Combate de Groß Glienicke encendieron sus motores junto a la frontera de Checoslovaquia y, junto con muchas otras fuerzas alemanas, penetraron en el suroeste de Polonia. Rápidamente dejaron atrás la ciudad de Cracovia, y

avanzaron hacia el gigantesco bosque de Swietorkrzyski, donde encontraron una resistencia firme pero insuficiente, y poco después llegaron al pie del monte Lysa Góra, a seiscientos kilómetros al este de Berlín.

La invasión de Polonia puso en marcha los acuerdos de defensa mutua en vigor entre Polonia, Francia y Gran Bretaña, que obligaron a Francia y a Gran Bretaña a declararle la guerra a Alemania el 3 de septiembre. Inmediatamente después se les unieron otros miembros de la Commonwealth británica: Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda y Canadá. A las pocas semanas, la Unión Soviética invadía Polonia oriental. Había empezado la Segunda Guerra Mundial.

La mayor parte de la población de Alemania aceptó la incursión en Polonia como una medida defensiva. Al son del Partido Nazi, la prensa llevaba años exigiendo que sus líderes plantaran cara a lo que a su juicio eran los matones internacionales, que no sólo habían impuesto penurias económicas a Alemania sino que también se habían apropiado de sus tierras. Aquel apoyo casi universal a la intervención militar tuvo su resonancia en Groß Glienicke. Las pocas voces disidentes –los judíos, los comunistas, los críticos con el Gobierno– habían sido acalladas hacía mucho tiempo por las tácticas del terror de Hitler.

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial vivían en el pueblo poco más de setecientas personas. A partir de 1935, los jóvenes de dieciocho años fueron reclutados automáticamente por las Fuerzas Armadas, y a consecuencia de ello el pueblo perdía aproximadamente diez hijos varones cada año. A raíz del inicio del conflicto se convocó a todos los reservistas, incluidos los hijos del profesor Munk, el vecino de al lado de los Meisel. Algunos voluntarios de la zona también se alistaron. De los que se enrolaron, el antiguo residente más conocido era Robert von Schultz, el ya desposeído terrateniente del pueblo.

La mayoría de los que eran demasiado jóvenes, o demasiado viejos, o no aptos para el combate, se quedaron en el pueblo, trabajando en los campos y en los bosques, como habían hecho siempre. Algunos de aquellos lugareños fueron empleados en el aeródromo de Gatow, donde podía apreciarse un sensible aumento de la actividad. Dado que la pista estaba orientada de modo

que los aviones volaban directamente sobre sus casas, los vecinos del pueblo no podían ignorar que despegaban y aterrizaban más aviones.

Como preparativo para la guerra, se instaló una sirena de alarma aérea en el Drei Linden. Se consideró que el lugar era crucial para el pueblo, y por consiguiente que la mayoría de la gente iba a poder oírla. Los lugareños excavaron trincheras, construyeron búnkeres, y practicaron simulacros de alarma aérea como preparación para los posibles ataques aéreos. Aunque no hubo incursiones enemigas hasta agosto de 1940, la Luftwaffe instaló numerosos cañones antiaéreos al norte y al oeste del pueblo, en una posición desde la que pudieran abatir cualquier avión que pretendiera bombardear el aeródromo. Los muchachos adolescentes recibieron instrucción como *Flakhelfer*, ayudantes de artillería. Al oír la sirena, debían acudir corriendo a sus puestos, ayudar en el manejo del cañón, y buscar blancos potenciales volando en el cielo nocturno.

Aparte de eso, el comienzo de la guerra tuvo pocas repercusiones en la vida del pueblo. En el colegio las clases siguieron sin contratiempos, los estantes de las tiendas estaban adecuadamente abastecidos, y los servicios religiosos gozaban de una buena asistencia. Aparentemente, el estallido de la guerra tampoco afectó a los arrendatarios berlineses. Incluso mientras la nación se preparaba para la guerra, los abogados, los artistas y las estrellas del cine siguieron llegando a bordo de sus coches con chófer para pasar el fin de semana en sus chalets. Es decir, hasta que llegaba el tiempo frío y las casas se cerraban durante el invierno.

El 18 de enero de 1940, Eliza dio a luz a un niño, al que llamaron Thomas. Ahora que ya tenían dos hijos, los Meisel sentían la necesidad urgente de zanjar su interés por la casa del lago. Estaban acostumbrados a poseer cosas – casas, derechos de autor, empresas– y el hecho de ser arrendatarios les hacía sentirse incómodos. No tenían la sensación de que la casa fuera suya; si fueran los dueños, podían decorarla como quisieran, y tirar todos los muebles que les parecieran feos o innecesarios. Llegaron a la conclusión de que o encontraban alguna forma de adquirir la finca, o empezaban a buscar otra

casa.

El 17 de febrero, cuatro semanas después del nacimiento de su hijo, Will acudió a la agencia tributaria, sita en el 33-34 de la Luisenstraße, en el suburbio berlinés de Moabit. Allí se reunió con un funcionario del que sólo constan las iniciales, «J. A.», quien le confirmó que el Estado le había expropiado el inmueble de Glienicke al «judío Alfred John Alexander», y que, en virtud de los términos de la Ley para la Revocación de la Nacionalidad, ahora su propietario era el Tercer Reich. Si Will estaba interesado, desde luego que el Estado estaba dispuesto a venderle la casa del lago.

A continuación J. A. sugirió un precio de 3.030 marcos –menos del 25 % de su valor real– una suma en la que estaban incluidos los edificios, el contrato de alquiler con Schultz, junto con el mobiliario y enseres que hubieran dejado los Alexander. Una semana después, Will y Eliza Meisel le escribieron una carta al funcionario de la agencia tributaria aceptando su propuesta. Debajo de sus firmas añadieron las palabras *Heil Hitler*.

Aunque el terreno seguía perteneciendo al Tercer Reich, la casa del lago en sí ahora era propiedad de Will y Eliza Meisel.

Meisel

1942

A primera hora de la mañana del 20 de enero de 1942, una hilera de automóviles sedán negros se detuvo ante un edificio de piedra blanca situado a orillas del lago Wannsee, a tan sólo tres kilómetros al sur de la casa del lago de Groß Glienicke.

De los vehículos se apearon algunos de los miembros de más alto rango del Partido Nazi, de las SS y de la administración. Entre ellos estaban el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), Reinhard Heydrich (uno de los subdirectores de Heinrich Himmler), Adolf Eichmann (director de evacuación y asuntos judíos de la RSHA) y Heinrich Müller (director de la Gestapo).

El objetivo de la reunión de Wannsee era informar y coordinar a los distintos ministerios del Gobierno con respecto a la denominada «solución final a la cuestión judía». A lo largo del día se debatieron cuestiones de pureza racial, así como los métodos de selección y transporte. Se comunicó a los asistentes el tamaño de la población judía de cada país, y hubo largas discusiones sobre a quién había que considerar judío, como en el caso de los matrimonios mixtos, los conversos y sus descendientes. Una vez establecidos los criterios de selección, quedaba la cuestión de la logística: cómo transportar a los judíos a los campos, y a qué judíos había que enviar. Aunque a lo largo de la década anterior ya habían huido de Alemania aproximadamente 250.000 judíos, quedaban algo más de 200.000 –además de los millones de judíos que vivían en los países que habían sido ocupados recientemente, como Polonia, Holanda, Francia y Dinamarca, así como los que vivían en países que podían ser invadidos de forma inminente, como

Gran Bretaña, Irlanda y España.

Durante aquella reunión, y protegido por el máximo secreto, se acordó un programa para el exterminio de los judíos de toda Europa. Las decisiones que se tomaron en la Conferencia de Wannsee fueron puestas en práctica de inmediato, y pudieron verse no sólo en las calles de Berlín, Fráncfort y Hamburgo, sino en las de Ámsterdam, París y Budapest. A lo largo y ancho de Europa, los judíos eran sacados de sus casas y de sus lugares de trabajo, y posteriormente trasladados a bordo de unos misteriosos trenes rumbo al «Este».

En Groß Glienicke se filtró la noticia de que los antiguos residentes judíos habían sido deportados al campo de Terezín (Chequia) entre ellos Alfred Wolff-Eisner y Anna Abraham. Análogamente, Will Meisel averiguó que dos de sus antiguos compositores, Willy Rosen y Harry Waldau, habían sido detenidos en sus domicilios de Berlín y que nadie les había vuelto a ver desde entonces. Desde comienzos de los años treinta, y a pesar del agravamiento de la persecución contra la población judía alemana, un número muy reducido de editores y compositores no judíos, temiendo por sus vidas o las de sus seres queridos, había abandonado el país. La inmensa mayoría, incluido Will Meisel, optaron por quedarse.

La empresa de Will, Edition Meisel, había cambiado considerablemente a lo largo de los años anteriores. La mayor parte de sus empleados o bien habían sido llamados a filas, o bien habían sido despedidos porque la empresa ya no podía permitirse pagar sus servicios. Desde el máximo apogeo durante la década de los treinta, cuando la compañía contaba con doce empleados, el personal había quedado reducido a tan sólo tres personas: el gerente, Paul Fago, el director creativo, Hanns Hartmann, y el propio Will.

A pesar de la reducción de personal, seguían siendo capaces de vender el fondo editorial de música. En aquella época, las emisoras de radio estaban hambrientas de *Schlager Musik*, es decir de música popular, que había florecido durante los años treinta, y una de las especialidades de Edition Meisel. La música de un tono ligero y habitualmente optimista recordaba a

los oyentes los momentos sentimentales de la vida. Ocasionalmente Will accedía a componer una marcha militar, con títulos como «Wir sind Kameraden», pero en general se limitaba a publicar canciones de contenido no político. El impulsor del éxito de la compañía era Hanns Hartmann, que viajaba por todo el país, promocionando la música entre las emisoras de radio, las salas de conciertos y los directores de orquesta.

Al igual que la mayor parte de sus amigos, Will y Eliza Meisel leían los periódicos de Berlín para estar al tanto de la evolución de la guerra. Sin embargo, al ser plenamente conscientes de que ese tipo de noticias estaba estrictamente controlado por el Ministerio de Propaganda y su titular, Joseph Goebbels, también escuchaban la BBC. Porque, aunque el Gobierno había proclamado que era ilegal escuchar las emisoras de radio del enemigo –y que semejante delito podía castigarse con la pena de muerte–, resultaba bastante sencillo evitar que a uno le descubrieran. Lo más seguro era escuchar la BBC en la casa del lago, donde los Meisel cada vez pasaban más tiempo, lejos de Berlín y de miradas indiscretas.

A través de la BBC se enteraron de que la escala de las hostilidades se había ampliado, y que el empuje había cambiado de dirección. En junio de 1941, incumpliendo el pacto de no agresión firmado antes de la guerra, las fuerzas de Hitler habían invadido la Unión Soviética. Unos meses después, en diciembre, Estados Unidos había entrado en guerra, a raíz del ataque japonés contra Pearl Harbor. Después, en una serie de incursiones aéreas de larga distancia, los aviones de la Fuerza Aérea británica (RAF) habían bombardeado las ciudades alemanas, a una distancia cada vez mayor del Reino Unido. Aunque el primer ataque aéreo británico contra Berlín tuvo lugar el 25 de agosto de 1940, tan sólo se lanzó una ofensiva a gran escala el 7 de noviembre de 1941, cuando el Mando de Bombarderos envió más de 160 aviones para que soltaran su carga sobre la capital alemana. Dado que el blanco de la incursión estaba justo al límite del radio de acción de aquellos aviones, la ofensiva fue poco eficaz, si tenemos en cuenta que la mayoría de las bombas no alcanzaron sus objetivos y que fueron abatidos más de veinte aviones.

Aquellas ofensivas aéreas, y las explosiones que se producían a

continuación, eran visibles para los vecinos del pueblo, ya que Groß Glienicke se encontraba a tan sólo veinticinco kilómetros del centro de Berlín. Aún más llamativas eran las actividades que se llevaban a cabo en la academia de vuelo de la Luftwaffe. A principios de 1942 ya se habían formado en el aeródromo decenas de miles de técnicos y de pilotos, y la cifra había llegado a ser tan elevada que los instructores se quejaban de que la calidad de la enseñanza se estaba deteriorando. Después, como recordatorio de la proximidad del conflicto, prendieron fuego al molino de viento de Groß Glienicke, para evitar que se convirtiera en un hito identificable para los pilotos de las fuerzas aliadas.

Una noche, se detectó en los radares un bombardero Bristol Blenheim, volando desde el oeste con rumbo a Berlín. La sirena de alarma aérea instalada en el Drei Linden rasgó el aire, y los que acudían a los refugios pudieron ver los potentes focos antiaéreos recorriendo el cielo nocturno, en busca del bombardero. De repente, iluminaron el avión, lo que dio pie a que uno de los cañones antiaéreos estacionado en Groß Glienicke siguiera la trayectoria de su objetivo. El bombardero fue alcanzado, y los vecinos del pueblo oyeron el tremendo chirrido que hizo el avión al caer, que culminó con una sonora explosión y una bola de fuego.

Al día siguiente, un policía apareció en el colegio del pueblo, reunió a los chicos mayores y organizó con ellos una partida de búsqueda. Formaron una larga fila y avanzaron hasta dejar atrás el extremo septentrional del lago. Poco después encontraron los cuerpos de dos soldados cerca del palacio, aún con sus paracaídas puestos. Ambos llevaban el uniforme de la Real Fuerza Aérea Canadiense. Se encontró otro paracaídas, pero no había ni rastro del tercer hombre. Aquellos muertos hicieron un profundo efecto entre los vecinos. [La guerra no estaba tan lejos](#) como pensaban.

En busca de un descanso de sus frenéticas vidas en Berlín, los Meisel iban a Groß Glienicke casi todos los fines de semana. Thomas aprendió a andar en el jardín de la casa. Peter dominó el estilo crol en el lago. Seguían celebrando suntuosas fiestas de cumpleaños en la casa para sus amigos de la ciudad. Los

conocidos del mundo del cine y de los negocios acudían ávidamente desde Berlín, y se quedaban a cenar y darse un baño en el lago. **De hecho, Will estaba tan entusiasmado** con la casa que compuso una canción en colaboración con dos de los vecinos músicos del pueblo, Hermann Krome y Hans Pflanzler: «Groß Glienicke du Meine alte Liebe».

Will era muy popular entre los lugareños. Era un hombre accesible, al que le encantaba pararse unos minutos y charlar sobre las últimas noticias, o hablar del tiempo o cualquier otra cosa que interesara a los vecinos. Eliza Meisel era menos apreciada, porque prefería quedarse en la casa del lago, y raramente se aventuraba más allá de la Potsdamer Tor.

Además, a Will también se le podía ver de vez en cuando en el Badewiese, el bar situado junto a la playa pública. Allí era donde Will prefería alternar, ya que el Drei Linden era un poco tosco para su gusto. El Badewiese, construido en 1937 por la familia Niemann, incluía un restaurante y un salón con pista de baile y cuatro ventanas en forma de arco de tres metros de alto que daban al lago. A Will le gustaba sentarse al piano de cola e interpretar las canciones que le pedían sus amigos. A veces eran composiciones suyas, o las que en aquel momento eran más populares en la radio. Una de sus favoritas era «Groß Glienicke du Meine alte Liebe».

Estás tan cerca y tan lejos de las tribulaciones del mundo
Estás tan hermosa en verano y bajo la nieve
Las olas juegan, y los pinos murmuran,
Se puede escuchar el latido del corazón de la naturaleza

Groß Glienicke, tú, mi viejo amor
Eres mi hogar a la orilla del apacible lago.

El compromiso de los Meisel con la casa les llevó, en 1942, a proteger su capital por el procedimiento de transmitir la propiedad a Edition Meisel. No se habían gastado grandes sumas para mejorar la vivienda, y sin embargo el precio de venta oficial era ya de 21.000 marcos, tan sólo dos años después de comprarle por 3.030 marcos a la Gestapo el inmueble «incautado». Cuando

los vecinos le preguntaban, Will Meisel decía que le había comprado la casa a los Alexander en los años treinta.

Mientras tanto, a medida que avanzaba la guerra, Will seguía mejorando sus vínculos con el Partido Nazi, y en particular con el Ministerio de Propaganda. El 13 de mayo de 1942, Will le escribió una carta a Goebbels con la esperanza de conseguir el apoyo del ministro a su última opereta, *Mein Herz für Sylvia*. «Me atrevo, con sumo respeto, a solicitar, distinguido *Reichsminister*, que me conceda un breve lapso de su valioso tiempo para una entrevista en la que quisiera exponerle una petición.» Concluía la carta con el saludo: «muy humildemente con *Heil* Hitler, suyo, Will Meisel».

Unos meses después, Will le envió otra carta al ministro de Propaganda. Tras su recepción, un funcionario selló la esquina superior derecha del documento, confirmando que el ministro había leído la carta. Al pie de la hoja había una nota manuscrita del propio Goebbels: «*Schlösser Empfang!*», la orden de que a Will le recibiera Rainer Schlösser, un alto cargo del Ministerio. No hay constancia de lo que ocurrió en aquella reunión, pero después de que Will enviara otra carta al año siguiente, esta vez solicitando de nuevo que Goebbels patrocinara *Mein Herz für Sylvia*, el apoyo llegó, y la opereta se representó en Berlín con gran éxito de público.

A finales de la primavera de 1943, Will Meisel invitó a dos colegas, Ernst Nebhut y Just Scheu, a pasar unas semanas en la casa del lago. Durante las últimas semanas, Berlín había asistido a un sensible aumento del número de incursiones aéreas, lo que hacía muy difícil que el editor pudiera concentrarse en su trabajo creativo. En el campo no sólo iba a haber menos perturbaciones, sino que Will estaba convencido de que el aire puro y las frescas aguas del lago podían ser un aliciente para la productividad de todos.

Ernst Nebhut era un letrista con el que Will ya había trabajado anteriormente, y Just Scheu era un actor famoso, y uno de los favoritos de Goebbels. El plan era que se instalaran en la casa para componer una nueva opereta *Königin einer Nacht*, reina por una noche. Era la historia de un duque que, en su intento de evitar un matrimonio concertado, finge ser un boxeador,

huye a un hotel y, a lo largo de una serie de acontecimientos cómicos, acaba casándose con la mujer que ama al final de la obra. La música tenía que ser ligera y levantar el ánimo.

Trabajando sin parar, a menudo hasta altas horas de la noche, los tres hombres, sentados alrededor del piano del Cuarto Azul, desarrollaban nuevas melodías y sometían a prueba sus respectivas letras. A veces Will tenía que ausentarse para hablar de algún asunto urgente de negocios con Hanns Hartmann. Otras veces interrumpían el trabajo para ir a darse un baño o para dar cuenta de alguno de los platos que Eliza cocinaba en casa, degustándolo al aire libre en el porche de la parte trasera de la casa.

Pero la guerra se iba acercando. No había tregua, ni siquiera en Groß Glienicke. Mientras trabajaba en la partitura, Will recibió una carta comunicándole que tenía que incorporarse al Ejército. Él no estaba dispuesto a hacerlo, y para evitarlo reunió a sus amigos y les pidió que escribieran cartas de protesta. [El 15 de mayo de 1943, el Departamento Nacional de Teatro](#) le escribió una carta al Departamento de Personal Militar referente al caso de Will Meisel argumentando que «es de gran importancia aplazar el servicio militar del susodicho». Añadían que Meisel debía permanecer en Berlín a fin de hacer cambios en su última opereta, que recientemente había sido incorporada a la programación del Teatro Metropol para la temporada siguiente. Unos días después, Will se enteró que se había aplazado su incorporación a filas. Finalmente, terminaron la opereta, y enviaron la obra terminada al Ministerio para su aprobación.

Para entonces, los Aliados habían demostrado que tenían capacidad para enviar bombarderos hasta la mismísima capital de Alemania. Sin embargo, hasta el momento, aquellas incursiones se habían limitado a unas pocas misiones de poca importancia, y aunque resultaban devastadoras para el edificio objeto del ataque y para sus ocupantes, la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad no se veían afectados. Pero ahora, a lo largo del verano, los periódicos venían llenos de noticias sobre un ataque aéreo a gran escala contra Berlín. La angustia llegó a tal extremo que el 6 de agosto de 1943 se anunció por la radio que Goebbels había ordenado la evacuación de la población no esencial de Berlín. Los periódicos de todo el mundo se

hicieron eco de aquella decisión, entre ellos el *Chicago Tribune*, que publicó el siguiente titular: «LOS NAZIS ADMITEN LA EVACUACIÓN DE BERLÍN: TEMOR A LOS GRANDES BOMBARDEOS ANUNCIADOS POR GOEBBELS».

Al enterarse de la orden de evacuación, los Meisel decidieron quedarse en la casa del lago. En una carta dirigida al alcalde del pueblo, escrita el 6 de agosto, Will anunciaba que su familia ya se había trasladado permanentemente a Groß Glienicke. Como parte del traslado, y teniendo en cuenta la merma del personal de la compañía, la casa iba a ser la oficina central oficial de Edition Meisel. El membrete de la empresa, sus folletos y sus catálogos se reimprimieron con la nueva dirección: Am Park 2, Groß Glienicke. Hans Hartmann, el director creativo, seguía pasando la mayor parte del tiempo de viaje, vendiendo la música de la compañía. Paul Fago, el gerente, podía trabajar desde su casa de Berlín. Cuando necesitaban trabajar juntos, podían hacerlo en la casa del lago.

Como siempre, los Meisel se adaptaron rápidamente a sus nuevas circunstancias. Eliza se dedicaba a hacer cosas por la casa, a cocinar, a atender su huerto y su jardín, y a cuidar de su hijo pequeño, Thomas. Will se pasaba la mayor parte del tiempo en el Cuarto Azul, componiendo canciones y cumplimentando los escasos encargos por catálogo que seguían llegando. Mientras tanto Peter, que para entonces tenía ocho años, iba al colegio del pueblo.

El colegio de primaria, situado en la Dorfstraße, frente a la iglesia, era el único centro de enseñanza del pueblo, y muchos lo llamaban el «colegio de Bach», por un antiguo maestro muy apreciado. Las clases empezaban a las ocho de la mañana y terminaban a las tres de la tarde. Los alumnos más jóvenes, como Peter, que estaban aprendiendo a leer y a escribir, trabajaban con pequeñas pizarras y tiza, y los alumnos mayores escribían con tinta. A veces, de camino a su casa, Peter se encontraba con su padre, vagando por la calle, con un lápiz y una libreta en la mano, garabateando una melodía para su última canción. A partir de ahí padre e hijo volvían caminando alegremente a casa.

Peter era un futbolista lo bastante bueno como para que lo ficharan para jugar contra los equipos de los colegios de la zona. Sin embargo, sus tardes

no sólo las dedicaba al fútbol. Una vez a la semana participaba en las actividades de las Juventudes Hitlerianas con los demás niños, en el campo de deportes que había a la entrada del pueblo. Vestido de uniforme –camisa parda, pantalones oscuros, con una correa de cuero colocada en diagonal desde la cintura hasta el hombro–, Peter cantaba canciones nacionalistas, desfilaba, y, cuando hacía buen tiempo, acampaba a la orilla del lago. Cuando los niños mayores hacían prácticas de tiro con escopetas de aire comprimido en el Drei Linden, Peter jugaba al fútbol en la calle con los demás reclutas.

Ahora que su familia vivía permanentemente en el pueblo, Peter trabó amistad con los niños del lugar. En particular, pasaba gran parte de su tiempo con los tres hermanos Radtke, que vivían en una casa de dos plantas y fachada de estuco que había detrás de la casa del lago: Gerhard, Erich y Burkhard. Su padre, que había sido dueño de una empresa de jardinería independiente, estaba ausente, combatiendo en Noruega para el Ejército alemán. Su madre, Gerda, era una mujer rubia y atractiva. El tío de los niños le había alquilado la casita del guardés a los Meisel.

A los hermanos Radtke les gustaba ir a jugar a la casa del lago, con su campo de tenis, su estructura de barras para los niños, y su enorme pato de madera que estaba enclavado en el suelo, y en el que podían montarse igual que en un caballo de balancín. Y lo mejor de todo, los Meisel tenían acceso directo al lago. Podían tirarse directamente al agua, con las piernas encogidas, intentando salpicar lo más posible. Los dos hermanos mayores dejaban al más pequeño, Burkhard, en el jardín, jugando con Thomas, y se iban nadando con Peter hasta uno de los dos islotes, donde jugaban en un columpio colgado de una rama por encima del agua, o salían a remar en la larga canoa roja de los Meisel. Sin embargo, a la hora de la comida, Gerda Radtke exigía que sus hijos volvieran a casa. Decía que no era correcto que comieran en la mesa de los Meisel. Si sus hijos almorzaran con los Meisel, *Frau* Radtke tendría la sensación de que estaba obligada a hacer otro tanto. Aunque su casa era más grande que la de sus vecinos, Gerda temía sentirse avergonzada por su mobiliario y enseres, más humildes.

A veces, cuando jugaban en la playa, los niños veían a Eliza Meisel de pie en la terraza, cantando canciones de las películas que había

protagonizado. A los niños les parecía divertidísima la estridente voz de soprano de Eliza, cargada de añoranza romántica y de intensidad urbana, totalmente fuera de lugar en Groß Glienicke. A Eliza no le hacían ninguna gracia aquellas risas, y obligaba a los niños a escuchar la canción de principio a fin –y ellos, al ser unos chicos obedientes, lo hacían.

Otras veces los chicos corrían hasta el palacio, ahora abandonado, que estaba a trescientos metros al este de la casa del lago. Trepaban por encima de un pequeño muro de piedra y robaban manzanas del jardín de frutales, o jugaban en el columpio que había en la parte trasera de la finca. Un día se adentraron un poco más y descubrieron un alto recinto de alambre de espino que habían instalado al lado del palacio. Dentro había aproximadamente veinte hombres que hablaban en otro idioma. Había unos cuantos soldados alemanes custodiándolos. Los niños habían oído rumores en el pueblo que decían que aquellos hombres eran prisioneros de guerra franceses. No quisieron entretenerse más, y se marcharon corriendo, oyendo los gritos de los soldados a sus espaldas.

El 3 de noviembre de 1943 tuvo lugar el estreno de *Königin einer Nacht* en el teatro Metropol de Berlín. El teatro, situado en el corazón de la ciudad, en la transitada Behrenstraße, en el barrio de Mitte, estaba a escasa distancia de las principales dependencias del Gobierno, y era muy popular entre los trabajadores del cuartel general de las SS/Gestapo, del Ministerio de Aviación, así como del Ministerio de Propaganda.

Al entrar en el teatro, los invitados pasaban por delante de unos carteles gigantescos colocados a ambos lados de la entrada principal y que anunciaban las estrellas del espectáculo: Friedel Schuster y Erich Arnold, junto con la prometidora Maria Belling y el coro del Ejército. Los que figuraban en la lista VIP –que incluía a Hermann Göring, Joseph Goebbels, Heinrich Himmler y Hans Hinkel, presidente de la Cámara de Cultura del Reich– fueron acompañados hasta los palcos privados. Como se trataba de una función de gala, el teatro estaba lleno, con más de mil espectadores. En el foso de la orquesta, los músicos aguardaban nerviosos al director, Horst

Schuppen, todos ellos vestidos con frac y pantalones negros. Por encima de la platea alta, una cadena de ninfas y querubines sustentaba un techo dorado, mientras que unas pesadas cortinas de terciopelo rojo protegían el escenario.

También estaban presentes, por supuesto, y esperando ansiosamente que todo saliera bien, Will Meisel y su esposa Eliza, junto con los demás creadores del espectáculo. Will no tenía por qué preocuparse: *Königin einer Nacht* fue un éxito apoteósico. Al día siguiente, **las críticas eran unánimemente positivas**, y uno de los críticos de teatro escribió una reseña particularmente entusiasta que llevaba el siguiente titular: «LA NUEVA OPERETA DE WILL MEISEL, UN GRAN ÉXITO EN EL TEATRO METROPOL».

Tres semanas después, el 23 de noviembre de 1943, una bomba lanzada desde un avión aliado hizo blanco en los almacenes de Edition Meisel, en la Passauer Straße de Berlín. En el posterior incendio, todo el catálogo de la compañía quedó destruido. Las únicas partituras y grabaciones que se salvaron fueron las que estaban provisionalmente almacenadas en la casa del lago. Para Will y sus compañeros, resultaba difícil imaginar cómo podía seguir funcionando Edition Meisel.

La madrugada del 19 de noviembre de 1943, el ruido ensordecedor de más de cuatrocientos aviones Avro Lancaster, que se acercaban desde el oeste despertó a los vecinos de Groß Glienicke. No podían ver los aviones porque el cielo estaba muy nublado, pero por el rugido de 1.600 motores que atronaba en sus oídos pudieron seguir su rumbo mientras sobrevolaban el lago dirigiéndose a Berlín. Unos minutos después, a medida que los Lancasters dejaban caer su carga, el cielo del este se fue tiñendo de naranja, púrpura y rojo, los colores de la destrucción. Se trataba de una escalada significativa en la forma y el alcance de los bombardeos aéreos, y supuso el comienzo de una campaña aérea ininterrumpida contra Berlín.

A lo largo de los días y semanas siguientes se sucedieron las incursiones aéreas, y la devastación provocada por los explosivos se veía agravada por la persistencia de un tiempo seco, lo que daba lugar a la propagación de incendios desbocados por todo Berlín. Para el 17 de diciembre, una cuarta

parte de las viviendas de la capital habían quedado inhabitables.

Aunque los bombardeos aliados eran incesantes, y provocaron estragos cada vez peores en Berlín hasta el año siguiente, *Königin einer Nacht* siguió representándose en el Metropol. Hasta que una noche, durante el verano de 1944, tras 155 representaciones, el teatro recibió un impacto directo. Los daños fueron tan importantes que resultó imposible volver a abrir el teatro. Hubo que suspender la opereta de forma indefinida, y despedir a los miembros del reparto.

Poco después, el 1 de septiembre de 1944, Goebbels, ministro de Propaganda, declaró que, dada la necesidad de que todos los hombres disponibles fueran a combatir en la guerra, iban a cerrarse todos los teatros. Unas semanas más tarde, el 18 de octubre, el Gobierno anunciaba la formación del Volkssturm (la milicia popular), y llamaba a filas a todos los hombres útiles, incluidos los que hasta entonces habían sido eximidos, como Will Meisel, para defender la patria. Goebbels, que era consciente de que el Ministerio iba a seguir necesitando unos cuantos artistas para que le ayudaran a cumplir sus objetivos en la guerra, elaboró una lista de treinta y seis páginas, con 1.041 hombres y mujeres exentos del servicio militar. Aquella «lista por la Gracia de Dios» incluía a Just Scheu, que había contribuido a componer *Königin einer Nacht*. Sin embargo, en la lista brillaba por su ausencia el nombre de Will Meisel.

Ante la realidad de tener que incorporarse a filas muy pronto, Will y Eliza comentaron la posibilidad de abandonar el país. Nada les retenía ya en Berlín. La mayor parte de sus autores de talento se habían marchado de Alemania, su catálogo de partituras había quedado destruido, y los teatros estaban cerrados. Ya no podían llevar el negocio. Ni siquiera la casa del lago parecía segura. No les llevó mucho tiempo tomar una decisión. La única cuestión era adónde ir. Era imposible viajar a uno de los países que luchaban contra Alemania – les habrían considerado enemigos. Mientras tanto, los países neutrales – Turquía, España y Suiza– no concedían visados de entrada. Will había oído hablar de una colonia de artistas refugiados que se había establecido en Bad Gastein, una ciudad balneario situada en los Alpes austriacos. [Desde su anexión en 1938, Austria](#) formaba parte de Alemania, de modo que no

necesitaban papeles para viajar hasta allí. Y lo que era aún mejor, hablaban el mismo idioma.

Antes de marcharse, Will habló con Hanns Hartmann. Le explicó que su familia iba a mudarse muy pronto a Austria, y le invitó a que se fuera a vivir a la casa del lago. Hanns le agradeció aquella oportunidad. Su esposa, Otilie Schwartzkopf, y él se habían pasado toda la guerra intentando eludir las atenciones de la Gestapo, ya que ella tenía antepasados judíos y él había tenido roces con el Partido. Mientras Hanns recorría Alemania de un lado a otro promocionando el catálogo de Edition Meisel, Otilie se había quedado sola en el apartamento del matrimonio en Berlín, sin poder trabajar y con miedo a salir. Hanns esperaba que al irse a vivir fuera de Berlín, él y su esposa lograrían evitar tanto los bombardeos aéreos como a las autoridades. Tras hablarlo con su esposa, Hanns le dijo a su jefe que le encantaría hacerse cargo de la casa del lago. Will le entregó las llaves a su compañero de trabajo y le tranquilizó diciéndole que volvería en cuanto la situación fuera segura.

Hartmann

1944

Hanns había conocido a Otilie Schwartzkopf en 1922. Entonces él tenía veintiún años y ella treinta y siete. Se encontraron casualmente en el teatro de la ópera de Essen, una ciudad del oeste de Alemania, cuando Hanns estudiaba para ser actor y ella actuaba con el nombre artístico de «Otilie Schott». Otilie, que pertenecía a una familia judía de Praga, se había mudado a Alemania unos años atrás, con la esperanza de labrarse una carrera. Al cabo de poco tiempo Hanns y Otilie empezaron a salir, sin prestar atención a las murmuraciones de la gente sobre la diferencia de edad.

A Hanns no le llevó mucho tiempo descubrir que le interesaba más la gestión que la interpretación, y, en 1925, consiguió un empleo como gerente de un teatro en Hagen, una ciudad situada a cincuenta kilómetros al este de Essen. En aquella época, era el gerente teatral más joven de Alemania. Su siguiente oportunidad le llegó cuando le nombraron director teatral de Chemnitz, una ciudad del extremo oriental del país. Pasó a ser responsable de tres salas: un teatro de quinientas localidades, un teatro de operetas de ochocientas, y un teatro de la ópera de 1.250. Tenía el control artístico y financiero global, y supervisaba a cientos de cantantes, actores, directores, músicos, coreógrafos y constructores de decorados. Se ganó la fama de hombre capaz de tomar decisiones rápidas y dotado de originalidad artística y al mismo tiempo de prudencia en lo económico. Mientras tanto, la carrera de Otilie como cantante de ópera seguía floreciendo, y actuaba por todo el país. En 1927, tras cinco años de noviazgo, ella y Hanns se casaron.



Hanns Hartmann

Después, a finales de febrero de 1933, tan sólo unas semanas después del nombramiento de Adolf Hitler como canciller, a Hanns le dijeron que tenía que escoger entre su esposa y su empleo. Incapaz de imaginarse la vida sin Otilie, Hanns tomó una decisión y, el 9 de marzo, fue suspendido de empleo. Poco después, el 7 de abril, a raíz de la entrada en vigor de la Ley para la Restauración de la Función Pública Profesional, y debido a su ascendencia judía, Otilie fue excluida de cualquier tipo de actuación pública. Por último, el 30 de junio, Hanns fue despedido de su trabajo ante su reiterada negativa a separarse de su esposa.

Consciente de que necesitaba encontrar rápidamente un empleo, Hanns solicitó y consiguió el puesto de director de otra compañía de teatro. También se quedó sin trabajo muy pronto, cuando el Partido Nazi de la localidad le prohibió entrar en el edificio. Ya desesperado, Hanns aceptó el puesto de

secretario de un adinerado empresario checo. Un año después, empezó a ponerse en contacto con las editoriales de música y los compositores, con la esperanza de conseguir un empleo en el campo de las artes, pero que pudiera desempeñar sin llamar la atención de las autoridades. Fue entonces cuando conoció a Will Meisel, y, en 1936, le contrataron como director creativo.

Hanns prosperó en Edition Meisel, y rápidamente se ganó la fama de hombre que sabía lo que quería. A Hanns no le gustaba depender de nadie, y era capaz de utilizar el sistema a su favor. No era propenso al pensamiento ilógico, y descartaba rápidamente cualquier idea insensata –aunque fuera de Will Meisel. *A menudo se le veía con un puro en la mano, dando vueltas por la oficina*, pendiente de hasta el más mínimo detalle, tomando notas y apuntando cálculos en una libreta que llevaba en el bolsillo. Al cabo de poco tiempo, y a pesar de la difícil situación política, la empresa estaba sacando provecho de su inteligente gestión económica.

Entonces, el 1 de enero de 1937, Hanns Hartmann fue excluido de la Cámara de Cultura del Reich, lo que le incapacitaba para trabajar en las profesiones artísticas. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Unos días después, Hanns y Otilie acordaron que había llegado el momento de abandonar el país. Se puso en contacto con el empresario checo con el que había trabajado anteriormente, y negoció un contrato para gestionar una de sus empresas en Suiza. Iba a ganar un sueldo de 4.000 marcos al mes y además podía conseguir la ciudadanía suiza. Dos semanas antes de la partida del matrimonio, el empresario checo falleció de una embolia repentina. El trato se anuló. Los Hartmann tenían que quedarse en Berlín.

Desde la promulgación de las Leyes de Núremberg, los judíos tenían prohibido casarse con personas no judías. Sin embargo, se había hecho una excepción para las aproximadamente 20.000 parejas –como los Hartmann– que se habían casado antes de la entrada en vigor de la ley. En lo referente a ese grupo, los nazis anunciaron una serie de normas cada vez más complicadas, que dependían de los antepasados, del sexo y de la práctica religiosa. Con respecto a los Hartmann, dado que Hanns era considerado ario y el cabeza de familia, y teniendo en cuenta que la pareja no iba a la sinagoga, aunque Otilie era judía, se les consideraba «privilegiados». Por el

contrario, a los que pertenecían al grupo de matrimonios mixtos no privilegiados, les expulsaron de sus hogares, les obligaron a vivir en abarrotados edificios sólo para judíos y a llevar una estrella o una «J» amarilla prendida de la ropa.

En la práctica, aquellas normas se interpretaban de formas diferentes dependiendo de la autoridad local y de los contactos de que disponía la pareja. Los burócratas nazis a menudo penalizaban incluso a las personas consideradas «privilegiadas», despidiéndolas de sus empleos o prohibiéndoles formar parte de organizaciones públicas. Otras tácticas consistían en el acoso o en las citaciones para acudir a declarar ante la policía o, peor aún, ante la Gestapo.

Sin poder marcharse de Berlín, y en vista del antisemitismo que rápidamente se estaba apoderando de la capital, Hanns le pidió ayuda a su jefe. A través de su abogado, Reinhold Walch, Will Meisel se puso en contacto con Hans Hinkel, presidente de la Cámara de Cultura del Reich. Poco después Will Meisel le dijo a Hanns Hartmann que le había conseguido un «permiso especial», que hacía posible que los Hartman siguieran viviendo en Berlín sin que les acosaran y sin miedo a ser deportados.

Hanns se había pasado los primeros años de la guerra ayudando a Will en la gestión de su editorial. Gran parte de su tiempo lo dedicaba a viajar en tren por toda Alemania, promocionando la música de la compañía entre las emisoras de radio y los directores de los teatros. Cuando la empresa se trasladó a Groß Glienicke, Hanns iba y venía en coche desde su apartamento, en la zona oeste de Berlín, a la casa del lago. En 1943 Hanns fue llamado a filas, pero le dejaron ir diecisiete días después, cuando sus superiores descubrieron que su esposa era judía. Después de aquello, y de otras «dificultades crecientes», como anotaba posteriormente en unas memorias manuscritas de cuatro páginas –probablemente aludiendo tanto a los bombardeos aéreos de los Aliados como a los peligros que corría su esposa judía con la Gestapo–, Hanns y Otilie se mudaron a Groß Glienicke en otoño de 1944, en busca de tranquilidad y refugio.

Los Hartmann no eran la única familia que veían el pueblo como un lugar más seguro. Según los rumores locales, el director de una de las compañías discográficas más grandes de Alemania se había mudado a una casa a orillas del lago, a poca distancia de la casa de los Meisel. Al parecer, tras divorciarse de su esposa judía, había vuelto a contraer matrimonio y se había mudado de casa, con la esperanza de que nadie descubriera la ascendencia judía de sus hijos. Los vecinos del pueblo decidieron no denunciar a aquellos fugitivos; tal vez les gustaba la idea de que Groß Glienicke se hubiera convertido en un refugio seguro. O puede que pensarán que no era asunto suyo.

Además, había otras familias, en su mayoría de profesionales, que vivían en Berlín y que tenían una segunda vivienda junto al lago, que habían decidido vivir permanentemente en Groß Glienicke, con la esperanza de evitar lo peor de los bombardeos aéreos. Entre ellos estaba Hildegard Munk, la esposa de Fritz Munk, cuya casa de fin de semana era contigua a la casa del lago. Mientras que su esposo permanecía en la ciudad, atendiendo al creciente número de víctimas civiles que eran trasladadas a su hospital, Hildegard permanecía en el campo, rezando para que no le ocurriera nada a sus dos hijos soldados, y para que la guerra terminara pronto.

Pero si alguno de aquellos refugiados pensaba que podía evitar del todo la amenaza desde el cielo, se equivocaba. Más o menos por aquella época [cayó una bomba en la granja](#) de Wilhelm Bartel, situada justo enfrente de la iglesia del pueblo. La bomba, que tenía como objetivo el aeródromo de Gatow, impactó antes de alcanzar su blanco, destruyendo completamente la casa de piedra y mortero que se mantenía en pie desde hacía siglos. La sirena de alarma aérea había avisado con suficiente antelación a la familia, pero hubo una víctima mortal, un polaco condenado a trabajos forzados. No pudo esconderse con los demás porque los nazis habían prohibido que los polacos y otros trabajadores de Europa oriental entraran en los refugios antiaéreos.

A lo largo de los meses siguientes cayeron más bombas cerca del pueblo, en el lago o a las afueras. Los residentes daban gracias a Dios de que hasta el momento los edificios más importantes hubieran sobrevivido a la guerra, en particular su querida iglesia, la Potsdamer Tor y el palacio. Sin embargo, la creciente campaña de bombardeos provocó cortes en el suministro de

electricidad y de agua. Había largos periodos en que no se disponía de agua corriente y, a pesar de saber que allí era donde muchas de las viviendas vertían sus aguas residuales, muchos arrendatarios, incluidos los Hartmann, se veían obligados a bombear del lago su agua de beber.

Durante sus primeros meses en la casa, los Hartmann pudieron comprar todo tipo de productos en las tiendas del pueblo –la tienda de comestibles de *Frau Mond*, enfrente del *Drei Linden*, la carnicería de *Herr Reinmann*, a la vuelta de la esquina, y la panadería *Dettmer* en la *Sacrower Allee*. Durante un tiempo se dispuso de productos de lujo, como café, carne, fruta y mantequilla. Los Hartmann los adquirían gracias al dinero que Hanns había ahorrado mientras trabajaba para *Will Meisel*. Como eran conscientes de que los suministros podían agotarse, los Hartmann se habían aprovisionado bien, y habían almacenado los alimentos en el sótano de la casa del lago. Cuando se les acabó el dinero, cambiaron por comida algunos artículos de valor que quedaban en la casa, unas cuantas cazuelas viejas, una cafetera, la máquina del pan.

En una ocasión, *Gerda Radtke* envió a su hijo *Burkhard*, de seis años, a advertir a los Hartmann que debían buscar refugio de inmediato. *Gerda* sabía que a veces, dependiendo de la dirección del viento, sus vecinos no podían oír la sirena de alarma aérea que sonaba en el *Drei Linden*. Más tarde *Burkhard* recordaba cómo fue corriendo a la casa del lago y llamó a la puerta principal, con su ventana en forma de rombo. Al ver que nadie le abría, llamó de nuevo, esta vez con más fuerza. Por fin la puerta se abrió unos centímetros y *Burkhard* vio la cara de *Frau Hartmann*. Parecía desnutrida, se la veía pálida y asustada. Después de transmitirle la noticia de la alarma aérea, *Burkhard* volvió corriendo a la seguridad de su hogar. Unos segundos después, los Hartmann salieron apresuradamente de la casa para esconderse en el cobertizo de hormigón que había al fondo del jardín. **Cuando Burkhard le preguntó a su madre** por qué los Hartmann no podían ir con ellos a su bodega, que estaba excavada a gran profundidad bajo tierra, su madre se lo explicó: «Porque son judíos».

El invierno de 1944 se abatió sobre *Groß Glienicke* al tiempo que la ofensiva contra *Berlín* se intensificaba día a día, y las fuerzas soviéticas

avanzaban a través de Polonia, aproximándose cada vez más. Fueron unos meses de noviembre y diciembre especialmente fríos, y las temperaturas se mantuvieron muy por debajo de cero. La casa no estaba diseñada para ser habitada con un tiempo tan inclemente. Los Hartmann, envueltos en muchas capas de ropa y mantas, permanecían sentados delante de la chimenea de la sala, alegrándose de haber acumulado gran cantidad de leña durante el otoño. Pero alimentarse les estaba resultando cada vez más difícil. Mientras que la gente del pueblo tenía ganado con el que podía sobrevivir –gallinas, cerdos, cabras, vacas– los Hartmann carecían de ese tipo de suministros. Análogamente, el huerto que Alfred Alexander había cuidado tan bien, y que habría podido aportar unas provisiones muy necesitadas, había sido abandonado, y estaba cubierto de maleza.

Más o menos por aquella época Hanns contrajo shigelosis, una grave forma de disentería provocada por consumir agua contaminada, y sufría diarrea crónica, retortijones de estómago y fiebre. Como tan sólo su esposa podía cuidarle –en aquel momento no había ningún médico trabajando en el pueblo ni en los alrededores–, Hanns guardaba cama con la esperanza de que sus síntomas mejoraran pronto.

Su difícil situación empeoró en enero de 1945, cuando el nuevo año trajo consigo una enorme borrasca. La nieve estuvo cayendo en grandes copos blancos durante días, cubriendo el jardín con un manto de dos metros. Resultaba agotador ir andando hasta el pueblo. Aun así, las alacenas de las pocas tiendas que todavía permanecían abiertas estaban prácticamente vacías, tras cinco años de guerra. Con sus reservas de comida casi agotadas, Hanns y Otilie se quedaban en su casa, escuchando la radio, rezando para que los combates terminaran lo antes posible.

Hartmann

1945

A principios de abril de 1945, más de dos millones de soldados soviéticos convergieron sobre Berlín desde el este, trayendo consigo 6.000 carros de combate y 40.000 piezas de artillería. Su plan era rodear la ciudad, enviando una parte del Ejército Rojo hacia el norte y una parte hacia el sur, y que ambas fuerzas confluyeran al oeste de la capital, en los alrededores de Potsdam. A Hitler, escondido en su búnker del centro de la ciudad, muy pronto le quedó claro que era inútil prolongar los combates. Cada día que pasaba, la guerra iba desgranando un sangriento crescendo.

Sin embargo, incluso en aquella última fase de la guerra, los vecinos de Groß Glienicke podían llamar por teléfono a sus amigos y familiares de Berlín. En aquellas conversaciones, igual que en las que tenían lugar en la calle o en los refugios antiaéreos, la gente intercambiaba rumores, los comentaba y los adornaba. Los que disponían de una radio podían sintonizar las emisiones de la BBC, por las que se enteraron de que las fuerzas estadounidenses y británicas se estaban aproximando rápidamente a Berlín desde el oeste, pasando por Colonia, Fráncfort y Düsseldorf. En Groß Glienicke la gente se sentía cada vez más atrapada.

Durante las semanas anteriores, los Hartmann habían observado sucesivas oleadas de aviones que llegaban desde el oeste, sobrevolando el pueblo y el lago, con rumbo a Berlín. Había veces en que el cielo entero parecía repleto de aviones. Se podía oír claramente el estruendo de las miles de toneladas de explosivos que aporreaban la ciudad, y durante días y noches el firmamento se iluminaba con la luz de las llamas, mientras los edificios de la capital ardían a escala industrial.

Con las sirenas del Drei Linden sonando cada pocos minutos, y el ruido de la artillería que se oía cada vez más cerca, a los Hartmann les resultaba difícil dormir. Al principio, al oír a los aviones aproximándose, se escondían instintivamente. Al cabo de poco tiempo, se acostumbraron al ruido: el bramido de los motores, el estampido de los cañones, el estruendo de las explosiones. Si los cristales de las ventanas vibraban y se caían las cortinas y los cuadros, quería decir que una bomba había caído muy cerca. A veces el ruido que producían los proyectiles al explotar era tan fuerte que Hanns y Otilie pensaban que les habían alcanzado.

Entonces, el domingo 22 de abril, las sirenas enmudecieron repentinamente. Por el pueblo empezó a circular el rumor de que se había acordado un alto el fuego. Otros decían que los Aliados habían suspendido sus bombardeos aéreos para permitir que los tanques estadounidenses se aproximaran a Berlín. Al día siguiente, los cazas soviéticos con motor a reacción zumbaron sobre el pueblo. Era la primera vez que los Hartmann habían visto aviones en vuelo rasante. No bombardearon el pueblo, sino que centraron su fuego en las tropas alemanas que se habían congregado en el aeródromo. A lo largo del día hubo más ataques, uno tras otro, contra el aeródromo de Gatow y las carreteras circundantes.

Ante la perspectiva del rápido avance de una ofensiva terrestre, Hanns y Otilie decidieron esconderse en el cobertizo de las bombas: un búnker de hormigón de cuatro por cuatro metros, enterrado en el talud que bajaba hasta el lago. Durante los días siguientes se ocultaron en el búnker, con tan sólo una botella de agua y un poco de comida. Era un lugar muy estrecho, oscuro y terriblemente frío, pero se sentían más protegidos que si se hubieran quedado en la casa, que tenía más probabilidades de ser atacada cuando llegara la invasión.

No fueron los únicos que buscaron refugio fuera de sus hogares. Hildegard Munk, cuyo marido seguía en Berlín trabajando en su hospital, también había abandonado su vivienda y se había trasladado al cobertizo de las bombas de la casa de su vecino. La acompañaban otras cinco personas: su vecino, Ewald Kunow —el farmacéutico—, junto con tres muchachas del pueblo, una de las cuales tenía un bebé. Al igual que los Hartmann, ellos

pensaban que en caso de que efectivamente llegaran los soviéticos, probablemente querrían requisar las casas; y además el hormigón ofrecía más protección que los muros de madera de las casas de veraneo.

El 26 de abril, el sol salió por encima del lago, proyectando un resplandor rojizo sobre sus tranquilas aguas. Durante un tiempo tan sólo se oyeron disparos a lo lejos, pero después empezaron a sonar más cerca, más fuertes y con mayor frecuencia. A juzgar por el sonido, los combates más encarnizados tenían lugar justo a las afueras del pueblo. Los soviéticos estaban intentando apoderarse del aeródromo de Gatow, al este del pueblo y de la base del 67.º Regimiento de Carros de Combate, al norte. Al ser [uno de los tres únicos aeródromos en las inmediaciones de Berlín](#), Gatow había estado operativo hasta hacía pocos días, con un tránsito constante de miles de soldados alemanes que acudían a defender la capital. Ahora, los únicos aviones que se veían eran soviéticos. Por el contrario, la base de carros de combate estaba abandonada, y todos sus vehículos, sus tropas y sus suministros se habían trasladado al este, en un intento de detener el avance soviético. A la hora del almuerzo cesó el fuego. Daba la impresión de que las tropas soviéticas habían conquistado ambos objetivos.

Fue en aquel momento cuando tres soldados alemanes en desbandada llamaron a la puerta de Gerda Radtke, la madre de los tres niños que habían trabado amistad con los hijos del matrimonio Meisel, y que vivían justo detrás de la casa del lago. [Consciente de que los soviéticos estaban cerca](#), y con su esposo todavía prestando servicio en el Ejército alemán, Gerda les sugirió a los soldados que huyeran a través del lago. Entre todos sacaron del garaje la vieja canoa roja de los Meisel, y Gerda les señaló un punto de la orilla opuesta del lago desde el que podrían huir hacia Berlín.

Unas horas después, llegaron las primeras tropas soviéticas a Groß Glienicke. Para entonces tan sólo quedaba un puñado de soldados alemanes para defender el pueblo. Dos de ellos habían subido una ametralladora por la estrecha escalera de caracol de la torre del campanario de la iglesia para montar una defensa desde una posición elevada. Desde su cobertizo, los Hartmann podían oír el tableteo de la ametralladora mientras los alemanes intentaban contener a los soviéticos. Por valiente que fuera su intento, el

resultado fue desastroso, tanto para los dos hombres como para la torre, ya que las tropas soviéticas los hicieron saltar por los aires rápidamente.

Los combates prosiguieron en las calles. A eso de las cuatro de la tarde, tres soldados soviéticos cruzaron la valla de separación entre las parcelas de los Munk y del señor Kunow. Al descubrir a un puñado de soldados alemanes en el jardín de la casa del lago, los soviéticos empezaron a disparar. Algunas balas se incrustaron en la casa de los Munk e hicieron agujeros en la pared de una de las habitaciones de los niños. Cuando los soviéticos hirieron a un soldado alemán, los demás salieron corriendo. **Al ver a los soviéticos, Hanns Hartmann abandonó rápidamente el cobertizo de las bombas**, con las manos levantadas, y gritando: «*Ich Bolschewik! Ich Bolschewik!*»: «Yo bolchevique».

Los soldados no le prestaron la más mínima atención ni a Hanns ni a sus proclamas de solidaridad, y avanzaron por la orilla. Una vez que se marcharon los soviéticos, Hildegard salió del cobertizo del señor Kunow y cubrió el cuerpo del soldado alemán con ramas y hojas.

Ahora que la resistencia alemana había sido aplastada, los soviéticos empezaron a llegar en masa. Para sorpresa de los vecinos del pueblo, no venían ni en tanques ni en camiones, sino que llegaron desordenadamente, en una columna de andrajosos soldados a pie. Agotados y desnutridos, parecían desear desesperadamente que se acabara la guerra. Sus únicos vehículos eran *Panjewagen*, carros de cuatro ruedas tirados por caballos, ahora cargados de bienes saqueados a lo largo de los días anteriores.

Aquella noche, los soviéticos regresaron a la casa del lago y a las demás viviendas de la orilla. Allí excavaron zanjas en los jardines arenosos, y se taparon con mantas y colchas que habían robado de las casas. Al día siguiente, extenuados por el combate, los soviéticos durmieron hasta tarde. Cuando se despertaron, empezaron a explorar el pueblo. Hildegard esperaba que todos estuvieran seguros en el cobertizo de hormigón. «Estábamos a su merced», recordaba posteriormente.

Sus temores se hicieron realidad cuando oyeron el ruido de una culata de fusil golpeando en su puerta. «¡Que salgan las mujeres!», ordenó una voz. *Frau* Munk estaba aterrorizada, igual que las tres muchachas. Salió *Herr*

Kunow, y le dijo a los soldados que *Frau Munk* era una mujer mayor, ¿qué podían querer de ella? Los cinco soldados soviéticos le echaron un vistazo, asintieron, pero después agarraron a las tres jóvenes, a las que sacaron a la fuerza, mientras ellas pateaban y gritaban, y se las llevaron a las casas vecinas –las viviendas del señor Kunow, de los Munk y de los Meisel–, donde las violaron.

A cien metros de allí, Gerda Radtke se escondía en su bodega, con sus tres hijos y unos cuantos vecinos. También ellos oyeron un brusco golpeteo en la puerta y la misma exigencia: que salieran las mujeres. Gerda dio un paso al frente y, para tranquilizar a sus hijos, dijo que iba a encargarse del problema. Fuera había seis o siete soldados soviéticos, que agarraron a Gerda y a sus tres niños, que se aferraban a su madre. Los soldados los subieron a empujones por la escalera hasta la cocina, donde violaron a Gerda, uno tras otro, delante de sus hijos. Cuando Burkhard, que para entonces tenía siete años, intentó impedirselo, los soldados lo apartaron de un empujón. Su madre intentaba no gritar, consciente de que sus niños estaban delante, porque no quería asustarles todavía más.

Después de la agresión, los soldados volvieron al sótano donde se encontraron con los vecinos de rodillas, suplicando que no les mataran. Los soldados permitieron que los lugareños regresaran a sus hogares, pero le comunicaron a Gerda Radtke que le requisaban su vivienda. Le permitían vivir en la planta superior, mientras que ellos iban a ocupar la planta baja.

A lo largo de los días siguientes a Groß Glienicke fueron llegando las noticias del avance soviético contra Berlín. Desde el aire lanzaban octavillas sobre el pueblo que decían que a Hitler lo habían encontrado muerto en su búnker, y que aparentemente se había suicidado.

Por último, el 2 de mayo de 1945, Helmuth Weidling, comandante alemán del Área de Defensa de Berlín, rindió incondicionalmente la ciudad al general Vasily Chuikov, del Ejército soviético. Ahora la bandera con la hoz y el martillo ondeaba en lo alto del Reichstag.

[Seis días después de la rendición](#) de Berlín, los generales y almirantes de más

alto rango del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea de Alemania fueron trasladados en avión a la capital y conducidos al cuartel general militar soviético, recién establecido. Allí firmaron el acta de rendición incondicional delante de los representantes de los gobiernos británico, estadounidense, francés y soviético. Después de la rendición de Alemania, las tropas soviéticas celebraron una fiesta detrás de otra en el cuartel de Döberitzer Heide –en la antigua Villa Olímpica donde Jesse Owens se había entrenado para la prueba de salto de longitud nueve años atrás. Cada vez que había una fiesta, los soldados acudían a la casa de los Radtke y se llevaban a Gerda. A veces desaparecía durante más de veinticuatro horas. Una vez logró huir, pero los soldados la encontraron y se la llevaron de vuelta a su cuartel. Cuando terminaban con ella, regresaba profundamente traumatizada.

Además, la casa de Gerda ahora se había convertido en el cuartel general soviético de la zona. Pero las fuerzas de ocupación no sólo se habían quedado con la planta baja. El pequeño granero, que estaba situado a veinte metros de la casa de Gerda, y a ochenta metros de la casa del lago, también había sido requisado y convertido en un burdel donde las mujeres de la zona ofrecían sus cuerpos a cambio de comida y protección.

Las mujeres del pueblo no fueron las únicas que sufrieron. Nada más llegar, los soviéticos empezaron a dar caza a cualquiera que les pareciera sospechoso de crímenes de guerra. Uno de los primeros detenidos fue Wilhelm Bartels, el granjero cuya vivienda había sido bombardeada durante la guerra. Amparándose en los polacos que todavía trabajaban en la granja, y tras enterarse de la muerte de un trabajador a raíz del bombardeo, los soviéticos acusaron a Bartels de estar al mando de un campo de trabajo esclavo. Se lo llevaron en un camión hasta Ketschendorf, un campamento soviético situado a noventa kilómetros al este de Groß Glienicke. También se llevaron por lo menos a otros diez jóvenes, entre ellos a dos muchachos de dieciséis años, a los que acusaban de pertenecer al movimiento de resistencia «Werwolf». [Nadie volvió a ver ni a Wilhelm Bartels ni a los jóvenes.](#)

Hartmann

1945

A las 7.15 del 30 de junio de 1945, siete semanas después del final de la guerra, un convoy de camiones y jeeps británicos –denominado Escala 19– partió de Hamburgo, en Alemania occidental, hacia Groß Glienicke, al noroeste del país. La movilización formaba parte de una operación más amplia de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos concebida para contrarrestar la superioridad de fuerzas de los soviéticos en Berlín.

Mientras el convoy avanzaba lentamente hacia el este, los únicos vehículos con los que se cruzaba eran jeeps estadounidenses y británicos viajando a toda velocidad, o camiones de transporte de tropas. A ambos lados de la carretera se veían los restos de tanques y de vehículos de transporte de personal desparramados. Las ciudades y pueblos por los que pasaba el convoy estaban desiertos. Nadie andaba por la calle; el único indicio de actividad humana eran las banderas blancas que colgaban de las ventanas y los balcones de las casas de la gente. Tras un viaje de 280 kilómetros, el convoy llegó a Groß Glienicke y se dirigió al aeródromo de Gatow.

Desde su toma a finales de abril, el aeródromo había estado bajo control soviético. Ahora, tras un acuerdo firmado entre las potencias ocupantes, iba a ser entregado provisionalmente a la Escala 19 de la Fuerza Aérea británica, e iba a estar a disposición de los aviones estadounidenses, franceses, soviéticos y británicos. Según el diario de vuelos del aeródromo –que cumplimentaba todos los días el oficial británico al mando– «el aeródromo había sido anteriormente ocupado por los rusos, que, antes de marcharse, se habían llevado casi todos los equipos fácilmente desmontables, etcétera, y habían dejado tras de sí basura y confusión». A fin de limpiar las instalaciones, los

británicos «contrataron a civiles de la zona para despejar el aeródromo, y consiguieron autorización de los rusos para hacerlo».

Dos semanas después, el 15 de julio, aterrizó en Gatow un grupo de dignatarios. Su llegada también quedó registrada en el diario. «El gran día comenzó con mucha calma. A las nueve en punto, cuando las tropas de seguridad ocuparon sus posiciones, ya hacía mucho calor. La pista se llenó de personalidades distinguidas. Los rusos eran los más pintorescos, entre ellos el vicecomisario de Asuntos Exteriores, Andréi Yanuarevich Vyshinsky, que llevaba una única y gran estrella de mariscal de la URSS, y otros doce oficiales rusos.» A continuación llegó un avión estadounidense, que transportaba al presidente Harry S. Truman y a los generales Dwight D. Eisenhower y Henry Arnold, así como al secretario de Estado, James Byrnes. «A las 16.00 llegó el gran momento que los espectadores aguardaban con tanta impaciencia», proseguía el diario de vuelos. «EL SKYMASTER DEL PRIMER MINISTRO se detuvo sobre la pista y el entusiasmo se desató cuando se colocó la escalerilla, construida especialmente para la ocasión, y apareció la figura familiar del PM, con un puro. Fue recibido por el mariscal de campo Montgomery, por el mariscal del aire sir Sholto Douglas y por una legión de oficiales de alto rango estadounidenses y rusos.»

Churchill y Truman tenían pensado ir directamente a Potsdam, donde estaba previsto que se reunieran con Josif Stalin para hablar del futuro de Europa en la posguerra, pero el líder soviético se retrasó por culpa de un leve infarto de miocardio, de modo que se decidió llevarles a recorrer Berlín para que vieran la ciudad en ruinas.

Berlín era un páramo. Muchos de los edificios más significativos de la ciudad estaban en ruinas, entre ellos el Reichstag, la Cancillería del Reich, el Tribunal del Pueblo y el cuartel general de la Gestapo. El Berliner Stadtschloss, el gigantesco palacio real a orillas del río Spree, carecía de tejado y había sido pasto de las llamas. Las principales avenidas del centro de la ciudad –Kurfürstendamm, Unter den Linden y Friedrichstraße– eran un mar de piedras y escombros.

Se estimaba que durante la batalla de Berlín habían fallecido 100.000 civiles. Más de 300.000 soldados soviéticos habían muerto durante la

campana. Si a eso se le añadían los cientos de miles de personas que fueron hechas prisioneras y posteriormente murieron en los campos soviéticos, la cifra de alemanes muertos en la batalla de Berlín superaba el millón.

De los 4,3 millones de personas que vivían en Berlín antes de la guerra, sólo quedaban 2,8 millones. Y ahora, esa población mermada estaba al borde del desastre. El aire de Berlín estaba tan cargado de humo de los incendios que aún persistían que resultaba difícil moverse por las calles. La ciudad carecía de suministro de agua y de sistema de alcantarillado. Su red de transportes era inexistente. No había combustible para calentarse, ni electricidad, y escaseaba la comida. Las redes de teléfono y de correos se habían venido abajo, igual que la mayoría de los puentes y los túneles ferroviarios de la ciudad. Más de un millón de berlineses carecía de vivienda. Al recorrer las calles de la capital de Alemania, [Churchill se quedó impresionado por la devastación.](#)

El 17 de julio, los tres líderes victoriosos se reunieron en el Cecilienhof de Potsdam, el mismo edificio donde Adolf Hitler se había reunido con el hijo del káiser con motivo del Día de Potsdam en 1933. Aquel antiguo palacio real, de 176 habitaciones, fue construido a orillas del Jungfernsee, a unos diez kilómetros al sur de Groß Glienicke, y ahora era la sede de la denominada Conferencia de Potsdam.

Al principio las conversaciones se desarrollaron en una atmósfera festiva. Durante el día, sentados en unos grandes sillones junto a una mesa redonda en una sala revestida de paneles de madera, las conversaciones resultaron relajadas y positivas. Pero entonces, el 24 de julio de 1945, una semana después del inicio de la conferencia, Truman le mencionó a Stalin en un tono informal que Estados Unidos ya disponía de una «nueva arma de una fuerza destructiva inusitada». El primer ministro soviético le contestó que se alegraba de saberlo y que esperaba que los estadounidenses hicieran «buen uso de ella contra los japoneses», pero no mostró especial interés.

Durante la segunda semana, los ánimos se caldearon cuando las negociaciones se centraron en las cruciales cuestiones pendientes de las reparaciones, del control político y del territorio. Al final de la tercera semana, ya agotados, los líderes de los países Aliados anunciaron el fin de

sus deliberaciones: habían acordado establecer un proceso para la persecución de los criminales de guerra nazis con un juicio programado para finales de aquel año en Núremberg; se iban a trazar unas nuevas fronteras para Alemania, Austria y Polonia; y Alemania tendría que pagar a la Unión Soviética reparaciones como compensación por las pérdidas sufridas durante la guerra, que incluían un 10 % de su capacidad industrial. Por el contrario, las delegaciones estadounidense y británica no insistieron en las reparaciones, por temor a que ello provocara una reacción adversa del pueblo alemán parecida a la que se vio durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial.

También se anunció el plan de los Aliados para la administración de Alemania durante la posguerra. El país iba a dividirse en cuatro zonas, respectivamente controladas por los estadounidenses, los franceses, los británicos y los soviéticos. Además, la ciudad de Berlín, situada en la zona soviética, al este de las otras tres, también iba a dividirse en cuatro sectores. Stalin siempre había pretendido controlar Berlín tras el final de la guerra, de modo que aceptó con gran renuencia aquel nuevo trazado de las fronteras interiores de Alemania. A todos los efectos, los barrios occidentales de Berlín –entre ellos Wilmersdorf, Charlottenburg y Spandau– iban a formar a partir de aquel momento una isla capitalista en medio de un mar de control comunista.

El 6 de agosto, cuatro días después de la conclusión de la Conferencia de Potsdam, **los estadounidenses lanzaron una bomba nuclear** contra la ciudad japonesa de Hiroshima, matando al instante a 80.000 personas y destruyendo el 70 % de los edificios de la ciudad. El 9 de agosto, se lanzó una segunda bomba contra Nagasaki, que mató a 40.000 personas. Tres semanas después, el 2 de septiembre de 1945, Japón firmó su rendición incondicional durante una ceremonia celebrada a bordo del buque *Missouri* de la Armada Estadounidense, amarrado en la Bahía de Tokio.

La Segunda Guerra Mundial por fin se había terminado

El primer mapa que salió de la Conferencia de Potsdam colocaba todo el

pueblo de Groß Glienicke, incluidas ambas orillas del lago, dentro de la zona soviética. Pero los británicos querían tener su propio aeropuerto. Así pues, el 30 de agosto de 1945, solicitaron a los soviéticos el control permanente del antiguo aeropuerto de la Luftwaffe en Gatow, cuya pista terminaba a pocos centenares de metros de la orilla oriental del lago. Los soviéticos accedieron, y recibieron a cambio tierras en Staaken, a unos pocos kilómetros al norte. La consecuencia fue que Groß Glienicke quedó separado de Gatow, y que la frontera entre Berlín Occidental y Alemania Oriental ahora pasaba por en medio del lago.

Las casas de la parte oeste del lago –donde se encontraban las viviendas de Meisel, Munk y Radtke– iban a seguir estando dentro del término municipal de Groß Glienicke, y bajo el control de los soviéticos. Mientras tanto, las casas de la orilla oriental se incorporaban administrativamente al pueblo de Kladow y, a partir de aquel momento, pasaban a formar parte del sector británico de Berlín Occidental.

Al principio, los acuerdos firmados en Potsdam tuvieron pocas repercusiones en el pueblo. [Los soviéticos establecieron un puesto de control fronterizo en la Potsdamer Tor](#), mientras que los británicos colocaron su propio punto de control en la Spandauer Tor, un arco de piedra parecido que había en el lado que miraba a Berlín en la antigua finca de Groß Glienicke. Los vecinos del pueblo podían cruzar de una zona a otra sin restricciones, sin ningún tipo de trabas si querían desplazarse por motivos de trabajo, para comprar o para visitar a sus familiares.

Entonces, en septiembre de 1945, la Administración Militar soviética en Alemania anunció una serie de medidas de reforma agraria. A partir de aquel momento la extensión de las fincas privadas quedaba limitada a cien hectáreas, es decir, un kilómetro cuadrado. Las granjas fueron expropiadas, divididas en unidades más pequeñas, y redistribuidas entre los que carecían de tierras. El 45 % de la superficie de Alemania Oriental se vio afectada, y se expropiaron más de 7.000 granjas. Los terratenientes, a menudo acusados de «actividades nazis» y de «crímenes de guerra», no tuvieron más remedio que buscarse otro empleo. Además, a muchos los enviaron a campos de trabajo ubicados dentro de Alemania Oriental, y algunos de ellos se habían

establecido dentro de los antiguos campos de concentración de los nazis.

Sin embargo, la Administración Militar soviética no se había preparado para los enormes cambios que iban a provocar sus reformas. Para empezar, muchos de los *Neubauer* (nuevos campesinos), como se conocía a los granjeros recién establecidos, carecían de la maquinaria necesaria para arar los campos o para recoger la cosecha, y la mayoría de los campesinos a los que se había encomendado la gestión de las granjas carecían de la formación o de la capacidad para alcanzar los objetivos que les había fijado el Gobierno. Las consecuencias fueron inmediatas: la producción de alimentos se desplomó, aumentó la malnutrición y, dado que las mansiones y los edificios de las granjas habían sido demolidos, estaban en ruinas o muy deteriorados, el parque de viviendas, ya limitado, se vio ulteriormente reducido.

Groß Glienicke no se libró de todas esas desgracias. La primera consecuencia de la reforma agraria fue que los antiguos trabajadores de la finca fueron desposeídos de sus casas, incluidas las familias como los Radtke –y aunque fueran sus legítimos propietarios. Después, a veintinueve arrendatarios se les brindó la oportunidad de comprar los terrenos que ocupaban. Eso incluía a los Meisel, a los que ahora se les ofrecía la posibilidad de comprar el terreno donde se encontraba la casa del lago, aunque también fueran propietarios de una residencia en Berlín Occidental. Pero, dado que los Meisel seguían en Austria, no pudieron aprovechar aquella oportunidad. La última repercusión tuvo que ver con el propio palacio. Nada más hacerse cargo del pueblo, los soviéticos habían ocupado el palacio – aunque para entonces ya casi no quedaba ningún mueble, dado que el matrimonio Schultz se había llevado todos los enseres de valor en la década de los treinta. El palacio representaba todo lo que despreciaban los soviéticos: un edificio extravagante, un recurso no utilizado, un símbolo del poder feudal y de la injusticia. Durante los primeros días de la ocupación, un grupo de soldados soviéticos llegó a borrar con un cincel el escudo familiar de los Wollank que había en lo alto de la Potsdamer Tor.

Entonces, en algún momento del invierno extremadamente frío de 1945, se declaró un incendio en el cuarto de costura del castillo, en la primera planta. Nunca se llegó a saber si se trató de un accidente o fue obra de un

incendiario. A los pocos minutos sonó la alarma en el cuartel de bomberos. Tras subirse a toda prisa a su camión, los bomberos voluntarios pasaron como una exhalación por debajo de la Potsdamer Tor, dejando atrás la puerta de la parcela de la casa del lago, por el camino de tierra, y un minuto después estaban ante el palacio. Allí les recibió una hilera de soldados rusos que les cortaron el camino. Poco después llegaron los británicos, asimismo con su equipo contra incendios, pero los rusos les impidieron actuar también a ellos.

Dado que el palacio se encontraba en la zona soviética, el incendio era claramente responsabilidad suya. Sin embargo, los soviéticos no hacían el mínimo esfuerzo por apagarlo. Por el contrario, se centraban en sacar los pocos enseres que quedaban dentro del edificio. El incendio rápidamente quedó fuera de control, y el tejado se vino abajo. Los hermosos frescos de la entrada quedaron destruidos, igual que la elegante escalera y el salón de baile. Para entonces ya se había congregado casi todo el pueblo para presenciar el final del palacio; era como si su antigua forma de vida fuera pasto de las llamas ante sus propios ojos. Aquel incendio supuso el punto álgido de los horrores que habían experimentado los vecinos del pueblo desde que las tropas soviéticas asumieron el control.

Para Burkhard Radtke, la vida en Groß Glienicke había sido paradisiaca durante la mayor parte de la guerra. A partir de 1945, como él mismo recordaba más tarde, tuvo la sensación «de haber caído en el infierno».

Poco después de la llegada de los soviéticos a Groß Glienicke, Hanns y Otilie se marcharon de la casa del lago. Al enterarse de lo que les había ocurrido a sus vecinos, decidieron que sería más seguro estar en la capital que en el pueblo.

Después de cerrar los postigos, de cubrir los muebles con sábanas, y de cerrar con llave la puerta principal, se pusieron en camino hacia Berlín con sus escasas pertenencias. En aquella época no había transporte público y, dado que no era muy probable que un conductor soviético ayudara a una pareja de civiles en dificultades, Hanns y Otilie tuvieron que ir andando. Había poco más de trece kilómetros de distancia hasta su apartamento,

ubicado a las afueras, al oeste de la capital, y el trayecto les llevó casi toda la mañana. Al llegar al barrio berlinés de Spandau, descubrieron que el Freybrücke, el antiguo puente de hierro que cruzaba el río Havel, había sido dinamitado, lo que les obligó a hacer lo mismo que los demás viandantes: utilizar una chapucera serie de estructuras para cruzar el río. Por fin llegaron a su apartamento, en el número 9 de la Giesebrechtstraße, en el barrio de Charlottenburg. Allí se quedaron esperando, horrorizados ante la devastación que les rodeaba, pero contentos por haberse marchado de Groß Glienicke y verse sanos y salvos en la ciudad.

Una vez más, la casa del lago se encontraba deshabitada. Por segunda vez en su historia, sus ventanas cerradas con postigos soportaron todo un verano, un otoño y un invierno sin que nadie las abriera, y sin el calor de la presencia humana y del fuego de la chimenea. En su interior empezó a oler a cerrado, la casa se quedó helada, mientras que en el exterior, el pueblo recobró una extraña normalidad.

En enero de 1946, llegó a Groß Glienicke un inesperado visitante. Hanns Alexander se había alistado en el Ejército británico, donde prestó servicio durante la guerra y ascendió hasta el grado de capitán. Ahora regresaba a Berlín formando parte de un equipo británico que investigaba los crímenes de guerra.

Al no encontrar a nadie en la casa del lago, Hanns acudió a la vivienda contigua, en busca de Fritz Munk. Fue el profesor Munk quien, en los años treinta, instó a los Alexander a huir de Alemania si querían salvar sus vidas. Los dos hombres se saludaron afectuosamente. Los Munk habían sobrevivido; aunque los hijos, Klaus y Peter, habían participado en las campañas en el norte de Italia y en Rusia, afortunadamente ninguno de los dos había resultado herido. Fritz no mencionó todo lo que había presenciado su esposa durante la ocupación soviética.

Hanns les dio la noticia de que casi todos los Alexander habían logrado llegar a Inglaterra. Paul y él habían servido en el Ejército británico desde 1940. Sus padres estaban bien, aunque a Hanns le preocupaba el estado de salud de su padre. Al final de la guerra, Bella había perdido a su marido, cuando un avión que estaba aterrizando se estrelló contra el coche que

conducía, en el suroeste de Inglaterra.

Su hermana Elsie y el esposo de ésta, Erich, habían tenido un segundo hijo en 1942, Michael, y poco después –con la intención de asimilarse, y por temor a que sonara demasiado alemán– habían cambiado su apellido de Hirschowitz a Harding. Sin embargo, a Elsie le había resultado más difícil adaptarse que a sus padres o a sus hermanos. Echaba de menos Alemania. Y sobre todo, echaba de menos la casa de Glienicke.

En una carta que les envió a sus padres, en inglés, Hanns decía:

Pasé por Glienicke. La casa O.K. El jardín muy *verwildert* [salvaje]. Y se ve diminuto, porque los árboles, etc., están todos tan grandes que parece mucho más apretado y más pequeño. Meisel sigue viviendo en ella. Ahora las ventanas están pintadas de rojo en vez de azul y blanco. Los Munk están vivos y siguen siendo vecinos.

Iban a pasar varias décadas antes de que otro miembro de la familia Alexander volviera a ver la casa del lago.

Meisel 1946

Durante la estancia de Will Meisel y su familia en Austria, Hanns Hartmann se hizo cargo de Edition Meisel. Era la primera vez que el director creativo podía llevar la empresa como mejor le pareciera, sin interferencias de su jefe. Tras restablecer contacto con Paul Fago, el segundo de Meisel, que había permanecido en Berlín durante los últimos meses de la guerra, Hanns se dispuso a reconstruir la compañía.

En primer lugar, tuvo que vérselas con la nueva burocracia de los Aliados. De una forma muy parecida a sus homólogos soviéticos, nada más llegar a Berlín las autoridades británicas empezaron a evaluar las empresas que operaban en su sector y posteriormente a conceder licencias. Sin embargo, esas licencias sólo se concedían si el propietario de la empresa era capaz de demostrar que no tenía relación con el Partido Nazi.

El 7 de junio de 1945, el Ayuntamiento de Berlín Occidental le envió una carta, mecanografiada en un fino papel de color rosa, a Hanns Hartmann.

Estimado señor director creativo:

Por la presente le concedo permiso para reabrir la empresa Edition Meisel, con domicilio en Wittelsbacherstraße 18, bajo su dirección personal, así como Monopol Liederverlag y Echo Musikverlag. Claramente los antiguos propietarios no pueden participar de ningún modo, directa o indirectamente en la dirección de la empresa, ni tener cualquier tipo de influencia en las decisiones artísticas.

Una vez que la empresa consiguió el permiso oficial para hacer negocios, Hanns Hartmann y Paul Fago volvieron a ponerla en marcha. Se pusieron en contacto con Berliner Rundfunk, la emisora de radio que transmitía desde el

sector británico, sugiriéndoles que programaran canciones del catálogo de la empresa. Después, aprovechando las relaciones que habían establecido antes de la guerra, recurrieron a los teatros de variedades y a los locales de todo tipo que estaban empezando a surgir. Al cabo de unas semanas, y con la llegada de un goteo de encargos, daba la sensación de que la empresa volvía a la actividad.

Al recorrer las calles de Berlín y restablecer los contactos con sus viejos amigos y colegas, Hanns Hartmann llamó la atención de las autoridades soviéticas. Los soviéticos, que ahora estaban al mando del sector oriental de la ciudad, y que estaban convencidos de que las artes eran importantes tanto para levantar la moral como para la educación política, le pidieron a Hanns que reconstruyera el Teatro Metropol, que había sido bombardeado en 1944. Le dijeron que, durante la rehabilitación del teatro, la compañía podía ensayar en el Colosseum, donde se había instalado un hospital durante la guerra, y que también estaba en el sector soviético. A cambio de ayudarles con el teatro Metropol, los soviéticos les proporcionaron a los Hartmann un nuevo alojamiento en Berlín Oriental.

Unas semanas después, impresionados por sus esfuerzos, así como por su intachable expediente, los soviéticos le pidieron a Hanns que presidiera el Comité Auditor Alemán, que iba a ayudar a las potencias ocupantes en su tarea de «desnazificación» de las artes.

La palabra «desnazificación» fue ideada en 1943 por los militares estadounidenses, en el contexto de su planificación para la reforma del poder judicial alemán durante la posguerra. A lo largo de los años siguientes fue evolucionando hasta convertirse en un programa más genérico para eliminar la influencia del Partido Nazi sobre la población de Alemania. Al finalizar la guerra, más de 8,5 millones de alemanes, es decir, más del 10 % de la población, eran miembros, o afiliados, del Partido Nazi. Además de perseguir y procesar a los miembros del alto mando nazi, a los presuntos autores de crímenes de guerra y a quienes se hubieran beneficiado con la mano de obra esclava, los Aliados aspiraban a purgar Alemania de la ideología

nacionalsocialista y librar al país de cualquier vestigio del gobierno de los nazis –estatuas, símbolos, nombres de calles y cualquier organización que hubiera tenido relación con el partido.

Tras la ocupación de Berlín, la puesta en práctica de la desnazificación varió considerablemente entre las cuatro potencias ocupantes. Los soviéticos optaron por promocionar su propia ideología comunista, en vez de instruir a la población sobre su responsabilidad por los crímenes de guerra. Por el contrario, en un principio los estadounidenses se comprometieron firmemente a investigar a fondo a cualquier potencial simpatizante del partido. En seguida quedó claro que el enfoque estadounidense iba a resultar imposible; la cifra de sospechosos potenciales era simplemente abrumadora.

Al final, los estadounidenses optaron por hacer lo mismo que los británicos y los franceses, que estaban adoptando un enfoque más pragmático, centrándose en las personalidades más malvadas, así como en aquellos que querían mantenerse en algún cargo de responsabilidad. Se estableció una jerarquía de la culpabilidad: exonerados, seguidores, autores de delitos menores, delincuentes y delincuentes graves. Los delincuentes graves –hombres como Hermann Göring, ministro de Aviación, o Josef Kramer, comandante de un campo de concentración– iban a ser procesados por crímenes de guerra en sendos juicios que se celebraron aquel mismo año en Belsen y en Núremberg. Los exonerados eran puestos en libertad. Se investigaba a los que estaban en las categorías intermedias y, en caso de que se les declarara culpables, se les castigaba con distintos métodos, que iban desde la cárcel, la inhabilitación para ejercer cargos públicos o los trabajos forzados.

Como parte del proceso de desnazificación, millones de alemanes tuvieron que cumplimentar un *Fragebogen*, un cuestionario. Aquel documento de seis páginas –que los alemanes detestaron de inmediato– era posteriormente revisado por un comité de inspectores y, en caso de que fuera necesario, se citaba a la persona objeto de investigación para interrogarla.

A principios de agosto de 1945, [Hanns recibió un Fragebogen, que cumplimentó](#) en nombre de Edition Meisel. Dijo que la empresa había sido fundada en 1926, y que su propietario al cien por cien era Will Meisel. Hanns

reconocía que Will Meisel había sido miembro del Partido Nazi, pero ninguna de las obras de la compañía podía calificarse de «fascista». Decía que la empresa podría reanudar su funcionamiento normal en cuanto las imprentas de la ciudad volvieran a ponerse en marcha, y adjuntaba un ejemplar del catálogo de Edition Meisel, que incluía una lista de sus famosos compositores.

En cuanto al futuro, decía Hanns, «en colaboración con célebres autores nuevos, nuestro proyecto consiste en montar programas para los teatros alemanes y componer nuevas obras. Además, esperamos vender y programar piezas extranjeras». No se hacía mención alguna a los compositores judíos que habían estado vinculados a la empresa antes de la guerra. De las once preguntas que Hanns Hartmann tenía que responder, su única respuesta ambigua fue la número 9. A la pregunta «¿Qué obras no pueden interpretarse debido a sus tendencias fascistas o militaristas o raciales?», Hanns respondió: «Ninguna de ellas tiene tendencias, pero habrá que comprobar algunas y hasta entonces no serán utilizadas». El 29 de agosto de 1945, Hanns entregó el cuestionario debidamente cumplimentado y después, al no tener noticias de las autoridades británicas, supuso que sus respuestas habían sido satisfactorias y volvió a centrar su atención en las cuestiones cotidianas que tenía que afrontar la empresa.

A lo largo de los doce meses siguientes, Hanns se esforzó por encontrar un equilibrio entre su trabajo para Will Meisel y sus responsabilidades para con los soviéticos. Sin embargo, resultaba una tarea difícil. Mientras trabajaba para reconstruir el Metropol, Hanns sufrió unas interferencias intolerables por parte de los soviéticos. Con el recuerdo de la injerencia de una dictadura en su vida artística todavía fresco en su memoria, Hanns habló del asunto con su esposa. Lo único que dice de ese asunto en sus memorias privadas es que decidió «marcharse de Berlín por motivos políticos».

El problema era que ahora Hanns ya era muy conocido para las autoridades soviéticas. En caso de que los Hartmann se marcharan al sector británico, estadounidense o francés, los soviéticos podían seguirles el rastro y detenerles. Durante los meses anteriores hubo casos en que la policía soviética había cruzado a Berlín Occidental para echarle el guante a algún

sospechoso y llevárselo de vuelta al sector oriental. Las autoridades soviéticas ya habían detenido a numerosos berlineses y les habían acusado de espionaje y, lo que es peor, de vínculos con el Partido Nazi. Los culpables habían sido enviados a los campos y desde entonces nadie había vuelto a saber de ellos. Hanns se debatía sobre la mejor forma de huir de la ciudad.

[A finales del verano de 1946](#), tras determinar que era seguro regresar, Will y Eliza Meisel abandonaron su «casa de vacaciones austriaca» con sus dos hijos y llegaron a Berlín el 15 de septiembre. Dado que el edificio de oficinas de su empresa había sido destruido, y que su apartamento seguía en ruinas, se instalaron en la casa de Groß Glienicke, que ahora había pasado a estar en la zona oriental de Alemania, controlada por los soviéticos.

Poco después de su regreso a Berlín, Will Meisel se reencontró con Hanns Hartmann. Hanns le explicó su difícil situación con los soviéticos, y dijo que él y su esposa iban a marcharse muy pronto. Por consiguiente, ya no podía seguir dirigiendo la compañía. Como Will seguía teniendo prohibido figurar como director hasta que se resolviera su proceso de desnazificación, Paul Fago iba a hacerse cargo del timón. Los dos hombres se despidieron y prometieron seguir en contacto.

Unos días más tarde, el 1 de octubre de 1946, Hanns y Otilie Hartmann se pusieron a la cola del paso fronterizo del sector soviético llevando consigo tan sólo unas pocas pertenencias. A través de sus contactos, Hanns había conseguido documentación falsa a nombre de «Mansfeld». Cuando les llegó el turno, entregaron sus documentos de viaje al aduanero y, tras una somera inspección, éste les hizo una señal para que pasaran. Aliviados, los Hartmann pasaron a la zona occidental de Berlín y se dirigieron directamente a la estación. Allí compraron billetes para Hamburgo, que estaba en lo más profundo de la zona británica, al noroeste de Alemania, y subieron a un tren. [Desde Hamburgo viajaron hasta Colonia](#), donde poco después los británicos nombraron a Hanns director de la Nordwestdeutscher Rundfunk.

Ahora que los Meisel volvían a vivir en la casa del lago, Will le escribió una carta al *Gemeinde* (Ayuntamiento) de Groß Glienicke, preguntando si

podía comprar el terreno donde se asentaba la casa. La administración del *Gemeinde* se había creado inmediatamente después de que los soviéticos hubieran asumido el control del pueblo y estaba formada por personas que no tenían ningún vínculo previo con el Partido Nazi ni con los terratenientes, la familia Schultz. Dado que el *Gemeinde* era el encargado de los asuntos locales, también era responsable del programa de reforma agraria del pueblo. En calidad de arrendatarios, Will y Eliza Meisel todavía cumplían los requisitos y, a cambio de una pequeña suma, se llevó a cabo la transacción. Los Meisel eran por fin dueños del terreno y de los edificios de la casa del lago.

Como Hanns Hartmann había huido de Berlín, Will Meisel se propuso recuperar el control de su empresa. En primer lugar, decidieron que tenían que rehabilitar el edificio de Wittelsbacherstraße 18, en el barrio de Wilmersdorf, con la intención de utilizarlo como oficinas y como vivienda. A continuación le escribió una carta a las autoridades británicas solicitando que le permitieran dirigir Edition Meisel. La respuesta fue clara y firme. En una carta del comité de Berlín para la Unidad de Control de la Información (Departamento de Teatro y Música), con fecha de 21 de noviembre de 1946, se decía que la empresa debía seguir bajo la dirección de *Herr* Fago, «hasta la efectiva desnazificación del señor Meisel».

Frustrado por la intransigencia de los británicos, Will informó a Paul de que iba a ser el director oficial de la compañía. Mientras tanto, Will seguiría intentando limpiar su nombre.

En verano de 1947 concluyó la rehabilitación y los Meisel se mudaron de nuevo a su hogar de Wittelsbacherstraße 18. En aquel momento estaban demasiado ocupados en reconstruir sus vidas destrozadas como para pasar temporadas en el campo. Una o dos veces fueron a Groß Glienicke para comprobar el estado de su propiedad, pero resultaba difícil llegar hasta el pueblo, teniendo en cuenta el terrible estado de las carreteras y los puestos de control soviéticos y británicos que se encontraban a su paso. Además, la escasez de la posguerra había provocado que la gasolina tuviera un precio prohibitivo.

En octubre de 1947, dos años después del final de la guerra, los esfuerzos británicos de desnazificación habían sido tan sólo un éxito parcial. Los británicos habían examinado **más de 2,1 millones de casos**, lo que dio lugar al despido de 347.000 personas de sus empleos y al procesamiento de 2.320 personas por mentir en sus respuestas al *Fragebogen*. **Esas cifras, per cápita**, eran mucho más bajas en la zona estadounidense. Como respuesta, las autoridades británicas aprobaron la Ordenanza 110, con la que transferían a las autoridades alemanas la responsabilidad del proceso de desnazificación. Como medida de seguridad, el control en última instancia seguía en manos de los comisarios británicos, que tenían la potestad de intervenir en los casos cuando lo estimaran necesario.

Teniendo en cuenta que todavía quedaban millones de personas en espera de su desnazificación, estaba claro que el sistema nunca lograría ponerse al día. Para entonces, más preocupados por la creciente amenaza soviética que por los antiguos nazis, las potencias ocupantes británica, francesa y estadounidense acordaron acelerar los casos restantes a través de los tribunales. **Aquellos casos restantes iban a ser juzgados por un procedimiento sumarísimo**, que no concedía tiempo suficiente para investigar a los acusados. Por consiguiente, muchos de los juicios de aquel periodo tenían un valor judicial cuestionable. También se decidió que no se iniciaran nuevos casos de desnazificación a partir de enero de 1948. Sólo debían ir a juicio los casos ya abiertos.

*

El 25 de junio de 1948, por la mañana, Will Meisel entró en el número 45 de la Schlüterstraße, muy cerca de la Kurfürstendamm, en la zona occidental de Berlín, el mismo edificio que anteriormente albergaba la Cámara de Cultura del Reich, y donde su presidente, Hans Hinkel, tenía sus oficinas. Ahora estaba ocupado por el Departamento de Inteligencia del Control de Servicios de Información británicos. Tenían dos tareas principales: conceder licencias a los artistas, actores y músicos, y supervisar los *Spruchkammern* (tribunales) de desnazificación. Will había acudido para lo segundo.

Los *Spruchkammern* habían sido encomendados a veintidós funcionarios alemanes, y su cometido se había definido en una directiva acordada por las cuatro potencias: «Sobre la destitución de sus cargos y puestos de responsabilidad de los nazis y otras personas hostiles a los propósitos de los Aliados». Las decisiones de los *Spruchkammern* estaban sometidas a la ratificación de los Aliados, pero en la práctica raramente se revocaban.

El ascensor no funcionaba desde los tiempos de Hans Hinkel, de modo que Will subió por la escalera hasta la tercera planta, donde entró en una sala elegante, revestida de paneles de madera, y llena de hileras de sillas enfrente de una mesa muy grande. La estancia estaba casi vacía –allí se habían celebrado tantas audiencias de desnazificación como aquella que ya raramente suscitaban interés. Dieciocho meses antes, en diciembre de 1946, aquella misma sala había visto cómo se sometía a su propio juicio de desnazificación a Wilhelm Furtwängler, uno de los directores de orquesta más famosos de Alemania. [A pesar de sus estrechos vínculos con el Partido Nazi](#), el tribunal había exonerado a Furtwängler y le había autorizado a volver a trabajar. Will Meisel esperaba conseguir ese mismo resultado. Para hacerlo, iba a tener que demostrar que había sido un *Mitläufer* [simpatizante], un miembro simbólico, sobre el papel, del partido, y que nunca había apoyado su doctrina. Cabe señalar que durante su juicio en los años treinta, Robert von Schultz tuvo que demostrar lo contrario: que no sólo era miembro del partido, sino que también suscribía su ideología.

El tribunal que juzgó a Furtwängler fue supervisado por los estadounidenses, con la ayuda de dos alemanes del Comité Auditor alemán, entre ellos su presidente, un tal Hanns Hartmann. [Sin embargo, Will Meisel sabía que su antiguo director creativo ya no estaba en Berlín y que, lamentablemente, no iba a comparecer como testigo en su juicio.](#)

[Al dar las diez, los seis comisarios](#) entraron en la sala, entre ellos el presidente, [Alex Vogel](#), de cuarenta años, y antiguo comunista. También estaban presentes seis testigos, entre ellos Paul Fago. El presidente inició el procedimiento explicando que Will Meisel había sido miembro del Partido Nazi, que por consiguiente se le había prohibido dirigir la compañía, y que ahora solicitaba su rehabilitación. A continuación le pidió al editor que

expusiera su caso.

Will Meisel empezó haciendo un resumen de su trayectoria profesional, diciendo que había fundado su empresa en 1926, que había ido creando el catálogo musical y que posteriormente trabajó en distintas películas. El ascenso de los nazis al poder el 30 de enero de 1933 había sido una «sorpresa» total, dijo, y añadió que tres días después las obras de Edition Meisel habían sido excluidas de la radio debido a que el 80 % de su catálogo lo formaban obras de compositores judíos. Declaró que en el Ministerio de Propaganda le calificaban de «*Judenknecht*», de esclavo de los judíos, y que había «sufrido muchísimo» por ello.

Calificó su afiliación al Partido Nazi de «paso desafortunado», y añadió que se incorporó al partido para «proteger mi negocio y los derechos de los autores judíos». En aquel momento intervino Vogel y dijo: «En términos comerciales fue una jugada afortunada».

Will respondió rápidamente que «en retrospectiva no era lo correcto», y añadió que, tras perder a su director financiero, un judío, en 1935, había contratado a Paul Fago, que era francmasón, una organización prohibida en aquella época. Unos meses más tarde contrató a Hanns Hartmann, cuya esposa era judía. Will dijo que había intentado ayudar a *Frau* Hartmann a emigrar a Inglaterra, y que, al no lograrlo, «hizo todo lo posible» ante el Ministerio de Propaganda, lo que permitió que Hartmann conservara su puesto, pese a estar casado con una judía. A continuación añadió que cuando las cosas se pusieron políticamente turbulentas en Berlín, durante los «tiempos de discriminación contra los judíos, el matrimonio Hartmann a menudo había dormido en mi apartamento privado o en la casa que la compañía tenía en Groß Glienicke. En resumen, hasta el final de la guerra hice todo lo que pude para salvar a los Hartmann».

Vogel le presionó en ese punto. «¿*Herr Fago* y *Herr Hartmann* han aportado declaraciones al respecto?» Will respondió: «No, no de esa manera». Claramente, el tribunal estaba desconcertado por aquella omisión. Si era cierto que Will Meisel le había ayudado de aquella forma, ¿por qué Hartmann no había aportado un testimonio positivo? Era algo particularmente insólito, dado que Hartmann era un testigo de gran credibilidad.

Will, temiendo perder el favor del comité, contó que había ayudado a otros judíos, y mencionó en primer lugar el agente inmobiliario que había encontrado la casa del lago para su familia en 1937. «Conocía al gestor inmobiliario Herbert Würzburg», dijo, «que era de origen judío, y le sostuve hasta 1943 con dinero y vales de comida. También ayudé al compositor judío Harry Waldau, encargándole trabajo hasta 1943.» Nadie mencionó que en 1943 Harry Waldau, de sesenta y siete años, y Herbert Würzburg, de cuarenta y cuatro, habían sido detenidos en una redada en Berlín y trasladados a las cámaras de gas de Auschwitz.

A fin de demostrar que no tenía relación directa con el régimen nazi, Will llamó a testificar a sus antiguos colegas. Aunque era frecuente que en aquellos juicios se llamara a declarar a testigos de la buena conducta del acusado, la gente denominaba aquellos testimonios *Persilschein*, certificados de encubrimiento, y a menudo los jueces los desestimaban por considerarlos poco fiables. El primero en testificar fue Reinhold Walch, el antiguo abogado del editor de música. Vogel, mostrando la carta que Will le había escrito en 1938 a Hans Hinkel, director de la Cámara de Música del Reich, le preguntó al abogado si él participó en el intento de su cliente de adquirir empresas arianizadas. Fue él quien le insistió a Meisel, respondió Walch, ya que «pensé que era una buena idea comprar aquellas empresas». Tras señalar que aquel intento de comprar bienes de los judíos tuvo lugar tan sólo unos días después de la Noche de los Cristales Rotos, que había aterrorizado a la población judía de Alemania, Vogel le preguntó al abogado si consideraba que había «dado un buen consejo». Walch respondió que sí.

Como parte del expediente judicial, a Will Meisel le pidieron que entregara un ejemplar actualizado de su *Fragebogen*, del que se habían incluido algunas copias en los papeles del juicio. En la pregunta 121, a Will le preguntaban: «¿Alguna vez ha comprado usted, o algún familiar directo suyo, algún bien incautado a otra persona por motivos políticos, religiosos o raciales?». Will había dicho «No». A la pregunta 123 —«¿Administra usted bienes arianizados que anteriormente fueron propiedad de personas judías?»— había vuelto a decir que «No». Por último, cuando le pedían que enumerara los bienes que poseía, Will había declarado que, además de sus propiedades

en Berlín, era «dueño de una casa de madera en Groß Glienicke que le había comprado al doctor Alexander en 1936». Por supuesto, Vogel y sus compañeros de la comisión no sabían que la casa del lago había sido arianizada en 1940, dado que aquellos expedientes estaban enterrados en los archivos de la Gestapo, a los que no tenían acceso en aquella época.

En un intento de distraer a los comisarios, Will interrumpió la vista –no se trataba de un tribunal penal como los habituales, en los que tan sólo pueden preguntar el fiscal y la defensa– y le preguntó a su antiguo abogado por los esfuerzos que él, Will, había hecho para proteger a Hartmann y a su esposa.

Walch: Sólo puedo decir que *Herr* Meisel no tenía muy buena reputación [entre los nazis] debido al asunto de Hartmann. Hartmann era el director de Meisel, cosa que no estaba permitida porque no era miembro de la Cámara de Cultura del Reich. Aquello trajo consigo algunos problemas. Fue necesario conseguir un permiso de trabajo para él y una licencia especial para *Frau* Hartmann.

Cuando le preguntaron a Walch quién le había sugerido que consiguiera una licencia especial para *Frau* Hartmann, contestó que fueron Will Meisel y Hanns Hartmann, y añadió que él no cobró por aquellas gestiones.

Walch volvió a su asiento y a continuación declaró Wilhelm Lachner, que dijo que trabajaba en la industria de la música y que conocía a Will desde hacía veinte años. Le contó al tribunal que iba «a menudo a Groß Glienicke, donde conoció al director creativo, Hartmann». Añadió que allí escuchaban juntos la radio extranjera. Dijo que, además de a *Frau* Hartmann, Will Meisel había ayudado a otras personas que se habían visto «afectadas por las Leyes de Núremberg», entre ellas el compositor Willy Rosen. Cuando Vogel le preguntó si había visto cómo un empleado de Will Meisel llenaba de propaganda nazi el coche de la empresa y la llevaba a las manifestaciones y los desfiles, Lachner contestó que no lo sabía.

Por último testificó Paul Fago. Dijo que conocía a Will desde hacía veinticinco años y que trabajaba en su empresa desde mediados de los años treinta. Afirmó que el 90 % de los autores de las obras que publicaba Will

eran judíos, y que después de que se prohibiera la emisión de música judía por la radio, la empresa entró en pérdidas. «Yo creo que se afilió al partido para salvar su empresa», dijo, y añadió que Will «no era ni un nazi ni un militarista», y que incluso en marzo de 1945 había evitado hábilmente prestar servicio en la Volkssturm, la milicia popular. Sin embargo, contradiciendo el anterior testimonio de Will, Fago declaró que en realidad Edition Meisel había publicado por lo menos tres canciones militaristas.

El presidente de la vista volvió sobre la cuestión de que Will había adquirido propiedades de los judíos. *Herr* Meisel se había «resistido» a comprar activos de los judíos, dijo Fago, y era «contrario» a ese tipo de negocios. La única excepción, añadió, fue el intento que hizo Meisel en 1938 de adquirir Universal Edition, una editora austriaca.

En aquel momento Will volvió a intervenir, y le preguntó a Fago sobre el hecho de que en la oficina sintonizaran BBC Radio. Entonces Fago confirmó que «Meisel era lo bastante valiente como para escuchar programas extranjeros en presencia de sus empleados». Nunca había visto a Will con un emblema del Partido Nazi dentro de la oficina, ni los empleados se saludaban exclamando «*Heil Hitler*», ni se celebraban reuniones del Partido Nazi en las dependencias de la compañía. Will recibía constantemente visitas de escritores y compositores famosos, dijo, y mantenía «conversaciones muy peligrosas para aquellos tiempos, por lo que habrían podido cortarnos la cabeza». Cuando Vogel preguntó si se trataba de un grupo antifascista, Fago contestó que así era, y que Will formaba parte de él.

Entonces Vogel dijo que el último documento que quería leer en voz alta había sido escrito por Hanns Hartmann, que se lo había enviado desde Colonia, con fecha del 31 de mayo de 1948. En su declaración, Hartmann decía que la adquisición de Universal Edition había sido idea suya, a fin de salvaguardar los intereses de su propietario judío mientras él no pudiera ser su dueño. Afirmaba no recordar que Will hubiera intentado adquirir otras propiedades de judíos.

Y lo más importante: a pesar de las reiteradas afirmaciones de Will Meisel en el sentido de que había protegido a los Hartmann de los nazis, Hanns no mencionaba la ayuda de su antiguo jefe. Ni tampoco decía que Will

Meisel hubiera ayudado a otros compositores judíos, ni siquiera que les había concedido permiso a los Hartmann para refugiarse en la casa del lago.

Hay varias interpretaciones de la incomparecencia de Hanns en la vista, así como de su silencio sobre la ayuda que supuestamente le prestó su antiguo empleador. Indudablemente, Hanns estaba muy ocupado dirigiendo la organización de radiodifusión en Colonia, por no mencionar que deseaba evitar cualquier contacto con la policía soviética, que patrullaba por las calles de Berlín. Según una declaración de Paul Fago a uno de los investigadores de desnazificación, anterior al juicio, existía cierto grado de «odio» entre los dos hombres, aunque «la mayoría de las peleas eran por sus distintos puntos de vista sobre el arte». Además, es muy probable que Will exagerara su papel como salvador. Al igual que otros judíos casados con arios, lo más verosímil era que Ottilie hubiera quedado a salvo de los peores excesos del régimen nazi sin la intervención del editor de música. En otras palabras, Hanns no sentía ninguna obligación de manifestar su gratitud.

Tras un último alegato de Will Meisel, los comisarios se retiraron a deliberar. Tan sólo les llevó unos minutos llegar a la conclusión de que en realidad el editor no había sido más que un miembro simbólico del Partido Nazi, y que las pruebas demostraban que no creía en esa ideología. Por añadidura, a pesar de que el editor intentó adquirir empresas judías en 1938, la comisión interpretaba que no lo hizo para lucrarse personalmente, ni por motivos antisemitas. Por consiguiente, los comisarios declaraban que creían que había que permitir que Will volviera a trabajar, una decisión que iban a trasladar al Gobierno Militar Británico, donde casi con seguridad le darían su sello de aprobación.

Will se alegró mucho, pues era consciente de lo cerca que había estado del desastre. Daba la impresión de que le habían absuelto de cualquier conducta irregular y que no iba a recibir ningún tipo de castigo.

Sin embargo, al tiempo que Vogel y sus subordinados emitían su veredicto, una noticia política más importante estaba cundiendo por toda la ciudad, ya que, el 24 de junio de 1948, la víspera del juicio, las autoridades soviéticas habían anunciado que, con efectos inmediatos, iban a levantar una barrera contra la población de Berlín Occidental. El efecto era que los dos

millones y medio de habitantes que vivían en los sectores ocupados por los Aliados iban a quedar aislados del resto del mundo.

Berlín estaba sitiada.

Meisel 1948

A primera hora de la mañana del 26 de junio de 1948, temblaron los platos y las tazas del armario de la cocina de la casa del lago, ahora deshabitada, debido al paso atronador de un avión Dakota C47 por encima de la vivienda, a escasos cincuenta metros de su tejado. Era el primer avión británico de aprovisionamiento para la población de la ciudad que aterrizaba en Gatow. La misión de rescate para la población de Berlín patrocinada por los Aliados, posteriormente conocida como el Puente Aéreo de Berlín, acababa de comenzar.

Con la intención de controlar todo Berlín, los soviéticos habían tomado la decisión de forzar la cuestión por el procedimiento de cerrar todos los accesos a Berlín Occidental ya fuera por carretera, por ferrocarril o a través del río. El único acceso a Berlín que quedaba eran los tres corredores aéreos abiertos en el espacio aéreo soviético. Calculando que los soviéticos no se atreverían a abatir sus aviones –al suponer que no querrían agravar drásticamente la situación– [los estadounidenses, británicos y franceses actuaron con rapidez](#). En el plazo de unas horas habían organizado una serie ininterrumpida de vuelos para auxiliar a los ciudadanos de Berlín Occidental. Gatow, que estaba muy cerca de la ciudad, y era uno de los tres únicos aeropuertos de que disponían los Aliados, era una escala evidente para el puente aéreo.

El carbón, que se transportaba en grandes sacos de arpillera, y que constituía el grueso de la carga, era la necesidad más apremiante. También se llevaban a Gatow harina, arroz, pescado y patatas, así como bombillas, leche y el correo. Al cabo de poco tiempo, más de 5.000 personas estaban trabajando en el funcionamiento del puente aéreo en el aeródromo británico.

Una vez que los aviones se detenían junto a unos enormes hangares, las cuadrillas trabajaban las veinticuatro horas del día para descargar las valiosas mercancías. Mientras que el carbón se trasladaba a unas barcazas que esperaban cerca de allí, en el río Havel, para llevarlas a la central eléctrica de Berlín Occidental, el resto de las mercancías se llevaba en camión hasta la ciudad. En el momento de máxima eficacia, se podía descargar un avión y dejarlo listo para despegar en el plazo de quince minutos. A medida que fue aumentando el tráfico aéreo, los aviones aterrizaban y despegaban del aeródromo cada pocos minutos. Al principio sólo había una pista en Gatow. Conscientes del enorme volumen de carga que hacía falta para alimentar y calentar la ciudad, los británicos decidieron construir una segunda pista.



Aeródromo de Gatow con el extremo septentrional del lago de Groß Glienicke al fondo (arriba, a la izquierda)

Los fines de semana, los niños del pueblo se congregaban junto a la

Potsdamer Tor, saltando entusiasmados mientras esperaban la llegada del siguiente avión. Si tenían suerte, mientras seguían la trayectoria del avión a lo largo de los últimos centenares de metros hasta aterrizar en Gatow, les llovían paquetes, cada uno de ellos frenado por un minúsculo paracaídas. Los niños se lanzaban a la rebatiña para recogerlos, pues eran regalos de los británicos, que contenían galletas y chocolate.

Uno de los niños que perseguía aquellos aviones era Lothar Fuhrmann, que a la sazón tenía diez años, y se había mudado con su familia unos meses antes a la casa de los Munk, contigua a la casa del lago. Los Munk habían alquilado su casa de vacaciones, ya que habían decidido, al menos por el momento, centrar sus energías en Berlín.

El padre de Lothar, Erich, había prestado servicio en el Ejército durante la guerra y, una vez acabada, estuvo detenido durante un breve periodo, acusado de crímenes de guerra. El caso fue archivado y Erich fue puesto en libertad. Antes de llegar a Groß Glienicke los Fuhrmann habían vivido en el norte de Alemania, junto al mar Báltico. Habían encontrado la casa a través del tío de Lothar, que trabajaba como jardinero para el profesor Munk.

Lothar Fuhrmann estaba fascinado con el puente aéreo. Siempre que podía iba corriendo hasta el aeródromo por el antiguo camino de tierra, pasando por delante de las ruinas del palacio. Allí se reunía con otros niños y niñas y se quedaba junto a la alambrada viendo cómo los aviones se disponían a aterrizar, casi rozando con el tren de aterrizaje los tejados de las casas del pueblo, y tocando tierra con un estruendo y un aullido de los motores a tan sólo unos metros de donde estaban ellos.

Algunos de los niños llevaban libretas en las que garabateaban el número y el tipo de aviones que llegaban y partían. Había aeronaves de todas las formas y tamaños. El plateado Dakota C47, por ejemplo, una compacta bestia de carga, que era el visitante más asiduo de Gatow; o el Tudor 688, con un fuselaje largo y delgado y un poco práctico tren de cola; o el enorme Handley Page Hastings, el mayor avión de carga que veían los niños, con cuatro motores Bristol Hércules montados en las alas y un tren de aterrizaje retráctil; o el Lancaster, con forma de cajón, de color verde oscuro y una torreta de artillero sobresaliendo en el morro; o el Short Sunderland 10, un hidroavión

con un morro parecido al de las garzas y sus estabilizadores bajo las alas, que aterrizaba directamente sobre el río Havel. Este avión se utilizaba para transportar sal, ya que había sido diseñado para que fuera resistente a la corrosión.

A medida que pasaban los meses, la actividad en Gatow fue intensificándose más y más. Por ejemplo, el 10 de octubre de 1948, hubo más de 442 aterrizajes en el pequeño aeródromo, y el mismo número de despegues. El 16 de abril de 1949 se realizaron 944 aterrizajes y despegues, muchos de ellos nocturnos, lo que significaba que cada noventa segundos un avión llegaba o partía de Gatow.

Los aviones estadounidenses, franceses y británicos y sus tripulaciones no fueron los únicos responsables del éxito del puente aéreo. Los propios berlineses occidentales dieron muestra de un enorme estoicismo, y soportaron grandes penurias físicas y mentales para que su ciudad no cayera en manos de los soviéticos. Los berlineses ayudaban a las tripulaciones a descargar los aviones y transportaban las mercancías por toda la ciudad; repartían comida y agua entre los ancianos y los enfermos, y, en general, levantaban la moral. También idearon ingeniosas formas de eludir el bloqueo.

A finales del otoño de 1948, Will Meisel se aventuró a salir de Berlín Occidental para ir a la campiña de Brandeburgo. Aunque estaba cruzando la frontera entre el sector británico y la Alemania ocupada por los soviéticos, esos movimientos estaban permitidos, y el aduanero le hizo una seña para que pasara. En primer lugar, Will fue hasta la casa del lago para asegurarse de que todo estaba en orden. Hacía algún tiempo que no iba por allí, y se alegró de encontrar la casa bien cerrada e indemne. Después fue a ver a algunos granjeros de la zona, con la esperanza de cambiar algunas joyas de su esposa por huevos, carne y fruta fresca, cosas que escaseaban en Berlín Occidental. Esos viajes, conocidos como *Hamsterfahrten* (excursiones para hacer acopio), eran habituales en aquella época, pero habían sido prohibidos por las autoridades soviéticas. Al cruzar la frontera para volver a la ciudad, Will tenía que ocultar los productos recién adquiridos, porque si le descubrían, se

los confiscaban.

Unas semanas más tarde, Will Meisel se puso en contacto con Bruno Balz, un compositor conocido por sus vehementes letras, con el que había colaborado durante la guerra, y le sugirió que entre los dos crearan una canción en homenaje a la resistencia y la solidaridad de la ciudad. En muy poco tiempo compusieron «Berlin bleibt doch Berlin». La canción se convirtió casi de inmediato en el himno de Berlín Occidental, y todo el mundo la cantaba y la tarareaba por las calles de la ciudad. Aquella canción, muy pegadiza, fue el mayor éxito de Will desde «Ilona», publicada en los años veinte.

Berlín sigue siendo Berlín
¡Eso no hay quien lo cambie!
Para nosotros, siempre será Berlín
La ciudad de todos los países.

A pesar de lo orgulloso que se sentía por la ciudad y sus habitantes, a Will su vida profesional seguía resultándole frustrante. Tras su éxito ante el comité de desnazificación, el Ayuntamiento de Berlín Occidental, formado por alemanes, le había escrito una carta al Departamento de Teatro y Música del Gobierno Militar británico el 14 de septiembre de 1948, solicitando que se autorizara a Will a volver a trabajar. La carta concluía con las siguientes palabras: «No debería haber ningún inconveniente en concederle a Will Meisel un permiso para gestionar su empresa».

Aquella petición pasó primero por las manos del director del Departamento Británico de Relaciones Culturales (Sección de Libros) en Berlín, y posteriormente por las de su dirección general en Hamburgo. [Se adjuntaba la carta que Will Meisel le escribió en 1938](#) a Hans Hinkel preguntándole si podía adquirir empresas judías, así como una carta en la que George Clare, director del Departamento Británico de Control de Licencias, afirmaba que «este departamento se opondría enérgicamente» en caso de que se consintiera que Will o Eliza Meisel «engañaran» al Gobierno Militar británico, y que «recomendaba encarecidamente» que no se le concediera a

Will una licencia para trabajar en la industria musical. En una alusión al director creativo de Will, Clare señalaba que «Hartmann era la única persona decente en todo aquel negocio». Más adelante, la carta resumía la opinión de Clare: «*Herr Will Meisel es un personaje de lo más malvado que pueda imaginarse*. Además, fue miembro del partido a partir de 1933, y tendrá que esperar a su desnazificación. Sin embargo, eso no le ha impedido vivir muy, pero que muy bien desde el final de la guerra».

El 11 de julio de 1949, más de un año después del juicio de desnazificación de Will, el director de la oficina de Hamburgo le escribió un breve memorándum a la División de Servicios de Información: «La siguiente solicitud debe ser denegada, y les devolvemos el expediente para que lo retengan». Que a alguien le impidieran trabajar al cabo de tanto tiempo desde el final de la guerra era sumamente insólito. Que eso le ocurriera a un compositor y editor de música, en vez de a un miembro de las SS o de la Gestapo, resultaba aún más llamativo.

¿Por qué a Will Meisel todavía le prohibían trabajar, teniendo en cuenta que la mayoría de antiguos miembros del Partido Nazi no sólo habían sido exonerados, sino que estaban reconstruyendo diligentemente sus empresas? La respuesta es que, en esos otros casos, las autoridades británicas, estadounidenses y francesas no habían podido demostrar la culpabilidad de los sospechosos. De hecho, la mayoría de los investigadores británicos estaban furiosos por el hecho de que se hubiera llevado ante la justicia a un número tan exiguo de miembros del Partido Nazi. Su problema era que las pruebas necesarias habían sido destruidas durante la guerra. Y por eso la carta de Will Meisel a Hans Hinkel era tan extraordinaria, y tan condenatoria. Era uno de los raros ejemplos en que había sido posible demostrar complicidad con lo que fue un crimen generalizado para hacerse con los bienes de los judíos.

Por el momento, al menos, Will tenía que depender de terceros para gestionar su empresa.

Meisel 1949

En la primavera de 1949, casi un año después de que los soviéticos hubieran cortado los suministros a Berlín, ya resultaba evidente que los Aliados estaban ganando el bloqueo. Gracias al aeropuerto británico de Gatow, al aeropuerto francés de Tegel, y al aeropuerto estadounidense de Tempelhof, los Aliados habían realizado más de 275.000 vuelos, con los que suministraron más de 2,3 millones de toneladas de alimentos, carbón y material sanitario a la población de Berlín Occidental. Tras sobrevivir a los crudos meses del invierno de 1948, durante los que en ocasiones la visibilidad se redujo a menos de cincuenta metros, las temperaturas alcanzaron valores inferiores a los veinte grados bajo cero y las tormentas de nieve eran un fenómeno habitual, las tripulaciones presumían de que eran capaces de mantener el puente aéreo por tiempo indefinido.

La constatación de que su asedio había fracasado fue un amargo trago para Stalin y sus partidarios, ya que iban a tener que seguir conviviendo con las tropas estadounidenses, francesas y británicas estacionadas en el corazón de Europa oriental. Así pues, el 12 de mayo de 1949, los soviéticos, a regañadientes, levantaron su bloqueo. Aquella rectificación se producía en un contexto de tensiones crecientes entre la Unión Soviética y Occidente.

Once días después del final del bloqueo, el 23 de mayo, los Aliados fusionaron sus tres zonas de ocupación para formar un nuevo país: la Bundesrepublik Deutschland, es decir, la República Federal de Alemania (RFA). También se ratificó una constitución para el nuevo estado, la *Grundgesetz*. Aunque se inspiraba en la República de Weimar, esta nueva constitución difería en aspectos cruciales de su predecesora. Y lo que tal vez

era más importante, consagraba los derechos del individuo y declaraba que el Gobierno nunca podía arrogarse poderes de excepción. Además, como símbolo de su independencia, la RFA adoptaba una nueva bandera nacional, basada en la tricolor negra, roja y amarilla de las revoluciones democráticas de 1848-1849, y una nueva divisa, el *Deutsche Mark*, o marco alemán. Aquel estado alemán federal independiente suponía un desafío directo e intolerable para los soviéticos, que durante mucho tiempo habían alimentado la esperanza de que iban a poder controlar la totalidad de Alemania. Sin embargo, para muchos expertos de Europa y de todo el mundo, la partición de Alemania era la decisión correcta. Como afirmaba el periódico *The Times*, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia deben mantenerse «firmes y decididos», ahora que los alemanes habían «mostrado que preferían tener media Alemania libre que toda Alemania bajo la amenaza de una dictadura comunista».

La animosidad entre las potencias mundiales se agravó cuatro meses después, el 23 de septiembre de 1949, cuando los líderes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá anunciaron conjuntamente que habían descubierto «pruebas de que en las últimas semanas se ha producido una explosión atómica en la Unión Soviética». Los periódicos de todo el mundo reaccionaron con incredulidad. Una columna del *New York Times* advertía de que probablemente la Unión Soviética muy pronto dispondría de un arsenal de bombas suficientes para «destruir cincuenta ciudades de nuestro país, con 40.000.000 de habitantes», mientras que el *Sydney Morning Herald* hablaba de «Alarma en Berlín».

Dos días después, la respuesta oficial de los soviéticos era que estaban en posesión de una bomba atómica desde 1947, pero que «no había el más mínimo motivo de preocupación». Aquel mismo día, un artículo publicado en el *Tägliche Rundschau*, un periódico controlado por los soviéticos que se publicaba en Berlín Oriental, saludaba el anuncio como «una buena noticia para Alemania», puesto que los estadounidenses ya no tenían el monopolio de la bomba atómica, y cualquier Gobierno que usara la bomba podía «esperar que le pagaran con la misma moneda».

Doce días después, el 7 de octubre de 1949, las fuerzas de ocupación

soviéticas entregaban el control de la zona oriental de Alemania a un nuevo consejo de ministros, encabezado por Otto Grotewohl, líder del Partido Socialista Unificado (SED), y su vicepresidente, Walter Ulbricht. Ambos declararon conjuntamente la fundación de un nuevo país, la Deutsche Demokratische Republik, es decir, la República Democrática Alemana (RDA). Alemania quedaba oficialmente partida entre el Este y el Oeste.

Con aquellos extraordinarios acontecimientos como telón de fondo, los Meisel leyeron una serie de inquietantes artículos de prensa sobre Groß Glienicke.

Uno de los artículos hablaba sobre Gerda Radtke, que, la noche del 20 de septiembre de 1949, estaba recogiendo después de que sus tres hijos se fueran a la cama. Ahora la familia vivía en Bullenwinkel, una aldea ubicada a un kilómetro al oeste de Groß Glienicke, tras haber sido expulsada de su casa por los soviéticos.

A eso de las diez de la noche Gerda miró por la ventana y vio a un soldado soviético hablando con los Tauffenbach, un matrimonio de avanzada edad que tenía un jardín de árboles frutales en la parcela contigua. Parecía que el soldado le estaba ofreciendo un trueque a *Herr* Tauffenbach: un artículo de joyería a cambio de algo de fruta. Gerda no le dio más importancia, y volvió a sus tareas domésticas. Más o menos una hora después, Gerda oyó gritar a *Frau* Meier, que vivía al otro lado de los Tauffenbach: «¡*Frau* Radtke, *Frau* Radtke, hay un incendio en casa de los Tauffenbach!».

Gerda salió corriendo de la casa y vio cómo las llamas salían por las ventanas de sus vecinos. Después vio el cuerpo de Carl Tauffenbach tirado sobre el umbral, con la cabeza abierta, con el rostro y las manos acuchillados, y sin su alianza. Mientras Gerda contemplaba la escena en estado de shock, *Herr* Meier se subió a su bicicleta de un salto y fue a Groß Glienicke a avisar a los bomberos. Cuando Gerda hizo ademán de entrar en la casa, *Frau* Meier la retuvo y le dijo que no debía entrar porque podía quedar atrapada por las llamas.

Los bomberos llegaron unos minutos después. Dentro del cuarto de estar encontraron el cuerpo medio carbonizado de Valerie Tauffenbach, la esposa de Carl, desnuda y con ambos brazos amputados. Junto a su cuerpo encontraron una lata de gasolina vacía, que había sido utilizada para provocar el incendio. Al adentrarse en la casa y bajar hasta el sótano, encontraron un tercer cadáver, el de Martha Greiner –una mujer de treinta y seis años que trabajaba recogiendo fruta para los Tauffenbach– con las piernas rotas, los pechos amputados y el abdomen abierto de un tajo. Junto al cuerpo había una tabla de planchar y una plancha, todavía caliente.

Al cabo de poco tiempo llegaron los agentes del NKVD, la policía secreta soviética, y de la Volkspolizei alemana. Los soviéticos ordenaron a los bomberos que salieran de la casa e impidieron que los policías alemanes documentaran la escena del crimen. Dejaron que la casa se quemara. Aquella noche, Gerda recibió la visita de los agentes del NKVD, que le pidieron una declaración. Les dijo que había visto al soldado ruso delante de la puerta de los Tauffenbach, y que era capaz de identificarlo. Después de firmar la declaración, le insistieron en que no debía contarle a nadie nada de lo ocurrido. Al amparo de la oscuridad, cargaron en un vehículo militar los cuerpos de las víctimas y se los llevaron al pequeño edificio de ladrillo rojo situado junto a la iglesia de Groß Glienicke, que hacía las funciones de depósito de cadáveres. Poco después trasladaron los cuerpos a Potsdam, donde los restos fueron cremados. A pesar de sus reiteradas peticiones, el destrozado marido de Martha Greiner no consiguió que le entregaran las cenizas de su esposa.

Dos semanas después del triple asesinato en casa de los Tauffenbach, otro crimen hizo añicos la frágil paz. Dos leñadores iban en su camión por Glienicke Heide cuando el motor se paró. Uno de los hombres fue a pie hasta Groß Glienicke para pedir ayuda, dejando a su compañero al cuidado del vehículo. Cuando regresó se encontró a su colega en el suelo, al lado del camión, gravemente herido, medio muerto y con el cráneo hundido por el impacto de un objeto contundente. Las últimas palabras del moribundo fueron que los criminales habían sido dos hombres con uniformes rusos.

Aquel mismo día se recuperaron dos cuerpos desmembrados y mutilados

en una cisterna de la planta de tratamiento de aguas residuales situada junto a la base militar soviética de Krampnitz, a cuatro kilómetros al oeste de Groß Glienicke. Posteriormente, el 5 de octubre, se encontraron los cadáveres de un matrimonio a los que les habían arrancado los ojos, de nuevo a las afueras del pueblo. Se descubrió otro cuerpo, el noveno, en el bosque. Al día siguiente se encontró el cuerpo mutilado de un ciclista a seis kilómetros al oeste de Groß Glienicke, en dirección al pueblo de Fahrland. Unos días después, un buscador de setas se topó con los cadáveres de dos mujeres en el bosque, a tan sólo unos cientos de metros al norte de la casa del lago. Las mujeres habían sido violadas, y sus rostros estaban tan mutilados que fue imposible identificarlas.

Los periódicos de Berlín Occidental –y en realidad de toda la RFA– se obsesionaron con aquella historia, y publicaban artículos con grandes titulares, como el del *Tagesspiegel*: «ASESINOS CON UNIFORME RUSO – NUEVAS VÍCTIMAS EN GROSS GLIENICKE», y el del *Rhein Echo*: «LA ADMINISTRACIÓN MILITAR SOVIÉTICA ENCUBRE LOS ASESINATOS DE GLIENICKE». Los periódicos de la RDA adoptaban un punto de vista muy diferente sobre el asunto (lo que no era de extrañar), como por ejemplo el *Berliner Zeitung*, cuyo titular rezaba: «LOS MÚLTIPLES ASESINATOS EN MASA, UNA INVENCION», y que a continuación decía lo siguiente: «Los periódicos de la RFA han publicado artículos sobre este suceso con el propósito de difamar a la Volkspolizei y a los soviéticos».

Un intrépido reportero de Berlín Occidental decidió investigar el asunto personalmente. El artículo, publicado en el periódico *Sozialdemokrat*, firmado por H. H., empezaba así:

Habría podido ser un paseo mágico alrededor del lago de Groß Glienicke en este templado día de otoño, pero la magia no termina de aflorar, a pesar de que el sol calienta en un cielo azul pálido y de que los colores rojo, amarillo y marrón de los árboles y los arbustos son muy vibrantes. Toda esta belleza no se siente con fuerza porque al otro lado de Groß Glienicke ha habido doce asesinatos durante las últimas cuatro semanas.

Tras cruzar la frontera del sector británico y adentrarse en la zona soviética, H. H. caminó hasta la orilla septentrional del lago, que «antiguamente era un lugar de vacaciones para destacados actores, artistas y empresarios», y habló con unos cuantos vecinos de la zona. Una mujer recordaba que «una amiga me dijo que no pasara por esta zona, ya que en Groß Glienicke estaban ocurriendo muchas cosas», para después añadir que «todos, incluso la Volkspolizei, sabemos quiénes son los asesinos, pero es mejor mantener la boca cerrada». Otra persona le dijo al reportero: «Si te para un soldado ruso o la Volkspolizei, estás perdido». Como señalaba el periodista, a pesar de la belleza del entorno, los vecinos estaban en un estado de «pánico espantoso».

La teoría de los residentes era que los asesinos estaban acampados en el cuartel instalado en la antigua Villa Olímpica. En aquella época **había más soldados de lo habitual alojados en la base soviética, ya que cientos de ellos participaban como extras en *La caída de Berlín***, una película de alto presupuesto, encargada por Josif Stalin, que se estaba rodando en el brezal situado al norte de Groß Glienicke. La gente del pueblo estaba demasiado asustada como para salir de casa, sobre todo por la noche, y cuando se atrevían a salir, iban en grupo. «Sin embargo», concluía H. H., «la gente sólo habla de ello en sus casas, con sus familias y a puerta cerrada. Su miedo les ha enseñado a guardar silencio.»

En un principio, la delegación del Ministerio del Interior en Brandeburgo, controlada por los soviéticos, le dijo a los periodistas que no sabía nada de los asesinatos. Tan sólo cuando se les presionó admitieron que habían asesinado a los Tauffenbach, pero no a los demás. Al otro lado de la frontera, el *Berliner Abend*, el periódico vespertino de Berlín Occidental, afirmaba que los oficiales de seguridad soviéticos le habían prohibido a la Volkspolizei investigar los asesinatos. Más específicamente el NKVD amenazaba con detener tanto al alcalde de Groß Glienicke como al director de la policía criminal de Potsdam en caso de que no logran garantizar el silencio de todos los testigos oculares. **La única medida que se adoptó** fue que los soldados soviéticos acuartelados en los alrededores del Groß Glienicke vieron más restringidas sus salidas del campamento. No se practicaron detenciones

en relación con los asesinatos. Y eso a pesar de que se decía que Gerda Radtke había visto al asesino con la suficiente claridad como para identificarle a través de una fotografía.

Por último, el 19 de octubre de 1949, el jefe de la Policía Criminal de Brandeburgo, Herr Hoppe, tomó la insólita decisión de conceder una entrevista a un periodista del *Neues Deutschland*, el órgano oficial del Partido Socialista Unificado, y el periódico de mayor difusión en la RDA. Como respuesta a las crónicas de los otros asesinatos, Hoppe dijo que tan sólo estaban investigando el crimen de los Tauffenbach, y que no se habían descubierto más cadáveres. Cuando se le preguntó por los artículos publicados en la prensa occidental, Hoppe respondió: «Han sido escritos con el único propósito de difamar a la Unión Soviética y a la Volkspolizei. Lo hacen para distraer la atención del aumento del paro en Berlín Occidental».

La política de la RDA era enterrar la noticia.

Aunque los asesinatos ocupaban las primeras páginas de los periódicos de todo Berlín, no eran el único motivo de terror que preocupaba a los vecinos de Groß Glienicke. El 23 de agosto de 1950, diez meses después de que el jefe de la policía hubiera hablado de «difamar a la Unión Soviética», un grupo de soldados armados echaron abajo la puerta de una casa situada en la punta meridional del lago de Groß Glienicke y detuvieron a su ocupante: el político judío Leopold Bauer.

Bauer era un personaje muy conocido a nivel local y a nivel internacional. A principios de los años treinta, había militado en el Partido Comunista, pero después huyó a París tras el ascenso al poder de los nazis. Fue encarcelado en Francia a raíz de la ocupación alemana, se fugó en 1940, pero volvió a ser encarcelado de nuevo en Suiza, acusado de ser un agitador comunista. Después del final de la guerra, Bauer había regresado a Alemania como un héroe. Ascendió rápidamente, y llegó a ser presidente del Partido Comunista del *Land* de Hesse, y más tarde, en el verano de 1949, fue nombrado director de la emisora nacional de radio, Deutschlandsender. Fue entonces cuando se mudó a Groß Glienicke, ya que estaba cerca de Berlín y al mismo tiempo le

ofrecía la paz y la tranquilidad que buscaba.

A principios de 1950, dadas las crecientes tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética a raíz de la partición de Alemania, Josif Stalin había ordenado una campaña policial contra cualquier sospechoso de trabajar para Occidente. Y fue entonces, un año después de llegar al pueblo, cuando detuvieron a Bauer, que a la sazón tenía treinta y siete años. Bauer fue acusado de traición por ayudar a unos espías estadounidenses, y encarcelado en la prisión de Potsdam. Allí, el «Preso Número 6» –así le llamaban– fue brutalmente interrogado, al tiempo que le conminaban a confesar. En una nota manuscrita de siete páginas, Bauer declaraba: «Ésta es la última oportunidad de contar mi parte de la historia, de demostrar que no soy un enemigo, porque de lo contrario no habría razón para prolongar mi inútil vida». Tras esbozar su biografía, Bauer añadía: «¿Cómo podría demostrar que no soy un enemigo si no soy un enemigo? Siempre he luchado por la clase trabajadora y por el Partido. Puede que haya cometido errores, pero no soy un enemigo del pueblo. Siempre he tenido que trabajar, y a veces no era consciente de para quién estaba trabajando».

[Dos años después, en la primavera de 1952](#), y con motivo de una serie de «juicios farsa», Bauer fue condenado por un tribunal de Berlín. Inicialmente fue condenado a muerte, pero después se le conmutó la pena por veinticinco años de trabajos forzados en un campo penitenciario de Siberia.

Siempre que algún vecino de Groß Glienicke pasaba por delante de la casa de Leopold Bauer, que estaba deshabitada tras ser confiscada por el Estado, se acordaba de su triste final. Ése era otro motivo para tener miedo. [Con la perspectiva de seguir padeciendo una opresión aparentemente arbitraria por parte del Gobierno](#), como la sufrida por Bauer, y con la constatación de que era improbable que las autoridades investigaran los asesinatos, por no hablar de detener a los criminales, los habitantes de Groß Glienicke agacharon la cabeza. La estrategia más común era evitar todo contacto con los soldados soviéticos o con sus homólogos del aparato de seguridad de la RDA. El pueblo había dejado de ser un remanso de tranquilidad para convertirse en un lugar aterrador.

Mientras tanto, aunque el bloqueo soviético ya había cesado, la población

de Berlín Occidental se sentía más sitiada que nunca. Estaban rodeados por la República Democrática Alemana, cuya política y economía se iban pareciendo cada vez menos a la suya, y se sentían amenazados por los soviéticos, que estaban construyendo bases militares cada vez más cerca de la capital. Will Meisel, que ya no podía regresar a Groß Glienicke, se centraba en expandir su negocio. En 1951 le concedieron su licencia como empresario, ya que finalmente las autoridades transigieron. Para celebrarlo, Will enmarcó su licencia, que tenía el tamaño de un cartel, y la colgó de la pared de su despacho.

Cuatro años después del final de la guerra, la emigración masiva se convirtió en un problema para el recién fundado país de Alemania Oriental. Cientos de miles de personas, traumatizadas por la violencia de los ocupantes soviéticos, y temiendo por su futuro económico y político, estaban huyendo de la República Democrática hacia Occidente. La ruta más fácil era a través de Berlín, ya que los controles fronterizos entre Berlín Oriental y Occidental eran más laxos que entre la República Democrática y la República Federal. La gente que vivía en las zonas de Alemania controladas por los soviéticos viajaba a Berlín Oriental, cruzaba la frontera, aún permeable, a Berlín Occidental, y después solicitaba nacionalizarse en la República Federal. En 1949, casi 130.000 personas emigraron al Oeste. Esa cifra aumentó hasta casi 200.000 el año siguiente.

Para contrarrestar aquel éxodo, el Gobierno de la RDA impuso una serie de normas cada vez más estrictas con el propósito de restringir el tránsito por la frontera. A partir de aquel momento, los guardias fronterizos recibieron la orden de comprobar más cuidadosamente la documentación. Todo aquel que fuera sorprendido pasando género de contrabando –comida, artículos de lujo, dinero– debía ser detenido y encarcelado de inmediato. Los periódicos de la RDA publicaban artículos que arremetían contra la desigualdad que asolaba la RFA, y denunciaban a su Gobierno, que según ellos estaba dirigido por antiguos miembros del Partido Nazi.

A pesar de todo, la emigración masiva prosiguió. En 1951, más de

160.000 personas consiguieron pasar desde la RDA a Berlín Occidental, y de ahí –en tren, en autobús o en avión– a la RFA. Mientras tanto, docenas de vecinos de Groß Glienicke seguían realizando a diario el trayecto desde el pueblo hasta Berlín Occidental, donde los sueldos eran más altos y se pagaban en la divisa de la RFA, más valiosa. Al mismo tiempo, muchos de los berlineses occidentales que tenían casas de vacaciones en Groß Glienicke visitaban esporádicamente el pueblo, aunque con miedo de la violencia, e intimidados por el hecho de tener que cruzar al bloque oriental, aunque sólo fuera para comprobar el estado de sus parcelas e inmuebles.

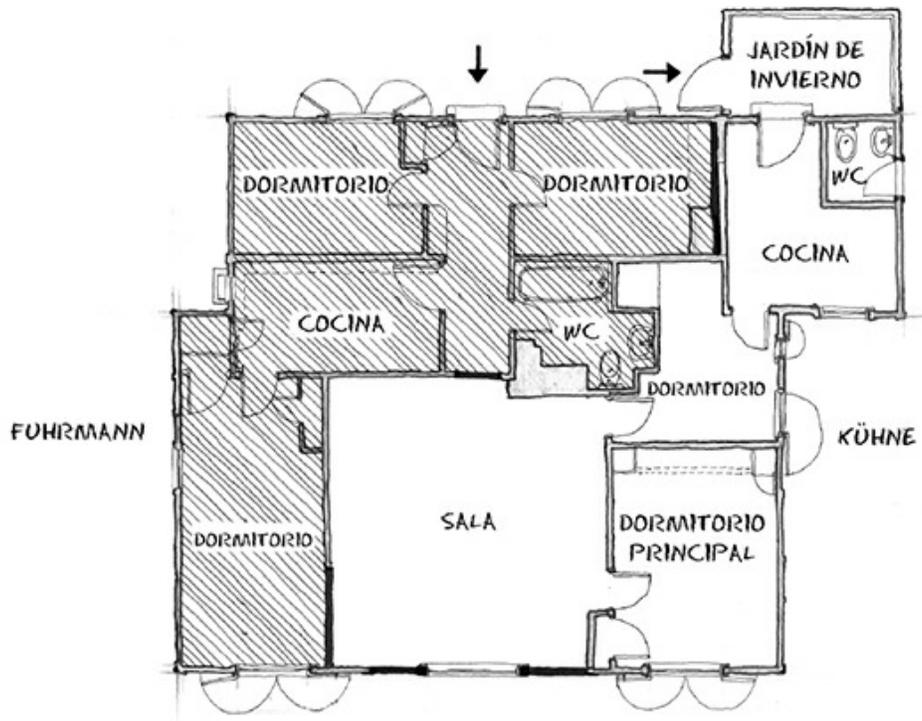
La situación cambió drásticamente el 26 de mayo de 1952. Al leer los periódicos de la mañana, Will Meisel se enteró de que la RDA cerraba con efecto inmediato la frontera entre Berlín Occidental y Alemania Oriental. Y lo que era aún más importante, el Gobierno había anunciado que si alguien quería tener propiedades en la RDA, tenía que vivir allí de forma permanente.

Dada la imposibilidad de visitar la casa del lago, Will Meisel se puso en contacto con Ella Fuhrmann, la madre de Lothar, que seguía viviendo en la casa del profesor Munk. Will y Ella se habían visto unas cuantas veces, y a menudo habían intercambiado bromas y se habían puesto al día de los cotilleos del pueblo a través de la valla que separaba los dos jardines. Durante una de aquellas conversaciones Will dedujo que *Frau* Fuhrmann buscaba un nuevo alojamiento. El Ayuntamiento le había comunicado que su familia tenía que abandonar la casa de los Munk para que pudiera instalarse en ella un maestro, un tal *Herr* Wißgott. Will le escribió una carta a Ella para preguntarle si estaría interesada en mudarse a la casa de al lado, por lo menos hasta que las cosas se aclararan políticamente. Ella accedió a vuelta de correo.

Will Meisel estaba encantado. En Berlín podía intentar recuperar su empresa, con la tranquilidad de saber que, al menos por el momento, alguien iba a cuidar de su casa del lago.

TERCERA PARTE

EN CASA



Diciembre de 2013

He regresado a Berlín con la esperanza de encontrar a algún familiar de Will Meisel. Al cabo de unos días localizo a Sven Meisel, nieto de Will, que ahora dirige la editorial de música Edition Meisel en Berlín.

Sven y yo nos encontramos en la escalinata de un edificio de piedra blanca situado en la Köthener Straße, en el centro de la ciudad. Al fondo de la calle, donde hoy se alza una torre de oficinas, antiguamente discurría el Muro de Berlín, embadurnado de pintadas, que cortaba el acceso a la parte oriental de la capital. A dos manzanas está la Potsdamer Platz, una de las principales plazas de Berlín. Tras intercambiar saludos, Sven me lleva a recorrer sus estudios de grabación.

«Aquí fue donde David Bowie grabó su Trilogía de Berlín en los años setenta», me dice en un perfecto inglés, mientras recorremos la Meistersaal, una sala forrada de paneles de madera con un pequeño escenario y el techo alto. Sigo a Sven hasta la habitación contigua donde me señala una ventana. «Y desde ahí Bowie vio a su productor besando a una de las cantantes de acompañamiento», me dice. «¿Conoce usted la canción “Heroes”?» Yo asiento con la cabeza. «¿Esos versos que hablan de besarnos junto al muro, de oír disparos de cañones por encima de nuestras cabezas, pensando que no iba a caer nada? Todo eso ocurrió aquí.»

De vuelta en el despacho de Sven, y tras explicarle mejor quién soy y por qué quería ponerme en contacto con él, le pregunto por la casa del lago. De repente, se pone serio. «¿Cuál es su intención al respecto?», me pregunta.

«¿Está usted intentando recuperar la casa?»

Yo le digo que mi objetivo es recopilar información sobre la casa para poder salvarla de la demolición. La cuestión de quién es el propietario ya está zanjada, añadido, es el Ayuntamiento de Potsdam.

Sven, más tranquilo al saber cuáles son mis móviles, agarra el teléfono y pide que le traigan del archivo de su empresa el expediente de la casa, junto con cualquier material relevante. Unos minutos después estamos mirando unas fotos de los años de la guerra, artículos de periódicos, documentos judiciales y viejas cartas.

Una de las fotografías es de su abuelo, vestido con una camisa blanca y pantalones negros, y apoyado en la entrada de una casa. La puerta tiene una ventana con forma de rombo. Es la casa del lago. El hombre parece relajado, feliz, a sus anchas. La imagen me sorprende. Es la primera vez que veo una prueba de que en la casa vivieron otras personas, gente que también la integró en su historia familiar. La foto me resulta desconcertante, como si de alguna manera socavara la historia de mi propia familia.

Sven me dice que no conoció a su abuelo, que falleció antes de que él naciera. Le pregunto si su abuelo tuvo relación con los nazis, y me sorprende la honestidad de Sven. Es posible, me dice, que su abuelo se aprovechara de la situación. «Era un personaje complejo», afirma.

Unos días después de mi regreso a Inglaterra, recibo un correo electrónico de mi padre. Me pregunta cómo va mi investigación en Berlín, y me cuenta que él también ha estado haciendo un poco de arqueología. Ha encontrado documentos referentes a una segunda reclamación, me dice, que se presentó cuarenta años después de la de Henny Alexander.

Abro el archivo adjunto y descubro varios documentos referentes a una reclamación presentada por la Jewish Claims Conference el 11 de noviembre de 1992. Según los documentos, la reclamación se presentó en nombre de la familia Alexander, pero sin su conocimiento. No era algo infrecuente. [La JCC presentó miles de reclamaciones](#) durante los años inmediatamente posteriores a la reunificación de Alemania, a principios de los noventa,

preocupados porque de no hacerlo ellos cabía la posibilidad de que las familias judías presentaran su reclamación con algún defecto de forma.

Según los expedientes, hicieron falta casi veinte años para que se tramitara la reclamación de la JCC. Finalmente, en 2010, un departamento federal reconoció que, en efecto, los Alexander habían sido «perseguidos por el Gobierno nazi» y que sus inmuebles de Groß Glienicke habían sido «expropiados ilegalmente». Como indemnización, a la familia se le concedía algo más de 30.000 euros.

Hojeando los documentos, veo que no sólo se aceptó aquella oferta, sino que mi padre y todos y cada uno de los miembros de su generación –su hermano, su hermana y sus primos y primas– habían firmado una renuncia individual, por la que se dejaba sin efecto cualquier reclamación posterior. En la parte superior de la página advierto que la fecha de entrega del dinero fue septiembre de 2012, tan sólo unos meses antes de que yo regresara por primera vez a la casa.

Le envió un correo electrónico a varios miembros de la familia preguntándoles si estarían interesados en ayudarme a averiguar más cosas sobre la casa de Groß Glienicke; en rebuscar viejas fotos y cartas, en intentar reunir las piezas de la historia de nuestra familia. Para mi sorpresa, recibo varias respuestas hostiles.

Uno de mis primos dice que no quiere saber nada de la casa. Al fin y al cabo, argumenta, los alemanes nos persiguieron en los años treinta, y desde entonces hemos sufrido una decepción tras otra a manos de distintos gobiernos y abogados alemanes.

Una de las reacciones más virulentas es la de mi padre. Me pregunta, en voz baja «¿De verdad esperas que rebusquemos en nuestros bolsillos...?»: En mi fuero interno, termino su frase: «... cuando, para empezar, esa casa nos la robaron?».

Fuhrmann

1952

En otoño de 1952, Ella Fuhrmann y sus dos hijos, Lothar y Heideraud, empacaron sus pertenencias en la casa de los Munk y se mudaron a la casa del lago.

Para Ella Fuhrmann tan sólo fue otra penalidad de las muchas que tuvo que soportar. Su esposo, Erich, había fallecido de cáncer de estómago el año anterior, a los cuarenta y seis años, y ella todavía lloraba su pérdida. Le gustaba vivir en la casa de los Munk, pero siempre supo que su estancia allí sólo iba a ser provisional. A Ella, una mujer alta, delgada, sociable y enérgica, no le preocupaba tener que cuidar de la finca de los Meisel, ni de su enorme huerto, con el que esperaba tener más que suficiente para dar de comer a su familia.

En su conversación con *Herr* Meisel, se había dejado claro que los Fuhrmann iban a ser guardeses de la casa, no inquilinos. Seguía siendo la casa del editor de música. Por consiguiente, Will no quería que nadie durmiera en el dormitorio principal, prefería que no se utilizara la sala, y los Fuhrmann no podían tocar ninguna de las pertenencias que Will había dejado en el Cuarto Azul: su piano, el taburete, los carteles y las partituras. Así pues, Lothar se instaló en el dormitorio de la doncella, junto a la cocina, mientras que su hermana, de dieciocho años, dormía con su madre en la habitación de invitados junto a la entrada principal.

A pesar de los pequeños cambios y mejoras que habían realizado los Meisel, el interior de la casa tenía el mismo aspecto que cuando se instalaron los Alexander. Los mismos sillones de respaldo alto en posición de firmes en la sala, la gran mesa roja y los bancos empotrados, las sillas de mimbre en el

porche, en la parte de atrás de la casa, y las paredes pintadas de colores alegres. Algunos de los cristales de las ventanas estaban rotos y debían ser repuestos, y como la casa había estado tanto tiempo deshabitada, hicieron falta un par de días para calentarla. Sin embargo, muy pronto ya volvía a parecer un hogar.

Por fuera, casi todo tenía el mismo aspecto que antes. La casita del guardés –donde seguía viviendo el hermano de Gerda Radtke–, el invernadero y el cobertizo de las bombas permanecían en pie, aunque necesitaban algunos cuidados. Sin embargo, la pista de tenis estaba casi irreconocible, pues las líneas blancas que marcaban los límites del terreno de juego casi no se veían por entre la hierba alta. El porche, en la parte de atrás, con su tejado y sus columnas con forma de ristra de cuentas, así como los postigos de madera pintados de color naranja, todo había sobrevivido al tumulto de los años precedentes. Aunque eran más viejos, más altos y dominantes, los sauces y los pinos seguían irguiéndose sobre la parcela, proyectando una amplia zona de sombra sobre los peldaños que descendían elegantemente hasta la orilla.

Los demás cambios importantes tan sólo saltaban a la vista al llegar al pie del jardín. Ahora una valla discurría a lo largo de la orilla del lago, demarcando la frontera entre la República Democrática Alemana y Berlín Occidental. Aquella valla estaba hecha de finos postes de madera y de una alambrada destensada. Además, habían eliminado el largo embarcadero blanco que se adentraba en el lago, y desde el que se había lanzado al agua una generación de niños y niñas.

La alambrada que marcaba la frontera era tan endeble que muchos de los postes estaban caídos, de modo que a Lothar le resultaba muy fácil saltar por encima para ir a darse un baño en el lago. En caso de que le avistaran desde alguna de las barcas de la guardia fronteriza que de vez en cuando pasaba por allí, lo más probable era que le dieran un grito, pero era un precio muy pequeño por el placer de un refrescante chapuzón.

Desde la muerte de su padre, Lothar había asumido nuevas responsabilidades. En la casa nueva, la peor de ellas consistía en vaciar la fosa séptica. Cada tarde, levantaba una chapa de metal que cubría un gran

agujero negro en el suelo e introducía una manguera en el fétido líquido del fondo. Después bajaba hasta la parte inferior del jardín, y comprobaba que el líquido fluía hasta el terreno arenoso que había junto a la orilla.

Aunque los Fuhrmann disfrutaron de su primer verano en la casa –comiendo al aire libre, bañándose en el lago, construyendo tiendas de indios en el bosque– Lothar estaba deseando que llegara el invierno. Cuando se helara el lago, iba a poder caminar sobre el hielo, explorar las calas ocultas y los bosques de la ribera. A los guardias de la patrulla fronteriza, en caso de que apareciera alguno, no parecía importarles que Lothar estuviera en el lado equivocado de la endeble alambrada –al fin y al cabo no era más que un niño. De hecho, a los guardias aparentemente les gustaba interactuar con los niños de la zona, sobre todo teniendo en cuenta que les estaba estrictamente prohibido confraternizar con los adultos. Y aquel invierno Lothar tampoco fue el único que anduvo por el lago helado. También acudían otros niños de Groß Glienicke, para patinar o deslizarse de acá para allá con sus botas, como hacía Lothar. Además se veía a mucha gente en las proximidades de la otra orilla, la de Berlín Occidental. Los dos grupos no se mezclaban, parecían estar separados por una línea invisible que discurría por el centro del lago.

Lo mejor de todo eran las ventiscas que cubrían de nieve la escarpada pendiente que había entre la casa y el lago. Lothar y sus amigos se pasaban horas construyendo rampas y toboganes, para después bajar por la pendiente montados a horcajadas sobre un trineo de madera maciza. Cuando se cansaban de echar carreras, construían gigantescas cuevas de hielo, e imaginaban que estaban en un territorio salvaje del norte, o fuertes de nieve, desde los que se tiraban bolas de nieve, hasta que, agotados y muertos de frío, se despedían y volvían cada uno a su casa, calentada con carbón.

El frío era el mayor problema de los Fuhrmann. La casa había sido construida como residencia de verano, y no había aislamiento en las paredes, ni en el sótano, ni en el desván. Durante aquel crudo invierno, en que el termómetro a veces bajaba de quince grados bajo cero, Ella Fuhrmann cubría las ventanas con mantas y las paredes con periódicos. La sala tenía una chimenea, pero Will Meisel les había prohibido utilizar aquel espacio. La estufa del sótano llevaba aire caliente hasta el dormitorio principal y el

Cuarto Azul, donde Will Meisel tenía su estudio de música, pero esas habitaciones también habían sido declarada zona prohibida. La única habitación caldeada era la cocina, de dos metros de largo por tres de ancho, que se convirtió en el centro de la vida de los ocupantes de la casa. Todas las comidas se hacían allí, y Ella guisaba en la cocina de carbón que había en un rincón, que tenía dos fogones, y en la que siempre había una gran cazuela con agua hirviendo a fuego lento. Allí los miembros de la familia se acurrucaban alrededor de la mesa abatible, con una taza de té humeante en la mano, mientras hablaban de cómo les había ido el día, o jugaban a algo, o escuchaban la radio.

Un domingo, a principios de 1953, Lothar se encaminó hacia la Potsdamer Tor en compañía de su hermana y de su madre. Llevaba puesto su traje, y se dirigía a la iglesia del pueblo para recibir la confirmación. Aquella ceremonia de confirmación era un rito de paso con el que Lothar rubricaba su compromiso con el cristianismo y con su comunidad.

Lothar había cumplido catorce años en octubre del año anterior, y por consiguiente era uno de los chicos de más edad entre los que acudieron a la iglesia aquella mañana. Dentro, le recibió Wilhelm Stintzing, el pastor de la congregación, de treinta y nueve años, un hombre alto y enjuto. A lo largo del año anterior, los confirmandos habían estudiado los ritos y usos protestantes, y el catecismo. Sin embargo, ahora ya no había discusiones sobre la ética o la moral. Por el contrario, se leyeron unos cuantos versículos de la Biblia, se cantaron unos cuantos himnos, y después el pastor bendijo a los muchachos y muchachas que tenía delante. Una vez terminado el servicio religioso, Lothar iba a ser tratado como un miembro adulto de la congregación. Y a partir de ese momento, cuando un adulto se dirigiera a él, tendría que utilizar la palabra *Sie*, usted, en vez del informal *du*, tú.

Lothar formaba parte de uno de los últimos grupos grandes que recibieron la confirmación en el pueblo, ya que más o menos en aquella época el politburó de Moscú promulgó las «Medidas para el Restablecimiento de la Situación Política en la RDA», que incluía una disposición para instituir una

alternativa socialista a la ceremonia cristiana de la confirmación denominada *Jugendweihe* (consagración de los jóvenes). Durante aquella nueva ceremonia, se le pedía a los niños que se comprometieran con la «grande y noble causa del socialismo». Después les entregaban flores y un libro, titulado *Weltall, Erde, Mensch* (El universo, la Tierra y el hombre), que era estridentemente antirreligioso. La primera de aquellas ceremonias de *Jugendweihe* tuvo lugar en Berlín Oriental y con el apoyo de los políticos su popularidad creció de forma exponencial. A consecuencia de ello, desde un máximo de más de treinta chicos y chicas al año a principios de los cincuenta, el número de confirmaciones en Groß Glienicke se redujo a menos de tres a finales de los sesenta.

Muy pronto también empezaron a desaparecer otras tradiciones: en Nochebuena, por ejemplo, en el pueblo existía la costumbre de reunirse para cantar villancicos. Sin embargo, ahora que la frontera partía Groß Glienicke en dos, la mitad de la congregación no podía ir a misa en el pueblo. Aunque el pastor Stintzing había construido una iglesia nueva en Kladow –en parte utilizando las piedras recuperadas de las ruinas del palacio– para los vecinos del pueblo que ahora vivían en la orilla oriental del lago (que correspondía a Occidente), la comunidad había quedado dividida. Como expresión de su fe, o tal vez como protesta, los parroquianos que habían quedado aislados de Groß Glienicke caminaban por la ribera del lago, portando velas en la mano, y cantando villancicos. Cuando sus voces podían oírse a través del lago en Groß Glienicke, algunos vecinos encendían sus propias velas como gesto de solidaridad.

La noche del 5 de marzo de 1953, los Fuhrmann oyeron un comunicado por la radio: Josif Vissarionovich Stalin, secretario del Comité Central del Partido Comunista y presidente del Consejo de Ministros acababa de fallecer. Había sufrido un derrame cerebral a consecuencia de su hipertensión.

En la Unión Soviética, la muerte de Stalin provocó un terremoto en el *establishment* político, y desencadenó una lucha por el poder en el seno de la élite gobernante del país. Para gran parte de la población de la RDA, la noticia

era un destello de esperanza. Tan sólo un año antes, el gobernante Partido Socialista Unificado había anunciado una intensificación de la soviétización en el interior del país. En el marco de aquel cambio de política, el Gobierno iba a imponer a sus ciudadanos una serie de nuevas medidas leoninas: aumento de los impuestos y de las cuotas de trabajo, e incremento de los precios de los alimentos y del gasóleo para calefacción. Y lo que era peor, se había dado una nueva vuelta de tuerca a la opresión política, ya que los grupos juveniles protestantes habían quedado prohibidos, y la policía había detenido y encarcelado a los disidentes «capitalistas».

Tres meses después, la mañana del 17 de junio de 1953, estalló una oleada de protestas por toda la RDA. Las mayores manifestaciones tuvieron lugar en Berlín Oriental, donde se echaron a las calles más de 100.000 personas. La manifestación discurrió por la importante avenida de Unter den Linden, y los manifestantes iban cantando el himno nacional de la República Federal y exigiendo unidad, justicia y libertad. Hubo incluso un grupo de jóvenes que se subieron a la Puerta de Brandeburgo y arrancaron la bandera soviética que ondeaba allí. También se convocaron paros y huelgas en más de 250 ciudades y pueblos de todo el país, en los que participaron, según algunas estimaciones, nada menos que medio millón de personas. En Potsdam, por ejemplo, los manifestantes ocuparon las oficinas de los juzgados, del partido y de la policía del distrito. También se produjeron disturbios en distintas localidades al norte de Groß Glienicke, como Kyritz, Wittstock, Neuruppin y Pritzwalk.

Aterrado por la sublevación, el Gobierno de la RDA pidió ayuda al Ejército soviético. Poco después, el ruido de los tanques soviéticos retumbaba por las calles de Berlín, al tiempo que la Volkspolizei disparaba contra los manifestantes en las inmediaciones de la Puerta de Brandeburgo y de la Potsdamer Platz. Los manifestantes lanzaron ladrillos y botellas contra la policía, y volcaron coches en un intento por detener a los tanques. Al final del día habían muerto cincuenta personas, más de mil habían resultado heridas, y varios miles de manifestantes habían sido detenidos y encarcelados. A lo largo de los días siguientes se celebraron numerosos juicios, que dieron lugar a la ejecución de más de doscientas personas.

No obstante, los disturbios de Berlín no se extendieron a las calles de Groß Glienicke. Los pocos que sintieron la necesidad de manifestarse habían acudido a Berlín Oriental y a Potsdam, mientras que el resto de vecinos, más cautos o más acobardados, se quedaron en el pueblo. Al día siguiente se enteraron de la explicación oficial de los disturbios. Según el *Neues Deutschland*, las protestas habían sido provocadas deliberadamente por las agencias occidentales con el objetivo de desestabilizar las políticas progresistas de la RDA. Ese tipo de artículos suscitaron una serie de comentarios de los principales líderes del partido, que argumentaban que la generación más joven se estaba corrompiendo por culpa de la cultura occidental, en particular a través del cine y la música que enaltecían la rebeldía. Esos jóvenes, afirmaban, se estaban volviendo *Halbstarke*, gamberros. Alguien tenía que enseñarles a apoyar la revolución socialista y aprovechar las oportunidades que les ofrecía el bloque soviético.

Esas afirmaciones se hacían al mismo tiempo que la partición entre el Este y Occidente iba delineándose de una forma cada vez más acusada. La división de Berlín, por ejemplo, tuvo repercusiones en los servicios que anteriormente se prestaban a toda la metrópoli. Ahora los sistemas de electricidad y de teléfonos estaban separados, y cada sector gestionaba su propia red. Mientras tanto, el abastecimiento de agua de Berlín Oriental y Occidental se controlaba de forma independiente. A excepción de los suburbios de la zona más al oeste de Berlín Occidental, cuyo suministro corría a cargo de una planta potabilizadora de la RDA ubicada en Groß Glienicke. Sin embargo, la red de alcantarillado, que discurría por debajo de la ciudad, al margen de las fronteras políticas, se gestionaba conjuntamente. Habría sido sencillamente demasiado caro crear redes diferentes de túneles y conducciones.

Mientras que los autobuses y los tranvías operaban por separado, el metro resultaba más complicado, ya que muchas de las líneas recorrían la ciudad de un extremo a otro. La mayoría de las líneas que antiguamente atravesaban la capital ahora se detenían y cambiaban de sentido en la frontera. Las pocas líneas de la zona occidental que seguían pasando por Berlín Oriental no paraban. Más tarde, las estaciones rigurosamente vigiladas por las que los

convoyes pasaban haciendo sonar el silbato, recibieron el nombre de *Geisterbahnhöfe*, estaciones fantasma.

Durante toda la partición de Berlín, la gestión de la red de metro de superficie, denominado S-Bahn, corría a cargo de las autoridades de Berlín Oriental. Muchos de los trabajadores de mantenimiento del S-Bahn de Berlín Occidental vivían en la RDA, por ejemplo en Groß Glienicke. Todos los días, cuando iba al colegio, Lothar veía pasar en bicicleta a muchos vecinos del pueblo, en dirección al paso fronterizo de Staaken, situado a diez kilómetros al norte. Allí mostraban su documento de identidad a los guardias y después seguían su camino hasta Spandau, en Berlín Occidental, para tomar un S-Bahn hasta la estación o la cochera donde trabajarán.

En verano de 1957, la casa del lago cumplió tres décadas. A simple vista, el edificio parecía haber capeado los años con elegancia. El revestimiento exterior de madera estaba impecable, y bien barnizado, el tejado estaba liso y en perfecto estado, y el porche de la parte de atrás de la vivienda estaba derecho y libre de musgo. Sin embargo, al inspeccionarla más detenidamente, había indicios de que la casa requería tareas de mantenimiento. Las ventanas necesitaban una mano de pintura, a los ladrillos de la parte alta de las chimeneas no les habría venido mal un poco de cemento, y ahora que en la casa vivía una familia durante todo el año, la exigua cocina resultaba insuficiente. Y era muy probable que el deterioro prosiguiera, teniendo en cuenta que los Fuhrmann eran «guardeses» que únicamente vivían en la casa, y no tenían ni dinero ni cualificación para rehabilitarla ellos mismos.

Desde que se mudaron a la vivienda, los Fuhrmann se habían tomado muy en serio las órdenes de Will Meisel, y habían ocupado tan sólo la mitad de la casa, evitando las habitaciones prohibidas. Los muebles del editor seguían tapados con sábanas. Los armarios, repletos de ropa de su esposa, una estrella del cine, olían a naftalina y a cerrado. Las partituras de Edition Meisel que había encima del piano tenían las esquinas curvas por haber estado expuestas al sol que entraba a raudales por las grandes ventanas.

La sensación de abandono y de vacío que envolvía la casa se hizo más

palpable cuando la hermana de Lothar se fue a vivir con su tía en Potsdam. Así pues, no es de extrañar que, dada la escasez de viviendas que seguía habiendo desde la masiva destrucción de inmuebles provocada por la Segunda Guerra Mundial, el *Gemeinde* decidiera buscar otro inquilino para que compartiera la casa.

Fuhrmann y Kühne 1958

El 16 de septiembre de 1958, una camioneta se detuvo delante de la casa del lago. En ella iban Wolfgang e Irene Kühne, sus dos hijos, y todas las pertenencias de la familia.

Irene estaba encantada. De los árboles del jardín, en la parte alta de la parcela, colgaban manzanas maduras de color verde y rojo. El jardín estaba exuberante, y la vista sobre el lago era preciosa. Mientras se aproximaban a la puerta de entrada, Irene vio a una mujer a través de una ventana que tenía los postigos abiertos. «¿Quién es?», le preguntó a su marido. Él le explicó que era *Frau* Ella Fuhrmann, la mujer con la que iban a compartir la casa.

A principios de aquel verano, Irene Kühne había dicho basta. Llevaba más de dos años viviendo en un semisótano oscuro y húmedo en Potsdam. El semisótano era perjudicial para la salud de sus hijos, Hartmut, de tres años, y Rosita, de uno. Sin embargo, a pesar de sus reiteradas promesas, Wolfgang no había logrado encontrar un lugar mejor para la familia.

Y lo que es peor, el padre y la madrastra del marido de Irene, que vivían al lado, en un apartamento más grande, más limpio y más luminoso, se estaban desmandando. Daba la impresión de que cada día trataban a Irene con mayor crueldad. Resultaba fácil predecir cuándo iban a estallar. En cuanto empezaban a beber, habitualmente a la hora de comer, se ponían agresivos y pendencieros, y a continuación empezaban a gritar y a criticar a Irene. Para empeorar las cosas, Ursula, la hermana de Irene, acababa de irse de vacaciones a Dortmund, en la RFA, con su marido y sus hijos. Unos días

después, Ursula le había enviado una carta a Irene para decirle que no pensaban volver, que querían empezar una nueva vida en Occidente. Irene estaba deprimida, no se sentía querida y tenía la sensación de estar atrapada.

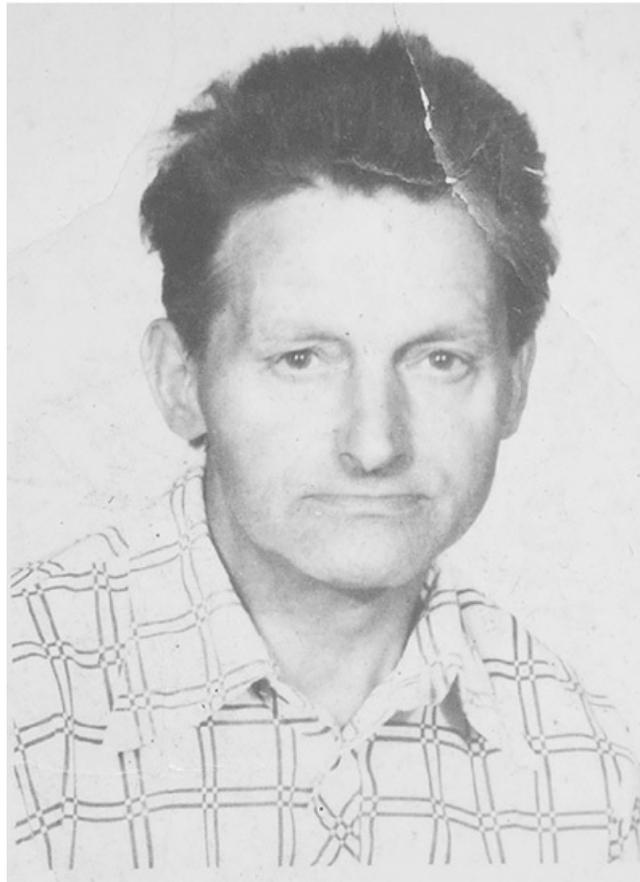
Las cosas no siempre habían sido así. Wolfgang le gustó desde el día que se conocieron. Además, sentía lástima por él. La madre de Wolfgang había muerto siendo él un niño, y su madrastra le pegaba por la mínima falta. Después, durante la guerra, aunque todavía no era más que un niño, Wolfgang había pasado largas horas apretujado y soportando un ruido ensordecedor como auxiliar en una batería antiaérea. La pareja se había conocido ocho años después del final de la guerra en un baile, en Potsdam. Ella era una mujer menuda, guapa, y estaba estudiando enfermería. Él era un joven alto y anguloso, con la barbilla cuadrada y una sonrisa contagiosa. Como era albañil, Wolfgang estaba hasta arriba de trabajo, teniendo en cuenta los enormes daños que había sufrido Potsdam a causa de los bombardeos. En 1955, tras dos años de noviazgo, se casaron. Ambos tenían veintiún años.

Más o menos durante el último año, el trabajo de Wolfgang había decaído, y pasaba más tiempo en casa, bebiendo con su padre y su madrastra. El carácter se le había agriado, y no ayudaba con los niños. No era fácil ganar dinero. Una noche, tras una velada de alcohol particularmente escandalosa, Irene explotó y le dijo a Wolfgang que ella no aguantaba más y que él tenía que buscar un empleo. Consciente de que su esposa hablaba en serio, Wolfgang le prometió que encontraría algo mejor. Durante unos días estuvo buscando trabajo en Potsdam, recorriendo las obras y preguntando si necesitaban gente.

Fue entonces cuando Wolfgang se enteró de que el regimiento de la guardia fronteriza de Groß Glienicke estaba reclutando gente y entregó una solicitud. Para gran alegría suya, le dijeron que podía empezar de inmediato. Su nuevo empleo consistía en conducir un camión del regimiento. Su rango como militar sería soldado de primera, con un contrato de tres años. Pero también le dijeron que su nuevo cargo conllevaba responsabilidades adicionales. Antes de poder empezar a trabajar debía presentarse a una reunión en el Ministerio de la Seguridad del Estado (MfS), más conocido

como la Stasi.

La Stasi había sido creada en febrero de 1950, cinco meses después de la fundación de la RDA. Su lema oficial era «Escudo y Espada del Partido», un claro indicio de su imperativo político. Se concibió conforme a las directrices de la policía secreta soviética –y se formó a partir del departamento K5, que había asumido la tarea de investigar los crímenes políticos en la Alemania ocupada– y rendía cuentas directamente a la cúpula dirigente del Partido Socialista Unificado.



Wolfgang Kühne

A raíz de la insurrección de 1953, las funciones de la Stasi incluían tareas de reconocimiento y contraespionaje en la República Federal y en Berlín Occidental, descubrir y eliminar organizaciones y actividades «antidemocráticas» en el seno de la RDA, vigilar las fronteras y dar protección a los funcionarios políticos. [En 1958, la Stasi ya empleaba a](#)

17.000 personas, y supervisaba una red de entre 20.000 y 30.000 informadores no oficiales, lo que equivalía aproximadamente a uno de cada 450 adultos de la RDA. Su tarea consistía en espiar a la población nacional. Aunque algunos confidentes eran poco más que fuentes de información ocasionales, otros tenían un papel más oficial, que les exigía firmar un contrato formal. En aquellos tiempos se les conocía con el nombre de *Geheimer Informator* (GI), informadores secretos.

Wolfgang llegó puntual a su reunión de reclutamiento el 13 de agosto de 1958. La entrevista tuvo lugar en el despacho de un agente de la Stasi, Helmut Zschirp, con base en el cuartel de la guardia fronteriza de Groß Glienicke. En el escritorio que Zschirp tenía delante estaban el expediente y la solicitud de Wolfgang. Zschirp había leído que Wolfgang no hablaba ningún idioma extranjero, ni tenía familiares fuera de la RDA –se le había olvidado oportunamente mencionar a su cuñada de Dortmund– y tampoco tenía familiares que hubieran trabajado para los nazis. Por consiguiente estaba políticamente limpio. El expediente también incluía una descripción física del candidato: delgado, con el cabello rubio, rostro oval y con un ligero tartamudeo.

Una cuestión que preocupaba al oficial de reclutamiento era una frase que alguien había subrayado en rojo: «Kühne ha participado en educación política. Sin embargo, se centra en conversaciones negativas, lo que pone de manifiesto que confía poco en la política de la RDA. En ese aspecto, subsisten muchas dudas sobre él». Y, en un tono más positivo: «Kühne realiza satisfactoriamente las tareas sencillas».

Adjunta al expediente había una nota del superior de Zschirp, el teniente Hermann, que recomendaba el reclutamiento de Wolfgang a pesar de sus «numerosos puntos débiles que sugieren cierta confusión ideológica [...] Kühne tiene el intelecto suficiente como para trabajar como informador secreto». El objetivo operativo del reclutamiento de Wolfgang, decía la nota, debería ser «potenciar el número de informadores que trabajan en el departamento de conductores de camión, ya que en este momento sólo disponen de uno, lo que incumple los estándares de seguridad».

Zschirp empezó preguntándole al «candidato» por la situación política del

momento. Wolfgang dijo que temía que el «enemigo congregado en Berlín amenace con hacerse con el control de nuestras tropas y nuestras comunidades», y que no quería que su familia «experimentara la penetración de fuerzas enemigas en nuestra tierra, ni el inicio de una guerra atómica». Seguidamente, Zschirp le informó de que quería que Kühne trabajara como informador secreto. Se requería de él que recopilara información sobre su familia y sus compañeros de trabajo, que preparara informes por escrito y verbales, y que se presentara a las reuniones con su controlador a la hora y el lugar designados por él. Y lo más importante: Wolfgang no tenía que revelarle su trabajo a nadie, ni siquiera a su esposa. A cambio, se beneficiaría de la protección del Estado –más calidad de vida, y una vivienda mejor.

Tras mostrarse conforme con los términos, Wolfgang escribió su «carta de compromiso», que le dictaron. Comparada con la pulcra caligrafía que se ve en su solicitud al puesto de conductor de camión, aquella nota era irregular, y da la impresión de que la tinta azul se aplicó con una presión variable, como si Wolfgang hubiera titubeado mientras la escribía.

Compromiso

Debido a la actual crisis política en el mundo, y la incesante amenaza de la escalada militar con armas atómicas en la República Federal de Alemania, he constatado que es necesario proteger nuestras fronteras y entorpecer las amenazas o los actos que intenten perturbar nuestro desarrollo pacífico. En virtud de esa constatación, accedo a informar a la Stasi por escrito sobre cualquier cosa que entorpezca el desarrollo de nuestro pacífico Estado de obreros y campesinos. Elaboraré mis informes por escrito con transparencia y honestidad. Mi trabajo para la Stasi será una relación no oficial, y siempre acudiré puntualmente a las reuniones con la Stasi. Guardaré silencio sobre todo ello y no se lo revelaré ni a mi esposa, ni a mis familiares, ni a mis compañeros de trabajo. Firmaré los informes que entregue con el nombre en clave:

Llave de Contacto

Si por alguna razón no pudiera asistir a las reuniones con el MfS se lo haré saber a mis superiores por anticipado. Si se pierde el contacto, intentaré restablecerlo.

La carta de compromiso iba firmada por el «soldado de primera Wolfgang Kühne». Una vez concluido el reclutamiento de Wolfgang, le dijeron que su primera misión era aportar una «descripción detallada de sus familiares y de sus ideas políticas», así como cualquier «deficiencia en el departamento de vehículos». Acordaron reunirse dos semanas más tarde.

Posteriormente, el expediente fue revisado por el superior de Zschirp, un tal «jefe del grupo de operaciones Beick». Al pie del informe, Beick añadió una nota manuscrita que decía: «En un futuro, por favor convenzan a otros candidatos de que no se les ocurran unos nombres en clave tan absurdos».

De vuelta en casa, Wolfgang le contó a Irene las buenas noticias. Dijo que tenía un nuevo empleo como conductor de camión para el regimiento de la guardia fronteriza de Groß Glienicke. Y lo mejor era que había encontrado un lugar donde vivir, junto a un lago maravilloso. Lo que no dijo es que iban a tener que compartir la casa con otra familia, ni cómo había conseguido su nuevo hogar.

Y así fue como Irene Kühne llegó a encontrarse ante la casa del lago, con sus hijos, mientras Wolfgang saludaba a *Frau* Fuhrmann. Irene evaluó la situación. Probablemente iban a estar un poco apretados, pero cualquier cosa era mejor que vivir al lado de sus suegros en Potsdam. *Frau* Fuhrmann se acercó para saludarla. Parecía una mujer agradable y cordial, aunque tal vez un poco demasiado parlanchina. Se ofreció para enseñarles la finca.

Ella Fuhrmann explicó que el dueño de la casa era Will Meisel, un famoso compositor que vivía en Berlín Occidental. Al principio, ella se había comprometido a cuidar de la finca hasta que amainaran las tensiones entre el Este y el Oeste. Pero, teniendo en cuenta que hacía seis años desde que se había visto por allí a los Meisel por última vez, Ella suponía que no iban a volver.

Los Fuhrmann iban a vivir en el lado derecho de la casa. Les correspondían los dos dormitorios que había junto a la entrada, el pasillo principal, la cocina y el baño, así como la habitación del piano, que tenía el techo de color azul. Los Kühne iban a vivir en el lado izquierdo. Les

correspondían la habitación pequeña donde estaban las literas de madera, la sala y el que había sido el dormitorio principal. También iban a utilizar la habitación donde antiguamente vivía el chófer, y el aseo pequeño, del tamaño de un armario, al que sólo se podía acceder desde el exterior. Por consiguiente, no iban a disponer de un aseo dentro de la casa, ni de bañera, ni de agua caliente. A partir de aquel momento, los Kühne iban a tener que lavarse en el jardín, lloviera, nevara o hiciera sol. Pero así tenían que apañárselas. Mucha gente carecía de conducciones de agua dentro de casa, y a los niños les encantaría criarse a la orilla del lago. Iban a tener que hacer algunas modificaciones, pero afortunadamente el marido de Irene era albañil.

Wolfgang no se lo pensó dos veces. En primer lugar, construyó una chimenea de ladrillo en el anexo del chófer, que iba desde el suelo, pasando por el desván, hasta el tejado. Instaló un armario con una superficie de trabajo donde preparar la comida, una mesa pequeña y cuatro sillas, y una cocina eléctrica de dos placas. Ésa iba a ser su cocina. Dado que se avecinaba el invierno, y después de que los Fuhrmann le contaran el frío que podía llegar a hacer en la casa, Wolfgang quitó la puerta cristalera, por la que se colaban las corrientes de aire, y que conectaba la sala con el porche con vistas sobre el lago, y en su lugar construyó un muro aislado en el que colocó dos grandes ventanas. Como decoración, puso papel pintado con un motivo floral encima de los paneles de madera. A continuación selló la chimenea y, en un último esfuerzo por reducir al mínimo cualquier corriente de aire, cubrió la chimenea de ladrillo con el mismo papel pintado con motivo floral, tapando los treinta azulejos de Delft de color azul y blanco. Posteriormente instaló una estufa de carbón delante de la chimenea, y la conectó al tiro con tubos de metal y esparadrapo.

Después emprendió la tarea de despejar el dormitorio principal, retirando y guardando la descomunal cama de roble y su pesado colchón relleno de lana en el garaje, junto a la entrada a la parcela. Cuando fue a mover el gran espejo de marco dorado que colgaba de la pared a la izquierda de la cama, se sobresaltó cuando un montoncito de fotos pequeñas de mujeres ligeras de ropa cayó revoloteando al suelo. Irene supuso que Will Meisel las había dejado allí.

Por último, construyó una pequeña ampliación en la fachada delantera de su parte de la casa. Las paredes laterales estaban hechas de contrachapado barato, y Wolfgang colocó unas ventanas, y en el suelo unos tablones estrechos de madera de pino. El cometido de ese *Wintergarten* (jardín de invierno) de dos metros de ancho por tres de largo, era proteger del frío la cocina. Lo que antiguamente había sido un chalet de madera, sencillo y simétrico, memorable por sus líneas rectas y su bonito exterior, se había convertido en un producto chapucero del utilitarismo de Alemania Oriental.

El *Gemeinde* de Groß Glienicke le suministró a Wolfgang todo el material necesario. Le dijeron que, a cambio, tenían que pagar un alquiler simbólico cada mes en la oficina de correos, en una cuenta llamada «Meisel» –un dinero que el Estado posteriormente iba a dedicar a mantenimiento y otros gastos. Los Meisel nunca recibieron ni un céntimo.

Para lavarse, la familia Kühne llenaba una gran bañera de metal en el jardín, y para calentar el agua empleaba un calentador eléctrico de inmersión. Eso podía llevar más de una hora, y era un proceso incómodo y laborioso, sobre todo en invierno. No está del todo claro por qué no podían compartir el cuarto de baño con los Fuhrmann, que al fin y al cabo tenían agua caliente dentro de casa, pero a Irene nunca se lo explicaron, y ella decidió no preguntar.

Cualesquiera que fueran los problemas, la nueva vida de los Kühne era infinitamente mejor que antes. Ahora vivían en una casita encantadora, a orillas de un lago. Los niños tenían muchísimo espacio para jugar y, aunque la familia tenía que compartir la casa, para Irene eso era mucho mejor que sufrir el maltrato de sus suegros. Y para colmo, su marido incluso tenía un nuevo empleo.

Fuhrmann y Kühne 1959

Llave de Contacto llegó puntual a la primera reunión con su controlador de la Stasi.

No estaba seguro de lo que esperaba, y se sentía angustiado e inseguro. Intentó eludir como pudo las preguntas del controlador, diciendo que no le había dado tiempo a terminar su tarea, y que no le veía demasiado sentido a recopilar información sobre sus familiares, ya que «no tenía ningún pariente en la República Federal».

Seguidamente, a Llave de Contacto le preguntaron por sus compañeros de trabajo. ¿Se había fijado en si habían cometido algún «desaguisado político?». Llave de Contacto respondió que aunque «era posible que algunos camioneros utilizaran los cupones de gasolina para su propio uso», no podía nombrar a ninguno en concreto. Intentando contentar a sus controladores, y después de recuperar un poco la confianza en sí mismo, prometió que prestaría más atención en el futuro. Sin embargo, sí tenía algo que comunicar: mientras se tomaba una copa en el Drei Linden, había oído a alguien quejarse de la situación del país. Los controladores estaban encantados de que por fin Llave de Contacto les contara algún chisme de verdad, y le preguntaron el nombre de aquel individuo. Llave de Contacto dijo que aquel borracho no le sonaba de nada.

El 9 de febrero de 1959, Llave de Contacto volvió a reunirse con sus controladores. En aquella ocasión dijo que le gustaría presentar un informe sobre *Herr Gerdner*, que también vivía en el pueblo, y que era su jefe en el departamento de camiones. Llave de Contacto les comunicó que cuando fue a devolver una escopeta de aire comprimido que había pedido prestada,

advirtió que el televisor de Gerdner tenía sintonizada una cadena occidental. Tras darle las gracias por su informe, los controladores le dijeron a Llave de Contacto que la siguiente cita sería el 19 de febrero de 1959, a las 12.30, en un lugar cuyo nombre en clave era «El Granero».

Poco después, los Kühne tomaron posesión de un gran televisor, y con ello pasaban a ser una de las pocas familias del pueblo que disponían de semejante lujo.

Aunque vivían en la misma casa, las dos familias no pasaban demasiado tiempo juntas. Wolfgang siempre estaba atareado con las mejoras en su hogar: construyó un nuevo garaje junto a la casa, donde guardaba sus herramientas, y con espacio de sobra para el coche que esperaba tener algún día, así como numerosos corrales para sus gallinas, sus gansos y sus cerdos. Al cabo de poco tiempo, en el pueblo a Wolfgang le conocían como «*Schwein Kühne*», el Cerdito Kühne.



La casa del lago, años sesenta

Irene estaba felizmente ocupada con sus dos hijos y con las tareas domésticas. Entonces, durante la primavera de 1959, se dio cuenta de que iba a tener todavía menos tiempo libre, porque estaba embarazada de nuevo.

Mientras tanto, Ella Fuhrmann se encargaba del jardín, cuidando de sus árboles frutales y de sus verduras, y recogiendo lo que desordenaba su hijo. Lothar, que para entonces ya tenía veinte años, estaba muy atareado trabajando, ya que había conseguido un empleo que consistía en instalar máquinas ordeñadoras para la empresa estatal KLF. No sólo estaba orgulloso de su sueldo, sino también de su furgoneta de la empresa. Era una Wartburg B1000 de color gris mate, y aunque no estaba en muy buen estado, a Lothar le encantaba correr con ella por los estrechos caminos rurales hasta las granjas de sus clientes. Oficialmente, Lothar sólo trabajaba de siete de la mañana a cuatro de la tarde, pero la mayoría de las semanas no tenía más remedio que trabajar entre cinco y diez horas extra. Además, la furgoneta le brindaba la posibilidad de acercarse hasta Potsdam, donde él y sus amigos recorrían los bares, con la esperanza de conocer chicas.

La mayoría de los días, los Fuhrmann y los Kühne no tenían ningún contacto. Si se veían en el jardín, o en una tienda, podían saludarse, pero nada más. Los Fuhrmann cuidaron en dos ocasiones de los hijos de los Kühne, pero por alguna razón nunca se convirtió en una costumbre. Nunca comían juntos, ni se invitaban mutuamente a las fiestas de cumpleaños. Aunque cada familia tenía llaves de la casa de la otra, no existía una amistad entre ambas.

Mientras que la casa a duras penas fue capaz de absorber a sus inquilinos adicionales, el lago lo estaba pasando peor. Cuando se construyeron las primeras casitas de fin de semana, a finales de los años veinte, el departamento de urbanismo había supuesto que iban a utilizarse con escasa frecuencia. Por consiguiente, las autoridades habían autorizado a aquellos primeros propietarios de viviendas a construir sistemas sépticos por gravedad junto al lago. Pero ahora, con todos los chalets ocupados por residentes a

tiempo completo, el simple volumen de aguas negras desbordaba de aquellos sistemas rudimentarios. Para empeorar las cosas, el alcantarillado del cuartel del Ejército Nacional del Pueblo (NVA), situado a las afueras del pueblo, también desaguaba directamente en el lago.

Por la superficie empezaron a extenderse unas algas verdes, al principio en pequeños puntos, y después entrelazándose hasta formar una gigantesca manta que impedía el paso de la luz del sol, con lo que se reducía ulteriormente el nivel de oxígeno en las aguas más profundas. Las consecuencias fueron funestas: el agua se volvió ácida, y muy pronto se extinguió la flora y la fauna del lago. Mientras tanto, la vegetación de la ribera –podagrarias, lilos y serbales– empezó a desaparecer, anegada por la balsamina, una agresiva mala hierba cuyas bayas de color rosa y amarillo pueden saltar más de cinco metros cuando se abren las vainas que contienen las semillas.

Sin embargo, los medios de comunicación de Berlín Occidental seguían considerando a Groß Glienicke un lugar atractivo para ir de excursión. En 1959, el *Berliner Morgenpost* decía:

Quien hoy visite Berlín también debería acercarse a Groß Glienicke. No sólo por el magnífico panorama y su bonita zona de baño a la orilla del lago. Porque Glienicke es más que una hermosa colonia de chalets, Glienicke es una lección gratuita de ideas políticas. Aquí, ante el ejemplo de una población pequeña, queda especialmente claro lo absurdo de la división de nuestra ciudad. [...] Viajero, cuando llegues a ese lugar, ¡baja el volumen de la radio y deja el balón en el coche! Algo así debería decir en un manual para los visitantes de Groß Glienicke. Groß Glienicke es uno de los suburbios más hermosos de nuestra ciudad, una pequeña colonia entre el lago y el bosque, entre árboles susurrantes y un cielo inmenso.

El 5 de diciembre de 1959 nació un niño. Irene y Wolfgang le llamaron Bernd. Otro más al que hacer sitio en la casa del lago. Fue un buen bebé, dormía durante toda la noche y comía bien. No obstante, incluso el bebé más angelical llora de vez en cuando, y sus pequeños gritos de hambre, o de añoranza, penetraban hasta el lado de los Fuhrmann. La sensación de hacinamiento que había en la casa iba aumentando de día en día.

*

El 21 de octubre de 1960, Llave de Contacto recibió un mensaje del agente Schneider, de la Stasi: preséntese a las 17.30 en un lugar secreto cuyo nombre en clave era «Garaje 21». Teniendo en cuenta que no había escrito ningún memorándum, y que seguía sin tener nada de lo que informar, Llave de Contacto decidió no acudir a la cita, y se fue a tomar una copa al Drei Linden.

Media hora después, Schneider le localizó. Claramente disgustado, el agente intentó entablar una conversación más general con Llave de Contacto sobre la situación política de la RDA. Sin embargo, le contrarió la falta de interés del informador, y observó que miraba reiteradamente el reloj que había en la pared. Al final de la conversación, Schneider le pidió a Llave de Contacto que investigara a un tal *Herr L.*, que vivía en el pueblo, y que también trabajaba como conductor de camión. Además, le pidió que confirmara si *Herr L.* o *Frau L.* estaban robando alimentos de la cocina del regimiento. Llave de Contacto accedió a ocuparse de ello y a informar en su siguiente cita.

Llave de Contacto no sólo no se presentó a la siguiente cita el 19 de diciembre en el «Club Social», sino tampoco a la cita de reserva, acordada para cuatro días después en el «Alquiler de Salones». El 3 de enero de 1961, Schneider finalmente localizó a Llave de Contacto y le preguntó qué había descubierto sobre la familia L. En un intento de dar largas a su controlador, Llave de Contacto volvió a decirle que no había podido recoger información. Cuando Schneider le presionó, Llave de Contacto confesó que aunque estaba constantemente en contacto con la familia L., no quería informar sobre ellos porque eran amigos suyos. Hacerlo, dijo «iría en perjuicio de sus amigos».

El futuro de Llave de Contacto como informador estaba en peligro. En un último informe, escrito el 22 de febrero de 1961, Schneider concluía que Llave de Contacto «no era honesto y no informaba bien sobre los defectos y los fallos». Para que tuviera «*Nutzeffekt*», efecto útil, le haría falta «más educación». Y lo que era peor, otro informador le había contado que Llave de Contacto estaba robando provisiones, carbón y patatas de su camión de

transporte de alimentos, y utilizando el camión para fines particulares.

Para concluir, apuntaba Schneider en el informe, Llave de Contacto «es deshonesto y refractario a nuestro Órgano». Lo único que salvaba al informador, señalaba Schneider, era que nunca había revelado su secreto a nadie. Unos días después, la Stasi rescindió el contrato de Wolfgang.

A finales de marzo de 1961, una ventisca de invierno tardío se abatió sobre el pueblo. Estuvo más de una semana nevando sobre la casa del lago. Como se habían suspendido las clases, los hijos del matrimonio Kühne se pusieron ropa abrigada y, utilizando todo lo que encontraron –bandejas de hojalata, bolsas de plástico, tapas de cubos de basura– se deslizaban, igual que anteriormente lo había hecho Lothar, por la pendiente nevada que había al pie de la terraza y deteniéndose mucho antes de llegar a la endeble alambrada que discurría a lo largo de la orilla.

Tras meses de temperaturas bajo cero, el lago seguía helado, y Wolfgang ayudaba a los niños a bajar hasta su resbaladiza y amplísima superficie. No resultaba demasiado difícil saltar por encima de la alambrada, y realmente no había ningún riesgo por parte de los guardias fronterizos, que no prestaban la mínima atención a los niños. Allí se reunían con los vecinos del pueblo, de los que algunos patinaban, otros navegaban en sus barcas de hielo de construcción casera, y la mayoría simplemente paseaba disfrutando de la tranquilidad monocroma.

Habían sido tres buenos años para la familia Kühne. Habían tenido su tercer hijo, y una vida feliz, aunque un poco apretada, en la casa. Wolfgang estaba trabajando para el Ejército y había conseguido ingresar en la Stasi y después salir sin contratiempos. Y aunque pronto vencería su contrato de tres años como camionero, podía encontrar otro empleo con facilidad, y si no conseguía uno en el pueblo, pues sería en Potsdam.

Fuhrmann y Kühne 1961

El domingo 13 de agosto de 1961, el ruido de una obra despertó a Wolfgang Kühne. Curiosamente, el estruendo parecía provenir de la ribera del lago.

Desde su dormitorio Wolfgang podía oír el chirrido y el ruido sordo de la maquinaria pesada, junto con un coro de picos golpeando las rocas y la arena, y cada poco tiempo temblaba toda la casa.

Wolfgang se levantó, abrió la puerta de la casa, dio la vuelta hasta la parte de atrás y se quedó atónito ante lo que vio: entre la casa y la orilla del lago, a menos de cuarenta metros de donde se encontraba, se arremolinaban docenas de soldados. Junto a la orilla, los bulldozers derribaban la endeble alambrada y la empujaban hasta el agua. Más cerca de la casa había gente excavando agujeros y rellenándolos de cemento, y desenrollando bobinas de alambre de espino. Había más soldados trabajando a su izquierda y a su derecha, a lo largo de toda la orilla del lago. Wolfgang estaba aturdido. Como nadie le había avisado de aquellas obras, no podía entender lo que estaba viendo.

Volvió a entrar en la casa, encendió el televisor para averiguar lo que estaba ocurriendo. El locutor explicaba que, como medida de protección de los ciudadanos de la RDA, las autoridades habían decidido construir una barrera entre el Este y el Oeste. A partir de ahora era ilegal cruzar esa frontera. Los guardias fronterizos tenían permiso para disparar contra quien lo intentara. Al día siguiente, los periódicos de la RDA elogiaban la decisión de levantar aquella barrera; por ejemplo, un comentarista del *Neues Deutschland* escribía: «Ahora los niños están protegidos de los que se dedican a raptarlos; las familias están protegidas de los fisgones chantajistas del cuartel general de los traficantes de personas; las empresas están

protegidas de los cazatalentos; la gente está protegida frente a los monstruos». Bajo un titular que rezaba «DESAFÍO A LOS BRAVUCONES», el *Tribüne* decía: «A los sindicalistas de la RDA nos llena de satisfacción la decisión de nuestro Gobierno de taponar la madriguera de ratas de Berlín Occidental».



Alambrada de la frontera de Berlín, lago de Groß Glienicke, 1961

Desde principios de aquel año, Walter Ulbricht, el máximo dirigente de la RDA, había estado presionando a Nikita Jruschov, el primer ministro soviético, para poner fin a la crisis de la emigración masiva de su país. [A pesar del cierre de las fronteras internacionales entre la República Democrática y la República Federal](#), más de tres millones y medio de alemanes orientales habían emigrado a la RFA entre 1949 y 1961, en su mayoría a través de Berlín Oriental, donde la frontera había permanecido relativamente abierta. Ese éxodo suponía casi el 20 % de toda la población de la RDA. Aquel flujo migratorio no sólo preocupaba a Ulbricht desde un punto de vista ideológico, ya que socavaba el orgullo de la gente por la misión

socialista, sino que además era consciente de que el país no podría sobrevivir si no se ponía fin a la hemorragia de gente hacia Occidente. Sencillamente, resultaba demasiado fácil cruzar la frontera entre Berlín Oriental y Berlín Occidental. Así pues, el 1 de agosto, tras decidir que ni los británicos ni los estadounidenses se opondrían a la construcción de una barrera, los dos líderes acordaron un plan. Iban a construir una barrera permanente entre Berlín Occidental y Alemania Oriental, lo que haría prácticamente imposible cruzar de un lado a otro.

La barrera iba a tener graves repercusiones para Groß Glienicke. Aunque en el pueblo la frontera llevaba un tiempo cerrada, todavía era posible – mediante un breve trayecto en autobús hasta Staaken, y después tomando el metro de superficie– visitar Berlín Occidental. A partir de ahora las familias a un lado y otro ya no podrían verse, y quienes tuvieran un empleo en Berlín Occidental iban a perderlo.

Aunque no era miembro del Partido Comunista, Wolfgang *sí* creía en el socialismo, y pensaba que el experimento de Alemania Oriental, con su promesa de un mayor reparto de la riqueza, tenía más que ofrecerle que el capitalismo de la República Federal. Al fin y al cabo, ¿acaso los Kühne no tenían una casa maravillosa a la orilla del lago? Wolfgang tampoco había sido miembro del Partido Nazi, y siempre había criticado con dureza todas las cosas que habían hecho, sobre todo con los judíos, y le inquietaba leer en la prensa la gran cantidad de antiguos nazis que trabajaban para el Gobierno de la República Federal. A pesar de la incomodidad de la barrera y el aumento de las complicaciones en materia de seguridad, Wolfgang creía que «la política del Gobierno era buena». Si la frontera estaba ahí para protegerle, que así fuera.

Irene Kühne no lo aceptaba tan de buena gana, y por principio no estaba de acuerdo con la construcción de la valla fronteriza. ¿Por qué el Gobierno tenía que impedirle a ella viajar a Berlín Occidental, o incluso a la República Federal? Aunque estaba agradecida por todo lo que la RDA había hecho por ellos, Irene tenía familiares en Dortmund, a los que ya no iba a poder visitar.

El pequeño Bernd Kühne no entendía nada de todo aquel revuelo. Aquel día hacía mucho calor, de modo que, haciendo caso omiso de las obras y de

los guardias, gateó por debajo de la alambrada, llegó hasta la orilla y se metió en el agua. Para su espanto, Irene le divisó haciendo aspavientos en el agua, pero no podía llegar hasta él por culpa de la alambrada. Al final, un guardia ayudó a salir al niño pequeño. Al entregarle a Bernd a través de la barrera, el soldado conminó a Irene a que controlara mejor a sus hijos.

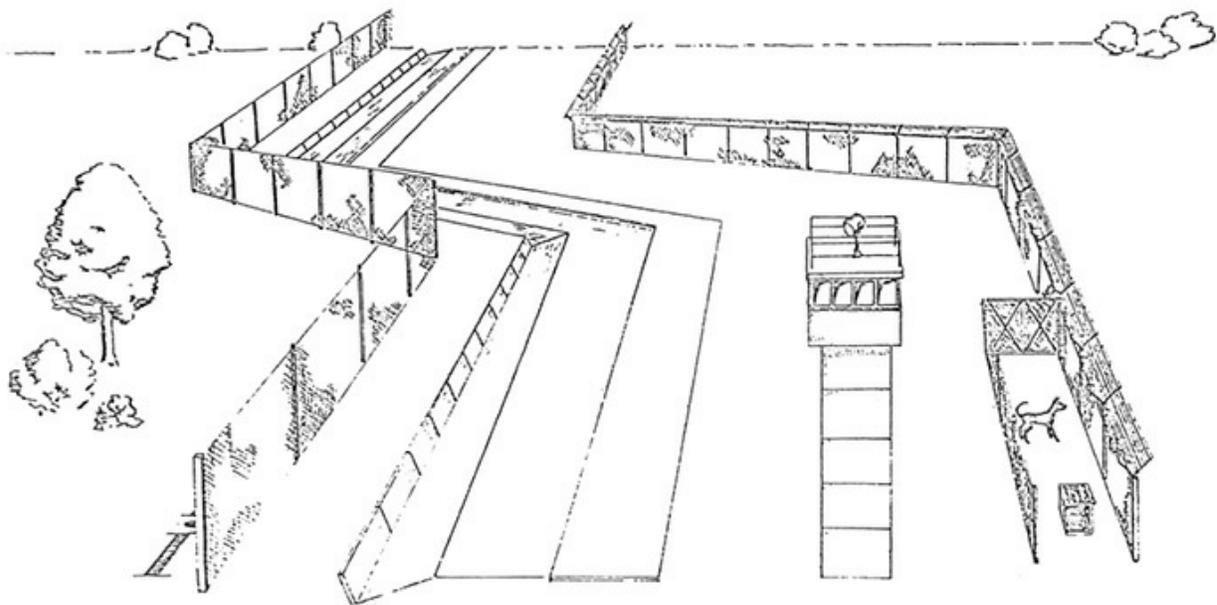
Durante las primeras semanas y meses de la Barrera de Protección Antifascista, como se denominaba en Alemania del Este, o del Muro de Berlín, como se llamaba en Occidente, todavía era posible que los berlineses orientales con iniciativa cruzaran la zona fronteriza y lograran llegar a Berlín Occidental. Llevaban escaleras, saltaban desde las ventanas de los edificios contiguos al Muro, o se escondían en los maleteros de los coches. A medida que la RDA fue dedicando mayores recursos a impermeabilizar la frontera, aquellos intentos fueron cada vez más difíciles.

Desde la puerta de atrás de su casa, la familia Kühne veía cómo el Muro se iba fortificando poco a poco. Se despejó más terreno entre la nueva valla fronteriza a la orilla del lago y la casa. Entonces arrasaron con todo: los pocos sauces y alisos negros que quedaban en la ribera, los manzanos y los cerezos que crecían en los bancales, los propios bancales, las vallas que el doctor Alexander había construido a lo largo de la linde de la parcela y hasta el lago, el cobertizo de las bombas, la escalera que bajaba hasta la orilla, incluso la pista de tenis.

Después añadieron una segunda valla de alambre de espino, coronada por alambre de cuchillas, a treinta metros de la orilla del lago, y a tan sólo diez metros de la parte trasera de la casa. Entre las dos barreras se creó una tierra de nadie que sería conocida como la «franja de la muerte». En medio de la franja de la muerte se construyó un camino de cemento de tres metros de ancho. Por él patrullaba la guardia fronteriza cada hora, en un coche descapotable de color verde.

A lo largo de los años siguientes, el Muro se fue reforzando más y más. Se colocaron cables de alarma para alertar a la guardia fronteriza cuando alguien intentaba escapar. Se levantaron torres de vigilancia de cemento de

quince metros de altura a intervalos a lo largo del Muro, que ofrecían a los guardias una buena vista a lo largo de la frontera, así como del lago en dirección a Berlín Occidental. También se colocaron postes muy altos, cada pocos cientos de metros, de los que colgaban gigantescos focos *Krieg* que permanecían encendidos día y noche. La orilla del lago estaba plagada de minas y de grandes púas de metal. Más tarde, la valla de alambre de espino de la ribera fue sustituida por un muro exterior, formado por piezas de cemento prefabricadas, de tres metros de alto, y en lo alto del muro se colocó un largo tubo de hormigón. Y posteriormente la valla de alambre de espino más próxima a la casa fue sustituida por un muro interior de cemento de 2,5 metros de altura. A partir de aquel momento era imposible ver el lago desde el jardín.



Esquema del Muro de Berlín

Por último, se colocó un cable a lo largo del lado interno del muro interior, del que iban atados unos perros pastor alemán con una correa que les permitía correr de un lado a otro de la franja de la muerte, buscando posibles fugitivos. Cada mañana, los Kühne y los Fuhrmann oían el ruido de un camión que recorría el camino de la guardia fronteriza, se detenía delante de cada perrera, y repartía comida para los animales hambrientos. Como le

ocurría a muchos de sus vecinos, las dos familias acabaron encariñándose con aquellos perros, y les lanzaban las sobras de las cenas y las barbacoas veraniegas. Sin embargo, para prevenir una posible corrupción canina, los guardias fronterizos rotaban los puestos de vigilancia de los perros, para asegurarse de que no se familiarizaran demasiado con los habitantes de los alrededores.

Una vez terminado el Muro, los vecinos del pueblo no sólo habían quedado aislados de Berlín Occidental, además tenían que vivir con la presencia física de una gigantesca estructura de hormigón a tan sólo unos metros de sus hogares. Otra consecuencia inmediata fue la creación de la *Grenzgebiet*, la zona de seguridad fronteriza. Discurría paralela al Muro, a una distancia que oscilaba entre menos de cincuenta metros y los cien metros. Tan sólo las personas autorizadas podían entrar en la zona, y los no residentes únicamente podían acceder en circunstancias especiales. Las solicitudes para entrar podían tardar muchas semanas en tramitarse.

En Groß Glienicke, la zona de seguridad fronteriza empezaba al norte del pueblo, discurría por la Potsdamer Chaussee, y después a lo largo de la Dorfstraße hacia el sur. A lo largo de esas vías habían colocado carteles metálicos a intervalos de cien metros en los que se decía, en inglés, alemán, francés y ruso: «Zona de seguridad fronteriza. El acceso y el tránsito sólo está permitido con autorización especial». Cada cartel estaba sujeto a un poste pintado a franjas rojas y blancas, como los de las antiguas barberías, para que a nadie se le pasara por alto la advertencia. Todas las viviendas de la ribera del lago, incluida la de los Meisel, caían dentro de esa zona. A partir de ese punto, para volver a su casa, los Fuhrmann y los Kühne tenían que mostrar sus pases a los soldados que montaban guardia en la Potsdamer Tor.

Ahora dos cosas habían quedado claras. La primera, y eso era una buena noticia en lo referente a las dos familias, los Meisel nunca iban a volver. Los Fuhrmann y los Kühne ya eran oficialmente los inquilinos, no los guardeses. Por consiguiente, retiraron lo que quedaba de la vida de Will y Eliza: llevaron el piano al garaje, tiraron las partituras a la basura, repartieron la ropa que quedaba en los armarios entre las dos familias, y el resto se entregó al Ayuntamiento.

La segunda era más triste, por lo menos en lo referente a los niños. Porque, a pesar de que vivían en la casa del lago, ahora era imposible bañarse en él.

Fuhrmann y Kühne 1962

Sentado a la mesa, Lothar Fuhrmann, de veinte años, estaba triste porque pensaba que iba a pasarse la velada solo. Todos sus amigos estaban bailando en la pista, cada uno con una chica, y aparentemente pasándolo mucho mejor que él.

La velada social se celebraba en el cuartel de bomberos de Nedlitz, a veinte minutos en autobús desde Groß Glienicke. Lothar era un hombre alto y robusto, y había hecho un esfuerzo por tener un aspecto presentable, con sus pantalones oscuros con pinzas, una camisa blanca con el cuello desabrochado, y el cabello peinado hacia atrás. Estaba guapo, pensaba, lo que hacía más mortificante que no tuviera una pareja de baile.

Y en ese momento una joven se le acercó. Iba vestida con una falda hasta la rodilla y una blusa, llevaba dos cervezas en la mano, le dio una de ellas a Lothar y le preguntó si quería bailar. Lothar echó un trago rápido, respondió que sí, se levantó y siguió a la chica hasta la pista. Su nombre era Sieglinde Bartel.

A lo largo de las semanas siguientes salieron juntos varias veces. Uno de sus lugares favoritos era el bar y salón de baile Badewiese, en Groß Glienicke, donde Will Meisel tocaba su música en los años cuarenta. Ahora el local era del Estado, y las cuatro ventanas en forma de arco que daban al lago estaban tapadas, en un intento por evitar que la gente saltara a través de ellas e intentara huir. Lothar y Sieglinde hacían cola con los demás hasta las seis, cuando abrían las puertas, pagaban sus diez marcos y entraban en el local. En el interior la calefacción estaba muy alta, y aunque la música occidental estaba prohibida, la pequeña banda –un guitarrista, un

acordeonista y un saxofonista— que ocupaba un escenario elevado al fondo de la sala, tocaba con el ritmo y la energía suficientes como para que los jóvenes lo pasaran bien.

El Badewiese, uno de los escasos salones de baile de la zona, atraía a los lugareños, así como a los soldados del cuartel del NVA situado al norte del pueblo, y también a los militares soviéticos. Eso provocaba problemas de vez en cuando, porque a menudo había más hombres sin pareja que mujeres solas, y cuando surgía alguna pelea, no era raro que un policía militar soviético sacara su arma. Cuando ocurría eso, el Badewiese se vaciaba, y después, tras una breve pausa tiritando de frío en la calle, los jóvenes volvían a la pista de baile.

Unos meses después de empezar a salir, Lothar y Sieglinde decidieron casarse. A pesar de su compromiso, Sieglinde no tenía un pase para acceder a la zona de seguridad que discurría en paralelo al Muro, y tenía prohibido pasar la noche en casa de su prometido. Infringir esas normas entrañaba el riesgo de que la detuvieran e incluso de que la encarcelaran. No obstante, el 2 de abril de 1963, Lothar y Sieglinde invitaron a todos sus amigos a una fiesta la víspera de su boda en la casa del lago. Aquella noche, más de veinte personas lograron eludir a los agentes de la patrulla fronteriza que montaban guardia en la Potsdamer Tor.

Algunos aportaron tarta y vino, otros fiambres y queso. Todo el mundo llevaba su viejo plato de porcelana, ya que se trataba de una fiesta tradicional de *Polterabend*, que tiene lugar la víspera de la boda, por la noche. Para evitar que les oyeran los guardias fronterizos, que pasaban a pie cada hora por el camino de la patrulla de frontera, a menos de treinta metros de la puerta trasera de la casa, los juerguistas celebraron la fiesta dentro. Se apretujaron en el Cuarto Azul —que parecía más espacioso sin el piano y su taburete— y, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, o en el sofá, o en alguna de las sillas que habían traído de la cocina, brindaron por la joven y feliz pareja.

A altas horas de la noche, y ya alegres por todo el *schnapps* y la cerveza, Lothar y Sieglinde llevaron al grupo al jardín. Allí, en un momento de frivolidad e inconsciencia, y al grito de «*viel Glück!*», buena suerte, arrojaron

al suelo los platos de porcelana, cuyas astillas se desperdigaron ruidosamente por el enlosado gris de la entrada. El ruido de los platos rotos resonó por el silencioso aire nocturno y, conscientes de que alguien acudiría a investigar sin falta –y nadie quería que le sorprendieran sin la documentación necesaria– los amigos se despidieron rápidamente y se apresuraron a desaparecer en la oscuridad.

Al día siguiente la novia se levantó temprano y se puso a recoger. Hacia el mediodía se vistieron. Sieglinde llevaba una falda de color lila y una chaqueta a juego, adornada con cuentas plateadas. Se había peinado con unas trenzas recogidas en una corona decorada con pequeñas flores silvestres. Lothar llevaba un traje oscuro formal, camisa blanca y zapatos negros.

Habían pedido un taxi para que les llevara al salón de actos del Ayuntamiento, en la Seepromenade, pero a la una de la tarde, la hora prevista para el comienzo de la ceremonia, el taxi no había aparecido. Como Sieglinde estaba cada vez más nerviosa, Lothar le pidió a Wolfgang Kühne que les llevara en su coche. Unos minutos después los novios iban de camino en el viejo DKW F7 de su vecino, que resoplaba y petardeaba tanto que Sieglinde comentó que no iba a hacer falta colgar ninguna lata vacía del parachoques trasero.

Cuando por fin llegaron al salón de actos del Ayuntamiento, se encontraron cerrada la puerta principal. Con cuidado de no tropezar por culpa de los tacones, la novia abrió la puerta del sótano, y la pareja se coló por la entrada trasera. Una hora después, ya oficialmente casados ante un magistrado civil, los recién casados iban de camino –en el taxi, que ya había aparecido– a la casa de los padres de Sieglinde para asistir a la recepción.

Unos días más tarde, Sieglinde comunicó al *Gemeinde* que se había mudado a la casa del lago, en el 2 de Am Park. Poco después le reveló a un desconcertado Lothar, y más tarde a su madre, que estaba embarazada. Pronto se supo que no era la única.

El 29 de agosto, Irene Kühne dio a luz a una niña a la que llamó Marita. Dos meses después nació Dietmar, el primer hijo de Sieglinde y Lothar Fuhrmann. Un año más tarde, Sieglinde volvió a quedarse embarazada, y tras el nacimiento de una niña a la que llamaron Sabine, el 26 de enero de 1965,

todo el mundo se dio cuenta de que había llegado el momento de que los Fuhrmann buscaran un nuevo lugar para vivir. Sencillamente, había demasiada gente apretujada en un espacio tan pequeño.

En febrero de 1965, con la ayuda del *Gemeinde*, Ella Fuhrmann y su familia se mudaron al 23 de Rehsprung, en Groß Glienicke, en la zona sur del pueblo, a unas cuatro manzanas del lago. A Lothar le dio mucha pena dejar la casa de su infancia, pero le aliviaba la idea de tener más espacio, lejos de las miradas indiscretas de los vecinos, lejos de los focos *Krieg* que permanecían encendidos toda la noche, y lejos de los guardias fronterizos, con su aspecto intimidante.

La casa le había dado a los Fuhrmann muchos años felices. Pero había llegado el momento de pasar página.

Si los Fuhrmann estaban contentos con su nuevo alojamiento, los miembros de la familia Kühne lo estaban aún más. Porque ahora tenían toda la casa para ellos solos. Irene se puso de inmediato a disponer de la otra parte. A cada hijo se le adjudicó su propia habitación, y Bernd se quedó con el Cuarto Azul, en la esquina suroeste de la casa.

Irene tomó posesión de la cocina de los Fuhrmann, y le pidió a Wolfgang que tirara la pared que la separaba del cuarto de la doncella, donde anteriormente dormía Lothar. Ahora, con una larga mesa de pino y seis sillas, la familia podía sentarse cómodamente a la hora de comer. Además, Irene podía utilizar el sótano, al que se accedía a través de una trampilla que estaba junto a la despensa, y allí, en unos estantes metálicos colocados pulcramente en hileras, almacenaba las patatas en bolsas de papel marrón, así como botes de pepinos y cebollas en conserva, y de compotas que hacía con la copiosa cosecha de cerezas y peras del jardín.



Vista del Muro de Berlín desde el lago de Groß Glienicke

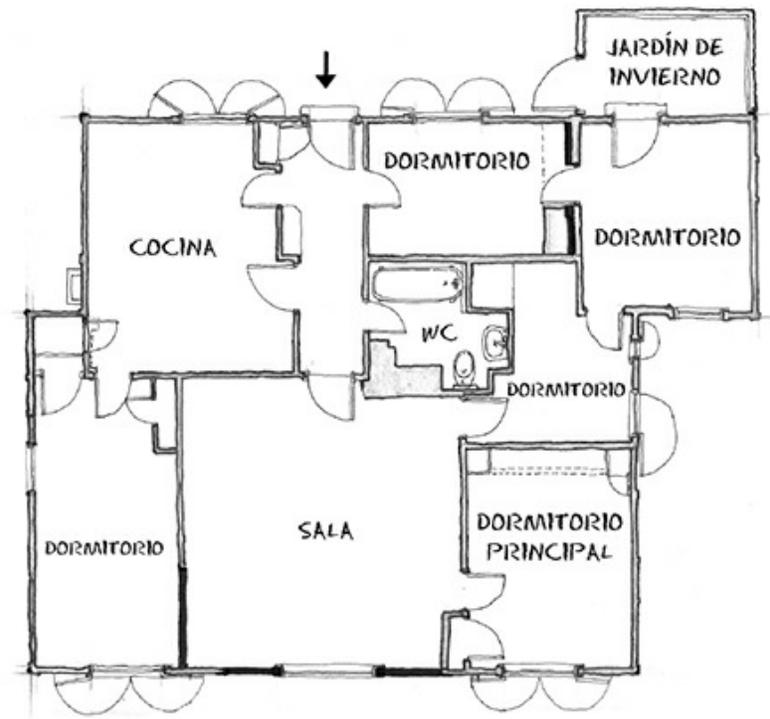
Lo mejor de todo era que ahora la familia disponía de un cuarto de baño con agua caliente. Hacía muchos años que se habían mudado a la casa, y ahora por fin tenían el retrete dentro de la vivienda. Wolfgang añadió una chimenea al Cuarto Azul, para que fuera más confortable en invierno, y amplió el cuarto de baño. Por último, ya que nadie los necesitaba, eliminó la cocina y el retrete que había en lo que antiguamente fue el anexo del chófer, y abrió una puerta en el antiguo dormitorio de Ella. Bernd, que para entonces tenía seis años, corría dando vueltas y más vueltas por la casa: desde la cama de su Cuarto Azul, pasando por la cocina y el cuarto de invitados, donde dormía su hermana, por el anexo del chófer, donde ahora dormía su hermano, hasta la sala, para entrar en el dormitorio principal, de vuelta a la sala para regresar a su dormitorio. Cuando el estruendo que hacía al cerrar las puertas, y con sus pisadas, hacía enloquecer a su madre, ella le gritaba que saliera a jugar al jardín.

Tras la marcha de los Fuhrmann, y con la ampliación de dos de sus

habitaciones, la casa del lago parecía muy espaciosa. Por fin los Kühne tenían la sensación de que era plenamente suya. De hecho, hasta el extremo de que Wolfgang empezó a llamarla en broma su *Kleine Villa* (pequeña casa de campo), y *Villa Wolfgang*.

CUARTA PARTE

VILLA WOLFGANG



Enero de 2014

Estoy sentado en un café de Groß Glienicke con Bernd Kühne, hijo de Wolfgang. Lleva ropa de trabajo: unos pantalones azules con manchas de pintura, unas viejas zapatillas de deporte y una parka de color azul marino. Tiene ganas de hablar, pero está cansado. Tiene cincuenta y cuatro años, me cuenta que tiene problemas de riñón y que acaba de volver del hospital, donde se ha sometido a una diálisis, un tratamiento que tiene que soportar tres veces a la semana.

Hablamos sobre su vida, sobre sus padres y sobre sus recuerdos de la casa. Responde a cada pregunta con tranquilidad, sinceramente, y no parece cansarse ni ofenderse por mi intromisión. Durante nuestra conversación, muchos clientes del café se acercan a saludar a Bernd. Es un hombre muy apreciado en el pueblo.

En un momento dado, Bernd me dice que, durante la era de la RDA, la suya era una de las pocas familias del pueblo que tenía teléfono. Le pregunto si eso es relevante. Hace una pausa, y dice que podría ser una prueba de que alguien de la casa trabajaba como informador. «¿Su padre?», le pregunto. «Mi padre, no», dice, «pero tal vez sí mi madrastra, su segunda esposa.»

Le pregunto a Bernd, con la esperanza de no estarme pasando de la raya, si alguna vez ha querido ver en los archivos de la Stasi el expediente de su padre, el de su madrastra, y tal vez incluso el suyo propio. Le digo que después de entregar la solicitud, pueden pasar hasta tres años antes de poder ver un expediente. Vuelve a hacer una pausa. Supongo que está sopesando

los riesgos: a lo mejor averigua algo que más tarde podría lamentar –una novia que le hubiera espiado, un compañero de trabajo que le denunciara, acaso incluso algún familiar que diera información a cambio de dinero. Sí, dice Bernd, le gustaría mucho ver qué tienen, en caso de que yo se lo consiga.

Mientras recogemos los abrigos, Bernd habla de su infancia en la casa, de la otra familia que vivía allí antes que la suya: los Fuhrmann. Le parece que ellos, una viuda y su hijo, llegaron a conocer a los Meisel. Es posible que el hijo siga viviendo en el pueblo.

Le doy las gracias y vuelvo corriendo a nuestro hotel para telefonar a nuestra documentalista. Siempre ha habido un vacío en nuestro conocimiento de la casa –nos falta algún habitante entre los Meisel y los Kühne. La documentalista me vuelve a llamar, entusiasmada: ha encontrado a Lothar Fuhrmann. Propone que nos veamos.

Unos días después voy andando hacia la casa del lago con Lothar Fuhrmann y su esposa Sieglinde. Ahora tienen más de setenta años y ambos van vestidos con grandes jerséis, pantalones holgados y botas con aspecto mustio. Es la primera vez que vuelven en casi cincuenta años, a pesar de que viven a menos de doscientos metros.

Cuando pasamos por la pradera repleta de maleza que hay a la entrada de la parcela, por encima de la casa, ven el edificio por primera vez. «No, no, no», gime Sieglinde. Parece consternada por el ruinoso estado de la casa. Unas lágrimas resbalan por sus mejillas: «Es terrible», dice. Su marido está igualmente atónito. «Era tan bonita cuando vivíamos aquí», dice Lothar. «Pero ya no.»

Al principio, Lothar y Sieglinde hablan libremente mientras deambulan por la parcela. Hablan de su noviazgo, de la época en que vivieron en la casa, y de los cambios que ha sufrido el pueblo. Para ellos era «normal» criarse junto al Muro, y «acabaron acostumbrándose». También afirman que la vida era mejor antes de la caída del Muro. Dicen que por lo menos entonces las guarderías y la vivienda eran gratuitas, la comida era barata y

había abundancia de empleos. Las restricciones a los viajes y la vigilancia por parte del Estado eran un precio muy pequeño a cambio de aquellos beneficios, me cuentan.

A pesar de todos los años transcurridos, todavía pueden describir la casa tal y como era con extraordinario detalle. Por lo que dicen, da la impresión de que la casa cambió muy poco desde los tiempos de la infancia de mi abuela.

Su entusiasmo es contagioso, y empiezo a hacer más preguntas. He leído mucho sobre el Muro, sobre la política de la época y sobre su construcción, y quiero comprender lo que significaba vivir a su sombra. «¿Qué hacían ustedes y sus amigos para divertirse?», pregunto. «¿Cómo era su rutina diaria?», y «¿Cómo pudieron mantener una relación viviendo en la zona fronteriza?»

Pero a medida que yo insisto, los Fuhrmann se vuelven más taciturnos. «Eso es personal», dicen, mientras emprendemos el camino de vuelta. «Y además, ¿a quién puede interesarle nuestra historia?»

Al volver a Inglaterra, a pesar de la tibia respuesta anterior, estoy deseando compartir mis investigaciones con los miembros de mi familia, los secretos que he desenterrado acerca de la casa.

Unas semanas después, nos reunimos en el apartamento de mi tía y mi tío en el centro de Londres. Ante mí están sentados veinte miembros de mi familia: mi padre y mi madre, mis tíos, tías, primos y primas. Estoy tenso. Es la misma sensación que cuando uno lanza una idea en una reunión de trabajo en su empresa. Me digo que tengo que relajarme y empiezo a hablar.

Les enseño fotos de los años treinta, junto con otras de los años cuarenta, sesenta y noventa, explicándoles cómo ha ido cambiando la casa a lo largo de los años. Recuerdo mis entrevistas con las personas que se acuerdan de la casa y las historias que me contaron. Por último, les digo que el Ayuntamiento de Potsdam tiene intención de demoler la casa.

Yo me esperaba algo de interés, acaso incluso que alguien me diera las gracias. En cambio, lo que oigo es enfado y resentimiento. Un primo me dice

que me estoy poniendo sentimental, que la familia nunca pasó mucho tiempo en la casa. Cuando menciono la película que rodó el doctor Alexander en los años treinta –los chicos, con una sonrisa de oreja a oreja, jugando al fútbol en la pradera, Elsie y Bella chapoteando en el lago– deja de hacerme caso. Otro familiar plantea inconvenientes prácticos y sugiere que sería imposible organizar un proyecto así desde Inglaterra. Me oigo a mí mismo diciendo que lo que hace falta es un «salto de fe», y me doy cuenta de que esas palabras no me convencen ni a mí.

La resistencia no me pilla totalmente por sorpresa. Al fin y al cabo, aquí lo que hay es una historia dolorosa. El enfado y el temor de mis familiares se hacen eco de unas emociones que yo mismo he sentido antes de pasar una temporada a orillas del lago, antes de conocer a las personas que vivían allí. Sin embargo, estoy decepcionado. Aunque nunca pensé que alguna vez llegaran a perdonar lo que ocurrió en el pasado, tenía esperanzas de que los miembros de mi familia estuvieran abiertos a cosas nuevas, de que les interesara explorar un futuro diferente.

Consciente de que la reunión ha sido un desastre, intento ponerle fin sin darle más importancia. «De acuerdo, pues», digo. «Gracias a todos por venir...»

Entonces toma la palabra una de mis primas más jóvenes. Dice que está entusiasmada. Está dispuesta, cuando sea, a volar a Berlín, a conocer a los vecinos del pueblo, a remangarse y a empezar a despejar la casa. Otra dice que sería una oportunidad de cerrar una herida, de empezar de nuevo. Y una tercera añade que si lo que vamos a hacer es homenajear a todas las familias que vivieron en la casa, «la idea puede tener verdadera fuerza».

Tras dos horas de conversación sincera y a veces dolorosa, la reunión llega a su fin. Parece que hay algo de apoyo al proyecto, pero también percibo una resistencia de la misma intensidad. Me pregunto cómo voy a llevar esto adelante si ni siquiera soy capaz de convencer a mi propia familia.

Kühne

1965

El 27 de mayo de 1965, en Groß Glienicke muchos se sorprendieron al enterarse de que pronto serían sobrevolados por un avión real.

Los vecinos del pueblo que veían en secreto la televisión de la República Federal asistieron a la retransmisión en directo de la aproximación de un avión al aeródromo RAF-Gatow. Dentro del avión, decía el locutor, viajaban la reina Isabel II y su marido, el duque de Edimburgo, en la que iba a ser la primera visita de la monarca británica a Berlín Occidental. Los que tuvieron la suficiente rapidez de reflejos, salieron a la calle, justo a tiempo de ver un avión de color rojo, blanco y azul pasando estruendosamente por encima de sus cabezas, y preparándose para aterrizar en el aeródromo de las afueras del pueblo.

El viaje de la reina tenía mucho que ver con la visita del presidente estadounidense John F. Kennedy dos años antes, que había sido objeto de una enorme atención por parte de los medios de comunicación de todo el mundo, sobre todo su declaración de que *«Ich bin ein Berliner»*, soy un berlinés. Desde aquel momento, daba la impresión de que Occidente había decidido no forzar la cuestión de la partición de Berlín en dos ciudades. Aunque los dirigentes occidentales consideraban que el Muro era una afrenta a la democracia, y a todo lo que Occidente tenía en mayor estima, temían las posibles consecuencias de un intento de penetrar la barrera. Análogamente, la Unión Soviética, aunque exteriormente indignada por la concentración de fuerzas estadounidenses y británicas en Berlín, y todavía con la desesperada ambición de hacerse con el control de toda la ciudad, se felicitaba por el hecho de que el éxodo masivo de la RDA hubiera disminuido drásticamente

desde la construcción del Muro, lo que había evitado el hundimiento de la economía del país. La situación distaba mucho de ser ideal para ambos bandos, pero daba la impresión de que las tensiones habían disminuido durante los años transcurridos desde que se construyó el Muro.

Según *The Times*, dos soldados desenrollaron una alfombra roja a un costado del avión en cuanto se detuvo la aeronave real. La reina, **vestida con un abrigo amarillo pálido y un sombrero a juego**, un bolso blanco, guantes blancos y zapatos de tacón blancos, bajó por la escalerilla del avión, a cuyo pie le dieron la bienvenida Ludwig Erhard, canciller de la República Federal de Alemania y Willy Brandt, alcalde de Berlín –quien le entregó un ramo de flores rojas.

Tras pasar revista a las tropas británicas en el aeródromo, la pareja real se subió a un Mercedes negro descapotable y recorrió las calles de Berlín Occidental, que estaban, como informaba *The Times*, «atestadas de multitudes felices». Cuando los vehículos reducían la marcha, la reina y su marido se ponían en pie, sonriendo y saludando con la mano a las masas, que le respondían aplaudiendo y agitando banderitas británicas del tamaño de la palma de la mano. Algunas crónicas estimaban que más de un millón de personas, casi la mitad de la población de Berlín Occidental, acudieron a ver a la reina.

En la Puerta de Brandeburgo los coches hicieron una parada, mientras el alcalde señalaba el Muro y le explicaba a la reina su historia y sus fortificaciones. Al ver a dos centinelas de la RDA de pie junto al Muro, el duque de Edimburgo les saludó con la mano, sin obtener respuesta. Al otro lado de la barrera, a unos ochenta metros por la avenida Unter den Linden, se había congregado una multitud de quinientos vecinos de Berlín Oriental, pero, según el periodista de *The Times*, más de un centenar de policías les impedían ver lo que ocurría.

Después de la parada ante la puerta de Brandeburgo, la reina recorrió el Muro de Berlín hasta la Potsdamer Platz, y después fue conducida hasta el Ayuntamiento de Berlín Occidental, en el barrio de Schöneberg, para asistir a un acto que tuvo lugar por la tarde, y al que asistieron más de 100.000 personas. La reina estaba sentada encima de un estrado, instalado en lo alto

de la escalinata del Ayuntamiento, un edificio de piedra arenisca, mientras la multitud coreaba: «E-li-za beth, E-li-za beth».

El primero en hablar fue Willy Brandt, que dio las gracias a la reina y a su país por su apoyo durante tantos años, y sus palabras fueron acogidas con vítores y aplausos por parte de la multitud. Y a continuación dijo: «Hoy hemos podido mostrarnos como nos gustaría ser, relajados y cordiales. Para ello hemos contado con la ayuda de la dignidad de Su Majestad, pero también, si se me permite hablar con sinceridad, con la ayuda del encanto de Su Majestad».

Cuando la reina se puso en pie, la multitud enmudeció de inmediato. Habló de su admiración por el pueblo alemán. «En ningún lugar se hace más evidente la tragedia de un mundo dividido que en esta ciudad. Mientras que otras ciudades han gozado de veinte años de reconstrucción y progreso pacífico, Berlín nunca ha dejado de luchar para defender su existencia.»

El último orador fue el canciller, quien, tras afirmar que el deseo de reunificación de Alemania no podía atascarse por culpa del «muro de la tiranía», concluyó exclamando «Viva la reina». Su grito fue coreado por la multitud.

Gran parte de la visita real fue retransmitida por la Radio en el Sector Americano RIAS por sus siglas en inglés, que era ávidamente escuchada por los vecinos de Groß Glienicke, entre ellos Wolfgang e Irene. Sin embargo, los medios de comunicación de la RDA no informaron de la visita. Para la familia de Bernd, eso era la enésima prueba de que no se podía confiar en la prensa.

Para entonces, era evidente que los vecinos podían clasificarse en tres nuevas categorías. La primera era la de los creyentes, que incluía a los *apparatchiks* del Partido y a los comunistas fervientes, que, a pesar de todas las evidencias en sentido contrario, seguían aferrándose a sus preceptos revolucionarios. Después estaban los que no se creían todo lo que les decían, los que podían ver más allá de las mentiras de los gerifaltes del Partido, y que cantaban las canciones de rigor y cumplían las leyes que ellos mismos sabían que eran estúpidas, o peor, injustas y peligrosas, y que sin embargo guardaban silencio. Los miembros de esa categoría podían confesar sus dudas

en privado, pero nunca en público. El último grupo era el de los disidentes, los que valientemente rechazaban el statu quo y exigían uno nuevo. Era el grupo más pequeño de los tres, y muchos de sus miembros eran acosados por la Stasi, o permanecían detenidos sin juicio y sufrían torturas. Las familias Kühne y Fuhrmann pertenecían al segundo grupo.

Aquel mes de septiembre, Bernd Kühne asistió a su primer día de clase en el «Colegio n.º 2», uno de los tres que había en los alrededores.

Dado que su familia vivía dentro de la zona de seguridad fronteriza, primero Bernd tenía que pasar por el puesto de control de la Potsdamer Tor. Allí se verificaban cuidadosamente los pases de cualquier adulto, y sólo después de darles el visto bueno, un guardia apretaba un botón, un semáforo cambiaba de rojo a verde, y el vigilante hacía una seña a la persona para que pasara. A Bernd, por ser un niño y un rostro familiar, le hacían un rápido gesto con la cabeza para que pasara.

A continuación Bernd giraba a la izquierda y enfilaba la Potsdamer Chaussee, pasaba por delante del Drei Linden, y después volvía a girar a la izquierda, por la Dorfstraße, pasaba por delante de la iglesia y entraba en el colegio. Dado que el edificio del colegio también estaba situado dentro del *Grenzgebiet*, y que la inmensa mayoría de progenitores de sus alumnos no tenían permiso para entrar en la zona de seguridad fronteriza, casi todos tenían que dejar a sus hijos a cincuenta metros de la entrada del colegio.

Una vez dentro, llevaron a Bernd hasta su aula y le presentaron a sus compañeros de clase. Más tarde, antes de comer, conducían a los niños hasta el Drei Linden, que ahora era del Estado, y había pasado a ser un comedor escolar. Aquella tarde, de vuelta en su clase, Bernd le preguntó a su maestro: «¿Por qué no podemos ir en coche al Oeste?». Sus compañeros de clase se rieron entre dientes ante aquella pregunta, lo que provocó que Bernd se sintiera cohibido y estúpido. Decidió que no le gustaban ni el edificio, ni los alumnos, ni los maestros. Prefería la familiaridad de su hogar, su jardín y los animales de sus corrales. Después de acallar a la clase, el maestro miró a Bernd y le dijo amablemente: «No podemos ir al Oeste porque no podemos

permitirnos el lujo de construir carreteras». Como él no entendía de esas cosas, Bernd se creyó aquella afirmación, aunque se quedó con una duda acuciante. Al final de la jornada, volvió a casa llorando. Hizo falta que su madre le infundiera mucho ánimo para que Bernd regresara al colegio a la mañana siguiente.

Las principales asignaturas de Bernd eran Lengua, Matemáticas, Historia y Ruso. Todo el mundo esperaba de él y de sus compañeros de clase que se afiliara a los Pioneros de Thälmann, una organización juvenil nacional que llevaba el nombre de Ernst Thälmann, antiguo presidente del Partido Comunista Alemán. Cada semana Bernd asistía a las «charlas» en las que él y sus compañeros tenían que repetir consignas como: «Nosotros, los Pioneros de Thälmann, somos amigos de la Unión Soviética, protegemos la paz y odiamos a los belicistas».

En primavera participaban en actividades al aire libre, como los Boy Scouts, y aprendían técnicas de supervivencia y de orientación básica. Bernd y sus compañeros Pioneros llevaban pañoletas azules, que según el manual de la organización eran un símbolo «de nuestra devoción a la causa de la clase trabajadora y de su partido, el Partido Socialista Unificado de Alemania». Les decían que su misión era amar la naturaleza y toda su belleza. Un hito de todas las reuniones era el izado de la bandera nacional, durante el que uno de los líderes exclamaba: «Queremos prepararnos para la paz y el socialismo», y a continuación los niños le respondían al grito de: «¡Siempre listos!».

El 13 de agosto de 1966, vestidos con sus uniformes de Pioneros de Thälmann, setenta niños y niñas salieron del Colegio n.º 2 y se fueron de excursión al campo. Portando flores y regalos que habían confeccionado con papel y cola, y acompañados por sus maestros, recorrieron la Dorfstraße en dirección al cuartel que albergaba a la guardia fronteriza del Regimiento n.º 34 de Groß Glienicke.

Cuando llegaron, un guardia armado levantó la barrera, y los niños fueron conducidos al interior del recinto, hasta el patio de armas. Allí fueron recibidos por una larga hilera de guardias fronterizos pulcramente

uniformados. Juntos, los soldados y los niños iban a celebrar el quinto aniversario de la construcción de la Barrera de Protección Antifascista.



Encuentro de los Pioneros de Thälmann con los soldados, Groß Glienicke

Tras entregar los regalos a los soldados, éstos invitaron a unos cuantos niños a empuñar los fusiles de los guardias. Hicieron fotografías para el periódico local y, a continuación, los niños fueron a bañarse a la piscina del regimiento. Después les pusieron una película que explicaba el trabajo de los soldados de la guardia fronteriza y cómo protegían la República.

Según el director del *Ortschronik Groß Glienicke*, el periódico local controlado por el Estado, el evento fue un «gran éxito». Después de darle las gracias a los soldados por proteger la frontera, porque gracias a su trabajo ellos «podían estudiar en paz y tranquilidad», regresaron al colegio para reanudar sus clases.

*

A medida que iba haciéndose mayor, uno de los pasatiempos escolares

favoritos de Bernd consistía en recoger pequeños palos con sus amigos durante el recreo matinal y después arrojarlos por encima de la valla fronteriza, que discurría paralela a la parte trasera del patio del colegio, intentando activar los cables de alarma. La mayoría de las veces no acertaban, pero si tenían suerte, y el palo era lo bastante pesado, lograban acertarle al primer cable, que disparaba una bengala de color verde. Si les veía algún maestro, les gritaba «¡No tiréis palos a nuestro Mecanismo de Protección Antifascista!».

En contadas ocasiones lograban acertarle al segundo cable, en cuyo caso se disparaba una bengala roja. Al cabo de pocos minutos llegaban tres o más camiones, de los que se bajaban los soldados en tropel, en busca del presunto evadido. Si no podían encontrar a nadie, los soldados se reunían a comentar el caso, miraban con cara de pocos amigos a los niños, y volvían a activar los cables de alarma. En cuanto se iban los soldados, algún amigo de Bernd gritaba: «¡Vamos a ver los fuegos artificiales!», y todos volvían a intentar acertarle a los cables.

Aunque no era un gran amante de los deportes de equipo, a Bernd le encantaba correr. Mostraba aptitudes como velocista, pero donde verdaderamente destacaba era en las distancias más largas. Al cabo de poco tiempo, sus maestros advirtieron su talento y seleccionaron a Bernd para competir contra otros colegios. Adquirió prestigio entre sus compañeros y empezó a sentirse orgulloso de sus habilidades atléticas.

Aunque Bernd hizo amigos en el colegio, no podía invitarlos a su casa, a menos que ellos también tuvieran un pase para entrar en la zona de seguridad fronteriza. Ése era uno de los aspectos más fastidiosos de vivir en la casa del lago. Los cumpleaños eran especialmente complicados. A veces era posible colar algunos amigos sin que se dieran cuenta los guardias, pero era imposible que pasaran todos. De hecho, aunque hubieran podido, muchos de los progenitores se lo habrían prohibido a sus hijos, en vista del riesgo que corrían.

A pesar de las frustraciones de vivir tan cerca del Muro, los Kühne se instalaron muy pronto en la rutina. **Por la noche, después de cenar, a menudo veían la televisión** en la sala. Disponían de dos cadenas nacionales, DFF1 y DFF2, y todos los días la familia se reunía para ver las noticias y el programa de variedades *Ein Kessel Bunt*. Más interesantes eran los programas que emitían las cadenas de la República Federal –ARD y ZDF– que podían sintonizar gracias a la torre de antenas ubicada a cinco kilómetros al sureste del pueblo. Los programas favoritos de los Kühne eran *Am Laufenden Band*, un espacio de entretenimiento en el que participaban equipos formados por dos generaciones distintas de una misma familia, y *Einer wird gewinnen*, un concurso televisivo con participantes de toda Europa. También veían muchos deportes, en particular fútbol y Fórmula 1. Cuando se terminaba la programación de la RFA, la familia se aseguraba de volver a seleccionar una cadena de la RDA, para el improbable caso de que alguien pasara por allí de visita.

A finales de los años sesenta en el pueblo ya había mucha más gente que tenía un televisor. Los maestros del colegio de Bernd a menudo le preguntaban a los niños qué programas solían ver en su familia. Uno de sus trucos era averiguar qué forma tenía el reloj del telediario. Si el niño contestaba que «rectangular», el maestro sabía que sus padres veían *Aktuelle Kamera*, de la DFF, a las 7.30 de la tarde. Pero si decían que el telediario tenía un reloj redondo, el maestro deducía que veían el *Tagesschau*, un informativo que emitía a las ocho de la tarde la cadena occidental ARD, y denunciaba a la familia del niño ante las autoridades.

Y además estaba la radio. Al igual que la mayoría de los habitantes de Berlín, la emisora favorita de Bernd era RIAS, que desde 1946 difundía la cultura estadounidense en Berlín Occidental y más allá. A Bernd le gustaba escuchar el programa semanal de los singles más vendidos, y cantaba a dúo con la radio las canciones británicas y estadounidenses más populares, que entonces no se emitían por la radio de Alemania Oriental.

El 13 de junio de 1967, cuando Bernd tenía siete años, él y su familia asistieron a los festejos del séptimo centenario de Groß Glienicke. Los gerifaltes locales del Partido habían decidido utilizar el evento, que se celebraba a lo largo de tres días, como una oportunidad de destacar los beneficios del socialismo. El programa ocupaba seis páginas y estaba impreso en papel cuché blanco. En el pabellón deportivo del pueblo había juegos para niños, y, para los adultos, una exposición titulada «De pueblo feudal a comunidad socialista en la frontera con Berlín Occidental». Un poco más allá, en el Drei Linden, celebraban «un foro para la inteligencia». En el bar de la playa, los funcionarios del Partido entregaban premios a los «ciudadanos destacados». Más tarde hubo baile, al son de un conjunto militar soviético. También se organizó un foro donde se instruía a las mujeres sobre «las políticas sanitarias socialistas y el desarrollo saludable de nuestros hijos».

En el evento del Drei Linden, Johannes Sieben, uno de los maestros de Bernd, y director del *Ortschronik*, captaba el espíritu de los tiempos. Al final de un largo discurso sobre la historia del pueblo, dijo: «Hemos echado a los grandes empresarios de la industria capitalista, de modo que ya no pueden extender la mano para recoger beneficios, y ahora tenemos esta barrera con Berlín Occidental para impedir el paso a los futuros capitalistas». Tras los aplausos del público, Sieben concluía: «Hemos sido buenos ciudadanos, lo hemos hecho bien porque la gente de Groß Glienicke está muy contenta por la buena relación que tiene con la guardia fronteriza, y apoya su trabajo de protección de nuestras fronteras».

Durante los años transcurridos desde la construcción del Muro, el número de personas que cruzaba la frontera de Berlín Oriental a Occidente se había reducido desde los 200.000 de los siete primeros meses de 1961 hasta unos pocos cientos al año. En 1965 ya habían muerto setenta y siete personas intentando saltar el Muro, con edades comprendidas entre los dieciocho y los ochenta años. La mayoría de ellas habían sido tiroteadas por los guardias fronterizos de la RDA mientras intentaban escapar. Habitualmente, los medios de comunicación de la RDA, controlados por el Gobierno, no publicaban

noticias sobre los que morían intentando huir a través del Muro, salvo si un guardia fronterizo fallecía estando de servicio, en cuyo caso se le ensalzaba por sus servicios a la patria. Cuando el Gobierno no podía ocultar las muertes de civiles, los medios de la RDA las justificaban como legítima defensa de las fronteras nacionales. Por otra parte, los medios occidentales cubrían ampliamente esas muertes, lo que suscitaba protestas y condenas, dañaba el prestigio de la RDA y alimentaba el enfado contra sus líderes.

Para entonces, el Muro se había convertido en el símbolo más prominente de la Guerra Fría que se estaba librando, un recordatorio físico del conflicto entre las dos potencias mundiales. Para el Gobierno de la RDA y para la Unión Soviética, suponía una afirmación de su independencia de Occidente, así como una práctica barrera contra la emigración. Para Estados Unidos y sus aliados, el Muro encarnaba el sojuzgamiento que padecía la población de Europa oriental, una afrenta a los ideales occidentales de democracia y libertad.

El dramatismo, la complejidad y las tensas negociaciones de la Guerra Fría se representaban, a pequeña escala, en el denominado «Puente de los Espías», donde se intercambiaban los agentes de la inteligencia soviética, estadounidense y británica que caían en manos de la policía. El puente sobre el río Havel era un paso fronterizo entre Berlín Occidental y Potsdam, en territorio de la RDA, y estaba a tan sólo tres kilómetros al sur de Groß Glienicke. [El primer intercambio tuvo lugar](#) el 10 de febrero de 1962, seis meses después de la construcción del Muro de Berlín. Desde un extremo del puente, los estadounidenses pusieron en libertad al coronel Vilyam Gernikhovich Fisher, que había sido condenado cinco años antes por montar una red de espionaje en Nueva York. Desde la otra orilla, los soviéticos enviaron a Francis Gary Powers, un piloto estadounidense que había sido hecho prisionero después de que los soviéticos abatieron su avión espía U2 cuando volaba sobre su espacio aéreo. Se produjo un segundo intercambio en 1964, cuando Konon Molody, un agente soviético que había conseguido información militar confidencial británica, fue intercambiado por Greville Wynne, un agente de inteligencia británico detenido en Budapest. Aunque en Occidente se festejaban, ese tipo de intercambios no aparecían en los medios

de comunicación de la RDA. Oficialmente, las únicas noticias que los medios ofrecían a Bernd Kühne y su familia eran los artículos tendenciosos que difundían los periódicos y la radio de Alemania Oriental: relataban cómo Fisher había desbaratado los planes del Gobierno de Estados Unidos y el homenaje que se le había rendido en Moscú; y que el avión de Gary Powers había sido abatido gracias a la mayor pericia del piloto soviético; o que Greville Wynne había confesado durante su juicio en Moscú y por ello había sido condenado a muerte.

Sin embargo, las evasiones de Alemania Oriental y los intercambios de espías no eran los únicos trayectos transfronterizos que se producían en aquella época. Para algunos, la vida en la RDA parecía más atractiva que en la RFA.

Puede que resulte sorprendente, pero ése fue el caso de unos cuantos soldados ingleses que trabajaban en Gatow. A principios de los años sesenta, un sector de la base militar británica de Gatow se había convertido en el centro de recogida de inteligencia más importante para el Reino Unido en Europa central. Conocida oficialmente como el Real Destacamento de Transmisiones de RAF Gatow, aquella unidad monitorizaba el tráfico de comunicaciones entre Berlín Oriental y Moscú. Para manejar el ingente volumen de datos que era preciso traducir y analizar, los británicos reclutaron a cientos de jóvenes expertos en lenguas extranjeras a través de su Cuerpo de Inteligencia Rusa, que en su mayoría tenían poca o ninguna formación militar. Por ejemplo, uno de ellos era el escritor Alan Bennett; otro era Leslie Woodhead, que posteriormente fue productor de televisión. Durante largos turnos, los equipos escuchaban las ondas, sentados en hileras de escritorios instalados en un búnker secreto al fondo de la base. Otro de aquellos jóvenes reclutas era un tal Brian Patchett, de veinticinco años, con el pelo largo y aspecto desaliñado que se había criado en Coventry.

El 9 de julio de 1963, el nombre de Brian Patchett apareció por primera vez en los periódicos ingleses. Bajo el titular «CABO BRITÁNICO DESERTA A EUROPA DEL ESTE», *The Times* informaba de que Patchett había solicitado asilo, alegando como motivo que «ya no estaba dispuesto a trabajar para los revanchistas que están preparándose para la guerra». El soldado llevaba en

paradero desconocido desde el 2 de julio, contaba el periódico, añadiendo que un portavoz del Ejército había confirmado que no se había llevado ningún documento secreto. Rápidamente el Ejército británico puso en marcha una investigación, y muy pronto se descubrió que Patchett se había enamorado de una chica alemana de veintiún años, Rosemarie Zeiss. La joven se había criado en Berlín Oriental, pero se había pasado a Berlín Occidental pocos meses antes de que se construyera el Muro porque quería estudiar Derecho. Sus padres seguían viviendo en la RDA, donde dirigían un restaurante de propiedad estatal. Patchett había conocido a Zeiss en Gatow, donde ella había trabajado durante poco tiempo en una de las tiendas de la base, y se había quedado destrozado cuando Zeiss puso fin a su relación porque «se estaba volviendo demasiado seria». En una carta que le escribió a Zeiss el 21 de junio de 1963, Patchett confesaba que no le gustaba trabajar en Gatow, y que estaba frustrado porque le habían denegado sus solicitudes de traslado a otra base: «el Ejército se niega a sacarme de aquí», escribía. Angustiado por la posibilidad de verse atrapado en aquella base, concluía: «Tan sólo puedo correr en una dirección».

En un memorándum confidencial dirigido al Gobierno británico, el Ministerio de la Guerra llegaba a la conclusión de que Patchett era un «lobo solitario, sin particulares amistades en la unidad», y de que «no hay pruebas de que la desertión fuera una operación dirigida». En su informe final, el director de la Inteligencia Militar, Marshall St. John Oswald, afirmaba que la causa de la desertión era una combinación de un historial psiquiátrico de inestabilidad, de que Patchett provenía de un hogar pobre, de la insatisfacción por su destino, así como del hecho de que su novia hubiera roto con él. El 7 de noviembre de 1963, tras una serie de indagaciones por parte de un diputado que había estado presionando al Gobierno para que las pertenencias de Patchett fueran devueltas a su familia, Oswald afirmaba que «desde el punto de vista del Ejército, obviamente lo más deseable es dejar que el caso Patchett tenga una muerte natural, si es posible. Las pertenencias de Patchett se entregaron a su familia, que las «custodió en nombre de Patchett».

Brian Patchett fue uno de los escasos veintitrés miembros del Ejército británico destinados en Gatow que desertaron a la RDA, en una época en la

que miles de jóvenes de Alemania Oriental consideraban la posibilidad de huir en dirección contraria.

Kühne

1970

A pesar de vivir a la sombra del Muro, con todos sus extraordinarios condicionantes, los residentes de la zona intentaban llevar una vida normal. A principios de 1970, la familia Kühne ya había desarrollado una sólida rutina diaria.

La primera tarea de una mañana de invierno era encender el horno de la cocina. Eso era cosa de Bernd, que entonces tenía diez años. A las seis de la mañana sonaba el despertador de su cuarto. Bernd se levantaba de la cama, se ponía un chaquetón abrigado, se aventuraba a salir al jardín para recoger una brazada de leña de la pila que había junto al gallinero. Volvía a entrar, soplabla para avivar las brasas del fogón, y colocaba los troncos con sumo cuidado. Cuando el fuego ardía vivamente, Bernd añadía unos cuantos trozos de carbón del cubo que había junto al fogón. Fuera era de noche, y las ventanas de la cocina estaban cubiertas de hielo; Bernd no podía ver nada a través de ellas.

Cuando el fogón estaba caliente, Irene empezaba a preparar el desayuno, normalmente tostadas con huevos revueltos. El olor a comida despertaba a los demás, y al cabo de poco tiempo la familia estaba sentada alrededor de la mesa de la cocina. Todos tomaban té, que se servían de una gran tetera amarilla. Si había tiempo, Irene le decía a sus cuatro hijos, que a menudo seguían en pijama, que si querían podían volverse a la cama un ratito.



El Muro de Berlín, con el lago de Groß Glienicke y sus islotes

De camino al colegio, los niños tenían que pasar por la barrera de la Potsdamer Tor. Bernd, su hermano y su hermana Marita no se detenían, pero su hermana Rosita normalmente aminoraba el paso para poder darle los buenos días a los soldados. Dado que en el colegio estudiaban ruso, en vez de inglés o francés, era una oportunidad para practicar. A veces les llevaba una porción de tarta, un huevo duro, o un trozo de pan con miel que le había dado su madre: a Rosita le daban lástima aquellos jóvenes, tan lejos de su casa, y siempre la recompensaban haciéndole un gesto con la cabeza y con una sonrisa. Una vez incluso le dieron una vieja medalla del Ejército Rojo.

Cuando los niños se iban al colegio, Irene empezaba con sus tareas domésticas. Limpiaba la cocina, los platos, las cazuelas y las sartenes del desayuno. Lavaba la ropa en un barreño, en el cuarto de baño, y colgaba la colada en un tendedero delante del fuego. Después se sentaba a hacer punto en la sala. Cada año hacía un conjunto nuevo de jerséis, gorros, guantes y

bufandas para sus hijos, con la misma lana de color rojo oscuro, la única que había en la tienda del pueblo. Mientras que Bernd y Hartmut se ponían de buena gana sus prendas de lana hechas en casa, sus hermanas se negaban. No querían que la gente pensara que se ponían la ropa de sus hermanos.

Irene dedicaba las tardes a ir de compras. Había dos tiendas principales en el pueblo. La tienda Konsum n.º 422 formaba parte de una cooperativa nacional de comestibles, y estaba situada en la Wilhelm-Pieck-Allee, la calle que discurría por detrás de la iglesia y que fue rebautizada con el nombre del primer presidente de la RDA. Allí era donde Irene podía comprar jabón y detergente, verdura y pasta, margarina y cerveza. La encargada de la tienda era Ingeborg Tauschke, una mujer alta y cordial, y activa militante del Partido Socialista Unificado. A pesar del bombo que le daban los artículos del periódico local –en los que los vecinos del pueblo afirmaban que la tienda de *Frau* Tauschke «tiene un buen horario y el personal atiende muy bien», que «los estantes están limpios y siempre llenos», y que «hay tanto donde elegir como en Potsdam»–, lo cierto era que Irene y el resto de los lugareños sabían que en Konsum 422 se podían comprar exactamente los mismos productos que en cualquier otra tienda. Al fin y al cabo, sólo había una marca de detergente, una marca de papel higiénico, una marca de salchichas y una marca de cigarrillos.

La otra gran tienda del pueblo era Handelsorganisation, aunque todo el mundo la llamaba «HO», una tienda que vendía de todo, ubicada en la Potsdamer Chaussee, junto al Drei Linden. Allí Irene podía comprar clavos y cola, anzuelos y tableros de madera, insecticida en aerosol y lejía. Había un carnicero en la parte sur del pueblo, al que Irene raramente tenía que visitar, gracias a las gallinas y los cerdos que tenían en su casa. Como ocurría con la mayoría de las tiendas de la RDA, el truco consistía en saber cuándo acudir. Aparentemente el mejor momento era justo después de que pasaran los camiones de reparto, más o menos a las tres de la tarde, pero ni siquiera eso garantizaba que los estantes estuvieran bien abastecidos.

Cuando *Frau* Tauschke reformó su tienda, el periódico local le dedicó un artículo a toda página; puede que fuera un indicio de lo importante que era la tienda en la vida del pueblo y de los pocos acontecimientos que se producían

—o por lo menos que las autoridades permitían que se publicaran. [En el marco de las celebraciones, se pidió a los escolares](#) del pueblo que escribieran un poema sobre las mejoras, y el ganador se publicó en el periódico.

Las más felices son las dependientas
Ahora sufren menos estrés
Y como ya no tienen que despachar
Tienen tiempo para fumarse un cigarrillo.

Las veladas de la familia se dedicaban a hacer la cena, a otras tareas de limpieza, a ver la televisión y a bañarse. Dado que durante la mayor parte del invierno oscurecía muy pronto, normalmente los niños se iban a la cama a las ocho, lo que permitía que Wolfgang e Irene tuvieran tiempo para ellos.

A menudo Wolfgang salía a tomarse una cerveza en el bar del pueblo con sus amigos, o incluso con alguno de los guardias fronterizos. En una ocasión quedó con un compañero que también vivía en la zona de seguridad, al lado del Muro. Se conocieron en el Drei Linden, y tras beberse unas cuantas cervezas estaban bastante borrachos. De camino a casa, pasaron por la barrera de la Potsdamer Tor y charlaron afablemente con los guardias. En un momento dado, debido a la euforia del alcohol, el amigo de Wolfgang agarró el fusil Kalashnikov de uno de los soldados y empezó a jugar con él, apuntando al cielo, fingiendo que disparaba.

En cuestión de segundos la situación se puso tensa. El soldado le arrebató el arma al amigo de Wolfgang, mientras su camarada lo inmovilizaba bruscamente. Detuvieron a la pareja de borrachos y se los llevaron a la comisaría de policía de Potsdam, donde los interrogaron por separado. A Wolfgang le dejaron marcharse a su casa tan sólo después de que quedara claro que él no había tenido nada que ver con la payasada del otro borracho. A su amigo lo dejaron encerrado, y cuando le pusieron en libertad, a él y a su familia los desahuciaron de su confortable vivienda contigua al Muro y le asignaron otra en un pueblo lejos de la frontera, de sus amigos y de su trabajo.

En los meses de verano, los niños jugaban fuera mientras Irene y

Wolfgang trabajaban en el jardín, cultivando y cosechando grandes cantidades de judías, fresas, patatas, espárragos, pepinos, lechugas y tomates. Las gallinas no requerían demasiada atención, y a los niños se les asignó la tarea de darles de comer y de recoger los huevos. Además, tenían una colonia de abejas, que revoloteaban alrededor de un grupo de colmenas junto al jardín de los manzanos. La miel y los huevos eran tan abundantes, y tan buenos, que Irene vendía lo que no necesitaban a la tienda del pueblo.

La familia no era rica, ni mucho menos, pero raramente sufría alguna carencia. Wolfgang encontró un trabajo estable llevando comestibles a los soldados del cuartel del NVA y, aunque no estaba bien pagado, le granjeó el respeto de los guardias fronterizos –una relación vital si él y su familia querían seguir viviendo en la casa adyacente al Muro.

A altas horas de la noche del 19 de marzo de 1970, unos gritos procedentes de la casa de al lado despertaron a Bernd Kühne. Se puso unos zapatos y un abrigo, fue corriendo hasta la valla y vio, con horror, que la antigua casa de fin de semana de los Munk estaba ardiendo. Los Wißgott, que eran los inquilinos que llevaban viviendo allí desde los años cincuenta, estaban de pie al lado del Muro, suplicando a los guardias de la patrulla fronteriza que les ayudaran.

Wolfgang acudió junto a su hijo poco después, y al ver que los guardias se negaban a ayudar, le dijo a Bernd que fuera corriendo hasta el cuartel de bomberos que estaba al otro lado de la Potsdamer Tor. Mientras Bernd iba a avisar a los bomberos, Wolfgang agarró una manguera y encharcó de agua el tejado de su casa, para protegerla de las pavesas que ya caían en cascada desde la parcela de sus vecinos y que la brisa nocturna arrastraba hacia su «villa».

En el cuartel de bomberos, Bernd pulsó el botón de alarma. Unos instantes después salió un bombero y le dijo que el camión no podía acudir porque estaba averiado. Lo único que hicieron fue avisar al cuartel de bomberos de Potsdam, cuyo camión tardó otros cuarenta minutos en llegar. Para entonces era demasiado tarde. La casa de los Munk había quedado

arrasada por las llamas.

Wolfgang e Irene invitaron a sus vecinos, ahora sin un techo bajo el que cobijarse, a pasar la noche. Tras tomarse unos reconstituyentes tragos de *schnapps*, los vecinos les contaron que el incendio había empezado en la chimenea, que no se limpiaba desde hacía años. Wolfgang se alegró de haber mejorado el tiro de las chimeneas de su casa, y juró limpiarlas periódicamente.

Al día siguiente, el *Gemeinde* encontró una vivienda para los Wißgott en el pueblo. Después de que se enfriaran las ruinas, Wolfgang sacó con una pala los viejos ladrillos que antiguamente formaban los muros de la cocina de los Munk, los limpió de hollín y de argamasa, y los utilizó para construir un pequeño lavadero junto a la casa del lago. Dado que nadie había vuelto a ver a los Munk desde hacía veinte años, y sin perspectiva de que fueran a regresar de forma inminente, ¿por qué desperdiciar unos materiales tan buenos?

A la edad de catorce años, Bernd se licenció de los Pioneros de Thälmann e ingresó en el movimiento de juventudes del Partido, la *Freie Deutsche Jugend* (FDJ), al que pertenecía el 75 % de los jóvenes de la RDA. La mayoría de los que no se afiliaban lo hacían por motivos religiosos. El nuevo uniforme de Bernd consistía en unos pantalones grises y una camisa azul que llevaba el emblema de un sol naciente amarillo brillante estampado en una manga, y una pañoleta roja alrededor del cuello. En la FDJ, Bernd seguía asistiendo a las charlas semanales sobre las virtudes del socialismo y coreando: «¡Miembros de la FDJ – Amistad!», y aprendía canciones nuevas. «¡Adelante, Juventud Alemana Libre!» era un ejemplo típico.

¡Adelante Juventud Alemana Libre!

Tened fe en el partido.

¡Estad preparados y decididos a luchar

Si nos sobreviniera algún peligro!

Nuestros tiempos necesitan felicidad y paz

¡Amistad con la Unión Soviética!

La FDJ tenía una mentalidad marcadamente militar. Era obligatorio practicar la puntería con el fusil, y los chicos tenían que participar en las actividades al aire libre, como limpiar un parque de la zona. Bernd detestaba la camisa azul especial de la FDJ, y a menudo optaba por no ponérsela. Sus maestros desaprobaban aquel acto de rebeldía, pero no le castigaban.

Algunas tardes, los padres de Bernd le llevaban a él y a sus hermanos a Potsdam. Mientras Irene y Wolfgang iban de compras o se tomaban una copa en un bar, Bernd deambulaba por las calles con su hermano y sus hermanas, o con algún amigo. Su actividad favorita era coleccionar las pegatinas que encontraba en los coches de la República Federal que veía aparcados entre los omnipresentes «Trabbis» de la República Democrática. Asegurándose de que nadie le observaba, Bernd arrancaba el adhesivo –con la publicidad de Esso, o de Dunlop, o de la cerveza Beck’s– y se lo guardaba en el bolsillo. Posteriormente lo incorporaba a la colección que tenía en la pared de su dormitorio. A Bernd le encantaba la RFA y soñaba con mudarse a aquel país. Tan sólo le sorprendieron una vez, en que le detuvo la policía y se lo llevó a la comisaría para interrogarle. Cuando sus padres se enteraron de lo que había ocurrido, le dijeron: «No vuelvas a hacerlo nunca más». La reprimenda de sus padres le asustó mucho menos que la policía.

Para poder adquirir artículos de mejor calidad y menor disponibilidad –pantalones vaqueros, los últimos singles de las listas de éxitos– Bernd a menudo tenía que hacer cola durante más de una hora para comprar cualquier cosa que hubiera en oferta. Si esa cosa en concreto no le gustaba, siempre podía intercambiarla después con algún amigo.

Cuando Bernd le preguntaba a sus padres, cosa que hacía a menudo, por qué no habían huido a Occidente cuando tenían la oportunidad, antes de la construcción del Muro –al fin y al cabo, podían haber ido andando por encima de la superficie helada del lago– su madre le respondía: «No pensábamos que el Muro fuera a durar tanto», y su padre saltaba. «La vida no está tan mal en Groß Glienicke», le decía, e instaba a Bernd a «sacar el máximo partido de las cosas».

Desde la creación de la República Federal de Alemania en 1949, sus líderes habían afirmado reiteradamente que no reconocían el país que tenían al este. Por el contrario, su constitución se basaba en la premisa de que algún día Alemania del Este se reincorporaría al resto de Alemania. Por consiguiente, la RDA tampoco era reconocida como país por Estados Unidos, Reino Unido, Francia y otras potencias occidentales. También significaba que ninguna de las dos Alemanias era miembro de Naciones Unidas.

Aquel impasse empezó a cambiar en 1969, cuando Willy Brandt, el ex alcalde de Berlín Occidental, fue elegido canciller de la República Federal. Brandt hacía un llamamiento a una *neue Ostpolitik* (nueva política hacia el Este) y argumentaba que una «normalización» entre las dos mitades de Alemania beneficiaría a quienes deseaban ver a sus familiares, sería bueno para el comercio y reduciría las tensiones internacionales.

El 12 de agosto de 1970, Brandt voló a Rusia y firmó el Tratado de Moscú, por el que se reconocían las fronteras entre la RDA y la RFA, y se renunciaba al uso de la fuerza. Unos meses después, el 7 de diciembre, Brandt firmó otro tratado, esta vez en Varsovia, por el que finalmente se reconocían las fronteras entre Alemania y Polonia que se habían establecido en la Conferencia de Potsdam. [Esos dos acuerdos fueron ratificados por el Parlamento de la RFA el 17 de mayo de 1972.](#) Cinco meses después, el 16 de octubre, el Gobierno de la RDA anunciaba que toda persona que hubiera huido de la RDA antes del 1 de enero de 1972 no sería procesada y, lo más importante, tenía permiso para visitar la RDA sin peligro de ser detenida.

Después, el 21 de diciembre de 1972, Brandt firmó el «Tratado sobre los fundamentos de las relaciones entre la RFA y la RDA», en el que se establecían relaciones oficiales entre los dos países, a pesar de la firme oposición de los políticos conservadores. Por consiguiente, cada uno de los países reconocía a los representantes diplomáticos del otro y, el 18 de septiembre de 1973, ambos fueron aceptados como miembros de Naciones Unidas. Con aquella mejora de las relaciones, los ciudadanos de la República Federal que habían abandonado la República Democrática podían ir a ver a sus familiares del Este.

Aquel otoño, Irene Kühne se quedó asombrada y encantada al recibir una

carta de su hermana Ursula. Hacía más de catorce años que no se veían, desde que Ursula no regresó de sus «vacaciones» en Dortmund. Ella y su marido tenían trabajos bien remunerados, una bonita casa con los últimos aparatos, un coche moderno, y podían viajar a Francia, a los Países Bajos y a Inglaterra cuando les apeteciera. Ursula se había beneficiado del boom económico que floreció en la RFA durante los años cincuenta y sesenta. En su carta, decía que iba a aprovechar la reciente suavización de las restricciones a los viajes, y que iba a ir a Groß Glienicke para visitar a Irene.

Unas semanas después, Bernd y Wolfgang iban de camino a las tiendas del pueblo cuando vieron a Ursula, a su marido y a sus hijos esperando ansiosamente en su Mercedes negro, un coche con pinta de ser muy caro, junto a la Potsdamer Tor. Habían conseguido llegar hasta la zona de seguridad fronteriza, pero no podían pasar de ahí. Tras abrazar cariñosamente a su cuñada y a su familia, Wolfgang sugirió que se pusieran en marcha. Ursula dijo que nunca había visto la casa de su hermana y que estaba dispuesta a correr el riesgo, pero su marido estaba nervioso por la presencia de los soldados que custodiaban la zona de la frontera.

Wolfgang le dijo a Bernd que se quedara allí con su tío y sus primos, y se subió al Mercedes con su cuñada. Se puso al volante y se acercó muy despacio a los guardias que estaban al mando de la barrera. Como pasaba por allí varias veces al día, los guardias le hicieron una seña para que pasara. No advirtieron la presencia de Ursula, que iba tumbada en el asiento trasero, tapada con una manta. Pocos minutos después llegaban a la casa y las dos hermanas se reencontraron.

A pesar de que dieron una imagen de unidad ante Ursula al enseñarle con orgullo la casa del lago y el jardín a su invitada, la relación entre Irene y Wolfgang estaba empezando a deteriorarse.

Poco después de la marcha de los Fuhrmann, Wolfgang volvió a abusar de la bebida, a menudo solo. Su licor favorito era el Apfelkorn, una bebida hecha con aguardiente de trigo al cien por cien y zumo de manzana, que Wolfgang iba bebiendo a sorbos durante todo el día, sentado en su mecedora

delante de la chimenea.

Preocupada por la caída de su marido en el alcoholismo, Irene empezó a esconderle la bebida –un esfuerzo inútil, ya que Wolfgang encontraba lugares cada vez más recónditos donde guardarla: en el garaje dentro de la canoa, tras la chimenea del sótano, o debajo de las colmenas.

Su humor fue haciéndose más sombrío y amargado, recordaba más tarde Irene. Al principio, Wolfgang reprendía a su esposa y se quejaba de que no hacía lo suficiente en la casa, de que no estaba cuidando adecuadamente de los niños, o de que no le prestaba suficiente atención. Poco a poco fue volviéndose violento. Pegaba a Irene, le lanzaba botellas, la tiraba al suelo de un empujón. Las cosas se pusieron tan mal que Irene se marchaba de la casa cuando Wolfgang empezaba a beber o, en caso de que se hubiera dado cuenta demasiado tarde, se escondía en el garaje.

Al ver a Irene con el rostro magullado y los brazos amarillentos, sus amigas le instaban a que dejara a Wolfgang. Ella les decía que estaba tentada, pero ¿y los niños? Su idea era dejarle cuando sus hijos fueran mayores.

La situación de los Kühne iba volviéndose desesperada. A Wolfgang le sorprendieron bebiendo en su nuevo trabajo, como conductor de camión para el departamento de basuras del Ayuntamiento de Potsdam, le retiraron el carnet de conducir y le despidieron. Al estar sin empleo, se pasaba casi todo el tiempo en la casa, lo que le daba mayores oportunidades de beber y de maltratar a Irene.

Ella se dio cuenta de que seguir viviendo en la casa no era una opción viable y de que su familia necesitaba otra fuente de ingresos, de modo que empezó a buscar empleo. Muy pronto encontró trabajo en la oficina de correos del pueblo, que estaba situada en la Dorfstraße, en un edificio que había sido una cuadra de caballos y vacas. En total había tres estancias, separadas por gruesos muros de piedra. En la primera había una mesa alta, donde los clientes cerraban los sobres y pegaban los sellos. En las paredes había indicaciones donde se explicaba cómo enviar correspondencia a Occidente. Irene trabajaba en un mostrador de la segunda estancia, a la izquierda de la entrada, vendiendo sellos y billetes de lotería –que eran muy populares entre los jóvenes– y recibiendo cheques. En la tercera sala, los

empleados de correos clasificaban la correspondencia.

Además, a Irene le asignaron la tarea de recibir y transmitir telegramas. Eso dio lugar a que le instalaran un teléfono en casa. Para hacer una llamada, primero tenía que marcar el 81, para comunicar con la operadora de Potsdam, que a continuación pasaba su llamada. La red era muy lenta, y a menudo había cruces de líneas. Ahora los Kühne eran una de las dos únicas familias de todo el pueblo que tenían teléfono. La otra familia, según decían, trabajaba para la Stasi.

Cuando los telegramas llegaban a su casa, Irene los transcribía, y se los daba a Bernd para que fuera a entregárselos al destinatario, que a veces le daba una propina. Inicialmente, el teléfono de plástico blanco estaba en la sala, junto al televisor; después lo pusieron en una banqueta en el pasillo. Los niños tenían la orden de no tocar jamás aquel teléfono. Aunque Irene podía haber llamado en cualquier momento a su hermana a Dortmund, habría resultado peligroso, ya que ella sabía que todas las llamadas eran monitorizadas por la Stasi. En el mejor de los casos, Irene habría perdido su empleo, y su familia habría tenido que irse de la zona fronteriza; en el peor, habría acabado en la cárcel.

Al final, Wolfgang utilizó sus «buenos contactos» para recuperar su carnet de conducir. Cuando volvió a su antiguo empleo, le dijo a su esposa que dejara de trabajar, pero a pesar de la orden de su marido, Irene siguió con su jornada en la oficina de correos. En la casa se impuso una especie de distensión, donde Wolfgang e Irene se refugiaban cada uno en su rincón. Mientras que la situación política iba mejorando constantemente, se había declarado otro tipo de guerra fría en la casa del lago.

Kühne

1975

Bernd ya se había convertido en un corredor con todas las de la ley. No sólo era más rápido que todos los demás adolescentes larguiruchos de su colegio de Potsdam: corría más que cualquier otro chico de su edad en todo el *Land* de Brandeburgo. A los dieciséis años conseguía unos tiempos que estaban sistemáticamente entre los cinco mejores de todo el país. Incluso podía ser lo bastante bueno como para participar en unos Juegos Olímpicos.

Le dijeron que si quería ser el mejor de verdad, tenía que seguir entrenando, aumentar su fuerza muscular y ganar carreras. Si lograba hacer todo eso, a los dieciocho años le enviarían a la Academia Deportiva de Niños y Jóvenes de Berlín. Sería un importante golpe maestro para Bernd y su familia. Los estudiantes que asistían a la Academia Deportiva recibían unos beneficios que los demás jamás podrían imaginar. Les pagaban un sueldo en moneda extranjera, y con ella podían comprar productos en las Intershops, que vendían artículos de lujo importados de Occidente –café, electrónica, pantalones vaqueros– que no se encontraban en las típicas tiendas de Konsum y HO. En caso de que Bernd tuviera éxito como atleta, el resto de su vida adulta estaría solucionada. Le concederían un coche de alta gama y una vivienda suntuosa. Y para Bernd lo mejor de todo era que le permitirían viajar a Occidente.

Su distancia preferida eran los 1.500 metros, pero también era rápido en los 800 y los 3.000 metros. Entrenaba todos los días, levantando pesas en el gimnasio, haciendo flexiones y corriendo horas y horas. Casi todos los días recorría un circuito de diez kilómetros, desde su casa, pasando por la Potsdamer Tor, a través de los bosques de Glienicke, y por la carretera hasta

el vecino pueblo de Seeburg, y volvía de nuevo.

Bernd fue mejorando lentamente hasta convertirse en uno de los jóvenes atletas de élite de la RDA. Todos los años, después de Navidades, asistía a un campamento deportivo en Tanna, una pequeña ciudad próxima a la frontera con Checoslovaquia. Allí le enseñaban nutrición y gestión de la salud, higiene y entrenamiento con pesas, y veía películas de corredores de talla mundial en acción.

Cada mañana Bernd se tomaba una pequeña pastilla marrón, del tamaño de un caramelo M&M. Llevaba ingiriendo aquellas pastillas desde que tenía once años. Su entrenador le decía que era un suplemento vitamínico. Wolfgang e Irene no sólo conocían la existencia de aquellos «suplementos», sino que le recordaban que tenía que tomárselos cada día, convencidos de que esas pastillas iban a mejorar su rendimiento y sus probabilidades de éxito. [Antes de una competición, Bernd se tomaba una sopa de verduras especial que había sido cuidadosamente preparada por sus entrenadores.](#) Le decían que aquella sopa le ayudaba a correr más. Además, le dijeron que no debía nadar antes de una carrera importante, ni ponerse al sol.

El sueño de Bernd de alcanzar la gloria olímpica formaba parte de una obsesión más amplia que había cundido por todo el país en aquella época. A pesar de contar con una población de tan sólo dieciséis millones de habitantes, la RDA destacaba sistemáticamente en las competiciones deportivas internacionales, y el atletismo se había convertido en un pasatiempo nacional. Entre 1976 y 1988, la RDA alcanzó el segundo puesto en el medallero de los tres Juegos Olímpicos de verano en los que participó, muy por delante de la RFA. Y esa clasificación fue aún mejor en los cinco Juegos Olímpicos de invierno, con cuatro segundos puestos y un primer puesto en los Juegos de 1984. El éxito de los deportistas de la RDA se lograba mediante una selección metódica de los niños y niñas desde muy pequeños, un programa de entrenamiento que era al mismo tiempo científico y riguroso, y el uso generalizado del dopaje.

Motivado por el éxito material, por no hablar de la fama como atleta, Bernd siguió adelante con su programa.

Una tarde de primavera de 1977, Bernd advirtió la presencia de varios sacos de trigo abandonados en un solar que había detrás de la iglesia del pueblo. Como estaba aburrido, y le apetecía darse una vuelta, decidió contarle su descubrimiento a su padre. Al fin y al cabo, resultaba muy fácil robar aquellos sacos, y las gallinas de la familia agradecerían un poco de comida extra.

Bernd se montó en su ciclomotor Simson de dos tiempos y de color negro que le habían comprado sus padres para facilitarle el viaje hasta el colegio, y se encaminó hacia Potsdam, donde estaba trabajando su padre. Era de noche, hacía frío y, a medida que aceleraba, el viento soplaba con fuerza, de modo que Bernd se alegraba de haberse puesto la chaqueta.

Cuando llegó a Potsdam, giró a la izquierda por la Berliner Straße, la calle principal que atravesaba la ciudad en dirección oeste, pasó por delante del Hospital Bergmann, hacia el lugar de trabajo de su padre. De repente se vio volando por los aires. Se había topado con un gran socavón donde unos obreros habían estado reparando las vías del tranvía. No había carteles ni luces intermitentes de advertencia.

Cuando Bernd volvió en sí, lo primero que vio fue a su madre de pie junto a su cama. Estaba llorando. Irene le dijo que había estado tres semanas en coma. Se había estrellado de cabeza contra una pila de barras de hierro y había sufrido fracturas múltiples. Los médicos le llevaron a toda prisa al quirófano y le habían extirpado el riñón izquierdo. Le habían salvado la vida.

Bernd estaba atónito. No se acordaba del accidente y se sentía confuso por lo que le estaba contando su madre. Lo último que recordaba era que iba en el ciclomotor a ver a su padre. Bernd estuvo varias semanas ingresado en el hospital, sin poder caminar y aturdido por los fármacos contra el dolor.

En cuanto su mente se despejó, Bernd se dio cuenta de las consecuencias del accidente. Jamás podría volver a competir. Destrozado, Bernd le preguntó a los médicos si había algo que pudieran hacer. Le dijeron que había tenido suerte, que afortunadamente había sobrevivido. Si el accidente no se hubiera producido a las puertas del hospital, no se habría salvado.

Un año después, tras terminar el bachillerato, Bernd encontró un empleo como conductor de camión para una empresa de propiedad estatal con base

en Potsdam. Muy pronto estaba transportando piezas de repuesto desde la fábrica Max Reimann de Groß Glienicke hasta lugares tan lejanos como Praga.

Aunque tenía un empleo a tiempo completo, Bernd siguió viviendo en casa de sus padres. Para divertirse, iba con sus amigos a Potsdam, que contaba con una oferta más amplia de bares y restaurantes que Groß Glienicke. Un día acudió con un amigo a la Pressefest, la fiesta anual que organizaba el periódico de Potsdam en el parque de Pfingstberg. Allí, paseando por los caminos que había debajo del antiguo palacio real, Bernd vio un puesto de cerveza. Como había una cola de más de quince metros, se acercó como quien no quiere la cosa hasta el principio de la cola, donde vio a una hermosa muchacha rubia y de ojos azules. «Oye, muñeca», dijo en voz alta, «¿puedes pedirme un par de cervezas?» Para su sorpresa, ella respondió «OK». Unos minutos después estaban sentados debajo de un árbol bebiendo juntos.

Estuvieron hablando durante horas, hasta muy tarde. Su nombre era Gabriella, o Gabi, como ella dijo que la llamaba todo el mundo. Tenía diecisiete años, era una chica cordial, enérgica y vestida a la moda, con unos pantalones Levi's ceñidos y una camiseta sobre la que llevaba puesta una chaqueta vaquera Wrangler. Le dijo que trabajaba en una gasolinera y que a veces le daban propina en moneda extranjera, que ella se gastaba en artículos de lujo en la Intershop.

Empezaron a salir. Como Gabi no tenía autorización para entrar en la zona de seguridad fronteriza, casi siempre quedaban en casa de los padres de ella, en Potsdam, o en uno de los muchos bares de la ciudad. A veces iban a la discoteca el sábado por la noche en el Badewiese de Groß Glienicke, que seguía siendo el lugar de encuentro más popular entre los jóvenes. Desde la pista de baile pedían sus temas favoritos, de grupos occidentales como AC/DC, los Beatles, Queen y Abba, y también de grupos de la RDA, como City y los Puhdys. Como todo el mundo era permanentemente consciente de que lo más probable era que hubiera informadores de la Stasi en el local, el pinchadiscos se aseguraba de que hubiera cierto equilibrio entre canciones occidentales y de Europa oriental.

A medida que su relación se iba haciendo más seria, Bernd le dijo a Gabi que quería llevarla a su casa, pero le preocupaban los riesgos. Después de hablarlo largo rato, y de consumir cierta cantidad de alcohol, decidieron intentarlo. Como se había criado en la zona de seguridad fronteriza, Bernd conocía las pautas de los guardias que estaban apostados junto a la barrera en la Potsdamer Tor, y sobre todo los momentos en que probablemente estaban más alerta. Bernd agarró de la mano a Gabi y llevó a su novia por la Potsdamer Chaussee, pasando por delante de su casa, de la parcela de los Munk y entró en el jardín de Kunow. De esa forma podían evitar que les pidieran los papeles. Con cuidado de no llamar la atención, caminaron a hurtadillas por la linde de la parcela en dirección al Muro, giraron a la izquierda, saltaron la valla de los Munk, cruzaron su jardín, y saltaron la valla del otro lado para llegar a casa de Bernd.



Establecimiento de la cadena Intershop, Berlín Oriental, 1979

Una vez dentro, y ya riéndose por la emoción y el alivio, Bernd le enseñó la casa a Gabi y se la presentó a su familia. A Wolfgang e Irene no les hizo mucha gracia. Le dijeron a Bernd que si le descubrían, no sería él solo quien tendría que pagar las consecuencias –detención, interrogatorio, pérdida de la

vivienda, o cosas peores— sino también sus familiares. A pesar de su amonestación, Gabi se quedó a dormir en la casa del lago, en el Cuarto Azul con Bernd.

Al día siguiente, durante el desayuno, Wolfgang se mostró cordial, y preguntó a qué se dedicaba Gabi, y por su familia, pero la madre y las hermanas de Bernd estuvieron más frías. Irene le dijo a Bernd, delante de Gabi, que no volviera a llevarla a la casa. Bernd le contestó que pensaba hacer lo que le diera la gana, y le dijo a su madre que se ocupara de sus propios asuntos.

A lo largo de los meses siguientes, Gabi se quedaba a menudo a dormir en la casa, siempre entrando a hurtadillas por la parcela de Kunow, y siempre teniendo cuidado de que no les descubrieran. Sin embargo, las relaciones con la madre de Bernd no mejoraron. Irene le tomaba el pelo a Gabi por su aspecto o por sus modales. Por ejemplo, cuando Gabi dejaba los zapatos en un lugar inapropiado, Irene preguntaba por qué la chica no sabía portarse como es debido. Bernd defendía a su novia, pero los comentarios de Irene eran incesantes. Tras varias discusiones familiares de ese tipo, Wolfgang hizo un aparte con su hijo y le tranquilizó diciéndole que las cosas iban a mejorar.

Finalmente, Bernd se hartó. La mañana del 2 de julio de 1980, le dijo a sus padres: «Dado que Gabi no es bienvenida aquí, me marchó con ella». Hizo las maletas y ambos abandonaron la casa. En las oficinas del *Gemeinde*, Bernd dijo que ya tenía más de dieciocho años, y que necesitaba una vivienda para él y su novia. La persona encargada de asignar las viviendas le contestó que habían tenido suerte. Unas horas después, la joven pareja se mudó a un apartamento en la segunda planta del Drei Linden, con un alquiler de seis marcos al mes.

El 14 de agosto de 1981, Bernd y Gabi se casaron en una ceremonia civil en Potsdam. Después dieron una fiesta en el jardín del Drei Linden, a la que asistieron más de cincuenta personas. Para disfrute de los invitados, Bernd puso una cinta con recopilación de temas que había grabado de la RIAS. Era una mezcla ecléctica, que incluía «We Are the Champions», de Queen, y «Am Fenster», una canción más lastimera del grupo City.

Cuatro meses después, Gabi dio a luz a una niña a la que llamaron

Michelle. El Ayuntamiento le ofreció a la pareja una casa destartalada en la Seepromenade, a un kilómetro al sur de donde vivían los padres de Bernd. También era una casa en la ribera del lago, y también tenía bloqueado el acceso a la orilla por el Muro. **Por consiguiente, estaba ubicada dentro del *Grenzgebiet***, de modo que, aunque Bernd había vivido casi toda su vida dentro de la zona de seguridad fronteriza, Bernd y Gabi tuvieron que conseguir una autorización de la Stasi para vivir en su nueva casa.

Hicieron falta cinco meses, pero el 30 de abril de 1982 su solicitud fue aceptada, y Bernd le prometió a su esposa que iba a transformar su nueva casa en una «joya». Cinco días después, antes de que pudiera empezar a trabajar en la casa, Bernd recibió el llamamiento para iniciar su servicio militar obligatorio.

En los años ochenta, todos los varones de la RDA de entre dieciocho y veintiséis años tenían que pasar dieciocho meses en el Ejército Popular Nacional (NVA). El NVA, fundado en 1956, siete años después de la partición de Alemania, era la principal fuerza armada de la RDA.

Inicialmente, el NVA había sido una organización formada por voluntarios, dado que al Gobierno le preocupaba que un servicio militar obligatorio pudiera animar a los jóvenes a huir a Occidente. El reclutamiento obligatorio se introdujo en 1962, tras la construcción del Muro y el sellado de las fronteras. En 1982, cuando se incorporó Bernd, el NVA había crecido hasta contar con casi 200.000 soldados. Sorprendentemente, para tratarse de un país de Europa oriental bajo el control de la Unión Soviética, era posible negarse a participar por motivos ideológicos, aunque después ese tipo de objetores de conciencia a menudo sufrían discriminación.

Al ser el brazo principal del aparato de seguridad del Estado, el NVA estaba sometido a un estricto control político. En los años ochenta, más del 95 % del cuerpo de oficiales eran miembros del Partido Socialista Unificado, y todos sus oficiales habían sido previamente investigados por la Stasi. Ese tipo de control político se consideraba imperativo, teniendo en cuenta que una de las misiones principales del NVA era prepararse para la posible

invasión y conquista de Berlín Occidental. Como parte de ese plan, que había sido desarrollado por el alto mando del NVA en colaboración con su homólogo soviético, la principal ofensiva se centraría en la valla que rodeaba la base británica del aeródromo de Gatow, ubicada en las inmediaciones de Groß Glienicke. De hecho, en vez de la típica barrera de hormigón, aquella sección del Muro de Berlín estaba hecha de malla metálica, fácilmente penetrable. Lo que no sabía el NVA era que el comandante de la base aérea tenía órdenes de no ofrecer resistencia en la eventualidad de un ataque y de abandonar el acuartelamiento lo antes posible.

Cuando Bernd llegó al campo de instrucción del NVA, le entregaron el uniforme básico, una chaqueta y unos pantalones de color verde oscuro de camuflaje, una gorra verde y unas botas negras. Como se había criado junto a la base del NVA situada a las afueras, al norte de su pueblo, Bernd estaba familiarizado con su cultura de alta seguridad y de soldados sumamente nerviosos y susceptibles. En el marco de su instrucción militar, a Bernd no sólo le enseñaron cómo manejar y limpiar un fusil, sino que también tenía que participar en las clases de educación política, memorizar nuevos eslóganes, como por ejemplo «Para la protección del poder de los obreros y campesinos». La mayor parte de su estancia en el Ejército la dedicó a prepararse para un despliegue rápido en caso de ataque de la OTAN; a innumerables rutinas en las que Bernd tenía que vestirse a toda prisa, acudir corriendo hasta un patio de armas y a presentarse ante su oficial supervisor. Por consiguiente, los soldados de leva solían estar en un estado de máxima alerta.

A lo largo de los dieciocho meses siguientes, Bernd mantuvo la cabeza gacha, haciendo lo que le decían. De ahí que se le considerara un soldado militarmente competente, y al mismo tiempo políticamente de fiar. [En su último día en el Ejército, el 28 de octubre de 1983](#), llamaron a Bernd para entrevistarle. En cuanto su interlocutor entró en la estancia, vestido con una chaqueta larga de cuero marrón, y una mirada confiada e intimidante, Bernd supo que era de la Stasi.

A menudo los agentes de la Stasi se reclutaban entre los soldados de leva. La Stasi consideraba que ese tipo de candidatos eran particularmente idóneos

si ellos o sus familiares habían sido miembros del Partido, o si habían actuado como informadores durante su servicio militar. El hecho de que el padre de Bernd hubiera sido informador de la Stasi –cosa que Bernd desconocía– contribuyó sin duda a elevar su cualificación.

Los potenciales candidatos tenían que contar con la recomendación del comisario político de su unidad militar, así como de la Volkspolizei local y del jefe de la Stasi de la zona. Una vez conseguido el visto bueno, los candidatos tenían que pasar por una serie de exámenes, que evaluaban su inteligencia, así como su fiabilidad política. En caso de que aprobaran, después tenían que cursar un riguroso programa de formación de dos años en la academia de la Stasi en Potsdam.

Al mencionar el control de pasaportes, el desconocido le preguntó a Bernd: «¿Quieres trabajar para nosotros?». No había discusión, simplemente se le pedía que contestara «sí» o «no». Bernd sabía que si decía que sí le darían un buen coche, y tal vez algún dinero extra. Sin embargo, él no quería convertirse en una de esas personas de las que todo el mundo sabía que trabajaban en el Ministerio de la Seguridad del Estado, y a las que todo el mundo temía. En el pueblo, cualquiera era capaz de adivinar quién era miembro de la Stasi. Se notaba por su forma de hablar, por su forma de actuar. Un elemento delator era el coche que tenían, [en concreto un modelo determinado de la marca Lada](#).

De hecho, a principios de los ochenta, la Stasi tenía una gran presencia en Groß Glienicke. Muchos altos oficiales de la Stasi tenían *dachas* en Groß Glienicke, pues les gustaba que estuvieran cerca de Berlín y la campiña de la zona. Por añadidura, el departamento jurídico del Ministerio de la Seguridad del Estado poseía una gran residencia de descanso a orillas del Sacrower See, el lago situado a cien metros al sur del lago de Groß Glienicke. Allí, sus oficiales podían pasar un relajante fin de semana. La división militar de la Stasi también gestionaba una colonia de chalets de madera en la Bayerstraße, dentro del pueblo, donde sus miembros podían pasar el fin de semana, aunque con menos estilo que sus camaradas del departamento jurídico. No era de extrañar que Bernd estuviera más que familiarizado con las costumbres y los beneficios de trabajar para la Stasi.

Con el agente de la Stasi todavía sentado delante de él, Bernd tomó una decisión. Le dijo que no era la persona adecuada para ese trabajo. No quería trabajar para la organización de la Seguridad del Estado. Unos días después, Bernd regresó a casa junto a su esposa y su hija en Groß Glienicke.

Kühne

1986

Después de su servicio militar, Bernd volvió a su empleo de camionero para la empresa de Potsdam, y por las tardes y durante los fines de semana se dedicaba a reparar la destartada casa de la Seepromenade.

A Gabi y a él les gustaba hacer vida social. Siempre que podían encontrar una canguro, salían a tomar una copa al Drei Linden o al Badewiese (aunque oficialmente había sido rebautizado como Hechtsprung [Salto de la carpa] en un esfuerzo por distraer a la gente de que ya no tenía acceso a la playa, todo el mundo seguían llamándolo el Badewiese). **También fueron cofundadores del Club de Carnaval de Groß Glienicke**, un comité local que aspiraba a organizar más eventos para los jóvenes del pueblo. En calidad de primer director creativo del Club, Bernd organizó unas Fiestas de Carnaval, una celebración de tres días de duración en la que abundaron los bailes y los disfraces extravagantes.

Además, Bernd iba a ver a sus padres a la casa del lago y llevaba a Gabi y a Michelle. Aunque Irene y Wolfgang se mostraban cordiales, para Bernd estaba cada vez más claro que la convivencia en casa de sus padres iba de mal en peor. Se peleaban a menudo, o se pasaban horas sin hablarse, cada uno en un cuarto. Más tarde Irene recordaba que los excesos de Wolfgang con la bebida, y la violencia que habitualmente venía a continuación, acabaron obligándola a irse de la casa. Los padres de Bernd se divorciaron oficialmente a principios de 1986. Tras la marcha de su esposa, y la emancipación de sus hijos, Wolfgang se había quedado solo en la casa del lago.

Como ahora vivía de nuevo en la zona de seguridad fronteriza, Bernd entraba a menudo en contacto con las autoridades. En un momento dado, por ejemplo, recibió la visita de la Volkspolizei, que quería saber por qué tenía diversos materiales de construcción en su patio trasero. Le dijeron que, a ojos de una persona desconfiada, cabía la posibilidad de que utilizara los tablonos de madera y las barras de hierro para trepar por encima del Muro. Cuando Bernd explicó que simplemente iba a construir un cobertizo, la policía le dejó en paz. Bernd sospechaba que alguien le había denunciado.

Poco después, un vecino que se marchaba de la zona le preguntó a Bernd si quería hacerse cargo de un trabajito que él ya no iba a poder realizar. Cuando Bernd le preguntó en qué consistía, el vecino le dijo que ayudaba a la Stasi por el procedimiento de «estar al tanto de las personas que intentaban huir a través de la frontera». Bernd le dio las gracias, declinó la oferta y le deseó a su vecino buena suerte con el traslado.

Pero aquello no fue el final de los contactos de Bernd con la Stasi. Para entonces, la organización de seguridad se había vuelto aún más poderosa. Con una plantilla de más de 90.000 personas, y con otras 180.000 personas trabajando como informadores –lo que equivalía a un informador por cada setenta habitantes de la RDA–, la Stasi seguía empeñada en vigilar estrechamente a la población. La Stasi tenía un expediente abierto sobre Bernd, probablemente debido a su negativa a trabajar para la organización. En un apunte fechado el 24 de febrero de 1986, el Departamento Central de Archivos informaba de que Bernd Kühne, o «K», «trabaja bien y es de fiar. Tiene una actitud positiva y participa en actividades sociales». Añadían que «no se relaciona con gente negativa. K vive en la zona de seguridad fronteriza. No hay comentarios negativos». No conformes con informar sólo sobre Bernd, el expediente de la Stasi aportaba un comentario adicional sobre su familia.

Los K viven en Groß Glienicke. El matrimonio y la vida familiar parecen armoniosos y ordenados. Él tenía una buena relación con su padre, que está divorciado y vive en Groß Glienicke. Su madre se ha mudado a otro lugar. Su familia parece normal, y viven de una manera acorde con sus ingresos, sin nada que destacar. No hay informes

sobre su familia política.

Aunque Bernd no tenía constancia de aquellos informes, sabía que tanto él como su familia –al igual que la mayoría de los habitantes de la RDA– probablemente eran objeto de la vigilancia de la Stasi. Para afrontar semejante intromisión, se guardaba para sí cualquier crítica que pudiera abrigar contra el Estado, y sólo la compartía con los contados amigos en los que confiaba.

En 1987, a la edad de cincuenta y tres años, Wolfgang Kühne se volvió a casar. No le gustaba vivir solo y ansiaba tener compañía, a alguien que le cuidara. Su nueva esposa se llamaba Ingeborg Rachuy, pero todo el mundo la llamaba Inge. Era la jefa de Wolfgang en el departamento municipal de limpieza de Potsdam.

Inge era cuatro años mayor que Wolfgang y ya tenía seis hijos. Poco después de irse a vivir con Wolfgang, llegó a la casa Roland, uno de los nietos de Inge, de siete años. Llevaba viviendo desde los cinco años en un centro de acogida de Potsdam, ya que a su madre le habían retirado la custodia por abuso de sustancias y después de que la condenaran a una pena de cárcel. A Roland le dejaron elegir su dormitorio, y como todos los hijos de Wolfgang ya se habían ido de la casa, tenía tres donde elegir. Eligió el cuarto de invitados, la primera habitación a la izquierda nada más entrar en la casa. Tras pasar tanto tiempo en una vivienda institucional, Roland no hizo ningún esfuerzo por decorar su cuarto, ni por adaptarlo a su gusto. Y dado que su madre estaba en la cárcel, su padre estaba ausente, y su abuela y Wolfgang parecían cada vez más incapacitados por la bebida, a menudo Roland tenía que arreglárselas solo.

A Roland, un niño delgado, de aspecto atlético con el pelo negro y corto y una mirada triste, lo único que le gustaba era jugar con un balón de fútbol en la pradera de la entrada de la parcela: chutar contra una portería vacía, perfeccionando sus habilidades para el regateo, haciendo rebotar una y otra vez el balón con la punta del pie, con la rodilla, el pecho y la cabeza, para

volver a empezar con el pie. A menudo le acompañaba Rex, el chucho de color marrón y blanco de Wolfgang, que perseguía la pelota con ahínco. Incluso siendo tan pequeño, el talento de Roland llamaba la atención, y no pasó mucho tiempo hasta que un entrenador se fijó en él y le invitó a jugar en el equipo del pueblo, el Rot-Weiß.

A lo largo de los años siguientes, Wolfgang e Inge se pasaron la mayor parte del tiempo borrachos y prácticamente se ausentaban del mundo. A medida que su hábito de beber iba en aumento, los esfuerzos de Wolfgang por cuidar de su chalet fueron menguando. La casa, que ya había cumplido cincuenta años, tenía el aspecto de una vivienda de esa edad. El exterior necesitaba una mano de pintura, igual que las ventanas y los postigos. El tejado del garaje se había hundido. Las paredes de los corrales de los animales estaban agrietadas, el huerto había sido invadido por la maleza, y las colmenas estaban vacías.

Según Bernd, hubo una excepción a la inactividad de Wolfgang. Una tarde, tras pasarse el día bebiendo sin parar, se quedó mirando largo rato a la chimenea de la sala y se le ocurrió una idea. Empezó a cortar con un cuchillo afilado el papel pintado a imitación de ladrillo que seguía cubriendo la chimenea, y con mucho cuidado retiró un rectángulo de papel de un metro de alto por medio metro de ancho. Allí estaban. Los azulejos de Delft de color azul y blanco, en cinco hileras de seis: el niño montado en un caballo de balancín, el hombre regando sus plantas, el molino de viento en lo alto de una colina con vistas a un lago, el carpintero haciendo un tonel, la mujer con un gran sombrero paseando por su jardín. Los azulejos le recordaron a Wolfgang lo mucho que amaba aquella casa; estaba orgulloso de sus esfuerzos durante todos esos años para cuidar de la finca.



Azulejos de Delft en la sala de la casa del lago

Bernd iba cada vez menos de visita, porque el deterioro gradual de la casa de su infancia le deprimía. Su padre y su madrastra parecían estar siempre bebiendo o borrachos y le prestaban muy poca atención a Roland, lo que Bernd siempre les reprochaba cada vez que iba a verles. Por el contrario, Bernd se centraba en su familia –Gabi dio a luz a un niño, Christian, en 1987– trabajando duro en su puesto y haciéndose una nueva vida por su cuenta.

Al igual que muchos de sus amigos, Bernd estaba desesperado por marcharse del pueblo. Desde que era un niño había querido vivir en Occidente. A través de los programas que veía en la televisión occidental, tenía la sensación de que al otro lado del Muro había oportunidades de oro esperándole. Había comentado con Gabi sus sueños de una vida mejor, pero tenía miedo. [Había oído hablar de la gente que intentaba escapar](#); unos pocos

lo habían logrado, pero la mayoría había fracasado. Sabía que escapar era técnicamente posible, pero era consciente de que existían verdaderos riesgos, tanto para él como para su familia.

El incidente de evasión más famoso de aquella zona tuvo como principal implicado a un guardia de veinticuatro años llamado Ulrich Steinhauer, que procedía de la localidad de Behrenshagen, cercana a la costa del Báltico. Steinhauer había sido destinado al Regimiento de Fronteras n.º 34, con base en el cuartel de Groß Glienicke. Era un trabajador poco entusiasta y contaba los días hasta que le licenciaran.

El 4 de noviembre de 1980, a Steinhauer le asignaron el sector fronterizo de Staaken-Schönwalde en calidad de jefe de pelotón, a unos seis kilómetros al norte del pueblo. Allí se le unió un soldado llamado Egon Bunge, recientemente destinado a Groß Glienicke. Poco después de las cuatro de la tarde, mientras patrullaban a lo largo de la barrera, Bunge apretó el interruptor para desconectar el sistema de comunicaciones de la guardia fronteriza y quitó el seguro de su arma. Steinhauer se asustó. «No hagas tonterías», le dijo, y a continuación empuñó la metralleta que llevaba colgada del hombro. Según su testimonio posterior, Bunge le hizo una advertencia a su compañero: «Yo me largo, ¡tira el arma!», y realizó dos disparos por encima de la cabeza de Steinhauer. Al ver que Steinhauer no bajaba su arma, Bunge le pegó cinco tiros, se acercó montado en su bicicleta hasta el Muro, trepó por él, pasó al otro lado, y se entregó a la policía de Berlín Occidental.



Escenario del asesinato de Ulrich Steinhauer, con el cuerpo de la víctima (izquierda)

El informe preliminar de la Stasi afirmaba que a Steinhauer lo encontraron muerto junto a la barrera con impactos de bala en la espalda y el costado. «Se habían detenido en la zona de torres no dotadas de personal a lo largo del camino de la patrulla fronteriza. El arma de Steinhauer no estaba cargada. No disparó con ella», decía el informe. «El culpable, Bunge, estaba apuntándole sin ningún género de duda.»

La muerte de Ulrich Steinhauer se convirtió en un caso famoso para las autoridades de la RDA, que lo utilizaron para crear un relato sobre la vileza de Occidente y el heroísmo de un joven soldado de la RDA. El suceso conmocionó al pequeño pueblo de Groß Glienicke. Durante las semanas y los meses siguientes, en el pueblo casi no se hablaba de otra cosa, debido a los sucesivos reportajes que los medios de comunicación dedicaron al caso. Hubo una ceremonia en la que Steinhauer fue ascendido a título póstumo al grado de sargento; otra en la que el ministro de Defensa de la RDA, Heinz Hoffmann, le impuso la medalla «por servicios prestados al pueblo y a la patria». Incluso rebautizaron el nombre de una calle de Groß Glienicke con el

nombre de Ulrich Steinhauer.

No obstante, la evasión que más impresionó a Bernd tuvo lugar el 10 de marzo de 1988. Aquella tarde, algunos antiguos compañeros de Bernd estaban tomándose unas copas en un bar de la zona cuando la conversación abordó el tema de Occidente y de un viaje *dort drüben*, «ahí, al otro lado». Uno de ellos dijo que sabía de un camión cargado con bombonas de gas propano con el que podían cruzar por el puesto fronterizo. Cuanto más borrachos estaban los jóvenes, mejor les sonaba la idea. Unas horas después se subieron al camión, pusieron la sirena a todo volumen, hicieron rugir el motor, y se lanzaron a toda velocidad hacia la barricada del puesto fronterizo del Puente de Glienicke, en Potsdam.

Se dio la circunstancia de que la barrera no estaba debidamente bloqueada, y como el camión iba a más de cincuenta kilómetros por hora, consiguió abrirse paso con facilidad, sin atropellar, por muy escaso margen, a ninguno de los alarmados guardias fronterizos. Mientras cruzaban el puente, algunas bombonas se cayeron del camión, y fueron a estrellarse contra la ventana de cristal de una de las garitas de los guardias.

Es posible que aquel último intento inspirara a Bernd Kühne, ya que en la primavera de 1989, mientras se tomaba unas copas en una fiesta en Groß Glienicke, Bernd y un primo suyo decidieron ver Berlín Occidental con sus propios ojos. A eso de las siete de la tarde, agarraron una escalera del jardín y se la llevaron hasta el primer muro interior. Subieron por ella y después saltaron al otro lado, riéndose estruendosamente. Al intentar cruzar hasta el muro exterior, tocaron el primer cable de alarma. Un guardia advirtió su presencia y empezó a perseguirles. Pero antes de que el guardia pudiera actuar, Bernd y su primo ya habían saltado por encima del segundo muro. Después venía el lago, que en aquellos días de primavera estaba muy frío, y además en el agua había más alambradas y posiblemente minas que tendrían que sortear. Sin embargo, los dos hombres, impulsados por el alcohol y la adrenalina, nadaron a través del lago hasta la orilla de Berlín Occidental, una distancia de aproximadamente quinientos metros. Una vez allí se presentaron en el restaurante Strandbaude, donde fueron recibidos por los ladridos de un perro y por el atónito dueño.

En cuanto le explicaron su aventura, el dueño del restaurante hizo callar al perro e invitó a entrar a los dos fugitivos para que se tomaran unas cervezas y unas salchichas. Horas después, a medianoche, Bernd dijo que era hora de volver a casa. El dueño del restaurante no se podía creer que sus invitados quisieran regresar a Alemania Oriental. «Mi esposa se pondrá furiosa si no vuelvo», dijo Bernd, nervioso por tener que volver a cruzar nadando las gélidas aguas del lago. El dueño del restaurante les dijo que había una ruta mejor, saltando la gran puerta metálica por la que pasaba la patrulla fronteriza de Alemania Oriental a Alemania Occidental. Y así, tras unos cuantos encuentros con una serie de hoyos lo bastante grandes como para atrapar a un oso pequeño, y todavía riéndose nerviosamente por el alcohol, finalmente lograron llegar a casa, sin toparse con un solo soldado ni con un guardia fronterizo.

Bernd ya se había hecho una idea de lo que era Occidente. «¿Cómo sería vivir allí?», se preguntaba.

Kühne

1989

El 7 de octubre de 1989, una gran multitud se congregó en la Potsdamer Chaussee, en Groß Glienicke. Estaban todos: el alcalde, el director del *Ortschronik*, miembros de la Freie Deutsche Jugend y de los Pioneros de Thälmann, vecinos, representantes del regimiento de la guardia de fronteras y de los medios de comunicación locales. Ese día se conmemoraba el cuadragésimo aniversario de la fundación de la RDA, y cundía el optimismo.

El desfile del aniversario formaba parte de un evento más amplio, el «Festival de la Libertad», de cuatro días de duración, que se celebraba en Groß Glienicke. Según el programa que había divulgado el Ayuntamiento, el pueblo también iba a organizar un «programa de baile para la tercera edad» en el Badewiese, un torneo de fútbol sala en el polideportivo, un concierto de la banda Take It Easy, junto con un evento para «compartir información» en el salón de actos del Ayuntamiento.

Aquellos festejos tenían lugar en el contexto de un creciente descontento nacional. Muchos ciudadanos de la República Democrática Alemana, cada vez más envidiosos del éxito económico de que gozaban sus vecinos de la República Federal e inspirados por los movimientos de protesta que ya se habían adueñado de muchos países de Europa oriental —encabezados por el sindicato polaco Solidaridad—, empezaban a abrigar esperanzas de un cambio político. Así pues, mientras desfilaban por la calle principal a través del pueblo de Groß Glienicke, tras unas pancartas que proclamaban cuarenta años de libertad y desarrollo, la mayoría estaba allí únicamente por obligación.

A pocos kilómetros de allí, en el centro urbano de Berlín Oriental, el líder de la RDA, Erich Honecker, contemplaba en pie desde un estrado un enorme desfile. Saludaba con la mano y asentía con la cabeza al paso de decenas de miles de soldados, voluntarios, carros de combate y misiles. De pie, a su lado, estaba Mijaíl Gorbachov, secretario general de la Unión Soviética, que oficialmente había viajado a Berlín para prestar apoyo a su homólogo alemán. La tensión entre los dos líderes era palpable. Mientras que Honecker estaba convencido de que podía sencillamente acabar por la fuerza con la creciente disidencia del país, Gorbachov instaba al Gobierno socialista a que escuchara a su pueblo. En un gesto de cariño hacia el líder soviético, entre la multitud algunos gritaban: «Gorbi, Gorbi, Gorbi», y «¡Gorbi, ayúdanos!».

Para pronunciar su discurso, Honecker vociferó ante un racimo de micrófonos: «El socialismo es una sociedad joven, y sin embargo ejerce una gran influencia en los acontecimientos internacionales. Ha traído consigo un cambio social y seguirá haciéndolo. Su existencia aporta esperanza no sólo a nuestro pueblo sino a toda la humanidad».

Sin embargo, en la RDA muy pocos seguían creyendo que el socialismo hubiera traído consigo un cambio social *positivo* a su país. Dos días después de las celebraciones del cuadragésimo aniversario de la RDA, más de 70.000 manifestantes salieron a las calles de Leipzig, una ciudad al sur de Berlín. Aquélla fue la manifestación más grande de la historia de Alemania Oriental. Indignados por no poder viajar donde quisieran, y preocupados por su futuro económico, los manifestantes exigían reformas políticas. La gente coreaba: «*Wir sind das Volk!*» (nosotros somos el pueblo), un recordatorio de que la RDA debería ser gobernada por sus ciudadanos, no por unos cuantos gerifaltes del Partido. A pesar de los temores a la represión policial contra los manifestantes, nunca se materializó una ofensiva. A las autoridades de la ciudad les había sorprendido la magnitud de la manifestación, y, a falta de órdenes claras de Berlín, replegaron sus fuerzas. Una semana después, el 16 de octubre –en lo que iba a convertirse en una tradición de protestas todos los lunes–, más de 120.000 personas participaron en la siguiente manifestación en Leipzig. Al día siguiente, tras perder la confianza de sus colegas, Honecker dimitió como presidente del politburó de la RDA. Fue sustituido por

Egon Krenz, un dirigente más moderado, que en aquel momento reveló que el país estaba al borde de la bancarrota.

La gente estaba harta de su Gobierno, y las protestas se extendieron por las ciudades y los pueblos a lo largo y ancho de todo el país. Mientras tanto, miles de personas intentaban marcharse de la RDA. Simulando irse de vacaciones, viajaban a Checoslovaquia y a Hungría, con la esperanza de encontrar alguna manera de pasar a Occidente. En Praga, miles de alemanes orientales treparon por la verja de la embajada de la República Federal y pidieron un visado para viajar a ese país. **Cada día aumentaba la presión** para que el Gobierno de la RDA tomara medidas radicales.

Sentados en sus cómodos sillones de la sala, Wolfgang e Inge contemplaban en el telediario de la tarde, cada vez más alarmados, el desarrollo de los acontecimientos. Era el 9 de noviembre de 1989, y la noticia principal era una rueda de prensa que había dado el Gobierno hacía escasos minutos.

Durante la rueda de prensa, Günter Schabowski, de sesenta años, uno de los gerifaltes del Partido en Berlín, y portavoz del politburó, leyó un comunicado y, para la incredulidad de muchos, dijo que a partir de aquel momento los ciudadanos de la RDA iban a poder viajar al extranjero con mayor facilidad. Aquella medida había sido aprobada hacía tan sólo unas horas y debía entrar en vigor al día siguiente por la tarde, a fin de disponer del tiempo suficiente para informar a la guardia fronteriza. Cuando un periodista le preguntó cuándo iban a entrar en vigor aquellas normas, Schabowski hizo una pausa de unos segundos y a continuación dijo: «Por lo que yo sé, estarán en vigor de inmediato, sin más dilación». Su comentario pilló por sorpresa a sus colegas del politburó y de los servicios de seguridad.

Wolfgang e Inge estaban absortos viendo el telediario con asombro, y con cierta angustia, ya que su mundo se había puesto patas arriba. Al principio, las conexiones en vivo de la televisión mostraban a cientos, y después a miles de berlineses orientales congregándose ante los pasos fronterizos de la ciudad. A las diez de la noche se había formado una cola de siete kilómetros de coches Trabbi ante el paso fronterizo de Staaken, muy cerca de Groß

Glienicke, al norte del pueblo. Ante la puerta de Brandeburgo, en el centro de Berlín, una multitud de más de 10.000 personas gritaba «Que nos dejen pasar» y «Echad abajo el Muro».

Mientras tanto, Stefan Lorbeer, el oficial al mando del Regimiento de Fronteras n.º 34 de Groß Glienicke, cuya jefatura estaba a pocos centenares de metros de la casa del lago, recibía llamadas cada vez más frenéticas de sus subordinados. ¿Qué tenían que hacer? ¿Debían dejar pasar a la gente? ¿Tenían que repeler a quienes lo intentaran? ¿Debían emplear la fuerza? Desesperado por recibir órdenes, [el oficial al mando intentaba llamar a la oficina central](#) de Berlín, pero las líneas telefónicas estaban cortadas. Lo intentó con el télex y con las líneas seguras, pero tampoco funcionaban.

Había que tomar una decisión. Al principio se transmitió la orden de que los guardias fronterizos debían identificar a los individuos «más agresivos» entre los que se congregaban ante la frontera, y después marcarles el pasaporte con un sello especial, con lo que se les impedía regresar a la RDA y se les privaba de su ciudadanía a todos los efectos. En seguida quedó claro que esa política no iba a dar resultado. A pesar de la amenaza, muchos miles de personas querían cruzar la frontera.

Lorbeer [telefoneó a los guardias fronterizos de Staaken](#) y les dijo que no debían emplear la fuerza y que dejaran pasar a la gente. A las 10.45 de la noche se abrieron las puertas y se permitió la entrada a Berlín Occidental a una primera oleada de gente. Después Lorbeer ordenó a cuarenta agentes que acudieran a toda prisa a los pasos fronterizos para echar una mano.

A las 0.30 de la noche, Peter Kaminski, un comandante del regimiento de guardia fronteriza del Groß Glienicke, recibió una llamada en su casa con órdenes de acudir al cuartel «de inmediato». Tras colgar el teléfono, se dio cuenta de que no le habían dado ninguna orden adicional y que tampoco le habían puesto al tanto del contexto, lo que le sorprendió. Con sensación de inseguridad, y bastante nervioso, salió a la calle para subir en su coche y se vio aún más sorprendido al oír el sonoro estruendo de los tanques que procedían de la cercana base soviética de Krampnitz. ¿Por qué estaban los soviéticos de maniobras a medianoche?, se preguntó.

En las dependencias de su regimiento le informaron de las actividades de

aquella noche y le dijeron que habían pasado a un estado de emergencia grave. Su primera tarea consistía en cumplimentar todo el papeleo pertinente en relación con ese aumento del grado de amenaza y después presentarse para recibir instrucciones. A la 1.30, el comandante Lorbeer se reunió con sus siete oficiales más veteranos, entre ellos Kaminski, y les dijo que «A partir de este momento cualquier ciudadano puede viajar a Berlín Occidental». Después les ordenó guardar todas las armas en el armero, ya que no quería que nadie resultara herido.

A primera hora de la mañana del 10 de noviembre, Wolfgang e Inge, que seguían viendo la televisión, asistían al trayecto de un periodista de la RDA que informaba en directo desde Berlín Occidental. Al ver las imágenes de las multitudes exultantes, de las tiendas modernas y de los imponentes edificios de oficinas, no podían dar crédito. ¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado tan deprisa, y cómo iba a afectar todo aquello a sus vidas?

En cuando se despertó el nieto de Inge, Wolfgang le puso al corriente de las noticias. Roland le preguntó a su *Opa* [abuelo] si podían ir a ver el lago. Wolfgang le dijo que era demasiado peligroso, que la situación política era demasiado incierta. Pero, al ver la excitación en los ojos de aquel niño de diez años, y tras volver a comprobar las noticias, Wolfgang accedió.

Fue al cobertizo a buscar una maza de hierro, mientras Roland, dando saltos de alegría a su lado, se dirigió la parte de atrás de la casa y llegó hasta el muro interior. Echó un vistazo para comprobar si veía u oía a algún guardia, y después, cuando vio que no había riesgo, o por lo menos que lo parecía, y tras una breve pausa para afianzarse, le asestó un fuerte mazazo al Muro de Berlín.

El fuerte ruido que produjo daba miedo. Sin duda, alguien iba a acudir a ver lo que estaba ocurriendo. Pero no acudió nadie, y Wolfgang, envalentonado por las imágenes que había visto por televisión, asestó otro mazazo, y después otro más. Resultó asombrosamente fácil, y al cabo de una hora, el agujero era lo suficientemente grande como para que ambos pudieran pasar. A pesar del jaleo que había montado, no había ningún jeep lleno de soldados enfurecidos esperándole, ni un pastor alemán gruñéndole –al parecer todos habían sido dispensados del servicio de vigilancia fronteriza.

Ya sin temor a que les detuvieran, Wolfgang y Roland cruzaron la «franja de la muerte», de treinta metros de ancho, dejando despreocupadamente sus huellas en la arena, pasaron por encima del camino de asfalto de la guardia fronteriza y llegaron al segundo muro de hormigón, más alto. En aquel momento se les unió Rex, que también había cruzado por el agujero del primer muro, y que meneaba la cola con gran excitación. Después de dar unos cuantos golpes con la maza de hierro, apareció una grieta en el muro, y al cabo de poco tiempo los tres lograban cruzar al otro lado.

Y allí estaba, el lago, a dos pasos del Muro, a menos de cincuenta metros de la puerta de atrás de su casa, gris, frío, con la superficie surcada por pequeñas olas que levantaba un gélido viento otoñal. Cercado por primera vez, pero aun así accesible, en 1952, tapiado en 1961, e inalcanzable desde entonces. Mientras Wolfgang contemplaba el panorama, aún atónito por los tumultuosos acontecimientos de las últimas horas, Roland agarró un palo y lo lanzó al agua. A Rex no hubo que decírselo dos veces, saltó al agua, nadó chapoteando hacia el palo, lo aferró entre sus dientes y volvió a la orilla, donde se sacudió el agua y empapó a Roland, que se reía a voz en grito.

Wolfgang pensó que era hora de marcharse, y los tres regresaron a casa por el agujero. Pero al pasar al otro lado del Muro vieron que había unos guardias esperándoles. Escoltaron a Wolfgang y a Roland hasta un coche aparcado delante de la casa, mientras Rex ladraba con furia, y los condujeron al cuartel del Regimiento de Frontera de Groß Glienicke. Los llevaron a una pequeña habitación sin ventanas y les hicieron una serie de preguntas. Les dijeron que, aunque era cierto que la situación política estaba cambiando rápidamente, eso no les daba permiso para dañar los bienes del Estado.

Dos horas después, y tras ser severamente advertidos de que no debían repetir lo que habían hecho aquel día, Wolfgang y Roland fueron puestos en libertad. Tan sólo unos días atrás habrían sufrido unas consecuencias mucho más graves. Los dos regresaron andando a casa, escarmentados pero eufóricos, conscientes de la suerte que habían tenido, habida cuenta de lo que habían hecho.

Para llegar a Berlín Occidental, los vecinos de Groß Glienicke tenían que ir en coche hasta el puesto fronterizo de Staaken, a diez kilómetros al norte, y esperar una larga cola, que a veces era de muchos kilómetros. En los días posteriores al primer cruce masivo de la frontera, el 9 de noviembre, la gente empezó a manifestar su descontento por no tener su propio paso fronterizo en el pueblo. Al fin y al cabo, en los años cuarenta podían ir andando desde el puesto de control soviético hasta el británico, y antes de eso ni siquiera había frontera.

Hans Dieter Behrendt, el oficial al mando del puesto de control del **Puente de Glienicke**, y Peter Kaminski, comandante del Regimiento Fronterizo, recibieron la petición de establecer un paso provisional en el pueblo. En colaboración con la policía de Berlín Occidental, estudiaron el terreno y decidieron que el punto más idóneo estaba a trescientos metros al norte de la casa del lago, desde donde se podía ir andando hasta la entrada del aeródromo de Gatow.



Se abre el paso fronterizo de Groß Glienicke

Demolieron un tramo de cien metros en el Muro que anteriormente

impedía el paso de los vecinos del pueblo, y se construyó un nuevo paso fronterizo, con su puesto de guardia y una puerta metálica retráctil. Mucho antes del amanecer del 24 de diciembre de 1989, más de doscientas personas formaron una apacible cola delante del puesto de la frontera, coreando afablemente «Abran el Muro». Fueron recibidas por unos sonrientes guardias fronterizos y con mesas cubiertas de naranjas y plátanos.

A las ocho de la mañana, se levantó la barrera, y los vecinos de Groß Glienicke avanzaron apresuradamente a través de un páramo de cincuenta metros de anchura –que había sido la «franja de la muerte» hasta hacía pocos días– hacia una gran multitud de berlineses occidentales, que les recibieron con aplausos, gritos y risas. Los equipos de televisión captaban las escenas: los vecinos se reencontraban con sus familiares al otro lado y se abrazaban, se ponían a bailar con desconocidos, y cientos de hombres y mujeres se subían a lo alto del Muro y simbólicamente le asestaban golpes con un cincel. Posteriormente, ese tipo de personas recibieron el nombre de *Mauerspechte*, los pájaros carpinteros del Muro.

Los alcaldes de Groß Glienicke y de Kladow pronunciaron sendos discursos, mientras las bandas de música tocaban temas tradicionales y la gente se ponía a bailar por la calle. El aire estaba cargado de una sensación de asombro y entusiasmo. A las seis de la tarde, la policía declaró que iba a volver a cerrar el paso fronterizo. El Gobierno había anunciado que abriría las fronteras de forma permanente con la llegada del nuevo año, pero pidió por favor que la gente volviera a sus casas.

Como le había ocurrido a su padre, Bernd Kühne no quiso esperar. Con una maza de hierro en la mano, se acercó al fondo de su jardín y empezó a golpear su tramo del Muro. Al cabo de aproximadamente una hora, consiguió horadarlo. Era una sensación extraordinaria para un hombre que no tenía recuerdos de cómo era la vida antes del Muro, pues Bernd tan sólo tenía dos años cuando se construyó la primera valla fronteriza.

Al cabo de poco tiempo Bernd empezó a marcar como suyo aquel territorio. Sus hijos llevaban sus patinetes al fondo del jardín y se paseaban de acá para allá por el camino de la guardia fronteriza. La familia hizo fotografías de todos posando delante del Muro, y de un sonriente Bernd

asomándose por la ventana de una de las torres de vigilancia. Después, con pintura en spray roja, azul y amarilla pintarrajearon la parte interior de la barrera de hormigón –que tan sólo unos días antes tenían prohibido ver– con eslóganes como «9-11-1989», «Viva», «Paz» y «*Hier ist nichts*» (Aquí no hay nada).



El hijo de Bernd Kühne en el camino fronterizo

En el caso de Wolfgang, Inge y muchos otros de su generación, los cambios fueron recibidos con una mezcla de susto y temor. ¿Qué podía significar aquello para sus empleos, sus viviendas, sus pensiones, su comida? Tenían la sensación de que todo lo que tenían se lo debían al Gobierno de la RDA. Aunque a veces hubieran criticado al Estado por su falta de eficacia y por su entrometimiento, al menos nunca habían pasado hambre. A sus más de cincuenta años de edad, y con una grave enfermedad hepática provocada por la bebida, Wolfgang estaba sumamente preocupado.

Por el contrario, su hijo estaba feliz. Para Bernd y muchos de sus amigos, la caída del Muro equivalía a más oportunidades, mejores sueldos, un aumento del nivel de vida y de la libertad de elección: dónde vivir, qué

música escuchar, cómo organizarse la vida. También pensaba en el lago, porque el hecho de que estuviera fuera de su alcance le atormentaba desde que tenía uso de razón. Por fin iban a poder bañarse.

El verano siguiente, Bernd construyó un pequeño embarcadero al fondo de su jardín, a la orilla del lago. El aire era templado. Con una sonrisa, vio cómo su hijo se ponía el bañador, se quitaba la camiseta y saltaba con alegría al lago de Groß Glienicke.

Kühne 1990

En los días posteriores a la caída del Muro, cientos de miles de alemanes orientales pasaron a Berlín Occidental. Algunos sólo estuvieron un día, maravillándose ante las lujosas tiendas y el ajetreo de las calles. Otros llegaron para quedarse, con la esperanza de encontrar una vida nueva y mejor para ellos en Occidente.

Mientras tanto, en cuanto el Muro se vino abajo, empezaron a llegar muchos berlineses occidentales a Groß Glienicke. Los lugareños apenas habían tenido tiempo de digerir los radicales cambios políticos cuando empezaron a preocuparse de que les arrancaran de las manos el techo que tenían sobre sus cabezas.

Ahora, los residentes de Groß Glienicke de toda la vida se topaban con extraños que aparecían pisoteando sus huertos y afirmaban que «este terreno fue mío» y que «tenemos que hablar con nuestro abogado para recuperarlo». Los Mercedes negros recorrían las calles, se paraban delante de las casas y sus ocupantes bajaban las ventanillas para hacer fotos. A los vecinos esas actividades se les antojaban rapaces y desestabilizadoras. Algunos tenían la sensación de que sus primos del Oeste se estaban aprovechando de ellos.

*

Las cuatro décadas transcurridas desde el final de la guerra habían sido buenas para la familia Meisel. Cuando por fin le concedieron permiso para trabajar, seis años después de su solicitud inicial, Will Meisel había convertido su empresa en una de las editoriales de música más fuertes de

Europa. Sus esfuerzos fueron reconocidos en noviembre de 1962, cuando el Gobierno alemán le concedió la Cruz Federal al Mérito, y de nuevo en septiembre de 1964, cuando le galardonaron con el Anillo de Paul Lincke. En una entrevista de la época, publicada en el *Telegraf*, a la pregunta de si se arrepentía de algo, Will respondió: «No soy de los que viven en el pasado. No obstante, como muchos otros, hemos perdido muchas cosas». Hizo una pausa, y después añadió: «Teníamos una gran finca en Groß Glienicke, a la orilla del lago, con una pista de tenis y una barca. Puede que mis hijos la recuperen algún día».

Will Meisel nunca se olvidó de la casa del lago. En mayo de 1965 le había pedido a sus abogados que presentaran una reclamación económica en virtud de un plan de la República Federal destinado a compensar a quienes hubieran sufrido pérdidas económicas tras la ocupación de Alemania Oriental por los soviéticos. El argumento de los Meisel era elocuente: habían comprado la casa y su contenido a la agencia tributaria en 1940; le habían comprado el terreno al Estado en 1946, y después la RDA les expropió todo en 1952.

Sin embargo, el 16 de diciembre de 1968, un representante del departamento encargado de tramitar ese tipo de solicitudes, que tenía su sede en Düsseldorf, les contestó por carta que su reclamación había sido desestimada. A raíz de sus indagaciones habían averiguado que el Tercer Reich le había incautado el inmueble al doctor Alfred Alexander, «perseguido racialmente», y después se lo había vendido a los Meisel. «Y en lo que respecta a los expedientes pertinentes», decía el funcionario en la carta, «no consta nada referente a la parcela de terreno de Groß Glienicke que Meisel afirma haber adquirido.»

Sin embargo, Will Meisel nunca llegó a ver aquella respuesta; ni tampoco volvió a visitar la casa del lago. Porque en abril de 1967 contrajo una infección mientras pasaba unos días en un balneario en Badenweiler, cerca de la frontera francesa. Le trasladaron al hospital de Müllheim pero falleció el sábado 29 de abril de un derrame cerebral. Tenía sesenta y nueve años.

Su muerte supuso un gran shock para la familia, ya que Will parecía gozar de muy buena salud, y había seguido trabajando hasta el final. Su

esposa y sus hijos habían estado preparando una extravagante fiesta con motivo de su septuagésimo cumpleaños en septiembre de aquel año.

Los periódicos de ámbito nacional publicaron fervorosas notas necrológicas rindiendo homenaje a la vida del gran compositor. Enumeraban sus canciones más famosas, que mucha gente todavía podía tararear, cuando no cantar de memoria. [Pero la muerte de Will no mermó el entusiasmo de sus hijos](#). A lo largo de los años siguientes siguieron publicando el fondo editorial de Edition Meisel de los años treinta, cuarenta y cincuenta, que seguía siendo muy popular. Al mismo tiempo, fueron descubriendo y promocionando a nuevos artistas a través de la sección discográfica de la compañía. En el Festival de la Canción de Alemania de 1968, los artistas de la casa Meisel coparon los seis primeros puestos. Un año más tarde, otro de sus artistas, Giorgio Moroder, publicó «Looky Looky», que fue single de oro en Francia, Italia y Brasil. Muy pronto la empresa discográfica atrajo a grupos de categoría mundial, como Elton John, The Troggs, Boney M y Donna Summer. Y al cabo de poco tiempo el Grupo Meisel se hacía con los derechos de canciones tan variadas como «Stand By Your Man», «Sugar Sugar» y «Rocky», se convertía en el distribuidor del catálogo de los Beatles en Alemania y en sus estudios se grababan los discos de superestrellas como David Bowie.

Habían hecho realidad los deseos de su padre, salvo por una cosa: recuperar la vieja casa del lago. Y así fue como, más de un año después de la caída del Muro, Peter Meisel, que a la sazón tenía cincuenta y cinco años, acabó llamando a la puerta de la casa de Groß Glienicke. Peter le explicó a Wolfgang e Inge Kühne, que no salían de su asombro, que era hijo de Will Meisel, el antiguo propietario de la casa, y les dijo que allí había pasado felizmente muchos fines de semana y muchas vacaciones de verano cuando era niño. Peter dijo que la finca era suya, y que quería echarla abajo para construir una casa más grande en su lugar. Un refugio en el campo, dijo, igual que lo fue para mi padre. Al tiempo que le prometía a Wolfgang un empleo en Occidente, Peter Meisel repetía su reclamación: «Todo esto me pertenece».

Peter les dejó su tarjeta a los Kühne, visiblemente afectados, y fue

caminando hasta la casa de Burkhard Radtke, el niño con el que había jugado a la orilla del lago hacía tantísimos años. Tras una breve puesta al día de sus vidas, Peter le preguntó a Burkhard si estaría dispuesto a firmar una declaración jurada diciendo que los Meisel habían comprado aquella casa y que eran sus legítimos propietarios. Burkhard eludió la petición afirmando que él no lo recordaba así. ¿Aquella casa no la había construido la familia Alexander, y después los nazis se la robaron?

Decepcionado por el hecho de marcharse sin una declaración de apoyo, Peter regresó a Berlín Occidental y, poco después, dio instrucciones a su abogado para que explorara las formas de recuperar la casa. Al fin y al cabo, la compra de la casa al Estado por parte de su familia, que incluía el edificio, el terreno y el mobiliario, estaba bien documentada. Su inmueble había sido injustamente expropiado, sin indemnización, por la RDA. Lo justo era que les devolvieran la casa, o bien, como mínimo, que les indemnizaran.

Sin embargo, los Meisel no eran la única familia que reclamaba la propiedad de la casa tras la reunificación de Alemania. A principios de los años noventa, un abogado presentó una reclamación en nombre de la familia Wollank, afirmando que su finca había sido expropiada ilegalmente en 1939. En su reclamación se incluía el terreno sobre el que se encontraba la casa del lago.

Después de la trágica muerte de Otto y Dorothea Wollank, y de la entrega de la finca a las autoridades, la familia Wollank estaba muy mermada. Los pocos herederos que quedaban se habían ido a vivir lejos de aquella zona para rehacer sus fortunas. Sin embargo, su reclamación se archivó rápidamente: los jueces dictaminaron que habían perdido su finca por culpa de una mala gestión. Conforme a la legislación alemana, eso no era un motivo válido para una reclamación.

Durante la primavera de 1991 también llegó a Groß Glienicke Cordula Munk, nieta del profesor Fritz Munk, una maestra que había vivido toda su vida en Berlín Occidental.

Cordula, nacida en 1944, tan sólo tenía un tenue recuerdo de la casa de

vacaciones de su familia. Sus padres le dijeron que había aprendido a gatear en el jardín delantero de Groß Glienicke, pero ella no guardaba ningún recuerdo. **Su padre y su tío le habían desaconsejado** que fuera; para ellos la casa estaba irremediablemente asociada a su sombría historia.

Tras aparcar su coche junto a la Potsdamer Tor, Cordula abrió la cancela y recorrió a pie la parte superior de la parcela de su familia. Allí se encontró con cuatro hombres que vivían en pequeñas chabolas, cada una de no más de 4 × 4 metros. Le dijeron que eran antiguos guardias fronterizos, que ahora estaban sin trabajo o sin casa. Después de explicarles el motivo de su visita, Cordula se acercó a la orilla del lago, ansiosa por ver la antigua casa familiar de los Munk.

Lo único que encontró del viejo chalet de madera fueron unos pocos azulejos de la cocina, desperdigados y semienterrados. Ella y el resto de su familia se habían enterado del incendio a través de un artículo de prensa que le enviaron unos amigos suyos del pueblo, pero a Cordula le sorprendió la magnitud de los daños. No quedaba nada de la casa. Sin embargo el viejo limero seguía allí, y había crecido tanto que alguien había construido una destartalada casita entre sus ramas. Había basura por todas partes – neumáticos viejos, material de construcción abandonado, bolsas de plástico– y el jardín estaba repleto de maleza.

Al ver a una extraña en la finca de al lado, Wolfgang Kühne se acercó a Cordula. «Hola», le dijo, «¿qué hace usted aquí?» Cordula le sonrió y le dijo en tono de broma: «No pasa nada, ¡ya sé quién es el dueño de este terreno!».

Tras explicarle a Wolfgang quién era, Cordula escuchó atentamente la descripción que le hizo su vecino del incendio de la chimenea de 1970, y el relato de lo mucho que tardaron en llegar los bomberos, y de cómo los Kühne vieron con consternación cómo las llamas destruían la casa de los Munk.

Cordula tenía sentimientos contradictorios: por un lado estaba desconsolada por el hecho de que la casa se hubiera quemado, pero también se sentía aliviada. Como nadie vivía en el inmueble, recuperar la propiedad de la finca iba a resultar mucho más fácil.

De vuelta en Berlín, Cordula tomó una decisión: iba a construir un nuevo chalet en Groß Glienicke. Nada demasiado lujoso; tal vez una casita de

madera, como la de su abuelo. En cuanto a los ex guardias fronterizos y sus chozas de la parte delantera del terreno, podían vivir allí todo el tiempo que quisieran. Le parecería injusto echarles de la parcela. La finca era lo suficientemente grande como para compartirla con ellos, siempre y cuando le dejaran vivir en paz y tranquilidad a la orilla del lago. Podían ser sus inquilinos.

Durante el verano de 1991, casi dos años después de que los primeros berlineses orientales abrieran una brecha en el Muro, y treinta años después de que le despertaran con los primeros ruidos de su construcción, Wolfgang volvió a oír de nuevo el pesado estruendo de maquinaria pesada, que provenía de la orilla del lago. Aunque hacía más de un año que habían demolido el Muro en el centro de Berlín, gran parte de él seguía en pie en los pueblos más apartados, como Groß Glienicke, lejos de las cámaras de los medios de comunicación extranjeros.

Primero echaron abajo el muro interior, el más cercano a la casa. Los fragmentos de hormigón, ya hechos añicos, se cargaron en camiones y se llevaron a Berlín, donde fueron a sumarse a una gigantesca montaña de escombros formada por los restos del antiguo Muro.

Después fue el turno de los focos, de las torres de vigilancia y de los cables de alarma de la franja de la muerte. Cada uno de los elementos fue demolido de forma metódica, cuidando de no dañar ningún edificio ni los árboles cercanos. Después los obreros afrontaron la tarea de echar abajo la más intimidante de todas las estructuras de seguridad, el gran muro que recorría toda la orilla del lago. Las excavadoras tuvieron que extender sus brazos hasta una altura de tres metros y medio para arrancar los largos tubos horizontales de cemento de la parte superior de la barrera. Cada uno de los tramos cayó con estruendo al barro de la orilla, formando una pulcra hilera de tubos desconectados, como si alguien estuviera a punto de colocar una tubería. Después de retirar los tubos, las excavadoras empezaron a desmantelar lo que quedaba del muro. Sorprendentemente, hizo falta poca fuerza. Las máquinas aferraban firmemente con sus mandíbulas la parte

superior del muro e iban levantando verticalmente los paneles de hormigón en tramos de tres metros de largo. Más allá del muro exterior, los obreros encontraron una hilera de afiladas púas metálicas, así como haces de alambre de espino, que llevaban años oxidándose en el agua, y que habían sido arrojados allí cuando retiraron la primera, a principios de los años sesenta.

Muy pronto, lo único que quedó del Muro de Berlín fue el estrecho camino de cemento de la patrulla fronteriza, que serpenteaba a lo largo de toda la orilla del lago de Groß Glienicke. Alguna autoridad había decidido dejarlo, tal vez como recordatorio de las medidas de vigilancia y seguridad que habían dominado hasta hacía poco la vida del pueblo y de la gente que vivía allí.

Lo único que quedaba del jardín de la casa del lago –y de su elegante terraplén con sus bancales, de la cascada de escaleras, del cobertizo de las bombas, de la pista de tenis, del estanque ornamental y el embarcadero– era una pendiente vagamente ajardinada, cubierta de maleza y de zarzas, una franja de treinta metros de anchura de tierra baldía, embarrada y llena de surcos de ruedas, un pequeño grupo de abedules de tronco delgado que se ceñía a la orilla del lago, y el lago en sí: inmutable, apacible, lleno de potencial.

Durante las semanas y meses posteriores a la retirada del Muro, la niebla de euforia fue despejándose poco a poco. Para muchos, sobre todo para los jóvenes, el efecto más inmediato era que ya podían viajar a Berlín Occidental, donde esperaban encontrar nuevos empleos, mejores sueldos, y diversidad de oportunidades. Para los demás, sobre todo para las generaciones mayores, el impacto fue menos drástico.



Vista de la casa desde la orilla del lago, años noventa

A raíz de la integración en la República Federal, las tiendas de la era de la República Democrática –Konsum y HO–, que habían abastecido a Groß Glienicke durante más de tres décadas, cerraron, al no poder competir con la calidad y la variedad de artículos que ofrecían los comercios de Berlín Occidental. En su lugar aparecieron nuevas tiendas: una panadería donde servían pastas y *cappuccinos*, un supermercado que contaba con ocho tipos de cereales para el desayuno, así como carne de vacuno de primera, dos cafés, un restaurante griego y un local de kebab. Y lo que era igual de relevante, los autobuses volvieron a circular y llevaban a los habitantes del pueblo desde la parada de la Potsdamer Tor hasta Spandau, desde donde los pasajeros tomaban el S-Bahn hasta el centro de Berlín.

Poco después de la caída del Muro, el pueblo experimentó otra pérdida cuando el Badewiese fue arrasado por un incendio. Había sido un icono cultural durante más de cincuenta años y fue la sede de muchos de los

eventos sociales más memorables del pueblo. La causa oficial del incendio nunca se determinó, aunque muchos sospecharon de un incendio intencionado por parte de los dueños en un intento de cobrar el seguro.

Más apremiante fue el drástico aumento del desempleo. Al desmoronarse la RDA, cientos de vecinos descubrieron que se habían quedado sin trabajo. La fábrica Max Reimann de piezas de repuesto para automóviles, el cuartel de la patrulla fronteriza y el centro de convenciones de la Stasi cerraron. Los vecinos que trabajaban en las empresas subvencionadas por el Estado en Potsdam, Berlín Oriental y las ciudades y los pueblos circundantes también se quedaron sin empleo. Los que conservaron sus puestos de trabajo descubrieron que su vida laboral sufría un cambio profundo. Los sindicatos no estaban bien vistos, las empresas exigían que los trabajadores tuvieran jornadas más largas y, a menudo, era necesario que hicieran cursos de capacitación, algo que los jóvenes asumieron rápidamente, pero que a los más mayores les resultaba muy difícil y también degradante.

Y lo que es peor, muchas de las ventajas de vivir en la RDA desaparecieron de repente. Mientras que anteriormente los padres y madres trabajadores disponían de guarderías gratis, ahora muchos tenían que pagar. Quienes no cumplían los requisitos para recibir prestaciones se veían obligados a pagar un seguro médico. Y, ahora que el Estado no subvencionaba los alimentos, el precio de la cesta de la compra aumentó drásticamente, incluso para los artículos más básicos, como las patatas y el arroz.

Con su hermoso entorno, su proximidad a Berlín y con un parque de viviendas relativamente barato, Groß Glienicke en seguida se hizo famoso como un atractivo lugar donde vivir. Por consiguiente, la población aumentó rápidamente. Al cabo de poco tiempo vivían en el pueblo más de 3.000 personas. La mayoría de los recién llegados habían nacido en la República Federal o en Berlín Occidental. Los nuevos residentes se instalaban o bien en viviendas nuevas que habían sido levantadas rápidamente tras la caída del Muro, o en hogares recuperados que sus familias habían perdido a raíz de la partición de Alemania.

Como parte del tratado de reunificación, que entró en vigor el 3 de

octubre de 1990, se acordó que los bienes que habían sido expropiados durante el periodo de la RDA se someterían a un proceso de *Rückübertragung*, es decir de «retro-transmisión». Los antiguos propietarios de terrenos iban a tener la posibilidad de recuperarlos o de recibir una indemnización. En la práctica, hubo muchas excepciones. Si el inmueble había sido vendido a un precio justo, o si la expropiación había sido por interés público, el actual propietario podía evitar la devolución a sus anteriores dueños. Y lo más importante, los activos confiscados durante la ocupación soviética –entre el 8 de mayo de 1945 y el 6 de octubre de 1949– no serían devueltos. Durante aquellos años de posguerra se habían redistribuido 3,3 millones de hectáreas de terreno, lo que equivalía a casi un tercio de todo el país.

En Groß Glienicke, numerosas familias se vieron obligadas a renunciar a sus casas para devolvérselas a otras familias que, a menudo, eran mucho más adineradas y que iban a utilizar las viviendas como refugio de vacaciones. Algunos lograron posponer su desahucio, esgrimiendo sus derechos como inquilinos, pero aun así, normalmente los alquileres en la RDA habían sido mucho más bajos que los precios de mercado en la RFA, y una vez que los caseros elevaron los alquileres en consonancia, la mayoría no pudo permitirse el lujo de seguir viviendo allí. Desde la perspectiva de los alemanes occidentales, las casas eran suyas y, aunque los inquilinos se habían beneficiado durante décadas de unos alquileres subvencionados, estaban convencidos de que tenían todo el derecho de ocupar unos inmuebles que les pertenecían. Teniendo en cuenta la escasez de vivienda, muchos vecinos de la antigua RDA, al no poder quedarse en sus casas, se fueron a vivir fuera del pueblo.

Además, tras la reunificación, los vecinos se encontraron con que tenían un inesperado líder. Una serie de luchas intestinas desestabilizaron al Partido Socialdemócrata (SPD) local, que muchos esperaban que saldría vencedor de las elecciones. El vacío lo ocupó el partido que había gobernado la RDA durante cincuenta años, ahora bajo el nombre de Partido del Socialismo Democrático (PDS). Aunque logró menos del 5 % de los votos a nivel nacional, el PDS creció con fuerza en Groß Glienicke. Con el apoyo de muchos antiguos miembros de las fuerzas de seguridad que habían trabajado

en la frontera, el PDS presentó a un joven candidato que fue capaz de dar voz a los sentimientos negativos de muchos vecinos del pueblo, frustrados por los cambios producidos desde la caída del Muro. Su compromiso electoral consistía en «proteger» al pueblo de Occidente y de todos los cambios no deseados. Y así fue como, en 1994, Peter Kaminski, el antiguo comandante del regimiento fronterizo, se convirtió en alcalde de Groß Glienicke.

Una de las primeras medidas de Kaminski fue anunciar que el camino de la patrulla fronteriza que previamente discurría paralelo al Muro iba a abrirse al público. Por supuesto, los dueños de los inmuebles en primera línea a la orilla del lago esperaban que, tras la reunificación, sus casas iban a recuperar los terrenos de la ribera. Ahora tendrían que lidiar con los ciclistas y los paseantes, en vez de con los guardias fronterizos y los vehículos militares. El Muro había desaparecido, pero, al menos en Groß Glienicke, las divisiones subsistían.

Kühne 1993

Una fría mañana de abril de 1993, pudo oírse una voz imperiosa desde un extremo del jardín de la casa del lago. Por el camino arenoso, pasando junto a lavadoras, neumáticos y muebles rotos y abandonados, bajaba Elsie Harding.

Llevaba puesto un abrigo de visón negro, una bufanda blanca y negra, unos gruesos pantalones negros y mocasines negros. Tenía el cabello blanco y rizado, cortado muy corto, y los labios pintados de un color rojo vivo. En una mano sujetaba un cigarrillo encendido, y en la otra un bolso negro de piel. [La acompañaban seis nietos](#), todos ellos con abrigos largos, gorros y bufandas de lana, y uno de ellos estaba grabando la llegada del grupo con una pequeña cámara de vídeo. Cuando se aproximaban a la casa, *Rex*, el perro de Wolfgang, empezó a ladrar ruidosamente. Unos segundos después apareció Wolfgang, con un mono de trabajo azul, un grueso suéter de lana y un gorro ruso de felpa.

«¡Buenos días!», dijo Elsie en un perfecto alemán. «He venido a enseñarle a mis nietos la casa donde vivíamos antiguamente. No queremos recuperar la casa, ni nada por el estilo.»

«¿Esta casa es suya?», preguntó Wolfgang.

«Sí, era nuestra casa...», respondió Elsie.

«¿Es usted de la familia Alexander?», le interrumpió Wolfgang, con una voz cada vez más agitada.

«Sí, exactamente», dijo Elsie, entregándole una gran botella de whisky.

«Entren, todos, entren, por favor», dijo Wolfgang, abriendo la puerta del jardín y conduciendo a Elsie y a sus familiares hacia la entrada de la casa, que tenía una ventanilla en forma de rombo.

Habían transcurrido veinte años desde la última vez que Elsie intentó visitar la casa, un intento frustrado por el Muro y sus restricciones de seguridad. Por desgracia, su marido, Erich, había fallecido de un ataque al corazón en 1981, pero, Elsie, indómita como siempre, [había vuelto de inmediato a su trabajo](#) de guía de turistas alemanes por los castillos y catedrales de Gran Bretaña, fumando un cigarrillo tras otro, hablándoles de los valores democráticos y ecuanimes de la isla y, cuando lo consideraba oportuno, haciendo una parada para que sus clientes más mayores pudieran ir al servicio. Desde entonces, Elsie vivía sola en un apartamento de una tercera planta, enfrente de donde vivió Sigmund Freud, cultivando el jardín de su terraza y sus recuerdos en sus días libres.

Entonces, en enero de 1990, Elsie recibió una carta sorprendente. Rolf Gerber, el amor de su niñez, la invitaba a visitarle en Sudáfrica. Ruth, la esposa de Rolf, había fallecido de cáncer de pulmón hacía unos meses, y él, que también tenía problemas de salud, ansiaba volver a ver a Elsie. A los pocos días de llegar, Elsie se trasladó a la casa de Rolf, en Ciudad del Cabo. Tras casi sesenta años separados, su relación se reanudaba en el punto que la habían dejado en Berlín.

Ahora tenían tiempo para ponerse al día, momentos de tranquilidad en los que hablaban de los viejos tiempos, y compartían sus sentimientos mutuos. Rolf recordaba los buenos ratos que había pasado con los Alexander en Glienicke en los años treinta. Elsie le contaba con orgullo los logros de sus hijos y nietos. Daban paseos, visitaban los museos y los restaurantes, y cuando la enfermedad de Rolf no le permitió levantarse de la cama, Elsie se sentaba a su lado, leyéndole la prensa, comentando con él las noticias del día. Durante ese tiempo, Elsie volvió a Londres para ver a su familia, pero al poco tiempo regresó a Ciudad del Cabo.

Betty, la hija de Rolf, se alegraba de que Elsie estuviera allí. «Le quería de verdad», recordaba posteriormente, «y él le tenía mucho cariño.» Elsie le hacía compañía, se aseguraba de que se pusiera un suéter cuando le hacía falta y de que comiera lo que más le gustaba. «Doy gracias a Dios por Elsie, sólo puedo decir eso», decía Betty. Al final, los médicos quisieron trasladar a Rolf a un hospital, pero Betty no lo permitió. Elsie estaba allí y apoyó la

decisión de Betty. Rolf, aún consciente aunque con considerables dolores, y debilitándose rápidamente, conservaba su sentido del humor. «He tenido una vida maravillosa», decía. «A los perros los sacrifican, ¿por qué no a mí?»

Elsie estaba junto a su cama cuando falleció Rolf, el 17 de enero de 1993. Unos días después, Vivien, la hija de Elsie, viajó a Sudáfrica para estar al lado de su madre. El funeral se celebró en la sinagoga reformada de Ciudad del Cabo. Elsie se sentó con la familia de Rolf.

Aunque a Elsie le daba pena no haber estado más tiempo con Rolf, se alegraba de haber pasado con él sus últimos años. Unas semanas más tarde, tras recoger la casa de Rolf, Elsie regresó a Londres, para vivir sola de nuevo.

Puede que lo que animara a Elsie fueran aquellos recuerdos de los viejos tiempos en Berlín con Rolf. O tal vez fuera porque acababa de cumplir ochenta años. Sea como fuere, tres meses después de la muerte de Rolf, Elsie decidió llevar a sus nietos a Groß Glienicke.

*

En la sala, Elsie y sus nietos conocieron a Inge. Llevaba una bata de flores, pantuflas y unas grandes gafas redondas, y les dio la bienvenida de una forma cordial aunque cauta.

Dentro de la casa el ambiente era oscuro y lúgubre. No habían encendido ni la lámpara de pie ni la que colgaba del techo, mientras que las plantas de las macetas y los visillos colgados delante de las ventanas impedían el paso a la luz natural. Una alfombra azul muy desgastada cubría el suelo de la sala; las paredes estaban cubiertas de papel pintado de color rosa de mal gusto, y el techo con patrón a cuadros, antiguamente blanco, estaba amarillo por el humo. Encima del antepecho de la ventana había una hilera de adornos baratos y de velas. Donde antiguamente hubo una gran mesa roja y unos bancos empotrados ahora había un orondo sofá gris y un canapé del mismo color. Frente a la pared de enfrente había un televisor con la pantalla encendida y a un volumen casi inaudible. Alrededor del televisor había una gran estantería de pared, repleta de más adornos baratos, platos ornamentales y plantas.



Inge Kühne, Elsie Harding y Wolfgang Kühne en la casa del lago

Elsie se volvió hacia la chimenea y dijo: «Mi padre reunió estos azulejos y los trajo de Bélgica». Después sacó de su bolso una fotografía de color sepia, le hizo un gesto a Wolfgang para que se acercara y le dijo: «*Pass auf!*» (¡fíjate!). Al darle la foto a Wolfgang utilizó el *du*, un trato más informal, adecuado para los familiares, los amigos y los niños pequeños.

«¡Qué bonito, gracias!», dijo Wolfgang, sonriendo al tiempo que recibía la fotografía, aparentemente imperturbable ante el talante mandón de Elsie.

«Ahí era donde nos sentábamos», prosiguió Elsie, señalando hacia el sofá, «y allí había una puerta que daba a mi dormitorio...», dijo indicando un rincón que ahora estaba cubierto de papel pintado, «... y ahí estaba el dormitorio de mis padres... y allí el de mis hermanos...». Después, colocándose frente a las ventanas donde estaban las macetas, añadió: «... y aquí delante había un gran porche».

«Levanté el tabique después, éste de las ventanas», explicó Wolfgang,

con cierto tono de disculpa.

«¿Pueden ir al lago?», preguntó Elsie.

«Ahora sí se puede, pero cuando estaba el Muro no se podía. Pasaba por allí», dijo, haciendo con el dedo un movimiento de izquierda a derecha entre la casa y el lago.

Wolfgang volvió a la puerta de entrada y dijo: «Aquí es donde vivía *Frau Fuhrmann*. ¿La conoce?».

«No», dijo Elsie, que seguía los pasos de Wolfgang.

«*Frau Fuhrmann* vivía aquí con su hijo. Cuando se marcharon tiramos el tabique porque la cocina era demasiado pequeña.»

«¡Qué inteligente!», dijo Elsie, y después, señalando la habitación pequeña que estaba junto a la puerta principal, añadió: «Ésta era la habitación de mi abuelo».

«Ahora es donde vive Roland», dijo Wolfgang, abriendo la puerta.

«Ah, ¡hola, Roland!», exclamó Elsie.

Wolfgang cerró la puerta del dormitorio, pues no quería molestar al nieto de Inge, de trece años, que ni dijo hola ni se atrevió a salir de su habitación para dar la bienvenida a su antigua habitante.

De vuelta en la cocina, Wolfgang señaló una pequeña cocina eléctrica que había en un rincón. «En este momento estamos de reforma –antes ahí había un sencillo fogón de ladrillo.» Después llevó al grupo hasta el lago, señalando y recordando los muchos cambios que se habían hecho en la casa, en el cobertizo de las bombas y en el jardín.

Finalmente, llegó la hora de la despedida. Wolfgang les invitó a volver en verano, «cuando haga buen tiempo». Todos le estrecharon la mano, le sonrieron y le dieron las gracias. Wolfgang y Elsie se intercambiaron sus números de teléfono y se dieron un cariñoso abrazo. Mientras volvían a la furgoneta, Elsie se lamentaba de que en el lugar donde antiguamente había matas de frambuesa y cerezos, ahora había un erial de hierba seca y de basura, y después añadió que a su hermano Hanns la visita le habría parecido muy interesante, aunque no habría querido recuperar la casa.

«Siempre han dudado», dijo Elsie con tristeza de los Kühne, «si rehabilitar la casa por temor a que sus antiguos dueños quisieran

recuperarla.»

En la casa, Wolfgang e Inge se sentían aliviados. La visita de Elsie les había pillado por sorpresa, pero se alegraban de que, a diferencia de los Meisel, ella no tuviera intención de echarles. Por ahora daba la sensación de que la casa era de ellos.

Aunque por el momento parecía que no se iban a producir cambios importantes en la casa del lago, el pueblo estaba experimentando sus propios cambios drásticos. A principios de 1994, dado que las fuerzas soviéticas se estaban retirando de Berlín y que los británicos ya no querían seguir sufragando el coste económico de gestionar el aeropuerto de Gatow, el nuevo Gobierno federal alemán anunció que iba a recuperar el control de las instalaciones.

Durante casi cincuenta años el aeródromo había estado ocupado por las fuerzas soviéticas y después por las británicas. Durante ese tiempo, Gatow había recibido la visita de primeros ministros, políticos, e incluso de la princesa Diana de Gales. [El fin del control británico sobre Gatow se celebró el 27 de mayo de 1994](#), con una última visita real del príncipe Carlos. La jornada se conmemoró con una serie de ceremonias y discursos cuidadosamente orquestados, y culminó con un desfile de despedida a Gran Bretaña al son de un gran bombo. Según el periódico *The Times*, el evento señaló «el comienzo de una larga despedida de la ciudad [...] que formaba parte de la grandiosa retirada de los ejércitos occidentales y rusos de una Alemania unida». Tres semanas después se realizaban las últimas formalidades del traspaso, y el aeropuerto de Gatow volvió oficialmente a estar bajo control alemán. El aeródromo permaneció abierto al tráfico aéreo durante algún tiempo, pero se cerró al no ser necesario otro aeropuerto regional. [A lo largo de los años siguientes, se demolió el cuartel del NVA](#), el Ejército de la antigua RDA, adyacente a Gatow –incluido el viejo *Panzerhalle*, que había estado ocupado por un colectivo de artistas desde la caída del Muro– y la zona se urbanizó con viviendas de protección oficial.

Los vecinos se alegraron del cierre del aeródromo y de que se acabaran

los ruidos y los destellos de las luces de los vuelos nocturnos. Pero muy pronto quedó claro que la urbanización de la zona no iba a beneficiarles. Las nuevas viviendas tenían un precio que no estaba a su alcance, y en cualquier caso eran demasiado pocas para acoger al creciente número de lugareños que habían tenido que marcharse de sus casas.

Muchos de los habitantes del Este tenían la sensación de que se habían convertido en víctimas de la historia. Tras el hundimiento de la RDA, el mundo esperaba de ellos que se adaptaran a la cultura y a las realidades económicas de Occidente. Casi ninguna de las cosas con las que estaban familiarizados sobrevivió hasta la década de los noventa. Ya no había Partido, ni Stasi, ni desfiles de los Pioneros, ya no tenían garantizado un empleo estatal ni una vivienda. Subsistían muy pocos aspectos visibles de la cultura de Alemania Oriental: la flecha verde de los semáforos que indicaba a los vehículos que podían girar a la derecha; el *Sandmännchen*, un personaje de un programa infantil de la televisión de la RDA, y el *Ampelmännchen*, el hombre con un elegante sombrero que parpadeaba con luz verde en los pasos de peatones, y que tan sólo sobrevivió gracias a las protestas de todo Berlín.

Aquella guerra cultural se manifestó en Groß Glienicke en forma de debate a propósito de los nombres de las calles. Muchos de los recién llegados querían cambiar la denominación de la Kurt-Fischer-Straße y de la Wilhelm-Pieck-Allee, que llevaban el nombre de un director de la Volkspolizei y del primer presidente de la RDA, respectivamente. Los recién llegados, con el apoyo de algunos «antiguos» residentes de Groß Glienicke, ganaron la batalla, y las calles pasaron a llamarse Am Gutstor y Sacrower Allee.

También se libró una batalla por el monumento a Ernst Thälmann, el líder del Partido Comunista durante la República de Weimar. Muchos argumentaban que también había que quitarlo, pero otros, encabezados por el periodista radiofónico Winfried Sträter, decían que había que conservarlo como recordatorio de la historia del pueblo. Al final, ganó la propuesta de Sträter. La tensión entre los vecinos del pueblo que habían nacido en la RDA y los nacidos en la RFA subsistió.

Kühne 1999

En 1999, y tras haber vivido cuarenta años en la casa del lago –mucho más que cualquiera del resto de sus moradores–, Wolfgang había dejado su huella en la propiedad.

No era sólo porque su ropa llenara los armarios, ni porque sus zapatos estuvieran junto a la entrada, ni porque en el sótano se acumularan sus botellas vacías. Desde el tabique que había construido en lugar de la puerta cristalera, hasta el papel pintado de la cocina, desde las chimeneas que se tambaleaban por encima de la cubierta hasta el abultado jardín de invierno que seguía protegiendo la fachada frontal, desde el gallinero medio derrumbado hasta el huerto repleto de maleza, las huellas de su trabajo se veían por doquier.

A primera hora de la mañana del 25 de marzo de 1999, Wolfgang le dijo a Inge que iba a buscar unos huevos. Desde la ventana de la cocina, Inge vio a Wolfgang cruzar el patio hacia el cercado de las gallinas. Cerró la puerta metálica después de entrar, y entonces Inge vio cómo se encorbaba y después se desplomaba. Inge salió a toda prisa de la casa y encontró a su marido con dificultad para respirar y sin poder hablar. Le llevó, medio a rastras y medio a cuestas, hasta la casa, y llamó al médico. Por alguna razón no llamó a Urgencias. El médico llegó más de seis horas después para examinar a Wolfgang, que seguía sin poder hablar, y dijo que era posible que hubiera sufrido un derrame cerebral, pero que no podrían saberlo hasta hacerle unas pruebas. Poco después, Wolfgang fue trasladado al hospital Bergmann de Potsdam, el mismo edificio en que Bernd despertó del coma.



La casa del lago, años noventa

Inge telefoneó a sus familiares. «Tu padre no está bien», le dijo a Bernd. «Se lo han llevado en ambulancia. No están seguros del diagnóstico.» Bernd acudió a ver a su padre. Wolfgang ya estaba consciente y podía sonreír, pero seguía sin poder hablar. Los médicos confirmaron que, efectivamente, había sufrido un derrame cerebral. Una semana después, Bernd regresó al hospital, pero al llegar una enfermera le comunicó que su padre había fallecido. Wolfgang tenía sesenta y nueve años.

Seis días después, un templado y lluvioso jueves por la mañana, enterraron a Wolfgang en el pequeño cementerio adyacente a la iglesia de Groß Glienicke. Fue un servicio secular, al que asistieron Inge, los cuatro hijos de Wolfgang y un puñado de amigos del pueblo. En total había menos de veinte personas. Bajaron lentamente el féretro hasta el fondo de la fosa y después, empezando por Inge, cada uno de los asistentes fue arrojando un poco de tierra sobre el ataúd con una pequeña pala.

Al cabo de poco tiempo, [Inge Kühne decidió marcharse](#): decía que no iba

a ser capaz de cuidar de la casa ella sola. La vivienda seguía careciendo de calefacción central, y era improbable que ella pudiera encender todas las estufas necesarias para mantenerla caldeada. La fachada necesitaba una mano de pintura, faltaban tejas del tejado y había que podar los árboles, cuyas ramas ya estaban peligrosamente cerca de la casa. Así que, en mayo de 1999, Inge le dijo a Roland que muy pronto iba a trasladarse a una residencia de ancianos de Potsdam.

Unas semanas después, Inge empezó a vaciar la casa. Vendió las colmenas y el equipo de jardinería y horticultura. Se llevó la cama del dormitorio principal, el canapé gris de la sala y unas cuantas pertenencias personales, y lo apretujó todo en su nuevo alojamiento. El resto, a excepción de los muebles de la cocina, se vendió o se regaló.

Poco después del funeral de su padre, también Bernd ingresó de urgencia en el hospital. El riñón que le quedaba había sufrido un colapso. Cuando Bernd le preguntó a su médico cuál podría ser la causa del problema, éste le respondió que probablemente habían sido las «pastillas de vitaminas» que tomaba cuando era niño. Desde la caída del Muro, se habían emitido numerosos documentales por televisión donde se investigaba el dopaje de los jóvenes atletas de la RDA, y Bernd llegó a la conclusión de que las pastillas eran esteroides, o cosas peores.

Una semana después, cuando Bernd por fin regresó al pueblo, descubrió que la casa estaba casi vacía. Se puso furioso. Su padre había prometido dejarle a sus hijos una buena parte de sus ahorros; Inge le había prometido darle los mejores trajes de su padre. Fue la última vez que visitó la casa en la que se había criado. Nunca volvió a dirigirle la palabra a la viuda de su padre.

Bernd habló con su abogado para averiguar si podía reclamar la propiedad de la casa del lago. Al fin y al cabo, su familia llevaba viviendo en la finca desde 1958, mucho más tiempo que cualquier otro ocupante. No había habido noticias de los Meisel desde la visita de Peter, en 1991. Sería una pena que la casa acabara en ruinas.

Al abogado no le hizo falta mucho tiempo para responder: dado que los

Kühne sólo habían sido inquilinos, no podían reclamar la propiedad de la finca. En cuanto a quién era el verdadero propietario del inmueble, el abogado no tenía ni idea. Lo más probable era que las autoridades locales resolvieran muy pronto la cuestión.

Cuando Inge salió por última vez de la casa del lago, le entregó las llaves a su nieto. «Es para que la disfrutes tú», le dijo.

Para entonces Roland –aunque en el pueblo todo el mundo le llamaba Sammy– tenía diecinueve años y trabajaba como aprendiz de carpintero en Potsdam. Cuando se dio cuenta de que la casa era suya, invitó a un amigo suyo, Marcel Adam, a que se fuera a vivir con él. Marcel era dos años menor que Roland, medía treinta centímetros menos que él y también trabajaba como aprendiz de carpintero, pero en otro taller. Se conocían desde hacía más de diez años, pues habían ido al mismo colegio del pueblo.

Tras la marcha de la abuela, Roland y su amigo organizaron su nueva casa. Roland arrastró su colchón hasta el cuarto de sus abuelos, junto con un viejo televisor y una silla de madera. Por su parte, Marcel se instaló en una suite de tres habitaciones: el dormitorio de invitados, que había sido el de Roland, el anexo del chófer, que antiguamente era la cocina de los Kühne, y el dormitorio pequeño adyacente. Marcel se llevó una cama del apartamento de sus padres, junto con algunas pertenencias personales, y tomó posesión de aquel espacio. La cocina siguió tal cual, con la mesa, las sillas, la lavadora y el fogón. El Cuarto Azul, donde antiguamente dormía Bernd, quedó vacío.

Tras convertir la sala en un salón de juegos, con dos monitores contiguos, dos consolas y dos sillas, los jóvenes se pasaban horas y horas inmersos en los videojuegos, como *Command and Conquer*. Las estanterías empotradas que instaló Wolfgang en los años setenta seguían allí, pero en vez de los adornos y las macetas de Inge, allí sólo había platos sucios, botellas de cerveza vacías y revistas.

Roland y Marcel raramente cocinaban, casi siempre comían kebabs envueltos en platos de cartón doblados, que compraban en el local situado en una esquina del edificio del antiguo Drei Linden. Tenían grandes ambiciones

para la casa. Mientras jugaban a los videojuegos, hablaban de las mejoras que pensaban hacer: pintar los dormitorios, remendar las desvencijadas chimeneas, poner lámparas nuevas, llevar muebles modernos, tapar los agujeros del suelo del cuarto de baño –en una ocasión una rata se llevó unos calzoncillos que Marcel había dejado junto a la bañera. También planeaban las fiestas que pensaban dar, y debatían sobre la música que iban a poner. Y sobre todo, hablaban de chicas. Qué chicas del pueblo les gustaban más. Lo que haría falta para que se fueran a vivir allí con ellos.

Al cabo de poco tiempo, sus fantasías se hicieron realidad. La casa era escenario de grandes fiestas todos los fines de semana. Cada uno de los chicos vivía con una chica, bebían enormes cantidades de alcohol y fumaban marihuana. Lo único que no hicieron fueron las mejoras en la casa, aunque sí organizaron que un trabajador de mantenimiento del gobierno local fuera a arreglar las chimeneas.



Cuando llegó el verano, Roland, Marcel y diez amigos suyos construyeron un campamento permanente a la orilla del lago y montaron una serie de tiendas de campaña de distintas formas y colores. Durante el día se embarcaban en dos patines y dos botes de remos, se llevaban comida y una gran caja de cervezas, y lentamente se acercaban hasta los islotes del centro del lago, o iban a reunirse con más amigos en otro lugar de la orilla. Cuando no estaban en el agua, se turnaban para bajar en bicicleta por la escarpada ladera desde la parte trasera de la casa, pasando por el improvisado embarcadero, y se lanzaban al agua, o competían para ver quién era capaz de dar más saltos mortales desde el columpio que habían colgado de uno de los sauces de la ribera. Al caer la tarde se congregaban en el tejado de la casa a fumar, a beber y a contar chistes.

Por las noches, a menudo a los acampados se les unían otros treinta o cuarenta amigos y conocidos. Se sentaban alrededor de una hoguera y cantaban al son de un radiocasete alguno de los grandes éxitos que emitían Fritz y Energy, las nuevas emisoras de Berlín. A veces Roland y Marcel llamaban a las radios por el teléfono móvil que compartían para pedir que pusieran una canción determinada. [Una de sus favoritas era «Dark Place», de Böhse Onkelz](#), un himno punk que criticaba el maltrato que sufrían los jóvenes, con unas letras del tipo: «Aguardamos la muerte malgastando nuestro tiempo haciendo lo que esperáis de nosotros». No todas las peticiones eran tan morbosas. Matthias, un amigo de Roland, pedía a menudo «Waiting for Tonight», de Jennifer Lopez, y cuando las emisoras se lo concedían, el grupo aplaudía, y, en los momentos adecuados, coreaba «Waiting for Matthias».

En el pueblo empezaban a llamar a la finca «la playa» (*Strand*), y unos y otros quedaban «después, en la playa». De vez en cuando Roland y Marcel organizaban un evento aún mayor –por ejemplo, en una ocasión, con motivo de la fiesta de cumpleaños de la novia de Marcel, se apretujaron en la parcela más de doscientas personas, pero normalmente sus reuniones eran informales y todo el mundo era bienvenido, siempre y cuando los invitados llevaran sus

propias bebidas alcohólicas y sus drogas.

En general, los vecinos toleraban las fiestas que se organizaban en la playa. Cuando el ruido se hacía insoportable, Cordula Munk llamaba a la policía, que se pasaba por allí, les pedía a los jóvenes que «bajaran un poco el volumen», y se iban. Las cosas se pusieron violentas tan sólo en una ocasión, cuando un vecino ya muy mayor amenazó con pegar a Marcel, pero lo único que consiguió fue que uno de los amigos de éste le pegara rápidamente un puñetazo.

A lo largo de ese periodo, los chicos siguieron cuidando de la casa a su manera. Marcel era el que más procuraba mantener ordenado el espacio de la vivienda. De vez en cuando cortaban el césped de la parte delantera con un viejo cortacésped que Marcel había pedido prestado a sus padres. El pequeño estanque que Wolfgang había excavado delante de la casa se repobló con cincuenta peces de colores que le había regalado a Marcel su padre. Roland asumió la responsabilidad de mantener limpio el estanque y de dar de comer a los peces, y a menudo se sentaba al lado de la charca en una silla de plástico, igual que hacía Wolfgang, viendo nadar a los peces de acá para allá.

La gente que visitaba la casa en aquella época comentaba que, aunque estaba desordenada y desarreglada, no era una ruina. Las paredes estaban intactas, no les habían cortado la luz, las estufas estaban bien atendidas, las ventanas no estaban rotas y las cañerías funcionaban. Sin embargo, dada la vida que llevaban los dos jóvenes, inevitablemente la parte laboral se resentía. A menudo no iban a trabajar por el procedimiento de convencer a un médico amigo que escribiera una nota diciendo que estaban enfermos. Cuando aparecían por el trabajo, a menudo tenían una fuerte resaca y no eran capaces de cumplir con sus obligaciones. En algún momento, a finales del verano de 2000, el jefe de Marcel le amenazó con despedirle de su puesto de aprendiz si no mejoraba radicalmente su conducta. Al enterarse de que el futuro profesional de su hijo estaba en peligro, los padres de Marcel le dijeron que si no volvía a vivir con ellos, dejarían de ayudarle económicamente.

Marcel se dio cuenta de que había llegado el momento de ponerse un poco más serio, y volvió a casa de sus padres. Tras vivir en la casa del lago

algo más de un año, la fiesta, por lo menos para Marcel, se había terminado. Poco después de que Marcel se marchara, Roland fue despedido de su puesto de aprendiz. Sin una fuente regular de ingresos, la casa se deterioró rápidamente.

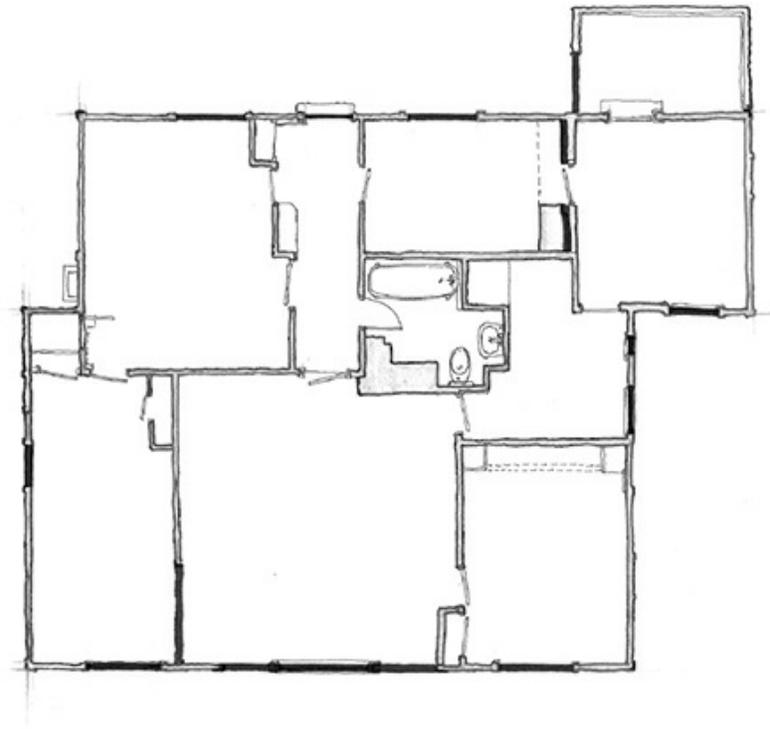
Las estufas se averiaron. Había tanta basura amontonada en el suelo que resultaba difícil transitar por la casa. Roland se pasaba la mayor parte del tiempo escondido en su dormitorio, debajo de las mantas. Sin embargo, cuando Marcel iba a visitarle, a menudo llevando dos raciones de kebab de la tienda, advertía que estructuralmente la casa seguía en buen estado. Tan sólo necesitaba una buena limpieza a fondo.

A principios de 2003, Roland recibió la visita del departamento de bienes inmuebles del Ayuntamiento de Potsdam. Le dijeron que, dado que la ciudad había absorbido oficialmente el pueblo de Groß Glienicke a principios de aquel mismo año, la casa había pasado a ser responsabilidad suya. El Ayuntamiento tenía previsto reurbanizar la zona, añadieron. Roland podía abandonar la finca de forma voluntaria, o de lo contrario sería desahuciado por la fuerza.

Roland se dio cuenta de que no tenía otra opción. Vivir en aquella casa había sido divertido, pero había llegado la hora de marcharse. Con la ayuda de Marcel y de algunos amigos, metió toda la basura en bolsas para que la junta de distrito fuera a recogerla. Vendió todos los muebles que pudo, empaquetó sus pertenencias, y cerró las ventanas y los postigos. Como no sabía bien qué hacer con las llaves, las dejó encima de la repisa de la cocina, y se marchó, sin cerrar la puerta de entrada.

QUINTA PARTE

PARCELA NÚMERO 101/7 Y 101/8



Febrero de 2014

Estoy de vuelta en el pueblo, una vez más. Es una gélida noche de invierno. Mi documentalista y yo estamos sentados en mi coche de alquiler junto a un campo de fútbol bajo la luz de los focos, a unos centenares de metros de la entrada al aeródromo de Gatow. Desde el asiento del conductor, puedo ver un grupo de hombres persiguiendo un balón sobre un manto verde de césped artificial. Estamos esperando a que termine el partido y a que, si tenemos suerte, y él está dispuesto, uno de los jugadores venga a hablar con nosotros.

Ya hace tiempo que sé que Roland fue la última persona que vivió en la casa. Pero todos los esfuerzos por localizarle han fracasado. Se ha negado a responder a mis mensajes en Facebook. Una nota que le dejé en su dirección de Groß Glienicke no ha tenido respuesta.

Un contacto del pueblo ha accedido a hablar con Roland de mi parte. Yo sólo quiero hablar, le digo. Le doy al contacto el número de mi teléfono móvil, y unos días después recibo una respuesta. Roland está dispuesto a quedar conmigo. Apunto la dirección de un restaurante griego y una hora para la cita. Tras cuatro horas de espera llego a la conclusión de que mi entrevistado no va a acudir a la cita. Su actitud esquiva hace que me pregunte si no será Roland el responsable del ruinoso estado de la casa.

Ahora, en el coche, junto al campo de fútbol, le doy instrucciones a mi documentalista. «Cuando llegue el momento, simplemente intenta que hable durante dos o tres minutos», sugiero. Ella, todavía dolida por el plantón del restaurante, se muestra cauta. «Como mínimo tenemos que establecer los

hechos básicos», añadido.

Poco después finaliza el partido, y mi documentalista se aventura a salir al frío. Yo la vigilo a través del retrovisor. Cuando llega a la alambrada que cerca el campo de fútbol veo que se detiene delante de un hombre alto y delgado, con el pelo negro, muy corto, que lleva puesta una sudadera roja con capucha, unos pantalones cortos y unas botas negras. Yo espero ansiosamente. ¿Accederá a hablar?

Después echan a andar juntos, lentamente, por el camino de cemento, hacia el aparcamiento, y después se paran debajo de una farola. Observo el reloj: pasa un minuto, dos minutos, otro más. Pronto superan los cinco minutos. A los diez minutos, los amigos de Roland, que han estado esperando pacientemente en un coche cercano, tocan la bocina. La conversación se termina. En total, han sido once minutos. Eso supera con mucho mis expectativas.

Mi documentalista vuelve al coche, cierra la puerta y se echa el aliento en las manos. «Hace un frío terrible ahí fuera», dice sonriendo. «¿Y?», le pregunto con impaciencia. «¿Qué ha pasado?» Ella me dice que Roland tenía muchas ganas de contarnos sus historias de la época en que vivió en la casa. Está claro, añade, que a Roland le encantaba aquel lugar, y dice que los años que pasó allí fueron los mejores de su vida.

Me cuenta que al final de la conversación Roland le ha pedido disculpas por no responder a nuestras peticiones. «Es que no lograba decidirme», le dijo. Incluso rechazó los cincuenta euros que le ofreció por su tiempo.

Ha pasado un año desde mi primer viaje de investigación a la casa familiar. Un año desde que los funcionarios del Ayuntamiento de Potsdam me informaron de que la casa iba a ser demolida para dejar espacio a nuevas viviendas.

Desde aquel momento me he hecho amigo de muchos vecinos, he tomado nota de sus testimonios y recopilado sus recuerdos. He visitado numerosos archivos, tanto en Potsdam como en Berlín. Ahora, con la ayuda de los historiadores locales, he presentado una solicitud pidiéndole al Land de

Brandeburgo que registre la casa como «Denkmal», es decir como monumento protegido. En mi solicitud cuento lo que he averiguado: cómo se construyó la casa originalmente, la historia de los que vivieron allí, la historia de la que ha sido testigo.

Unas semanas después tengo noticias. El especialista del estado federal de Brandeburgo ha visitado la casa pero su construcción no le ha parecido nada del otro mundo. Como estaba invadida por los árboles y la maleza, y llena de basura, el especialista no entró en el inmueble para examinar el interior (dice que otros miembros de su equipo le echaron un vistazo a la casa por dentro). En su carta explica que queda demasiado poco de la estructura original para justificar su conservación, y que la vivienda en sí es de un interés insuficiente. Tras disculparse por ser portador de malas noticias, nos informa de que nuestra solicitud para registrar la casa como monumento histórico ha sido rechazada.

Amargamente decepcionado, recurro a mis amigos del pueblo para pedirles consejo. Me sugieren que me reúna con el Groß Glienicker Kreis, el grupo dedicado a conservar el legado cultural y natural del pueblo. El Kreis [Círculo] está formado por historiadores, botánicos y artistas, tanto profesionales como aficionados, y ya había mostrado un considerable interés en la historia de la casa (se da la circunstancia de que hacía tres años habían publicado un librito sobre la historia de los judíos del pueblo).

Unos días después estoy sentado a la mesa del comedor de Dieter Dargies, el presidente del Kreis, junto con algunos de sus miembros. Tras explicarle mis esfuerzos, les pido su apoyo. Su respuesta me sorprende. No sólo están convencidos de que la casa es de una enorme relevancia histórica, sino que están decididos a trabajar todo lo que puedan para garantizar su supervivencia.

Examinamos las distintas opciones mientras tomamos café con bizcocho. Me dicen que va a resultar difícil revocar el informe del funcionario. Para lograrlo, tendremos que demostrar no sólo que la casa tiene un valor único, sino que el esfuerzo por salvarla goza de un abrumador apoyo de la comunidad. Tendrá que ser algo convincente, algo extraordinario, algo que llegue al corazón de la gente. Me sugieren que organicemos una jornada en

que los miembros de mi familia se sumen a los vecinos del pueblo para limpiar a fondo la casa y el jardín. Lo llaman «Jornada de Limpieza».

Ayuntamiento de Potsdam 2003

Antes de las convulsiones de 1989, el Ayuntamiento de Groß Glienicke habría llevado a cabo una rehabilitación básica en la casa deshabitada y después se la habría ofrecido a un nuevo inquilino. Puede que se la hubieran dado a una familia joven, como los Kühne o los Fuhrmann, o a una pareja de profesionales, como los Meisel o los Alexander. Pero corría el año 2003, y el Gobierno federal estaba demasiado atareado reestructurando la economía como para preocuparse de las necesidades de vivienda de la zona.

Para complicar aún más las cosas, la casa del lago había sido construida por una familia judía y expropiada por los nazis. Ese tipo de inmuebles se consideraban tóxicos. Lo mejor era evitar los problemas de difícil solución. Por el momento, nadie asumía la responsabilidad de la casa, que las autoridades locales conocían únicamente como la parcela número 101/7 y 101/8.

Como la vivienda estaba abandonada, era presa fácil para los okupas. En algún momento del invierno de 2003, un variopinto grupo de rusos, o tal vez de serbios, se instaló en la casa. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde procedían, ni cómo localizaron la casa, teniendo en cuenta que estaba situada a doscientos metros de la carretera y no podía verse desde ningún lugar público.

Cuando Cordula Munk advirtió por primera vez la presencia de los nuevos ocupantes en la casa, se puso en contacto con el Ayuntamiento de Potsdam. Hicieron falta dos o tres llamadas, pero al final las autoridades municipales echaron a patadas a los okupas. Como era de esperar, volvieron. Los inviernos eran fríos y la casa vacía se había convertido en un lugar donde

resultaba muy fácil refugiarse.

Sin embargo, los ocupantes no tenían el mínimo interés en mejorar sus condiciones de vida. Rompieron el lavabo, volcaron la bañera, arrancaron el calentador de la pared y atascaron el retrete con papel y excrementos secos. Por consiguiente, el baño quedó totalmente inutilizado. Y lo que es peor, rompieron los cristales de la claraboya, de modo que cuando llovía entraba agua en el cuarto de baño. Un fantasmagórico rastro de moho negro empezó a extenderse por debajo del papel pintado del baño, que iba desprendiéndose poco a poco. También destrozaron la cocina. La lavadora de Inge ahora estaba tumbada, y le habían arrancado la puerta. Habían amontonado los cacharros sucios en un rincón, y en otro había un cesto de la compra de color naranja lleno de lámparas. La despensa, que tenía unos estantes forrados de plástico, ya amarillento, estampado con conchas de color azul y gris, estaba vacía salvo por un par de tapas de cacerolas y una tetera con dibujo de flores.



Los okupas habían adornado las paredes de la sala con pintadas de color rojo y azul: «Que te den por culo, tío», decía una; «Seku es un jabalí salvaje», afirmaba otra. [Alguien había pintado una hoz y un martillo y las letras YPA](#), acrónimo del Ejército Popular Yugoslavo, en un trozo de panel de yeso y lo había dejado tirado en el suelo, que estaba cubierto de basura. La habitación pequeña que había junto a la chimenea estaba repleta de botellas, latas y otros desperdicios.

En la estancia contigua, en la que había sido la habitación de invitados, rompieron la ventana; ahora el suelo estaba cubierto de cristales rotos, junto con distintos fragmentos de muebles rotos. En una parodia del ideal de «dos adultos y dos hijos», alguien había dibujado dos figuras de palo –encima de las cuales habían escrito «*Kinder T und K*» [Los niños T y K]– de pie junto a una casa, que tenía una chimenea por la que salían volutas de humo, un arbolito y un coche Trabbi.

Convirtieron el dormitorio principal en un antro de drogadictos. En el suelo había unas finas colchonetas sobre las que habían amontonado sacos de dormir con la cremallera abierta, almohadas, cojines de sofá y ropa, todo ello manchado de cerveza, vino barato, sangre, ceniza y orina. Debajo de la ventana había una pequeña mesa cubierta con una capa de cera derretida de color rojo, azul, amarillo y blanco, una jarra de barro cocido que contenía colillas y una cuchara de metal manchada con el residuo aceitoso de la heroína.

Al fondo de la alacena que había junto a la puerta de entrada, tres estrellas del rock, ya entradas en años, contemplaban la escena desde unos pósters ya medio enroscados, que alguien, probablemente Bernd, había encolado en los paneles de madera de la pared. Debajo de ellos había un mar de zapatos desaparejados, la mitad superior de un árbol de Navidad, más botellas de plástico y jirones de papel pintado.

En la primavera de 2004, a raíz de nuevas llamadas de los vecinos, el Ayuntamiento de Potsdam finalmente tomó medidas y clavó unos rectángulos de contrachapado cortados de cualquier manera por encima de las ventanas y

las puertas. También drenaron las cañerías y cortaron el suministro de agua, dejando la vivienda preparada para el invierno y evitando que las cañerías explotaran. Por último, levantaron una valla alrededor de la finca e instalaron una gran cancela metálica con un gran cartel que decía «Privado».

Ayuntamiento de Potsdam 2004

La palpitante música electrónica y las voces de los borrachos que cantaban las letras a grito pelado hacían que resultara imposible dormir. Daba la impresión de que el jaleo venía de la casa del lago.

Susanne Grunert, que vivía en una de los modernos inmuebles de ladrillo que se habían construido al lado de la casa del lago, dio un gemido y se levantó de la cama. Le dijo a su marido, Volker, que iba a averiguar qué ocurría, se puso unos zapatos y salió de la casa. Las fiestas de la playa casi habían cesado desde que se marchó Roland, el año anterior, y Susanne tenía la esperanza de que no se repitieran. No tenía nada en contra de que los jóvenes se divirtieran, pero ella debía asistir a una reunión a primera hora de la mañana siguiente y realmente necesitaba dormir un poco.

Abrió la cancela que separaba su jardín del de la casa del lago, bajó por la pendiente hacia el lugar de donde procedía el ruido, caminando a la luz de una hoguera que habían encendido a la orilla del lago. Al acercarse, oyó con más claridad la letra de las canciones y captó algunas de las palabras. Oyó «Alemania», «luchar» y «Hitler». De pie, alrededor de la hoguera, había seis hombres calvos, todos vestidos igual, con relucientes botas negras de cuero, pantalones militares de color verde y chaquetas de cuero.

Al ver que Susanne se acercaba, dejaron de gritar de inmediato. Ella les pidió que «por favor, bajad el volumen». Ellos asintieron con un gruñido y ella volvió a subir por la ladera y regresó a su casa. Al cabo de unos minutos se reanudó el alboroto, más estruendoso que antes. Era imposible dormir.

Ya fuera de sí, volvió a levantarse, decidida a ponerle fin. Esta vez se llevó a su pastor alemán, un perro de aspecto feroz. Cuando apareció por

entre los árboles, uno de los hombres gritó: «¡Uy, pero si es Blancanieves!». «Sí», contestó ella «¡y su lobo!» Al ver al perro con cara de pocos amigos, los skinheads recogieron sus pocas pertenencias y se marcharon a trompicones por la orilla del lago hacia el sur.

Al día siguiente, cuando Susanne sacó a su perro de paseo por la ribera, se encontró con unas esvásticas pintadas con aerosol blanco sobre el antiguo camino de la patrulla fronteriza.

Los Grunert habían ido por primera vez a visitar Groß Glienicke en abril de 1999. Por entonces vivían en Mannheim, en el extremo occidental del país, junto a la frontera con Francia. A Volker le habían ofrecido un buen empleo en un banco de Berlín –Susanne podía llevar su negocio de seguros desde cualquier parte– y buscaban un lugar donde vivir, idealmente en algún sitio con mucho espacio para su hijo, de un año, y su hija, de tres. Vieron un anuncio en el periódico, fueron en su coche hasta el pueblo y les enseñaron la parcela contigua a la casa del lago. «Me dio la sensación de que era un buen lugar donde vivir», recordaba Susanne más tarde. Contrataron a un arquitecto berlinés, construyeron rápidamente su casa y se mudaron a Groß Glienicke en el verano de 2000. Estaba cerca de Berlín y era un lugar excelente para hacer excursiones, montar en bicicleta y correr.

Las fiestas de Roland y Marcel les habían causado relativamente pocas molestias, y toleraban el ruido y el desorden del jardín. Pero ya no les gustaron tanto los okupas que se mudaron a la casa cuando Roland se marchó. En particular había un hombre que a Susanne le causó miedo. Era alto, demacrado y dolorosamente delgado, con una barba de color castaño oscuro, y con una mano aferraba una desgastada bolsa de plástico. Entró a hurtadillas a última hora de la tarde, justo antes de anochecer, y se marchó por la mañana, muy temprano.

Los Grunert habían realizado numerosas llamadas al Ayuntamiento, igual que Cordula Munk, que vivía al otro lado de la parcela abandonada. Cuando por fin echaron a los okupas, dieron gracias a Dios. Desde aquella época, Volker había estado observando el jardín vecino, cada vez más salvaje, al

otro lado de la valla, y a tan sólo diez metros de su puerta de atrás. No le vendría nada mal que alguien le prestara un poco de atención, pensó Volker para sus adentros, y, teniendo en cuenta que la parcela estaba abandonada, nadie iba a quejarse de que su familia la utilizara.

Poco después del encuentro de Susanne con los neonazis, Volker asumió la tarea de segar la hierba de la casa del lago. Muy pronto, la familia comía al aire libre en el jardín vecino, dejaba que su perro deambulara libremente por el huerto invadido de maleza, y bajaba hasta la orilla para darse un chapuzón en el lago.

Cuando cumplió cuatro años, a Chris, el hijo del matrimonio Grunert, le regalaron una minimoto, una Yamaha PV50. Ahora lo único que necesitaba era un circuito. Al poco tiempo, Volker se encargó de despejar la empinada ladera que había entre la casa del lago y la orilla. Después de limpiar el terreno de arbustos, de árboles y de otros obstáculos, Volker pudo observar cómo Chris daba vueltas y vueltas por el circuito, escarpado y cubierto de barro. [Una vez que el niño dominó el circuito](#), Chris y Volker le añadieron rampas, saltos y otros obstáculos. La ladera que había entre la casita de madera cerrada con postigos y el lago era perfecta para sus aventuras todoterreno. Con el tiempo, la alta cancela metálica que separaba las dos parcelas, hecha con material reciclado del Muro de Berlín, se dejó permanentemente abierta. A todos los efectos, el jardín de la casa de al lado había pasado a ser el parque de juegos de los Grunert.

En una ocasión, por lo menos, Cordula Munk echó un vistazo al otro lado de la valla y vio al hijo de los Grunert practicando. «Basta ya», le gritó. «Esta parcela no es tuya, es de los Alexander.» Cuando Chris fue corriendo a decirle a su madre que Cordula le había gritado, las dos vecinas tuvieron una reunión improvisada en la tierra de nadie de la parcela número 101/7 y 101/8. Susanne le dijo a Cordula que no le gritara a sus hijos. Cordula le dijo a Susanne que estaba siendo desconsiderada y que sus hijos no debían jugar en unos terrenos que no eran suyos.

A partir de aquel día, las dos se evitaron. Convencido de que a su familia le vendría bien aquel espacio adicional, y de que podía ser una acertada inversión a largo plazo, Volker se dirigió al Ayuntamiento de Potsdam para

preguntar si podía comprar el terreno. Le dijeron que era imposible, dado que se desconocía quién era el dueño del inmueble. A pesar de la negativa del Ayuntamiento, y de la discusión con su vecina, Volker siguió cortando el césped y poniendo su mobiliario de jardín en la parcela de al lado.

La casa en sí seguía incólume. Más o menos por aquella época se mudó a la finca una nueva inquilina: una zorra roja que había logrado entrar en el sótano de ladrillo a través de una grieta en los cimientos. Allí parió una camada de siete cachorros, y por las noches salía a buscar comida, ansiosa por alimentar a sus pequeños, y aparentemente feliz por haber encontrado un escondite alejado de los humanos y de las molestias que ocasionan.

Y entonces la naturaleza se adueñó de la casa abandonada.

La zorra y su familia siguieron viviendo en el sótano. Una pareja de mapaches se mudó al destartado garaje de Wolfgang. De vez en cuando una lechuza se posaba en una rama alta y sin hojas de un abedul plateado seco, que amenazaba con derrumbarse encima de la casa.

El terreno llano que había entre la casa y la Potsdamer Tor se convirtió en un prado, lleno de hierba y flores silvestres altas. Los arces negundos y los algarrobos negros se fueron propagando por la ladera de la parte inferior del jardín, adueñándose de la franja de treinta metros de ancho que la guardia fronteriza había despejado de árboles cuarenta años atrás. Ahora, sus largas ramas impedían ver el lago, y sus raíces cruzaban en todas direcciones lo que antiguamente eran unas cuidadas escaleras que conducían hasta la orilla. Las raíces de los árboles estaban combando el enladrillado de la parte de atrás de la casa. La hiedra iba trepando lentamente por las esquinas e invadiendo los canalones.

La casa del lago empezaba a desintegrarse. La pintura de color naranja vivo estaba descolorida y manchada, su superficie se había agrietado y se estaba descascarillando. El motivo de rombos estaba tan desvaído que tan sólo era visible desde un ángulo determinado. La pintura de la parte inferior del estrecho alero estaba llena de ampollas y se estaba desprendiendo, dejando al descubierto la blanda madera que había debajo. Las juntas de las

tres chimeneas que instaló Wolfgang en los años sesenta empezaban a deshacerse. El tejado, desatendido desde hacía más de diez años, estaba agrietado y era vulnerable a las tormentas del invierno. Cuando llovía, un torrente de agua se colaba hasta los cimientos desde los canalones oxidados y, durante los periodos más fríos, se formaba una montaña invertida de carámbanos puntiagudos.

Un año, preocupado por la posibilidad de que los zorros que seguían viviendo en el sótano fueran portadores de la rabia, Volker Grunert llamó a un cazador de la zona para que se ocupara del «problema». El cazador fracasó: los zorros salieron huyendo y el propio cazador fue detenido porque un vecino llamó a la policía denunciando que había oído cómo alguien disparaba un arma de fuego en el pueblo, lo que era ilegal.



Un árbol crece a través del suelo de ladrillo junto a la casa del lago

Aquella misma noche, los zorros regresaron a su madriguera del sótano. Por el momento iban a seguir siendo los guardeses de la casa del lago.

Mientras la casa iba cayendo en el abandono, a su alrededor el pueblo iba poniéndose cada día más bonito. Los gobiernos locales de Berlín y Potsdam, inspirados por el ascenso del movimiento de Los Verdes, acordaron limpiar

el lago con apoyo del Gobierno central. A partir de 1994, un grupo de voluntarios locales y de trabajadores a sueldo del Estado empezó a limpiar el lago de residuos –bidones de aceite, planchas de amianto, tuberías de plomo, alambre de espino– que las autoridades de la RDA habían arrojado en sus aguas. El Ejército de la República Federal desplegó una unidad de hombres rana que desactivaron y eliminaron las minas que seguían esparcidas por el fondo del lago, de escasa profundidad. Después, el distrito berlinés de Spandau –cuyos límites se extendían hasta la orilla oriental del lago– destinó millones de marcos para eliminar miles de toneladas de algas de la superficie del lago, y después bombeó oxígeno en el agua a través de unos largos tubos de plástico. Poco después se reintrodujeron las especies autóctonas de peces, entre ellos la carpa y el lucio, y al cabo de un par de años se consolidó una población sana. Los resultados fueron milagrosos y, más tarde, el lago de Groß Glienicke fue declarado uno de los lagos más limpios de Europa.

Aquel empuje medioambiental tuvo su reflejo en otros proyectos de la zona. Los gigantescos campos de instrucción militar del brezal de Döberitz, aproximadamente 3.400 hectáreas de pantanos, sotobosque y bosque, que había albergado la Villa Olímpica en la década de los treinta, y posteriormente al Ejército soviético, fueron adquiridos por un director de documentales medioambientales. Se retiraron los explosivos sin detonar y el lugar se convirtió en un parque. En 2008 se pusieron en libertad varios ejemplares de bisonte europeo, los primeros que vagaban por los bosques de los alrededores de Groß Glienicke desde hacía más de cien años, y también una manada de caballos de la raza Przewalski, que había sido declarada extinta en estado salvaje en 1969.

A mucha gente le parecía que la zona estaba recuperando su antiguo equilibrio.

En 2012, la población de Groß Glienicke ya había aumentado hasta superar las 4.000 personas, de las que la inmensa mayoría procedían de la antigua Alemania Occidental.

A principio del siglo XX, los habitantes del pueblo podían subdividirse a

grandes rasgos en dos grupos diferenciados: los agricultores independientes y los que vivían y trabajaban en la finca grande. Después, durante la década de 1920, se les añadió un tercer grupo: los berlineses acomodados que iban a pasar allí los fines de semana. En los años sesenta, los lugareños podían subdividirse de acuerdo con su filiación política. Medio siglo después, resultaba más difícil discernir entre los grupos. Los antiguos alemanes orientales se mezclaban con los berlineses occidentales, de modo que surgió una nueva generación ajena a la compleja historia de su país.

Al igual que sus vecinos, el parque de viviendas del pueblo también se había diversificado. Gran parte de las modestas viviendas de madera y de los edificios de piedra de la década de 1930 seguían en pie, a menudo al lado de las antiestéticas torres de apartamentos hechas de hormigón que se construyeron durante el periodo de la RDA. Y ahora, junto a ellas, a lo largo de la orilla del lago se levantaban gigantescas maravillas arquitectónicas hechas de acero y de cristal.

Groß Glienicke volvía a ser un destino atractivo. Miles de excursionistas acudían a pasar el día desde Berlín, ansiosos de huir de la ciudad y de tener acceso al lago recién saneado. El sendero de la ribera del lago que se creó a partir del camino de la patrulla fronteriza se llenaba de gente, y durante los meses de verano a menudo acababa atestado de paseantes con sus perros, ciclistas, corredores y familias con sus cochecitos de bebé.

Más o menos por aquella época, unos cuantos propietarios originarios de las viviendas de la ribera empezaron a manifestar su descontento. Señalaban que cuando sus familias habían adquirido las parcelas, en los años veinte y treinta, sus terrenos llegaban hasta la orilla del lago. Algunos vieron cómo los nazis les expropiaban sus hogares. Otros perdieron parte de la finca cuando el Gobierno de la RDA construyó el Muro a través de sus jardines. Para muchos, ver cómo la gente paseaba por unos terrenos que consideraban suyos equivalía a otra expropiación.

Algunos propietarios colocaron carteles de «Privado» y «Prohibida la entrada» en el punto en que el sendero atravesaba sus jardines. En general, los paseantes y ciclistas no hacían caso de aquellos carteles, se instalaban a un lado del camino para sentarse a comer al aire libre, e incluso algunos

llegaban a tomar prestadas las barcas de los propietarios de viviendas para dar un paseo por el lago. En respuesta, algunos residentes contrariados decidieron levantar un cercado alrededor de sus fincas, lo que a todos los efectos partía en dos sus terrenos: la parte de la parcela que estaba por encima del antiguo camino de la patrulla fronteriza, y la que quedaba por debajo del sendero, a la orilla del lago. **Unos pocos tomaron medidas más drásticas**, excavaron el camino y levantaron barreras hechas de bloques de asfalto, tierra y tramos de valla del antiguo Muro. Una de aquellas barreras se construyó junto a la casa del lago. De modo que, cuando los ciclistas y los paseantes llegaban a ese tramo del sendero, se veían obligados a bajar hasta la orilla arenosa del lago, para después reincorporarse al camino al otro lado.

En 2012, tras años de papeleo y de soñar con construir una vivienda grande en el emplazamiento de la que había sido la *Wochenende-Haus* de su infancia, los Meisel finalmente conocieron el veredicto de su reclamación: no iban a recuperar la propiedad y tampoco iban a recibir ni un solo euro como indemnización. El Estado no compensaba a nadie que hubiera adquirido tierras entre 1945 y 1949, durante el periodo de reforma agraria de los soviéticos, ni indemnizaba a aquellos que hubieran adquirido inmuebles «arianizados» durante el nazismo.

Unos meses después, el departamento de urbanismo del Ayuntamiento de Potsdam se reunió para examinar las propuestas de urbanización para el pueblo de Groß Glienicke. Entre las muchas ideas que se barajaron, tan sólo una tuvo aceptación: el *Bebauungsplan* (plan de urbanismo) número 22. La propuesta era muy sencilla: echar abajo la casa del lago y urbanizar la parcela de 200 × 30 metros en la que se encontraba, a fin de construir viviendas asequibles para los vecinos de bajos ingresos. El plan de urbanismo se aprobó sin demasiados debates. La demolición de la casa ya era sólo cuestión de tiempo.

Durante el verano de 2012, un grupo de empleados de una promotora inmobiliaria entraron en la finca. Marcaron con pintura los árboles que había que talar. Midieron las dimensiones de la parcela y las anotaron en sus

portapapeles. Calcularon el número de viviendas que podían caber en aquellos terrenos. Y después se marcharon, cerrando de nuevo la cancela de metal.

Los zorros iban a tener que buscarse un nuevo hogar.

Ayuntamiento de Potsdam 2014

El 5 de abril de 2014, catorce miembros de mi familia viajaron a Groß Glienicke desde Londres.

A las diez de la mañana nos pusimos manos a la obra. Retiramos los tableros de contrachapado que cubrían las ventanas, llevamos corriente eléctrica desde la casa de los Munk para iluminar el interior, y cubrimos unas mesas construidas a toda prisa con refrigerios ligeros. Poco después llegaron los vecinos del pueblo. Traían horcas y rastrillos, palas y guantes, cizallas y tijeras de podar, venían empujando sus carretillas y sus bicicletas y se sumaron a la tarea. Al cabo de un rato éramos más de sesenta personas limpiando la casa y su jardín. Vecinos del pueblo, historiadores, políticos y abogados, contables y periodistas, todos con el mismo empeño de conservar la valiosa historia de la finca.

Así pues, ésa era la idea: demostrar el valor de la finca a través de los actos, más que de las palabras. Si para todos nosotros era importante aparecer por allí, desde ambas orillas del mar del Norte y con multitud de orígenes e intereses, superando recuerdos dolorosos y amargas penas, estaba claro que la casa tenía un gran valor.

Habían depositado en el jardín un gigantesco contenedor de veinte metros de largo, que muy pronto empezó a llenarse de residuos. Sin nadie a cargo de la organización, la gente colaboraba espontáneamente. Un tío y un primo míos sacaron con gran esfuerzo una vieja lavadora de la cocina. Un vecino sacó a rastras las viejas alfombras, con la hábil ayuda de la hija de ocho años de un primo mío. Mi padre y el alcalde del pueblo levantaron a pulso una carretilla llena de botellas y de ropa vieja para volcarlo todo en el contenedor.

Una tía mía, arrodillada en el suelo, con un delantal atado a la cintura, limpiaba un montón de loza con motivo de flores con la ayuda de una vecina del pueblo. Los que pasaban a su lado se paraban a admirar los artículos de cocina. Decían que los diseños eran clásicos de la RDA, y que no había que tirarlos a la basura.

Mientras tanto, otro equipo iba serrando, talando y podando discretamente la maleza del jardín, cuyas ramas y hojas habían crecido tanto que casi llegaban hasta los muros de la casa del lago. A medida que avanzaban aquellos arqueólogos aficionados, iban desenterrando tesoros: la cancela metálica junto a la que Wolfgang recibió a Elsie en 1993; el enlosado de la parte delantera de la casa, contra el que Lothar y Sieglinde habían estrellado sus platos de boda en 1963; el patio de piedra blanca de la parte trasera, donde Lucien Picard, el abuelo de Elsie, se echaba su siesta después de comer en los años treinta. También hubo hallazgos en el interior: en un agujero del suelo de la sala encontré una fotografía de Roland, Marcel y su amigo Matthias, los tres tocados con lo que parecían unas coronas de cartón del Burger King. Otros descubrieron un periódico de 1927 metido detrás de una pared en el dormitorio pequeño, y después una puerta de la sala, que Wolfgang Kühne había tapado con tableros, y por la que antaño pasaba Will Meisel para tocar el piano en el Cuarto Azul.

A la hora del almuerzo ya habíamos sacado toda la basura de la casa, habíamos barrido el suelo y habíamos abierto las ventanas utilizando una palanqueta. Por primera vez desde 2000 se podía estar en la sala sin tener que soportar el hedor de la ropa vieja ni el polvo de los muebles putrefactos.

Ahora, una vez vacía, de repente la casa se llenaba de potencial. Aquí se podía poner una cama, allá una cómoda. En un rincón de la sala, tal vez un sofá y unas estanterías, delante de las que podría colocarse una mesita y un televisor. Tal vez una pequeña nevera en la cocina, junto con una cocina eléctrica y una lavadora. Se podían pintar las paredes de ese mismo color o bien decaparlas y barnizarlas, para dejarlas igual que estaban en los años veinte.

Tan sólo ahora era posible hacerse una idea de aquella casa, de sus dimensiones, de su distribución; de la forma en que las distintas habitaciones

formaban un todo. La vivienda era mucho más grande por dentro de lo que parecía desde fuera. Es más, gracias a la sacudida que supuso el esfuerzo colectivo, y la convicción de más de sesenta personas, daba la impresión de que repentinamente la casa volvía a estar viva.



Jornada de Limpieza, abril de 2014

Cuando se marcharon los vecinos del pueblo, mi padre y yo dimos un paseo por la orilla del lago. El camino de la patrulla fronteriza estaba lleno de ciclistas, de corredores y de personas paseando a sus perros. Le pregunté a mi padre qué le habían parecido las actividades de aquella mañana. «Como sabes, yo tenía mis dudas», dijo. «Vine para apoyarte. Pero tengo que decirte que me parece extraordinario. Las personas que he conocido. Lo entusiasmadas que estaban por salvar la casa.» Se detuvo, me volví para mirarle, y entonces añadió: «Cuenta conmigo».

Aquella noche más de cien personas se congregaron en la gran sala que servía de centro comunitario de Groß Glienicke. Aquel edificio había sido antiguamente el colegio de primaria, donde Bernd y sus amigos tiraban palos

por encima del Muro con la esperanza de acertar en los cables de alarma. Había numerosos vecinos del pueblo, junto con los miembros de mi familia y un puñado de políticos locales. Me habían pedido que hablara sobre la casa y sobre lo que estábamos intentando. Yo estaba nervioso, con dudas sobre cómo iba a reaccionar la gente, buscando el tono adecuado.

Junto a mí estaba Winfried Sträter, el vicealcalde del pueblo, que ofrecía una presentación de la suerte que corrieron los judíos del pueblo. A través de los altavoces oímos la voz de Adolf Hitler y después la de Heinrich Himmler, ambos declarando que había que exterminar a los judíos por el bien de Alemania.

Después de que oyéramos las grabaciones, el vicealcalde explicó que durante los años de la RDA esos hechos fueron censurados en Groß Glienicke. Las autoridades sostenían que la única responsable de los horrores del Tercer Reich era la República Federal. Al fin y al cabo, ¿cómo podía ser cuna de los nazis la RDA, construida sobre unos cimientos inequívocamente antifascistas? Me impresionó que Sträter reprodujera aquellas grabaciones de audio ante aquella gente, ya que estaba formada por antiguos ciudadanos de la RDA y por refugiados judíos. También me resultó llamativo que, setenta años después del final de la guerra, aquella decisión me pareciera atrevida.

Después me tocó hablar a mí. A medida que uno de mis amigos del pueblo iba traduciendo mis palabras, yo iba proyectando diapositivas: de mi familia en los años treinta, bocetos y planos de la planta de la casa. En un momento dado, cuando apareció una fotografía de una mujer joven, vestida de blanco –pantalones blancos, blusa blanca y zapatos blancos– alguien del público exclamó: «¿Quién es?». Antes de que yo pudiera responder, mi padre se puso en pie.

«Es mi madre, Elsie», dijo en alemán.

Nadie dijo nada durante un instante, y después alguien preguntó: «¿Usted habla alemán?».

«Por supuesto», dijo mi padre, y después añadió recatadamente: «aunque no muy bien.» Algunos dijeron en voz alta que hablaba muy bien. Le animaron a seguir.

Y entonces me di cuenta de que algo había cambiado, algo real. Entre

aquella multitud había cundido cierto afecto, una sensación de unión. Ya no había una sensación de nosotros y ellos: de los vecinos del pueblo y la gente de la ciudad, de alemanes e ingleses, de perseguidores y víctimas. Por primera vez, los presentes en la sala parecían reconocer que todos éramos familias de Alemania.

Durante los días siguientes a la Jornada de Limpieza, aparecieron numerosos artículos no sólo en los diarios de Potsdam y Berlín, sino también en los periódicos de difusión nacional, como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. A través de sus correos electrónicos y sus llamadas telefónicas, los vecinos del pueblo me contaban que los políticos se habían visto abrumados por la Jornada de Limpieza, por el hecho de que tantos miembros de mi familia hubieran acudido desde Inglaterra, y de que hubiera participado un número tan elevado de residentes. Y lo que más les impresionó fue la historia de la casa en sí, y les pareció una de esas escasas oportunidades para la conmemoración y también para la reconciliación.

El 7 de mayo de 2014, el pleno del Ayuntamiento de Potsdam se reunió para hablar de lo que ahora denominaban la «Alexander Haus». Tras un fructífero debate, votaron por unanimidad apoyar la resolución siguiente:

7.23 Alexander Haus

El pleno del Ayuntamiento de Potsdam, capital del *Land* de Brandeburgo, reconoce los esfuerzos para conservar la Alexander Haus, a orillas del lago de Groß Glienicke, y para revitalizarla como lugar de conmemoración de la historia de los judíos alemanes, de reconciliación y de encuentro. El Ayuntamiento de Potsdam apoyará la iniciativa de abrir al público la Alexander Haus como lugar de conmemoración a orillas del lago de Groß Glienicke.

Conscientes de que alguien iba a tener que asumir la responsabilidad de la finca, en caso de que se salvara, un grupo formado por miembros de mi familia y representantes del pueblo fundaron una organización sin ánimo de lucro, registrada en Alemania con ese único cometido, llamada «Alexander

Haus». Poco después recibimos una cariñosa carta del alcalde de Potsdam, en la que nos daba su apoyo al proyecto.

Sin embargo, todavía nos faltaba el estatus de *Denkmal*, de monumento, para la casa. Sin ese requisito, iba a ser imposible garantizar la protección de la casa a largo plazo y casi una quimera recaudar los fondos necesarios para restaurarla.

A pesar de todo, contratamos a un arquitecto que redactó un minucioso informe de la historia arquitectónica y del contexto de la casa, enumerando sus rasgos originales, así como los elementos que se habían modificado o que era preciso restablecer. Decía que, para su sorpresa, la casa estaba en unas condiciones estructurales mejores de lo que él preveía. Junto con ese informe, incluimos los artículos de prensa que describían el apoyo desbordante de la comunidad y de la familia, y la Jornada de Limpieza daba buena prueba de ellos, junto con las cartas de apoyo del Ayuntamiento de Potsdam, y entregamos el expediente a las autoridades del *Land* de Brandeburgo.

Y después esperamos.

Epílogo

Unos meses más tarde, el 27 de agosto de 2014, viajé una vez más a Berlín y regresé a la casa. Vestido con un traje azul marino y camisa blanca, me encontraba de pie en la terraza delantera recién rehabilitada, esperando ansiosamente que comenzara el acto.

A mi alrededor se habían congregado vecinos del pueblo, políticos y representantes del Groß Glienicke Kreis. Nos acompañaban algunos miembros de los medios de comunicación de Potsdam y de Berlín. Oficialmente, se trataba de una rueda de prensa, pero para mí significaba mucho más. Tras las presentaciones, me dirigí a la puerta de entrada con un martillo y dos clavos en la mano. A mi lado estaba el representante del departamento de conservación histórica de Potsdam. Los dos lucíamos sendas calvas, llevábamos la barba rala, traje oscuro y nuestro cuerpo era bajo y fornido. De modo que, absurdamente, nos asemejábamos mucho, incluso parecíamos hermanos.

Mientras el conservador sujetaba una delgada placa blanca de metal sobre el muro exterior de madera, yo martilleé los clavos. En la placa se veía un escudo azul y la palabra «*Denkmal*», el rótulo oficial que afirmaba que el *Land* de Brandeburgo había incluido la casa en su lista de edificios protegidos. La casa se había salvado.



Ceremonia de *Denkmal*, agosto de 2014

Para entonces, yo ya me había pasado varios meses en el pueblo, entrevistando a docenas de personas y leyendo los testimonios de muchas otras. Había estudiado viejos dibujos arquitectónicos y archivos de urbanismo. Había allanado la casa e investigado sus rincones más sombríos, buscando pistas sobre su pasado. Y, junto con algunos vecinos del pueblo y miembros de mi familia, había ayudado a limpiar la casa tras años de abandono y de deterioro. Para entonces conocía muy bien aquellas paredes – pero tal vez no lo suficiente.

Al poco tiempo de que la casa recibiera el estatus de monumento, estaba hablando con un vecino y le confesé que todavía no me había internado en el lago. Se quedó asombrado, sorprendido. Entre risas me ofreció su barca. «Tendrá usted que remar», me dijo, «pero el esfuerzo vale la pena.»

A la mañana siguiente mi esposa y yo bajamos a la orilla. Era un día soleado, tranquilo y precioso. Grandes nubes blancas y algodonosas flotaban por un cielo despejado, creando unos reflejos perfectos sobre la superficie del lago. Desaté la amarra de un árbol y zarpamos. Mientras nos alejábamos de la

orilla pude ver la casa del lago –oscura, decrepita, envuelta en la sombra de los árboles. Más arreglada, quizá, pero todavía en estado ruinoso.

No obstante, cada vez era más fácil imaginar cómo era antiguamente. El embarcadero blanco de madera que se adentraba en el lago. La playa arenosa. Los niños jugando en el agua. En los bajíos crecía un pequeño cañaveral, como los que debía de haber en tiempos de mi abuela. Una mamá pata de pico blanco guiaba a sus tres patitos y los alejaba de nosotros cuando nos adentrábamos en aguas más profundas. En el lago no había ni lanchas a motor, ni veleros, ni motos acuáticas. El agua estaba cristalina. Dos chicos se dirigían remando en una lancha neumática hacia uno de los islotes del centro del lago. Se veía a una familia de pie en la playa pública preparándose para darse un baño. Dos submarinistas pasaron por debajo de nuestro bote, soltando enormes burbujas de aire hacia la superficie del lago.



El lago de Groß Glienicke

Después de remar durante veinte minutos, mi esposa y yo hicimos una parada en un restaurante de la ribera, justamente el lugar al que Bernd había «huido» hacía más de veinticinco años. Allí yo me tomé una cerveza, mi esposa un café, y compartimos un plato de fiambres y encurtidos.

Volví a acordarme del primer viaje que hice a la casa, en 1993. A bordo del avión, mi abuela me había dado la J negra cosida sobre un trozo de seda amarilla. En aquel momento, yo creía que me estaba transmitiendo un mensaje importante: *Ésta es mi historia, y también es tu historia. No lo olvides.* Pero al reunir las piezas de la historia de la casa, yo había descubierto que Elsie se había marchado de Alemania antes de que los judíos fueran obligados a llevar aquellas insignias amarillas, que Elsie nunca se había puesto aquel trozo de tela. Mi primera reacción fue de incredulidad por el hecho de que me hubiera mentado. Después me reí de su descarado intento de manipularme. Y por último, ahora comprendía que había una diferencia entre la verdad y lo que es verdad. Puede que mi abuela no se pusiera aquel trozo de tela, pero había sido perseguida. Desarraigaron a su familia y estuvieron a punto de destruirla. La familia de su marido perdió a muchísimos miembros. Mis abuelos se vieron obligados a empezar desde cero, a rehacer su vida ellos solos... en Inglaterra. Y a pesar de todo, Elsie seguía sintiendo un vínculo con Alemania. Me estaba diciendo que la casa era importante para ella y que era importante para nosotros; que era una parte de nuestra historia en la misma medida que lo era de la suya.

Aquel día, mientras contemplaba el lago y sus alrededores, por fin comprendí por qué todos los habitantes de la casa la quisieron tanto. A pesar de las dificultades de la vida, a pesar de todos los traumas, era, sin duda alguna, un lugar del alma.

Posdata

En abril de 2015, llegamos a un acuerdo con las autoridades locales: a cambio de que el Ayuntamiento de Potsdam delegara la gestión de la finca en Alexander Haus, nuestra organización sin ánimo de lucro, nosotros asumíamos la responsabilidad de rehabilitar la casa y hacerla accesible al público.

Ya podemos empezar con la rehabilitación –arreglar el tejado y los canalones, restaurar los suelos y las paredes, volver a pintar los rombos en los postigos– y devolverle a la vivienda su gloria de antaño.

Cien años después de que la finca de Otto von Wollank empezara a tener serias dificultades económicas tras la Primera Guerra Mundial; tras el hundimiento de la Alemania imperial, la República de Weimar, el Tercer Reich, el comunismo y la reunificación del país; después de que cinco familias se enamoraran de aquel terreno para que posteriormente se lo arrebataran; tras doce años de abandono, por fin la casa tenía un futuro más prometedor.

Sea cual sea el desenlace, *La casa del lago* es una historia de esperanza. Demuestra que aunque las personas puedan padecer terribles sufrimientos, lo cierto es que con el tiempo tenemos la capacidad de curarnos. Y si lo logramos, un siglo de dolor, de alegría y de cambios dramáticos habrá tenido un desenlace positivo. Una cosa está clara. Acaba de comenzar un nuevo capítulo en la historia de la casa. Será fascinante ver lo que le depararán los próximos cien años.

Aunque es cierto que la casa ya está oficialmente protegida, y que no puede ser demolida ni reurbanizada, queda mucho por hacer. Es preciso recaudar fondos para restaurar y mantener la casa, para transformarla en un centro didáctico y en un espacio de exposición para recordar y homenajear a las familias que vivieron allí: un lugar para el recuerdo, la reconciliación, la relajación y la alegría. Para ello necesitaremos ayuda.

Para más información sobre la casa del lago, por favor consulten

<www.AlexanderHaus.org>

Notas

PRÓLOGO

«al pueblo de Groß Glienicke...» A lo largo de los siglos, el nombre se ha escrito de distintas formas. Figura como Groß o Gross, Glienicke, así como Glienicker. Según una nota publicada en 1961 en el *Ortschronik Groß Glienicke*, el periódico del pueblo, en realidad se adoptó «Groß Glienicke» «porque sonaba más oficial».

CAPÍTULO 1

«Algunos la conocían como la “finca de los Ribbeck”...» De hecho, tan sólo un año antes de que Otto recorriera la finca a caballo, uno de los más renombrados escritores de Alemania, Theodor Fontane, había escrito un poema sobre Ribbeck, que vivía en una finca cercana, y sobre el peral que había en su jardín. Ese poema, que es un homenaje al encanto y la generosidad de la pequeña aristocracia terrateniente, se popularizó rápidamente en Alemania, y más tarde todos los escolares del país tuvieron que aprendérselo de memoria. En el poema, el terrateniente pide que, cuando muera, planten en su tumba una semilla de peral: «Y al tercer año, de la silenciosa morada / Brotó un retoño de peral / Y los años van pasando uno tras otro / Desde hace tiempo un peral se arquea sobre la tumba».

«aproximadamente trescientos vecinos...» A raíz de sus viajes por la marca (región) de Brandeburgo, Fontane cuenta que estuvo en Groß Glienicke. Menciona el número de habitantes del pueblo así como su visita a la iglesia del pueblo.

«Diecinueve años atrás...» Las tropas prusianas contaban con el apoyo de otros estados del norte de Alemania. El asedio de los alemanes a París terminó el 28 de enero de 1871 y la guerra franco-prusiana concluyó en mayo de aquel mismo año.

«Su Universidad Federico Guillermo podía presumir de un impresionante elenco...»

Posteriormente la universidad pasó a llamarse Universidad Humboldt. Desde 1901, veintinueve catedráticos vinculados a esa universidad han sido galardonados con el premio Nobel, entre ellos Max Born, Hermann Emil Fischer, James Franck, Robert Koch, Max Planck, Erwin Schrödinger y Albert Einstein.

«El 18 de febrero de 1890...» Los pormenores de la compraventa constan en los expedientes del registro de la propiedad de Brandeburgo, en Potsdam. Según el contrato de compraventa, en aquella época Otto Wollank vivía en el 5 de la Yorkstraße de Berlín, y el tribunal recibió el dinero el 19 de febrero.

«gütig und mitfühlend...» Esa descripción procede de un manuscrito inédito, *Chronik der Berliner Wollanks*, escrito en 1978 por Waldemar Wollank.

CAPÍTULO 2

«Cuatro meses después, el 19 de agosto...» El káiser Guillermo II se había tomado un interés especial en la modernización de la agricultura. Tan sólo un año antes del ennoblecimiento de Otto, el káiser había ordenado que todas las granjas pasteurizaran la leche, en un intento de poner coto a un brote de fiebre aftosa. La información del ennoblecimiento de Otto von Wollank puede hallarse en el Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz [I. HA, Rep 176 Heroldsamt, Nr. 10775]. Según Harald von Kalm, en su libro *Das preußische Heroldsamt*, la mayoría de las personas que se ennoblecían en Prusia eran oficiales del Ejército, seguidos de los terratenientes y los funcionarios y jueces.

«El *Kaiserreich* (imperio), que había comenzado...» El nombre oficial del imperio, tanto en la Constitución de 1871 como en la de 1919 era simplemente *Deutsches Reich*. Habitualmente los periodos se denominan «Segundo Reich» (1871-1918) «República de Weimar» (1918-1933) y «Tercer Reich» (1933-1945).

«Más de veinte hombres habían muerto durante el conflicto...» En el Monumento a los Caídos de Groß Glienicke, situado en la Dorfstraße, figuran los nombres de veinte soldados naturales del pueblo que murieron en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, esa lista no está completa, ni incluye a los heridos. La población del pueblo antes de la guerra era ligeramente inferior a cuatrocientos adultos, aproximadamente 120 hombres y 280 mujeres.

«nacido en 1897...» Según su certificado de matrimonio del Archivo Municipal de

Potsdam, el nombre completo de Robert von Schultz era Carl Robert Christoph von Schultz von Vaschvitz, y sus padres eran Christoph Theodor Albert von Schultz (natural de Rügen) y Anna-Sofie von Schultz von Essen (natural de Berlín). Además, el certificado de matrimonio decía que Schultz nació en el 1 de la calle Sponholzstraße, en el barrio berlinés de Schöneberg.

CAPÍTULO 3

«Tras la muerte de su madre...» En aquella época, habría sido sumamente insólito que un médico alemán o de cualquier otra nacionalidad acelerara la muerte de una enferma terminal. Dos meses antes, se había presentado ante el Parlamento del estado de Oregón (Estados Unidos) el primer proyecto de ley que intentaba legalizar la eutanasia, lo que provocó una oleada de protestas en todo el mundo. El *New York Times* publicaba editoriales que condenaban la ley y el *British American Journal* afirmaba que «Estados Unidos es el país de la legislación histórica». El debate sobre la eutanasia médica, por no hablar de su *práctica*, no se extendió por toda Alemania hasta la publicación en 1920 del libro *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens* [Legalización de la aniquilación de la vida no digna de ser vivida], de Karl Binding y Alfred Hoche. Por consiguiente, la decisión que tomó el doctor Alexander en 1906 de poner fin a la vida de su madre no sólo iba en contra de las normas imperantes, sino que pudo acarrearle un duro castigo, tanto por parte de su Colegio de Médicos como del sistema judicial del país.

«Como reconocimiento a sus esfuerzos durante...» Más de 100.000 judíos alemanes, de un total de 550.000, prestaron servicio en las Fuerzas Armadas durante la Primera Guerra Mundial. En 1916, a raíz de las acusaciones antisemitas que afirmaban que los soldados judíos se escaqueaban de entrar en combate, el Ejército alemán llevó a cabo un *Judenzählung*, un censo de los judíos, donde se descubrió que casi el 78 % de los soldados judíos habían prestado servicio en el frente. En total, en la guerra murieron 12.000 soldados judíos, y más de 30.000 fueron condecorados por servicios prestados.

«el día a día de la construcción era responsabilidad del maestro carpintero...» Como parte de su formación los carpinteros estaban obligados a realizar un *Walz*, una gira por el país en el que el aprendiz va aprendiendo el oficio. Aquellos oficiales conservaron sus prácticas desde la época medieval hasta la década de 1930, cuando fueron interrumpidas debido al ascenso de los nazis, que consideraban que los gremios

profesionales suponían una amenaza.

«Siguiendo el diseño de Otto Lenz...» Según Jörg Limberg, especialista en casas de madera del Departamento de Conservación de Monumentos del Ayuntamiento de Potsdam, en la exposición *Wochenende* no había diseños de Paul Baumgarten, pero sugiere que tal vez Alexander y Munk «se sintieron inspirados por las casas de la exposición y sus detalles especiales y le encargaron a Baumgarten que diseñara aquellas casas». Vale la pena señalar que, según Bettina Munk, la casa de su familia (y por consiguiente también la de los Alexander) fue diseñada por Baumgarten. También cabe destacar que en una entrevista, Bella, hija de Alfred Alexander, recuerda que el arquitecto que diseñó la clínica de su padre, en el 15 de la Achenbachstraße fue el encargado de diseñar la casa de campo de Groß Glienicke.

CAPÍTULO 4

«Algunos, como Einstein...» En 1929, Albert Einstein, paciente de Alfred, se construyó un chalet de madera en Caputh, un pueblo situado a cuatro kilómetros al sur de Potsdam. Aunque probablemente no lo habrían reconocido, aquellos profesionales formaban parte de los *Wandervogel*, el denominado movimiento de las «aves de paso»: románticos habitantes de las ciudades que añoraban la época preindustrial, cuando la vida era más pausada y menos estresante.

«Una de las visitantes era la fotógrafa Lotte Jacobi...» Lotte Jacobi, nacida en Prusia Occidental, vivió muchos años en Berlín, pero en 1933 huyó a Nueva York, y acabó instalándose en el estado de New Hampshire. Fue posiblemente una de las fotógrafas más famosas del siglo xx. De las muchas fotografías que hizo de la casa y de la familia sólo se conservan ocho. Todas ellas están firmadas con la palabra «Jacobi». Alfred hizo tarjetas postales con dos de las imágenes y las repartió entre sus amigos. Al dorso de la postal estaba impreso: «*Haus Dr Alexander*».

CAPÍTULO 5

«De alguna manera ambos conductores...» Casualmente, la esposa del chófer de Otto von Wollank era la cocinera de la familia Munk en Groß Glienicke.

«El *Vossische Zeitung*...» El *Berliner Lokalanzeiger* también publicó la noticia del

accidente, aunque daba unos detalles ligeramente distintos.

«El 1 de octubre...» La fuente de la reunión en el despacho de Koch es el Landesarchiv de Berlín (expediente A Rep 349/1214/a).

«los tres hijos parecían satisfechos...» No puede decirse lo mismo de los herederos de Horst von Wollank. Tras su muerte, en 1932, su esposa, y posteriormente sus hijos, intentaron invalidar el testamento hasta llegar a la máxima instancia judicial de Alemania, para acabar perdiendo la demanda en la década de 1950. El historiador familiar de los Wollank hace constar una gripe como causa de la muerte de Horst. Su hijo, Helmut von Wollank, cuenta una historia bastante distinta. Según Helmut, Horst falleció porque se negó a ir al hospital cuando padecía una inflamación en el diafragma. Además, Helmut confirmó que su padre nunca prestó servicio en el Ejército durante la Primera Guerra Mundial, a pesar de tener la edad requerida. Aunque no hay ningún expediente que lo confirme, y teniendo en cuenta su prematura muerte, es lógico deducir que quedó exento de ir a filas por su mala salud.

«un artículo publicado en el boletín *Der Stahlhelm*...» Poco después ese mismo boletín publicaba una viñeta sobre Ullstein, la empresa editora de los principales periódicos de Berlín, y que era propiedad de una familia judía, burlándose de ella por su cobardía durante la Primera Guerra Mundial.

«nosotros proclamamos nuestras aspiraciones con una sinceridad honesta...» Cita de *Anti-Semitism in the German Military Community and the Jewish Response, 1914-1938*, de Brian E. Crim, tomada del número de *Der Stahlhelm* del 23 de mayo de 1926. Posteriormente, los Cascos de Acero fueron criticados por el Partido Nazi por no ser lo bastante antisemitas, y por permitir que algunos judíos llegaran a ser miembros de aquella organización de veteranos, a pesar de que sus estatutos prohibían explícitamente el ingreso de judíos.

«Los jornaleros que vivían cerca de la finca...» Esa descripción procede de unas declaraciones que hizo Erich Kurz el 1 de julio de 1967 al *Ortschronik*, el periódico del pueblo. Posteriormente fue desmentida por Katharina von Kitzing, hija de Robert von Schultz, en unas declaraciones realizadas el 25 de septiembre de 1990 (también al *Ortschronik*), en las que afirmaba: «Según la declaración anterior, en el palacio tenían lugar “Prunkgelage” pero, como hija de los dueños de la casa, yo me habría enterado. Por supuesto que había banquetes, pero en su mayoría eran celebraciones familiares. [...] En resumidas cuentas, lo que provocó la mala gestión de la finca no fueron las fiestas sino los escasos beneficios que se obtenían de la agricultura a partir de 1934. Además, la Wehrmacht alemana expropió una parte de los terrenos para la compañía de

instrucción militar en Dallgow-Döberitz. Al final no tuvieron más remedio que vendérsela a la Agencia Tributaria, sin incluir el pequeño lago y el parque donde están enterrados mi abuelo y mi abuela».

CAPÍTULO 6

«**Muchos de los dueños de los principales periódicos del país...**» En la ciudad natal de Elsie, la empresa editora del *B.Z. am Mittag* y del *Vossische Zeitung* era el grupo Ullstein, cuyos dueños eran judíos, y el director del segundo era Hans Zehrer, que estaba casado con una judía. Además, el director del *Berliner Abendpost* era Manfred George y el director del *Berliner Tageblatt* era Theodor Wolff, ambos judíos. Muchos de los que escribían para las revistas y las publicaciones antinazis, como por ejemplo *Die Weltbühne*, también eran judíos.

«**Por último, en un momento cuidadosamente orquestado...**» En una entrevista con Hildegard Munk, grabada por su hijo, Klaus, y por su nieto, Matthias, el 3 de agosto de 1983, ella recordaba que unos días después de la promulgación de la Ley Habilitante, hubo una fiesta en el Palacio de Leopoldo para celebrar el nombramiento de Franz von Papen como vicecanciller. El profesor Munk y su esposa Hildegard, vecinos de los Alexander en Glienicke, asistieron a aquella fastuosa gala, ya que habían sido invitados por Papen. El profesor vio a un hombre menudo de pie, solo en el otro extremo de un gran salón, y se le acercó: era Adolf Hitler. Según la historia que contó Hildegard, diez años atrás, en 1922, cuando Fritz se disponía a viajar a un congreso en Brasil, un militar le había pedido que llevara un paquete de panfletos a Río de Janeiro. En aquellas octavillas se contaba que «en Múnich hay un joven líder obrero que quiere combinar los ideales socialistas y los ideales patrióticos». En la fiesta, diez años después, salió a relucir el tema de Brasil en la conversación, y Fritz le recordó aquellos panfletos al canciller. Entre risas, Hitler dijo: «Después me di cuenta de que sesenta millones de alemanes eran más importantes que 60.000 brasileños alemanes». Hildegard también recordaba que ella, al igual que mucha otra gente, tan sólo se enteró de las matanzas y las persecuciones después de aquella gala en honor de Papen, y que, en 1934, Fritz y ella se dieron cuenta de que se habían equivocado al simpatizar con Hitler: «de repente vimos a Hitler como lo que era realmente y nos asustamos», decía. Posteriormente un miembro del Partido le dijo a Fritz Munk: «ten cuidado, estás en la lista negra».

«Unas semanas después, el 4 de junio de 1933, toda la familia se congregó...» De hecho, según Peter Sussmann, hijo de ambos, Bella y Harold estaban tan ansiosos porque a Bella le expedieran un pasaporte británico lo antes posible que celebraron una ceremonia civil en la Junta Municipal del Distrito de Hampstead, en Londres, unas semanas antes de la boda oficial que se celebró en Berlín.

«sobre la historia del pueblo, Erwin Koch, el abogado de la familia Wollank...» Koch escribió una historia del pueblo en octubre de 1935. Su prolija crónica se incluyó en el *Ortschronik Groß Glienicke*. Allí decía: «En comparación con 1838, en el pueblo hay un 75 % menos de tierras dedicadas a la agricultura y la ganadería. Las tierras perdidas han sido utilizadas o bien para viviendas de alquiler o como campos de instrucción de las Fuerzas Armadas. Se vendieron sobre todo tierras poco productivas». Más adelante decía que los «arrendatarios tuvieron un fuerte impacto en el pueblo». Una de las consecuencias fue que el «pueblo tiene más ingresos y un mayor presupuesto, pero, al haber vendido sus tierras, los ingresos de los granjeros son menores».

«Tras intercambiar cumplidos, el profesor Munk habló con franqueza...» Este recuerdo procede de Peter, hijo de Fritz Munk, al que entrevisté en julio de 2014 sentado en el jardín de la casa de vacaciones de los Munk en Groß Glienicke. Peter lo matizaba de la forma siguiente: «No sé nada más sobre el resto de la conversación; sin embargo sí sé, por conversaciones posteriores, que se trató de una situación decisiva para ambos interlocutores. Pero, como he dicho, entonces yo tenía doce años».

CAPÍTULO 7

«Finalmente, tras un cautiverio de más de tres meses, Robert von Schultz fue a juicio...» El expediente del tiempo que Robert von Schultz estuvo en las SA y su posterior juicio puede encontrarse en el Bundesarchiv de Berlín (expediente VBS/4001006331).

«El 2 de noviembre de 1935, Adolf Hitler asistió...» El museo de la Luftwaffe que actualmente tiene su sede en el aeródromo de Gatow incluye una útil exposición permanente de la historia de las instalaciones desde los años treinta hasta la actualidad.

CAPÍTULO 8

«Para inmortalizar el día en nítidas imágenes...» En 2013 al escuchar una entrevista a Bella

que le hizo su sobrino John Alexander, oí que hacía referencia a las películas que rodaba su padre en Berlín. Tras enviar un correo electrónico a mis familiares para preguntarles si sabían algo al respecto, recibí la respuesta de Peter Sussmann, hijo de Bella, comunicándome que «es posible que haya algunas viejas latas en el desván». Unas semanas después, se pasó el contenido de aquellas latas de película de 16 mm a formato digital. Los resultados eran extraordinarios: tres rollos distintos, rodados a principios de los años treinta, de la familia en Groß Glienicke, con una calidad casi perfecta, donde se veía a los Alexander disfrutando de la vida antes del terror del Tercer Reich.

«[Por las tardes estaba pendiente de su abuelo...](#)» La nota necrológica de Lucien se publicó en el periódico *Berliner Börsenberichte*: Lucien Picard, de ochenta años, banquero muy apreciado y cónsul de Suiza en Fráncfort, falleció en Basilea, Suiza, el 22 de diciembre de 1935. Nacido el 25 de octubre de 1855 en Hegenheim, en Alsacia, hijo de Sophia Dreyfus, hija del fundador del Banco Dreyfus suizo. Cuando se jubiló en 1922, siendo director gerente del Commerz & Diskont Bank de Berlín, y socio de Lazard Speyer-Ellisen, de Fráncfort, era el «decano de la banca alemana».

«[A su debido tiempo, Elsie invitó a Erich...](#)» Se da la circunstancia de que el padre de Erich era miembro de la misma logia masónica que Adolf Abraham, un dentista judío que, junto con su esposa Anna, compró una parcela en Groß Glienicke, en el 41 de la Seepromenade, aproximadamente a un kilómetro al sur de la casa de los Alexander. Los Abraham, que tenían intención de irse a vivir allí permanentemente cuando se jubilaran, se hicieron una casa más consistente que la de los Alexander. El jardín tenía un diseño asombroso, era obra de los famosos arquitectos paisajistas Karl Foerster y Hermann Mattern, y a menudo aparecía en las revistas de arquitectura de todo el mundo. A raíz del ascenso del Partido Nazi, aumentó la presión sobre la familia Abraham. En 1936, Hans, el único hijo de la pareja huyó a Inglaterra con su familia. El 3 de marzo de 1939 Adolf Abraham falleció por una dolencia cardíaca, y en septiembre de 1940, después de verse obligada por el régimen nazi a prescindir de sus propiedades inmobiliarias de Berlín, Anna vendió la casa de Groß Glienicke a Friedrich Wintermantel, un contacto de la familia. El 4 de marzo de 1943, Anna fue detenida en su apartamento, en el 12 de la Georg-Wilhelm-Straße de Berlín, y fue deportada, primero al campo de Terezín y después, el 18 de mayo de 1944, a Auschwitz, donde fue asesinada. Hans Abraham falleció en 1950, y su viuda se mudó a Nueva York, donde falleció en 2004. Después de la guerra, la casa fue ocupada primero por vecinos de la zona y por oficiales soviéticos, y después se utilizó como consulta de un médico.

Más tarde en la casa vivió la escritora Helga Schütz con el director de cine Egon Günther. En los años noventa la viuda de Hans Abraham presentó una solicitud de restitución, pero finalmente llegó a un acuerdo con los herederos de Fritz Wintermantel, que se quedaron con la casa. La casa y su jardín vuelven a estar habitados por los descendientes de Fritz Wintermantel, tras una excelente rehabilitación, y ha sido catalogada como *Denkmal*, como monumento histórico. En abril de 2015 se colocó una placa conmemorativa en el 12 de la Georg-Wilhelm-Straße de Berlín en recuerdo de Anna Abraham.

«Al enterarse de la noticia, Rolf escribió...» Según Vivien Lewis, la hija de Elsie, Rolf viajó a Londres antes de la guerra. Llevó a Elsie al Café Royal, en Regent Street, y le pidió que dejara a Erich. «He decidido que te quiero», dijo. «Ven a vivir conmigo a Sudáfrica.» Elsie dijo que no.

«Al día siguiente, a bordo de un Austin 7 negro...» En una entrevista que tuve con ella en su casa de Londres en 1993, Elsie me dijo que aquél fue su primer coche, que era un regalo de boda, y que lo llamaban «Charlie». Posteriormente se llevaron el coche a Londres, pero cuando estalló la guerra, y dado que eran extranjeros procedentes de un país enemigo, se vieron obligados a venderlo. «Nos dieron cuatro libras esterlinas», contaba, «y después, con el dinero nos obsequiamos con una buena cena.»

«para poder salir de Alemania, Henny tenía que pagar el *Reichsfluchtsteuer*...» El impuesto de huida del Reich se introdujo en 1931, durante la Gran Depresión, antes de que los nazis se hicieran con el poder, para evitar la fuga de capitales. Sin embargo, el Gobierno nazi utilizó el impuesto de huida para obligar a todos los judíos que querían emigrar a desprenderse del grueso de su patrimonio. Además, los nazis impusieron otra gravosa tasa a las transferencias de activos al extranjero (el impuesto *Dego-Abgabe*), que fue aumentando a lo largo del tiempo. El impuesto de huida del Reich, el *Dego-Abgabe* y otras medidas provocaron que a menudo los judíos que emigraban perdieran más del 90 %, o incluso el 95 % de sus ahorros a finales de los años treinta.

«en Döberitzer Heide, unos terrenos...» La Villa Olímpica todavía se conserva, incluida la habitación en la que durmió Jesse Owens, la enorme piscina, la pista de atletismo y el comedor, y se puede visitar.

«llevaba su máquina de escribir Erika negra...» Aquella máquina de escribir ahora es propiedad de un nieto de Elsie, James Harding, director de BBC News.

«Pero su esposa había tomado la decisión...» Posteriormente Elsie decía que si ella no hubiera tomado la decisión unilateral de abandonar Alemania, su marido habría muerto en Auschwitz.

«Ahora eran refugiados...» Una vez en Londres, la familia intentó adaptarse a la nueva cultura. A pesar de su renombre internacional, Alfred tuvo que presentarse de nuevo a los exámenes de Medicina, lo que le obligó a mudarse provisionalmente a Edimburgo, donde se matriculó en la universidad. Mientras su marido estaba fuera, Henny intentó reconstruir su vida social en el seno de la comunidad inmigrante, y Hanns y Paul entraron como aprendices en Londres. Mientras tanto, Bella, que había abandonado Berlín cuatro años antes que sus familiares, estaba felizmente atareada como ama de casa inglesa. De los cuatro hijos, a la que más difícil le resultó adaptarse al nuevo país fue a Elsie. Vivía en un apartamento pequeño y gélido del centro de Londres, y echaba de menos el eficiente sistema de calefacción del piso de Berlín. En su nueva casa, la estufa de gas se apagaba cada pocos minutos, y no volvía a encenderse hasta que se introducían unas monedas en el contador. Le parecía que los ingleses eran fríos y carentes de pasión. Para empeorar las cosas, Elsie no lograba acostumbrarse a aquel clima húmedo y deprimente, y la comida le parecía poco apetitosa. Y para colmo, a pesar de sus esfuerzos por hablar inglés, Elsie conservó un fuerte acento berlinés, y por consiguiente sentía el rechazo de la población local, que desconfiaba de los extranjeros, y en particular de los alemanes. Su añoranza de su antiguo hogar, y en especial de la paz y la tranquilidad de Groß Glienicke, tan sólo se veía compensada por la creciente actitud beligerante de su antiguo país. A Elsie le preocupaba que su país de adopción y su país natal muy pronto estuvieran en guerra. El 20 de septiembre de 1937, Elsie dio a luz a Frank Alexander Hirschowitz, mi padre. Posteriormente, su apellido cambió a Harding. Más tarde, el 19 de julio de 1940, Erich fue detenido e internado, ya que Winston Churchill, primer ministro británico, adoptó la política de reunir y concentrar a todos los potenciales «extranjeros enemigos». Elsie llegó a la conclusión de que la solución más segura era enviar a Frank al extranjero con su niñera, y le escribió una carta a Erich proponiéndole comprar unos pasajes de barco para Estados Unidos. Al principio Erich se resistió, pero acabó cediendo ante su esposa. En una carta del 26 de julio de 1940, Erich decía: «Dale innumerables besos a Frank, recemos porque llegue sano y salvo a Estados Unidos y esperemos que, si Dios quiere, volvamos a verle en nuestro hogar». Una semana después, el 4 de agosto, Elsie respondió poniéndole al tanto de los planes de viaje: «Espero de veras que hayamos hecho lo correcto. Me rompe el corazón, pero sigo pensando que es para bien». Desgarrada por tener que elegir entre proteger a su hijo y tenerle a su lado, Elsie no sabía qué hacer. Tampoco le ayudaba la renuencia de su hijo. Cuando Elsie empezó a hacer las maletas, Frank le dijo: «No me quiero ir en el barco, Mami». Fue «desgarrador», le contaba a Erich en una carta. Luego el barco sufrió un retraso, y finalmente, después de «pasarse el día

llorando», devolvió los pasajes a la naviera Cunard y le devolvieron el dinero, porque les dijo que «no podía soportar la idea». Una vez acordado que no iban a enviar a Frank a Estados Unidos, Elsie quiso llevarle a ver a Erich, para que pudiera comprobar que su hijo se había quedado. Era difícil conseguir un permiso para visitar los campos de internamiento, de modo que Elsie le pidió a su médico que le enseñara a desmayarse de una forma convincente. Cuando le pareció que dominaba la técnica, acudió al Ministerio del Interior y, tras demostrar su delicado estado, consiguió los papeles necesarios para visitar a su esposo. Después de largo viaje en tren, un trayecto en autobús y una difícil caminata, Elsie y Frank llegaron al campo, en Prees Heath, cerca de la ciudad de Crewe. Poco después apareció Erich, y entre lágrimas y palabras de agradecimiento, pudo tocar los dedos de su hijo a través del alambre de espino.

CAPÍTULO 9

- «de poco más de 1,70 m de estatura y de complexión mediana...» Los detalles sobre Will Meisel figuran en el *Fragebogen* que cumplimentó en 1945, y están disponibles en el Landesarchiv de Berlín.
- «El subarriendo era por tres años...» Una copia de ese contrato de alquiler, junto con el inventario y otros documentos oficiales relacionados con Alfred Alexander y la casa están disponibles en el Landesarchiv de Potsdam (expedientes Rep 36A/G52, Rep 36A/nr 430 y 2aIII/F18613).
- «August Wilhelm Meisel nació...» Hay numerosos expedientes sobre Will y Eliza Meisel en el Bundesarchiv de Berlín (expedientes R55/20207, R/9361/V signatura 81419, R/9361/V signatura 147724, R/9361/V signatura 110383, R/9361/V signatura 128869).
- «Poco después, uno de los amigos compositores de Will...» Aquella conversación se citaba en el libro *100 Jahre Will Meisel*, publicado por Edition Meisel.
- «Muchas de ellas fueron grandes éxitos [...] Otto Wallburg...» Otto Wallburg (también conocido como Otto Wasserzug) fue uno de los actores más famosos de la época del cine mudo y comienzos del cine sonoro en Alemania. En 1933 huyó de Alemania a Austria. Según la Base de Datos de Víctimas de Yad Vashem, en 1940 Wallburg fue detenido en los Países Bajos, deportado al campo de tránsito de Westerbork, posteriormente trasladado al campo de Terezín, el 31 de julio de 1944, y más tarde, el 29 de octubre de 1944, a Auschwitz, donde fue asesinado a la edad de cincuenta y cinco años.

«teniendo en cuenta que más del 80 % de sus compositores eran judíos...» ¿Qué ocurrió con los músicos judíos de Meisel? Willy Rosen huyó a los Países Bajos, y posteriormente fue deportado y asesinado en Auschwitz el 29 de septiembre de 1944. Kurt Schwabach huyó a Palestina. Jean Aberbach emigró a Estados Unidos y puso en marcha su propia editorial, Hill and Range, y grabó canciones de artistas como Elvis Presley. Harry Hilm huyó a los Países Bajos, estuvo escondido durante la guerra, y tras el final del conflicto siguió componiendo. Más tarde, Hilm demandó a Meisel exigiéndole el pago de los derechos de autor. Los expedientes de aquella demanda están en el Landesarchiv de Berlín (expediente C Rep 120/899). En una entrevista telefónica, Charlie Hilm –hijo de Harry Hilm– me contó que su padre salió de Alemania sin la ayuda de nadie, «todos estaban solos». Friedrich Schwartz huyó a Francia, donde escribió la canción «No tengo patria», con el subtítulo «tango judío». Hans Lengsfelder se mudó a Estados Unidos en 1932, donde adoptó el pseudónimo Harry Lenk. Harry Waldau fue deportado el 2 de marzo de 1943 desde Berlín a bordo del tren de carga 32 y asesinado en Auschwitz unos días más tarde. Hans May huyó de su Austria natal, acabó en Inglaterra, y compuso más de cien bandas sonoras de películas. Robert Gilbert huyó primero a Austria, después a Francia y finalmente a Estados Unidos. Regresó a Alemania después de la guerra como traductor musical.

«decía posteriormente Will sobre la pérdida de sus artistas judíos...» En una entrevista que le hizo Rudolf Brendemühl para el *Telegraf* el 8 de agosto de 1965, Will Meisel recordaba a los músicos judíos que habían trabajado para su empresa en los años treinta, y decía: «Mi gran amor sigue siendo el teatro y la música, pero ya no nos quedan libretistas, el armario está vacío debido al destino de los judíos». En su artículo sobre Will Meisel, el musicólogo Raymond Wolff critica al compositor por utilizar la palabra «*Schicksal*» –destino– ya que la consideraba demasiado neutra, como si hubiera sido un accidente.

«Al final de la jornada...» Otras personas muy conocidas se afiliaron al partido el 1 de mayo de 1933, como los filósofos Martin Heidegger, Arnold Gehlen y Erich Rothacker. Según Raymond Wolff –un musicólogo que escribió un capítulo titulado «Will Meisel: Das Allroundtalent» en un libro sobre los músicos del barrio berlinés de Neukölln–, el hecho de que Meisel se afiliara al partido en mayo de 1933 «no era algo atípico para un compositor de música, pero él no era una persona interesada en la política, nunca compuso una canción política». Wolff añadía que Will Meisel se afilió al partido porque «se sentía inseguro».

«Al cabo de unas semanas...» En aquel momento hubo un descenso general en la

producción de música popular. Según las cifras recopiladas por Sophie Fetthauer (y que ha interpretado para mí el historiador de la música Michael Haas) a partir de las revistas profesionales de la época, las cifras de edición de nuevos temas de música popular, de música de baile, tango, jazz, etcétera, son las siguientes: 1928 (1.503), 1929 (2.011), 1930 (1.563), 1931 (1.159), 1932 (1.023), 1933 (1.031), 1934 (888), 1935 (1.070) y 1936 (1.182). De esos datos parece desprenderse que hubo una drástica reducción a raíz de la llegada al poder de los nazis, seguida de una recuperación, a medida que se iba disponiendo de nuevas obras, cabe suponer que aprobadas por el Partido.

«Allí vio a una joven de cabello negro...» La anécdota procede de una entrevista sin título con Will y Eliza Meisel en 1965, que organizó la Deutsche Kinemathek –Museum für Film und Fernsehen– (Museo del cine y la televisión) de Berlín que conserva un grueso archivo de artículos sobre Will y Eliza Meisel. Más adelante, en ese mismo artículo, Eliza decía de su primer encuentro: «Tuvimos suerte y después volvimos a tener suerte».

«El 3 de julio se encontraron por casualidad...» En la Deutsche Kinemathek pueden verse por lo menos dos películas de Eliza Illiard, así como fotografías de Eliza y de Will Meisel.

«un tal Herr Mertens...» Eliza Illiard era el nombre artístico de Elisabeth Pieper. El 18 de septiembre de 1934, el líder político del Departamento de Teatro y Cine del Partido Nazi le escribió una carta al presidente del gremio del cine, al que pertenecía Illiard: «No quiero desaprovechar la oportunidad de decirle que la señora Eliza Illiard Mertens trabaja en el Teatro Metropol. Aparte de eso, la señora Illiard interpreta el papel protagonista de la película *Lauf ins Glück*. El estreno será el 24 de septiembre de 1934. Ella nació en Checoslovaquia, y se casó con el judío Mertens, sobre el que le informamos a usted el 30 de enero de este año. Pensé que le gustaría saberlo». Esta carta se conserva en los archivos del Bundesarchiv de Berlín (expediente R/9361/V signatura 110383). Al ser una estrella del cine y la opereta, Illiard estaba obligada a demostrar la pureza de sus genes. Una carta de su gremio del cine del 21 de septiembre de 1934 al Partido Nazi confirmaba que ya lo había hecho. «Trajo la prueba de su ascendencia aria. En sus papeles queda claro que es hija de los Pieper, de Colonia, y que sus padres son ambos alemanes.»

«El 12 de marzo de 1935...» Según el índice del censo del Landesarchiv de Berlín: «Elisabeth Mertens nació el 25/3/1906 en Colonia. Se casó. Vino a Berlín el 2/8/1934 procedente de Dresde y vivió en el 37/38 de la Emsersstraße. El 1/11/1934 se mudó al

21 de la Kastanienallee, en Charlottenburg». En el Landesarchiv de Dresde no lograron encontrar el certificado de matrimonio de Elisabeth Pieper con *Herr* Mertens, pero sí encontraron que se mencionaba su nombre en un libro que decía que vivía en el 4 de la Zeschaustraße, en Dresde, en 1933. Sin embargo, *Herr* Mertens nunca se empadronó en ese domicilio. A pesar de mis considerables esfuerzos, no he sido capaz de averiguar el nombre de pila de *Herr* Mertens ni lo que fue de él.

«Aún más memorable que su fino bigote...» La mayor parte de la información de este apartado procede de los archivos de la Westdeutscher Rundfunk (WDR). Joseph Hartmann, el padre de Hanns Hartmann, era cerrajero. Su madre, Elisabeth Kohlen, era ama de casa.

CAPÍTULO 10

«el inventario mecanografiado de tres páginas...» Se anotaron los artículos de cada habitación; por ejemplo, en el dormitorio de Elsie había: 2 camas, 1 silla, 2 mesillas de color rosa, 1 mesa plegable con una escribanía, 1 banco acolchado y 1 espejo. El inventario se conserva en el Landesarchiv de Potsdam (expediente «Dr Alfred Alexander» – Rep 36A/ nr 430).

«Convencidos de que los Alexander [...] la mitad de su valor real...» Dos años después, la agencia tributaria de Berlín tasó esos mismos activos con un valor de mercado de 12.200 marcos, según una carta de la oficina tributaria de Wilmersdorf norte.

«Cruzaron al otro lado de la carretera [...] Wolff-Eisner...» El doctor Alfred Wolff-Eisner era reconocido internacionalmente por su trabajo en inmunología, en particular por el desarrollo de una forma de diagnosticar la tuberculosis, la reacción Calmette Wolff-Eisner. La investigación que se ha llevado a cabo sobre la familia Wolff-Eisner ha corrido a cargo del Groß Glienicker Kreis en el marco de su estudio de las familias judías que vivían en el pueblo antes de la guerra.

«Las autoridades y los vecinos de Groß Glienicke...» Günther Wittich, que nació en 1927 y se crió en una casa situada enfrente del palacio, recordaba cómo quemaron la casa de los Wolff-Eisner, en la Seepromenade, durante el pogromo de la Noche de los Cristales Rotos. Aquélla fue su primera experiencia del antisemitismo. Wittich recordaba que las SA hicieron su aparición en el pueblo, y que había mucha gente de uniforme. También recuerda a Robert von Schultz en los Cascos de Acero, se acuerda de que jugaba con los hijos de Schultz, de que deambulaba con ellos por el palacio, y de que salían de

paseo por el lago. En una entrevista distinta, otro vecino del pueblo me dijo que se conocen los nombres de los implicados en el incendio de la casa de los Wolff-Eisner, aunque no me reveló esa información, y me pidió permanecer en el anonimato.

«una carta que la Gestapo había enviado el 22 de marzo a la agencia tributaria de Berlín...»

En una carta enviada el 12 de marzo de 1939 por un tal Dr. Lücker, de la agencia tributaria de Wilmersdorf norte a la oficina tributaria de Moabit oeste, se decía: «Alfred Israel Alexander, nacido el 7/3/1880 en Bamberg, y su esposa Henny Sara, de soltera Picard, nacida el 11/12/1888 en Fráncfort, última residencia en el 15 de la Achenbachstraße, W 15, emigró a Londres el 25 de marzo de 1937 [*sic*] El 1/1/1937 su patrimonio total ascendía a 145.000 marcos. Se abonaron 36.250 marcos en concepto de impuesto de huida del Reich. La tasación de los activos se basa en una estimación [...] Además, Alexander es propietario de una casa de madera en Groß Glienicke, situada en una parcela de terreno que no es de su propiedad. Valor estimado: 12.200 marcos (Nauen Aktenz. III / 26A)». El expediente se conserva en el Landesarchiv de Potsdam (expediente: Rep 36/A nr 430).

«Silenciosamente, casi sin que nadie se diera cuenta, la Gestapo se había quedado con la propiedad...»

El Landesarchiv de Potsdam tiene el expediente de la Gestapo sobre el Dr. Alfred John Alexander. En el expediente hay un paquete de cartas entre la Gestapo y los antiguos pacientes del doctor Alexander, escritas después de que la familia Alexander abandonara el país. No conformes con acumular los simples activos físicos, la Gestapo escribía a los antiguos pacientes para cobrar cualquier deuda pendiente. Aunque aquellas facturas llegaban a ser de una cuantía tan escasa como trescientos marcos, las autoridades estaban decididas a exigir hasta el último céntimo. Debía de resultar bastante chocante recibir una carta de cobro de esas características, porque los pacientes se darían cuenta de que ahora la Gestapo sabían que habían sido atendidos por un médico judío. Es interesante ver cómo respondían los distintos pacientes. Uno promete saldar su deuda de inmediato. Otra paciente envía gran cantidad de documentos donde se detalla la pureza de su ascendencia aria. Y un tercero argumenta que la deuda no es válida, ya que el médico judío no había logrado curarle.

«Allí se reunió con un funcionario del que sólo constan las iniciales, “J. A.”.»

Aquella reunión está documentada en un comunicado interno: «Sería deseable la cooperación del terrateniente Wollank, para que, en caso de que en un futuro el señor Meisel no estuviera al día en el pago del alquiler, no se considerara responsable al Reich. Sin embargo, las reiteradas cartas a Wollank no han tenido respuesta. Ahora el señor Meisel ha explicado que Wollank ha muerto. La gestión de la finca corre a cargo de

unos administradores. Por añadidura, la finca de Groß Glienicke ha sido adquirida por la Luftwaffe. Dado que el contrato de alquiler vence el 31 de marzo de 1942, para el Reich el riesgo de vender es menor que el valor de venta. Además, hay muy poco riesgo en lo que respecta a Meisel (famoso compositor)».

«le había expropiado el inmueble de Glienicke al “judío Alfred John Alexander”...» El comunicado de J. A. proseguía diciendo que entre los bienes y derechos de los Alexander embargados por el Reich había «entre otras cosas, los derechos del contrato de alquiler de fecha 30/3/27 entre Alexander y el propietario Wollank y Groß Glienicke relativo a la parcela número tres en el viñedo de la finca de Groß Glienicke. El Reich también posee los derechos de propiedad de los edificios construidos en dicha parcela (casa, cenador, garaje, invernadero con dos semilleros) además de diversos artículos de mobiliario y enseres (muebles de dormitorio, mesa de comedor, muebles de jardín, una pequeña cocina portátil, muebles de salón, otras dos camas, algunos muebles de exterior usados y parcialmente rotos, y otros enseres de casa)».

CAPÍTULO 11

«A primera hora de la mañana del 20 de enero...» El debate que tuvo lugar aquel día ha sido inmortalizado en el Museo de la Conferencia de Wannsee, al suroeste de Berlín. En mi opinión, se trata de la exposición más esclarecedora sobre el Holocausto que hay en el mundo, y ofrece una visión general completa y elocuente de los orígenes, la administración y ejecución de la denominada Solución Final.

«En Groß Glienicke se filtró la noticia...» A lo largo de los años hubo muchos judíos notables que residieron en el pueblo. Según las investigaciones que ha llevado a cabo el Groß Glienicker Kreis, entre las familias judías que vivían a tiempo parcial o permanentemente en el pueblo figuraban: el doctor Adolf Abraham (dentista), Rudi Ball (estrella de hockey sobre hielo) Max y Wally Blaustein (exportadores de perfumes), Rudolf Leszynsky (erudito y agente de seguros), el doctor Richard Samson (médico), Josef Schmeidler (comerciante y director gerente), Robert Salomon Weitz (cuyo hijo era John Weitz, el novelista y diseñador de moda, y cuyos nietos, Chris y Paul Weitz, produjeron las películas *American Pie* y *Un niño grande*, entre otras), Fritz Wertheim (empresario) y Alfred Wolff-Eisner (médico e investigador).

«un número muy reducido [...] había abandonado el país...» Por ejemplo Béla Bartók, el compositor húngaro, profesaba unas ideas rotundamente antifascistas, y huyó a Estados

Unidos en 1940. Las esposas de Ralph Benatzky, Karl Rankl y Robert Stolz eran judías, lo que simplificó su decisión de huir de Austria tras ser ocupada por Alemania. Otros, como Karl Amadeus Hartmann, vivieron en un exilio interior durante la guerra, negándose a trabajar con los nazis o a que sus obras se interpretaran en la Europa ocupada por los nazis. Y luego están los ejemplos de los que se afiliaron al Partido Nazi pero posteriormente afirmaron que no simpatizaban con los nazis. Durante los años de posguerra, la gente rehuía a algunos de ellos, mientras que a otros no, como fue el caso de Will Meisel.

«[La guerra no estaba tan lejos...](#)» Según una nota manuscrita al margen de su certificado de matrimonio, y que se conserva en el Archivo Municipal de Potsdam, Robert von Schultz falleció el 13 de septiembre de 1941 en Voranova (en lo que actualmente es Bielorrusia), mientras prestaba servicio en el frente oriental. Debajo de dicha nota se añadía que el certificado de defunción 3/1942 había sido «enviado a una dirección postal en Rügen, en el mar Báltico» Sin embargo a pesar de que fue el último propietario de la finca de Groß Glienicke, no se celebró ningún funeral en la iglesia del pueblo. Hubo otra muerte que sí provocó una mayor respuesta. El 14 de mayo de 1943, Georg, el príncipe heredero de Sajonia, se ahogó mientras nadaba en el lago de Groß Glienicke. En el Drei Linden circulaba el rumor de que, debido a las declaraciones públicas del príncipe contra el Tercer Reich, la Gestapo había tenido algo que ver con su muerte.

«[De hecho, Will estaba tan entusiasmado...](#)» Aunque la canción se registró en el GEMA, el organismo alemán de derechos de autor, en 1950, es probable que la compusiera mucho antes. Después de la guerra, Meisel pasó poco tiempo en el pueblo y, teniendo en cuenta la brutal ocupación soviética, es poco probable que se sintiera motivado a componer la canción después de 1945. Por añadidura, uno de los coautores de la canción, Georg Wysocki, se marchó del pueblo en 1948, según afirma su hija, Gisela Wysocki. Sven Meisel cree que muy probablemente la canción se compuso en los años treinta.

«[El 15 de mayo de 1943, el Departamento Nacional de Teatro...](#)» Para consultar la correspondencia relativa al servicio militar de Meisel, véase el Bundesarchiv de Berlín (expediente R55/20207).

«[Al enterarse de la orden de evacuación...](#)» El 6 de agosto, Will Meisel le escribió la siguiente carta al señor Buge, alcalde de Groß Glienicke: «Querido alcalde, dado que el *Gauleiter* Goebbels ha ordenado que todo el mundo abandone Berlín, mi familia (siete personas) va a permanecer todo el invierno en mi casa de Groß Glienicke, parcela 3,

del viñedo. La casa tiene seis habitaciones y calefacción bajo el suelo. Necesito 250 *Zentner* [quintales] de carbón y cien *Zentner* de *Brikette* [briquetas] para la lavandería, la bañera y la cocina, así como un metro cúbico de leña para el precalentamiento. *Heil Hitler*». Esta carta se conserva en el Landesarchiv de Berlín (expediente C rep 031-01-02 número 1281/2).

«Mientras tanto Peter, que para entonces tenía ocho años, iba al colegio del pueblo...» En una carta al director del *Ortschronik*, el diario local, Peter decía que pasó dos años en el colegio de primaria del Groß Glienicke. Había otros cuarenta y ocho alumnos, a los que daba clase un solo docente. «La educación no estaba muy bien organizada ni estructurada», decía, pero él consiguió tener una «amplia cultura general».

«Una vez a la semana participaba...» Peter tenía menos de diez años, la edad habitual para ingresar. Era miembro de la sección de los más pequeños de las Juventudes Hitlerianas, conocida como los *Pimpfe*, el nombre que designa a un niño antes de que le cambie la voz.

«El 3 de noviembre de 1943 tuvo lugar el estreno de *Königin einer Nacht*...» Hoy en día, el Teatro Metropol es la sede de la Komische Oper, en la Behrenstraße de Berlín.

«Los que figuraban en la lista VIP...» La lista de invitados por parte del Teatro Metropol se basa en otra lista del 23 de agosto de 1938, que se adjuntaba a una carta del director del teatro, Heinz Hentschke, al Ministerio de Propaganda, pero no es probable que fuera sustancialmente distinta. La lista puede consultarse en el Bundesarchiv de Berlín (expediente R55/20.204, p. 338).

«las críticas eran unánimemente positivas...» Otro crítico, Theo Fürstenau, afirmaba: «con un poco de sentimentalismo, unos cuantos chistes, chicas guapas que tapan sus bellezas lo mínimo que exige el buen gusto, y una música obsequiosa, [*Königin einer Nacht*] es una obra recién pulida para brillar, y deslumbra al público». Más adelante decía que «Will Meisel ha dado a todo el espectáculo un tono de buen humor, con sus agradables melodías [...] que se quedan grabadas en la mente del espectador».

«Tres semanas después, el 23 de noviembre de 1943...» Según el *Fragebogen* de Hanns Hartmann, redactado en agosto de 1945, el almacén de Edition Meisel, situado en la Passauerstraße de Berlín, fue arrasado por las llamas el 23 de noviembre de 1943. El hogar familiar, en el 18 de la Wittelsbacherstraße fue bombardeado en febrero de 1944, y fue entonces cuando los Meisel se fueron a vivir permanentemente a Groß Glienicke. Lo cierto es que la familia ya pasaba gran parte de su tiempo a orillas del lago. Más adelante Hartmann dice que el domicilio de la empresa volvió a ser el 18 de la Wittelsbacherstraße de Berlín el 7 de junio de 1945, aunque todavía estaba por

construir.

«Desde su anexión en 1938, Austria...» El Partido Nazi denominó a Austria con la palabra *Ostmark* [marca oriental] hasta 1942. A partir de entonces se denominó *Donau und Alpen Reichsgaue* [distritos del Danubio y de los Alpes]. Bad Gastein fue liberada por los estadounidenses el 10 de mayo de 1945, una jornada que uno de los compositores que vivía escondido con los Meisel recordaba así: «La guerra puede ser totalmente exagerada; no está mal mantenerse totalmente al margen en Gastein. Porque aquí viven muchas personas con talento, y uno puede vivir una vida civilizada y libre, y tener un final feliz. Los malos tiempos se acabaron, para no volver nunca más, ya podemos respirar con alivio, y podemos hablar inglés».

CAPÍTULO 12

«A menudo se le veía con un puro en la mano, dando vueltas por la oficina...» Estos detalles proceden de una biografía de Hanns Hartmann publicada en *Fernsehen Information* el 1 de noviembre de 1960 (n.º 31/1960).

«cayó una bomba en la granja...» Esto lo cuenta Hans Joachim Bartels, que sigue viviendo en la granja familiar que está enfrente de la iglesia de Groß Glienicke. Entonces él tenía cinco años, y estaba escondido en el granero, al fondo de la granja, con sus hermanos. Su familia vivía en el pueblo desde 1800, cuando su bisabuelo se trasladó allí. «Todo estaba ardiendo», recuerda, «la casa de mis padres quedó totalmente destruida». Anteriormente otra bomba había caído en el lago; Bartels recuerda que después estuvo recogiendo de su cama los fragmentos de vidrio. Después, cuando llegaron los rusos, recuerda que se asustó mucho. Llamaron a la puerta de la casa familiar armados con bayonetas, y durante dos semanas o más hubo por lo menos diez tanques en el pueblo. La familia se trasladó al sótano y los rusos se adueñaron de la casa principal. Obligaban a la madre de Bartels a catar la comida para asegurarse de que no estuviera envenenada. «Aquello nos vino muy bien, porque disponíamos de abundante comida», afirmaba.

«Cuando Burkhard le preguntó a su madre...» Burkhard Radtke recordaba esta anécdota en una entrevista con el autor en agosto de 2014.

CAPÍTULO 13

«Con las sirenas del Drei Linden sonando cada pocos minutos, y el ruido de la artillería...»

Muchos de los detalles de esta página y la siguiente provienen de un diario anónimo escrito en abril de 1945, el momento de la llegada de las tropas soviéticas a Groß Glienicke. Encontré una copia del diario en las páginas del *Ortschronik*, el periódico del pueblo. He aquí un extracto: «Hemos sobrevivido al primer ataque de aviones en vuelo rasante. Pero su objetivo no es Glienicke, son las tropas que se han concentrado cerca de aquí. Durante el día hubo más ataques, uno detrás de otro, que al parecer también tenían como objetivo el aeródromo y las carreteras de sus alrededores. [...] Acaba de haber múltiples ataques aéreos, uno tras otro. Y se oye a los aviones alejándose. Ahora casi no hay artillería, en este momento está casi en silencio. Fuera se oye cantar a los pájaros. ¿Qué nos deparará el día y la noche de mañana?».

«Hildegard Munk [...] también había abandonado su casa...» Los recuerdos de Hildegard Munk están grabados en una entrevista de audio con su hijo Klaus y su nieto Matthias.

«uno de los tres únicos aeródromos en las inmediaciones de Berlín...». Una de las personalidades que aterrizaron en Berlín-Gatow poco antes del final de la guerra fue Albert Speer, arquitecto y ministro de Armamentos y Producción de Guerra. El 23 de abril Speer aterrizó en Gatow procedente de Hamburgo, y desde allí fue hasta Berlín en un coche BMW negro, donde fue una de las últimas personas que habló con Adolf Hitler en su búnker.

«Consciente de que los soviéticos estaban cerca...» El relato de la vida de Gerda Radtke durante la ocupación soviética procede de su hijo Burkhard, que sigue viviendo en Groß Glienicke. Sobre la ocupación soviética, Burkhard comentó: «Ahí fue donde empezaron las desgracias. Yo pensaba que las cosas no podían ir a peor... pero empeoraron».

«Al ver a los soviéticos, Hanns Hartmann salió corriendo...» Esta anécdota me la contó Hildegard Munk. En su recuerdo, Hildegard sugiere que Hartmann se había escondido en un agujero en el suelo –y lo más probable es que se refiriera al cobertizo de las bombas que se construyó en los bancales que había entre la casa y el lago. En las memorias manuscritas de Hartmann, tituladas «El camino de mi vida», y fechadas el 9 de septiembre de 1950, y de las que se conserva una copia en el archivo de la WDR, el autor confirmaba que cuando llegaron los soviéticos él estaba viviendo en la casa de Groß Glienicke, y decía: «desde 1944 (otoño) dificultades crecientes hasta la entrada triunfal de los rusos el 26 de abril de 1945 (Groß Glienicke).

«Seis días después de la rendición...» El momento exacto de la firma fue poco antes de la medianoche entre el 8 y el 9 de mayo de 1945, en Berlín. Las negociaciones sobre el

texto habían demorado la firma. En los países occidentales, el 8 de mayo pasó a ser el Día de la Victoria en Europa. En la Unión Soviética el Día de la Victoria se celebra el 9 de mayo, ya que la rendición se produjo a las 0,43, hora de Moscú.

«Nadie volvió a ver ni a Wilhelm Bartels ni a los jóvenes...» Wilhelm Bartels, de treinta y seis años, era el dueño de la granja situada enfrente de la iglesia, había sido miembro del Partido Nazi, y durante la guerra había sido responsable de un comité de agricultura. Nada más llegar al pueblo, los soviéticos le acusaron de haber organizado el trabajo de mano de obra esclava procedente de Polonia y Ucrania. Según su hijo, su familia no fue informada de su muerte hasta principios de la década de 1950, y ni siquiera entonces tuvieron la certeza de dónde ni cómo había muerto. Estuvieron intentando desesperadamente conseguir información durante las décadas siguientes. El NKVD sugería que cabía la posibilidad de que hubiera sido trasladado a los campos soviéticos de Buchenwald y Sachsenhausen, pero cuando sus familiares se desplazaron hasta allí no lograron encontrar ningún tipo de información nueva. No fue hasta 1996, tras la caída del Muro, cuando su familia supo a través de la Cruz Roja que Wilhelm Bartels había fallecido a causa de una infección pulmonar en un campo próximo a Ketschendorf, y que había sido enterrado en una fosa común cerca de una fábrica de ruedas. En total, decenas de miles de prisioneros de guerra alemanes, y de civiles, fueron deportados a Ketschendorf, entre ellos 1.600 niños de entre doce y dieciséis años. Más de 4.600 personas murieron durante la existencia del campo, entre 1945 y 1947.

CAPÍTULO 14

«Dos semanas después, el 15 de julio...» Harry Truman había sucedido a Roosevelt como presidente a la muerte de éste el 12 de abril de 1945, y al cabo de pocos días de iniciarse la conferencia, Churchill fue sustituido por Clement Atlee, que fue investido el 26 de julio. Para una descripción de la llegada de los dignatarios y de los primeros tiempos del aeródromo RAF Gatow, véanse los expedientes de los Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew (por ejemplo, el expediente AIR 29/461).

«Churchill se quedó impresionado por la devastación...» Más de un millón de berlineses se habían quedado sin hogar. A Churchill le «conmovió enormemente» la devastación, el aspecto demacrado de la gente, la ropa raída, como recordaba Martin Gilbert en *Churchill: A Life*.

«los estadounidenses lanzaron una bomba nuclear...» La cifra de muertos que pueden achacarse a aquellas bombas, a consecuencia de los efectos de la radiación a largo plazo, a menudo se ha estimado en 135.000 en Hiroshima y de 50.000 en Nagasaki. Algunos afirman que las cifras podrían ascender a 150.000 y 75.000, respectivamente.

«Pero los británicos querían tener su propio aeropuerto...» El 1 de agosto había cinco oficiales y otros sesenta y un efectivos de distintos rangos a las órdenes del capitán Smeddle. A finales de aquel mismo mes el personal de RAF Gatow era de 2.479 personas, incluidos 697 civiles. En aquella época el aeródromo era utilizado por los aviones británicos, franceses, estadounidenses y soviéticos, con aproximadamente veinte despegues y aterrizajes al día. En el primer diario de la base aérea se señalaba que las instalaciones de lavandería del Ejército no daban abasto, y que los soldados tenían que llegar a «acuerdos privados» con las amas de casa de la zona. En una reunión celebrada el 22 de agosto, se acordó cambiar el nombre de la base, de «Escala 19» a «RAF Gatow», y el oficial del Ejército del Aire al mando declaró: «El Control Aeronáutico Operacional no quería el mínimo altercado con los rusos, pero estaba convencido de que la forma de evitar el saqueo y los incidentes era demostrar que teníamos fuerza, que estábamos interesados, y que siempre estábamos trabajando, y así se darían cuenta de que éste no era un buen lugar para intentar hacer ningún tipo de tonterías». La comida del cuartel no era muy apreciada, como queda de manifiesto por un poema publicado en *Airline*, la revista de la base, y titulado «El comedor de los aviadores»: «Lunes, martes, miércoles / El desayuno siempre es igual / Alubias, alubias y más alubias / Son un fastidio para todos nosotros / Jueves, viernes sábado / El desayuno sigue igual / ¡Sí!, has dado en el clavo / Otra vez las dichosas alubias». Para más detalles sobre los primeros tiempos de las fuerzas británicas en Gatow hay numerosos expedientes en los Archivos Nacionales de Kew (por ejemplo, los expedientes AIR 28/296 y AIR 55/52).

«Los soviéticos establecieron un puesto de control fronterizo en la Potsdamer Tor...» Las medidas de seguridad fueron bastante laxas en aquellos puestos hasta que se cerró oficialmente la frontera en 1952. En una entrevista, el pastor Stintzing recordaba que en 1948-1949 los soviéticos y los guardias de Alemania oriental, por un lado, jugaban al fútbol contra el equipo formado por los británicos y los alemanes occidentales, en los bosques próximos al palacio en ruinas. Además, había un kiosco no oficial en la frontera que servía comidas y bebidas calientes a los guardias. Siempre que algún alto mando visitaba la frontera, el dueño del kiosco se escondía hasta que el visitante se marchara. Posteriormente, el empresario fue encarcelado por empeñarse en mantener

abierto el chiringuito.

«Entonces, en algún momento del invierno extremadamente frío de 1945...» Cuando era pequeño, Günther Wittich jugaba con Carl Christoph, hijo de Robert von Schultz. Cuando oyó la sirena la noche del incendio del palacio, en 1945, fue corriendo hasta el cuartel de bomberos y regresó a bordo del camión, como uno más de la brigada. Al llegar al palacio se encontró con que un grupo de rusos les cortaban el paso; no llevaban armas de fuego y no hablaban alemán. A Wittich le asombró su inacción, y está convencido de que ellos fueron los que iniciaron el fuego intencionadamente. «Los vecinos del pueblo se congregaron alrededor del palacio y contemplaron el incendio», recordaba Wittich. «Estaban muy tristes, acordándose de los viejos tiempos.»

CAPÍTULO 15

«Hanns recibió un *Fragebogen*, que cumplimentó...» Disponible en el Landesarchiv de Berlín (expediente: C Rep 120/899).

«A finales del verano de 1946...» Según la leyenda familiar de los Meisel –como consta en el libro *100 Jahre Will Meisel*– septiembre de 1946 fue el comienzo de la «fase siguiente» del renacimiento del editor, y la tercera vez que Will Meisel tuvo que crear su empresa desde cero: la primera fue en los años veinte, cuando Meisel era un joven que empezaba; la segunda vez fue en los años treinta, cuando los nazis le obligaron a desprenderse de todos sus artistas judíos y la compañía estuvo a punto de quebrar, y de nuevo en los años cuarenta, tras la guerra y la destrucción de la empresa familiar por las bombas de los Aliados. En realidad, Will Meisel no recuperó el control de su empresa hasta 1951.

«Desde Hamburgo viajaron hasta Colonia...» Posteriormente Hartmann fue nombrado el primer director de la radiotelevisión pública WDR.

«más de 2,1 millones de casos...» La desaceleración de los procesamientos puede apreciarse comparando las cifras de octubre de 1947 con las de la primavera siguiente. A finales de abril de 1948, se había investigado a 2.326.257 personas en la zona británica (sin incluir Berlín), de las que 358.466 habían sido destituidas de sus cargos, y 2.456 habían sido procesadas por realizar declaraciones falsas en sus *Fragebogen*. En abril de 1948 había 308 comités de supervisión de la desnazificación funcionando dentro de la zona británica. Durante ese mes, de los 37.797 recursos pendientes, tan sólo se habían revisado 2.428, de los que se ratificaron 2.209. Véase Archivos

Nacionales de Kew (expedientes FO 1006/126, FO1056/268 y FO1032/1057).

«Esas cifras, per cápita...» A los estadounidenses les iba igual de mal, a pesar de sus intenciones oficiosas. En marzo de 1946 entró en vigor la Ley para la Liberación del Nacionalsocialismo y el Militarismo, que dejaba la responsabilidad de la desnazificación en manos de los alemanes. Para implementar aquella ley se crearon 545 tribunales civiles bajo la administración de Alemania, con un personal de 22.000 personas. Aun así, resultaba una cifra demasiado pequeña para tramitar el enorme volumen de casos. En febrero de 1947, tan sólo se había tramitado la mitad de los 11.674.152 *Fragebogen* entregados en la zona estadounidense; menos de 168.696 casos habían sido enviados a juicio, 339 se habían clasificado como Grandes Delincuentes, 13.708 como Delincuentes Menores, y de éstos tan sólo 2.018 recibieron penas de cárcel.

«Aquellos casos restantes iban a ser juzgados por un procedimiento sumarísimo...» En 1951, el Gobierno de la RFA concedió una amnistía a los delincuentes menores y dio por terminado el programa. Los expedientes británicos de desnazificación pueden consultarse en los Archivos Nacionales de Kew (expedientes FO1012/150 y FO1056/268).

«A pesar de sus estrechos vínculos con el Partido Nazi...» La comisión que investigó a Furtwängler, en diciembre de 1946 estaba formada por algunos de los personajes que intervinieron en el caso de Meisel: Alex Vogel, Loewe, Flören, Wolfgang Schmidt, Mühlmann, Neumann, Müller-Ness y Rosen. Por alguna razón su comité estaba formado por ocho personas, y el de Meisel tan sólo por seis. Para un relato cinematográfico del juicio de desnazificación de Furtwängler, véase *Réquiem por un imperio*, con Harvey Keitel y Stellan Skarsgård.

«Hartmann [...] no iba a comparecer como testigo en su juicio...» En un esfuerzo por comprender mejor a Hanns Hartmann, hablé con Birgit Bernard, archivera en la WDR. Bernard dijo que Hartmann era considerado «un hombre muy honesto» por sus colegas, que «no estaba interesado en el pasado de la gente». A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Hartmann contrató en la empresa de radiotelevisión a numerosas personas que anteriormente tuvieron algún vínculo con los nazis. En un correo electrónico, Petra Witting-Nöthen, otra archivera de WDR, afirmaba lo siguiente: «Es difícil describir la relación entre Hartmann y Meisel. [Hartmann] conoce a la familia Meisel. Enviaba felicitaciones a los padres de Will Meisel. Pero la relación era formal, no utilizan el *du* alemán. Yo creo que Will Meisel era su jefe y el dueño de la empresa, Hartmann sólo era el director financiero. Las cartas de después de la guerra revelan una

relación reservada entre ellos». Vale la pena añadir que, en sus memorias inéditas, Hartmann no menciona la ayuda que Meisel decía haber prestado a la esposa de Hartmann: que la ayudó a huir de Alemania y a conseguir un permiso de trabajo.

«Al dar las diez, los seis comisarios...» Las actas del juicio pueden consultarse en el Landesarchiv de Berlín (expediente C 031-01-02/1281/1-3).

«entre ellos el presidente, Alex Vogel, de cuarenta años, y antiguo comunista...» Alex Vogel había sido comunista desde que tenía dieciocho años. Había sido detenido durante los meses posteriores a la toma del poder por los nazis y después huyó de Alemania, pero regresó en 1935. Durante la guerra sirvió en la Wehrmacht y después en un batallón penal, hasta que desertó en 1944. Algunos rumores decían que Vogel trabajaba para la Gestapo, espionando en la embajada soviética.

«Vogel le presionó en ese punto. “¿Herr Fago y Herr Hartmann...?”» Dieciocho meses antes del juicio a Meisel, uno de los miembros de la comisión de desnazificación, Flören, entrevistó a Paul Fago el 30 de diciembre de 1946 acerca de la relación entre Will Meisel y Hanns Hartmann. Según la nota de Flören que figura en el expediente, «sobre la cuestión de si ha habido odio entre Hartmann y Meisel, Fago dijo que sí y no. Indudablemente Meisel ha hecho mucho por Hartmann, simplemente al permitirles a él y a su esposa alojarse en Glienicke durante los tiempos peores. Por otra parte, Hartmann ayudaba a Meisel en cuestiones profesionales. La pregunta es: ¿Meisel le ayudó tan sólo por eso? Meisel siempre fue el hombre de las ideas, pero necesitaba ayuda para ponerlas en práctica. Tiene a su lado a Hartmann y a Fago para ayudarle. La mayoría de las discusiones tenía que ver con sus puntos de vista sobre el arte, porque Hartmann quería llegar a un alto nivel, mientras que Meisel quería simples operetas. El señor Fago también tenía problemas con Meisel, pero Meisel tenía por costumbre no romper nunca las relaciones que necesitaba para su trabajo profesional». Este expediente se conserva en el Landesarchiv de Berlín (expediente C 031-01-02/1281/1-3).

«A fin de demostrar que...» Will Meisel ya tenía antecedentes de no ser lo que se dice sincero en sus cuestionarios. Por ejemplo, en el primer cuestionario que cumplimentó para el Partido Nazi en 1941, declaró que su esposa era protestante, como él, pero en documentos posteriores afirmó que era católica. No era el único que disimulaba en los documentos oficiales. En el currículo adjunto a su cuestionario británico, el 9 de octubre de 1947, Eliza Meisel afirmaba que su carrera artística se interrumpió en 1935. En realidad protagonizó una película en 1941, titulada *Ehe man Ehemann wird* (véase Bundesarchiv de Berlín, expediente R/9361/V, signatura 128869).

«Por supuesto, Vogel y sus compañeros de la comisión no sabían...» Los expedientes de la Gestapo y de la agencia tributaria de Berlín sobre el doctor Alfred Alexander se conservan en el Landesarchiv de Potsdam. Vogel no tuvo acceso a ellos durante el juicio, ya que no formaban parte de los archivos que se decomisaron en las oficinas de la Cámara de Cultura del Reich.

«El presidente de la vista volvió...» Will Meisel presentó una extensa declaración como parte del procedimiento judicial, que escribió el 13 de febrero de 1947. Junto con una carta en la que solicitaba su «desnazificación completa», Meisel incluía un cuestionario debidamente cumplimentado, un libro titulado *Will Meisel: Life and Songs*, una fotocopia de un artículo, junto con las declaraciones juradas donde sus amigos y compañeros de trabajo daban fe de su buen carácter. También había una declaración como testigo, escrita por el propio Will, de nueve páginas, que incluía encabezamientos como «Por qué me afilié al Partido Nazi» e «Historial Político». La declaración de Will concluía con el párrafo siguiente: «A pesar de los doce años de reinado de terror, he permanecido fiel a mis sentimientos y a mi forma de funcionar democráticos –y, como demuestra este escrito, me propuse, en la medida que lo permiten las modestas fuerzas de un artista, trabajar contra el Partido y la maquinaria de guerra. No tengo que bajar la mirada ante nadie. ¡Siempre he sido, soy y seguiré siendo un demócrata! Una firma irresponsable y apresurada de ninguna manera me identifica con las prácticas del terror nazi. [...] Los últimos doce años han sido muy difíciles debido a mi actitud “anti”. En mi posición como editor tenía que representar los intereses de mis autores ante las autoridades competentes. Apretando los dientes, tenía que presentar una máscara ante el mundo exterior. Había delatores incluso entre mis mejores amigos. Hoy podría erigir un monumento a mí mismo –teniendo en cuenta mi falta de precaución– por haber eludido con tanta habilidad el campo de concentración. Yo tenía que representar no sólo los intereses de mis autores-clientes sino también mis propios intereses como compositor. Para colmo, tenía que concretar los acuerdos como intérprete de mi esposa, la cantante Eliza Illiard. Al fin y al cabo, uno tenía que ganarse la vida en este Estado. Sin embargo, estoy convencido de que en el mundo del arte no hay nadie capaz de condenarme. Los testigos que he enumerado en las páginas siguientes darán fe de mi sentimiento “anti” y de las medidas que tomé contra el Partido Nazi». Véase Landesarchiv de Berlín (expediente C031-01-02/1281/1-3).

«Entonces Vogel dijo que el último documento [...] escrito por Hanns Hartmann [...] desde Colonia...» El 1 de septiembre de 1947, Hartmann fue nombrado director de Radio en Colonia. El 25 de mayo de 1955 fue designado miembro del consejo de administración

de la recién creada WDR, fue su primer director creativo, y dirigió la empresa hasta 1960. Fue galardonado con la Bundesverdienstkreuz (Cruz Federal al Mérito) en 1959. Falleció el 5 de abril de 1972 en la localidad alemana de Mindelheim. Su esposa, Ottilie, falleció el 26 de julio de 1966 en el apartamento de la pareja en Colonia.

«En su declaración, Hartmann decía que la adquisición de Universal Edition había sido idea suya...» Universal Edition fue fundada en Viena en 1901, y su director y propietario fue Emil Hertzka hasta su muerte. La editorial publicaba a muchos de los mejores compositores del mundo, como Strauss, Mahler y Bartók. Tras su muerte, la propiedad de Universal Edition fue a parar a manos de Jella Hertzka, la viuda de Emil, que huyó de Austria tras la ocupación alemana en marzo de 1938. La compañía fue arianizada inmediatamente después. Volvió a ser propiedad de la familia después de la guerra. Edition Peters fue fundada en 1800 en Leipzig, y fue creciendo hasta convertirse en una de las principales editoriales de Europa. En su catálogo figuraban Brahms, Bruch, Dvořák, Liszt y Wagner. Su propietario y gerente fue Henri Hinrichsen, hasta que la empresa fue arianizada en 1939. En 1940 Hinrichsen huyó a Bélgica, pero fue detenido y deportado a Auschwitz, donde fue asesinado el 17 de septiembre de 1942. Tras la reunificación de Alemania, la editorial volvió a manos de la familia.

CAPÍTULO 16

«los estadounidenses, británicos y franceses actuaron con rapidez...» El Puente Aéreo de Berlín fue obra sobre todo de Estados Unidos y el Reino Unido, como se aprecia al comparar el número de vuelos –Gran Bretaña: 85.870, Estados Unidos: 189.963, Francia: 424– y de las toneladas de carga transportadas: 541.940, 1.783.573 y 896, respectivamente. Aunque no suministró tantas toneladas como sus dos aliados, Francia sí autorizó que su aeropuerto de Berlín Tegel se utilizara como parte del Puente Aéreo, y supervisó su reconstrucción para posibilitar un mayor volumen de tráfico aéreo. En aquella época, Francia estaba centrada en la Guerra de Indochina, que había comenzado el 19 de diciembre de 1946. Hubo vuelos adicionales organizados por otros países, como por ejemplo, Nueva Zelanda, Canadá y Sudáfrica. Los británicos transportaron el 23 % de un total de 2.325.000 toneladas, y sus militares tripularon el 31 % de los 277.000 vuelos. Los detalles pueden encontrarse en los informes F540 de la Royal Air Force, en los Archivos Nacionales de Londres (expedientes Air 28/1034 y

Air 28/1207).

«Se adjuntaba la carta que Will Meisel le escribió en 1938...» El comandante Sely era el responsable en última instancia del caso de Will Meisel, un hombre con fama de ser especialmente decidido entre los británicos. En una carta enviada el 28 de mayo de 1948 desde el Cuartel General británico en Hamburgo a los Servicios de Información de Berlín, el general de brigada Gibson decía que estaba cansado del «cazador de brujas Sely», y quería impedirle que siguiera «inventándose las reglas» en materia de desnazificación. Véase Archivos Nacionales, Londres (expediente FO 1050/603).

«Herr Will Meisel es un personaje de lo más malvado que pueda imaginarse...» Ese documento se conserva en el Bundesarchiv de Berlín (expediente R/9361/V, signatura 147724).

CAPÍTULO 17

«A eso de las diez de la noche Gerda miró por la ventana...» El relato procede de Burkhard Radtke, a quien entrevisté en el verano de 2014.

«había más soldados de lo habitual [...] extras en *La caída de Berlín*...» Era una película en dos partes, encargada por Josif Stalin, dirigida por Mijaíl Chiaureli, y de 167 minutos de duración. En la producción se utilizaron más de 10.000 extras, y la mayor parte se rodó al oeste de Berlín, muy cerca de Groß Glienicke. El Ejército soviético aportó cinco divisiones, incluidos cinco batallones de carros de combate y casi doscientos aviones. En un momento dado, las maniobras militares resultaron tan realistas que causaron la alarma en el cercano aeródromo de Gatow, según los informes que se conservan en los Archivos Nacionales de Kew. La película, catalogada como documental, se estrenó el 21 de enero de 1950 y fue vista por treinta y ocho millones de personas en la Unión Soviética. También se exhibió en la RDA, y todos los miembros de la Volkspolizei estaban obligados a verla.

«La única medida que se adoptó...» Los asesinatos prosiguieron hasta mediados de los cincuenta, aunque no está claro si los perpetradores tenían algo en común, aparte de estar vinculados con el Ejército soviético. Hans Dieter Behrendt, que posteriormente estuvo al mando del puesto fronterizo en el Puente de Glienicke, y que vivió en Groß Glienicke a partir de los años setenta, recuerda el caso de una pareja asesinada en 1955 por soldados soviéticos mientras hacían una transacción de mercado negro en Kemnitz, a pocos kilómetros del pueblo. Behrendt contaba que la Volkspolizei acudió para

investigar, y llevó perros rastreadores. La escena del crimen estaba a tan sólo ochocientos metros de la base soviética. Los perros siguieron el rastro hasta la base, directamente hasta los pabellones donde dormían cientos de soldados. El comandante de la base no dejó entrar a la policía, y les gritó: «*Schluss! Hier nicht mehr*» (¡Alto! No entren aquí). El comandante entró en el pabellón y le dijo a sus hombres que si los culpables no daban un paso al frente de inmediato, iba a castigarlos a todos. Instantes después, dos sospechosos dieron un paso al frente. «No estoy seguro de lo que les ocurrió, tal vez los enviaron de vuelta a Rusia», me dijo Behrendt. Añadió que otros oficiales le habían contado que la oficina de prensa de la RDA no cubría ese tipo de historias, que eran «tabú» porque «los rusos querían mantener una imagen positiva del país, y del socialismo». Y estaba convencido de que este tipo de encubrimientos ocurrían a menudo. Con el paso de los años, las cosas «mejoraron, y hubo más seguridad», dijo. Los rusos tomaron medidas para poner fin a los abusos, evitando que los soldados salieran de la base. Investigaban los delitos de los que tenían noticia y los castigaban con mayor contundencia. Behrendt recuerda que en 1945 y 1946 los rusos llamaban a menudo a su puerta exigiendo joyas, dinero y mujeres. Su familia tenía siempre la puerta cerrada con llave. «La mayoría de la gente odiaba a los rusos», añadió. En los días previos a que los rusos ocuparan su pueblo, su familia huyó en dirección a las fuerzas estadounidenses, que iban avanzando. «Todo el mundo tenía miedo de los rusos», dijo. «Nadie tenía miedo de los estadounidenses.»

«Y eso a pesar de que se decía que Gerda Radtke había visto al asesino...» Burkhard Radtke me contó que su madre había visto al asesino con quemaduras en los brazos paseándose por Groß Glienicke durante los días posteriores al suceso. Cuando se cruzaron, el ruso le hizo a Gerda el gesto de negar con la cabeza, como queriendo decir que no debía revelar su identidad a nadie. A pesar de ello, Gerda le denunció a la policía. Al principio los policías no la creían, pero al final detuvieron al sospechoso. Cuando el soldado vio a Gerda en su juicio, gritó que sus amigos iban a hacerle daño a ella y a sus hijos. Debido a aquella amenaza, la familia fue autorizada a mudarse de vuelta al pueblo, donde iba a estar menos aislada. En mi entrevista con Burkhard, él me contó que su madre se mostraba muy mordaz con la cobertura de los asesinatos que daba la prensa de Berlín Occidental. Señalaba que aunque las víctimas eran atacadas con un hacha, eso no significaba que las hubieran mutilado.

«Dos años después, en la primavera de 1952...» En 1955, Leo Bauer salió en libertad del campo penitenciario de Siberia y fue deportado a la República Federal. Durante un tiempo trabajó como periodista, dirigió varias publicaciones, y después fue nombrado

asesor de Willy Brandt. Falleció en Bonn en 1972. Su expediente puede consultarse en el Archivo de la Stasi (expediente MfS HAIX 24458).

«Con la perspectiva de seguir padeciendo una opresión aparentemente arbitraria por parte del Gobierno...» Los asesinatos y las invasiones domiciliarias no eran los únicos delitos que se producían en el pueblo. El 8 de octubre, el diario *Tagesspiegel* informaba que el domingo anterior, a las ocho de la tarde, las personas que esperaban el autobús en la parada de autobús de Groß Glienicke oyeron gritos de socorro, y a continuación vieron a varias personas vestidas con uniformes rusos alejándose en bicicleta. Dos días antes, proseguía el artículo, varias personas vestidas con uniformes rusos entraron en un apartamento de la Tristanstraße y robaron joyas y mobiliario por valor de varios miles de marcos. Se trataba del duodécimo robo en un domicilio denunciado en el pueblo desde primeros de ese mes.

INTERLUDIO: DICIEMBRE DE 2013

«La JCC presentó miles de reclamaciones...» Según una lista publicada en 2015 en la página web de la Jewish Claims Conference, todavía quedan por recuperar veinticinco propiedades de Groß Glienicke que fueron propiedad de familias judías.

CAPÍTULO 18

«En otoño de 1952, Ella Fuhrmann...» Ella Fuhrmann llegó en 1947, procedente de Pomerania, con sus dos hijos. En aquella época dos hermanos suyos vivían en Groß Glienicke, cerca de la casa del lago.

«Dentro, le recibió Wilhelm Stintzing...» El pastor Stintzing fue nombrado pastor del pueblo en 1947, un puesto que conservó hasta 1967. Una vez que el pueblo quedó partido en dos, a raíz de la Conferencia de Potsdam, Stintzing siguió ejerciendo sus tareas pastorales a ambos lados de la frontera. A lo largo de todo el tiempo que estuvo en el pueblo, tenía autorización para cruzar de un lado a otro, cosa que hacía en bicicleta. Respecto al Muro, me dijo que «fue paralizante, y poco a poco fuimos cayendo en la cuenta de que ya no íbamos a poder pasar al otro lado», y después, «poco a poco, la gente fue acostumbrándose a él». Me dijo que muchos de sus parroquianos le hablaban del Muro y de huir a Occidente, pero siempre en privado. En junio de 2014,

la iglesia de Groß Glienicke celebró una recepción en honor del pastor Stintzing para celebrar su 100.º cumpleaños.

CAPÍTULO 19

«En 1958, la Stasi [...] supervisaba una red de entre 20.000 y 30.000 informadores no oficiales...» En 1971, esa cifra ya había aumentado hasta las 45.000 personas, y más tarde, en 1989, hasta 91.015 agentes a tiempo completo. Esa cifra final representa una relación de 5,5 empleados del Ministerio de Seguridad por cada mil habitantes, muy superior al ratio de la Unión Soviética (1,8 por mil) y de Checoslovaquia (1,1 por mil). En 1968, el número de informadores alcanzó las 100.000 personas, y siguió aumentando hasta aproximadamente 180.000 a mediados de 1975, hasta un máximo de 189.000 en 1989. Muchos de los informadores sólo tenían una relación breve con la Stasi, ya que cada año aproximadamente el 10 % de ellos concluía o iniciaba su colaboración.

«En aquellos tiempos se les conocía con el nombre de *Geheimer Informator* (GI)...» A partir de 1968, los informadores de la Stasi pasaron a llamarse *Inofizielle Mitarbeiter* (IM), colaboradores no oficiales.

«Posteriormente, el expediente fue...» El expediente de Wolfgang Kühne puede consultarse en los archivos de la Stasi (expedientes MfS AIM 1768/61 B y P y MfS AIM 1768/61 B y A). Los documentos de la Stasi relativos a las actividades del regimiento de la guardia fronteriza en Groß Glienicke se conservan en su archivo de Berlín (expedientes MfS HA IX 1096, HA I 19543 Y HA IX 5529).

CAPÍTULO 20

«Aunque vivían en la misma casa...» Unos y otros tenían recuerdos distintos respecto a la intimidad de su relación. Según Lothar y Sieglinde, no dedicaban mucho tiempo a hacer vida social y, al margen de cuidar de los hijos de Irene Kühne una o dos veces, no interactuaban de ninguna forma. Irene recuerda las cosas de otro modo. Recordaba que «celebrábamos juntos las fiestas de cumpleaños, nos invitábamos mutuamente a comer, y nosotros íbamos a tomar té con tarta en su sala, y ellos en la nuestra. Los Fuhrmann estaban constantemente en nuestra casa». También decía que Ella Fuhrmann

era «muy habladora, muy tranquila y cordial, y que hablaba mucho de su marido». Irene añadía que el marido de Ella murió en la guerra, mientras que Lothar decía que su padre murió de cáncer en 1951.

«Llave de Contacto no sólo no se presentó a la siguiente cita...» Por aquella época, se celebró una vista sobre la casa del lago en Berlín Occidental. El 12 de diciembre de 1960, se celebró la vista del caso de Alexander contra el Deutsches Reich en la Sala 149, en la calle Am Karlsbad, en Berlín Occidental. La vista pública estuvo presidida por un juez de lo civil, un tal Kiworr. Asistida por un abogado berlinés, Henny Alexander exigía que el Gobierno alemán indemnizara a su familia por los bienes robados a su familia, entre ellos oro, plata y depósitos bancarios, así como los inmuebles que habían construido en Groß Glienicke y el mobiliario y enseres que contenía la casa. Will Meisel compareció como testigo en el caso y leyó una declaración que traía preparada, donde explicaba que él había alquilado el terreno al doctor Alexander antes de la guerra, y después directamente a la familia Wollank. Dijo que tan sólo disponía de unos pocos documentos para demostrar aquellos tiempos, ya que la mayoría desapareció cuando su casa fue bombardeada durante la guerra. Afirmó que en algún momento después de 1940 había pagado 3.000 marcos a los Alexander a través de su abogado, el señor Goldstrom, a cambio de los inmuebles y el inventario. Después, al verse «incapaz de abonarle la cantidad restante a los Alexander», y dado que para entonces el señor Goldstrom «también había abandonado el país», había pagado 3.000 marcos a la agencia tributaria de Berlín. No le pidieron que presentara pruebas de aquella compraventa, y al representante de la familia Alexander tampoco le dieron la oportunidad de rebatir que se había realizado un trato entre los Meisel y los Alexander. En cuanto a los artículos contenidos en la casa, Meisel añadió que «gran parte del mobiliario estaba empotrado, de modo que era imposible trasladarlo. Nosotros lo dejamos todo como estaba, de modo que debería seguir allí». Concluyó diciendo que «También quiero señalar que no nos trajimos a Berlín Occidental ningún elemento del inventario. Recibimos una comunicación que nos anunciaba que el Ayuntamiento de Groß Glienicke era el encargado de gestionar la parcela y, por lo que yo sé, ahora está alquilada». Después subió al estrado Eliza Meisel. Tras prestar juramento, dijo su nombre, su fecha de nacimiento y su lugar de residencia. Después confirmó que la declaración de su marido «debería ser verdad», ella no podía «recordar los pormenores de las transacciones». Un mes después, el 3 de enero de 1961, el tribunal emitió su veredicto. Se ordenaba que el Gobierno abonara a la familia Alexander 90,34 marcos (aproximadamente 350 euros de hoy) en compensación por el inmueble y el inventario.

Sin embargo, no había que abonar nada a los Alexander por el mobiliario que quedó en la casa, conforme a la afirmación de los Meisel en el sentido de que no se habían llevado ningún elemento a su hogar de Berlín Occidental. Aquélla fue la última vez que la familia Meisel y la familia Alexander tuvieron algún tipo de comunicación, hasta que me reuní con Sven Meisel en 2013.

CAPÍTULO 21

«A pesar del cierre de las fronteras internacionales entre la República Democrática y la República Federal...» Hasta que se levantó la barrera permanente en agosto de 1961, un número considerable de berlineses orientales podían viajar a Berlín Occidental. Muchos iban y venían por su trabajo, pero otros cruzaban la frontera por distintas razones. Por ejemplo, Ursula Dargies iba a un colegio interno en Berlín Occidental, ya que tenía prohibido asistir a un instituto de bachillerato de la RDA debido a que su padre era un sacerdote. Todos los fines de semana regresaba a Berlín Oriental, y podía llevar consigo casi cualquier artículo, salvo literatura de la República Federal. En 1960, Ursula se mudó con sus padres a la RFA.

«Después añadieron una segunda valla de alambre de espino...» Parte de la descripción de la construcción del Muro en Groß Glienicke durante los años sesenta procede de Helga Schütz, que se mudó a una casa situada a la orilla del lago, en la Seepromenade, a doscientos metros de la casa del lago. Al describir la fortificación del Muro a mediados de los sesenta, cuando la alambrada fue sustituida por el muro de hormigón, Helga recordaba: «Durante un instante, parecía una playa, una playa allanada». Cuando le pregunté qué sintió cuando construyeron el Muro entre su casa y el lago, Helga respondió: «El problema no era el Muro, el problema era la situación». Y a continuación añadió: «No creíamos que estuviera ocurriendo, fue un paso tras otro».

CAPÍTULO 22

«La velada social se celebraba en el cuartel de bomberos de Nedlitz...» El relato procede de Lothar y Sieglinde Fuhrmann, a los que conocí en 2014.

«En febrero de 1965...» Las fechas de residencia de los distintos inquilinos de la casa del lago pueden consultarse, para los años de posguerra, en el archivo del Ayuntamiento de

Potsdam.

«Si los Fuhrmann estaban contentos con su nuevo alojamiento, los miembros de la familia Kühne lo estaban aún más...» El relato de los primeros tiempos de la familia Kühne en la casa procede de Irene, a la que entrevisté en su apartamento de Potsdam durante el verano de 2014.

CAPÍTULO 23

«vestida con un abrigo amarillo pálido y un sombrero a juego...» El periódico *The Times* ofrecía los detalles de aquella visita el 28 de mayo de 1965, bajo el titular UNA GRAN MULTITUD ACLAMA A LA REINA EN BERLÍN.

«Para entonces, era evidente que los vecinos podían clasificarse...» Este análisis procede de Sylvia Fiedler, que nació en Groß Glienicke en 1963, vivió allí hasta 1982, y posteriormente fue directora gerente de un periódico local. «La gente se adaptaba a la situación», me dijo. «Algunos decían: “no me cuentes cosas, ya que no tendré más remedio que contarlas”».

«El 13 de agosto de 1966, vestidos con sus uniformes de Pioneros de Thälmann...» Según el *Ortschronik*, en 1966 la población del pueblo la componían: 1.719 residentes, de los que 501 eran varones adultos en edad de trabajar, y 628 eran mujeres adultas en edad de trabajar, 215 jubilados, ochenta y siete adolescentes, y el resto niños menores de catorce años. 110 trabajaban para la Volkspolizei, 282 trabajaban en Potsdam, diez en Berlín, 110 trabajaban en la fábrica Max Reimann, cincuenta y uno eran agricultores, treinta y uno trabajaban en el comercio al detalle, y el resto se repartían entre distintas profesiones (como taxistas, peluqueras y electricistas).

«Según el director del *Ortschronik*...» El *Ortschronik Groß Glienicke* fue fundado en 1956 por Johannes Sieben, uno de los maestros de Bernd y Lothar. A mitad de camino entre un álbum de recortes y un periódico local, el *Ortschronik* acabaría convirtiéndose en la historia oficial del pueblo a lo largo de los cuarenta años siguientes. Por tratarse de una iniciativa avalada por el Partido, el *Ortschronik* venía con su propio manual de instrucciones con tapas amarillas. Sieben, un hombre al que el Partido consideraba de fiar, y respetado en el seno de la comunidad, fue elegido expresamente por los representantes locales del Partido para dirigir el *Ortschronik*. En un artículo, Sieben explicaba su punto de vista sobre el *Ortschronik*: «En estos libros puede verse cómo se refleja el desarrollo socialista de la educación del pueblo». En otra ocasión, en un

artículo para el *Potsdamer Blick*, otro periódico local, Sieben clarificaba el cometido del *Ortschronik*: captar la «época histórica» que estaban viviendo, y «en el futuro, los jóvenes ávidos de saber lo leerán, aportarán algo de su parte, y aprenderán cosas sobre los orígenes del socialismo, y se sentirán agradecidos por esto». Siempre que Sieben asistía a algún evento que consideraba de importancia histórica –un discurso de un presidente local del Partido, el 700.º aniversario del pueblo, un aniversario del propio *Ortschronik*– escribía una breve crónica y la incluía en el diario. A eso le añadía los artículos sobre el pueblo que se publicaban en los periódicos de Potsdam. Por ejemplo, el punto de vista de Sieben sobre el Muro era el siguiente: «Nuestro Gobierno ha adoptado las medidas pertinentes para proteger nuestra libertad y hacer más seguras nuestras fronteras contra Berlín Occidental. Por supuesto que esas medidas resultan dolorosas para la ciudadanía, para los habitantes de este hermoso paisaje rural. Esta frontera nos protege de los agentes y los saboteadores, y nos permite construir nuestra pacífica República». Tras la caída del Muro, la dirección del *Ortschronik* adoptó un tono más liberal, los vecinos podían colaborar con sus propios artículos, incluso añadir material de antes de 1989. En 2015 ya había cuarenta y siete tomos del *Ortschronik*.

«En contadas ocasiones lograban acertarle al segundo cable...» Bernd no era el único al que le entusiasmaba aquel juego. El comandante del regimiento de la patrulla fronteriza, Peter Kaminski, recordaba que sus hijos jugaban a menudo a eso mismo. Cuando se acertaba al cable disparador, se enviaba una señal a la torre de vigilancia más cercana, lo que provocaba que una luz roja parpadeante iluminara la parte de la valla afectada. Kaminski y sus compañeros de la guardia las llamaban «luces de discoteca».

«Por la noche, después de cenar, a menudo veían la televisión...» La recepción de la televisión occidental en Groß Glienicke era muy buena, y también en amplias zonas de la RDA. Las áreas con mala recepción se conocían con el nombre de *Tal der Ahnungslosen*, «valle de los desprevenidos». Las dos zonas principales de mala recepción estaban en el extremo nororiental, cerca del mar Báltico, y en el extremo sureste, cerca de Dresde.

«El primer intercambio tuvo lugar...» Posteriormente hubo otros dos intercambios en el Puente de Glienicke. En 1985, veintitrés agentes estadounidenses que habían estado encarcelados en distintos países de Europa oriental fueron intercambiados por un agente polaco y tres soviéticos. Por último, en 1986, el disidente Anatoli Sharansky y tres agentes occidentales fueron intercambiados por el agente «durmiente» Karl Koecher y otros cuatro espías del Este.

CAPÍTULO 24

- «Irene dedicaba las tardes a ir de compras...» La descripción de las tiendas del pueblo procede de mis conversaciones con distintos vecinos, entre ellos Burkhard Radtke, Günther Wittich, Irene y Bernd Kühne, así como de los artículos de los archivos del *Ortschronik*.
- «En el marco de las celebraciones, se pidió a los escolares...» Este poema aparece en un artículo del *Ortschronik*, archivado en el Tomo 3, p. 50.
- «A la edad de catorce años, Bernd [...] ingresó en el movimiento de juventudes del Partido, la Freie Deutsche Jugend...» La FDJ fue fundada el 7 de marzo de 1946 como la asociación juvenil del Partido. En 1989, la FDJ tenía 2,3 millones de afiliados, casi el 90 % de los jóvenes de entre catorce y veinticinco años de la RDA.
- «Esos dos acuerdos [...] el 17 de mayo de 1972...» Más o menos por aquella época Elsie Harding llevó a su hija Vivien a ver la casa del lago. Sin embargo, les resultó imposible visitarla, pues la casa estaba ubicada dentro de la zona de seguridad fronteriza de la RDA, de modo que fueron en coche hasta la orilla del lago de Groß Glienicke que pertenecía a Berlín Occidental para verla desde allí. Posteriormente Vivien recordaba que su madre estuvo mirando por unos prismáticos y señaló con el dedo su antigua casa, apenas visible por encima del Muro de Berlín, al otro lado del lago. «Eso es Glienicke, ésa es la casa», dijo. «Se ve lo cerca del lago que estaba la casa, se ve lo bonito que es el entorno.» Frustrada por no poder visitar la casa, e inspirada por las historias que le contaba su madre, Vivien dijo que sentía una mezcla de violentas emociones. Por el contrario, su madre permanecía impasible y formal. Aunque estaba ansiosa por enseñar la casa –se trataba de un objeto físico, de un dato histórico– no estaba dispuesta a expresar sus sentimientos.
- «Poco después [...] Wolfgang volvió a abusar de la bebida...» Son recuerdos que me contó Irene Kühne cuando me entrevisté con ella y con su hijo Bernd en su apartamento de Potsdam durante el verano de 2014.
- «Su humor fue haciéndose más sombrío y amargado...» Los Fuhrmann no recuerdan que se produjera ningún tipo de maltrato ni violencia entre los Kühne mientras ellos vivieron en la casa, entre 1958 y 1965. «Era una casa de madera», decía Lothar, «nos habríamos enterado de ese tipo de cosas.» Si los recuerdos de Irene son correctos, probablemente el maltrato por parte de Wolfgang empezó tras la marcha de los Fuhrmann, en 1965.
- «Al final, Wolfgang utilizó sus “buenos contactos”...» En la RDA se utilizaba

habitualmente la palabra «contactos» como eufemismo para el contacto con individuos poderosos, clandestinos o criminales. Ese tipo de personas podía trabajar por su cuenta en el mercado negro, o podía operar oficialmente a través del Ejército, la Stasi u otros organismos del Estado.

CAPÍTULO 25

«Antes de una competición, Bernd se tomaba una sopa de verduras especial que había sido cuidadosamente preparada por sus entrenadores...» Los esteroides anabolizantes se repartían de forma generalizada entre los deportistas de la RDA, incluso entre los niños. A menudo se administraban por vía oral, y los que los consumían normalmente no eran conscientes de lo que se estaban tomando. Aunque ese tipo de drogas predominaba sobre todo en deportes como la natación, también se utilizaba en atletismo. Según el Instituto de Bioquímica de la Universidad del Deporte de Colonia, los esteroides anabolizantes sintéticos tienen numerosos efectos secundarios, como un aumento del riesgo de infarto de miocardio, daños hepáticos, masculinización de las mujeres (voz más grave, crecimiento del vello e infertilidad), y disfunción eréctil y enfermedades prostáticas en los hombres. Algunas estimaciones afirman que llegaron a doparse hasta 10.000 deportistas de la RDA.

«Una tarde de primavera de 1977...» Por aquella época, el 28 de enero de 1977, un niño que asistía al colegio de Groß Glienicke, situado al lado del Muro, fue alcanzado por una bala perdida. Según el informe de la Stasi, el tiro procedía de un campo de tiro con fusil cercano. El niño herido fue trasladado al hospital, y más tarde se recuperó. Véase Archivo de la Stasi en Berlín (expediente MfS ZAIG 23717).

«Bernd se montó en su ciclomotor Simson de dos tiempos...» Simson era una empresa alemana que producía armas de fuego, bicicletas, motocicletas y coches a precios populares. Durante el periodo del nacionalsocialismo la empresa le fue expropiada a sus propietarios, los Simson, una familia judía. El ciclomotor Simson llegó a ser uno de los más vendidos durante el periodo de la RDA. Bicicletas y ciclomotores estuvieron fabricándose en la localidad de Suhl hasta 2002.

«Finalmente, Bernd se hartó...» En el expediente de la Stasi sobre Bernd consta la fecha en que la pareja se mudó al Drei Linden. Según el expediente, Gabi se mudó oficialmente al apartamento el 27 de mayo de 1981, pocos meses antes de la boda, pero en la práctica vivió con Bernd desde el principio.

- «Por consiguiente, estaba ubicada dentro del *Grenzgebiet...*» La solicitud de mudarse a una casa situada en la zona de seguridad fronteriza se apuntó en el expediente de la Stasi sobre Bernd, y se afirmaba que «No existen restricciones para que se mude a la zona fronteriza». Una nota sobre Gabi que figuraba en el expediente de Bernd añadía: «Por su historial laboral no existen indicios en contra».
- «En su último día en el Ejército, el 28 de octubre de 1983...» El expediente de la Stasi sobre Bernd registra su hoja de servicios en el Ejército como sigue: «Ejército 2STK – Soldado – 4/5/1982 - 28/10/1983». Véase Archivo de la Stasi, Berlín (expediente MfS BV PDM, Abt XIX ZMA 3218).
- «en concreto un modelo determinado de la marca Lada...» El modelo al que aludía Bernd era probablemente el Lada 2107, el modelo de lujo que a menudo conducían los miembros de la Stasi.

CAPÍTULO 26

- «También fueron cofundadores del Club de Carnaval de Groß Glienicke...» Según el director del *Ortschronik*, el carnaval se celebró el 5 de marzo de 1987, y Bernd «se lo tomó muy en serio, y precisamente por eso el evento tuvo tanto éxito».
- «Había oído hablar de la gente que intentaba escapar...» En el pueblo hubo muchos otros intentos de huida, pero Bernd sólo había oído hablar de algunos de ellos. La Stasi recopilaba informes detallados de cada intento conocido. He aquí dos ejemplos. El 23 de junio de 1971, un cajista del que no se menciona el nombre, que estaba casado y tenía dos hijos, fue en moto hacia el tramo del muro situado en el bosque, a poca distancia al norte del pueblo. Soltó la moto y echó a andar hacia la «Torre B», llegando al Muro a las 20.38. Le tirotearon de inmediato, y se dispararon cincuenta y cuatro balas. Salió ileso. A las 21.20 fue detenido, y posteriormente encarcelado. Según el expediente, el intento de fuga estuvo motivado por la «desintegración de su familia y por su descontento en el puesto de trabajo». Otro intento de huida tuvo lugar el 3 de agosto de 1987, esta vez a diez kilómetros al norte del pueblo, a las 2.15. Tres personas de entre veinte y veinticuatro años pasaron por encima del Muro utilizando una escalera. Los guardias fronterizos dispararon siete tiros, pero no hubo heridos. Más tarde se encontró una carta en casa de uno de los evadidos. Decía: «Un pájaro enjaulado no puede ser feliz». Esos expedientes pueden consultarse en el Archivo de la Stasi en Berlín (expedientes MfS HAI 4647 y MfS HAI 14441).

«El incidente de evasión más famoso de aquella zona...» Los detalles de este caso pueden encontrarse en el Archivo de la Stasi de Berlín, incluida una gran cantidad de artículos de periódicos, así como una copia del informe preliminar de la Stasi (expedientes MfS HAIX 5529 y MfS ZKG 1477).

«El informe preliminar de la Stasi...» Este informe puede consultarse en el Archivo de la Stasi (expedientes MfS HAIX 5529 y MfS ZKG 1477).

«La muerte de Ulrich Steinhauer...» Durante años, el caso recorrió un sinuoso camino a través del sistema judicial de la República Federal de Alemania, y la sentencia contra Bunge, para gran consternación de la RDA, fue reduciéndose gradualmente de asesinato a homicidio, ya que los tribunales intentaban encontrar un equilibrio entre el derecho de Bunge a la libertad y el derecho a vivir de Steinhauer. Para complicar más las cosas, el testimonio de Bunge se consideró poco fiable cuando un equipo forense dictaminó que a Steinhauer le habían disparado por la espalda. Pero además había problemas con las pruebas presentadas por la RDA, dado que la patrulla fronteriza había levantado el cadáver inmediatamente después del tiroteo, aunque después lo volvieron a poner en el mismo sitio, para permitir que lo grabaran las cámaras de televisión de la RFA. Por añadidura, la patrulla fronteriza no podía recordar dónde habían encontrado las armas de los dos guardias.

«No obstante, la evasión que más impresionó...» Los detalles de este suceso proceden de Bernd Kühne y del general Hans Dieter Behrendt, que estaba al mando en el Puente de Glienicke en el momento de la evasión, y al que entrevisté en el verano de 2014.

CAPÍTULO 27

«Cada día aumentaba la presión...» Según Hans Dieter Behrendt, «¡La situación en la RDA era una mierda! Y todos lo sabíamos. Todos sabíamos que Honecker estaba débil, que tenía que ocurrir algo, todo el mundo sabía que las cosas no podían seguir así, y todas las instituciones –la Stasi, el Ejército, el Gobierno, el regimiento, la policía– estaban en guerra entre ellas».

«el oficial al mando intentaba llamar a la oficina central...» Peter Kaminski sospecha que aquel corte de las comunicaciones fue provocado por algún alto mando de la Stasi, que quería impedir que se produjera una revolución. Hans Dieter Behrendt lo niega rotundamente, y dice que la Stasi nunca cortó las comunicaciones.

«telefoneó a los guardias fronterizos de Staaken...» Según Hans Dieter Behrendt, el oficial

al mando del regimiento fronterizo de Groß Glienicke dio permiso para que los peatones cruzaran la frontera, pero los coches no. En eso discrepa con el comandante Kaminski. Dice que aquel día estaba al mando un guardia fronterizo llamado Horst Wieting, que telefoneó al control central de pasaportes de Berlín cuando aparecieron los coches para que le dieran instrucciones, diciendo que «no sabía qué hacer». La respuesta fue muy sencilla: «Abra la frontera».

«Hans Dieter Behrendt, el oficial al mando del Puente de Glienicke...» Durante los días posteriores a la caída del Muro, Behrendt visitó un puesto fronterizo que acababan de abrir, y se encontró con que los guardias de ambos lados estaban sentados tomando café juntos. Cuando vieron llegar a un oficial superior, los guardias se pusieron de pie de un salto y pidieron disculpas. «Lo sentimos», dijeron. Behrendt les dijo que se relajaran. «No se preocupen, beban, coman.» Más tarde se lo contó a su jefe, que le reprendió por la falta de disciplina, pero Behrendt le contestó: «Ya no puede usted decirme lo que tengo que hacer».

CAPÍTULO 28

«Ahora, los residentes de Groß Glienicke de toda la vida se topaban con extraños...» La prensa de la República Federal venía repleta de artículos que ofrecían consejos sobre cómo recuperar las tierras en Alemania Oriental. Un titular del 9 de febrero de 1990 dice: «DECENAS DE MILES QUE LO PERDIERON TODO EN LA RDA SE HACEN LA MISMA PREGUNTA: “¿CÓMO PUEDO RECUPERAR MIS BIENES CONFISCADOS?”». Otro titular decía: «¡LOS AGENTES INMOBILIARIOS DE LA RFA YA ESTÁN A LA ESPERA DE LA ORDEN DE PONERSE EN MARCHA!». Y otro más: «¡LA MITAD DE LA “ALEX” [Alexanderplatz] CON SU MÁSTIL NOS PERTENECE!». Ese tipo de artículos avisaban a sus lectores de que «Las empresas de la RFA pueden comprar terrenos en la RDA» y de que «Los ciudadanos de la RFA pueden heredar parcelas de terreno de sus hijos, sus padres o sus hermanos».

«Sus esfuerzos fueron reconocidos en noviembre de 1962, cuando el Gobierno alemán...» Su antiguo director creativo, Hanns Hartmann, recibió ese mismo galardón el 30 de enero de 1959.

«En una entrevista de la época, publicada en el *Telegraf*...» En aquella misma entrevista, en la que le preguntaron por los proyectos de ese momento, Will Meisel dijo: «Sigo teniendo ideas para musicales, pero ya no le interesan a nadie». Dirigiéndose a Eliza, el

periodista le preguntó sobre su carrera profesional, señalando que cuando era una joven estrella había aparecido en la película *Paganini*, y que había recibido más cartas de fans del cine que el galán Iván Petrovich, y que en otra película, *Noches de Petersburgo*, un crítico la había descrito como una mujer «de una belleza deslumbrante». «Ahora estoy dedicada por entero a mi marido», dijo Eliza recatadamente. «Eso es lo que le gusta, porque siempre quiere ser el centro de la familia.» Meisel añadió que le había regalado a su esposa por su cumpleaños un cofre de discos con todas las canciones que ella había grabado, y después, con un tono un tanto lastimero, dijo que tenía «sentimientos contradictorios» sobre el pasado, porque le recordaba que el tiempo era «volátil» y «fugaz».

«[Le trasladaron al hospital de Müllheim...](#)» Will Meisel fue enterrado en el cementerio de Wilmersdorf, en Berlín Occidental, y se celebró un funeral en su honor en Neukölln, al sureste de la ciudad. Tras la lectura de su testamento, quedó claro que la empresa, así como sus canciones de los años treinta y cuarenta, iba a permanecer en la familia, y sus nuevos propietarios eran Peter y Thomas Meisel a partes iguales. En septiembre de 1967, poco antes del que habría sido su 70.º cumpleaños, se celebró una exposición sobre la obra de Meisel, que incluía fotografías, películas y canciones, en la Junta Municipal del barrio berlinés de Wilmersdorf.

«[Pero la muerte de Will no mermó el entusiasmo de sus hijos...](#)» El 22 de enero de 1977, la revista *Billboard* –el semanario musical estadounidense de máxima difusión– incluyó un suplemento promocional de treinta y una páginas donde se conmemoraba el 50.º aniversario de Edition Meisel. Incluía una breve biografía de Will Meisel, una historia de su empresa, y entrevistas con sus hijos. En aquel número especial de *Billboard* también aparecían más de cincuenta anuncios con las felicitaciones y buenos deseos de editoriales de música y estudios de grabación de todo el mundo, como por ejemplo EMI, CBS y Warner (WEA). Muchos de los mensajes personales procedían de directivos judíos del mundo de la música –leyendas de la industria como Don Kirshner y Morris «Mo» Levy. Uno de los anuncios lo pagaba Aaron Schroeder, un editor judío que había compuesto diecisiete canciones de Elvis, de las que cinco llegaron a ser número 1 en las listas de ventas. En aquel anuncio a toda página, Schroeder decía: «Queridos Peter y Trudi, ¡Meisel-tov!».

«[Su padre y su tío \[de Cordula\] le habían desaconsejado...](#)» El 21 de octubre de 1995, Klaus Munk, tío de Cordula, le escribió una carta a Frank Harding, hijo de Elsie. En aquella carta, Klaus Munk deja claro que, en lo que a él le concernía, la casa del lago seguía siendo propiedad de los Alexander, y la calificaba como «la casa de usted». Sin

embargo, a pesar de su llamamiento a un «intercambio de información» y a enterarse del «punto de vista» de sus antiguos vecinos, Klaus Munk no volvió a saber nada de los Alexander. Estaba convencido de que estaban intentado recuperar la propiedad de la casa, y supuso que la familia estaba demasiado atareada litigando con el sistema judicial alemán, y que por eso no habían tenido tiempo para contestarle.

«Una de las primeras medidas de Kaminski...» El Ayuntamiento de Groß Glienicke primero decidió que la ribera del lago debía ser un espacio público, el 20 de junio de 1990. Llevó cierto tiempo que aquella decisión pasara a formar parte del plan de urbanismo local.

CAPÍTULO 29

«La acompañaban seis nietos...» A Berlín viajamos ocho personas: mis primos James, Alexandra y Deborah, mis hermanas Amanda y Kate, mi prometida, Debora, Elsie y yo. Grabé la visita con una cámara de vídeo, pero a la vuelta perdí la cinta. Veinte años después, mientras me documentaba para este libro, la encontré.

«había vuelto de inmediato a su trabajo...» Los clientes se los enviaba la agencia de viajes Globetrotters, con sede en Hamburgo. El hecho de que la mayoría fueran alemanes de la tercera edad le daba una gran satisfacción, en parte porque así podía dominarlos, en parte porque ganaba dinero a sus expensas, y en parte porque podía pasarse horas y horas contándoles lo orgullosa que estaba de su país de adopción, hablándoles de la tolerancia religiosa y cultural de Gran Bretaña, de su inveterado respeto por la democracia, y de lo generosamente que les habían ofrecido refugio de la Alemania nazi a ella y a su familia. Cuando le preguntaban por qué hablaba un alemán tan maravilloso, Elsie les decía: «Fui al colegio en Berlín». Y cuando, invariablemente, le preguntaban: «¿No añora usted Alemania?», ella contestaba: «A mí sólo se me puede echar una vez». A Elsie le gustaba hacer una parada en la catedral de Coventry, aproximadamente a mitad de camino entre Londres y Edimburgo –allí los lugareños la llamaban la «rabina de Coventry»– y darle una charla a su público alemán sobre los terribles bombardeos que habían destruido la ciudad, y del estoicismo que había demostrado su población al rehacer sus vidas. Siempre que uno de los alemanes puntualizaba que los británicos habían provocado una destrucción similar en Dresde y en Berlín, Elsie sacaba las uñas, y les recordaba la tiranía del Estado nazi y los millones de personas asesinadas en el Holocausto. Otra de las ventajas de aquel empleo,

teniendo en cuenta que habitualmente sus clientes eran hombres y mujeres de la tercera edad, era que Elsie podía posponer las paradas para las necesidades de los pasajeros por el procedimiento de hablar sin parar por el micrófono en la parte delantera del autobús. Y así, a su manera, se tomaba la revancha de los turistas alemanes.

«El fin del control británico sobre Gatow se celebró el 27 de mayo de 1994...» El 27 de mayo de 1994, *The Times* publicó un reportaje que llevaba como titular: «EL DESFILE ANTE EL PRÍNCIPE DE GALES EN BERLÍN SEÑALA EL REPLIEGUE BRITÁNICO». Según el artículo, los británicos habían asumido el control de Gatow cuando Berlín «todavía era un laberinto de calles bombardeadas», y para los soldados británicos que lo abandonaban en aquel momento, «la retirada no era ninguna tragedia». Pero el cierre de la base era significativo, concluía el artículo, porque «se corta algo así como una conexión vital entre Gran Bretaña y Berlín. Los viejos nombres y edificios no sólo eran el distintivo de una potencia ocupante sino también protectora, de forma más evidente en los tiempos del Puente Aéreo de Berlín durante los años de la Guerra Fría».

«A lo largo de los años siguientes, se demolió el cuartel del NVA...» El *Panzerhalle*, creado en 1992, se convirtió en un refugio para pintores, escultores e ilustradores. El estudio tenía una superficie de 5.000 m², un tejado abovedado tan alto como una casa de dos pisos, y unas puertas enormes por las que cabía incluso la obra de arte más gigantesca. En 2008, la demolición de los locales ocupados por los artistas provocó considerables protestas, y fue objeto de la atención de los medios de comunicación locales y nacionales. Actualmente existe un estudio de pintura más pequeño y una sala de exposiciones, situados en uno de los edificios de ladrillo del antiguo cuartel. En 2015, se anunció que algunos de los barracones que permanecían vacíos iban a utilizarse para albergar a los refugiados procedentes de Siria.

CAPÍTULO 30

«Inge Kühne decidió irse de allí...» En agosto de 2014, Sylvia Fiedler, vecina de Groß Glienicke desde hacía muchos años, y periodista local, me envió un correo electrónico argumentando que había que perdonarle a los vecinos del pueblo que no cuidaran mejor de sus inmuebles, y señalaba que, en algunos aspectos, la vida era más fácil antes de la reunificación. «En la RDA no podíamos comprar materiales de construcción, tuberías, clavos, tablonés, grifos, etcétera en una tienda», decía. A pesar de los

problemas, «la mayoría de las casas y los inmuebles tuvieron buen aspecto hasta 1990». Tras la reunificación, a los vecinos les resultó difícil el mantenimiento de sus hogares, dado que muchos de ellos se quedaron sin empleo de la noche a la mañana. «Desde luego, los antiguos residentes no tuvieron el deseo intencionado de destruir la casa del lago.» Y añadía que, para muchos, la RDA ofrecía ventajas reales que la RFA no tenía, como por ejemplo guarderías y atención sanitaria gratuitas, comida barata y pleno empleo.

«Una de sus favoritas era “Dark Place”, de Böhse Onkelz...» El grupo Böhse Onkelz provocó una polémica considerable, sobre todo en sus primeros años. Se formó en 1980, y se le asociaba con la cultura skinhead y se le acusaba de promover la violencia y el nacionalismo. Durante los años noventa fueron boicoteados por las grandes cadenas de tiendas de música de Alemania, Media Markt y Saturn. Al final de la década, el grupo rehabilitó su imagen denunciando el extremismo en reiteradas ocasiones. Hasta la fecha, entre las canciones que han publicado hay más de veinte discos de oro y nueve de platino.

CAPÍTULO 31

«Alguien había pintado una hoz y un martillo y las letras YPA...» El Ejército Popular Yugoslavo eran las Fuerzas Armadas de la República Socialista Federal de Yugoslavia, fue fundado en 1945 y disuelto en 1992, tras la desintegración de Yugoslavia.

CAPÍTULO 32

«Una vez que el niño dominó el circuito...» Chris Grunert sigue participando en campeonatos de motocross. Espera poder competir como profesional algún día.

«Más o menos por aquella época unos cuantos propietarios originarios de las viviendas de la ribera...» El 15 de julio de 1996, los parlamentarios del ampliado Bundestag promulgaron la *Mauergrundstücksgesetz*, la Ley de los Terrenos del Muro, que facultaba a los propietarios a adquirir la tierra que se les había expropiado, a un precio reducido, el 25 % del valor de mercado. Algunos propietarios de Groß Glienicke decidieron volver a comprar aquellos terrenos. Muchos ni siquiera sabían que podían hacerlo. Algunos de los que llevaban más tiempo viviendo junto al lago ahora se

quejaban de que habían tenido que comprar el terreno dos veces, una en los años treinta y otra en 1996.

«Unos pocos tomaron medidas más drásticas...» Uno de ellos fue Peter Daniel, un catedrático de Medicina que vivía a doscientos metros al sur de la casa del lago. Unos días después de que Daniel cortara el paso por el sendero de la orilla del lago que discurría por detrás de su casa, un grupo de manifestantes se congregó ante su puerta enarbolando pancartas, con consignas como «Cortar el paso es violencia» y «Liberen la orilla del lago de Groß Glienicke». Daniel se puso tan nervioso que llamó a una empresa de seguridad, que colocó a dos guardias junto a la valla de su finca, al lado del camino. A la semana siguiente, el lunes de Pascua de 2010, más de trescientos manifestantes se congregaron ante la casa de Daniel. En aquella ocasión hubo presencia policial, que fue testigo de cómo un político local gritaba a través de su megáfono: «Con el lago tenemos una perla». A continuación salió Peter Daniel para hablar con los manifestantes. No está claro lo que ocurrió después, aunque Daniel cree que un objeto contundente le golpeó la cabeza, tal vez una botella. Resultó herido, se lo llevaron a un hospital, donde los médicos le diagnosticaron una conmoción. El sospechoso, que había sido detenido por la policía, fue puesto en libertad sin cargos por un tribunal local. Tras aquel incidente, las protestas bajaron de intensidad, ya que la disputa se trasladó de la ribera a los tribunales. Daniel retiró su barrera, aunque siguió diciéndole a quienes pasaban por allí caminando o en bicicleta que estaban invadiendo una propiedad privada.

Bibliografía

- AGEE, Joel, *Twelve Years*. El autor, nacido en Estados Unidos, cuenta su vida en Groß Glienicke desde 1948 hasta 1953.
- ALEXANDER, John, *A Brief Measure of Time*. Una historia de la familia Alexander (autoedición).
- ANÓNIMO, *Una mujer en Berlín: anotaciones de diario escritas entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945*. Una brutal descripción de la vida durante la ocupación soviética.
- APPLEBAUM, Anne, *El telón de acero: la destrucción de Europa del Este, 1944-1956*. Un trabajo de referencia que detalla la historia de Europa oriental desde 1944 hasta 1956.
- ASH, Timothy Garton, *El expediente: una historia personal*. Una elocuente investigación personal centrada en el expediente de la Stasi sobre el propio autor.
- BIDDISCOMBE, Perry, *The Denazification of Germany: A History 1945-1950*. Una perspectiva general del proceso de desnazificación llevado a cabo por las potencias estadounidense, francesa, soviética y británica.
- CLARE, George, *Berlin Days, 1946-1947*. Una memoria en el marco del Berlín de la posguerra, una de cuyas secciones trata del tiempo que Clare estuvo trabajando en la comisión británica de desnazificación en la Schlüterstraße.
- CLARK, Christopher, *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Una historia pionera de los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial.
- FALLADA, Hans, *Solo en Berlín*. Brillante relato de ficción sobre la vida en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial.
- FESSEL, Anke, y Keller, Chris, *Berlin Wonderland*. Imágenes de Berlín tras la caída del Muro, desde 1990 hasta 1996.
- FONTANE, Theodor, *Wanderungen Durch die Mark Brandenburg*. Clásica obra de recuerdos del autor sobre los viajes por Brandeburgo de uno de los autores más queridos de Alemania. El tercer tomo describe su visita a Groß Glienicke.
- FULBROOK, Mary, *The People's State: East German Society from Hitler to Honecker*. Una útil introducción a la vida en la RDA.
- FUNDER, Anna, *Stasiland: historias tras el muro de Berlín*. Introducción al mundo de los servicios de seguridad de Alemania Oriental a través de los ojos de una extranjera.

- GERBER, Rolf, *Recollections and Reflections*. Memorias de un amigo de Elsie Harding (autoedición).
- GILBERT, Martin, *Churchill: A Life*.
- , *La noche de los cristales rotos: el preludio de la destrucción*. Los sucesos de los días 9 y 10 de noviembre de 1938 en Alemania.
- Groß Glienicker Kreis, *Jüdische Familien in Groß Glienicke. Eine Spurensuche*. Una historia de las familias judías de Groß Glienicke documentadas por los vecinos del pueblo. El folleto puede adquirirse en la sede de la asociación Groß Glienicker Kreis.
- HASS, Michael, *Forbidden Music*. Reseña de los compositores judíos prohibidos durante el periodo nazi.
- HAUPT, Michael, *Villencolonie Alsen am Großen Wannsee*. Una introducción a distintas casas y villas de los alrededores del Wannsee; incluye interesantes fotografías.
- KALESSE, Andreas, y Duncker, Ines, *Der Gutsпарк von Groß Glienicke*. Historia de la finca de Groß Glienicke, folleto publicado por el Ayuntamiento de Potsdam.
- VON KALM, Harald, *Das preußische Heroldsamt*.
- KEMPE, Frederick, *Berlin 1961: el lugar más peligroso del mundo*. Un año en el corazón de la Guerra Fría.
- KERSHAW, Ian, *El final: Alemania 1944-1945*. Detalla la historia del final de la guerra.
- LADD, Brian, *The Ghosts of Berlin*. Reseña de la arquitectura cambiante del Berlín actual.
- LAUDE, Ernst y Annelies, *Groß Glienicke – Geschichte und Geschichten*. Historia del pueblo por los antiguos directores del *Ortschronik*. El folleto puede adquirirse en la sede de la asociación Groß Glienicker Kreis.
- LEHMBERG, Otto, y Toreck, Renate, *Groß Glienicke im Wandel der Zeit*. Una historia de Groß Glienicke a lo largo de los siglos. El folleto puede adquirirse en la sede de la asociación Groß Glienicker Kreis.
- LEO, Maxim, *Red Love: The Story of an East German Family*. Ilustra la vida cotidiana al otro lado del Muro.
- NAIMARK, Norman, *The Russians in Germany*. Una historia de Alemania durante la ocupación soviética, 1945-1949.
- NOOTEBOOM, Cees, *Road to Berlin*. Memorias del regreso a Berlín del periodista holandés.
- PEUKERT, Detlev, *The Weimar Republic*. Una historia de Alemania desde 1918 hasta 1933.
- RICHIE, Alexandra, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*. Crónica definitiva de la capital de Alemania.
- SCHMIDT, Bernhard, *Ein Interesse weckt nur noch das Altarbild*. Historia de la iglesia de Groß Glienicke escrita por su pastor.
- SCHRADER, Helena, *The Blockade Breakers*. Introducción al bloqueo de Berlín y al aeródromo de Gatow.
- SCHROEDER, Rudi, *100 Jahre Will Meisel*. Historia de Will Meisel y de Edition Meisel, incluye CD con música del compositor (autoedición).

TAYLOR, Frederick, *El Muro de Berlín*. Introducción a la vida antes, durante y después del Muro.

— *Exorcising Hitler*. Descripción del proceso de desnazificación, incluidos los juicios de la posguerra.

WALTERS, Guy, *Berlin Games: How Hitler Stole the Olympic Dream*. Útil crónica de los Juegos Olímpicos de verano de Berlín y su contexto.

WOODHEAD, Leslie, *My Life as a Spy*. Memorias del realizador de documentales, que incluye su trabajo como espía en Gatow.

VON WYSOCKI, Gisela, *Wir machen Musik: Geschichte einer Suggestion*. La hija del productor musical Georg von Wysocki ilustra la vida en Groß Glienicke desde 1940 hasta 1948.

Agradecimientos

Mi investigación comenzó realmente por los vecinos de Groß Glienicke, y por una persona en concreto, Sonja Richter. Fue Sonja la primera que me advirtió de que la casa se encontraba en mal estado. Fue Sonja quien me ayudó a encontrar el expediente de la Gestapo sobre el doctor Alexander, perdido en lo más profundo de los archivos de Potsdam. Y fue Sonja la que me presentó a mi primer contacto en el pueblo, lo que dio lugar a toda una cadena de entrevistas. Primero vino Burkhard Radtke, que vivía detrás de la casa del lago, y que a su vez concertó una cita con Bernd Kühne. A través de Bernd di con su madre, su hermano, sus hermanas y con Roland Schmidt. A través de Sonja también pude conocer al pastor del pueblo, que a su vez telefoneó a Wilhelm Stintzing, el sacerdote centenario que había trabajado durante décadas en el pueblo, y a Günther Wittich, el hombre que recordaba haber jugado en el palacio en los años treinta y el día en que aterrizó un paracaidista canadiense en las inmediaciones del lago durante la guerra. Y la cadena siguió: el alcalde del pueblo, el presidente y los voluntarios del Groß Glienicker Kreis, los actuales directores del *Ortschronik*, el granjero cuya casa fue bombardeada durante la guerra. La red de contactos y de entrevistados fue creciendo, pero nada de ello habría sido posible sin Sonja.

Tengo que darle muchísimas gracias a Moritz Gröning. Conocí a Moritz en casa de su familia en Groß Glienicke, una casa que Moritz y su familia han restaurado magníficamente, y que también tiene estatus de *Denkmal*. Desde entonces, Moritz ha recabado el apoyo de políticos, arquitectos y miembros de la comunidad para proteger la casa, y el propio Moritz también ha ayudado a restaurarla. Moritz y su esposa Friederike, junto con sus hijos Ferdinand, Helene y Johann, me han recibido en su hogar incontables ocasiones, y han hecho que me sintiera parte de su comunidad. La casa del lago no se habría salvado sin Moritz.

No fue fácil dar con los miembros de la familia Wollank. Los vecinos del pueblo incluso dudaban que quedara algún descendiente vivo. Para seguirles la pista contraté a un

investigador. Al cabo de un tiempo descubrió a un primo lejano que había compilado una historia de la familia. Justamente a partir de esa fuente logré localizar a Helmut von Wollank, hijo de Horst y nieto de Otto von Wollank. Helmut, que ahora reside en Kirschroth, un pueblo del oeste de Alemania, vive solo desde el fallecimiento de su esposa en 2014. En una serie de conversaciones telefónicas, Helmut, pese a su aversión a hablar sobre el pasado, me contó su historia.

Unos días después conocí a Markus, hijo de Helmut von Wollank en un pequeño café al norte del Parque Tiergarten de Berlín. Markus, que trabaja como reportero de los famosos, y que alterna con personalidades como Kylie Minogue, Uma Thurman y Paris Hilton, me contó que hacía varias décadas que su familia no había vuelto por Groß Glienicke. «Volver a ese lugar provocaría oleadas de alegría y de tristeza», me decía mientras bebía a sorbos un té con menta. «Me pondría melancólico.» Él prefiere vivir en el presente. A pesar de sus titubeos respecto al pueblo, Markus me dijo que le gustaría ver restaurada la casa del lago.

Resultó mucho más fácil contactar con los Meisel. Edition Meisel, la empresa familiar, sigue funcionando, y la información de contacto está disponible en su página web. Tras una serie de correos electrónicos, me reuní con Sven Meisel, nieto de Will Meisel, que ahora dirige la empresa desde sus oficinas centrales de Berlín. A raíz de mi conversación con él y con otras personas, logré construir una historia de su familia. Eliza Meisel falleció dos años después que su marido, el 8 de julio de 1969. Ambos están enterrados en el cementerio de Wilmersdorf, en Berlín. Sus hijos siguieron dirigiendo la empresa de música de la familia hasta su muerte: Peter falleció en 2010 y Thomas en 2014. Sven es hijo de Thomas. Aunque Sven no tiene recuerdos de la casa, me acompañó, con su esposa, su hija y su perro, a hacer una visita a la casa del lago. Le sorprendió su tamaño. «Es mucho más grande de lo que parece desde fuera», dijo. Sven y su familia han apoyado la restauración de la casa.

Cuando me enteré de que Hanns Hartmann había trabajado para la Westdeutscher Rundfunk, pude contactar con la emisora, y de ahí rápidamente me pusieron en contacto con la archivera que se encarga de los papeles personales de Hanns Hartmann. A partir de ellos fue posible reconstruir su biografía. La archivera fue de gran ayuda, pues me envió una copia de las breves memorias inéditas de Hanns Hartmann, así como de algunas cartas que había intercambiado con Will Meisel.

Lothar y Sieglinde Fuhrmann siguen viviendo a tan sólo doscientos metros de la casa. Tras la caída del Muro, Lothar trabajó como encargado de mantenimiento de una casa de acogida para niños de la zona, y Sieglinde en la oficina de Correos. Ya están jubilados, y ahora se pasan el día haciendo cosas en su jardín o visitando a sus nietos. Aunque les

preocupa el coste de la rehabilitación, les gustaría ver que la casa recupera su esplendor de antaño.

Conocí a Bernd Kühne en el patio del Drei Linden (que ahora se llama el hotel Hofgarten). Sigue viviendo en Groß Glienicke con su esposa. Cuando hablé con él sobre la casa, se puso a llorar al recordar la maravillosa infancia que tuvo a orillas del lago. No quiere volver a la casa hasta que esté totalmente rehabilitada, pero apoya su restauración y la idea de que la casa se convierta en un centro cultural para la comunidad.

Conocí a la madre de Bernd, Irene Kühne, que ahora se llama Irene Walter, en su apartamento de Potsdam. A diferencia del estado de desorden de la casa del lago cuando Inge Kühne vivía allí, el hogar de Irene tenía un aspecto de pulcritud y de orden impecable. Vive sola desde el fallecimiento de su segundo esposo, Klaus Walter. No tiene ganas de visitar la casa del lago, teme que le resulte demasiado perturbador. Me dijo que le gustaría visitarla cuando esté rehabilitada. Fue su hogar durante más de un cuarto de siglo.

Inge Kühne ahora vive en una residencia de ancianos en Potsdam. Padece la enfermedad de Alzheimer y por desgracia resulta imposible mantener una conversación con ella. Roland «Sammy» Schmidt sigue viviendo en el pueblo. Ha pasado de los treinta, y no tiene un empleo estable, aunque a veces trabaja en la construcción. Según su página de Facebook, le gusta jugar al póker, es seguidor del Manchester United, y entre sus películas favoritas están *Rambo*, *Rocky* y *Transporter*. Sigue jugando al fútbol en el equipo del pueblo, el SG Rot-Weiß, y suele marcar bastantes goles. Roland me presentó a Marcel Adam, que vivió con él en la casa durante más de un año, entre 1999 y 2000. Conocí a Marcel en una cafetería de Potsdam. Me dijo que conocía a Roland desde quinto de primaria, cuando él tenía diez años. Ahora Marcel trabaja reparando embarcaciones de remo de competición en el Club de Remo de Potsdam. Cuando le pregunté por el estilo de vida alocado de los últimos años de su adolescencia, Marcel me dijo: «Fue el mejor periodo de mi vida, me gustaría volver a hacerlo, pero tal vez no durante tanto tiempo». En abril de 2015, Marcel participó en la Jornada de Limpieza en la casa, y estuvo horas arrancando arbustos y malas hierbas del estanque que había instalado Wolfgang Kühne hacía varias décadas.

Para mi gran alivio, pude contactar casi desde el principio con la familia Munk. En una vieja carta de los años noventa encontré el número de teléfono de Klaus, hijo del profesor Fritz Munk, y llamé. Me contestó una mujer. Era la viuda de Klaus. Cuando le expliqué quién era yo, me dijo que conocía perfectamente la historia de los Alexander, y me aconsejó que hablara con su hija, Bettina Munk, que seguía viviendo a orillas del lago. Unas semanas después estaba cenando con Bettina y con su prima Cordula, que tienen viviendas separadas en la parcela contigua a la casa del lago. Me resultó llamativo lo

fácilmente que familiarizamos, y que a pesar de una ausencia de setenta años, y del transcurso de dos generaciones, ambas me parecían mis vecinas. Gracias a Cordula y a Bettina conocí la historia de la familia Munk. Y también a través de ellas conocí a Chris Partsch, un formidable abogado berlinés, que me ayudó a desenterrar el expediente de la Stasi sobre Wolfgang y se encargó del papeleo necesario para crear la organización sin ánimo de lucro de la Alexander Haus.

Desde el principio, mi familia ha sido muy generosa con sus recuerdos y sus objetos. El diario de mi abuela, las fotografías de la casa, las grabaciones de audio con mis tías abuelas y mis tíos abuelos, las memorias del doctor Alfred Alexander, las memorias de Max, un tío de Erich, las cartas entre Bella y Harold, Elsie y Erich, así como algunos artículos de la propia casa, todos ellos han sido de un valor incalculable a la hora de reunir las piezas de esta historia. Es imposible mencionar a todos mis familiares, pero me gustaría dar las gracias de todo corazón a la totalidad de mi familia por confiarme este proyecto, y por su constante apoyo.

Elsie falleció en 2004, en su cama, en su casa del norte de Londres. En aquel momento yo estaba sentado a su lado, a solas con ella en su habitación. Justo al final le susurré: «Te quiero, abuela, te quiero». Me apretó la mano antes de exhalar su último aliento. Elsie legó a sus nietos determinados artículos en su testamento. A mí me entregaron un sobre que contenía dos pasaportes color verde oliva y un trozo de tela que llevaba bordada la letra «J».

Me gustaría dar las gracias a todas las personas que me han ayudado en los muchos archivos que he consultado, entre ellos la Zeitungsabteilung der Staatsbibliothek de Berlín; el Stadtarchiv de Potsdam; la Grundbuchamt de Potsdam; el Brandenburgisches Landeshauptarchiv de Potsdam, el Landesarchiv de Berlín, el Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz de Berlín; los archivos del Departamento de Urbanismo y de la Autoridad sobre Monumentos del Ayuntamiento de Potsdam; el Bundesarchiv de Berlín; los National Archives de Londres; el Hauptstaatsarchiv de Dresde; el Historisches Archiv des Westdeutschen Rundfunks de Colonia, los Archivos de la Stasi custodiados por el Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik en Berlín; el Militär Historisches Museum Flugplatz de Gatow; la Deutsche Kinemathek – Museum für Film und Fernsehen de Berlín; el Yad Vashem de Jerusalén, y el Imperial War Museum de Londres. También utilicé los archivos privados de la familia Alexander, de Edition Meisel y de la familia Wollank.

Quisiera dar las gracias a mis incansables ayudantes de documentación, Johanna

Biedermann, Julia Boehlke, Daniel Busseinus y Maren Richter. Gracias también a Dabney Chapman, Catherine Dring, Sheridan Marshall y Kirsten Ackermann-Piëch por ayudarme con las traducciones. Mi agradecimiento también a las muchas otras personas que me han ayudado, entre ellas Joel Agee, John Alexander, Patrick Bade, Peter Benjamin, Birgit Bernard, el capitán Jan Behrendt, Bettina Biedermann, Dieter Dargies, Alexandra y Robert Datnow, Heribert Dieter, Albrecht Dümling, Sophie D. Fleisch, Thomas Gayda, Marion Godfrey, Peter y Michael Goldberger, Michael Haas, Martin Luchterhandt, Astrid Möser, Mareike Notarp, Julia Riedel, Kate Weinberg, Chris Weitz, Rose Wild y Raymond Wolff.

Gracias también a los entrevistados a los que todavía no he mencionado: Wilhelm Bartel, Hans Dieter Behrendt, Peter Daniel, Peter Kaminski, Sylvia Fiedler, Suzanne y Volker Grunert, Frank Harding, el profesor Christoph Kleßmann y Dorothea Kleßmann, Annelies Laude, Vivien Lewis, Peter Munk, Andreas Potthoff, Betty Rajak, Bernhard Schmidt, la profesora Helga Schütz y Rochus Schütz, Malte Spohr, Wilhelm Stintzing, Winfried Sträter, Peter Sussmann, Günther y Heinz Wittich, y Gisela von Wysocki.

Asimismo, quisiera dar las gracias al Ayuntamiento de Potsdam y al *Land* de Brandeburgo, por creer en nuestros esfuerzos para salvar la Alexander Haus y transformarla en un lugar para el recuerdo y la reconciliación. En particular, quisiera dar las gracias a Jann Jakobs, Matthias Klipp, Frank Scheffler, Saskia Hueneke, Birgit Morgenroth, Klara Geywitz y Pete Heuer. Además, gracias a Andreas Kalesse, y su equipo del Departamento de Monumentos Históricos del Ayuntamiento de Potsdam, a Jörg Limberg, Sabine Ambrosius y Matthias Kartz.

Como siempre, gracias a mis lectores: Lucy y Zam Baring, Rupert Levy, Angela y Michael Harding, Amanda Harding, James Harding, Jane Hill, Dominic Valentine y Amelia Wooldridge.

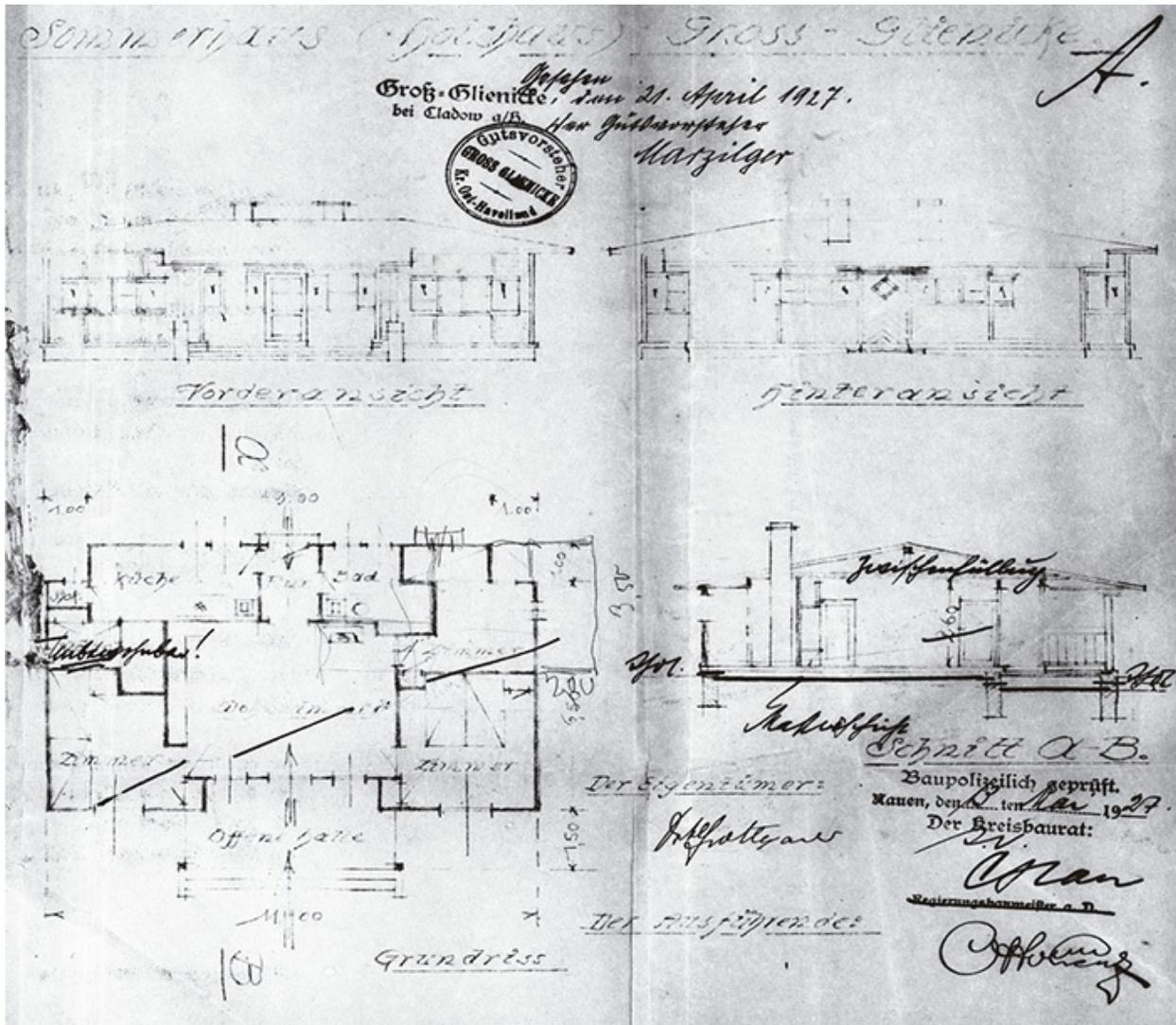
Después de publicar varios libros, soy consciente de que esto es verdaderamente un trabajo en equipo. De modo que, en primer lugar, un grito de ánimo a aquellos que raramente ven reconocido su trabajo: los librereros, los agentes de ventas, los diseñadores, contables y administradores, y a todos los que han contribuido a que este libro llegue a manos de los lectores. Seguidamente, un «¡gracias!» verdaderamente descomunal a mi editor, Tom Avery, de la editorial William Heinemann, trabajador incansable, siempre de buen humor, que contó con la valerosa ayuda de Anna-Sophia Watts. A Anna DeVries, de Picador USA, que me dio muy buenos consejos sobre el manuscrito, y a Andrea Woerle, de DTV Alemania, por su ayuda entusiasta. A Glenn O'Neill por su extraordinaria cubierta, a Emma Finnigan por su maestría para la promoción, a Darren Bennett por los mapas, a Neil Cunning por las ilustraciones y a Tom Weldon y Gail Rebeck por su inestimable apoyo. Gracias especialmente a mi increíble agente, Patrick Walsh, y a su fabuloso equipo de

agentes internacionales. Y de verdad que vi un tejón corriendo por el camino de la patrulla fronteriza.

Por último, gracias a mi hija Sam, fue un placer ver lo mucho que disfrutabas del tiempo que pasaste en Berlín, y a mi esposa Debora, por su incesante apoyo, sus brillantes contribuciones a la edición del texto, y, lo más importante, por su amor.



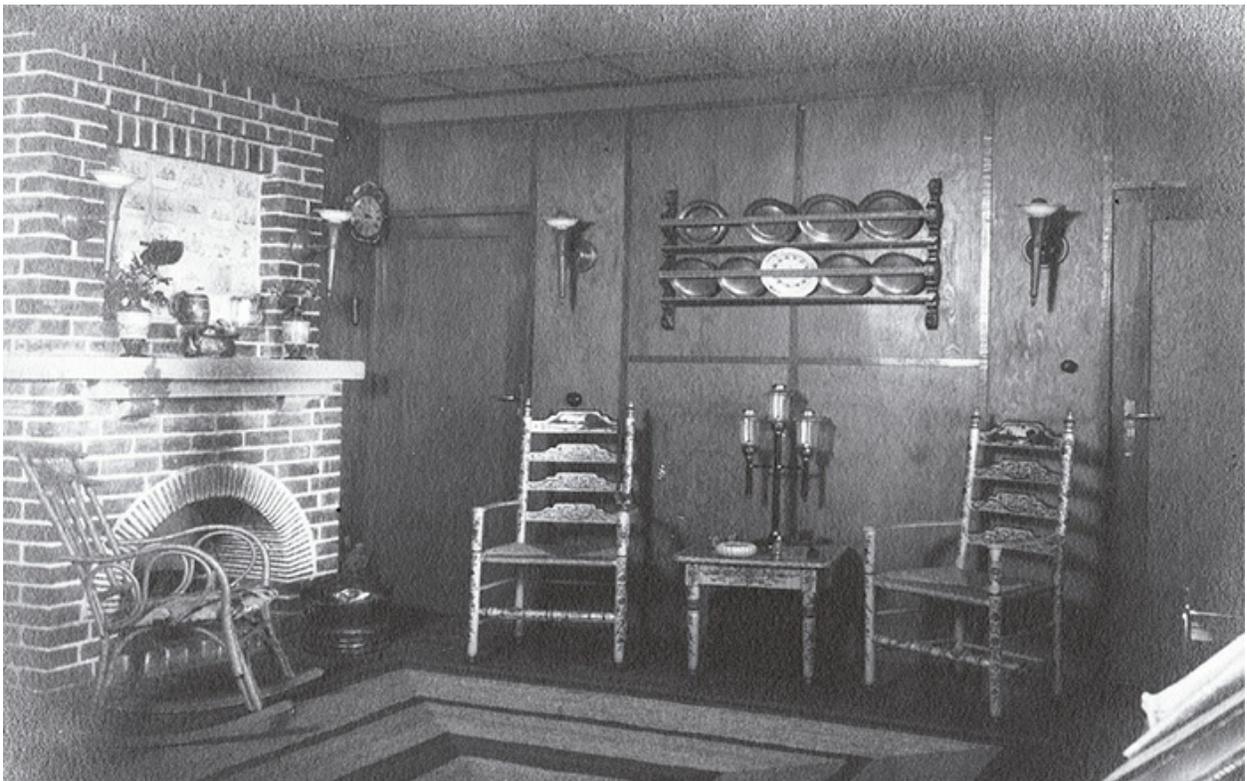
1. Otto von Wollank y sus empleados delante del palacio (*Ortschronik Groß Glienicke*)



2. Bocetos y planos de la casa del lago, 1927 (Archivo de la familia Alexander)



3. La familia Alexander en su apartamento de la Kaiserallee. De pie: Ernest Picard, Bella, Alfred y Elsie. Sentados, detrás: Hanns, Elisabeth Picard, Lucien Picard, Amalie Picard, Henny. Delante: Paul (Archivo de la familia Alexander)



4. Sala de la casa de Groß Glienicke, foto de Lotte Jacobi, 1928 (Archivo de la familia Alexander)



5. Lucien Picard en la casa del lago, foto de Lotte Jacobi, 1928 (Archivo de la familia Alexander)



6. Robert von Schultz durante una revista a las tropas de los Cascos de Acero, 1933 (Bundesarchiv Berlín)



7. La familia Meisel en la casa del lago, años cuarenta
(Edition Meisel GmbH)

Geheime Staatspolizei
Staatspolizeileitstelle Berlin

A 4

Berlin C2, Oranienstr. 12 Ober-Türkenstraße
An das
Finanzamt Koabit-West
-Steuerfahndungsstelle-
Berlin NW 7
Julienstraße 53/54

Gegensatz- und Bearbeitungsbeamtet
Stapo A 2 c - A. 422/38
22. MARZ 1939

Gefälligstigen und Zug Ihres Schreibens
Gefälligstigen und Zug meines Schreibens
Stapo A 2 c - A. 422/38
22. MARZ 1939

Betreff: Aberkennung der deutschen Staatsangehörigkeit des Emigranten: praktischen Arzten Dr. med. **Alfred John Alexander**, geboren am 7.3.1880 in **Saßberg**, letzter inländischer Wohnsitz: Berlin-Wilmersdorf, Achenbachstraße 15, jetziger Aufenthalt: London, und Erstattung der Ausbürgerung auf

- 1.) Ehefrau **Henriette Alexander geb. Picard**, geboren am 11.12.1886 zu Frankfurt a.M.
- 2.) Kind **Hans**, geboren am 6.5.1917 zu Berlin-Wilmersdorf, bei den Eltern.

Ich habe bei dem Geheimen Staatspolizeiamt beantragt, die Obengenannten zur Ausbürgerung vorzuschlagen. Folgende Vermögenswerte habe ich beschlagnahmt:

- a) bei dem Bankhaus **Jacquier & Securius**, Berlin C 2, An der Stechbahn 3-4, ein Auswanderersperkonto in Höhe von 141,- RM und ein Effektedepot in welchem sich RM 5.700,- 3 % Prag-luxer Eisenbahn Priort.v.1896, gekündigt per 2.1.1923, befinden.
- b) die auf einem Pachtgrundstück in **Großglienicke**, **Weinberg**, Parzelle 13, befindlichen Baulichkeiten und zwar:
 - 1.) ein Wochenendhaus ca. 12 x 10 m mit offener Veranda. Das Haus besteht aus 7 Wohn- und Schlafräumen mit Einrichtungsgegenständen,
 - 2.) ein kleines Wirtschaftsgebäude 3,5 x 5 m, bestehend aus 2 Räumen und Küche,
 - 3.) ein Treibhaus 5 x 10 m,
 - 4.) ein Treibständer 4 x 10 m,
 - 5.) eine Wellblechgarage 3 x 9 m.

Die Baulichkeiten werden von Herrn **W. Herzog**, Berlin-Charlottenburg, Berliner Straße 124, verwaltet.

0.1800 Zg. 1428

Beleg
Datei
11.04.39

Verbindungs-
Datei 214
Pap.
Im Geheimen Staatspolizeiamt

8. Carta de la Gestapo por la que se expropiaban los inmuebles de Glienicke, 1939 (Potsdam Landesarchiv)

EDITION MEISEL & CO. G. M. B. H.

VERLAG UND VERTRIEB
VON MUSIK-, FILM-
UND BÜHNENWERKEN

BERLIN W 50 * HANKE-STRASSE-5
Fasanenstr. 5.

M/F 23.11.1938.

Herrn
Staatskommissar **H i n k e l**
Berlin W,
Am Karlsbad 10.

Sehr geehrter Herr Staatskommissar **Hinkel**,
unter Bezugnahme auf meine Unterredung mit Herrn
Rechtsanwalt **Dr. Walch** teile ich Ihnen mit, dass ich im Zuge
der Arierisierung jüdischer Verlagsunternehmungen an der Leitung
bzw. Übernahme solcher Vorlage interessiert bin.

Ich bin seit 12 Jahren Verleger und gehöre dem Sach-
verständigen Beirat der Fachschaft Musikalienverleger in der
Reichsmusikkammer an. Ferner stehen mir Mitarbeiter zur Seite,
deren Fachkenntnisse die Garantie dafür bieten, dass ich alle
Aufgaben des Musik- und Bühnenverlegers von der ernsten Musik-
und Bühnenliteratur bis zur reinen Unterhaltung erfüllen kann.

Mein Interesse erstreckt sich daher auf alle zurzeit
zur Erörterung stehenden Verlagsunternehmungen, vor allem aber
auf die Edition **Peters**, Leipzig, und die **Universal-Edition**,
Wien.

Gegobenenfalls bin ich bereit, mich im Rahmen meiner
Möglichkeiten finanziell zu beteiligen.

Sofern Sie eine Möglichkeit sehen, mich bzw. meine
Vorlage einzuschalten, bitte ich um entsprechende Benachrichti-
gung.

Mit dem Hinweis, dass ich Parteigenosse bin, empfehle
ich mich Ihnen mit

Heil Hitler
als
Ihr
Will Meisel

FERNSPRECHER: 21635/6354 TELEGRAMM-ADRESSE: MUSIKMEISEL
BANKKONTO: SPONHOLZ & CO. BERLIN SW 19, JERUSALEMSTR. 23
POSTCHECKKONTO: BERLIN 795 64

9. La carta de Will Meisel a Hans Hinkel preguntándole si era posible adquirir bienes expropiados a los judíos, 1938 (Bundesarchiv Berlin)

Sozialdemokrat

R. 244 • 4. JAHRG.

BERLIN • DIENSTAG, DEN 16. OKTOBER 1949

PREIS 15 PF. AUSW. 20 PF.

„Volks“polizisten Opfer der Glienicker Mörder

Von Sowjetsoldaten in der Nähe der Försterei Nedlitz bewußtlos geschlagen und ausgeplündert

Potsdam (Eigenbericht). Die schon zur Tagesordnung gehörenden Überfälle sowjetischer Soldaten auf die Bevölkerung im Gebiet von Groß Glienicke, die bereits zur bestialischen Ermordung von vier Deutschen geführt haben, forderten jetzt ihre ersten Opfer in den Reihen der „Volks“polizei, ne aus zwei „Volks“polizisten bestehende Streife, die die deutsche Bevölkerung von Betretern der in den sowjetischen Morbböden unsicher gemachten Waldgebiete fernhalten sollte, wurde am Montag in der Nähe der Försterei Nedlitz von mehreren Sowjetsoldaten überfallen, bewußtlos geschlagen und restlos ausgeplündert. Einige Stunden später wurden die zwei Polizisten von einer deren Streife gefunden. Sie wurden wegen ihrer schweren Verletzungen in das Städtische Krankenhaus Potsdam eingeliefert.

Da die Sowjetbehörden die Mordtaten der Besatzungstruppe tatsächlich und die sowjetdeutschen Instanzen angewiesen haben, jede Untersuchung zu unterlassen und alle Personen, die über die verbreiten Aussagen machen, sofort festzunehmen, sind auch im Hinblick auf die neuen Opfer der westlichen Besten Maßnahmen getroffen worden, um das Bekanntwerden dieser Missetat möglichst zu machen. Die neuen Opfer wurden sofort in der Polizeifangenenabteilung des Ankenhauses isoliert, um keine Berichte in die Öffentlichkeit dringen zu lassen.

Westmächte müssen handeln!

Stalins Bündnisangebot an Deutschland erfordert Revision der Politik

Paris (Epa-Reuters). Die Ersetzung des Besatzungsregimes durch einen vorläufigen Friedensvertrag mit Deutschland wird jetzt auch von der einflussreichen Pariser Zeitung „Le Monde“ gefordert, dem bereits in der vergangenen Woche der „Economist“ dafür eingetreten war. Die „Le Monde“ erklärt, Stalin habe in seiner Botschaft Pieck und Grotewohl ein deutsch-sowjetisches Bündnis angeboten. Selbst wenn die Gegenstände, die den Deutschen in der Sowjetzone gemacht den, häufig mehr Schein als Wirklichkeit seien, könnten sie die Westmächte doch zu einer

gegenüber einer Einbeziehung Westberlins in die Bundesrepublik und das Fernhalten Westdeutschlands vom Europarat nicht mehr zu verantworten.

Wenig Einsicht in London

London (Epa-Reuters). Reuters' diplomatischer Korrespondent erzählt aus beruflicher Londoner Quelle, daß die amtlichen Stellen Großbritanniens nicht für eine Revision der Grundlagen einreten, auf denen der Status der Deutschen Bundesrepublik beruht. Nach Londoner Ansicht kann der Austausch diplomatischer Vertreter zwischen der UdSSR und

beeinflussen. Als einzige Änderung in Westdeutschland, die sich unmittelbar aus der Entwicklung in der Ostzone ergeben könnte, werde von betriebsamtlichen Stellen ein neues Statut der Westberliner Sektoren beabsichtigt.

Spezialist im Liquidieren

Berlin (Epa). Am Montag ist der frühere Sowjetbotschafter in Ungarn, Puschkin, zum Chef der Sowjetischen Diplomatischen Mission bei der „Deutschen Demokratischen Republik“ ernannt worden. Auf Vorschlag von „Außenminister“ Dastinger hat Wilhelm Pieck den stellvertretenden Leiter der Hauptabteilung Interzonen- und Außenhandel, den Kommunisten Appelt, zum Chef der Deutschen Diplomatischen Mission in Moskau ernannt.

Westberliner Beamte in Berlin erklärten gestern zu der Ernennung Puschkins, dessen Hauptaufgabe werde in der Konsolidierung der Sowjetzonenregierung mit den Regierungen der anderen Volksdemokratien bestehen. Bestimmte Kreise weisen auf die Rolle Puschkins in Ungarn hin und betonen, daß er aus seiner ungarischen Tätigkeit eine große Erfahrung auf dem Gebiete der Liquidierung von „Verbleibern“ mitbringe. Im Lager der sowjetischen Politiker werde sein Erscheinen ein nicht geringes Grauen hervorrufen. Eine Reihe dieser Politiker läse gut daran, sich vorwiegend zu überlegen, ob sie zu gegebener Zeit ihr „Geständnis“ als Rechts- oder Linkshwächer ablegen wollen.

Aus unterrichteten SHP-Kreisen verrieterte, daß der außerordentliche Sowjetbotschafter Semjonow noch in dieser Woche zum Chef der Sowjetischen Kontrollkommission für die Ostzone ernannt wer-

Sie lesen heute:

S. 3: Das Terrorortel gegen vier Berliner Falken

Schwarzarbeit schädigt Stadt-

säckel

S. 5: Der kolportierte Widerstand

Berlin-Hilfe im entscheidenden Stadium

Roma (Eigenbericht). Während des ganzen Montag fanden in der Bundeskanzlei Beratungen über die Angliederung der Westberliner Wirtschaft an die des Bundesgebietes statt. Die Bedeutung der Konferenz ergibt sich aus den Namen der Verhandlungspartner. Von der Bundesregierung nahmen außer dem Bundeskanzler Virchow, Kanzler Blücher, Wirtschaftsminister Ehard und Bundesminister Kaiser teil. Als Vertreter Berlins waren der Berliner Oberbürgermeister Ernst Reuter, der stellvertretende Oberbürgermeister, Frau Louise Schreöder, der Berliner Stadtkämmerer Dr. Haas und der Präsident des Berliner Industrienausschusses West, Ezzard Spennath anwesend.

Die Berliner Vertreter hatten Gelegenheit, den Bedarf und die Hilfsansprüche Berlins konkret darzulegen. Wie unser Korrespondent erfährt, forderte die Berliner Delegation u. a. Großanfragen für Berlin, die durch Regierungsparanien zu sichern sind. Ferner wurden Steuererleichterungen als Anreiz für die Erteilung laufender Aufträge an Berliner Firmen und für die Verleumdung von Zweigstellen

10. «Agentes de la Volkspolizei, víctimas del asesino de Glienicke» (Zeitungsabteilung der Staatsbibliothek)



11. Vista desde lo alto del Muro del extremo septentrional del Lago de Groß Glienicke (Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes)

13.9.58 24

Verpflichtung

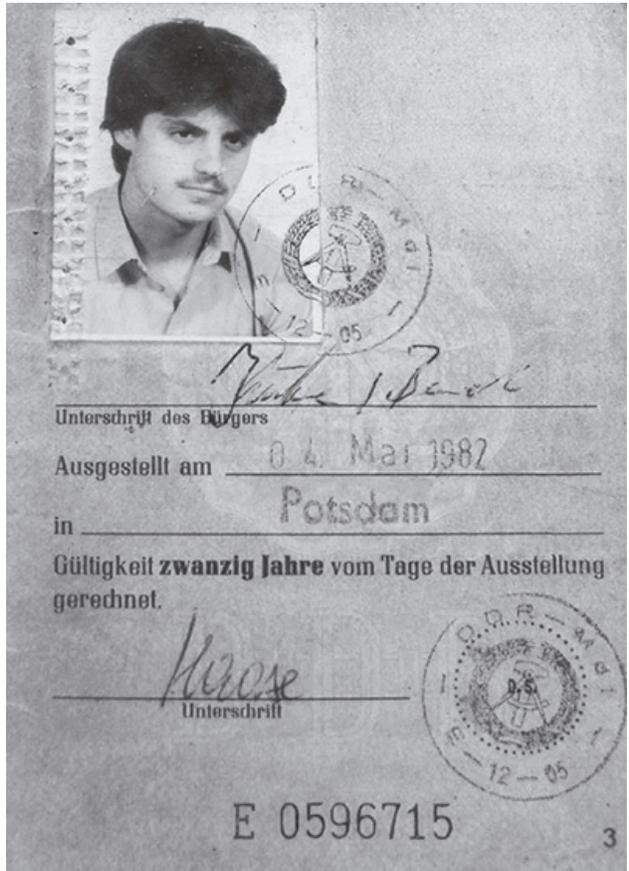
Auf Grund der nur mit bescheidenen Mitteln - Zelle
 der ständigen Beobachtung und ständiger Aufsicht war,
 welches Verständnis ich es mir klar gemacht,
 wie notwendig es ist noch mehr unsere Gesamm-
 ten Systeme und solchen Elemente der Handlung zu
 legen die versuchen unsere friedliche Aufbau-
 Arbeit zu stören, auf Grund dessen schreibe ich
 mich bereit, dem M.F.S. über mich bekannt werden
 der Dinge die sich gegen unsere Arbeit und
 unsere Staat nicht, schäuflich zu werden alle
 meine Berichte werden ich offen, ehrlich und un-
 verheimlicht niederschreiben ohne Abwehr, und
 wird das M.F.S. inoffiziell festhalten und die festgelegt
 trifft das M.F.S. werde ich immer pünktlich einhalten.
 Große Unterstützung gewährt jedermann und zu mei-
 nem Besten, Frau Lehmann und Bräutigam,
 haben
 Wenn von mir abgeforderten Berichte wird ich mit
 dem Nachnamen:

"Kühnemann"

werden können. Wenn ich von der festgesetzten Stoff
 nicht erlösen so werde ich den Mitarbeitern des M.F.S.
 mitteilend in Kenntnis setzen. Ist die Behandlung,
 Abgelehnt so werde ich bemüht um diese wieder
 herzustellen

GdH Wolfgang Kühne

12. Carta de compromiso de Wolfgang Kühne incluida en su expediente de la Stasi, 1958 (Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes)



13. Documento nacional de identidad de la RDA de Bernd Kühne (Bernd Kühne)



14. Berlineses occidentales a orillas del Lago de Groß Glienicke, con el Muro al fondo y la casa del lago oculta detrás de los árboles (Heinrich von der Becke)



15. El hijo de Bernd Kühne saltando al lago, 1990 (Bernd Kühne)



16. Jornada de Limpieza, 2014 (Sam Cackler Harding)



17. Un representante del Ayuntamiento de Potsdam hace entrega de la llave al autor, abril de 2015 (Friederike Gröning)